# TIRZA

ARNON GRUNBERG

TRADUCCIÓN: CATALINA GINARD FÉRON

# TIRZA

**ARNON GRUNBERG**

TRADUCCIÓN: CATALINA GINARD FÉRON

ELEFANTA EDITORIAL

*TIRZA*

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL
*TIRZA*

2006 by Arnon Grunberg
First published in 2006 by Nijgh & Van Ditmar, Amsterdam

Este libro fue publicado con el apoyo
de la Fundación neerlandesa de letras.

Nederlands letterenfonds
dutch foundation for literature

Primera edición, 2020

D.R. © 2006, Arnon Grunberg

D.R. © 2020 Catalina Ginard Féron, por la traducción

Director de la colección: Emiliano Becerril Silva

Diseño de portada: Irasema Fernández

Formación: Lucero Vázquez

D.R. © 2020, Elefanta del Sur, S.A. de C.V.
Tamaulipas 104 interior 3,
Col. Hipódromo de la Condesa
C.P. 06170, Ciudad de México
imailiano@gmail.com
www.elefantaeditorial.com

@ElefantaEditor

elefanta_editorial

ISBN LIBRO IMPRESO: 978-607-9321-96-3
ISBN EBOOK: 978-607-9321-97-0

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotoco pia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Una pareja es una conspiración en busca de un crimen.
El sexo suele ser lo más parecido que encuentra.

*Adam Phillips*

# I. EL ALQUILER

# 1

JÖRGEN HOFMEESTER ESTÁ EN LA COCINA CORTANDO atún para la fiesta. Con la mano izquierda sujeta el pescado crudo. Maneja el cuchillo tal como aprendió en el curso «Cómo hacer sushi y sashimi en casa», al que asistió con su esposa hace cinco años. El secreto está en no aplicar demasiada presión.

La puerta de la cocina está entreabierta. Tal como esperaba Tirza, hace calor. Ella lleva unos días siguiendo de cerca las previsiones meteorológicas, como si el éxito de su fiesta dependiera del tiempo.

Dentro de un rato, los invitados ocuparán el jardín. Pisotearán algunas plantas. Algunos jóvenes se sentarán en la pequeña escalera de madera que lleva al salón, otros se instalarán en las cuatro sillas de jardín que Hofmeester compró cuando se mudaron a esta casa. Y seguro que los habrá que ocupen el pequeño cobertizo donde, después de otras fiestas, Hofmeester ha encontrado botellas de cerveza vacías y copas de vino medio llenas junto al cortacésped, o botellas de bebidas de nombres exóticos alrededor de la motosierra con la que él poda el manzano en primavera y otoño. Una bolsa de patatas fritas que alguien olvidó abrir y que él se comió distraído una mañana.

Tirza ha dado otras fiestas, pero esta noche es diferente. Las fiestas, al igual que las vidas, pueden ser un fracaso o un éxito. Aunque Tirza no lo haya dicho, Hofmeester sabe que esta noche es decisiva. Tirza, la menor de sus hijas, es la que ha salido mejor. De hecho, ha salido estupendamente, tanto por dentro como por fuera.

Hofmeester se ha arremangado la camisa. Y para protegerla contra las manchas, se ha puesto un delantal que compró tiempo atrás como regalo para el día de la madre. Tiene un aspecto más masculino de lo habitual. Hace seis días que no se afeita. No ha tenido tiempo de hacerlo. Justo después de despertarse le han asaltado ideas que nunca había tenido, al menos no en esa medida: planes, recuerdos de las niñas cuando apenas gateaban, ideas que le parecieron brillantes a aquellas horas de la mañana. Ya se afeitará más tarde. Quiere resultar presentable y encantador. Y así lo verán los invitados a la fiesta: como un hombre que no ha vivido en vano.

Él se paseará ofreciéndoles sushi y sashimi, presentados como

corresponde sobre una bandeja comprada especialmente para la ocasión en una tienda japonesa. Entablará una conversación con este o aquel, y como quien no quiere la cosa, dirá: «Prueba el sashimi de calamar». Hofmeester es lo que se llama un padre abnegado. Ese es el secreto de la paternidad: olvidarse de uno mismo por el bien de los hijos. El amor de padre es un sacrificio que se hace en silencio. Todo amor es sacrificio. Pero nadie lo notará. A él no se le nota nada. Unos lo felicitarán por las impresionantes notas de Tirza, algún profesor que haya sido invitado le preguntará qué hará ahora Tirza, y él contestará, bandeja en mano: «Primero viajará durante un tiempo. A Namibia. Sudáfrica. Botsuana. Después regresará para estudiar». Será un excelente anfitrión, uno con seis pares de ojos. No se limitará a ofrecerles comida y bebida a los invitados, sino que vigilará de cerca a los solitarios y a los abandonados. Hofmeester se asegurará de entretener a aquellos que no tienen a nadie más con quien hablar que la propia copa o un sushi. Ofrecerá su compañía a los invitados tímidos. Y habrá baile, también habrá baile.

Hofmeester hunde la mano en un cubo lleno de arroz tibio, amasa el arroz y mientras lo hace observa el marco de la puerta de la cocina como si nunca hubiese trabajado en esta encimera. Ve la pintura que se desconcha, una mancha en el papel pintado junto al marco donde fue a dar un zapato que Tirza le lanzó a la cabeza. Antes, ella le había gritado «cretino». O fue después, él ya no se acuerda. Fue una suerte que la ventana no se rompiera.

Hofmeester mira el arroz que tiene en la mano. Los japoneses lo hacen mejor. El sushi de Hofmeester es amorfo. Se asombra de la entrega con la que lo amasa, del mismo modo que se asombra de las locuras de su pasado. El tipo de locura que no causa muchos estragos.

Vuelve a echar un vistazo a la pintura desconchada que le recuerda a su propia piel. Le recetaron una pomada para eso, pero lleva días sin ponérsela por falta de tiempo. Con el arroz en la mano, empieza a pensar en vender esta casa, su casa. Primero no se toma en serio la idea, le da vueltas como a esos asuntos que de todas formas no se harán realidad. Por ejemplo, criogenizarse después de muerto y despertarse cien años más tarde. Sin embargo, el convencimiento crece lentamente. Ahora es el momento. ¿Cuánto tiempo tiene que esperar aún, y a qué?

En otros tiempos habría rechazado de inmediato semejantes planes. Su casa era su orgullo y el manzano que había plantado con sus propias manos, su tercer hijo. Bien es cierto que ya se le había pasado por la cabeza la idea de deshacerse de la casa y del manzano si el agua le llegaba al cuello, pero no podía hacerlo. Era algo imposible, algo contranatural. ¿Adónde se iría con su familia? Además, el

manzano no podía moverse del sitio. Él estaba atado a la casa, estaba atado a todo. Y cuando sus amigos y conocidos no tenían nada agradable que decir de él —cosa que sucedía de tanto en tanto—, siempre había uno que observaba: «Eso sí, Jörgen vive en un barrio de categoría».

Un barrio de categoría. Eso era esencial para Hofmeester. Las ambiciones tenían que desembocar en algún lugar, ¿no? Casi siempre era una dirección. Siempre que mencionaba su calle sentía cierta vehemencia. Como si su identidad, todo lo que era y lo que representaba, se sintetizara en una calle, un número y un código postal. Lo que revelaba quién era él y lo que quería ser —más que el propio apellido Hofmeester, más aún que su profesión o el título de licenciado que a veces anteponía a su nombre sin faltar a la verdad— era su código postal.

Ahora comprende que ya no necesita vivir en un barrio de categoría. Esa idea se le presenta como una liberación mientras cubre el arroz con un trozo de atún.

Le dijeron que era demasiado viejo para despedirlo. Y si eres demasiado viejo para que te despidan, también lo eres para vivir en un barrio de categoría. Eso deja de tener importancia cuando el asilo está a apenas diez años vista. Conoce a gente de su edad que ya sufre demencia. Aunque hay que decir que era gente que había bebido mucho.

Tiene que irse de esta casa, de este barrio, de esta ciudad, es lo único que puede pensar mientras busca el contenido de la palabra «solución». Hay personas que se despiertan por la mañana pensando: tiene que haber una solución para todo esto, así no puede seguir. Hofmeester es una de ellas.

Las niñas se han ido o se están yendo de casa, su trabajo ha quedado reducido a un pasatiempo vacío que ya nada tiene que ver con la productividad, solo con esperar. Podría irse al este. En otro tiempo, cuando estudiaba alemán y emitía opiniones sobre poetas expresionistas como si los hubiera conocido personalmente, tenía previsto irse a vivir a Berlín y escribir el gran libro sobre la poesía expresionista. Podría hacerlo ahora. Nunca es demasiado tarde para escribir un libro así. Podría pasarse sin su código postal, sin la impresión que causa su dirección en algunas personas ni la sugerencia de que vivir allí significa haber tenido éxito. El olor del éxito. Ahora que su hija menor se marcha a África, él tiene que desprenderse de su código postal. Ya no hace falta que asista a las reuniones de padres, ni que estreche la mano de ningún profesor. ¿A quién tiene que seguir impresionando?

Ha de admitir que lo único que le ata a este lugar son el sentimiento y el miedo al cambio. Dado que ha llegado a un punto de

su vida en que necesita, sobre todo, dinero en efectivo y una vía de escape, una salida, Hofmeester decide olvidarse del sentimiento y del miedo.

Corta el atún con fanatismo. Así lo hace el maestro de sushi, *chac, chac, chac*. El pescado debe acoger al cuchillo como un amigo. Se mete un trocito de atún en la boca. Las gambas esperan su arroz en un cuenco.

Esta mañana, Hofmeester ha ido en automóvil a Diemen para hacer la compra en el mayorista. El atún crudo en la boca le resulta agradable. Fresco. Es esencial en la preparación del sashimi.

Su esposa entra en la cocina; lleva bata y chanclas. Le pregunta:

—¿Ha llamado Ibi?

Hofmeester todavía no se ha acostumbrado a la presencia de su mujer. Ella se marchó de casa hace tres años. Hace ya más de tres años. El curso «Cómo hacer sushi y sashimi en casa» no había servido de nada.

Pero en contra de todas las expectativas, regresó. De eso hace seis días. Sería en torno a las siete de la tarde.

Hofmeester estaba en la cocina. Pasaba mucho tiempo allí desde que su esposa lo había dejado, aunque en realidad también antes. Los fogones eran su verdadero lugar de trabajo. Su esposa nunca sintió la necesidad de dedicarse a la cocina. Sus talentos iban más allá de la lasaña, eran más urgentes que la educación. Algo en su vida había pesado siempre más que alimentar a su familia.

Seis días antes sonó el timbre y Hofmeester gritó:

—Tirza, ¿abres?

—Papá, estoy hablando por teléfono —le contestó ella.

Tirza habla mucho por teléfono. Es normal, le han dicho otros padres. Hablar por teléfono puede convertirse en un pasatiempo. Él apenas habla por teléfono. Cuando suena el teléfono, es para Tirza. Y entonces él dice, como un empleado modélico y un padre excelente:

—Puedes llamarla a su móvil. Este es el número.

Aquella noche, Hofmeester estaba preparando una cazuela de pescado al horno. Había sacado la receta de un libro de cocina. A partir del día en que su esposa lo abandonó, Hofmeester fue acumulando una impresionante colección de libros de cocina. La improvisación no le parecía un signo de creatividad, sino de pura pereza. Para él, la receta era sagrada. Una cucharita de café es una cucharita de café. Ahora tenía que quedarse en la cocina. El horno se había precalentado lo suficiente. Acababa de meter la fuente dentro.

—Tirza, ve a abrir —gritó una vez más—. Yo no puedo. Debe de ser el vecino. Dile que pasaré por su casa más tarde. ¡Abre ya, Tirza!

El vecino es un joven no tan joven, pero que oficialmente está soltero y que ocupa el piso superior de la casa que Hofmeester adquirió tan ventajosamente a finales de la década de los setenta. El joven, que estudia para notario, se queja con regularidad de todo tipo de cosas, casi siempre de las mismas: los malos olores en el cuarto de baño. Al menos una vez por semana, llama a la puerta para quejarse y lamentarse.

Hofmeester le promete una y otra vez que lo arreglará, pese a que dos fontaneros de confianza le han explicado que poco puede hacerse al respecto, salvo que renueve todas las tuberías, algo que le costaría una fortuna. Y él no tiene una fortuna, y si la tuviera, no se le pasaría por la cabeza gastársela en tuberías nuevas.

Aparte de todo lo demás, Hofmeester también es casero.

Oyó que Tirza maldecía, la oyó dirigirse a la puerta de la calle. Después se hizo un silencio y él se concentró en su cazuela de pescado al horno convencido de que el inquilino estaba en la puerta dando consejos no solicitados y profiriendo amenazas apenas encubiertas.

Que si la protección de los inquilinos, que si abogados de renombre, que si comisiones de vivienda. ¿Con qué no lo habrán amenazado aún? En su vida de casero, Hofmeester ha visto de todo, pero nunca han conseguido hacerle morder el polvo. Hofmeester el depredador ha contraatacado a las autoridades, a los inquilinos, y a la ley, cuya única finalidad se diría es acabar con él. Hofmeester el depredador es duro de pelar.

Un minuto más tarde, seguro que no fue más, Tirza entró en la cocina. Le pareció que su hija estaba pálida y desconcertada. Aunque seguramente, eso se le había ocurrido más tarde y ella siempre tenía ese aspecto. El desconcierto había aparecido en su cara sin que él se percatara de ello, y nunca se volvió a ir.

—Es mamá —dijo.

Intuitivamente, él sacó la cazuela del horno y apagó el gas. Se la quedó mirando. Bacalao con patatas. Un plato sencillo, pero delicioso. Sabía que aquello duraría mucho. Aquello no era un mal olor en el cuarto de baño del inquilino. Por una vez, aquello no eran las alcantarillas, sino la madre de sus hijas.

Aunque las esposas no pagaran alquiler, se quejaban igual que el inquilino, con quien el casero estaba, por definición, en pie de guerra. Lo que tienen en común las esposas con los inquilinos es la queja, el reproche. La amenaza. El incordio. Y detrás de todo eso se esconde, como una enfermedad, la dependencia.

Él se había sacado de encima a comisiones de vivienda, inspectores y abogados, y los había mandado a paseo, pero la mujer que se

escondía detrás de la olvidada palabra «mamá», la madre de sus hijas, nunca había dejado que alguien la mandara a volar. Era más peligrosa que la comisión de la vivienda, más lista que el inspector de salubridad.

Hofmeester se dirigió a la puerta sin soltar el paño con el que había sacado la cazuela del horno. Le sorprendió que ella hubiese venido precisamente esa noche. A la hora de la cena.

Durante los primeros meses tras su desaparición, en realidad durante todo el primer año, él contaba casi cada día con la posibilidad de que regresara. A veces, llamaba desde el trabajo a casa para ver si ella descolgaba el teléfono. A fin de cuentas, ella seguía teniendo las llaves y él no había cambiado las cerraduras. No podía creer que no volvería nunca más. No podía imaginarse que estuviera dispuesta a cambiar esta casa por otra mucho peor, más banal, más insignificante. Una casa flotante, le habían dicho.

Pero con el paso del tiempo tuvo que admitir que sus suposiciones eran incorrectas, pues ella no volvió. Ni siquiera se tomó la molestia de ponerse en contacto con él o de volver por el resto de sus cosas. Se había ido y no regresaría. Él aprendió a vivir con el silencio que ella había dejado, tal como antes había vivido con su presencia.

Al principio, su esposa tenía contacto esporádico con su primogénita, Ibi. Se reunían en la ciudad, en un bar donde se encontraban las personas que no querían ser vistas. Pero más tarde, ni siquiera eso. Hofmeester no se enteraba de gran cosa sobre esos encuentros y tampoco interrogaba al respecto a Ibi, que en realidad se llamaba Isabelle, pero a la que, desde su nacimiento, todos llamaban Ibi. No, lo que Ibi hablaba con su madre era secreto.

Tirza no quería tener nada que ver con su madre, y desde su partida, la esposa no había intercambiado una sola palabra con él, el padre de sus hijas. Ni siquiera por carta o por correo electrónico. Hofmeester sabía que estaba viva, que después de la casa flotante se había ido al extranjero, pero poco más. En el extranjero se iniciaba el agujero negro. Y él lo lamentaba.

A medida que se prolongaba el silencio, más lo lamentaba él. Descubrió que el tiempo no cura las heridas, sino que las abre, provoca intoxicaciones e inflamaciones. Tal vez la muerte pusiera fin a todo el dolor, pero el tiempo no.

Por supuesto, Hofmeester podría haberla llamado o podría haberle enviado una postal, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Tenía su orgullo, esperó en silencio a que ella se diera cuenta de su error. Un amor de juventud en una casa flotante, eso tenía que ser por fuerza un error. No podía ser de otro modo. De hecho, la propia casa flotante era una equivocación. Él siguió viviendo tranquilamente, a la espera de que su esposa recapacitara.

Al principio, él continuó viviendo con sus dos hijas. Pero después de medio año, la mayor hizo lo que había visto hacer a su madre y se fue de casa.

En los primeros meses, cuando sonaba el timbre por la noche, él se sorprendía pensando: es ella, mi esposa ha vuelto. Pero paulatinamente, la espera se convirtió en un ritual, una costumbre sin contenido, y junto con la espera desapareció la esperanza. La madre de sus hijas se había marchado. Era un hecho y los hechos se llaman así porque suelen ser inmutables.

Pero ahora ella estaba allí, en todo su esplendor, con o sin hecho. En el vestíbulo. Con la misma maleta con la que se fue. Una maleta roja con ruedas. Se había ido sin aspavientos, su marcha no se había convertido en un drama, su marcha no.

Ver a su esposa le afectó más de lo que habría podido sospechar cuando dejó la cazuela sobre la encimera de la cocina. ¿Por qué? Se preguntó Hofmeester. ¿Por qué esta noche? ¿Qué había pasado? No comprendía esta visita, y él era un hombre al que le gustaba comprender las cosas. Detestaba lo irracional, al igual que otras alimañas.

Aquello no saciaba en absoluto su necesidad de consideraciones racionales que conducían a comportamientos sensatos. Le asaltaron pensamientos indeseados. Tenía que reconocer que ya se había puesto nervioso cuando su hija pronunció la palabra que había dejado de existir en ese hogar. Mamá.

Lo que Dios era para los ateos, lo era mamá para la familia Hofmeester. Nadie hablaba de la madre que se había largado. Nadie pronunciaba la infame palabra. Nadie decía: «Cuando mamá aún vivía con nosotros…» Ni siquiera en las reuniones de padres, a las que él asistía con fanatismo, se hacía ya referencia a la mujer que era la madre de sus hijas. Lo aceptaban como un padre soltero, hasta el punto de que su entorno fingía que Hofmeester no había sido otra cosa desde su nacimiento. Que desde niño estaba destinado a ser eso. Diseñado a convertirse en padre soltero. Y, todo hay que decirlo: él había crecido en su papel.

No había mamá. De ese modo la palabra dejaba de tener legitimidad. Ahora, él era padre y madre en uno. El único y por ello también el auténtico, el que quedaba, y con el que todo sería mejor.

Cuando se encontró frente a ella, Jörgen Hofmeester se dio cuenta de que estaba excitado. No solo en el sentido sexual de la palabra, sino también excitado como se está antes de un examen, aunque se sepa que se ha estudiado bien. Muchas cosas podían salir mal. Eso le contaba la adrenalina, eso le susurraba la concentración con la que él la observaba: muchas cosas pueden salir mal.

La observó, primero su cara y luego su maleta. Por un instante

sintió la tentación —en su caso incomprensible— de estrecharla en sus brazos y mantenerla así durante minutos enteros. Sin embargo, lo único que hizo fue apoyarse con la mano derecha a la pared, en una pose casi despreocupada. El paño de cocina le colgaba de la mano izquierda. Hofmeester era un hombre que se había pasado la vida buscando una actitud, y ahora que esa vida estaba casi acabada, todavía no la había encontrado. Un hombre sin actitud, aunque con un paño de cocina.

Lo único que podía pensar era: siempre sucede cuando menos te lo esperas. Como si solo sucediera porque no te lo esperabas.

¿Cuánto tiempo no había deseado esto? Que ella llamara a su puerta. A lo largo de los años, ella se había ido otras veces, pero siempre había vuelto. Al cabo de unos días o de unas semanas, pues sus caprichos nunca duraban más de dos meses. Un buen día, regresaba a casa. Sin vergüenza, sin una palabra de arrepentimiento, altiva, un pelín agresiva, pero allí estaba frente a su puerta. La última vez no pasó eso, la última vez fue distinta a todas las anteriores. La última vez fue definitiva.

Y ahora, ahora que él ya no lo esperaba, ahora que él ya no necesitaba esperar, porque las niñas eran lo suficientemente mayores como para arreglárselas sin ella, y él lo suficientemente viejo para poder pasar por un joven viudo, ella había llamado a su puerta como si fuera lo más normal del mundo. Y quizá lo era. Ella seguía siendo la madre de sus hijas. Había vivido años en esa casa, primero solo con él y después con él y las niñas. Tal vez solo quisiera controlar cómo estaban sus cacharros de cocina o tal vez solo venía para admirar el manzano de su marido que, de hecho, había crecido mucho.

Hofmeester contempló a la mujer que en un momento dado afirmó que él le había arruinado la vida, no solo arruinado, sino arrebatado. Él no la dejaba vivir. Como un mago, había soplado tres veces y ya está: la vida de su mujer había desaparecido. Ella quería que se la devolviera. Por ello se había ido. Había salido de la casa, como los señores de la comisión de vivienda: con calma y sin rencores. Él le había preguntado:

—¿Te pido un taxi?

Pero ella le había contestado:

—Iré en tranvía.

Después, él cerró la puerta y fue a sentarse en el salón, con el diario de la tarde en el regazo.

—Pensé venir a ver cómo te iba —le dijo ella mientras se apartaba algunos cabellos de la cara.

Aunque todo en ella indicara lo contrario —sus movimientos, su presencia, su seguridad y su convencimiento de que era el momento

perfecto para volver a comprobar cómo le iba a su familia, de que no podría haber elegido un mejor momento, mientras esbozaba una débil sonrisa, con las gafas subidas a la cabeza—, él detectó en su voz que también ella estaba nerviosa. Tan nerviosa como él. Quizá había pasado tres veces delante de la casa antes de decidirse a llamar. Seguramente hacía semanas que había vuelto a Ámsterdam y lo había espiado mientras iba al trabajo, cuando cargaba con las compras y de noche, mientras acompañaba a Tirza hasta la bicicleta, cuando ella salía de casa para visitar a su novio. Y seguro que su esposa lo había visto quedarse allí de pie mirando cómo Tirza se iba en bicicleta y permanecer allí después mirando la calle y el parque.

Un hombre delante de su casa. Eso era él en esas noches. No, un hombre entrado en años delante de su casa. Frente al espejo del cuarto de baño se familiarizó con la sensación de mirar algo que había acabado. Y era un alivio. Lo que lo consolaba de su existencia era lo que quedaba a sus espaldas. Si buscaba lo suficiente, seguro que volvería a encontrar su vida en su pasado.

Su esposa también debería saber eso. Debería saberlo todo, opinaba Hofmeester. Y por ello le asombró aún más que esa noche ella hiciera lo que debería haber hecho antes o dejado para siempre: llamar a la puerta, presentarse en su casa con una maleta roja con ruedas.

Él no comprendía que quería de él. Sexo seguro que no. Nunca había sido una madraza. Tampoco podía saber que él había aprendido a cocinar tan bien. Eso era algo de después de que se fuera. ¿Qué podía querer de él a estas alturas de su vida? Fuera cual fuera el motivo de su regreso, no era él. No la persona en que él se había convertido. ¿Tal vez la que había sido? Pero lo que él había sido, lo que ellos habían sido, ya no era reproducible. Se mirara como se mirara, ella llegaba demasiado tarde.

Hofmeester apartó la mano de la pared y la observó. Trabajar en el jardín había dejado huellas. Seguía buscando la actitud adecuada. Quería causar la impresión de un hombre que conversa con el cartero: interesado pero algo distraído, como siempre se habla con los carteros.

La gente se marcha por un motivo, eso es seguro. Y vuelve por un motivo. Uno no se presenta en casa por casualidad al cabo de tres años. Si esto era una ocurrencia, ¿qué debía de ser entonces el resto de la vida?

Él tenía que preguntarle sin ambages qué quería de él. Por un momento consideró la posibilidad de decirle: ¿Es urgente? Tengo que meter algo en el horno.

La esposa no había cerrado la puerta. Hofmeester podía ver la calle detrás de ella.

—¿Cómo has venido hasta aquí? —le preguntó.

Avanzó un poco, pasó delante de ella, la olió, siguió hasta salir a la calle vacía. Miró a izquierda y a derecha como si creyera que allí fuera pudiera haber un amante esperando educadamente mientras ella lo inspeccionaba todo. Un hombre apuesto con ojos azules. Juvenil. El tipo para el cual el deseo sexual es una molestia con la que otros le incordian a diario. Él conocía a esos tipos, lo visitaban en sus sueños, salpicaban la historia de su vida: el otro hombre que permanecía invisible, pero que siempre estaba allí, cada segundo del día.

A lo lejos, en la esquina, un niño jugaba con una pelota de tenis. No había ningún amante. Ningún amor de juventud. Era una noche a principios de verano. Una de tantas noches. Aquel prometía ser un verano cálido, húmedo y bochornoso, ideal para los amantes del sol. Hofmeester no era un amante del sol.

—En taxi —le contestó ella.

Acto seguido, él volvió a entrar en casa y cerró la puerta. Recogió un folleto publicitario. ¿Qué necesitaba ella? ¿Qué venía a reclamar? Las niñas eran demasiado mayores. Ya no eran de nadie. Tenían novios a los que se referían con seriedad y sobre los que pensaban con aún mayor seriedad. Novios con los que podían imaginarse que pasarían el resto de sus vidas. Él había captado alguna vez conversaciones sobre compromisos, que ni siquiera eran irónicas. Con anillos y todo. El matrimonio estaba iniciando una ofensiva. Era una institución indestructible. Ninguna guerra podía con él. La bomba atómica, tal vez.

Pero los ojos de su esposa rebatían las reservas de él. Lo miraba amablemente, casi con dulzura. No parecía enfadada ni distante, quizá no viniera a exigirle nada. Estaba emocionada y él no podía hacer como si no se hubiese percatado de ello.

Sospechó que ella estaba viendo su pasado y que pensaba: Dios, ¿he vivido todos estos años aquí? ¿Es este el hombre con el que he pasado más de dos décadas, intermitentemente, pero aun así? ¿Era esa mi vida? Su esposa veía algo que era innegablemente de ella y que, no obstante, no lograba identificar.

Ese reencuentro provocó en Hofmeester el deseo de reírse. De soltar una larga risotada para liberarse de una tensión que lo confundía. El malestar desemboca primero en la risa, después en el silencio, más tarde en el sexo hasta que finalmente vuelve el silencio. Sin embargo, la risa que iba a romper con todo, incluido el pasado, no llegó. En su rostro no apareció ni siquiera una sonrisa.

Ahora que, después de años, volvía a tener delante a la madre de sus hijas, se acordó del nacimiento de Tirza. La espera en el hospital. No quedaban habitaciones individuales libres. Aquella noche, unas diez mujeres habían decidido parir al mismo tiempo. A primeras horas de la mañana, él había vuelto a casa. No había podido soportarlo.

Había huido de la sangre y en casa había preparado la cuna, mientras esperaba una llamada del hospital.

—¿Vienes de lejos? —preguntó.

—De la estación.

El barrio había tachado de escandalosa la marcha de su esposa. Durante meses había sido la comidilla de los vecinos. No se hartaban de hablar de ella. Eran progres, odiaban el imperialismo, pero no estaban dispuestos a que les quitaran la posibilidad de murmurar. Por orgullo, él la había defendido en la medida de lo posible cada vez que los cotilleos llegaban a sus oídos en la carnicería, la verdulería o simplemente en la calle. «La situación era insostenible —solía decir entonces—. Es lo mejor para las niñas». Hofmeester fingía que todo había ido bien. Había desmantelado, con una ligera ironía, la desaparición de su esposa. Y cuando la gente le preguntaba si no era difícil para las niñas, él decía sonriendo: «Gran parte de su ropa sigue en el armario de casa, así que el día menos pensado volverá a aparecer en la vida de sus hijas».

Pero, pese a la ropa, no volvió a aparecer. Hasta esa noche, hacía seis días.

Sigue teniendo un aspecto bastante bueno, pensó él. Está menos maquillada. Más morena, eso sí, como si fuera a menudo a un salón de bronceado.

—¿Llego en mal momento?

Ella formuló la pregunta sin rastro de sorna. Él volvió a mirar la maleta. La maleta también seguía teniendo un aspecto bastante bueno. Después de todos aquellos años.

—Estaba cocinando, pero tampoco me atrevería a decir que es un mal momento. A fin de cuentas, ¿qué es un mal momento?

Ella se le acercó como si quisiera abrazarlo. Todo quedó en un apretón de manos, uno bien fuerte.

—Me preguntaba cómo estarías —le dijo—. Y cómo estaría Tirza.

Al pronunciar ese nombre esbozó una sonrisa tímida y triste. Y cuando él oyó el nombre de su hija menor se encogió como si hubiese recibido un fuerte latigazo en la espalda.

Tirza, ¿cómo estaría Tirza?

Esa era la emoción que él había detectado. Ella se había marchado, pero por lo visto echaba algo de menos. Faltaba un pedazo de su vida. De repente, un día, había dejado de ver crecer a sus hijas. Conocía la pubertad de su hija pequeña principalmente de oídas y tal vez ni siquiera eso.

Y ahora que ella se había visto cara a cara con esa hija, se daba cuenta de la consecuencia de su vida.

Le soltó la mano.

Hofmeester se la secó lo más disimuladamente posible frotándosela en el pantalón. El sudor de otra persona lo angustiaba. Le resultaba demasiado íntimo. Cuanto más invulnerable parecía el otro, más fácil le resultaba a él comportarse como un depredador. Si algo había aprendido de su vida como casero era que el inquilino no debía convertirse en un ser humano, pues los seres humanos te debilitaban. Te hacían ceder hasta que les decías: «Haré que arreglen esto y aquello. ¿Una nueva cama?, pues claro que sí. Un nuevo armario, ¿por qué no?». Hofmeester alquilaba el piso de arriba amueblado. El mobiliario le permitía deshacerse del inquilino si era preciso sin demasiado papeleo legal. Ya solo por ello, el inquilino no debía convertirse en un ser humano, pues de lo contrario Hofmeester notaría surgir el sentimiento de su interior como el hipo y le resultaría imposible deshacerse de él sin miramientos. Detestaba la debilidad. Odiaba la debilidad.

El sudor de su esposa era sudor débil. Por ello tenía que secárselo. Volvió la vista como si esperara encontrarse a Tirza detrás de él, pero Tirza no estaba. Estaba arriba, en su cuarto, hablando por teléfono. O en la cocina, callada y escuchando la conversación. Como una espía consumada. Él recordó de nuevo los días, las horas que habían precedido al nacimiento de su hija. Qué extraño que aquel nacimiento se le hubiese quedado grabado en la memoria mucho mejor que el de su primogénita. Incluso recordaba la cara del ginecólogo. Un hombre al que él le había entregado después una botella de buen vino, de al menos treinta euros, mientras sostenía a Tirza en brazos.

—Aquí la tiene —le había dicho mostrándole un bebé arrugado con algunos mechones de pelo castaño, como tantos otros bebés arrugados.

Tirza había llegado al mundo arrugada y las arrugas tardaron mucho en desaparecer. El ginecólogo aceptó el vino y le dio la enhorabuena al padre y acto seguido añadió:

—A menudo, los partos difíciles traen algo hermoso, algo muy especial.

Mientras decía esto, el ginecólogo lo miraba como si le estuviera revelando un secreto profesional.

—Estamos bien —contestó Hofmeester.

El paño de cocina se balanceaba sobre su brazo, en la mano izquierda sostenía el folleto publicitario que plegó varias veces y después se metió sin pensarlo en el bolsillo del pantalón.

—Estamos muy bien —repitió—. Tirza lo ha aprobado todo. Dos nueves. Ochos. Algún que otro siete. Nada por debajo de siete. La semana que viene dará una gran fiesta.

Lo contó con orgullo, pero cuando acabó de hablar se dio cuenta de lo absurdo que era tener que explicarle esto a la madre de Tirza. Así que esto era por lo que el barrio había hablado mal de ella y quizá también de él. No debes convertirte en un extraño para tus hijos. Ellos sí para ti, pero no al revés.

Ahora que ya no tenía ningún folleto publicitario en la mano, podía tirar a gusto de su labio inferior, cosa que hacía a menudo cuando no comprendía algo, cuando no lograba solucionar algo.

—Eso está bien —dijo ella—. Esos nueves. Pero no esperaba menos. ¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué asignaturas le han dado esos nueves?

—Por latín. Y por historia. ¿No lo sabías? ¿No te has enterado de nada? ¿De nada en absoluto?

Su ignorancia lo asombraba, incluso lo irritaba un poco. Alguien que ha decidido regresar, aunque sea temporalmente, debería haberse informado de forma discreta sobre la situación actual de sus hijas y su marido. Seguro que este regreso había sido un arrebato, como tantas cosas en su vida.

—¿Quién tendría que habérmelo contado? ¿Ibi? Hace un montón que no hablo con ella. Nunca me llama.

Él advirtió que ella miraba la mano con la que él se agarraba el labio inferior. Sabía que la molestaba ese viejo tic nervioso y paró.

«Nunca me llama». Su esposa opinaba que las niñas tenían que llamarla. Y no al revés. Todo giraba en torno a ella.

—Si no molesto —dijo ella—, ¿te parece bien que entremos?

Era cierto que estaban cada vez más incómodos en el pequeño vestíbulo.

—Pasa —dijo él—. Acabo de meter algo en el horno. Quiero decir… Ya no está en el horno, pero antes sí.

Ella lo miró. Ya había agarrado el asa de la maleta dispuesta a entrar en el cuarto, pero entonces la soltó y dijo:

—Comprendo lo que quieres decir. Comprendo exactamente lo que quieres decir. Eres como, bueno, como siempre. No has cambiado.

Con eso no habían contado los cristianos y otros creyentes. Con que el reencuentro con los muertos en el paraíso pudiera acabar siendo una aventura de lo más incómoda. Conversaciones de cortesía en el cielo. Un apretón de manos que tendría que haber sido un abrazo.

Sin decir una palabra, él la ayudó a quitarse el impermeable, un impermeable azul que no conocía. No era barato, eso se veía enseguida. A ella no le gustaban las cosas baratas. Colgó el abrigo con esmero. Poco a poco, Hofmeester recuperaba la calma. Lo volvía a

tener todo bajo control. La vida era así. Las personas desaparecían. Y a veces, volvían a aparecer una noche a principios de verano. Justo en el momento en que habías metido la cazuela en el horno, pero, claro, eso no podían saberlo ellas. Cuando volvías la vista atrás desaparecía la cuidadosa planificación, se hacían visibles las ocurrencias, salían a la luz las coincidencias y las circunstancias se conjugaban allí donde miraras.

Justo ahora que él era la calma y la tranquilidad en persona, ella parecía dudar.

—¿O hay alguien? —preguntó—. ¿Tienes a alguien?

Hofmeester oyó que su hija menor venía hacia ellos desde la cocina. Tal como sospechaba, los había estado escuchando. La curiosidad es un signo de inteligencia, pero un hijo inteligente significa también que los padres han de estar siempre alerta. Con un hijo inteligente nunca se sabe quién le toma el pelo a quién. Tirza lo fulminó con la mirada y se fue escaleras arriba. Pasó por delante de su madre, por delante del impermeable azul de su madre que colgaba tan llamativamente del perchero.

—¿Que si tengo a alguien? —preguntó Hofmeester después de que su hija hubiese cerrado ruidosamente la puerta de su cuarto. Se echó a reír—. ¿Que si tengo a alguien? No, no realmente. No. Vivo aquí con Tirza. Por supuesto, ella es alguien, pero no como eso a lo que tú te refieres.

Hofmeester siguió riéndose. No podía parar y se avergonzaba.

—Pasa —dijo cuando por fin acabó de reírse.

La precedió hasta el salón. Él se detuvo junto al sofá, pero ella no se sentó. Se dio la vuelta como si quisiera mirarlo todo bien. Como si hubiera alguien más, un extraño, en esta habitación donde había vivido tanto tiempo, donde había estado sentada por las noches, con él, sola y con invitados, donde habían dado fiestas, donde había colocado cunas y parques, donde sus hijas habían gateado por el suelo, donde ella había pintado de vez en cuando naturalezas muertas.

—No ha cambiado mucho —dijo—. Tú tampoco. Como ya he dicho. En realidad nada. ¿Has hecho pintar las paredes?

—El librero es nuevo, como podrás ver. Esta silla también. La eligió Tirza. Sí que han cambiado cosas —dijo.

Ignoró deliberadamente su pregunta. Quien hace como que no ha oído una pregunta, tampoco puede meter la pata. Como casero, él no oía la mayoría de las preguntas. El despiste era una excusa con la que podía aguantar años.

Ella no miró la silla que había elegido Tirza ni el librero, sino que se puso delante de él y lo examinó. Como un cuadro en un museo que solo conoces por las postales y los catálogos y ahora te encuentras

delante del original, e intentas comprender por qué de pronto te decepciona un poco. No mucho, solo un poquito.

—No has pintado las paredes —dijo ella tras unos segundos—. Lo veo: poco a poco se están poniendo amarillas. Por dentro no cuidas debidamente de la casa. Una casa debe cuidarse también por dentro. En cambio, tú te has conservado bien.

Sonaba satisfecha. Aunque también asombrada. ¿Con qué esperaba encontrarse? ¿Con un alcohólico? ¿Con un paciente? ¿Con manos temblorosas, una dentadura postiza que encajara mal? ¿Un viejo decrépito con momentos de lucidez? ¿Uno que en esos momentos de lucidez no tuviera nada mejor que hacer que pintar las paredes, barnizar el parqué y renovar las cloacas?

Al parecer, el hecho de que él se las hubiese arreglado sin ella superaba sus expectativas, pero también la decepcionaba. Igual que la falta de una mano de pintura en las paredes.

Había una coincidencia más que casual entre el inquilino y la esposa. Ambos encontraban siempre algún techo que necesitaba una mano de pintura, siempre se topaban con algo en la casa que debía reemplazarse. No tenían ni idea de dinero. No podían imaginarse cuánto pedían hoy en día los albañiles por una horita de trabajo. Siempre había una queja, en el caso de la esposa una queja que encima se disfrazaba de amor.

Ella retrocedió un poco.

—¿Estás contento de verme? —preguntó.

La pregunta lo pilló por sorpresa. De hecho, lo apabulló.

—Contento —dijo Hofmeester mirando su reloj—. Sí, estoy contento, pero también estoy cocinando. De haber sabido que vendrías, habría preparado más. Podrías haber llamado. Seguimos teniendo el mismo número. Pero… —tuvo que hacer una pausa, no por la emoción, sino porque tenía que reflexionar sobre lo que quería decir realmente—. Me alegro de verte. Uno siente curiosidad, al menos yo sí.

A Hofmeester le asombraba que no le hubiesen salido las palabras que esperaba pronunciar al reencontrarse con esta mujer, de hecho ni siquiera se le habían ocurrido. Ahora que por fin podía pronunciarlas, las había olvidado. Quería parecer encantador. Fuerte. El junco no solo no se había roto, sino que ni siquiera se había doblado.

—¿Curiosidad por qué?

—Por ti —le dijo él—. Por saber cómo te va. Lo que haces. Cómo vives. Cómo te ha ido.

—¿Cómo vivo? Entonces, ¿por qué no me has llamado nunca? Ni una sola vez en estos tres años. Yo te lo habría contado. Con todo lujo de detalles. No lo habría mantenido en secreto. Si te hubieses tomado

la molestia de llamarme.

Era típico de ella: desaparecer y esperar que él fuera detrás suyo corriendo para recabar información sobre sus venturas y desventuras, y para preguntarle si necesitaba algo.

—No me pareció bueno llamarte —dijo Hofmeester—. No quería importunar. Si tienes mucha hambre, puedo freírte un huevo. Además, no tenía tu nuevo número.

—No he venido aquí a cenar —dijo ella ocupando asiento en el sofá en el que se sentó durante años.

Hofmeester lo había vuelto a tapizar. Tirza había elegido la tela. Él escogía muchas cosas con Tirza.

—¿Tal vez te apetezca algo que no sea un huevo?

—Jörgen, no tengo hambre —no lo dijo, lo constató con énfasis.

—No hace falta tener hambre para comer. Estoy preparando mi cazuela de pescado al horno. Es famosa. Les encanta a las amigas de Tirza. No comemos porque tengamos hambre, comemos porque es la hora de comer.

Lo dijo como un profesor que intenta recomendar un libro pese a saber que los alumnos lo van a odiar.

Aquel tono debía de resultarle familiar a ella, era el tono del corrector, el tono de alguien cuya vida consiste en detectar los errores del otro.

—Yo no —dijo ella—. No como porque sea la hora de comer. Ya no obedezco normas idiotas. Como porque me apetece. No he venido aquí por tu cazuela de pescado.

Entonces encendió un cigarrillo. Tenía un bolso nuevo y un pelín demasiado moderno y juvenil para su edad. Lleno de adornos. Hofmeester pensó en los bolsitos de las amigas de Tirza. Después de las fiestas, él se las encontraba a primeras horas de la mañana en la cocina con sus bolsos llenos de abalorios o trocitos de vidrio, hoy en día todo servía de adorno. Hofmeester les pedía disculpas cuando entraba en la cocina en pijama y veía a Tirza y a sus amigas felices, apestando a humo y a veces a comida podrida. Él se servía rápidamente un vaso de leche o cogía una manzana del frutero y corría a refugiarse en su dormitorio o, cuando hacía buen tiempo, en el cobertizo, donde se sentaba, entre el rastrillo y la motosierra, hasta que las chicas se hubiesen ido a la cama o a sus casas. Tirza era popular. Alguna que otra vez, Hofmeester se había encontrado a chicos extraños en el cuarto de baño, chicos que no conocía y que ni siquiera le habían sido presentados, pero que se habían quedado a pasar la noche en su casa. Muchachos a los que Hofmeester tenía que preguntar: «¿Quieres una toalla?», porque Tirza dormía profundamente. Una vez que se quedaba dormida, no había nada que

la despertara. Los chicos se levantaban siempre antes que su hija. Aquellos personajes que él se encontraba de tanto en tanto en el cuarto de baño no olían bien. Lo que tenían en común los chicos de Tirza era su mal olor. Sin embargo, ahora ella tenía un novio fijo y Hofmeester todavía no había podido constatar si este apestaba. Se temía lo peor.

—Vuelves a fumar —dijo sin apartar la vista del bolso de ella.

Sonaba preocupado y eso lo irritó. Lo que acababa de decir era demasiado personal, como si los cigarrillos de ella le incumbieran. Los pulmones de su esposa eran asunto suyo. De hecho, todo su cuerpo. Su cuerpo ya no le implicaba ningún tipo de responsabilidad.

—¿Te molesta?

—No realmente —le dijo—. A mí no. Le pediré a Tirza que traiga un cenicero. He guardado los ceniceros.

Se volvió hacia el pasillo y gritó:

—Tirza, ¿puedes traerle un cenicero a mamá?

Hofmeester se quedó esperando, pero Tirza no respondió. Seguramente estaría hablando por teléfono en su cuarto. La verdadera pasión nunca te abandona. Tirza lo debatía todo con pelos y señales con sus amigas. En una ocasión se lo había contado durante la cena.

—¿También de mí? —le había preguntado él—. ¿Hablas también de mí?

—Por supuesto —le había contestado ella—. Eres mi padre, ¿no? ¿Por qué no iba a hablar de ti?

La esposa seguía fumando.

—Tirza —gritó Hofmeester algo más fuerte—, un cenicero para tu madre. Por favor.

Miró el cono de ceniza que crecía lentamente y que no tardaría en caer, no podía apartar los ojos de él, parecía hipnotizado, dijo:

—Siempre es muy servicial. No como antes. Incluso cuando estudiaba para su graduación, insistía en ayudarme.

Hofmeester hablaba como en sueños, hablaba sin parar, como si hablara más consigo mismo que con ella, como si no hubiese nadie más en el cuarto, solo él. Como si ensayara lo que iba a decir cuando por fin llegaran los demás.

Al ver que Tirza no se presentaba, él mismo se fue a la cocina a buscar un cenicero. ¿Dónde estaban? Ya nadie fumaba en casa. Hofmeester apenas recibía visitas. La asistente tampoco fumaba. De vez en cuando bebía una copita, pero fumar, eso no. Y cuando las amigas y los novios de Tirza fumaban, cosa que por cierto apenas hacían, salían siempre al jardín. O fumaban asomándose a la ventana. A Tirza no le gustaba el humo, sí los chicos.

No encontró ningún cenicero. Hofmeester había escondido bien los

ceniceros, confiando en no necesitarlos nunca más. Por eso cogió un platito. No era lo correcto, pero de momento serviría. Para Hofmeester la moral se reducía a si algo era o no correcto. Y si algo podía alegar él en su defensa era que había hecho lo correcto.

Cuando volvió a la sala de estar, vio la ceniza en la mano izquierda de su esposa. Le alcanzó el platito y le preguntó si necesitaba un trapo.

—Tengo manos a prueba de fuego —dijo ella riéndose.

Igual que en otros tiempos. La gente apenas cambia. Encuentra un nuevo entorno para sus obsesiones. Se arruga, se le caen los dientes, se rompe huesos, le reemplazan los órganos por máquinas, pero no cambia.

Cuando acabó de reír dijo:

—Si te apetece, si te gustaría que lo hiciera, y sé que te gustaría, me quedaré a cenar, pero no te molestes. Dame los restos. No te desvivas por mí.

Hofmeester apartó el jarrón con rosas que había sobre la mesa del comedor, las flores se las habían regalado a Tirza unos días antes. Así hizo sitio para que su esposa pudiera comer con ellos. Se preguntó si, para infundirse valor, la esposa que se había presentado de repente había bebido en un bar cercano antes de dirigirse con su maleta a su antigua casa.

—Cocinar no es desvivirse —dijo él en voz baja—. Forma parte del trabajo. Tengo una familia y cocino. Es mi tarea.

La mesa estaba puesta para dos. Él la había preparado mucho antes de que estuviera lista la cena. A veces se ponía con ello justo después de volver a casa del trabajo. Lo hacía porque estaba ansioso por sentarse con Tirza a aquella mesa, porque aquel momento restauraba el equilibrio siempre precario. Tirza y él, en la mesa, comiendo. Eso les daba la apariencia de ser una familia o más que eso, una santa alianza.

Se fue a buscar un plato en un armario. Entonces se acordó de su tarea. La cazuela de pescado, el horno, había que cocinar. Se quedó de pie, incómodo, con el plato en la mano, como si no supiera si podía dejar sola a la visita. O si debía invitarla a seguirlo a la cocina. Para charlar sobre un lejano pasado. ¿Cómo se preguntaba algo así? «¿Vienes a la cocina?» Entonces dejó el plato en la mesa. Ya estaba preparada para una tercera persona. La esposa. La madre de Tirza.

Todo había empezado años atrás con una cena compartida. La familia Hofmeester se había gestado con una chuleta de cordero. Jörgen había cocinado para la mujer que más tarde se convertiría en su esposa. Le había gustado más el hombre que la chuleta. Él se acordó de la maleta que estaba en el pasillo. La primera vez que ella había ido a cenar a su casa, le había traído una tarta que ella misma

había preparado.

—La veo cambiada —dijo la esposa, fijando la mirada en un cuadro que colgaba de la pared. Lo había colgado ella misma, también lo había pintado ella y Hofmeester nunca se había tomado la molestia de quitarlo, aunque Tirza le había preguntado varias veces: «¿Tenemos que seguir mirando ese frutero por el resto de nuestras vidas? ¿Es realmente necesario?».

—¿A quién? ¿A Tirza?

El paño de cocina seguía colgado de su brazo.

—Sí, a Tirza. Se ha vuelto guapa.

—Está hecha una mujer —dijo Hofmeester.

Sin embargo, se arrepintió enseguida de haberlo dicho. ¿Una mujer? ¿Qué era una mujer?

De acuerdo, le había crecido el pecho y se intuían sus caderas. Pero ¿cuándo se convertía una chica en una mujer? ¿Qué hacía de él un hombre? ¿Los genitales que le colgaban entre las piernas?

No sabía qué debía decir sobre Tirza, no sabía qué quería decir sobre ella. Por eso dijo:

—Siempre ha sido guapa. De bebé estaba arrugada, como todos los bebés. Ibi estaba menos arrugada, pero tenía otros defectos. ¿Te apetece beber algo?

Ella negó con la cabeza.

—Ya me serviré. Por ahora estoy bien como estoy.

Él se la quedó mirando. La mujer que nunca había estado bien en el pasado, a pesar de todas las naturalezas muertas que había pintado. Pero ahora estaba bien. En algún punto de la historia se escondía un final feliz, solo que él no había estado allí.

Acto seguido, Hofmeester se fue a la cocina, seguro que ella se entretendría sola en el salón. Volvió a meter la cazuela en el horno. Después descorchó una botella de vino blanco y ajustó el minutero de cocina a media hora. Hofmeester no sabía cocinar sin minutero. Después volvió a colocar el libro de cocina en la pila de libros de cocina.

Se quedó cerca del horno. Deslizaba las manos sobre la encimera como si fuera un ciego que estuviera leyendo braille. Cuando la cena estuviera sobre la mesa, seguro que se le ocurriría algo que decirle a la visita: «¿Has viajado mucho?». O: «¿Tu madre vive aún?». Cuando ella se fue de casa, su madre estaba gravemente enferma.

Hofmeester pensó sobre su trabajo, sobre Tirza y sobre el viaje que iba a hacer. En algún lugar había leído que Botsuana era una zona de malaria.

El minutero sonó y él llevó la cazuela de pescado con innegable

amor al comedor. La esposa se había tumbado en el sofá. Se había quitado los zapatos y había cerrado los ojos. El cuarto apestaba a humo de cigarrillo.

—Iré a buscarte cubiertos —dijo él dejando la comida en la mesa.

Ella no se movió. Se la veía cómoda y satisfecha, como si nunca se hubiese ido. Como si solo hubiese salido a comprar buñuelos y se hubiese visto retenida por el camino. Un embotellamiento, su ausencia de tres años no había sido más que eso, un embotellamiento de carne humana.

En el pasillo él gritó:

—¡Tirza, a cenar!

Se fue a la cocina a buscar los cubiertos y una copa para la invitada, y la botella de vino.

—¿Dónde me siento? —preguntó la esposa después de que él sirviera el vino.

Todas las copas igual de llenas. Había que cuidar los pequeños detalles. Él se entregaba a su papel de camarero, de criado.

Ella se levantó lentamente del sofá. Se fue descalza hasta la mesa.

—Aquí a la cabecera de la mesa —dijo Hofmeester—. Es donde se sientan siempre las visitas. Bonitos zapatos. ¿Son italianos?

—Franceses.

Ella se sentó. Hofmeester sirvió la cena. Volvió a llamar a su hija una vez más, un poco más fuerte:

—¡Tirza, a cenar!

La comida estaba en los platos, pero nadie comía. Esperaban a la niña.

—Un regalito —dijo la esposa, con el tenedor en la mano.

En el anular de la mano izquierda llevaba una joya que él no conocía.

—¿Qué?

—Los zapatos. Son un regalito.

—Qué bien. Aquí también tienes unos diez pares. ¿Lo sabías? Quería enviártelos, pero no sabía adónde.

Cogió un trozo de pan de la cesta que ya llevaba unas horas en la mesa.

—Pensé que los regalarías.

El pan estaba seco.

—¿Regalárselos a quién? ¿Te refieres a tus zapatos?

—Mis zapatos, sí, pensé que te desharías de ellos. Que te desembarazarías de todas mis cosas. Tampoco es tan raro, ¿no? Me lo compré todo nuevo.

—¿Y quién tiene tu talla? No conozco a nadie con tu talla. Tienes

una talla difícil. ¡Tirza, a cenar! Todo está igual que lo dejaste en el armario. Podías volver en cualquier momento.

Ella se lo quedó mirando, como intentando averiguar si lo decía en broma.

—Me han dicho que mis pies son una joya —dijo entonces tras una breve pausa.

Esbozó una amable sonrisa. Se esforzaba, eso estaba claro. Pero él también. En eso se habían convertido: en dos personas que se esforzaban. Quién sabe, tal vez lo hubiesen hecho siempre.

—¿Los has observado? He conservado bien mis joyas.

Se movió un poco en la silla y levantó los pies junto a la mesa. Llevaba las uñas pintadas de rosa. Rozó la pierna de Hofmeester con la punta de los dedos.

Él se paralizó.

Mientras sostenía un trozo de pan seco, lanzó una mirada a los pies descalzos y las piernas desnudas de su esposa. Los dedos que rozaban su pantalón. Entonces se metió el trozo de pan seco en la boca y empezó a masticar.

—¿No me dices nada después de todos estos años?

—¿Decirte qué?

—Algo agradable. ¿Te gusta volver a verme?

—¿Te refieres a algo agradable sobre tus pies?

El pan estaba muy seco, pero no le apetecía levantarse para tostarlo.

—Ya sabes lo importantes que son algunas cosas para mí. Después de todo este tiempo, podrías decir algo amable. No eres de piedra.

Movió varias veces los dedos de los pies y Hofmeester volvió a echarles un vistazo.

Amabilidad, eso era lo que se esperaba de ti cuando tu esposa llamaba a tu puerta después de tres años.

—Tus pies no han cambiado —dijo él.

—¿Eso es todo?

—Creo que sí.

—Mis pies son una joya, Jörgen. Muchos los han mirado. Me lo han dicho a menudo.

Entonces volvió a poner las piernas debajo de la mesa.

Hofmeester miraba fijamente las flores. Era un ramo caro. Quizá de treinta euros. ¿Quién se lo habría regalado a Tirza? Ella no había mencionado ningún nombre. Casi nunca le decía los nombres de los chicos. En la mesa hablaban de cosas cotidianas. De las noticias, de la comida, del tiempo, de sus amigas, de las pruebas de aptitud, y alguna que otra vez salía el tema de su viaje por el mundo. Aunque evitaban

las conversaciones sobre política y sobre África no estaban de acuerdo.

—Me parece que… —empezó a decir Hofmeester.

Como no sabía qué le parecía, hizo una pausa y en aquel instante oyó que Tirza bajaba por la escalera y decidió que ya no era necesario acabar la frase. Decidió que, si era necesario decir algo cordial, cosa que, por cierto, se podía discutir, le tocaba a Tirza decirlo.

—¡Qué asco, menudo pestazo hace aquí! —exclamó Tirza.

Llevaba una blusa blanca, se había cambiado de ropa. Normalmente no se cambiaba nunca de ropa para la cena. A menos de que tuvieran visita. Y las visitas que habían tenido en los últimos años eran para Tirza. La única que venía para Hofmeester era la asistente de Ghana, pero no podía considerarse visita en el sentido más estricto de la palabra.

La hija se sentó. Hofmeester cogió su copa y dijo:

—Brindemos, Tirza, por esta visita inesperada de tu madre. Brindemos por estar reunidos todos, casi todos como una… bueno, como una familia. Y por estar sanos.

La hija había alzado su copa, pero la volvió a depositar sobre la mesa y dijo:

—Yo no brindo por eso. Y aquí apesta, papá, ¿no lo hueles? Está fumando en casa tan tranquila. Aquí no se puede fumar.

Tirza era capaz de hablar como una profesora si se lo proponía. Su tutor en la escuela había dicho en una ocasión: «Es una líder nata, toma la iniciativa. Siempre va la primera y arrastra a los demás con ella».

Se hizo un silencio. De los nervios, Hofmeester se metió otro trozo de pan seco en la boca.

—Brindemos… —empezó a decir Hofmeester.

—No —replicó Tirza—. No pienso sumarme a eso. A este disparate.

Con el tenedor aplastó con fuerza la cazuela de pescado de su padre.

—Bien —dijo Hofmeester— entonces por la vida. Por tus notas, ¿de acuerdo, Tirza? Por tu graduación. Por tu futuro. Por ti.

Hofmeester tomó un primer sorbo antes de que nadie pudiera protestar. El vino no estaba suficientemente fresco, pero tenía un pase. En una noche como aquella, muchas cosas tenían un pase.

Otras veces, las cazuelas de pescado de Hofmeester habían salido mejor, pero mientras se comieran, todo iba bien. Todo estaba bajo control, la noche, la compañía, la familia.

Después de unos cuantos bocados, la esposa se quitó las gafas de sol de la cabeza y preguntó:

—Y bien, Tirza, ¿cómo estás? Le decía a tu padre que te has vuelto muy guapa.

Tirza estaba entretenida soltando un hilo de queso de su cuchillo. La receta también llevaba queso, Hofmeester la había sacado de un libro de cocina francés. Tirza farfulló:

—Como si eso te importara.

—Sí que me importa —dijo la esposa—. Incluso me importa muchísimo. He pensado a menudo en ti. Te has vuelto muy guapa.

—¿Vuelto?

—Más guapa. De lo que eras. Siempre has sido guapa, pero ahora lo eres de verdad, cómo decirlo, estás en plena flor.

Y Tirza contestó:

—Oh, qué gracia.

Comía a regañadientes. Comía como una niña pequeña. Dejando bien claro que lo hacía de mala gana. Jugaba con la comida.

—¿Gracia? —preguntó la esposa—. ¿Qué tiene eso de gracioso?

—Qué gracia que te acuerdes de que antes también era guapa. Qué gracia que te importe cómo estoy. No he percibido mucho interés por tu parte en los últimos años. Mejor dicho: ninguno.

Tras ese pequeño incidente siguieron comiendo en silencio. Sin embargo, el nerviosismo se había apoderado de Hofmeester, más aún que poco antes, cuando se encontraba en el vestíbulo y miraba la maleta de su esposa. Por eso se metió un par de trozos de pan en la boca. Acabó zampándose todo el contenido de la cesta de pan. Había que acabarlo. Era una lástima tirarlo.

Cuando casi había vaciado el plato, su esposa preguntó:

—¿Qué vino es este?

—Es de Sudáfrica —le contestó Hofmeester—. Tirza y yo hemos descubierto el vino sudafricano.

—¿Descubierto? —dijo ella soltando una risita—. ¿Qué quieres decir con descubierto? ¿Qué le han descubierto exactamente?

—Los sábados por la tarde, la bodega de la esquina organiza catas de vinos. Tirza y yo vamos a veces. ¿No es cierto, Tirza?

La madre de Tirza examinó la etiqueta y dijo:

—Ay, son como dos tortolitos. Los sábados por la tarde van a catas de vino. Qué romántico. ¿Quién hubiese dicho que acabarían llevándose tan bien?

—Papá —dijo Tirza.

Pero su padre hizo como si no hubiese oído nada. Dijo:

—Tirza tiene un interés especial en Sudáfrica, en toda aquella región. En realidad, Tirza está interesada en toda África. ¿Lo digo bien? ¿En toda África? Si pudiera, Tirza viajaría en transporte público desde la punta más meridional de Sudáfrica hasta Marruecos, pero se lo he prohibido. Además, allí apenas hay transporte público, claro. ¿Se imaginan el transporte público en Camerún? Mortal. He leído en

alguna parte que allí ni siquiera tienen coches fúnebres, que tienen que llevarse a los muertos al cementerio en autobús. Debajo del brazo.

Se echó a reír. La idea de que alguien tuviera que llevarse a sus familiares muertos debajo del brazo en un autobús hasta el cementerio hacía que la muerte resultara mucho menos intimidante. Bastaba con fingir que no había para tanto, para que tampoco hubiese para tanto. Notó una patada en la pierna. Esa era la señal para que recogiera las migas de la cesta y se las metiera en la boca. La comida era misericordia.

—¿Así que quieres recorrer África en transporte público?

La madre de Tirza lo hacía lo mejor que podía, pero no lo conseguía. Tenía las mejores intenciones, siempre las había tenido, pero estaba ocupada por completo consigo misma.

Tirza no le respondió. Volvió a golpear la pierna de su padre. Tal vez eso fuera una respuesta.

—Le he dicho —dijo Hofmeester— que el transporte público en África…

Otra patada.

—Tirza —dijo Hofmeester cuando hubo vaciado la boca— en este caso no puedo hacer nada. En este caso resulta que no puedo hacer nada. Para variar.

Tirza se limitó a negar con la cabeza. Siguió meneando la cabeza, como una niña pequeña que debería irse a la cama y que hace caprichos de puro cansancio.

—No se trata de si puedes hacer algo, papá —le dijo—, se trata de que yo no puedo soportarlo. No lo aguanto. ¿Quieres parar ya? Por favor, ya.

Lo dijo recalcando cada sílaba.

Hofmeester la miró. No había tocado la mitad de su porción de cazuela de pescado. Con la otra mitad solo había jugado. Él comprendía poco de las personas. A veces, incluso sus propias hijas se le antojaban incomprensibles. Le resultaban familiares, pero extrañas. Al igual que los chicos con los que Hofmeester se encontraba de vez en cuando por la mañana en el cuarto de baño, también extraños y aun así familiares. Como si se hubiesen pasado toda la noche esperándolo en el cuarto de baño, para que les diera una toalla. Los novios de su hija que lo consideraban tan solo un pretencioso extra, a pesar de que él —ya no quería seguir engañándose por más tiempo— hubiese querido ser otra cosa.

—¿Qué debo dejar?

—De hacer esto. Esta conversación. Esta ridícula conversación. Tienes que dejar de tratarme de forma distinta a la de siempre. Tienes que acabar con este teatro, papá. Aunque solo sea porque esa mujer

está aquí en la mesa.

Cuando dijo «esa mujer», su voz se endureció, casi chilló.

—¿Te trato de forma distinta? —preguntó Hofmeester. Intentaba no perder de vista a su esposa y a su hija. Como si pudieran tirarse de los pelos si él las perdía de vista—. ¿Ha cambiado mi forma de hablar? ¿Mi forma de comer? ¿O es que de pronto he dejado de sorber? —se río de su chiste, pero era el único.

—No sorbes, pero hablas de otra forma, papá, en serio. Otras veces soy yo la que suele hablar y tú asientes o me preguntas: «¿Qué hace su padre?». Y después fregamos los platos. Y entonces tampoco dices casi nada. Escuchas lo que yo te digo. Y no pasa nada. A veces te pregunto: «¿Qué has hecho de interesante hoy?». Y tú dices: «Poca cosa». Y me parece muy bien. Ese eres tú. No puedes evitarlo. Y eso es más de lo que ella puede hacer. Pero no soporto esta conversación, esta conversación absolutamente ridícula.

Hofmeester palpó la cazuela de pescado. Seguía estando caliente.

—A veces te hablo, Tirza. Lo sabes. Lo sabes muy bien. Y a menudo te leo el periódico. Los artículos graciosos. También lo sabes.

—No importa, papá. Eres cariñoso a tu manera. A tu manera eres muy cariñoso. Y me gusta que me leas artículos graciosos del periódico mientras cenamos. No siempre me hacen gracia, pero bueno. A ti te la hacen. Y eso es lo principal. Pero ya que estamos hablando, ahora que no estamos leyendo artículos graciosos del periódico, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, por supuesto —dijo Hofmeester—. Todo, Tirza. Todo lo que quieras.

—¿Por qué no has echado a la calle a esa mujer?

Por un instante tuvo el impulso de tirarse del labio inferior, pero lo reprimió. Hofmeester sirvió un poco más de vino, primero a Tirza, después a su esposa y por último a sí mismo. Intentó lanzarle una mirada de complicidad a la esposa, pero ella esbozó una débil sonrisa sin mirarlo realmente. Entonces él dijo:

—Uno no echa a las mujeres de su casa, Tirza, y menos aún a las mujeres con las que ha engendrado dos hijas. Esa mujer es tu madre. Por eso la he dejado entrar en lugar de echarla a la calle. Ese me parece un buen motivo. Es tu madre. Lo era. Siempre lo será.

La madre de Tirza miraba como si estuvieran hablando de otra madre. Otra madre con otra hija.

—Con dificultad, Jörgen —dijo, mientras jugueteaba con las gafas de sol—, con dificultad he engendrado a dos hijas. Y sí que sabías hablar, hablar y hablar. A veces parecía emitirse una radionovela erótica en nuestra cama. Pero para engendrar niños hay que hacer algo, Jörgen. No algo, sino eso. Tienes que meter tu instrumento en el

orificio adecuado.

Los pensamientos de Hofmeester se quedaron colgados en la radionovela erótica. Él se consideraba un hombre callado y discreto, pero al parecer otros no opinaban lo mismo.

—Nos abandonó —dijo Tirza señalando con el tenedor a la mujer que poco antes le había mostrado los pies a Hofmeester. En el tenedor quedaban restos de comida que cayeron sobre el mantel—. Tal vez tuviera un motivo para abandonarte, papá, seguramente tuviera buenos motivos para hacerlo, pero no tenía ninguno, realmente ninguno, para abandonarme a mí.

Se le quebró la voz. Hofmeester sintió una ola de pánico. Un pánico terrible.

—No señales con el tenedor, Tirza —le dijo—. No lo hagas. Podría ocurrir un accidente.

Se pasó la mano por el pelo como si eso sirviera de algo, como si eso pudiera desviar la conversación llevándola por otros derroteros: los veranos que antes eran mejores. La escuela. O si era preciso África o el transporte público en cualquier lugar del mundo.

La voz de Tirza sonaba cada vez más fuerte. Hofmeester sabía lo que eso significaba, que ella acabaría llorando. Y él no soportaba las lágrimas. Su propia debilidad le provocaba náuseas. La de sus hijas lo enfurecía.

Lanzó una mirada a la esposa que bebía tranquilamente su vino y seguía estando allí como si nada fuera con ella. Él tenía que salvar la situación, enseguida, pues nadie más lo haría. Nadie más podía hacerlo.

—No debes decir eso —dijo Hofmeester—. No nos abandonó. Se dedicó a su desarrollo personal.

La esposa suspiró y depositó sus cubiertos sobre la mesa.

—Di mejor que ya no aguantaba estar contigo, Jörgen, Tirza lo sabe tan bien como yo, todo el barrio lo sabe. No hace falta que lo llames desarrollo personal. Tú siempre con tus malditos eufemismos. No había ningún desarrollo personal. Simplemente yo ya no aguantaba. Nadie habría aguantado aquí. Nadie que fuera normal.

—Bueno —dijo Hofmeester—, pero por ahora llamémoslo desarrollo personal. ¿No es un compromiso razonable? A veces, el desarrollo personal viene a ser lo mismo que no aguantar en algún sitio. Tampoco hay tanta diferencia entre lo uno y lo otro.

—Papá —gritó Tirza—, no seas idiota. No dejes que te trate así.

—Quiero comer en paz —gritó Hofmeester—, Tirza, eso es lo único que quiero. Comer en paz. He preparado esta cazuela de pescado en paz. Y quiero comérmela en paz. Y lo voy a conseguir. Igual que lo he conseguido durante tres años.

La hija golpeó la mesa con la mano izquierda. Un tenedor cayó en el suelo.

—No quiero estar sentada a la mesa con esa mujer —gritó—. No quiero volver a ver a esa mujer nunca más. Nunca más.

Tirza se levantó.

—Te odio —chilló—. Habría sido mejor que no hubieses venido aquí. Habría sido mejor que no hubieses vuelto nunca más. Querría que estuvieras muerta.

Acto seguido, se fue corriendo al piso de arriba.

Hofmeester se secó varias veces la boca, desplazó la botella de vino unos cuantos centímetros y luego preguntó:

—¿Quieres un postre?

La esposa miraba fijamente su copa y sacó un trocito de corcho que se había caído dentro.

—De pequeña ya era así —dijo con calma.

—Aún queda algo de ayer —dijo él—. Hice tiramisú. Los miércoles siempre hago tiramisú. Puedo ofrecerte esto. ¿O mejor fruta?

—Es incapaz de perdonar.

—También puedo preparar una macedonia.

—Es incapaz de perdonarse a sí misma. ¿Puedes perdonarte a ti mismo, Jörgen, puedes perdonarte de verdad? —Volvió a ponerse las gafas de sol a modo de diadema.

—¿Macedonia? ¿Quieres te la prepare? Lo hago en un momento.

La esposa suspiró.

—Bien —dijo—, hablemos de otra cosa. Si eso es lo que quieres. ¿Cómo está el limpiacristales?

—¿Qué limpiacristales?

—El hombre que venía una vez al mes a limpiar las ventanas, aquel viejo. ¿Cómo está?

—Ah, ese —dijo Hofmeester—, bueno, está muerto.

Se quedó sentado en la silla tirándose del labio inferior.

—He de admitir que has aprendido a cocinar —observó la esposa.

—Gracias —dijo Hofmeester.

Entonces se levantó y se fue escaleras arriba, a la habitación de su hija menor. Pero a mitad de las escaleras se lo pensó mejor, se detuvo y regresó al salón. Volvió a sentarse a la mesa.

La esposa seguía en su sitio. No como una invitada, sino como alguien que estaba en su casa. Lo cual, en el sentido estricto de la palabra era cierto. Nunca se había dado de baja oficialmente. Las tarjetas censales de la esposa seguían llegando allí y Hofmeester tenía por costumbre dejarlas en la pequeña cómoda del pasillo, hasta que pasaban las elecciones y él constataba con cierta melancolía que, una

vez más, su esposa no había hecho uso de su derecho de voto.

—¿Tiene novio?

—¿Tirza?

—Sí, Tirza. Por supuesto. ¿Quién si no?

—A veces me encuentro chicos en el cuarto de baño.

—¿En el cuarto de baño?

—En el cuarto de baño, por ahí andan a menudo.

—¿Qué hacen allí?

—Lo que hace la gente en el cuarto de baño. Se duchan. Supongo. Van al inodoro. No les pregunto: «¿Qué haces aquí?». No quiero que se sientan incómodos. Esta es la casa de Tirza. También es su casa.

La esposa suspiró profundamente y depositó la copa sobre la mesa.

—¿Y qué les dices entonces?

—Entonces les pregunto, aunque tal vez te sorprenda: «¿Quieres una toalla limpia?». Eso les pregunto. Pero quizá tengas otras sugerencias, quizá tengas mejores ideas, quizá debería preguntarles: «¿Te apetece una copita de champán, muchacho? ¿Han follado? Espero que usen preservativo, pero si no es así, tampoco pasa nada». Tú sin duda lo habrías abordado de otra manera, lo sé, siempre has tenido celos de los novios de tus hijas. Pero yo me limito a preguntarles: «¿Quieres una toalla limpia?». Y nada más.

—Cállate —gritó ella.

Por un instante se hizo un silencio y entonces, Hofmeester dijo:

—Nos estamos gritando.

—Sí —admitió ella—. Es estúpido. Lo volvemos a hacer y ya no tenemos ningún motivo para gritarnos. No tenemos ningún motivo para hacerlo.

Se fue al sofá, cogió los cigarrillos del bolso, encendió uno y volvió a la mesa.

—¿Las gafas también son francesas? —preguntó Hofmeester señalando las gafas de sol con aquellos cristales ridículamente grandes que ella seguía llevando a modo de diadema.

—Italianas. Los zapatos vienen de Francia, las gafas de Italia.

Ahora, el humo también lo molestaba a él, pero no dijo nada.

—¿La has puesto en mi contra a propósito? —preguntó ella—. ¿O sucedió de forma natural?

—Sucedió de forma totalmente natural —le contestó Hofmeester—. No hizo falta que hiciera nada.

# 2

—JÖRGEN, TE HE PREGUNTADO ALGO. ¿HA LLAMADO IBI?

Hofmeester se limpia las manos con el delantal. Se le habían quedado adheridos algunos granos de arroz.

—Ibi —dice él mirando fijamente a la madre de sus hijas que lleva puesta su bata—. Ibi. Ha llamado, sí. Pero yo no he hablado con ella. Tirza la tuvo al teléfono. Está de camino.

La esposa sonríe, aunque no es precisamente una sonrisa de satisfacción, y le pasa el dorso de la mano por la mejilla. Le quita algo que le cuelga de la nariz. Él no puede ver lo que es. Un trocito de gamba, una escama de su propia piel, algo de un verde indefinido, tal vez wasabi.

—Tienes que afeitarte —le dice ella—. Pareces un pordiosero.

—Lo haré, pero primero quiero acabar esto —dice él señalando el pescado crudo.

Ella se dispone a irse, pero Hofmeester la retiene agarrándola de la bata.

—Deja que esta fiesta sea para Tirza. Déjaselo del todo a Tirza. Mantente todo lo posible en segundo plano.

Ella lo mira sonriendo como si él le acabara de contar un chiste. Uno de sus viejos y consabidos chistes. Después se aleja lentamente, y él vuelve a concentrarse en el sushi con una entrega que ya no lo extraña. Esta es su vida y este es su arroz. A pesar de todo, le gusta. Le gusta desde hace más de tres años.

Aquella noche, la primera de su regreso, seis días antes, Tirza no volvió a salir de su cuarto. Después de un tiempo, él subió por segunda vez y llamó a su puerta, pero ella no le contestó. Durante unos cinco minutos, él se quedó allí, sin saber qué hacer. Titubeando, considerando las distintas posibilidades, atemorizado. Así se quedó él delante de su puerta.

En lo que respecta a Tirza, él siempre ha tenido miedo, incluso antes de que se pusiera enferma, ya desde su nacimiento. Es un miedo que nunca sintió por su hija mayor, al menos no en esa medida, un miedo que no lo ha abandonado desde el primer momento en que la

sostuvo en sus brazos: el miedo de perderla.

—Tirza —dijo en voz baja, pero al ver que ella tampoco respondía a su llamada, regresó al salón y abrió una segunda botella de vino blanco, también sudafricano. A eso de las once, la segunda botella estaba tan vacía como la primera.

Él y su esposa se la habían bebido en silencio. No tenían mucho que decirse. El regreso de la esposa se produjo de manera silenciosa, calmada y conmovedora, precisamente por lo fácil que fue. Volvió a aparecer como si nada.

Ella olisqueó.

—¿Has vuelto a meter algo dentro? —preguntó.

—¿Dónde?

—En el horno. Huelo algo.

—No he metido nada dentro, hueles cosas que no existen —le dijo él con agudeza.

Hofmeester esperó unos minutos más, miró su reloj y dijo:

—Es tarde, no sé dónde quieres dormir. ¿Tienes algún sitio donde quedarte? ¿En casa de amigos?

—¿En casa de amigos? —preguntó ella mientras sacudía la cabeza y se reía como solía hacer antes.

Él advirtió que se había dejado crecer la melena. Al principio no se había dado cuenta. No había mirado bien. Había tantas cosas que mirar. Sus zapatos, su maleta, su impermeable, su anillo, sus gafas de sol, sus labios. Tenía el cabello más largo que cuando se fue y no le quedaba mal.

—¿Con qué amigos?

Él no supo qué contestarle. No sabía qué amigos conservaba y cuáles había desechado.

—No, no tengo ningún sitio donde quedarme —se contestó entonces a sí misma—. No tengo nada de nada.

Sonaba orgullosa, como si hubiese desafiado al destino en persona. Era algo que siempre le había gustado hacer: recordar una y otra vez al destino que ella existía. Como si pudiese olvidarla.

Él se llevó los platos, los cubiertos y las dos botellas vacías a la cocina y cuando volvió al salón dijo:

—Si quieres puedes quedarte a dormir aquí.

No había tenido que pensárselo mucho. No había alternativa, más bien lo contrario: una falta de alternativas.

—Es muy amable de tu parte —le dijo ella—. Estoy bastante cansada. Ha sido un largo viaje.

A él le quedaba media copa de vino. Volvió a sentarse.

—Bueno —dijo.

Hofmeester jugaba con los dos corchos que había sobre la mesa, los hacía girar, se quedó absorto en ello y cuando uno de los corchos cayó al suelo, dijo:

—Bueno, pues entonces resuelto.

Era demasiado tarde para encontrarle un hotel o una pensión, además resultaría maleducado, y gélido, también eso. Un hotel para la madre de tus hijas, eso iba en contra de todo aquello en lo que creía Hofmeester. No quería ser gélido, más bien cálido. Ardiente.

El amor era una palabra que había perdido significado —casi todas las palabras habían perdido significado—, pero medio siglo de vida traía sus consecuencias, y Hofmeester tenía ya más de medio siglo de vida. Uno dejaba entrar a algunas personas, les daba comida y cama. La vida le había dejado un sentido de la responsabilidad, un profundo y omnipresente sentido de la responsabilidad.

Se había acostumbrado a vivir con Tirza. A vivir en la gran casa vacía en la que podía pasearse sin tropezarse con otros. La ausencia de una pareja no había resultado ser una maldición, sino la libertad, una libertad dolorosa e incompleta, pero aun así, libertad. Él estaba con su hija. Y era como si tuviera que ser así, como si debiera ser así. Eran inseparables, la hija y él. A veces ella sabía lo que él iba a decir incluso antes de que hablara. Los novios que él se encontraba de vez en cuando en el cuarto de baño solo estaban de paso.

Le costaría un poco acostumbrarse a un huésped. Aunque fuera su esposa. Dejó su copa, recogió el corcho y se fue arriba. Pasó delante de la maleta roja con ruedas, que seguía esperando valientemente en el pasillo. Se preguntó qué habría dentro. Pasó delante del impermeable azul, y a continuación delante de la habitación de Tirza y vio que había apagado la luz. Al llegar a su dormitorio, se percató de que su esposa lo había seguido a una discreta distancia.

Ella se sentó en la cama. En su lado de la cama. El lado donde siempre había dormido y donde ahora había libros y periódicos. La esposa cogió los libros y los periódicos, y los dejó en el suelo. También echó al suelo el polvo que había debajo de los libros y los periódicos. Así, la cama de matrimonio volvió a ser una cama de matrimonio.

Se tomó la cabeza entre las manos y luego la soltó. Su pelo no solo era más largo sino que además tenía otro color. El color que había tenido en algún momento. Hacía mucho tiempo. Dejó sus gafas de sol en la mesilla de noche.

Hofmeester se quitó la corbata y la colgó de una silla.

—El colchón —dijo ella—. ¿Sigue siendo el mismo?

Lo abolló con las manos, lo comprobó mientras él miraba la corbata, uno de los regalos que recibió tras dos décadas de lealtad a la empresa. Era realmente una bonita corbata. Elegante. La secretaria la

había elegido personalmente en los almacenes de Bijenkorf. Era mucho más fácil ser leal a una empresa que a un particular.

—Que yo sepa, el colchón sigue siendo el mismo.

—Está viejo —dijo ella—. Entonces ya lo era. No puedes dormir eternamente en el mismo colchón.

Él asimiló la escena: ella sentada en la cama, haciendo comentarios sobre el colchón. Como si fuera su casa, como si nunca se hubiese ido. Casi era para echarse a reír.

—¿Te quedas a dormir aquí? —le preguntó él mirando sus libros y periódicos que durante meses, no, años, le habían hecho compañía en la cama como una mujer. En su vida, la carne se había hecho verbo.

—Me has invitado tú.

—Pero no aquí —replicó él señalando la cama, el espejo, las mesillas de noche.

—¿Dónde si no? ¿En el cuarto de Ibi?

—¿Y esto no te parece un poco raro?

—¿Raro? ¿Por qué iba a ser raro? ¿Hay alguien que duerma aquí? —preguntó ella—. ¿Estoy en el sitio que pertenece a otra persona? ¿Ocupo un trozo de la cama que no me está reservado?

—No realmente —admitió Hofmeester después de dudar durante unos segundos—. Aquí no duerme nadie. Quiero decir, yo duermo aquí. Y mis periódicos.

—Pues bien.

Él se quitó la camisa y ella se miró los pies descalzos, sentada en la cama.

—Pero sigue siendo raro —dijo él, más a sí mismo que a ella—. Todo en ti es raro.

Ella se volvió hacia él, para poder verlo de pie junto a la ventana, con la camisa en las manos. Dijo:

—Estás muy blanco, más blanco que antes. Es como si cada vez te volvieras más blanco. ¿No tomas nunca el sol? A las mujeres no les gusta la carne blanca.

Él colgó la camisa con esmero sobre la silla, se sentó y se quitó los zapatos y los calcetines. Metió los calcetines dentro de los zapatos. Los calcetines eran también un obsequio que le había hecho su empresa, una editorial, tras dos décadas de servicio. Dos décadas, ahora ya eran más de tres. A la empresa le gustaba hacerle regalos útiles. Algo que pudiera ponerse. Y, por consiguiente, que pudiera quitarse después. Él dijo:

—Desde que te fuiste no he tenido quejas. Ni sobre mi carne blanca ni sobre la falta de sol. Sobre nada. Las quejas han desaparecido. Solo el inquilino viene a quejarse de tanto en tanto.

Cuando él ya no lo esperaba, cuando se había olvidado de su

presencia por un segundo, ella dijo:

—Tu carne es tan blanca que casi da miedo.

Su voz tampoco había cambiado. Algo en esa voz lo repugnaba desde hacía mucho. Desde el momento en que lo especial, lo excepcional en ella dejó de ser excepcional para convertirse solo en una fuente de irritación.

Su vestido tenía colores vivos. Era un vestido de verano. Antes, ella se vestía sobre todo de negro. Pantalones vaqueros, muchos vaqueros, eso también. Hasta que una noche, él tuvo que decirle: «Ya no eres una quinceañera. Va siendo hora de que te pongas otro uniforme».

—Como si estuvieras enfermo —siguió diciendo ella—. Como si te estuvieras muriendo. ¿Te estás muriendo? ¿Es eso? Jörgen, ¿te estás muriendo?

Él se fue al cuarto de baño, encendió la luz y ella lo siguió descalza. Sus zapatos seguían estando en el piso de abajo, junto al sofá. La vio mirarlo en el espejo del lavabo. Ella había cambiado. Tenía arrugas donde antes no las había, su cara parecía más llena o más fina. Él se dio cuenta ahora, a la luz brillante del cuarto de baño. En aquellos cambios mínimos se escondían tres años. Hay pocas cosas que sean tan aterradoras y que por ello provoquen tanto odio como la mujer que envejece. Ella resume el deterioro, ha vuelto para vengarse del deseo.

Hofmeester carraspeó, desplazó un tarro de crema de manos.

—Mi neceser está abajo en mi maleta —dijo ella—. No tengo ganas de ir a buscarlo. Me he quedado sin fuerzas. Estoy cansada. ¿Tienes un cepillo de dientes?

En el lavabo había dos cepillos de dientes. Ella los miró.

—El verde es de Tirza —dijo Hofmeester.

Ella cogió el cepillo azul, le puso dentífrico y empezó a cepillarse los dientes, mientras se observaba en el espejo.

Hofmeester contempló, consternado, cómo su cepillo de dientes desaparecía en la boca de su mujer. Cómo aquel cepillo se movía a uno y otro lado de su boca. Había algo que lo irritaba, algo lo asqueaba, la idea de que su cepillo de dientes estuviera ahora en su boca le resultaba insoportable. Quería gritar: «Déjalo, cerda asquerosa, déjalo de inmediato», y sacarle el cepillo de dientes de la boca, pero dijo:

—Puedo ir abajo a buscarte uno nuevo. Tal vez sea más higiénico.

—No te molestes —contestó ella con la boca llena de espuma—. Estoy muy bien.

—¿Qué dices?

—Que no te molestes —repitió ella—. Eso he dicho. Así ya me está bien.

Él esperó a que acabara de limpiarse los dientes. Tardó mucho. Después, él enjuagó el cepillo a conciencia. Ella se quedó junto al lavabo, pensativa, pero cómoda. Como si hubiese estado allí el día anterior y la semana anterior, un mes antes. Y él siguió enjuagando. Fregó el cepillo de dientes como si pudiera contagiarle algo. Una idea. Una creencia. Una enfermedad.

Ahora Hofmeester vio que su mujer tenía las piernas más gordas. Ligeramente hinchadas, no tan esbeltas como antes, menos inaccesibles. Pero también él estaba cambiado. Le habían hecho dos operaciones de mandíbula. Se podía ver, él lo veía, y ella tenía que haberse dado cuenta, pero no había dicho nada sobre eso, como tampoco sobre casi todo lo demás. Y al igual que ella, él tampoco había formulado preguntas. ¿Por qué iba a hacerlo?

Entonces pensó en Tirza. Aún estaría allí unas semanas. Solo unas semanas, nada más. Después se iría de viaje, a recorrer el mundo con su novio que él todavía no conocía, pero que conocería en la fiesta, la gran fiesta. En una ocasión, él le preguntó:

—¿Es uno de los chicos que me he encontrado por la mañana temprano en el cuarto de baño?

Ella lo miró riéndose y le dijo:

—Ay, no papi, esos eran rollos de una noche.

Él sonrió y murmuró:

—Ajá.

Hofmeester nunca había relacionado directamente el mundo de los rollos de una noche con el de su hija, y ahora que ella lo hacía de forma tan casual, él se quedó desconcertado. No es que estuviera realmente conmocionado, como mucho un pelín preocupado. Algo le resultaba incómodo en la combinación de aquellas palabras: hija y rollo de una noche. Algo incómodo. Solo eso.

—Les he ofrecido toallas limpias a los chicos —dijo, sin poder esconder la incomodidad y por lo visto Tirza se dio cuenta, pues añadió:

—Papá, no te preocupes. Sé lo que me hago, no soy tonta.

—No, no —le contestó él—, por supuesto.

Después dio media vuelta para seguir con lo que estaba haciendo, aunque había olvidado qué era exactamente.

Mientras empezaba a cepillarse los dientes, de pie junto a su esposa, recordó aquella conversación con Tirza, y los chicos que habían estado allí, a menudo en la penumbra, temerosos de encender la luz. Como si supieran que ocupaban ilegalmente el cuarto de baño de Jörgen Hofmeester.

—No debes tener miedo —le dijo ella.

Él se giró un poco para poder verla mejor, se sacó el cepillo de

dientes de la boca. ¿De qué hablaba? Entonces se volvió otra vez hacia el lavabo, se inclinó hacia delante, escupió la espuma y se enjuagó la boca. Cuando llegara agosto, Tirza habría desaparecido. Él se quedaría solo, sorprendido como mucho de vez en cuando por el inquilino que había descubierto una nueva avería. Se iniciaría una nueva fase de su vida, la fase sin Tirza.

—No debes tener miedo —le repitió ella.

Él cogió una toalla y se secó la boca. En algún lugar del labio tenía un punto doloroso, seguramente se lo había mordido.

—¿Miedo de qué?

—De tenerme a tu lado en la cama.

Él dobló la toalla. Era blanca. No se había quedado del todo limpia al lavarla. Aún quedaban pequeñas manchas de sangre.

—¿Por qué iba a tener miedo? ¿De qué?

—De mí.

—¿De ti? —se echó a reír.

—¿Dónde está el jabón? —preguntó ella—. Quiero lavarme las manos.

—Solo hay jabón líquido. Tirza solo usa jabón líquido. Eso cuando usa jabón, porque dice que el jabón no es bueno para la piel, que es mejor lavarse solo con algo de agua, solo algo de agua tibia.

Abrió un armario y le dio el frasco.

Ella se quitó el anillo. Él lo observó preguntándose dónde habría dejado su alianza. Entonces ella se lavó las manos.

—Más tarde, cuando esté tumbada a tu lado —le dijo mientras mantenía las manos debajo del chorro de agua— no debes sentirte incómodo.

Él se miró en el espejo, se miró el pecho, los hombros, los brazos. Carne blanca, en efecto. Cruda. Más que antes. Y también un poco seca. Le habían dado una crema para eso, para evitar la descamación de la piel. Carne vieja. En el trabajo se había dado cuenta de que muchos hombres viejos creían que aún resultaban atractivos para las mujeres jóvenes, pero lo único que les resultaba atractivo a esas mujeres era su posición, su poder, su dinero. Entre ellos se producía un trágico malentendido, un malentendido que él había observado a menudo. Un malentendido hormonal.

—Quiero decir que no debes pensar nada —dijo ella—, perdona que me exprese con tanta torpeza, pero quiero decir que no significa nada.

Ahora Hofmeester también se lavó las manos.

—¿El qué no significa nada?

—Que yo esté aquí. Mi presencia.

—Nunca he pensado que significara nada —le dijo él—. Estás aquí

y necesitas una cama. Una persona tiene que dormir. Lo saben incluso los niños. No le he atribuido ningún significado, me lo he tomado todo tal como ha venido. Me lo tomo todo tal como viene.

—Sí, eso ya lo sé, una persona tiene que dormir, pero yo me refería a que no ejerces ningún atractivo sexual sobre mí. Que no debes tener miedo de eso. Que no has de hacer nada que no te apetezca. Dios, ¿por qué tengo que explicártelo todo? ¿Por qué no me ayudas un poco?

Hofmeester se lavó las manos a conciencia. Como si se hubiese pasado el día entero con las manos en la tierra. Como si hubiese trabajado en el jardín. Mañana por la mañana no debía olvidar sacar un cepillo del armario debajo del fregadero de la cocina, donde guardaba los cepillos de dientes, y llevarlo al cuarto de baño. Cada cual su cepillo de dientes. La felicidad empieza con un reparto justo de la propiedad.

—En principio hago pocas cosas que no me apetezcan. Pero no se trata de apetito. Pongámoslo así: no haces las cosas porque te apetezcan, sino porque debes hacerlas.

Se rascó el brazo derecho. Allí le había picado un insecto. Tal vez anoche mientras estaba en el jardín con los brazos desnudos para mirar su manzano, sus tomates y sus calabazas. Las calabazas eran como la mala hierba. Si lo hacías bien, las calabazas se extendían muy deprisa. Fue una noche bonita, la noche más hermosa de toda la temporada. Todavía no hacía calor, pero sí buen tiempo. La promesa del calor.

—No hablo del trabajo —dijo ella—. No hablo de limpiar la casa ni de cuidar a unos padres con demencia. Hablo de sexo. No es una cuestión de deber, es una cuestión de deseo. Te he dicho: «No tienes que hacer nada que no te apetezca», para evitar que pensaras que he venido aquí con la esperanza de volver a empezar algo, de que volvamos a enrollarnos, porque no lo espero, y tampoco lo deseo. No me apetece. Ya no lo deseo. Solo quería ver cómo te iba. A ti y a Tirza.

—No te entiendo. No entiendo nada. Estás desvariando. Y es tarde. Vámonos a dormir.

—Quiero decir que no debemos tener sexo, no vamos a empezar con eso otra vez.

Hablaba como si se lo explicara a un niño al que le cuesta entender, un niño con problemas de aprendizaje.

—Estupendo —dijo él mientras se secaba las manos—. Porque eso complicaría las cosas.

—¿Qué cosas?

—Este hogar. Aquí todo va fenomenal. Todo está organizado. Hay una asistenta. Una nueva. Viene de Ghana. Hay un padre que no viene

de Ghana. Hay una hija. Hay dinero, comida, amor, quizá te asombre, pero hay amor. Y durante las últimas semanas que Tirza esté aquí no quiero complicaciones, ni problemas, ni tensiones que aumenten más y más hasta resultar insoportables. Las notas de Tirza han mejorado enormemente desde que te fuiste. No digo que exista una relación, pero es mucha casualidad. ¿No crees? ¿Es casual?

Colocó el cepillo de dientes azul con cuidado junto al verde, como hacía todas las noches.

—No estorbaré —dijo ella—. No daré problemas.

Él se apoyó con ambas manos en el lavabo. Aunque no hacía mucho calor en el cuarto de baño, sintió el sudor en las axilas.

—¿Por qué has venido? —preguntó, apartando la mirada de ella—. ¿Qué quieres? ¿Qué nos queda por hablar?

—Yo no he dicho eso. No quiero nada. Mirar cómo les va. Eso quería. Y no quiero hablar de nada en absoluto.

Lo agarró por el lóbulo de la oreja, el lóbulo de su oreja izquierda, y lo pellizcó. Él no apartaba la vista de la lavadora. Al principio la tenían en la cocina, pero dado que allí molestaba, la habían trasladado al cuarto de baño. Fue una de las últimas cosas de las que se encargó su esposa, antes de marcharse.

—¿Te molesta que esté aquí? —le preguntó—. ¿Molesto? ¿Me marcho?

Él se frotó las manos para comprobar si tenía la piel áspera y seca y se preguntó si sus manos delataban la edad que tenía. Lo había leído en algún sitio. La lucha contra el envejecimiento se había desplazado de la cara a las manos.

—No lo sé —dijo él—. No sé si molestas. Si quieres que te sea sincero, no lo sé. Tal vez hubiese sido mejor que no vinieras, pero estás aquí. No pasa nada. Y quieres quedarte a dormir. Tampoco pasa nada.

Ella seguía sujetando su lóbulo entre los dedos.

—¡Ay, Jörgen! —dijo—. Mi Jörgen.

Le soltó el lóbulo.

—¿Sabes? Nunca me he sentido atraída por ti. Nunca. Ni siquiera al principio. ¿Sabes lo que es eso, la fuerza de atracción? Quiero decir, ¿te dice algo esa expresión? Algo que no sea solo teoría.

Él se pasó la mano por la cara. Notó que le salía la barba y acercó la cara al espejo, no mucho, solo unos centímetros.

—¿Fuerza de atracción, qué fuerza de atracción? ¿De qué me estás hablando?

—La bestia —dijo ella—, eso es la fuerza de atracción. La bestia. Algo sobre lo que no puedes reflexionar porque está allí. Porque simplemente está. No es algo que puedas racionalizar. Nada que

puedas eliminar. Es algo que es más fuerte que tú. Eso es la fuerza de atracción. Es lo que le pasa a veces de pronto a la gente cuando ve a otra persona. Es algo que también puede morir, casi siempre acaba muriendo, entonces sigues viendo al otro, pero ya no lo ves como una criatura con sexo. Como una criatura con un sexo servible.

Él seguía examinándose el rostro y luego la observó a ella en el espejo.

—Yo tampoco siento ninguna fuerza de atracción hacia ti —le dijo en voz baja, pues de repente tuvo miedo de despertar a Tirza y mientras se observaba susurró—: Si esto es lo que quieres saber, si es a eso a lo que te refieres. No me pareces sexi. Nunca me lo has parecido. Puede que a otros hombres sí. Pero no a mí. Me parecías sobre todo presentable. Contigo podía dejarme ver sin avergonzarme, en general, salvo algunas excepciones, por eso te elegí. Porque con mi carrera y mi casa necesitaba una mujer. Y pensé que podías ser tú. Que tú eras la mujer que complementaría mi carrera profesional.

Acercó un poco más la cara al espejo. Sí, su piel era menos tersa que antes, menos lisa. Había algo que colgaba. Le estaba saliendo papada. Antes… en esa palabra se escondía más que solo su propia historia, y con eso la de ella, y la de Ibi, sin olvidar la de Tirza. En esa palabra se escondía la vida.

—Pero Jörgen —dijo ella— ¿acaso crees que no lo sabía? ¿Crees que no lo veía? ¿Y que no lo sentía? ¿Crees que no he notado nunca cómo me mirabas, si es que me mirabas? El asco con el que me mirabas. El pánico.

Él no contestó. Ya no se concentraba en su reflejo. Deslizaba la mirada por el cuarto de baño, por el mármol, la bañera, el toallero que al mismo tiempo era radiador, para tener toallas calientes en las mañanas de invierno. Todo ordenado, todo limpio. Todo como debía ser.

—Pero tú —le dijo ella— no has visto nada. Nada. Durante todos estos años. Estabas ciego. Yo te quería tan poco como tú a mí. Pero no lo veías. Me parecías demasiado viejo. Pero no lo sentías. Estabas demasiado ocupado. No sé con qué, pero estabas demasiado ocupado.

—¿Viejo?

—Demasiado viejo.

—¿Demasiado viejo? ¿Qué quieres decir? ¿Cuándo es alguien demasiado viejo?

—Viejo, Jörgen. Sencillamente viejo. Demasiado viejo para mí. Mis amigas me preguntaban: «¿Qué haces con ese vejestorio?». Me parecías lento, no solo en la cama, sino también fuera. Tremendamente lento, rayando lo patético, te comportabas como si tu lentitud te hiciera especial. Y si alguna vez no eras lento, las pocas

veces que no lo eras, entonces eras… entonces eras… Da igual. ¿Y sabes por qué me quedé? Porque los hombres que me gustaban, los hombres que me parecían sexis, excitantes, de los que me enamoraba, a veces durante semanas o meses, todos tenían algo malvado. No serían buenos para mis hijos, suponiendo que quisieran hijos, pero ese no era el mayor problema. El problema era que nunca cuidarían tan bien de ellos, pensaba yo, como lo harías tú.

Hofmeester se acercó al inodoro, arrancó un trozo de papel higiénico, se sonó la nariz y lanzó el papel al inodoro. Observó cómo flotaba en el agua. Después tiró de la cadena. El ruido que produjo la descarga de la cisterna lo alivió, parecía llevarse consigo la tensión que durante un segundo le pareció insoportable.

—No nos llevamos tanto, ¿verdad? —dijo él, sin apartar la vista de la taza—. Demasiado viejo. ¿De qué estás hablando? ¿Cuántos años de diferencia hay entre nosotros? ¿Es por eso por lo que has venido? ¿Porque te habías olvidado de decirme algo? —soltó una risita.

La idea resultaba absurda, demasiado absurda, igual que algunas de las quejas del inquilino. Igual de absurda que ser demasiado viejo para que lo despidieran a uno.

—Nos llevamos bastante. Y cada vez más. La diferencia de edad es cada vez mayor. ¿No lo notas? No se trata de cuánto nos llevamos exactamente. Es algo mental. No tiene nada que ver con los años, con la fecha de nacimiento que figura en tu pasaporte. Tú eres sencillamente viejo, y lo eres desde hace tiempo. Dejaste de ser excitante. Si es que lo fuiste alguna vez. Excitante, ¿te dice algo esa palabra?

Hofmeester se liberó de la fascinación que ejercía sobre él la taza del inodoro. Se volvió hacia su esposa.

—Tienes razón —le dijo—. Entre nosotros no había deseo. Pero el deseo no es lo más grande, lo más bonito, lo principal, lo único. Por ejemplo, el olor que esparcías me resultaba repelente. Pero nunca dije nada, porque lo que importa no es el olor. Si lo que importara fuera el olor después de tener dos hijas, entonces algo andaría mal. ¿No? Ya no hay que darle más importancia a los olores.

—¿Qué olor? —preguntó ella dando un paso hacia él—. ¿De qué olor me estás hablando?

Él levantó el dedo índice y lo hundió en el esternón de su esposa. Lo hizo sin pensar.

—Lo sabes. Lo sabes muy bien. Tu olor. El olor que esparces. Siempre, las veinticuatro horas del día.

Se apartó de ella, en dirección a la lavadora. Se quedó de pie, apoyado en la lavadora, en actitud despreocupada y pensativa, y con los brazos cruzados. Era una pose. Él no estaba tan tranquilo como

aparentaba. Estaba tenso. Cada rechazo, todo aquello en lo que él reconocía el rechazo, lo acosaba. En la vida había reconocido el rechazo. Por eso, la vida lo había acosado.

—¿De qué estás hablando? ¡Olor! ¿Crees que puedes permitírtelo? ¿Porque te las hayas arreglado unos años sin mí? ¿Crees que de repente eres alguien? ¿Mejor que yo? ¿Más fuerte?

El toallero radiador había sido un regalo. Se lo habían instalado mientras ellos hacían el curso «Cómo hacer sushi y sashimi en casa». Había sido idea de un consejero matrimonial. «Hagan algo juntos —les había dicho—. Preparen algo juntos. Háganse de vez en cuando un regalo. Sean especiales el uno para el otro.»

—Puede que seas más joven que yo —le dijo él—, lo cual, efectivamente, es cierto. Puede que siempre me hayas considerado viejo y lento, rayando a lo patético, lo cual, por cierto, es una observación bastante subjetiva…

—Un viejo caballo de tiro.

—Déjame acabar. Puedes creer todo eso y proclamarlo, pero el olor que difundías era insoportable.

Hofmeester empezó a masajearse la mano derecha como hacía a veces cuando se había pasado el día escribiendo cartas y correos electrónicos.

—¿Podrías describirme ese olor? —le preguntó ella—. ¿Podrías ser más exacto? ¿Te refieres a hedor? ¿Es eso lo que dices, que apesto? ¿Estamos hablando de pestilencia?

Se había puesto delante de él. Él no podía retroceder, puesto que detrás estaba la lavadora. Podía distinguir cada uno de los poros de la piel de ella, el negro del lápiz de cejas. Quizá ella tuviera razón. Lo repugnaba, sí, pero la repugnancia no era motivo de divorcio, sino el no va más de la intimidad. El destino final de la intimidad. Allí donde desembocaba irremediablemente. La familiaridad de la repugnancia, su inmutabilidad, la melancolía que despertaba. El deseo de poder sentir asco del otro una vez más. Y por ello sentirlo también siempre un poco de uno mismo.

—No necesariamente pestilencia. La pestilencia es cosa de las alcantarillas. El inquilino se queja a menudo de eso. No todos los olores desagradables merecen el apelativo de pestilencia. Maticemos.

—Apesto, ¿es eso lo que dices? ¿Es eso lo que intentas decirme?

—No, no —dijo él—, como siempre no me escuchas. Un olor desagradable no es pestilencia, un olor desagradable es solo eso, y seguro que no soy el primero que te lo dice, no seas tan ingenua. No te hagas la inocente.

—¿De dónde venía la pestilencia? ¿Si puede saberse?

Él la miró a la cara, fue solo un instante, pero suficiente. En la

cabeza de ella sucedían cosas curiosas, se producían cortocircuitos. De vez en cuando caía un relámpago. Él lo había olvidado o lo había reprimido.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Acaso no te he dicho que no importa? Quiero acabar con esta conversación.

Ella le agarró el brazo, el brazo en el que sentía comezón porque le había picado algún bicho.

—Quiero saberlo —dijo ella—. Tengo derecho a saberlo.

La palabra «derecho» sonó dura y eficaz. Como si en efecto tuviera derecho a algo que ahora venía a exigir. Su parte del botín.

—De tu boca —le dijo él—. Sobre todo después de beber vino. Pero bebías vino todos los días, así que eso no importaba mucho. Ese olor no tardó en dominar tanto que parecía salirte de los dedos de los pies, del pelo, de todo tu cuerpo. Era insoportable. Y repugnante. Si te miraba de forma peculiar, debía de ser por eso.

Ella le pellizcó el brazo con suavidad, casi con ternura y preguntó:

—¿Lo hueles ahora? ¿El olor? ¿Lo hueles? ¿Está ahí otra vez?

Él negó con la cabeza, confuso e irritado. Se sentía acosado por su presencia, por sus preguntas, por su proximidad. Unas horas antes había empezado a preparar la cazuela de pescado, en realidad era feliz, pero sin ser consciente de ello. La felicidad es algo de lo que uno se da cuenta solo después: Vaya, entonces era feliz, ojalá me hubiese fijado mejor.

—Estoy resfriado —dijo él—, además acabas de cepillarte los dientes. Huelo mi propio dentífrico. Tampoco es agradable.

—Venga —dijo ella—. Huele bien.

Acercó la boca a su nariz. Sopló. Él notó el calor de su aliento en la cara. Ella volvió a soplar. Ahora estaba muy cerca. Él podría haberlo visto todo. Pero ya no miraba.

Hofmeester la agarró del cuello con la mano izquierda y apretó. Ella volvió a soplar una vez más. Él le apretó el cuello con la cara apartada. Hizo fuerza.

—Sigue así —le susurró ella—, sigue así. ¿Tengo que llamar otra vez a la policía? ¿Como en los viejos tiempos, Jörgen? ¿Tengo que llamarlos otra vez?

Entonces, él la apartó de sí. Ella fue a dar contra la pared junto a la bañera. Pero no necesitó mucho tiempo para reponerse. Apartó la cortina de la ducha y escupió varias veces en la bañera.

—Ahora lo sé —dijo Hofmeester lentamente mientras abría y cerraba la mano con la que le había apretado el cuello. Como si estuviera en la consulta del fisioterapeuta e hiciera los ejercicios que este le había recomendado.

—¿Qué es lo que sabes ahora?

—Ahora sé por qué has venido. Porque no podías soportarlo. No podías soportar que yo fuera feliz. Te resultaba insoportable que hubiera construido una vida con Tirza. Que me las arreglara sin ti. La felicidad siempre te ha parecido insoportable. Si no tienes motivo para llorar y quejarte, tienes la sensación de que no vives. Si no puedes ocultar tu rostro detrás de un velo de lágrimas, crees que te has perdido lo mejor de la existencia. Sin tragedia, para ti la vida no es nada. Nada. Una…

—¿A esto lo llamas vida?

Lo señaló a él. Señaló la lavadora y el toallero.

Él no le respondió. Abrió el botiquín y buscó la crema para las picaduras de mosquito. Tenía que quedarles algo del verano anterior. Había sido un verano con muchos mosquitos. También Tirza sufrió molestias. Él le compró un mosquitero, pero los mosquitos lo atravesaban milagrosamente.

No encontró nada. Yodo, tiritas, aspirina. Nada de crema para las picaduras de mosquito. Desesperado, se clavó la uña del pulgar en el bulto.

—Jörgen —dijo la esposa.

—Sí —dijo él con la uña aún clavada en la picadura de mosquito.

—¿Por quién te sientes atraído? No por mí. Ya lo sé. Lo sé desde hace mucho. Me alegro de que por fin me lo hayas dicho claramente. Es mejor decirlo todo. Es mejor sincerarse. Pero siento curiosidad por saber quién te gusta. Tiene que haber alguien por quien te sientas atraído. Me pregunto si quizá sean los hombres. Nunca he querido preguntártelo, porque tenía miedo de que la pregunta te pareciera demasiado ofensiva, que entonces ya no quedara nada de ti, nada en absoluto, aún menos que ahora. Temía que te sintieras desenmascarado, indefenso, que te derrumbaras, que te desmoronaras. Pero ahora que somos amigos, amigos y nada más, tal vez buenos amigos, pensé que podría preguntártelo, ¿deseas a los hombres? ¿A muchachos? ¿A chicos jóvenes? ¿Rubios, enfundados en pantalones vaqueros ceñidos? ¿O te gustan más los orientales?

Volvió a acercársele. Él no se movió. Solo se pasaba la mano izquierda maquinalmente sobre la picadura de mosquito. Clavar la uña en la picadura no había servido de gran cosa. Como mucho había disminuido un poco la intensidad de la picazón.

Ella se detuvo a dos pasos de él.

—¿Es por eso que eres feliz ahora? —le preguntó—. ¿Porque por fin puedes ser quien eres? Sin estorbos. Siempre en secreto, claro está, faltaría más, pero sin estorbos. ¿Vienen por la noche, cuando Tirza duerme o los fines de semana, cuando se aloja en casa de una amiga? ¿Vienen solos o varios a la vez? ¿Vestidos de cuero? ¿Con bigote? ¿Y

el cabello peinado hacia atrás, todavía brillante del gel?

Por un instante, él detectó en su rostro la misma emoción que había visto unas cinco horas antes, cuando estaba en el vestíbulo con su maleta de ruedas. Era una emoción que no conocía en ella. Entre toda la arrogancia, entre su impenetrable sarcasmo aparecía de vez en cuando algo en su rostro que le recordaba mucho a la desesperación. Una mirada, un tic nervioso con la boca. La manera en que miraba a través de él. El tono de su voz. La desesperación era algo nuevo y hacía que de repente se volviera frágil. Y, de rebote, él también. Él se rompía con ella.

—Vete —le dijo—. Estás loca.

—¿Loca? No es la primera vez que me lo dices. ¿Loca? ¿Porque lo sé? ¿Porque ya no participo en tu estúpido juego? Me he callado todos estos años para que te sintieras mejor, para que pudieras creer en tu propio engaño y pensaras que todo el mundo, incluida yo, también creía en él. Estaba loca porque te dejé tranquilo con tu autoengaño, porque nunca te dije: «Jörgen, es mejor para todos que lo admitas, admítelo ya, ya no vivimos en el siglo XIX. Hay cosas peores». ¿Pero ahora que te pregunto amablemente lo que te gusta, resulta que estoy loca, ahora que te pregunto, por curiosidad, por pura curiosidad, por amistad, quién te atrae, resulta que de pronto pierdo la razón?

—Estas loca —repitió él—. Aún más loca que antes. ¿Qué necesidad hay de decirlo todo, por qué no puedes dejar las cosas en paz, por qué no respetas el silencio? ¿Por qué te resulta tan amenazador, tan insoportable el silencio?

Ella se sacó el vestido por encima de la cabeza y lo tiró al suelo como quien se desviste con prisas. No con la urgencia del deseo, sino con el apresuramiento de la costumbre. Las prisas del sueño. A dormir ya. Rápido. Como se hace cuando no se ha pegado ojo durante toda una noche en un avión que además tenía retraso. No llevaba puesto el sujetador. Él apartó la mirada.

—Jörgen —dijo ella en voz baja—, ¿es esto de lo que tienes miedo? ¿Es esto lo que te repele de mí? ¿El que sea una mujer? ¿Es ese el hedor al que te referías? ¿El hedor de la mujer? Que puedes oler a metros de distancia, puesto que cuanto más miedo tienes de algo, mejor lo hueles, esa es la ley del reino animal, ¿no? ¿Es esto lo que te repugna? Dilo sinceramente, quiero saberlo. No me dolerá. La verdad no puede dolerme. Lo que me resulta doloroso es el silencio. Las mentiras. El secretismo.

—Vete —le dijo él con la cabeza gacha—. Por favor, vete. Vete a un hotel. Esta misma noche. Te daré dinero.

—¿Para qué?

—Para el hotel.

Ella se levantó ligeramente los pechos. Tenía un bronceado uniforme, seguro que no podía evitar seguir haciendo toples.

—¿Los ves —preguntó—, te atreves a mirar? Estos son los pechos de los que han mamado tus hijas. ¿Los ves? No cuelgan ni están estriados como los de otras mujeres. Nada es tan funesto para la piel como contraerse y dilatarse, contraerse y dilatarse, pero mis pechos no se han contraído. Están como estaban. ¿Los has mirado bien alguna vez? ¿Los has echado de menos? O la sensación de asco que te provocaban. Eso también se puede echar de menos, ¿no? Pero gracias a Dios hay algo todavía más grande que el asco, ¿verdad?, tu deseo de respetar los convencionalismos.

Él ignoró sus pechos. La miraba a los ojos y cuando ya no pudo más, miró a través de ella.

—Lo lamento —dijo por fin. Porque no sabía qué más decir. Porque ella estaba delante de él, tangible y a la vez irreal, pero sobre todo desnuda.

Una esposa desnuda. Entrada en años.

Él se llevó la mano a la cabeza, se tocó el pelo, el cráneo, también tenía picor allí.

—¿Qué es lo que lamentas?

Él dudó, no sabía exactamente qué es lo que lamentaba, solo sabía que lo lamentaba.

—Lamento no haber sido —dijo por fin.

—¿No haber sido qué?

—El hombre que deseabas.

—No, no lo eras.

Se soltó los pechos.

—Pero yo tampoco lo era —dijo ella después de unos segundos—. Yo tampoco era la persona que tú deseabas.

—No —dijo él y volvió a sentir la herida en el labio—. Tal vez sea una manera de verlo. Si es preciso. Así estamos en paz.

Tenía la sensación de que sangraba.

—En paz, sí. Esa también es una manera de verlo. En paz. Y sin embargo ha habido tipos buenos en mi vida. No te sientas culpable, no te sientas mal.

Lo dijo en tono soñador y a la vez práctico. Ya que estaba aquí, enumeraba los hechos. Le presentaba el balance de su vida.

—¿Tipos buenos?

—Tipos buenos. Alguno con rastas.

—¿Es así como los llamas? ¿Es así como se llaman ahora?

La expresión «tipos buenos» le parecía más algo para sus hijas. Y si hubiese podido reír, se habría reído a carcajadas. Durante un buen

rato y golpeándose el muslo. Madre e hija en busca de tipos buenos.

—El hombre que deseo es un tipo bueno, sí. Mis amigas me decían: «No es un tipo que esté bueno, pero cuidará bien de tus hijos». Decían: «Es lento, pero te cocinará y te hará la compra, no lo olvides». Mis amigas me decían: «Es viejo, pero cuando muera tendrás toda una vida por delante». Mírame y dime: ¿qué tengo delante de mí? Hace unos días fui a ver a un adivina. «Este año van a cambiar muchas cosas. Todo será diferente —me dijo—. Espera y verás que todo va a cambiar». Mírame, Jörgen. ¿Qué va a cambiar?

Él se frotó el pelo que había perdido su color original. Ahora era blanco. Por primera vez sintió algo de compasión por ella, era la primera vez en años que no era la mujer que los había abandonado a él y a sus hijas para buscar la felicidad viciosa en una casa flotante.

—Has tenido dos hijas conmigo —le dijo.

—Sí, ¿y? ¿Tiene que ser eso mi consuelo y mi salvación? ¿Qué es una mujer sin hijos? Una puta. Menos que eso. Una puta puede tener hijos. Y ya lo he dicho: pensé que me irías muy bien para tener hijos. No podía encontrar a nadie mejor, Jörgen. Al menos, nadie que quisiera. Pero las niñas no me han salvado. El desesperado deseo en los ojos de un hombre me ha conmovido más que la mirada suplicante de mis hijas. Otras madres creen que es amor, pero es hambre, Jörgen, simplemente hambre. Y esos berridos, a veces durante noches enteras, sí, a veces tú te ponías tapones, y más tarde los berridos ya ni te molestaban, te gustaban, te daban algo que hacer, pero para mí la vida era algo más que escuchar los berridos de mis sedientas hijas.

Él se esforzaba por no verla. Volvió a frotarse la cabeza. Si el color lo envejecía, siempre podía teñirse el pelo. Pensó que el pelo blanco tenía su aquel. Tenía algo de distinguido, le parecía que iba con él. Creía que irradiaba autoridad gracias al color de su cabello. Pero tal vez se equivocara.

—No sé qué quieres de mí —dijo en voz baja—. No lo sé y tampoco me importa, pero no soy gay. Ni nunca lo he sido.

Entonces se acordó de que había soñado sobre eso, que lo había vivido todo en un sueño, que había estado con ella en el cuarto de baño y que ella estaba desnuda. Estaba a menudo desnuda. En verano ella había organizado fiestas para las niñas en las que se presentaba con un desnudo parcial o a veces total, hasta que otros padres se quejaron de su comportamiento y Hofmeester tuvo que prometer que llamaría al orden a su esposa y se aseguraría de que en los días tropicales no se pasearía desnuda entre los niños cuando estos jugaran a indios debajo de su manzano. Tampoco semidesnuda, había añadido él, pues conocía a su esposa. Pero en el sueño en el que había vivido este momento, la conversación había sido distinta. No iba de gais.

—Entonces, ¿qué eres?

—¿Qué soy entonces?

—Si no eres gay. ¿Qué eres entonces? ¿Qué demonios eres?

—¿Es eso lo que quieres saber?

—Sí. Quizá sí. Ahora que lo mencionas. Creo que podré aceptar lo que ha pasado, todo lo que ha pasado, si por fin sé lo que eres. ¿Quién eres, Jörgen. ¿Quién eres?

Hofmeester tomó aliento, ya no tenía la mano en la coronilla. Vio que ella tenía un moretón en el muslo. Se había dado un golpe o lo había recibido.

—No soy nadie —dijo él—. Tenía un gran ego, pero lo reduje a la mitad y tú hiciste picadillo con lo que quedaba. Soy el padre de Tirza y de Ibi. Sobre todo eso. Eso es lo que soy, sí eso y poco más, pero tampoco menos. El padre de Ibi y de Tirza. Soy padre.

—Lo sé —dijo ella lentamente, como si le costara encontrar las palabras adecuadas, como si hablara un idioma extranjero—, pero me pregunto: ¿nunca has pensado: caramba, qué raro?

—¿A qué te refieres? ¿Caramba? ¿Qué tendría que parecerme raro?

—¿Que a qué me refiero? Venga ya, Jörgen, no te hagas el tonto.

—No lo sé. No tengo ni idea de lo que estás hablando. Ya hace un rato que no tengo ni idea de lo que estás hablando.

—¿Nunca has pensado: qué curioso que jamás le haya provocado un orgasmo a mi mujer? Qué curioso. Tal vez vaya siendo hora de que lo haga, o aprenda a hacerlo. Hay libros enteros sobre el tema, en casi cualquier tienda de productos naturales se pueden adquirir vídeos explicativos. Nunca te has dicho: tengo que hacer algo al respecto, aunque solo sea una vez. Nunca te has dicho: qué desagradable para ella. ¿Qué pensará de mí? Quizá deba ponerme a estudiar. Quizá deba practicar hasta conseguirlo.

Él la miraba como quien mira a un ratón en una ratonera, después de haberse pasado veinte años intentando en vano atrapar ratones en la cocina. Y una mañana, de pronto, se encuentra a un ratón. Es increíble. Cree que es una alucinación. Un error.

No, en el sueño todo era distinto. No es que fuera un sueño agradable, incluso era bastante desagradable, pero aquello era peor.

—¿Acabamos ya con esta conversación? —propuso él—. Vístete. Vámonos a dormir. Ponte una pijama. O una camiseta. Y vayámonos a dormir. Como si no pasara nada. Aquí hay suficientes camisetas tuyas. También están tus pijamas. Todo sigue aquí. Todo te ha esperado.

Volvió a deslizar la mirada hacia el moretón en el muslo de ella. Era temeraria y torpe. Se golpeaba a menudo. Llevaba bragas de color rosa, un rosa agradable, rosa salmón. No era demasiado intenso, no un rosa chillón que, a pesar de hacer daño a los ojos, tenía un algo. Algo excitante, precisamente porque hacía daño a los ojos.

—Quiero saberlo —dijo ella—. Hay algunas cosas que quiero saber ya que estoy aquí. Y esa es una de ellas.

Él asintió.

—Quieres saberlo —dijo—. Tú quieres saberlo. Ahora, lo que recuerdo, pero tal vez me falle la memoria, tal vez empiece ya a tener demencia, pero lo que recuerdo es que te he provocado alguna vez un orgasmo, no periódicamente, pero sí de tarde en tarde. No todos los meses, no cada trimestre, sino de tanto en cuanto. Sea como fuere me parece ridículo hablar de esto, en este momento, me parece absurdo. No indecente.

—Nunca —dijo ella—. Tú no, Jörgen. Otros sí. El hombre con las rastas casi cada día. Tú nunca. Jamás, ¿me oyes? Nunca.

Él dio un paso en su dirección, por un momento sintió la tentación de agarrarla por el cuello, empezó a subir el brazo, pero se controló.

—Te he dado dos hijas —gritó—. ¿No es mejor que un orgasmo, acaso no es mil veces mejor? ¿Por qué te alteras tanto? Dos hijas, dos hijas sanas, ¿acaso eso no pesa más que todos los orgasmos del mundo?

Hofmeester retrocedió un paso.

—Así que te lo crees —dijo ella—, te lo creías. Es para morirse de risa. ¿Alguna vez te has esforzado en mirar con quién viviste todos esos años? ¿Me has mirado realmente alguna vez? ¿Dónde has estado si puede saberse? ¿En qué planeta estuviste todos esos años?

Él se masajeaba la muñeca. Desde que se la había torcido jugando al tenis, se masajeaba a menudo en momentos perdidos. A veces en medio de la noche, cuando no podía dormir, o en el jardín cuando hacía una pausa entre la poda y la escarda. Había mucho que escardar en su jardín. Y que podar. Y además tenía la casita de sus padres en el Betuwe con un jardín, ¡y menudo jardín!

—¿Qué quieres? Me he equivocado. ¿Es eso lo que querías oír? No me cuesta decirlo. Me he equivocado, nunca me había parado a pensarlo. Creía que te provocaba un orgasmo, pero ahora resulta que era una equivocación. De acuerdo, felicidades. Y es demasiado tarde, gracias a Dios es demasiado tarde para pararse a pensarlo mucho rato. Se acabó. Tus orgasmos ya no son asunto mío, y viceversa. Otros tendrán que hacerse cargo de ti, otros se han hecho cargo de ti. ¿Por qué vienes a quejarte ahora? Durante tres años has disfrutado como nunca, durante tres años has vivido de orgasmo en orgasmo, si no me equivoco, ¿por qué te preocupas ahora del par de años anteriores en que la vida era otra cosa salvo un orgasmo?

—¿Un par de años? Querrás decir un par de décadas.

—Podrías haberte encargado tú misma —gritó él—. Si de verdad era tan importante, si era una cuestión vital, haberlo hecho tú misma.

—Lo hacía yo misma —le gritó ella—. No podía esperar nada de ti.

—Entonces no comprendo a qué vienen tus quejas y por qué sacas a relucir los trapos sucios. Olvídalo. Bórralo de tu memoria. Haz sitio para el futuro. Deja de descargar tu rencor y tu despecho. Eres joven. Tú misma lo has dicho. Empieza algo nuevo, como hiciste antes. Lamento que no seas lo que te imaginabas, pero déjame en paz, deja a Tirza en paz. Ya lo ha tenido bastante difícil.

—¿Demasiado tarde? —replicó ella—. Pero Jörgen, nada es demasiado tarde. Nada se acaba realmente. Tú me has quitado mi vida. Así están las cosas. No puedo hacer sitio para el futuro. No puedo entrar en el futuro, porque mi vida tiene que estar por aquí, en algún sitio. Se quedó aquí. He venido a buscarla.

Miró a su alrededor y agitó el brazo, señalando al dormitorio.

Está mal de la cabeza, pensó él. Está chiflada. Más que antes. Más chiflada que nunca.

—Te la devolví hace tres años. Cuando te marchaste a tu casa flotante. Si es que te la había quitado alguna vez. A este respecto las opiniones también divergen. No te he obligado a nada, ni a tener hijos ni a tener un marido ni a tener sexo. Todo eso fue idea tuya.

—Exacto —gritó ella—, tú lo has dicho. Todo fue idea mía. Todo lo que hacíamos era siempre idea mía.

Ambos creyeron oír algo y se callaron. Creían haber despertado a la niña.

Cuando vieron que se habían equivocado, ella dijo en voz más baja que antes:

—Por eso he venido, Jörgen. Por eso estoy aquí, porque quiero recuperarla.

Miró a su alrededor, ligeramente desconcertada, pero ya no loca, curiosamente menos loca que nunca. Serena y decidida.

Él sudaba como si fuera un día tropical. Se pasó la mano por la frente.

Ella lo miraba mientras su vestido estaba a su lado como si lo hubiese tirado allí porque había que meterlo en la lavadora. Él lo recogería, lo lavaría, lo plancharía, siempre y cuando la etiqueta le diera permiso para hacerlo.

—¿Qué parte del cuerpo de una mujer te parece más repugnante, Jörgen? —le preguntó. Ahora su voz sonaba dulzona—. ¿Son los pechos? ¿O las nalgas? Cuando me miras, ¿qué te repugna más?

Él se notó la mandíbula. Cuando se tensaba a veces volvía el dolor, aunque en realidad no era dolor, sino más bien la conciencia de que tenía una mandíbula.

—Ya te he dicho que no soy gay. Me gustan las mujeres.

Ella se rio. Era una risa dura y desagradable.

—Pero ¿cuáles? ¿Qué tipo de mujeres? ¿Tienen que ser de Urano o de otro sistema planetario? ¿Tal vez enanas?

Hofmeester tragó saliva. Lamentaba haberle ofrecido que se quedara a dormir.

Pero no sabía cómo tendría que haberlo solucionado. Ella se había presentado con una maleta, se había sentado, había bebido, después de comer y beber tocaba dormir. Solo que él no había esperado esto. No lo había anticipado.

—Tirza duerme. Bajemos la voz.

—Te he preguntado algo. ¿Qué tipo de mujeres te gusta?

Él se notaba la cara y las manos pegajosas y sentía la mandíbula que tiraba como una máquina mal calibrada.

—Nunca las he dividido en clases. No soy tu tipo ni tú el mío. ¿No te basta con eso? ¿No sabemos ya suficiente, si es que no lo sabíamos ya? No hemos despertado casi nunca a la bestia, quizá nunca, lástima. Pero tenemos dos hijas. Eso es más importante. La bestia en nuestro interior está muerta.

Se acercó al lavabo, mantuvo la cabeza debajo del grifo y bebió. No le importó que el agua estuviera tibia, bebió con avidez.

—En mi interior no, Jörgen —dijo ella—, dentro de mí la bestia no ha muerto. Tú hiciste todo lo que pudiste por matarla, pero sigue viva. Vive.

El cerró el grifo y se volvió.

—Estupendo —dijo— pero dentro de mí está muerta y bien muerta, le he ganado la batalla. La tengo bajo control. Soy más fuerte que la bestia. Por eso soy libre y tú no. Vístete. Te va a dar frío.

—Nunca me ha parecido que tu bestia viviera realmente —dijo ella —. Vivir como se supone que viven las bestias. Tu bestia estaba gravemente herida desde el principio. Me hiciste creer que estaba vivita y coleando, pero era solo para seducirme, para encerrarme aquí dentro. Yo todavía no estaba aquí, todavía no me había instalado, cuando la bestia murió como una planta que no se riega nunca. Oh, de vez en cuando se despertaba, pero no era más que un juego. ¡Lo que no hice para sacar a tu bestia del sueño invernal! Eso es agua pasada, tienes razón. Es cosa del pasado. Pero ahora que estoy aquí, y no estoy a menudo aquí, dímelo Jörgen, pues de lo contrario me iré con la idea de que viví todo el tiempo con un gay, que el padre de mis hijas es gay. No tiene nada de malo, no tengo nada contra los gais. Pero dime: ¿qué mujeres te excitan?

Él se apretó las sienes con las manos, como si tuviera un dolor de cabeza que intentara reprimir de esta manera.

—Dímelo —repitió ella con su voz más dulce—, ¿son mujeres viriles, mujeres con bigote, sin pechos, mujeres con el pelo corto o

totalmente calvas? ¿Medio niñas? ¿Discapacitadas? ¿Mujeres con una pata de palo que pueden desenroscarse antes de meterse en la cama?

Él negó con la cabeza.

—¿O son, secretamente, hombres? Ahora puedes decirlo. Soy tu amiga, tu mejor amiga. Alguien que lo sabe todo de ti y no le importa nada, porque todo ha acabado. El matrimonio. El romance.

—Me gustan —dijo él y tragó saliva una vez y después otra, mientras intentaba deshacerse de la desagradable sensación en la mandíbula—, me gustan las mujeres vulgares.

Se hizo un silencio. Después ella empezó a reírse. Se reía a carcajadas echando la cabeza hacia atrás.

—¿Cómo que vulgares?

—Vulgares. No sé cómo. Creo que se dice así. Vulgares. ¿Ya tienes suficiente? ¿Podemos irnos a dormir? ¿Se ha acabado?

Ella siguió riéndose sin parar.

—¿Y yo no era lo suficientemente vulgar? ¿Hasta qué punto tienen que ser ordinarias para cumplir tus exigencias?

—No lo sé —susurró él—. No lo sé y tú estás borracha.

—Venga, Jörgen, dímelo. ¿Borracha por una botella de vino? Venga. Puedes contármelo todo. Por fin puedes contármelo todo. No debes tener miedo de que me enfade. Nunca más me enfadaré. Ya no tengo ningún interés en enfadarme. Como ya te he dicho, ya no me incumbe. ¿Si te encuentras con una mujer vulgar se despierta la bestia en ti? ¿O está realmente muerta, como dijiste, bien muerta?

Dio un paso en su dirección. Él vio sus pechos, no estriados, eso era cierto, casi intactos. Apartó la vista hacia el lavabo, donde había un cepillo de dientes verde al lado de uno azul, preparados para la mañana.

—Las cajeras —dijo—. Las mujeres que trabajan en panaderías. Las mujeres en tiendas y en bares. Qué más da. Las vendedoras de todo tipo.

Ella emitió un silbido exageradamente largo.

—Para ti, el sexo es sencillamente la lucha de clases —dijo.

—Las negras.

Ella lo cogió por la barbilla como hace la maestra con un alumno travieso: seria e irónica a la vez. El castigo iba incluido en el juego.

—Racista —le dijo—. ¡Negras!

No le soltó el mentón. Se acercó un poco más. Quería besarlo. Él lo notaba, lo veía por la expresión de sus ojos. Apretó los labios contra los de él. Y él le devolvería el beso, tenía que devolverle el beso, no podía ser de otro modo, aunque solo fuera para no avergonzar a la madre de sus hijas, la madre de Tirza. No podía rechazar su beso aunque lo quisiera, tenía que devolvérselo.

Aunque no era fácil desde su posición, le dio una bofetada.

Ella se tambaleó. Retrocedió. Se encogió.

Y por un instante le pareció que ella bizqueaba. Seguramente se debía a la mala iluminación o a su propio cansancio.

—¿Ves? —dijo ella, encogida como si le hubiese dado un puñetazo en el estómago— ¿Ves? No cuadra. La bestia en tu interior no está muerta, se ha despertado. Yo la he despertado.

Con un trocito de papel higiénico, él se secó el labio que volvía a sangrar. Se lo había mordido. Era por culpa de la tensión y del estrés. Le sucedía a menudo. Se pasó el trocito de papel por los labios.

—Te pido disculpas —dijo.

Ella estaba en cuclillas junto a la lavadora y lo miraba.

—Te pido disculpas —repitió él—. Intentaba responder a tu pregunta, porque insistías. Porque querías saberlo a toda costa. Intentaba responder con toda la franqueza posible a tu pregunta. No tendría que haberlo hecho.

Ella se puso en pie con dificultad. El color de su mejilla lo enfureció. Pero no era una furia activa, sino una pasiva, tranquila y callada, que le llevaría a peinar el cabello, planchar las sábanas, preparar una cazuela de pescado.

—¿Ves? —repitió ella—, la bestia está ahí, la bestia estará ahí mientras tú estés, Jörgen, solo yo puedo despertarla con un beso, admítelo.

Él observó a su esposa casi desnuda con la mejilla roja, y por un momento creyó recordar algo, por un instante, el pasado parecía revivir, pero enseguida desapareció, como cuando sabes que querías decir algo, algo importante, pero no puedes recordar qué.

—¿Qué más da? —susurró él, sobre todo para sí mismo—. ¿Qué más da? —y después, más alto—: Ya te he dicho que el placer no es lo más importante. Ya te he dicho que este hogar es un hogar de amor.

—Sí —dijo ella—, te has esforzado mucho. Cada tienda te ofrece una nueva fantasía, las tiendas deben de ser un paraíso para ti. Pero ¿lo consigues de verdad? ¿O solo te lo imaginas? Una vida entera reducida a una fantasía con la que no puede compararse la realidad, o una fantasía que no puede hacerse realidad porque resultaría demasiado amenazante. Dios, cuando pienso cómo tenía que meterme dentro tu sexo medio empalmado, es un milagro que hayamos tenido hijos. Un milagro. Y solo Dios sabe a qué artificios tuve que recurrir. ¡Jesús, qué patético era todo! Y todo este tiempo pensé que se debía a que eras gay en secreto. Pero resulta que yo no te parecía lo suficientemente ordinaria. Era eso. No era lo bastante vulgar. ¿Y ahora? ¿No te parezco vulgar?

Él apartó de la boca el trozo de papel higiénico. Se miró los pies.

Después miró el papelito. Había una gotita de color rojo oscuro.

—Eres vulgar —dijo suavemente.

La esposa seguía teniendo la mejilla izquierda enrojecida, como si solo se ruborizara a un lado.

Él sudaba cada vez más, con más fuerza e intensidad.

—¿Por qué te quedaste si todo te parecía tan patético? —le preguntó.

—Por las niñas.

—¿Por qué quisiste tener hijos?

—Ya te lo he dicho. Pero ¿tú me escuchas? ¿Escuchas lo que te digo?

Estaba delante de él, muy cerca de él. Con un rápido movimiento le agarró la entrepierna. La apretó y no soltó.

Está loca, pensó él. Pero no hizo nada. Se quedó allí con el trozo de papel de inodoro en la mano.

—¿Hay una sola mujer que no se haya reído a carcajadas? —peguntó ella—. ¿O están tan hastiadas que ni siquiera pueden reírse cuando están contigo? ¿Existe una sola mujer que haya tenido tanta paciencia como yo? Porque hay que ver cuánto tardas en empalmarte. Media noche, a veces más. ¿O es que ahora tomas pastillas? Mujeres vulgares. Me reiría si no fuera porque dan ganas de llorar. ¿Te las encuentras por casualidad o tienes que buscarlas? ¿Tienes que ir al centro? ¿O a barrios donde viven los negros?

Él volvió a agarrarla por el cuello. No podía hacer otra cosa. Ella lo tenía cogido y no lo soltaba. Y él no podía tolerarlo.

—Hazlo —le dijo ella—. Demuestra que la bestia no está muerta. Admite que la he despertado, como siempre la he podido despertar en tu interior. Venga, Jörgen. Dame otra bofetada. Pero no tan suave. Dámela como hacías antes. Es la única manera en que lo consigues. No puedes hacerlo de otra forma. Solo cuando golpeas dices: «Te quiero». ¡Dilo!

Con la misma certeza que sabía que Tirza era su hija, con la misma certeza que sabía que en el trabajo le habían dicho que era demasiado viejo para ser despedido, supo en aquel instante que la odiaba. Con el dorso de la mano le golpeó la otra mejilla. Con fuerza y precisión. Tan fuerte que ella lo soltó y se cayó al suelo.

Se hizo un silencio. Un silencio sepulcral. Como si estuvieran en las montañas. En altitudes donde no había otras personas, solo nieve y rocas.

Y entonces lo vio. Tirza estaba en el vano de la puerta con su peluche en la mano. Seguía durmiendo con un peluche. Un burrito azul, o al menos un burrito que en otro tiempo fue azul.

Miraba fijamente a sus padres. La esposa se arrastró en bragas por

el suelo hasta que llegó al lavabo al que se agarró para levantarse. Tenía una mejilla de color rojo y la otra rojo oscuro, tirando a azul.

—No pasa nada, Tirza —dijo Hofmeester.

Dio un paso en su dirección. Ella lo observaba con una mirada impasible, casi se diría que neutra, con el burro en brazos.

—No tengas miedo, Tirza. No tengas nunca miedo. Mamá y yo estamos jugando.

# 3

HOFMEESTER SE AFEITA CON RAPIDEZ, PERO A CONCIENcia. De vez en cuando se palpa la cara para comprobar que no ha olvidado ninguna zona. Con esta luz se advierte mejor con el tacto que con la vista.

Ya ha acabado de preparar el sushi y el sashimi. Hofmeester ha comprado con abundancia: está listo para recibir a invitados hambrientos. Como siempre en este tipo de ocasiones, lo acompaña el temor de que no sea suficiente, de que la gente se vaya a casa con hambre o que diga: «Los Hofmeester son muy tacaños». También ha comprado sardinas. Más avanzada la noche, cuando haya buen ambiente, tiene previsto freírlas con ajo. Es un plato sencillo a la par que delicioso. Lo ha preparado otras veces en las noches de verano, y siempre ha tenido éxito.

En el espejo ve a su esposa pasearse por el pasillo, todavía con la bata puesta.

Dentro de una hora llegarán los primeros invitados. Los que llegan pronto porque no se quieren ir demasiado tarde a casa, y que, a pesar de los buenos propósitos se quedan y solo abren el candado de la bicicleta a las cuatro de la madrugada, con la camisa llena de manchas. Resulta tranquilizador observar a los jóvenes que se van emborrachando cada vez más. Sus frenéticos intentos de imitar a los adultos, todos los esfuerzos por fingir lo que todavía no son y —como bien sabe él— no serán nunca. Sus intentos tranquilizan a Hofmeester.

Se lava la cara, fijándose bien en quitarse la espuma de las orejas y la nariz y después busca una camisa y una corbata a juego. Durante unos segundos se queda de pie delante de su ropero en el dormitorio, con una corbata y una camisa en las manos, mirando a su esposa que busca en los armarios donde se quedaron colgando sus vestidos. Entonces, él toma una decisión: sin corbata.

Es la fiesta de Tirza, eso que en otro tiempo se llamaba un guateque. A algo así hay que asistir sin corbata, aunque uno sea el padre de la festejada, y aunque acudan profesores. No todos sus profesores, por supuesto. Él ha dejado lo de las invitaciones a Tirza. Es su noche. Su despedida del liceo, de la pubertad, quién sabe si

también de Ámsterdam y de él, Jörgen Hofmeester, el padre que ahora casi ha completado sus tareas paternales. La educación ha terminado, volverá a disponer de tiempo para sí mismo, aunque no tiene ni idea de qué hacer con ese tiempo. El resto de su vida se extiende ante él como un desierto.

Sostiene la camisa delante de su pantalón y comprueba los colores. ¿Hacen juego? Los colores nunca han sido su fuerte. Tal vez debiera decirse de otra manera: la ropa nunca ha sido su fuerte.

Hofmeester tiene algunos profesores favoritos. No se ha perdido ni una sola reunión de padres. Él casi siempre llegaba demasiado temprano, acudiendo a la llamada del deber, y poco a poco fue entablando amistad con ese deber. Habría preferido hacerse amigo de los profesores de Tirza, pero hacer amigos no es su fuerte. En una ocasión, cuando Tirza todavía estaba en primaria, invitó a su maestra a cenar. Fue una velada agradable. Al final jugaron un juego de mesa.

—Tenemos que dejarle bien claro a la maestra de Tirza lo especial que es nuestra hija —le había dicho a su esposa—, y la mejor manera de hacerlo es invitándola de vez en cuando a comer algo. Para que vea a Tirza en su entorno natural.

En un principio, tener hijos había sido sobre todo idea de su esposa. Una mañana durante el desayuno, que ahora se le antoja como un desayuno en otra vida, ella le había dicho:

—Vamos a tener un niño.

—¿Cómo es posible? —había preguntado él.

Y ella le había contestado:

—He dejado de tomar la píldora.

—Un niño —dijo él—. Dios, ¿es que no hay suficientes en este mundo? Y ¿estás segura de que será un niño sano?

Ella se había limitado a decir:

—Si hubiese tenido que esperarte a ti, nunca lo habríamos tenido.

Aquella idea lo había confundido durante toda una mañana, hasta que después del almuerzo decidió aceptar su deber. Esperó a que fueran las cinco y entonces se fue en bicicleta al banco donde contrató un seguro de vida sin decírselo a su esposa. El dinero que recibiera si él moría inesperadamente tenía que ser una sorpresa.

Así encaraba Jörgen Hofmeester la paternidad: como algo que para él se reducía a la necesidad de contratar un seguro de vida antes de que el niño viniera a este mundo.

Cuando nació Ibi, el deber cambió de carácter. Durante los primeros meses, Ibi dormía entre su madre y su padre, pese a que tenía una cuna en su dormitorio. Pero dormía mejor en la cama grande, entre sus dos progenitores.

Y cuando cumplió dos años, el tercer miembro de la familia seguía

durmiendo allí. A veces, él despertaba a su esposa para señalarle a Ibi.

—Mira —le decía—, mira lo bien que duerme aquí.

Y entonces llegó Tirza. La esposa había dicho:

—Si tenemos uno, podemos tener otro más.

Él había asentido y unos meses más tarde volvió a ir al banco para incrementar el seguro de vida.

Hofmeester saca otra camisa del armario y la sostiene a contraluz para ver si han quedado manchas, pero el color no acaba de gustarle. Quiere tener un aspecto cuidado y distinguido. Para los profesores que vendrán, los amigos de Tirza y la propia Tirza. El amarillo no resulta distinguido.

Después del desastre de la esposa fugada, lo llamaron tres profesores, los de matemáticas, alemán y holandés. Se habían enterado —algo así no se silenciaba— y le infundieron ánimos, conocían el fenómeno, a veces por propia experiencia y les parecía admirable lo bien que lo llevaba Tirza dadas las difíciles circunstancias, y no, él no debía preocuparse por Tirza. La señora Van Delven, la profesora de neerlandés que también era la tutora de Tirza, le preguntó:

—¿Quiere venir a hablar, también en relación con Tirza? ¿Le apetecería?

—Bah, no —le contestó él—, no es necesario. Y además tampoco me apetece.

En sí, le gustaba que le hubieran llamado, pero no era conveniente prolongar las charlas en público sobre una esposa desaparecida. Por ello, él siguió insistiendo en que la fuga de su esposa había ido según lo previsto. Que incluso él la había alentado a irse.

—No se le puede llamar fuga —le dijo al profesor de matemáticas —, es más bien que nos hemos tomado unas vacaciones el uno del otro. Le dije: «Márchate, ya volverás».

Si esta noche no vienen sus profesores favoritos, les hablará en otra ocasión o les escribirá una nota. Sus sentimientos por ellos no cambiarán. De vez en cuando pensará en ellos. Al menos una vez por semana, quizá más a menudo.

Sentimientos es una palabra que le llama la atención, como una atracción junto a la carretera. Vuelve a colgar las camisas y la corbata en el armario. Un polo es mejor.

—Tendría que haberme comprado algo nuevo —le dice su esposa —. ¿Qué voy a ponerme ahora? Me llevé lo mejor que tenía. He perdido lo mejor. Y lo demás ya no me va bien. O no me queda bien.

Hofmeester le señala lo que tiene en la mano, un vestido cuya existencia él no logra recordar. Ligero e informal, como le gusta a ella.

Además, el tiempo pide a gritos este tipo de ropa.

—No prestas interés —le dice ella—. ¿Es que no ves lo pasado de moda que está? ¿Lo anticuado que es? Además, no puede ser. La grasa…

Se lo queda mirando, en realidad parece desamparada. Desconcertada por los cambios que ha atravesado su cuerpo.

—¿Grasa? —pregunta él—. ¿Qué grasa?

Está actuando como si hubiese vuelto con su amo, piensa él. Para tener esperanzas de liberación hay que haber estado encadenado. Para algunos, la cadena es esperanza.

Él quiere ir al cuarto de Tirza, pero ella lo retiene.

—Jörgen —le dice—. ¿No les extrañará verme otra vez aquí?

—¿A quién?

—A los invitados.

—¿A los invitados? Si no te conocen.

—A eso me refiero. Tal vez se pregunten: ¿quién es esa? ¿Quién es esa señora?

—No lo creo. Vendrán muchas personas. Y una más o menos no llama tanto la atención. Además, se mire por donde se mire, eres la madre de Tirza. Siempre puedes decir eso. Si te preguntan: «¿Qué hace usted aquí?», tú les contestas: «Soy la madre de Tirza». Es una razón plausible para estar en su fiesta.

Ella lo mira dudando, no está convencida. Y en las manos tiene ropa que está pasada de moda. Eso lo empeora todo.

—Pero es que me fugué.

—Nadie lo niega. Pero la gente ya no se acuerda. Lo han olvidado. Tienen mala memoria. ¡Se fuga tanta gente! En el liceo Vossius son comprensivos con este tipo de casos. Al menos lo fueron conmigo.

Sonríe al recordar a los profesores que lo llamaron cuando su esposa se largó con un amor de juventud. No olvidará nunca lo amables que fueron, sin entrometerse. Por lo demás no llamó nadie, al menos no a él.

A Ibi la habían matriculado en el Barlaeus, pero puesto que la experiencia no resultó del todo satisfactoria, decidieron matricular a Tirza en el Vossius. Fue sobre todo Hofmeester quien lo decidió así. Opinaba que Tirza era superdotada. Ya lo pensaba cuando tenía once meses y dio sus primeros pasos. Fueron tan solo cinco pasos, pero aun así se podía decir que caminaba. Él se lo contaba a todo el que quisiera escucharlo. «Ya camina, es precoz». Sobre todo se complacía en contárselo a los padres con hijos de más o menos la misma edad, y se dejaba arrastrar de tal forma por su entusiasmo que no advertía que provocaba irritación. La palabra «precoz» era su muletilla. Cuando Tirza tenía unos meses de vida, él se quedaba por la noche minutos

enteros, a veces hasta veinte minutos, inclinado sobre ella, para mirar cómo dormía con los brazos abiertos. A veces sonreía en sueños. Ni siquiera la madre de Tirza comprendía qué miraba él exactamente. Qué veía en el bebé.

Ibi se había mudado a su cuna y ahora Tirza dormía entre ellos. Y si la esposa se iba un momento o volvía tarde a casa, Tirza dormía junto a su padre. A veces, él se quedaba arrinconado porque Tirza tenía tendencia a ocupar mucho sitio, pero eso a él le daba igual. La cama era de ella.

Suavemente, casi con ternura, aparta a su esposa.

Ve que Tirza ha cerrado la puerta de su cuarto y él no quiere molestarla, por ello se va abajo y comprueba la cocina. Todo está preparado. Todo está a punto para servirse y comerse. La composición de colores del sushi y del sashimi aporta una apariencia de profesionalidad, de algo que se sustrae a lo casero. Como si lo hubiese preparado un servicio de catering. Ese es el aspecto que tiene.

Hofmeester no deja nada al azar. Hay que estar preparado para lo que pueda salir mal. El que tiene una excusa es porque no se ha preparado bien para hacer frente a un posible error fatal.

En el jardín ha puesto antorchas, en total cuatro. Las encenderá más tarde, cuando anochezca.

Jörgen Hofmeester se dirige al cobertizo, aparta el cortacésped, la pala, la motosierra y algunas herramientas más pequeñas. Así hay suficiente espacio para los invitados a la fiesta que quieran retirarse para besarse discretamente. Sale del cobertizo y mira los árboles. En el jardín de sus padres en el Betuwe también hay muchos árboles, que él, como hijo único, tiene que mantener ahora que ellos ya no están. Hay frutales que podar.

A paso lento vuelve a la casa cruzando el césped. Respira profundamente, está satisfecho. Será una bonita fiesta. Como quería Tirza.

—Esta será mi última fiesta en esta casa —le dijo—, por eso quiero hacerla en grande. ¿Te parece bien, papi? Una fiesta grande de verdad.

—Sí, por supuesto —le contestó él—, pero ¿cómo de grande exactamente? ¿A qué te refieres con grande? ¿Y prefieres que me marche? ¿Quieres que me vaya un fin de semana al Betuwe?

—No —le contestó ella—, quédate. Mis fiestas siempre te gustan, ¿verdad que sí?

Y él asintió.

—Sí —dijo—, mucho.

Cuando regresa a la cocina oye el timbre de la puerta. Espera un momento para ver si van a abrir Tirza o su esposa. Como ninguna de las dos lo hace, él mismo se dirige a la puerta. Las chicas están demasiado ocupadas arreglándose.

Es Ibi. Lleva una pequeña bolsa de viaje, lo que decepciona un poco a Hofmeester, porque significa que no se quedará mucho. En la actualidad vive en Francia, a unos sesenta kilómetros al noroeste de Ginebra.

Él la abraza con dificultad y algo de torpeza, le pisa los pies, se disculpa entre dientes. Y esa disculpa también resulta torpe.

Él esperaba mucho de sus hijas, pero de Tirza más que de Ibi. De Ibi esperaba mucho, de Tirza, todo. Así era. Así hay que decirlo. Todo.

—Me estás aplastando, papá —le dice Ibi—. Cálmate.

A veces, sus abrazos son demasiado comedidos y otras demasiado entusiastas, resulta difícil encontrar el equilibrio justo.

Él le pone las manos sobre los hombros y da un paso hacia atrás sin soltarla.

—Tienes buen aspecto —le dice sin saber si es sincero y sin haberla mirado realmente.

—Hay mucho trabajo. Ya ha empezado la temporada.

Ibi, casi cuatro años mayor que Tirza, abandonó sus estudios de física para abrir un *Bed & Breakfast* en Francia. Cuando lo piensa, cuando reflexiona realmente bien sobre ello, Hofmeester se pone enfermo. ¿A quién se le ocurre renunciar a sus estudios de física por un *Bed & Breakfast*? Sin embargo, Ibi conoció a un francés con el que abrió el negocio. Fue idea de él, por supuesto. ¿Qué persona en su sano juicio propone algo así?

Según Hofmeester, no es un verdadero francés, aunque tenga un pasaporte galo, sino un hombre de color que según las reglas del juego va detrás del dinero de ella. Ya ha arrebatado el honor de su hija, así que ¿qué más le queda? Hofmeester no volverá a hablar del tema. Ha perdido esta batalla.

Cuando ella le contó que ya no seguiría con la física y, por si esto no bastara, informó a su padre y a su hermana sobre su propósito de mudarse a Francia en un futuro cercano, Hofmeester decidió ponerse en contacto con un trabajador social, que lo derivó a un psicólogo.

—¿Cómo se puede cambiar la física por un *Bed & Breakfast*, cómo se puede renunciar a la ciencia para dedicarse a tender camas? —le preguntó varias veces al hombre durante la primera sesión.

—¿Tal vez eso haga feliz a su hija? —acabó sugiriéndole el psicólogo.

Hofmeester se quedó mirando, desconcertado, a ese traidor de la ciencia, ese embaucador. ¿Cómo que feliz? Que sus dos hijas se

doctoraran era algo que él daba por sentado, eso era obvio, era lo mínimo. Él no estaba dispuesto a renunciar a esa obviedad, ¿Y por qué? Por una felicidad breve. Él escupía sobre esa felicidad. Se aferraba a la obviedad del éxito, a cómo se había imaginado la vida de sus hijas. Era una imagen bonita, una visión clásica, grandiosa y poco práctica, pero sobre todo grandiosa. Él las había educado para que sirvieran a la ciencia, no para que plegaran sábanas en un hostal, con un hombre de dudosa procedencia como hostelero. Uno no podía cambiar los ideales por una felicidad viciosa. Se levantó, sin decir una palabra estrechó la mano del psicólogo y nunca más regresó.

Ibi se va a la cocina. Mira a su alrededor.

—¡Dios, cuánto trabajo has hecho otra vez! ¿A cuántas personas esperan? ¿Dónde está Tirza?

—Arriba. ¿Te has enterado ya?

—¿De qué?

—Por Tirza.

—¿De qué? ¿De qué tengo que haberme dado cuenta?

—Que mamá ha vuelto. Ha vuelto a casa. No sé por cuánto tiempo, pero está otra vez aquí.

—Vaya.

La noticia no parece impresionar a Ibi. Tal vez tampoco sea para tanto.

—¿Tienes algo de beber?

—pregunta.

—Por supuesto

Hofmeester piensa que es un mal anfitrión y un mal anfitrión es un mal padre. Abre el refrigerador.

—¿Qué quieres: cerveza, vino o limonada? He preparado limonada. Con limón, agua mineral y algo de azúcar. Todo natural. Como te gusta a ti.

—Leche.

Le llena el vaso. Ella lo vacía de un solo trago. Después se seca la boca con el dorso de la mano.

—¿Te habías enterado o no?

—¿De qué?

Lo mira como si le faltara un tornillo.

—De lo de mamá.

—Sí, ya me había enterado. ¿Tengo que opinar?

—Bueno…

Él duda. ¿Tiene que opinar? Buena pregunta. ¿Qué opina él al respecto?

—No sé si tienes que opinar, pero tal vez tengas algo que decir, y

sí, quizá tengas una opinión.

—Es su vida.

De nuevo esa mirada. Seguramente esté cansada del largo viaje. Habrá salido de casa por la mañana temprano. Trasbordo en París. Con el metro de una estación a otra. Él se lo ha dicho tan a menudo: «Si tienes equipaje, toma un taxi, te devolveré el dinero». Pero Ibi considera que los taxis son un despilfarro y a ella le gusta su independencia.

Ahora que se ha acostumbrado un poco a la proximidad de Ibi, mira lo que lleva puesto. Un pantalón de camuflaje y una camiseta de colores que no acaban de gustarle.

—¿Qué tal? —le pregunta ella dejando el vaso sobre la encimera —. Quiero decir: por lo demás. ¿Qué tal por lo demás?

—¿Por lo demás? Estoy ajetreado —dice él enjuagando enseguida el vaso.

—¿Con qué?

Él advierte su cólera, no, más que eso, su odio. La incapacidad de esconder el odio que permanece encendido mucho después de que los demás lo hayan olvidado todo.

—En la editorial.

Él no le pregunta cómo le va con el hostal. Él ignora por completo su hostal y no podría hacerle un mayor favor. Sin embargo, Hofmeester no ha logrado olvidar que, finalmente, cuando vio que había perdido, le dio dinero para abrir el *Bed & Breakfast*. En su pasado no hay espacios en blanco. Cosas que ya no quería saber, cosas que intentó eliminar de su memoria. No lo consiguió. Lo sabe todo. O eso cree. La tarea del historiador es seleccionar los detalles importantes para la posteridad, con eso condena al olvido otros detalles. El que no olvida nada, no tiene vida. En el olvido está el futuro. Hofmeester había dejado sus estudios de historia después de medio año y se fue a estudiar alemán y criminología. No podía olvidar nada. Precisamente por ello, buscaba a tientas por su propio pasado, como un ciego.

Para sabotear la verdad basta con tener una mala memoria. *Terra incognita*. Alguien podría irse de expedición por el propio pasado como si fuera un país desconocido. La selva. Bosquimanos, un caldero. Los caníbales lo reciben y mientras el agua se va calentando lentamente, ya no ve los espacios en blanco como tales, sino precisamente como era. Digamos que como una película. Por fin sabe quién es y entonces el agua empieza a hervir. Todo tiene un precio.

Ella le señala la mejilla.

—Sangras —le dice.

—Acabo de afeitarme.

Ibi arranca un trocito de papel del rollo y se lo pone en la mejilla. Allí están, padre e hija, en actitud torpe, pero íntima. No se puede negar que esto es la intimidad, esto es lo que queda después de los fugaces abrazos en un vestíbulo, en un aeropuerto, en un parking.

En los ojos de ella, él ve una curiosa frialdad que conoce bien, pero a la que no ha podido acostumbrarse y que nunca ha querido comprender. Cuenta con la clemencia de su hija, porque él mismo está dispuesto a ser clemente después de haber sacado la garra. La garra de un depredador, la garra de un verdadero Hofmeester.

—¿Eres feliz? —le pregunta mientras aparta lentamente el papel de la mejilla. Un trocito se queda pegado.

Ella lo mira asombrada, pero es un asombro exagerado, no es auténtico asombro. Es el último resto tenaz de cólera.

—¿Desde cuándo te interesa mi felicidad, papá?

Él da un paso hacia atrás.

—Me intereso por tu bienestar. Eres mi hija. Solo tengo dos hijas.

—El bienestar no es lo mismo que la felicidad. No te muevas, te quitaré esa miga de papel de la mejilla.

Él permanece inmóvil, mientras Ibi le rasca la mejilla, nota la uña de su hija sobre su piel, contiene la respiración e intenta recordar su vida cuando aún no tenía hijas, cuando todavía no tenía un cargo, cuando flotaba en el espacio y —como tuvo que admitir después— como una bala perdida, una bala que aparte de redactor, solo era casero.

El día en que Hofmeester firmó el contrato de compra de esta casa, decidió arrendar la planta superior, pues de lo contrario andaría justo de dinero, con su magro salario. De todas formas, la casa era demasiado grande para él, incluso para una familia.

Al principio la alquilaba por un mes o un trimestre sobre todo a viajantes de negocios. Hombres que trabajan el día entero y que por la noche caían rendidos en la cama para volver a desaparecer a la mañana siguiente temprano enfundados en sus trajes cuidadosamente planchados.

El piso estaba amueblado con muebles baratos pero prácticos. Lo más impresionante era la vista hacia el Vondelpark. Cuando Hofmeester mostraba el apartamento, siempre hacía hincapié en el Vondelpark, y lo hacía de tal forma que parecía que fuera suyo. Su parque, su jardín delantero.

Cuando el hombre de negocios decía: «Sí, está bien, me lo quedo», él sacaba apresuradamente un contrato escrito a mano que podría renovarse cada mes, si así se deseaba.

«Si paga usted al contado —le decía Hofmeester al firmar el

contrato en un tono de quien hace una oferta especial que nadie más recibía— el primero del mes, si paga al contado, le haré un descuento del cinco por ciento».

Un descuento del cinco por ciento era algo que los inquilinos siempre querían.

Así pues, el primero de cada mes, Hofmeester subía las escaleras para cobrar el alquiler, que casi siempre estaba preparado en un pequeño sobre. En caso contrario, él esperaba, charlaba un rato, opinaba sobre el clima, pues le gustaba hablar del tiempo y lo hacía con aparente pasión. Y esperaba. Tenía paciencia. Hasta que el inquilino por fin cogía la cartera para sacar el importe acordado.

Cuando los viajantes se iban, Hofmeester siempre encontraba un motivo para no tener que devolverles del todo la fianza, o mejor dicho: en absoluto. Una raja en el papel pintado, un picaporte que se había caído, una grieta en el mármol del lavabo. «Lo siento —les decía — pero eso no estaba aquí cuando se instaló usted hace tres meses. Tendré que arreglarlo. Lo siento, pero me va a costar dinero».

No es que Hofmeester fuera malintencionado, es que necesitaba el dinero. Su futuro dependía de ello. Más tarde también el futuro de sus hijas. ¿Qué es la libertad si no se tiene dinero para costearla? Solo los ricos son libres y ni siquiera siempre.

De vez en cuando, mentía un poco, no le gustaba hacerlo, pero mentía con vehemencia. Señalaba agujeros en el techo que siempre habían estado allí, manchas en el papel pintado que tampoco eran nuevas o contaba los cubiertos en la cocina —también alquilaba los cubiertos— y constataba hipócritamente que habían desaparecido cuchillos y tenedores. Con esas pequeñas mentirijillas hacía su aparición la vergüenza.

Él odiaba a los inquilinos que no decían por sí mismos: «¿Lo dejamos entonces a la mitad de la fianza?».

¿Y por qué no toda la fianza? Odiaba a los inquilinos que le obligaban a mentir, porque eran tacaños, porque se lo querían quedar todo. Por ello, él, que había completado con éxito sus estudios de alemán —bien es cierto que debido a las circunstancias no pudo sacarse el doctorado, pero eso era una minucia, eso tenía explicación —, se veía obligado a registrar la planta superior de su casa en busca de nuevos defectos. Él, que tenía cosas mejores que hacer, debía negociar sobre cuánto costaría blanquear una pared de dos por cuatro. Había inquilinos que decían: «Mañana compraré un bote de pintura y lo haré yo mismo. Así usted se ahorrará muchas molestias y yo mi dinero». Pero esa no era la idea. No se trataba de la pared ni de la pintura, sino de la fianza que no podía devolverse, puesto que ya se había esfumado.

Hofmeester se escaqueaba con agilidad, exageraba, suspiraba,

gemía, provocaba compasión y entonces, sin motivo aparente, se ponía agresivo. «Si no podemos ponernos de acuerdo antes de su partida, venga a buscar la fianza, pero no la conseguirá, puesto que no tiene derecho a esa fianza, no tiene ninguna base, ha destrozado usted el apartamento». Blandía el puño y lo decía en serio, se dejaba llevar por las negociaciones como otro por una película, un libro o una obra de teatro. Había momentos en que se perdía a sí mismo, entonces tenía que llamarse a sí mismo al orden, respirar profundamente. Después, volvía a estar bien. Un hombre tiene que poder controlarse, pues de lo contrario lo harán otros por él.

Al igual que les sucediera a sus padres que, en los años noventa —aunque bien pensado tal vez fuera ya en los años ochenta—, se habían vuelto cada vez más extraños. No era demencia, era otra cosa, una enfermedad sin nombre. Dado que no sabía qué hacer al respecto, Hofmeester hizo que declararan incompetentes a sus progenitores. Él tuvo que encargarse de todo, administrar el dinero, la casa y el jardín. Hizo transferir el patrimonio de sus padres a su propia cuenta. Lo necesitaba. No podía decirse que fuera realmente inmoral, puesto que ellos eran legalmente incapaces. El abogado se lo había asegurado. Esas palabras lo explicaban todo. Legalmente incapaces.

Antes, el padre de Hofmeester tenía una ferretería en Geldermalsen, mientras que su madre cantaba en un coro, pero con eso no ganaba dinero. Cantar era su pasatiempo.

Y él, el hijo único, había trepado, eso era lo que había que hacer, eso era lo que se esperaba de él. Que trepara, pues solo los más ricos no tenían a nadie que los mandara.

Los padres de Hofmeester eran unos mandados, eso se les veía, se les podía oler.

Una vez que se había vuelto a calmar, le explicaba amablemente al inquilino que le había dejado permanecer cinco días más en la vivienda sin cobrarle nada. Y finalmente le decía: «¿Sabe qué? Le perdonaré esos días adicionales, pero nos olvidamos de la fianza. Borrón y cuenta nueva. Borramos la fianza. ¿Satisfecho?».

Acto seguido, se iba escaleras abajo a toda prisa, acosado por un sentimiento de desprecio hacia sí mismo que solo lograba reprimir convenciéndose por enésima vez que lo hacía por su familia. Primero por él y por su esposa, más tarde sobre todo por sus hijas. Por su futuro. En una ocasión oyó decir en la iglesia que los santos necesitan un pasado. Los pecadores un futuro. Sus hijas eran la excepción a esta regla: necesitaban un futuro y, no obstante, no eran pecadoras.

Poco a poco, los inquilinos empezaron a quedarse más que unos cuantos meses. Eso le ahorraba a él la molestia de buscar a un nuevo ocupante cada trimestre. De todos modos había renunciado a recurrir a una inmobiliaria que aplicaba unas tarifas terriblemente altas por

unos servicios deplorables.

Hofmeester prefería hacerlo él mismo. Escogía al inquilino con sumo cuidado, como si fuera un novio para su hija. Colocaba anuncios en casi todos los periódicos para encontrar al inquilino ideal. El más tranquilo, limpio, fiable y ordenado. Preferiblemente uno que tuviera una vivienda en otro sitio, que solo buscara un apeadero, que estuviera empadronado en otra ciudad. Ponía mucho cuidado en mantener sus ingresos adicionales lejos de las manos del fisco, pues la libertad y el hambre eran enemigos. Y aunque él nunca había pasado hambre, el miedo que le habían inculcado por ella jamás lo abandonó.

Si el inquilino no había introducido a tiempo el sobre con el importe acordado en su buzón, a Hofmeester no le quedaba más remedio que subir la escalera cada primero de mes. Ese era el ritual que él repetía todos los meses. Su culto. Así y solo así servía él al Todopoderoso. El primer día del mes iba a buscar lo que era suyo.

Cuando volvía abajo, siempre con la sensación de haberse ensuciado, contaba el dinero en la sala de estar para luego guardarlo en un lugar seguro hasta tener suficiente para llevárselo discretamente a una cuenta en el extranjero. Primero Luxemburgo, después Suiza. Y mientras lo contaba y recontaba, le asaltaban con regularidad ideas de independencia financiera. Asaltar, esa era la palabra, las ideas lo asaltaban y no lo soltaban. En esos momentos, lo secuestraban sus propias visiones. Calculaba a cuántos años estaba de esa independencia. Contaba los meses que faltaban. Ojalá que la enfermedad y la muerte no apareciera antes que la independencia económica. Era cuestión de décadas, o tal vez menos, si el clima bursátil le era favorable.

Sin embargo, la alegría sobre el capital que crecía poco a poco en el extranjero, que debía garantizar que Ibi y Tirza no conocieran nunca la pobreza, que las puertas que solo se abrían para los ricos se abrieran también para ellas, que pudieran estudiar en las mejores universidades del mundo, se veía mermada por el humillante paso que Hofmeester tenía que dar cada primero de mes. Él no comprendía por qué el inquilino no iba a darle personalmente el alquiler, pese a que ya le había instado a hacerlo algunas veces. Pero el primero del mes a las ocho de la noche si el inquilino todavía no se había presentado, él salía y llamaba a la puerta que había junto a la suya. La puerta que daba acceso a la vivienda que Hofmeester alquilaba. Ya no aguantaba más. No podía esperar, tal era el miedo a que se olvidaran de él.

Se presentaba incluso en domingo, pues el primero del mes era el primero del mes. Para Hofmeester no había domingos, puesto que él tenía un sueño. Y ciertamente él perdonaba a sus deudores, como también ellos lo perdonaban a él. El dinero era perdón. Finalmente, a la hora de la verdad, el perdón siempre era dinero.

Pero ni siquiera ese perdón podía evitar que durmiera mal a partir del veintisiete o veintiocho del mes. En sus sueños se le aparecían el inquilino, el sobre y los defectos de su casa. Soñaba que subía por la escalera hacia la vivienda del inquilino y que todo había desaparecido, los muebles, los cubiertos, el propio inquilino, la ropa, los armarios, todo, lo único que quedaba era un escape y el cadáver de un gato en el lavabo, que se hallaba en un avanzado estado de descomposición. Pese a que el inquilino tenía tajantemente prohibido traer animales domésticos. Ni siquiera peces de colores.

Su sueño acababa siempre con el sonido suave, pero irritante del agua que goteaba sobre una alfombra. Y con el cadáver de un gato en el lavabo, Hofmeester que recorría la vivienda gimiendo en busca de un sobre perdido con el alquiler. Sus pesadillas estaban mojadas por los escapes, húmedas por el moho, y llenas de pelos de gato. En su sueño lo visitaban los fantasmas inmobiliarios.

Un buen día, desesperado y tenso como estaba por la falta de sueño, tuvo una idea.

—Ibi —dijo.

Su hija tenía entonces doce años, tocaba el violín, jugaba al tenis y todos reconocían que era guapa e inteligente.

—Ibi —volvió a decir—, ¿quieres ganarte cinco florines y un helado?

Ella asintió con expresión soñadora. Era una niña soñadora. Otros la llamaban insulsa. Él no, él prefería soñadora.

—Entonces tienes que ir arriba a ver al inquilino, y decirle: «Vengo a buscar el alquiler». Él te dará un sobre y tú me lo traerás. No remolonees ni aceptes nada más. Eso sí: sé amable en todo momento.

La acompañó hasta la puerta delantera, abrió y se quedó mirando mientras ella llamaba al timbre del inquilino.

La vio entrar. Una de las dos niñas de sus ojos. Había que decir que era un encanto de niña. Él lo decía a menudo: «Hay que decir que es un encanto de niña». Como si se tratara de una constatación objetiva fuera de toda duda. Algo así como la gravedad.

Cuando la oyó subir por las escaleras, cerró la puerta y esperó con impaciencia en su propio vestíbulo a que volviera, con la mirada fija en el felpudo y los brazos cruzados.

Ella volvió pasados dos minutos. Hofmeester agarró el sobre como un animal hambriento. Contó el dinero una vez y otra. Los billetes pasaban por sus manos como si fueran naipes que tuviera que barajar. Después guardó el dinero en el aparador, en un lugar secreto, y tras haberle acariciado el pelo rubio, le dio a Ibi cinco florines y algo más para un helado.

—¿Puedo comprarlo ahora? —le preguntó ella.

—¿Qué?

—El helado.

—Sí —le dijo su padre—, puedes ir a comprarlo ahora. Vete. Pero rápido, porque cenaremos enseguida.

Y ella salió corriendo. Aliviada y feliz. No agobiada por la vergüenza o la suciedad que se hubiera quedado pegada a ella. Ella no sabía lo que era la suciedad.

A partir de aquel día se convirtió en una tradición que Ibi cobrara el alquiler.

Ibi hacía lo que el padre ya no podía. Cada primero de mes, subía a buscar aquello que le correspondía por derecho a la familia Hofmeester.

Al cabo de un tiempo, se había acostumbrado tanto a hacerlo que a menudo era ella misma la que decía: «Papá, es el día uno. Me voy arriba».

Y él había empezado a confiar en sus talentos, su encanto, su comprensión de la psique humana, lo que equivalía a comprender la psique del inquilino. Incluso se diría que ella disfrutaba cada vez más de esta ocupación tan trivial, que a ojos de Hofmeester era casi perversa, que le parecía indigna de él y que le hacía sentirse cada mes más sucio, cada escalón más inmundo. Sin embargo, había una diferencia importante entre Ibi y su padre: Hofmeester cobraba el alquiler, mientras que ella solo tenía que fingir que lo hacía. Cuando subía la escalera, imitaba a su padre. Se podría decir que lo parodiaba. No era adulta, pero actuaba como si lo fuera, ¡y cómo! Lo hacía con convicción. Y aquella imitación era la redención, al imitarlo, exorcizaba los demonios de su padre. En su imitación, en su exageración en ocasiones grotesca, estaba su libertad.

Con el tiempo, Hofmeester ya no tenía que avisarla. «No remolonees ni aceptes nada más. Vuelve enseguida», pues ella se sabía las reglas, conocía el manual de instrucciones del ritual e incluso se enorgullecía de desempeñar su misión cada mes de forma impecable. Para ella, el alquiler era un botín que había que capturar para después recibir parte de los ingresos.

Algunas veces, al regresar de su expedición a casa del inquilino, le decía a su padre: «Dice que si te parece bien que pague dentro de unos días».

Entonces, Hofmeester le contestaba: «Por supuesto que me parece bien, pero entonces será sin el cinco por ciento de descuento. Doy ese descuento si paga en efectivo el primero del mes, no si paga en efectivo el tercero o el cuarto, en tal caso es el importe completo. No lo olvides. El primero del mes se acaba a medianoche y entonces se paga el precio completo».

Y el día tres o cuatro, cuando ella aparecía con el importe completo, él se sentaba al escritorio y lo contaba con la calculadora delante de él. Por supuesto, el dinero en el extranjero aumentaba, es lo que debe hacer el dinero, pues es fértil y en las manos adecuadas se multiplica como la mala hierba. Mientras tanto, Ibi contemplaba a su padre que contaba el dinero, con una mirada de complicidad y algo que podría calificarse de ternura. Como si ella tuviera más juicio. Ya no era el padre el que la miraba enternecido, sino la hija la que observaba a su padre con benevolencia.

Cuando había reunido lo suficiente, Hofmeester se tomaba dos días libres y viajaba a Suiza para depositar el alquiler en un banco de confianza. Allí, unos expertos lo invertían en su nombre para que él estuviera más cerca de la independencia económica. Poco a poco, pero más cerca. Día tras día. Hora tras hora. Minuto tras minuto.

Ibi se fue haciendo mayor, pasó a secundaria, empezó a maquillarse, si es que no lo hacía ya cuando estaba en primaria, se aplicaba más maquillaje, tenía arranques de mal humor, insultaba a sus padres y perdió el interés por el violín —¡oh, las amargas decepciones de la educación!—, pero lo que se mantenía inmutable era el ritual: el primero del mes subía a buscar el alquiler.

Y cuando volvía con el sobre miraba con picardía a su padre, como si supiera lo que acababa de hacer, como si se diera cuenta en qué colaboraba, como si comprendiera que él era incapaz de hacerlo. Como si se percatara de su vergüenza. Y esa comprensión hacía que fuera menos libre, la unía al hombre al que tenía que llamar «papá».

Cuando él acababa de contar, la abrazaba, la apretaba contra su pecho y permanecía un momento así. La sencilla misión había adquirido importancia, significado. Era lo que unía a padre e hija, era su secreto, aunque no fuera un verdadero secreto, era lo que los vinculaba. En realidad era el único momento en que volvían a ser padre e hija y no extraños que casualmente viven en la misma casa, utilizan el mismo cuarto de baño y de tanto en tanto se sientan a la misma mesa.

Él ya no le daba dinero para un helado, sino para una falda o una película. Ya no le decía para qué era, sino que se limitaba a dárselo. En silencio, con un guiño. A veces, cuando veía que la independencia económica estaría antes de lo esperado al alcance de la mano —en aquellos años, la bolsa colaboraba mucho—, le daba un aumento a su hija.

A menudo, ella volvía a bajar con noticias del inquilino, que quería dejar el apartamento o que deseaba prorrogar el contrato. Le ahorraba a su padre aquello que él odiaba. Y al cabo de dos años era como si siempre hubiese sido así. Como si tuviera que haber sido así. La familia Hofmeester tenía una empresa familiar.

Un inquilino se iba y otro venía, pero la hija mayor de Hofmeester subía cada primero de mes a la planta superior. No le costaba mucho, no podía negarse: a ella le pagaban de buena gana. Pagarle a ella era un placer. Que fuera ella personalmente a recoger el sobre era un favor que se le concedía al inquilino.

Desde que cobraba Ibi había menos quejas sobre manchas de humedad en el papel pintado o sobre la calefacción que no daba suficiente calor o una ventana que no cerraba bien. Su sonrisa borraba las quejas, sus piernas hacían evaporarse la sospecha de que todo era muy caro. Sus ojos compensaban el grifo que goteaba. Ibi pesaba más que los defectos del apartamento amueblado.

Hasta que una noche de otoño, el primero del mes —siempre el primero del mes; cuando Hofmeester recordaba su vida veía siempre una interminable serie de días de pago—, Ibi subió y tardó más de lo habitual. Hofmeester leía un periódico vespertino, mientras escuchaba un concierto para violonchelo de Elgar, pero cuando llegó a la página de opinión —leía el periódico como si fuera un libro—, empezó a preocuparse. Hacía más de media hora que se había ido. Él siguió leyendo, pero no captaba los artículos de la página de opinión. Se quedaba colgado después de cada frase y sus pensamientos se desviaban hacia su hija.

Bueno, no podía siempre coger el dinero y largarse, de vez en cuando tenía que quedarse a charlar. Se acordó de otros tiempos, cuando le tocaba realizar esa desagradable tarea. Pero una charla de media hora ya no era una charla. Era una conversación, era media cena.

Ya se había acercado dos veces a la puerta para ver si ella volvía, como quien mira los tranvías que tardan en llegar. Con la estúpida idea de que servirá de algo mirar. De que bastará una mirada imperiosa para que aparezca lo que no llega.

No podían haberla asaltado, pues no tenía que cruzar la calle.

Él lo comprendía cada vez menos. Su esposa había salido a buscar a Tirza que se había quedado a jugar en casa de una amiguita. Hofmeester no tenía a nadie con quien compartir su inquietud. Apagó la música, salió al jardín para mirar su manzano y entre las ramas del árbol espió arriba, a las ventanas detrás de las cuales se escondía el inquilino, pero no vio nada especial. Solo las cortinas que colgaban desde siempre y que en realidad habría que lavar. Nada se movía. Era una hermosa noche a principios de octubre. Nada se agitaba entre los matorrales. Nadie gritaba. Solo había silencio. El eterno silencio.

Regresó al salón, no podía hacer mucho más, y cogió el periódico que había dejado en el sofá.

Unos días antes, Ibi había cumplido quince. Algunos de los regalos que había recibido seguían expuestos en el aparador. Es lo que hacían

siempre que una de las niñas cumplía años. Lo llamaban la mesa de los regalos. No dejaron de hacerlo, ni siquiera cuando Ibi cumplió los quince. Como tampoco dejaron las serpentinas. Hofmeester las colgaba tal como antes cobraba el alquiler: de forma sistemática y con dedicación.

Miró los regalos, un reloj que le había regalado a Ibi, ella se lo había pedido. Y él había buscado uno bueno, se había pasado días buscándolo. Era un reloj caro, pero eso era lo de menos cuando tu hija cumplía quince. Él quería comprar uno con el que ella estuviera contenta, uno que quisiera de verdad y que mostrara con orgullo a sus amigas.

En la mesa de los regalos también había un pantalón y un juego que él no comprendía. Un bañador. Dos libros. Un dibujo de Tirza, el dibujo de un barco. El resto ya lo habían quitado, comido o utilizado.

Entonces decidió llamar a la puerta. Esto ya duraba demasiado. Seguro que el inquilino —se llamaba Andreas y era un joven arquitecto alemán— la entretenía con esas quejas absurdas con las que ya había abordado unas cuantas veces a Hofmeester en la calle. ¡En plena calle! Los inquilinos ya no tenían modales. Ni cultura. Él lo notaba, lo veía y leía al respecto. La gente se había vuelto arrogante, la arrogancia flotaba en el aire como un humo grasiento. Eso es lo que Hofmeester olía por las noches cuando salía a pasear por el Vondelpark. Una combinación de holgazanería y arrogancia que se había apoderado de la gente en la ciudad, una combinación que asustaba a Hofmeester, que lo excluía, porque él no podía participar, porque él había comprendido que esa arrogancia era el enemigo natural de su idealismo profundamente arraigado: los hijos tienen que salir mejor parados.

Tener en cuenta todo lo que puede salir mal es lo contrario que la arrogancia.

Negó con la cabeza, aunque nadie podía verlo. No se puede molestar a una niña de quince años con los defectos de un apartamento amueblado.

Hofmeester llamó a la puerta junto a la suya. Con insistencia, pero tampoco demasiado rato. Un casero tenía que ser siempre amable. Convendría volver a barnizar la madera, quizá el próximo año. Ahora no. Ahora había que ahorrar, pues de lo contrario nunca conseguiría la independencia económica.

Lo más probable era que Ibi se hubiese ido a comprar. Pero sabía que primero tenía que entregarle el alquiler, ¿no? Siempre era puntual. Conocía la importancia del ritual. Sabía lo que significaba para su padre.

Nadie abrió. Había llamado, pero no abrían. Al parecer, el arquitecto no estaba en casa, o dormía.

La inquietud de Hofmeester aumentó. Sacó su manojo de llaves del bolsillo del pantalón y buscó la llave de la vivienda del inquilino. Entre semana, si estaba casualmente en casa durante el día, entraba a escondidas en la casa del inquilino. No para espiarlo, sino solo para mirar lo que sucedía allí, para averiguar con quién se las veía realmente. Para ver qué tipo de persona era. Abría armarios y cajones, pero casi nunca encontraba material incriminatorio. Como mucho algo de porno, una misiva de una agencia de cobros, cartas de amor. Él lo revisaba todo fugazmente. Había que ser precavido. Pero una cosa le había quedado clara: si la gente tiene secretos, no los guardan en su apeadero.

Llamó una vez más. Por si acaso. Insistió un poco más, pero tampoco demasiado, pues hubiese sido descortés.

Tampoco esa vez obtuvo respuesta.

Abrió la puerta con cautela, bien pensado, un poco como un ladrón, con un vago sentimiento de culpa, y subió la empinada escalera. Lentamente. Advirtió que le faltaba el aliento.

Aquella noche fue la primera vez que se dio cuenta de que se hacía mayor. Con la llegada de los achaques se acababan inevitablemente las últimas ilusiones de la juventud. Y la falta de aliento era un achaque, nadie podía negarlo.

Jadeó. Oyó música. Algo moderno, pero con violines. Así que había alguien en casa, o el arquitecto se había olvidado de apagar la música. Era como dejar las lámparas encendidas o poner la calefacción en invierno con la ventana abierta. Cada año eran más decadentes y descarados. Ni siquiera era decadencia, era una indiferencia perversa que Hofmeester se tomaba como una ofensa personal, porque él no se lo podía permitir. Porque él se negaba a permitírselo.

La sensación de ahogo aumentó. Se detuvo a media escalera. No serían problemas de corazón, ¿verdad? Tal vez tuviera que hacerse una prueba, un cardiograma, ¿o cómo se llamaba eso? En cualquier caso una prueba completa y radical. Tiempo atrás fumaba cigarros, pero lo dejó cuando su esposa llevaba a Ibi en el vientre. Los cigarros no podían ser, era otra cosa. Otra dolencia desconocida era la causante de su ahogo.

A medida que subía, la música se hacía más penetrante. Podía entender cada palabra de la letra, pero no le prestó atención. Nunca le había costado tanto esfuerzo subir unos cuantos escalones. Así empezaba la muerte, con el ahogo en la escalera. La vida era una broma. Eso era.

Hofmeester entró en la habitación que hacía las veces de salita. La puerta estaba abierta. No hacía falta llamar.

El inquilino estaba detrás de Ibi. Con el pantalón bajado hasta los

tobillos.

La hija de Hofmeester apoyaba el torso desnudo sobre la mesa del comedor que él había escogido y que le parecía sumamente adecuada para un apartamento que debía alquilarse amueblado. Llevaba la falda vaquera remangada, como despellejada. Despellejada, esa era la palabra que se quedó en la cabeza de Hofmeester. Despellejada. Despellejada.

La escena le recordó a determinadas películas que emitían después de medianoche en turbios canales. Y encima con esa música.

Todas sus preocupaciones por la falta de aliento habían desaparecido. Ya no recordaba que en la escalera estuviera pensando en una muerte prematura.

Durante un segundo se quedó mirando a su Ibi. Entonces dio un paso hacia delante. Con la mano izquierda —todavía jadeaba un poco — agarró una pequeña lámpara de pie que había escogido su esposa, pero que les había parecido inadecuada para su propia casa. Las sobras se trasladaban al piso de arriba.

Su hija estaba siendo penetrada como una bestia. Era una escena que uno se esperaba encontrar en una granja, en un establo. No en la mejor parte de la calle Van Eeghenstraat.

Hofmeester silbaba al respirar.

Agarró con más fuerza la lámpara de pie. No lograba moverse. Tenía la sensación de que lo penetraban a él, duro y profundo. Como si los golpes no fueran destinados a su hija, sino a él. Como si lo humillaran a él, el casero, el propietario de este edificio, humillado en su propia casa. Le dolía todo el cuerpo. Todo su cuerpo se ahogaba.

Tenía la curiosa sensación de que lo desgarraban. Cuanto más miraba, más se convencía de que era a él a quien el inquilino penetraba, con dureza e indiferencia. Con desdén.

Por fin lo oyeron.

Al menos, el inquilino lo oyó. El hombre se volvió, vio a su casero, soltó a Ibi, apartó las manos de su cintura.

El arquitecto hizo algo que Hofmeester no soportaba: se rio. Con su pantalón, un pantalón gris, bajado hasta las rodillas. Se reía como si fuera un chiste, un encuentro desafortunado, pero cómico. La sonrisa de hilaridad en el rostro del arquitecto. Podía resultar un pelín incómodo, pero bien pensado era desternillante. Eso era lo que transmitía. Hilaridad, solo hilaridad.

Nada de vergüenza, nada de miedo, solo una sonrisa.

Hofmeester agarró aún más la lámpara. Dio unos pasos hacia el inquilino, lo miró a los ojos y, mientras Ibi se separaba de la mesa de comedor como si solo en aquel momento se percatara de que la copulación había llegado precipitadamente a su fin, golpeó con fuerza

la cabeza del inquilino con la lámpara. Hofmeester captó el sonido de cristales rotos y después vio manchas ante sus ojos, como si se hubiese levantado demasiado rápido. Se sintió mareado, pero no se derrumbó. Lo hizo el inquilino.

El inquilino cayó al suelo sin hacer demasiado ruido. Tal vez fuera por la música que estaba tan fuerte que cubría todo lo demás. ¿Cómo se podía poner la música tan fuerte? ¿Acaso no había vecinos? ¿No sufrían los oídos suficiente con el ruido de la calle?

El arquitecto se había caído y Hofmeester estaba allí con la lámpara en las manos, mientras oía chillar a su hija:

—¡Papá!

A su alrededor había cristales. La pequeña pantalla roja se había hecho añicos. Y él tenía en la mano los restos de una lámpara de pie. Un tubo, en realidad no quedaba nada más. Por un instante no supo dónde estaba exactamente. Ni por qué estaba allí, qué había venido a hacer. Tenía que sobreponerse, reflexionar bien.

Ella chillaba. Ibi chillaba como una niña. Como una histérica.

Echó a correr hacia un rincón de la habitación y luego volvió. Se tapó los pechos. Se bajó la falda vaquera. Eso no se le olvidó hacerlo. Tampoco estaba tan histérica. Seguía bajándola, la sujetaba, se aferraba a su propia falda vaquera como si fuera un chaleco salvavidas.

Por sus chillidos cualquiera diría que se trataba de una paciente psiquiátrica que se había escapado de la clínica Valerius. Entonces quizá se diría: la locura se ha apoderado de ella, la locura ha ganado la batalla.

Su rostro parecía más viejo que su cuerpo. Seguramente por el maquillaje. A fuerza de jugar tan a menudo y con tanta devoción a ser una adulta, ya se había convertido un poco en adulta. En su rostro. En sus ojos. En la manera en que miraba.

Sin embargo, su cuerpo contaba otra historia.

Sus brazos eran delgados como los de un niño escuálido. Todavía no tenía chicha en las nalgas. La historia de su cuerpo era infantil.

No había motivo para chillar de aquella manera, ninguna razón para ponerse tan histérica.

Sus zapatillas de deporte, de una marca muy popular en ese momento, pero cuyo nombre Hofmeester no lograba recordar, resultaban conmovedoras debajo de la falda vaquera.

Él lo veía todo, lo registraba todo, mientras su hija corría hacia uno y otro lado del cuarto de estar del inquilino, como si no supiera lo que le había sucedido, lo cual quizá era así. Como un animal asustado por una tormenta en una noche de verano.

Pero el padre no lograba pronunciar una sola palabra. Estaba allí

con el resto de la lámpara en la mano.

Sobre la mesa vio un sobre. El alquiler.

A eso había subido Ibi. El sobre ya estaba preparado. A eso había subido ella y entonces el sobre se había quedado donde estaba. Inocente e inmaculado.

El dinero hizo que Hofmeester recuperara la razón. El dinero fue como un jarro de agua frío sobre la cabeza. La idea del alquiler lo liberó de la sensación de parálisis absoluta.

Lentamente el cuerpo del inquilino empezó también a revivir. Se movió. Se incorporó. Se puso en pie agarrándose al borde de la mesa. La sangre goteaba de una herida en la parte superior izquierda de su frente.

Volvía a tener el pantalón bajado hasta los tobillos.

Gracias a Dios la sonrisa había desaparecido de su rostro.

Entonces, Hofmeester recordó exactamente dónde estaba. Se dio cuenta de ello. Había subido a buscar a Ibi. Su Ibi. Por eso estaba él aquí. Ibi no había vuelto a casa.

Él estaba escuchando a Elgar mientras leía el periódico vespertino, hasta que se le hizo demasiado largo, hasta que empezó a desconfiar.

Dejó en el suelo la lámpara de pie, al menos lo que quedaba de ella, y se aclaró la garganta.

El inquilino lo miraba confuso, como si no comprendiera lo sucedido, como si aquí nadie comprendiera lo que había pasado exactamente.

Pero Hofmeester recordaba la humillación, el inquilino de pie detrás de Ibi, en actitud triunfante y hambrienta. El triunfo de la bestia, no lo olvidaría pronto. El triunfo del hombre. Al fin y al cabo, eso es el sexo para el hombre, una victoria. La tengo, la poseo, la tomo, la uso.

Y gracias a ese recuerdo, Hofmeester se acordó de lo que quería decir. Lo que debía decir, lo que llevaba tiempo queriendo decir.

—¡Apague la música! —gritó.

Eso recordó de repente, que no iba a hablar, que iba a gritar. Podía berrear más que la música, podía acallar a todo y a todos con sus gritos.

El joven arquitecto retrocedió, y solo entonces, cuando intentó caminar, pareció percatarse de lo precaria que era su situación. Lo desagradable que era encontrarse con el casero teniendo el pantalón y los calzoncillos en los tobillos.

Se subió el pantalón, con gesto apresurado y por ello torpe. En la frente tenía una gran mancha ensangrentada. La sangre todavía no se había coagulado, aún era fresca y goteaba. Pero, por lo visto, la desnudez lo molestaba más, la desnudez era más urgente.

El arquitecto llevaba unos bóxers, vio Hofmeester. Él odiaba los bóxers.

Y vio otra cosa: el hombre no llevaba preservativo.

Hofmeester sentía asco del arquitecto. Le había caído mal desde el principio. Demasiado simpático, demasiado adulador, demasiado sumiso, y a la hora de la verdad, demasiado quisquilloso. Si su hija no hubiese estado allí, ahora él habría puesto las manos alrededor de la garganta del arquitecto y lo habría estrangulado como se estrangula a un gatito. Apretando un poco, manteniendo un poco la presión, concentrando la atención y ya está.

Cuando el arquitecto se hubo adecentado más o menos —seguía teniendo la camisa abierta hasta el ombligo— y estaba fuera del alcance de las manos de Hofmeester, se dirigió al reproductor de CD y lo apagó.

—Por fin —dijo Hofmeester—. ¡Por todos los santos!

Se humedeció los labios con la lengua e hizo un gesto al inquilino, pero este no lo comprendió.

—Ciérrela —dijo Hofmeester—. Su camisa, abróchesela. Se lo veo todo. No quiero ver nada. Ya he visto demasiado.

Ibi estaba junto a la puerta y mecía la parte superior del cuerpo. Lloraba en silencio.

El inquilino se abrochó la camisa hasta el último botón.

Entonces, Hofmeester golpeó con el puño derecho tan fuerte contra la mesa que se hizo daño y el inquilino retrocedió otros dos pasos.

—Paga usted por este apartamento —gritó Hofmeester, pues había recordado que debía gritar, que se había propuesto rugir, como un animal herido—. Paga por los muebles, por el gas y la luz, por las vistas al Vondelpark, por el privilegio de vivir en la mejor zona de la Van Eeghenstraat, en la mejor zona de Ámsterdam y todo eso por un módico precio, incluso diría ridículo, pero no paga por mi hija. ¿Lo ha entendido? No por mi hija.

Se sujetó la cabeza como si tuviera que pensar qué más quería decir, pero ya no había nada más. Esto era lo que quería decir. Lo había dicho. Ahora podía marcharse. Sí, lo había dicho todo. Podía irse. Había acabado con los abusos.

Pero en contra de lo que esperaba, el arquitecto no se quedó callado, desconcertado y arrepentido, sino que dijo con voz ronca:

—Se arrepentirá de esto. Esto tendrá consecuencias.

Se palpó la frente y vio la sangre que se le había quedado pegada a la mano. La miró asombrado, más asombrado que asustado. Debido a la confrontación con la sangre pareció surgir el dolor, pues gemía. No, lloriqueaba. Encima era un niño de mamá. Por supuesto, los hijitos de mamá eran los peores.

Y Hofmeester oyó susurrar a su hija: «Andreas».

Eso lo encolerizó. El susurro de Ibi. Su hija que llamaba «Andreas» al inquilino. Para él, el inquilino no tenía nombre. Un inquilino sin nombre se estaba convirtiendo en familia, ya no podría echarlo nunca más. El inquilino se llamaba inquilino. Nada más.

¿Qué había salido mal? ¿Por qué no habría prestado más atención? ¿Cómo podía haber metido a este hombre en su casa?

—Lo denunciaré —dijo el arquitecto, con un acento más marcado que nunca—. Puede estar seguro. Lo denunciaré, señor Hofmeester. Esto traerá consecuencias.

Seguía mirando la sangre en sus manos. No había tanta. Unas cuantas gotas. Como si se hubiese cortado trabajando en el jardín.

Como en un acto reflejo, Hofmeester volvió a agarrar la lámpara de pie. Pero era más para aguantar algo, para buscar apoyo, que para tener un arma a mano. ¿Qué clase de arma era una lámpara de pie rota?

De niño, Hofmeester había sangrado a menudo y ¿acaso se había preocupado por ello?

—Yo también —se limitó a decir—. Puede estar seguro. Lo denunciaré. Mi hija no está en alquiler. No va incluida en el precio.

Volvía a rugir.

Entonces agarró el sobre de la mesa y se fue hacia Ibi, que había dejado de llorar. Estaba apoyada en la pared, temblando.

¡Qué flaca estaba! Todavía era una niña y eso se veía aún mejor ahora que se había acabado el juego. Nadie podía negarlo.

—Ven conmigo —dijo.

Ella negó con la cabeza.

—Ven conmigo —repitió una vez más.

—Me quedo aquí —gritó ella.

Hofmeester miró a su hija que se cubría los pequeños pechos con las manos. En el sofá vio su blusa, también un regalo de cumpleaños. De su madre y de Tirza. La habían escogido juntas. Él la cogió, se la dio a su hija y dijo:

—Ponte esto, Ibi, y ven conmigo.

Mientras tanto, el arquitecto permanecía junto al reproductor de CD, apretándose el dorso de la mano contra la frente. Seguro que temeroso de morir desangrado.

El hombre estaba demasiado asombrado o avergonzado para ir al cuarto de baño y buscar algo en el botiquín. Con una tirita bastaría.

Ibi se puso la blusa con la cara vuelta hacia la pared. Como en el vestidor de un gimnasio. Apenas se tomó la molestia de abotonarla. No llevaba sujetador. No lo consideraba necesario.

—Estoy casi plana —le había dicho ella una noche—. ¿Por qué

tengo que ponerme un sujetador?

Hofmeester no había dado respuesta a aquella pregunta retórica. Aquella noche, su esposa no estaba en casa. Su esposa salía a menudo. «Eres una perra en celo —le había dicho él en alguna ocasión—. ¿Qué van a pensar tus hijas?»

—Me quedo aquí —repitió Ibi una vez se hubo puesto la blusa y ya no tenía que mirar a la pared—. Me quedo con Andreas.

Se había calmado. Y con la calma vino la determinación.

Andreas. Otra vez ese nombre. Hofmeester tenía la sensación de que lo golpeaban con un atizador. No conocía a ningún Andreas. No quería conocer a ningún Andreas.

Ibi estaba pálida. Todavía tenía algunas lágrimas en las mejillas. Era típico de la pubertad. Gritar, chillar y llorar. No pasaba nada. Otros adolescentes también lo hacían.

Ella miraba al inquilino como seguramente lo había mirado cuando lo vio por primera vez, cuando vino por el alquiler, con una mirada de deseo pero a la vez seria, sincera y no obstante desafiante. Segura, pero sin esperanza. Venía a buscar el sobre, pero tenía otra misión, una que ella misma se había impuesto. Para ella era un juego, un gran juego. Y mira lo que pasaba si no sabías cuando dejar de jugar.

El arquitecto no decía nada más, seguía palpándose la herida y no miraba a la hija ni al padre. Se miraba la mano, miraba la mesa, el suelo. Estaba muy ocupado consigo mismo.

—Te vienes ahora —dijo Hofmeester—, de lo contrario puedes quedarte aquí para siempre.

No esperó una respuesta, como si ya la supiera y la temiera: lo que más temía era la respuesta a su última advertencia. La agarró del brazo, apretó fuerte y la empujó obligándola a salir por la puerta y bajar las escaleras.

En la escalera, empezaron de nuevo los chillidos. El lloriqueo. Los gemidos. Las patadas. Ella intentaba golpear a su padre. Intentaba soltarse de las garras de Hofmeester, pero no lo conseguía y quizá sus intentos fueran poco entusiastas. No tenía elección. ¿Quedarse con Andreas? ¿Cómo iría eso? Era como si en lo más profundo de su corazón supiera que Andreas no quería en absoluto que ella se quedara.

Hofmeester siguió empujándola, pese a que ella intentaba morderlo y patearlo. Esto era una operación de salvamento. Lo esencial era actuar. Una vez que estuvieran abajo, ella podría calmarse.

Entraron en la casa, en el salón y fueron hasta el sofá donde lo esperaba el periódico vespertino. El periódico que él había estado leyendo tan tranquilamente, mientras que, dos pisos más arriba, su

hija era violada. Así había que llamarlo, ¿no? Así lo llamaba él en todo caso.

Ella se dejó caer en el sofá. Se encogió como un erizo.

No había dejado de lloriquear. Siguió emitiendo largos sollozos que no parecían acabar nunca.

Hofmeester tenía en la mano el sobre con el dinero que ahora no podía contar. Ni una vez ni dos. Se había roto la tradición. Todo era distinto. Por un momento, él se quedó sin esperanza de alcanzar la independencia económica y sin sueños que acompañaran esa esperanza. Lo único que había era su hija. Hecha un ovillo en el sofá. Hecha un desastre. Toda sollozos y gemidos.

—Cálmate —le dijo él—. Ibi, cálmate. Tranquila. Ya estás en casa.

Todo está bien. Estás a salvo.

Él se paseaba de un lado a otro delante del sofá, no podía dejar de dar vueltas. Algo se le había escapado, algo había salido mal, algo que él no había previsto. Había cometido un error, pese a que odiaba los errores.

—Ibi —dijo—. Cariño. No pasa nada.

Ella dejó de sollozar. Lo miraba como él había mirado al inquilino. Por algo eran familia. Él reconocía esa mirada.

—Cretino —le dijo.

Él se tapó la boca con la mano como si tuviera que estornudar, pero el estornudo no vino. Se tiró del labio inferior. Sentía vagamente un incipiente dolor de cabeza.

Nunca lo había llamado cretino. Era una palabra sobre la que él debía reflexionar, una palabra con la que no sabía qué hacer. Nunca lo había pateado. Cretino era peor que patear. Por eso él lo ignoró. Fingió que no había oído nada. No quería oírlo, no sabía cómo debía reaccionar. Seguro que había más hijas que llamaban cretino a sus padres. Él nunca había llamado cretino al suyo. Era impensable.

Hofmeester solo dijo:

—Ibi, cálmate. Ahora estás a salvo. Estás en casa.

Como única respuesta a su exhortación a la calma, ella se levantó y corrió hacia la puerta. Hofmeester se le adelantó. Estaba viejo, cuando subía las escaleras le faltaba el aliento, pero esto era para él una cuestión de supervivencia y cuando uno está enfrascado en su supervivencia, se olvida de la falta de aliento. Le bloqueó la puerta.

—¿Adónde quieres ir? —le preguntó.

—Arriba —gritó ella.

—¿A tu cuarto?

—Arriba —repitió ella—. A verlo a él. A Andreas.

—¿Por qué?

—Quiero ir arriba —volvió a repetir ya más tranquila—. Porque sí.

Por eso. No es asunto tuyo. Ya no soy una niña. Puedo ir adonde quiera. Tú a mí no me das órdenes.

—Ese no es un motivo. No se te ha perdido nada allí. Tú vives aquí. Conmigo, con tus padres, con tu hermana. Aquí tienes todo lo que necesitas.

—Tú a mí no me das órdenes —chilló ella—. Deja de darme órdenes, solo porque no tienes a nadie más a quien dárselas.

Eso fue un golpe. El dolor llegó antes de que pudiera comprender realmente lo que ella quería decir con aquellas palabras. Es cierto que la verdad siempre dolía, pero cada vez más, cada año un poco más.

—Yo no te doy órdenes, te digo amablemente que no puedes ir arriba.

—Me he dejado las braguitas —chilló ella—. Por eso quiero ir arriba.

—¿Qué te has dejado?

—Las braguitas, imbécil. Las braguitas. Las braguitas. ¿Lo comprendes ahora?

Gritaba como hacía mucho que él no la oía gritar, tal vez como nunca la había oído gritar.

Y algo volvió a enfurecer a Hofmeester. La manera en que ella lo dijo, la forma en que lo miraba, la palabra «braguita», una palabra horrible. «Bragas» ya era feo, pero «braguitas» era peor. Era una palabra escurridiza, que le hacía sentirse incómodo, casi loco. En su propia casa, delante de su propia hija. Volvió a sentirse furioso, igual que antes, en la casa del inquilino. La furia lo desgarraba y destrozaba y eso lo enfurecía aún más. La palabra «braguitas», el hecho de que los sollozos de su hija mayor hubiesen acabado de forma tan simple y repentina. El incipiente dolor de cabeza.

Por eso hizo algo que nunca antes había hecho, no con sus hijas.

Le dio un bofetón. Uno fuerte, pues no sabía abofetear con suavidad. Cuando golpeaba, lo hacía con fuerza.

Ella se quedó parada.

No chilló. No lloró. Se lo quedó mirando. Sin habla.

Los dos se quedaron callados. Era como si él acabara de contar el alquiler y ella esperara a que él le diera algo. Su parte.

Parecía el momento en que ambos volvían a ser padre e hija. El momento lleno de significado, el ritual. Pero él no le dio nada, ya se lo había dado.

En los ojos de Ibi no vio gratitud, ni alegría, ningún guiño de complicidad sobre la operación secreta que desempeñaban juntos cada mes, solo desprecio. Un desprecio absoluto.

Entonces oyó pisadas en la escalera. Se volvió y vio a su esposa bajar apresuradamente seguida de Tirza. La pequeña Tirza.

Entretanto habían vuelto a casa. Entretanto. ¿Cuánto tiempo había estado él arriba? ¿Cuánto tiempo había durado todo? No tenía ni idea. Algunos minutos, no más.

—¿Qué está pasando? —le preguntó la esposa—. ¿Qué es todo este desmadre? Y ¿dónde vas con esa pinta?

¿Qué pinta tenía él? Se metió la camisa en el pantalón, se secó el sudor de la frente. Creía que tenía la pinta de siempre.

Hofmeester miró a Tirza. Tenía una piruleta roja en la boca. Siempre que había estado con su amiga Emilie, tenía una piruleta en la boca. A Hofmeester le daban asco las piruletas. Eran malas. Malas para los dientes, malas para el estómago, malas para los niños.

—¿Qué está pasando aquí, Jörgen? —preguntó su esposa una vez más.

—La lámpara de pie está destrozada —dijo él por fin, después de mirar varias veces a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que estaba en su casa.

—¿Qué lámpara de pie?

—La del inquilino. La que compraste para nosotros.

—¿Es ese el problema?

Él suspiró. Se pasó el sobre de una mano a la otra.

—¿El problema? —intentaba recordar cuál era el problema y cómo podía formularlo mejor, en pocas palabras—. No, ese no es el problema.

Entonces, la esposa miró a su hija.

—Ibi —dijo—, ¿qué está pasando aquí? ¿Cuál es el problema?

Ibi permaneció en silencio. Miraba fijamente a su padre. Desdén, compasión y rabia, eso es lo que él veía. Su primogénita lo despreciaba. Entonces se volvió de nuevo hacia su esposa.

—El problema —dijo Hofmeester en voz baja— es el inquilino. El inquilino tiene que irse. Nos destroza.

Ibi dio un paso al frente. No hacia su madre, sino hacia su padre.

—No —dijo—, Andreas no es el problema. Tú eres el problema, papá. Y lo eres desde hace mucho tiempo.

Él alzó la mano instintivamente.

Él no golpeaba a sus hijas. Golpeaba, sí, pero no a sus hijas. Solo justo antes. Unos minutos antes. Pero aquello había sido una excepción. Un desliz.

Bajó la mano. Esta vez se dominó, lo tenía todo de nuevo bajo control. Tenía que controlarse y el resto llegaría por sí solo. La tramitación de los asuntos pendientes, el riego del jardín durante las épocas secas, la tala de los árboles, el cobro del alquiler, la vida misma. Todo empezaba por controlarse a uno mismo.

—Hazlo —le dijo Ibi—. De todas formas no podrás matar a golpes

mi amor por Andreas.

Otra vez aquel nombre, ese horrible y maldito nombre.

Buscó los ojos de su esposa, pero no detectó una mirada de complicidad. Ninguna señal de comprensión.

Amor por Andreas. En otro momento se hubiese echado a reír, se habría reído a carcajadas, y también algo preocupado. ¿Qué sabía su hija del amor? «Cuidado con esas grandes palabras», hubiese querido decirle.

—¿Puede decirme alguien qué está pasando aquí? —preguntó la esposa.

Sonaba irritada. Como si él fuera un extraño para ella, un joven que hubiese atacado a su hija en la calle, y ahora ella quisiera averiguar lo que había sucedido exactamente antes de emitir un juicio.

Él se fue a la cocina sin darle una respuesta, se metió el sobre en el bolsillo del pantalón y se lavó las manos. Primero una vez, luego otra y a continuación se lavó la cara, con la esperanza de que eso le quitara el dolor de cabeza latente. Se secó con un paño de cocina, porque no encontró ninguna toalla.

Cuando volvió a entrar en la habitación, su esposa y sus hijas estaban sentadas en el sofá, las tres juntas, y lo miraban. No decían nada. El único sonido que se oía era el de Tirza chupando su piruleta. Era atronador.

El periódico había caído al suelo. Él lo plegó y lo dejó en la mesita de centro.

¿Por qué no decían nada? ¿Qué querían de él? ¿Qué tendría que haber hecho él? ¿Nada? ¿Mirar e irse sin ser visto?

Se abrió un botón de la camisa, como si lo que le cortara la respiración fuera la ropa demasiado apretada.

—Tirza —dijo— tira esa piruleta. Las piruletas son malas para los dientes.

No hubo respuesta. La madre no lo apoyó. La madre se limitó a decir:

—Deja en paz a la niña. Por esta noche ya has causado bastantes estragos.

La dificultad para respirar había disminuido. En lugar de ello sentía incomodidad en todo el cuerpo. Tal vez tuviera que ir al fisioterapeuta. O jugar más al tenis. Dolor, eso era, le dolía el cuerpo.

—¿Estragos? —preguntó Hofmeester—. ¿Estragos? ¿De qué estás hablando? ¿Estragos? ¿Sabes lo que estaba pasando allá arriba? Pero ¿tú sabes lo que sucede en tu propia casa?

—Fue idea tuya alquilar ese piso —le dijo su esposa suavemente—. Por mí no hacía falta.

Hofmeester sintió como si los músculos de su boca estuvieran

paralizados. Como si lo hubiese anestesiado un dentista y todavía no pudiera hablar bien.

—¿Que no hacía falta? Pero ¿cómo podríamos haber vivido aquí si no? Que no hacía falta. Por ustedes —gritó— lo hice por ustedes. Por su futuro. Y Tirza, sácate esa piruleta de la boca.

Miró a su esposa y a sus hijas, pero ellas parecían no comprenderlo.

—Que no hacía falta —masculló—. Que no hacía falta.

Solo podía sacudir la cabeza ante tanta incomprensión.

—Jörgen —dijo su esposa—, Ibi es mayor. Ibi es una mujer. No puedes tratar así a sus novios.

—Pero ese no es su novio —gritó Hofmeester—. Es el inquilino. ¿Es que no lo comprenden? ¿No entienden nada? Y aún no es una mujer. No es adulta. Es una niña, una niña. Es culpa mía. No tendría que haberla enviado nunca arriba en busca del alquiler.

Miró a su familia, buscando algo de comprensión, pero no vio nada que se le pareciera. Él hablaba otro idioma. Él venía de otro país. Él era una persona diferente al resto de su familia, un cuerpo extraño en esta familia. Un resto, un sobrante, pero ¿de qué? De la fecundación. Del hecho de que hubiera fecundado por dos veces a su mujer. De eso era él un resto. Un resto superfluo, como el cordón umbilical. Pero una cosa puso fin a esa superfluidad: el dinero.

—Lo tuyo no es normal —dijo Ibi—. ¿Crees que soy la única de mi clase con un novio mayor?

Él miró a su esposa, pero ella parecía considerar aquello normal. Confesiones cotidianas sin importancia. Ella parecía considerar normal todo lo que le sorprendía a él. Parecía comprender y no consideraba un problema todo lo que él desaprobaba. Él era anticuado, un estorbo. En efecto, era un resto superfluo de otros tiempos.

—Pero ese no es tu novio —dijo Hofmeester oyendo la desesperación en su voz—. Es el inquilino. No puede ser tu novio, porque es el inquilino.

—Papá —dijo Tirza.

Él la miró. Era pequeña para su edad. Estaba entre los más bajitos de la clase, pero el pediatra les había dicho que aún tenía que dar un estirón. Que no había motivos para preocuparse.

—Papá —dijo otra vez Tirza.

—Sí —dijo él, comprendiendo que se hallaba ante su familia como ante un tribunal—. Tira ya la piruleta. Ni siquiera te gusta. No es más que basura química. Hay otros dulces que te gustan de verdad.

—Yo también tengo un novio. Va a la clase de la señorita Stine.

Hofmeester se pasó la mano por la frente. Tenía sudor en las manos, en la nuca, por todas partes. Tal vez eso estuviera relacionado

con la falta de aire y con esa sensación rara en el pecho, los brazos y las piernas. El propio cuerpo se había convertido en una molestia. Un instrumento que ya no funcionaba bien y que él debería desechar, si no fuera porque no tenía otro que lo sustituyera. Lo que se había iniciado hoy en la escalera era la vejez.

—Eso está muy bien —dijo él—. Esta noche en la cena tienes que contármelo todo sobre la señorita Stine.

—No sobre la señorita Stine. Sobre mi novio.

—Sí, quería decir eso, cariño, a eso me refería. Sobre tu novio.

Entonces se hizo un silencio y la mente de Hofmeester se distrajo y él creyó que todo se había solucionado. Que aquella noche hablarían de la señorita Stine y del novio. Como todas las noches se sentarían a la mesa. Tal vez un poco callados. Ibi estaba a menudo de mal humor, pero eso era cosa de la pubertad. Se sentarían a la mesa, él también. Esta era su familia, estos eran los miembros de su familia. Él era uno más, eso lo comprendería más tarde en la mesa, cuando Tirza volviera a hablar de la señorita Stine y de su novio.

Justo cuando casi se había convencido de que todo era normal y de que todo iba como siempre, oyó preguntar a su esposa:

—¿Qué vas a hacer para arreglar esto?

Hofmeester enderezó la espalda. Cuando reflexionaba o se sumergía en sus ensoñaciones, a menudo adoptaba una postura ligeramente encorvada.

—¿Arreglar? ¿De qué estás hablando?

Y Tirza dijo con su voz aguda y dulce:

—Sí papá, ¿qué vas a hacer para arreglar esto?

Él se tiró del labio inferior. Tenía la idea de que no podía ir a ninguna parte, y eso que estaba en su propia casa.

—Pero Tirza —dijo como si fuera la única que le había formulado esa pregunta—, no tengo que compensar nada. El inquilino es quien tiene que arreglar algo, puesto que él es un obsceno. Es un arquitecto obsceno. Es un inquilino obsceno. Es tan obsceno que no puede arreglarlo. Lo voy a echar de la casa.

—En tal caso, yo también me iré —exclamó Ibi—. Me iré ahora mismo. Voy a recoger mis cosas. Esta misma noche me habré largado.

Se levantó y se fue a la mesa de los regalos.

—¿Es que no ves lo que haces? —le preguntó la esposa, y ahora ya no hablaba de forma tan tranquila y sosegada—. ¿Es que no ves lo que haces? ¿Entiendes algo de tu hija?

—Entiendo muchísimo de mi hija —dijo él—. Entiendo que la han agredido. No, que la han violado, y que está confusa. Que debemos ir a ver a un médico. A la policía. Eso entiendo. Que podría estar embarazada.

—No —gritó Ibi—. Haz que pare. Haz que pare.

Cogió el reloj que le había regalado. Lo mantuvo en la mano.

—¿Parar qué? ¿Qué tengo que parar, Ibi? ¿Vas a decirme lo que tengo que hacer en mi propia casa? ¿Vas a decirme lo que puedo hacer y lo que no?

—No estoy embarazada —gritó Ibi—. Tomo la píldora, cretino—. Lanzó el reloj al suelo y lo pisoteó con el pie derecho como si quisiera matar a una gran araña. Siguió aplastándolo hasta que la bestia estuvo muerta—. Y esto tampoco lo quiero —gritó—. No quiero nada de ti. No quiero nunca más nada de ti.

Hofmeester se secó la nariz, a pesar de que no había nada que secar allí. Estaba demasiado viejo, había empezado demasiado tarde a tener hijos, y en realidad en contra de su voluntad. Pero cuando era joven, los poetas expresionistas eran los que hacían las veces de hijos y mascotas en su vida.

—¿Por qué no sé nada? —preguntó él en voz baja—. ¿Por qué nadie me cuenta nada? ¿Por qué soy siempre el último en enterarme?

—Porque nunca preguntas nada —le dijo la esposa—. No preguntas nada. De hecho me pregunto si existes realmente. Si vives aquí con nosotras.

Así que es eso, pensó él, no pregunto nunca nada. Pero ¿cómo se preguntan determinadas cosas? ¿Y cuándo? ¿En los postres? ¿O los domingos por la tarde, cuando llueve?

—Que seas precisamente tú la que dice eso —replicó él al principio con calma—, tú que sales de casa casi todas las noches como una perra en celo. Yo me encargo de todo, y lo hago con gusto, voy a las reuniones de padres, me quedo en casa con las niñas, pero tú no estás, tú no hace falta que estés, puesto que eres una artista. Sí, queridas niñas, su madre es artista. Nadie quiere comprar sus obras, y entre nosotros: son espantosas, pero eso a ella no le importa, ella sigue pintando sin inmutarse —alzó la voz—. Y luego me reprocha que yo no sepa que mi hija mayor toma la píldora. ¿Cómo debería saberlo? ¿Tengo que registrar el cuarto de baño cada cuatro semanas y mirar detrás del botiquín para ver si encuentro la píldora de mi hija? ¿O tengo que preguntar cada noche, durante la cena: «¿Quién de ustedes toma la píldora, queridas niñas? Levanten la mano. ¿Quién de ustedes tiene una enfermedad venérea, queridas niñas? Levanten la mano. ¿A quién de ustedes le han dado por el culo hoy en el patio de la escuela, queridas niñas? Levanten la mano». ¿Es eso lo que significa ser padre según ustedes? En tal caso empezaré hoy mismo. Lo que pasaba es que no sabía que fuera así. No tenía ni idea de lo que se esperaba de mí. Ni puta idea.

Ibi se levantó. La esposa se levantó y recogió los restos del reloj,

los miró como si quisiera averiguar si tenía arreglo. Y Tirza miraba con sus grandes ojos marrones. Con curiosidad. Pero también con tensión. Miraba a ver si lo comprendía todo.

Nadie respondió a su diatriba. Lo observaban como si fuera un extraterrestre. Sin miedo, más bien con una mezcla de curiosidad y asombro, pero con la distancia inevitable de cuando una persona se topa con un extraterrestre.

—Soy discreto —dijo Hofmeester finalmente—, por ello no hago determinadas preguntas. Por amabilidad.

La esposa se le acercó.

—Jörgen —dijo—, no se trata de eso. Que seas o no discreto. Así no vamos a solucionar esto. No se trata de eso. Y no solo te atañe a ti. Me atañe a mí. Y a Ibi. Y también a Tirza.

Él la apartó en un intento de abandonar la sala de estar. Pero ella no se rindió tan fácilmente. Se colocó en el vano de la puerta.

—Jörgen —le dijo—, reflexiona, cálmate. De lo contrario harás cosas de las que te arrepentirás.

Él la apretó contra la pared, y mientras lo hacía temblaba como había temblado Ibi poco antes. Arriba, en la vivienda del inquilino. Una niña. Entonces era una niña temblorosa. Solo su cara era adulta, nada más.

Ibi tenía prisa. Él lo comprendía. Tenía prisa con todo. Sus hijas tenían prisa, como si sintieran que la vida se les escaparía antes de empezar. Pero la prisa no era una excusa.

—¿Me vas a golpear también a mí con una lámpara de pie? —preguntó la esposa—. ¿Es eso lo que vas a hacer?

Él la soltó y se fue a la cocina.

Volvió a lavarse las manos, pues había olvidado que acababa de hacerlo. Debajo del fregadero, en el armario donde guardaban los cepillos de dientes y el jabón, también había bolsas de plástico vacías. Cogió una bolsa de plástico, en el pasillo se detuvo delante del espejo y se adecentó un poco el pelo. Después salió de la casa. Había oído a su esposa y a las niñas en el salón, hablando en voz baja sobre él, pero no les prestó atención. Ya cambiarían de opinión, finalmente lo comprenderían todo. En algún momento. Más tarde. Comprenderían que él lo hacía por su bien.

Primero caminó hacia el Vondelpark, pero después de cruzar la calle, se quedó parado y regresó. La bolsa de plástico vacía revoloteaba en su mano.

Muchas cosas se le antojaban incomprensibles, la gente, su propia familia, las ideas de las personas, todo incomprensible y desconocido. No lograba captarlo. No comprendía las ideas ni a las propias personas.

Se detuvo delante de la puerta del inquilino. Se quedó parado allí como nunca antes. Se pasó un pañuelo por la cara.

Después llamó al timbre.

Esperó.

En esta ocasión la puerta se abrió.

Por segunda vez aquella noche subió por la escalera y volvió a experimentar la sensación de que sus pulmones no aspiraban suficiente aire. Uno aprende a vivir con dificultades respiratorias y otros achaques. Pasado un tiempo, uno se acostumbra, evita determinadas actividades. Así iría bien. Notó más que nunca lo mucho que le costaba respirar después de subir unas cuantas escaleras.

Por fin llegó arriba. Sudaba como si estuviera en el trópico.

El inquilino estaba sentado en su mesa. Hofmeester lo miró desde el pasillo. Como si acabara de entrar en un *peep show*. No para mirar a una mujer desnuda, sino a un inquilino normal y corriente.

Aquel hombre todavía no se había puesto ninguna venda o tirita sobre la frente. La sangre se había coagulado. En cambio, había recogido los fragmentos de cristal de la lámpara de pie. Estaba sentado sin más. Sin hacer nada. Con la puerta abierta.

Cuando Hofmeester entró en la habitación, el hombre no se movió. Observó brevemente a su casero y después volvió a mirar la mesa, donde había papeles, una revista de arquitectura, algunos lápices.

Hofmeester buscó en sus bolsillos, por un instante entró en pánico porque pensó que lo había perdido, pero encontró el sobre en su bolsillo trasero. Lo dejó sobre la mesa. Se pasó la mano por la cara y por el cuello. Tenía la sensación de que iba a estornudar.

Se quedó esperando como si solo quisiera ver si el inquilino cogería el dinero, pero el sobre siguió sobre la mesa.

Él esperó y esperó, hasta que por fin se acordó de por qué había venido. Lo recordó todo. Hofmeester dijo:

—Vengo a devolverle el alquiler.

No hubo respuesta. El arquitecto miró un instante a Hofmeester, después volvió a dirigir la mirada a la mesa.

—Vengo a devolverle el alquiler —dijo Hofmeester de nuevo— puesto que ya no es bienvenido aquí. Tiene cinco días. Le doy cinco días para marcharse.

El arquitecto le lanzó una mirada inexpresiva, totalmente neutra, como si Hofmeester hubiese dicho: «Hace buen tiempo, pero dentro de cinco días habrá tormenta».

Cuando Hofmeester ya no esperaba que fuera a decir nada, el arquitecto dijo:

—No sé lo que le habrá contado su hija, supongo que la verdad, señor Hofmeester, pero no es lo que usted piensa, no lo que parece

pensar. Lo que ha sucedido entre su hija y yo era correspondido.

Hofmeester posó su mano caliente sobre la mesa, en la otra seguía sujetando la bolsa de plástico vacía, se inclinó hacia el hombre, recordó el sueño del gato en el lavabo. Aquel hombre le daba náuseas. Le daba más asco que todos los anteriores inquilinos juntos.

—Correspondido —dijo cuando se hubo librado del viejo sueño—, ¿cómo puede ser algo correspondido entre un hombre de su edad y una niña de quince, de apenas quince que viene aquí a buscar el alquiler? ¿De verdad sabe lo que está diciendo? ¿Cómo puede ser correspondido? ¿Qué edad tiene usted? No tiene ni idea de lo que significa correspondido. Entre usted y yo, podría ser correspondido. Entre usted y yo. Correspondido. Una niña de quince. ¿Es que no tiene sentido de la responsabilidad? ¿Es usted una bestia? ¿Es eso lo que intenta decirme, que es usted una bestia disfrazada de arquitecto, que encima de mi familia vive una bestia? ¿Qué he alquilado el mejor lugar de Ámsterdam a una bestia?

Hofmeester casi lloraba. No era tristeza, era impotencia. Quería decir más cosas, pero comprendió que era un esfuerzo inútil. Se puso la mano izquierda en la nuca. Una nuca mojada. Parecía que tuviera fiebre.

—Su hija —dijo el inquilino con expresión extasiada, casi como si pensara en los ángeles, en alguien que lo levantaba y lo sacaba del barro— es una chica inteligente y precoz. No es una niña.

La palabra «precoz» golpeó a Hofmeester como una bofetada.

—¿Precoz? —preguntó—. ¿Qué quiere decir con precoz?

—Que ha madurado pronto.

Hofmeester empezó a sacudir la cabeza. Primero lentamente, y después más rápido.

—Es usted un degenerado —dijo—. Eso es. Es lo único que se me ocurre. Un degenerado con pretextos. Comprenderá que tengo que descontarle el precio de la lámpara de la fianza. Es lo justo. No era una lámpara barata.

Jadeaba de la tensión, del dolor en el pecho, de la excitación sobre el lenguaje de aquel hombre.

Entonces el rostro del arquitecto cambió por fin de expresión. El dinero lo había despertado, el dinero siempre despierta a los inquilinos. El casero vio cólera en el rostro del arquitecto.

—No es en absoluto justo, señor Hofmeester.

Quiso levantarse, pero Hofmeester dijo:

—Quédese sentado. Si no quiere que ocurra alguna desgracia, quédese sentado. No respondo de mí. ¿Sabe lo que es eso? ¿Esa sensación de que no respondes de ti, de que no te tienes bajo control? ¿Qué otra persona controla tu cuerpo?

Le enseñó sus manos grandes y calientes. Se las mostró al inquilino como si bastara con verlas. Las manos con las que trabajaba en el jardín, su propio jardín y el jardín que había sido de sus padres.

Tal vez fuera por la herida en su frente o por la manera en que había hablado Hofmeester, pero el inquilino no se levantó. Siguió sentado donde estaba.

Hofmeester se paseaba por la habitación, con la mirada dirigida al suelo. Desplazó una silla, miró debajo de la mesa. Por fin, en un rincón, junto al sofá, encontró lo que buscaba. Unas braguitas negras. Las cogió y las metió en la bolsa de plástico.

Se quedó inmóvil durante un instante.

Miraba al hombre que ahora ya no se parecía en absoluto a la figura que había estado follando a su hija como una bestia. El arquitecto tenía el aspecto de un colegial al que han pillado copiando. Parecía más joven que antes. En realidad era más un joven que un hombre. Entonces Hofmeester dijo:

—Volveré dentro de seis días, y entonces sus trastos ya no estarán aquí ni usted tampoco. Y nos dejará a mí y a mi familia en paz para siempre. Mi hija no va incluida en el alquiler. Recuérdelo. Las niñas no van incluidas en el alquiler.

—Señor Hofmeester —dijo el arquitecto sin apartar la mirada del tablero de la mesa—. No entiende nada. No quiere entenderlo. Esto no tiene nada que ver con el alquiler, tiene que ver con el amor.

Hofmeester apretó con más fuerza la bolsa de plástico con las braguitas, como si temiera que se la quitara. El arquitecto la miró. Había levantado la cabeza.

Era una bolsa transparente. Se podía ver lo que había dentro.

—Lo que ha hecho usted con mi hija no es amor —dijo el padre—. Eso es un delito. Es lo único que es. Es lo único que puede decirse al respecto. El amor nunca es delito.

Estaba a punto de dar media vuelta, cuando el arquitecto se levantó. No se acercó a Hofmeester, sino que se quedó donde estaba.

El arquitecto era un hombre alto. Alto y delgado. No era poco agraciado, pero tampoco apuesto. En la calle llamaría la atención, como mucho, por su altura.

—¿Cree que soy el primero? —le preguntó el arquitecto—. ¿Cree eso? ¿Es eso lo que le molesta? Entonces voy a abrirle los ojos. Yo era quizá el cuarto o el quinto. Ni siquiera me atreví a preguntarle cuántos había habido antes que yo. Yo no he tenido que enseñarle nada. Más bien al contrario.

Esbozó una sonrisa que se convirtió en una risita cada vez más fuerte. El recuerdo de la hija mayor de Hofmeester hacía reír al arquitecto.

Allí estaba Hofmeester con la bolsa de plástico en la mano izquierda, miraba al hombre alto, a la ridícula herida en su frente. La arrogancia que irradiaba aquel hombre, que irradian tantas personas hoy en día, el aplomo, la ausencia de derrotas sufridas, la naturalidad con la que reclamaban todo tipo de cosas, la idea de que todo podía comprarse o alquilarse, incluso su hija, él odiaba todo eso. Cuando aún iba a la escuela, una monja le había enseñado que la humanidad era una cuestión de insignificancia. Cuanto mejor comprendas tu insignificancia, más humano serás. Sin embargo, las personas ya no conocían su propia insignificancia, la habían olvidado por completo. Se habían rebelado contra ella, pero lo pagarían caro. Sin insignificancia nada era posible.

—No se trata de si usted era el primero —dijo Hofmeester— o el octavo. Usted era el más viejo. De eso se trata.

La bolsa de plástico crujía en su mano.

—Ella tomó la iniciativa —dijo el arquitecto—. Incluso le dije: «¿Es sensato? No tengo nada que ofrecerte». Pero ella no quiso saber nada de eso. Hoy en día se inician temprano, señor Hofmeester. Cada vez más temprano. Todo empieza antes y acaba más tarde. Su hija no es suya. Eso es lo que cree usted. Eso es lo que espera. Pero no es cierto. Un día se dará cuenta. Ella buscaba a alguien que la escuchara. Buscaba alguien a quien poder contárselo todo. Al parecer, en su casa estaban muy ocupados con otros asuntos. Bueno, así es la vida. Una cosa llevó a la otra. Buscaba, lamento tener que decírselo en plena cara, buscaba afecto.

El hombre volvió a sentarse. Como si hubiese dicho lo que tenía que decir. Como si participara en un congreso y se hubiese levantado un momento para corregir al orador en algunos puntos, de forma amable, pero decidida.

Hofmeester respiró profundamente. Respirar hondo era siempre un buen método para calmarse. Pero cuanto más respiraba, más notaba el dolor en el pecho.

—¿Cuánto tiempo hace que empezó? —preguntó finalmente después de conseguir un poco de aire.

—Unas cuantas semanas, como mucho algunos meses. Dios, no he llevado la cuenta, tengo otras cosas en la cabeza que su hija, señor Hofmeester.

Hofmeester bufó como un animal herido y después asintió. Ya no le quedaba nada por preguntar. Lo sabía todo. El arquitecto tenía otras cosas en qué pensar.

Él se quedó un poco más, en realidad por formalidad. Quería ver a aquel hombre coger el dinero. Quería estar presente cuando el inquilino se metiera en el bolsillo el dinero que él ya no aceptaba.

Y puesto que no sucedía nada, dijo:

—Coja el dinero.

El inquilino miró un instante el sobre, entonces se lo acercó y se lo metió en el bolsillo con una ligera sonrisa.

De ese modo concluía el suceso. Se había acabado. Hofmeester había hecho lo que tenía que hacer.

—Lo siento por usted —dijo el arquitecto.

—¿Qué quiere decir?

Hofmeester ya estaba yéndose, pero dio media vuelta.

—¿Qué quiere decir? —preguntó una vez más.

—Me da usted lástima. Querría abrazarlo. Porque lo comprendo muy bien. Querría abrazarlo y decirle que no pasa nada, que Ibi saldrá adelante. Es joven, guapa, inteligente, sexi, siento tener que utilizar esa palabra, pero eso también es importante para una mujer en estos tiempos, más que otra cosa. Y ella lo sabe, lo sabe muy bien. También es astuta. Seguro que se las arreglará. Usted mismo tiene que haberse dado cuenta de lo sexi que es, y de cómo juega con eso para volvernos locos, ¿no?

Hofmeester escuchó la lista de cualidades de su primogénita. Y rio para sus adentros, porque tenía el fuerte presentimiento de que se estaba volviendo loco.

—¿Que le doy lástima? —inquirió Hofmeester, cuando el otro dejó de enumerar—. ¿Yo le doy lástima?

—No soy el único en pensarlo. Otros me han dado la idea. Gracias a otros, empecé a verlo de forma distinta. No solo como un casero insoportable, sino como una persona, una persona con debilidades, con una historia, alguien a quien se puede comprender. Y acabas diciéndote: Oh, por eso se comporta de esta manera. Ahora lo entiendo. Y entonces lo aceptas.

La bolsa con las braguitas de Ibi parecía cada vez más pesada. Como si contuviera hierro o un kilo de bistecs. Hofmeester volvió a dar un paso más, alejándose de la puerta, un paso en dirección a la mesa. No lograba olvidarse de la palabra «sexi». Nunca había mirado de ese modo a sus hijas.

—¿Qué quiere decir? —preguntó—. ¿Usted no es el único?

—Tal como se lo he dicho.

—¿Y qué dice?

—Que otros también sienten lástima por usted.

—¿Quiénes? ¿Quiénes son esos otros? ¿Conozco a esa gente?

—Su hija por ejemplo. Ibi. A ella también le da usted lástima. No solo le da usted vergüenza, sino también lástima. Ella misma me lo ha dicho, le aseguro que no venía aquí solo por el sexo. También quería hablar.

Si hubiese habido otra lámpara de pie, Hofmeester habría vuelto a golpear con ella la cabeza del arquitecto. Con fuerza y durante mucho tiempo.

Pero ya no quedaban lámparas de pie. Y él sabía lo que hacía. Se controlaba.

—Uno intenta protegerlas bien que mal —dijo Hofmeester, sin saber con quién hablaba—, pues no puede protegerlas de verdad, pero lo intenta, hasta que un día se topan con alguien como usted. Por lo visto, así es la vida. Y entonces uno retrocede en el tiempo y se pregunta: ¿qué he hecho mal, qué he pasado por alto, qué he hecho que no debería haber hecho? ¿Nunca se le pasó por la cabeza la idea de que era una criatura? ¿Nunca ha pensado: es una niña? ¿La niña de mi casero?

El arquitecto negó con la cabeza.

—Pero no es una criatura —dijo—, hace mucho que dejó de serlo. Es menos criatura que nosotros dos juntos. ¿Sabe lo que me dijo? «El sexo con chicos de mi edad es de lo más patoso. Y el sexo patoso no es sexo». Yo tampoco daba crédito. El sexo patoso no es sexo. Bueno, yo no le parecía patoso.

El arquitecto soltó una risita.

Hofmeester miraba al hombre como se mira en la casa embrujada a un muñeco que resulta ser de verdad, no una figura de cera puesta allí para asustar a la gente, no, sino un cadáver que resulta ser auténtico. Algo que vivió y que ahora lleva un tiempo sin existir.

—Su hija está ahorrando —dijo el arquitecto— y de vez en cuando la he ayudado un poco. Porque tiene un gran sueño. Bueno, no sé si es un gran sueño, pero creo que es uno de sus sueños. Uno por el que está dispuesta a darlo todo, como les sucede a las personas de su edad.

—¿Ahorrando para qué?

Hofmeester formuló la pregunta maquinalmente, sin reflexionar. Seguía teniendo su cuerpo bajo control, pero no su voz.

—Para un aumento de pecho. Dice: «Estoy plana». Y es cierto. De arriba es como un chico. Ya ha abandonado la esperanza de que la naturaleza haga su labor, pero, como ya le he dicho, está ahorrando. De vez en cuando, yo contribuía. Con un billetito de cincuenta, de cien. Puede reírse si quiere, pero para ella sus tetas son una cuestión de vida o muerte. Le aseguro que es una chica especial, una joven audaz que sabe lo que quiere. Puede estar orgulloso de ella. Y sé que lo está, tanto como yo. Ambos estamos orgullosos de ella.

Hofmeester salió de la habitación sin decir nada, bajó la escalera, entró en su casa y se fue derecho a la cocina. Él era, ¿qué era él? Ya no recordaba lo que era. O sí, lo sabía, dolor, eso era. Puro dolor, hecho de huesos, carne y algo de sesos.

Se encontró a Tirza de pie sobre un taburete, abriendo los armarios de la cocina.

—¿Qué buscas? —le preguntó él.

—Algo de comer.

—Cenaremos enseguida.

Dejó la bolsa de plástico en la encimera, sacó las braguitas y metió la bolsa debajo del fregadero donde se guardaban todas las bolsas vacías.

—¿Por qué estás enfadado, papá? —le preguntó Tirza, bajándose del taburete.

—No estoy enfadado.

—Entonces, ¿por qué le pegaste a Ibi?

—No le pegué a Ibi.

Buscaba palabras, pero la única que reaparecía, que no lograba olvidar era la palabra «lástima». ¿Pueden las hijas sentir lástima de su padre? ¿Las niñas de quince recién cumplidos? ¿Y por qué? No había ningún motivo para sentir lástima por él. Él vivía con su familia en la parte buena de la Van Eeghenstraat, tenía un empleo respetable como redactor de una editorial literaria, dos hijas preciosas, una ya cursaba el bachillerato clásico, la otra seguiría su ejemplo, tenía una mujer y una asistenta, y gracias a su ingeniosa gestión financiera tenía recursos para él y su familia. No era un hombre que pudiera dar lástima. De acuerdo, su hija mayor ahorraba para hacerse un aumento de pecho. En la pubertad la gente hacía las cosas más descabelladas. Seguramente había diez mil chicas de quince que ahorraban para un aumento de pecho. Era lo normal. Nada de lo que preocuparse. Quizá fuera un padre viejo, pero no era un hombre que diera lástima.

—La calmé —dijo pensativo y voz baja.

—Ella dice que le pegaste.

Él volvió aponerse la mano en la nuca, que seguía estando húmeda.

—Ibi está un poco confusa. ¿Cómo ha ido la escuela?

—Ibi dice que no le dejas tener novio.

—Pues claro que le dejo tener novio.

—¿Puedo tener un novio?

—Tú también puedes tener un novio.

Levantó a Tirza y la sentó en el taburete.

—Por supuesto que puedes —le dijo—, te quiero, Tirza. Puedes tenerlo todo.

Ella lo miró seria, lo escudriñaba con la mirada, y él se pasó un pañuelo por la cara, para quitarse el sudor. Solo cuando quería volver a meterse el pañuelo en el bolsillo del pantalón se dio cuenta de que eran las braguitas de Ibi.

Las dejó sobre la encimera, las miró un segundo. Unas braguitas negras con un pequeño adorno que él no lograba identificar. Un bicho. ¿Una mariposa? ¿Una abeja? ¿Un abejorro?

Vio que Tirza miraba. La cogió en brazos. Le costó. Hacía mucho que no la cogía en brazos. Se quedó así, en su cocina, con su hija menor en brazos.

—Papá —dijo ella—, ¿es de Ibi?

Señaló con el dedo lo que había sobre la encimera.

—Sí —dijo él—. Son las bragas de Ibi. Las ha olvidado.

Tirza y su padre se quedaron mirando las bragas.

—Cuando sea mayor —dijo Tirza—, ¿tampoco tendré tetas?

Él inspiró profundamente.

—Las tendrás. Todas las mujeres tienen pechos. Tú también. E Ibi. Pero hemos de tener paciencia. Debes aprender a tener paciencia. Todo el mundo debe tener paciencia.

Entonces apretó a Tirza contra sí y recordó cómo la había abrazado cuando tenía un año. La había levantado, por encima de su cabeza. «Tirza —le había dicho— mi niña más preciosa, mi queridísima niña. ¿Sabes lo que eres? Eres nuestra reina del sol. Eso eres. Y más tarde, cuando seas grande, tal vez bailarás o descubrirás una nueva estrella o escribirás y ganarás el premio Nobel. Puedes hacer lo que quieras, cariño, lo que quieras, porque eres la reina del sol. Y ahora voy a abrazarte lo más fuerte que pueda».

En realidad, él quería llamarla Mala, había leído sobre una Mala, hasta que, unos días antes del nacimiento, su esposa le dijo: «Mala significa “malvada” en español. No puedes ponerle ese nombre a una niña, ¿verdad que no?».

Entonces decidieron llamarla Tirza, primero con hache, pero luego sin, para evitar que se asociara con el hebreo.

Él no quería que su hija menor se llamara «malvada».

—Venga, Tirza —dijo—. Pesas demasiado. Te dejaré en el suelo.

# II. EL SACRIFICIO

# 1

LOS INVITADOS EMPIEZAN A LLEGAR CON CUENTAGOTAS y más tarde de lo que Hofmeester esperaba. Son las siete y media y todavía no hay nadie. Por ello se come la primera porción de sardinas fritas. En realidad tenía previsto empezar más tarde a freír las sardinas, pero no ha podido resistirse. Ya se ha comido tres. Se las come con espina y todo. Son peces tan pequeños que apenas se nota.

Se va al cuarto de Tirza para ofrecerle una sardina recién frita. Ella se ha puesto un vestido negro que lleva años colgando en el armario, no el vestido que compraron juntos para esta fiesta. Uno de trescientos euros con zapatos a juego de casi el mismo importe.

A Hofmeester debe de habérsele notado la decepción, porque ella lo abraza y dice:

—Ya me lo pondré algún día, papi, pero esta noche no me va. Esta noche de verdad que no me va. No estoy de humor. Simplemente no es el vestido para esta noche.

Él sonríe magnánimo con el plato de sardinas en la mano.

Querría decirle: «Pero lo hemos comprado para esta noche, Tirza, especialmente para tu fiesta». Sin embargo, calla. Sus decepciones son cosa suya. Tienen que permanecer ocultas al mundo. Cuando Tirza se vuelve, su padre sigue sonriendo, aparentemente impasible.

—A ti, todo te queda bien —le dice antes de dejarla sola.

Hofmeester abre la puerta del cuarto de baño. Ibi está en la bañera con una *Elle*, el tipo de revista femenina que antes odiaba.

—Papá —exclama—, ¿no podrías llamar a la puerta?

Él desliza la mirada ausente sobre su cuerpo, durante unos segundos le mira el vientre.

—Perdona —dice—, ¿estás embarazada?

—Papá —exclama ella— no hagas preguntas tan raras y déjame sola.

Él cierra la puerta del cuarto de baño y entra en su dormitorio. La esposa sigue sin saber qué se pondrá. Para aplazar la difícil decisión —quizá se le ocurra algo de repente— decide secarse el pelo primero. Está sentada prácticamente desnuda delante del espejo del dormitorio, con el secador de pelo en la mano. Una colilla humeante en un

cenicero. Por lo que se ve ha encontrado ceniceros en algún sitio.

Hofmeester se queda mirándola en silencio, quiere decir algo, algo tranquilizador y amistoso, algo que se le dice a un viejo amigo que ha venido a visitarte después de años. Pero no se le ocurre nada. Después se va escaleras abajo. Se pregunta si ella se irá algún día. No le gusta pensar que se vaya, pero la idea de que a partir de ahora no volverá a abandonarlo no lo agobia menos.

Ahora está sentado en un taburete de la cocina y come algunas sardinas fritas, sin disfrutar realmente. Se le ha olvidado por completo ofrecerle una sardina a su hija menor.

—Tirza —exclama con la boca medio llena— tienes que venir a probar esto. Están fresquísimas, ni siquiera en Portugal las tienen tan frescas.

No obtiene ninguna respuesta. Le gustaría meterle una sardina frita en la boca, con mucho cuidado, y después quedarse a mirarla disfrutar. Luego, querría limpiarle la boca con una servilleta de papel, pero no quiere molestarla. Se queda sentado sin masticar, oye que alguien cierra de golpe la puerta delantera. ¿Se habrá ido Tirza, justo antes de su fiesta, ahora que los invitados pueden aparecer en cualquier momento? No comprende por qué no viene a verlo, para saborear juntos las sardinas. Poco a poco, Hofmeester empieza a masticar de nuevo. Hay muchas cosas que no entiende. Cada vez más.

Ya ha salido dos veces al jardín con la bandeja llena de sushi y sashimi. Para practicar para cuando estén los jóvenes. Ha comprado la bandeja especialmente para la fiesta de Tirza en la tienda japonesa de la Beethovenstraat. Está orgulloso de ello. En la tienda lo conocen por su nombre.

Las antorchas están encendidas. Hace dos semanas, Hofmeester podó su manzano para que nadie corriera el riesgo de chocar borracho contra una rama baja.

Además, él mismo se ha adecentado, opina que tiene buen aspecto, sin por ello llamar la atención. Justo el aspecto que han de tener los padres, al menos si quieren evitar que sus hijos se avergüencen de ellos. Por los niños se nota lo natural que es la asimilación. Lo que quiere un niño es adoptar el color de su entorno.

Jörgen Hofmeester es como un cohete listo para el lanzamiento. Se levanta del taburete y se sirve una copa de kir. En la encimera ha instalado un bar improvisado. Ha practicado para preparar cinco tipos diferentes de cócteles.

En realidad no le gusta el kir, pero es la bebida favorita de Tirza. Acordaron que para empezar darían una copa de kir a todos los invitados, salvo que pidieran expresamente otra bebida. También por el color. Quedará bonito. Todo ese rojo claro.

El kir le parece demasiado dulce, le añade algo de vino blanco y vacía la copa con prisa. Después mira su reloj. Las ocho menos cuarto y todavía no hay ni un gato. Vendrán, ¿no? No es su fiesta, hace años que él no da fiestas, décadas incluso, pero está preocupado. Tiene visiones en las que los demás dejan colgada a Tirza y la familia Hofmeester tiene que comerse sola todo el sushi. Mientras está allí con su copa de kir en la mano, se entristece con esas visiones, como si ya supiera con total certeza que van a hacerse realidad. Como si no dudara de que sus pesadillas se harán realidad. Se sirve una segunda copa de kir y tamborilea con los dedos en la encimera. Antes sentía lo mismo en las presentaciones de libros, el miedo de quedarse solo con el autor, la vergüenza que se apoderaba de él si tenía que dirigirse al autor con las palabras: «Creo que tendremos que conformarnos con nosotros dos, pero saldrá muy bien». El pánico que le asaltaba justo antes de dar un pequeño discurso en el que debía alabar en un tono a la vez serio e irónico al autor y al libro o al traductor y al libro. Para la prensa que pocas veces se presentaba. Pero eso ya había quedado relegado al pasado.

Se bebe rápidamente la segunda copa de kir.

—Tirza —llama—. Tirza.

No hay respuesta.

Coge la bandeja de sushi y sashimi y sale por tercera vez al jardín. Se lo imagina lleno de invitados. Explicará a los jóvenes que todavía no conoce que es el padre de Tirza, y luego escuchará con interés sus historias. Tal vez dé un golpe afable en la barriga de algún joven y le susurre: «¿No nos hemos visto alguna vez en el cuarto de baño?». Nada le hará perder el equilibrio. Será el anfitrión perfecto. Cuando regresen a sus casas, los chicos pensarán: qué padre tan simpático tiene Tirza.

Después de dar una vuelta por el jardín regresa con la bandeja a la cocina, la cubre con papel de aluminio y la mete en el refrigerador. Se queda jadeando junto al fregadero. Pasearse con pescado crudo lo agota. Se sirve otra copa de kir.

No, ya no tiene que temer nunca más las presentaciones de libros. Hubo una reestructuración en la editorial. Primero querían despedirlo, pero entonces descubrieron que era imposible debido a su edad. La ley no lo permitía, la ley se interpuso entre él y su despido, y la ley era despiadada en este tipo de casos. A principios de abril, le mandó llamar el director que solía ocuparse exclusivamente de las finanzas y los deseos de la oficina central. La oficina central era un dios impetuoso y misterioso.

Primero, el director y él tuvieron una charla placentera en torno a asuntos cotidianos. Los hijos. El clima. Tanto el bursátil como el

social, aunque también en el sentido meteorológico de la palabra. De rebote se aludió al calentamiento global. Y después pasaron asuntos menos placenteros. La enfermedad mortal del jefe del departamento de marketing. Los jóvenes marroquíes que causaban dificultades, el problema de los atascos de tráfico. Sobre todo esta última cuestión preocupaba al director que vivía en Naarden, a las afueras de Ámsterdam.

Después de haber tratado el problema de los atascos, el director se reclinó en su sillón, como si la conversación ya hubiese acabado, y entonces preguntó:

—Jörgen, ¿qué autor importante has descubierto en todos los años que llevas trabajando para nosotros? ¿Has descubierto a algún autor?

La pregunta pilló desprevenido a Hofmeester, puesto que acababan de hablar de los marroquíes y los atascos.

Deslizó la vista primero de la ventana al director, a continuación al escritorio y después otra vez a la ventana. Había un árbol al otro lado que empezaba a florecer tímidamente.

—Yo me dedicaba sobre todo a la ficción traducida —dijo Hofmeester—. Me dedico sobre todo a la ficción traducida —se corrigió—. Alemania, Europa del Este, el Cáucaso, allí están sucediendo muchas cosas interesantes en estos momentos. Y colaboré durante un tiempo con los libros de deporte, pero en realidad no era lo mío.

—No —dijo el director—, los libros de deporte no son lo tuyo. Pero también puedes descubrir un autor en Alemania o en Europa del Este, ¿no? ¿Me equivoco? El problema de los autores que has traído es que solo nos han costado dinero, nunca han aportado nada que no fueran gastos —se reclinó aún más—. ¿Sabes, Jörgen? —dijo—, no creerás lo que voy a decirte. Queríamos despedirte, pero nuestro asesor jurídico ha descubierto que dada tu edad nos es imposible. ¿Y sabes qué haremos ahora? Te seguiremos pagando esos dos años y medio, o ¿cuántos son?, esos dos años y ocho meses que te quedan. Te los pagaremos, todo incluido, los seguros, la prima de vacaciones, el paquete completo. Pero no hace falta que vuelvas a venir. No hace falta que vuelvas nunca más a la oficina. Eres libre de marcharte.

Entonces, el director se levantó y cogió sonriente la mano de Hofmeester, de forma que este se vio obligado a levantarse. El director tenía la expresión de un presentador de televisión que entrega el primer premio a un candidato, pero Hofmeester no podía creer que el director pensara realmente que aquello era un primer premio. Nadie podía considerar eso un primer premio.

—¿Qué me dices? —le preguntó el director—. ¿Qué te parece, Jörgen?

Hofmeester se esforzó por parecer amable y por primera vez en mucho tiempo se acordó de sus padres y de su época de alumno de secundaria. Por lo visto, no importaba lo viejo que fueras, cincuenta y cuatro, cincuenta y ocho, sesenta y dos, si dentro de ti habitaba un colegial golpeado y no lo echabas a tiempo, se quedaba para siempre. La humillación, ese era el factor constante, eso era lo que le unía al que había sido a los trece años. La humillación imaginaria que quizá era aún peor a la verdadera.

—No sé qué decir —dijo Hofmeester retirando con cuidado la mano de la del director.

Sus manos siempre calientes y húmedas, el eterno temor de que lo descubrieran, pero ¿haciendo qué? Eso no lo sabía. De hecho no había nada que pudieran descubrirle. Él no se llevaba ni una chincheta de la oficina a casa.

—Hubiese estado dispuesto a seguir, pero esto también me parece estupendo—dijo.

Se preguntó por qué no conseguía decir que en realidad no le parecía en absoluto estupendo, por qué no lograba pronunciar esas palabras. Por qué le gustaba dar la impresión de que todo iba a pedir de boca. De que todo iba siempre tal como él quería. Para variar dio esa impresión sin mucho convencimiento. Se sentía desconcertado y no le cabía la menor duda de que, muy a su pesar, ese desconcierto se le veía en la cara. Tal vez más que desconcierto fuera congoja.

Hofmeester sospechaba que fue para para ahuyentar esa congoja, para darle la apariencia de una agradable conversación, que el director le dio unas palmaditas en el hombro y dijo:

—¿No es este el sueño de todos nosotros? Que nos sigan pagando sin que tengamos que trabajar. Disfrútalo. Viaja. O practica el remo. Siempre te ha gustado remar, ¿verdad? Vacía tu escritorio y descansa. Te envidio, te lo digo con total franqueza, te envidio, pero yo todavía no puedo irme, Jörgen.

El director le cogió la mano por segunda vez y Hofmeester se sintió como un muñeco dirigido por otros. No él, sino otras personas controlaban sus movimientos, sus declaraciones, incluso sus pensamientos. Algo más fuerte que su voluntad. El miedo, la vergüenza y la conclusión de que era mejor no causar problemas.

Había cierto orgullo en el hombre que lo aguantaba todo, que no se defendía. El orgullo de alguien que se vuelve a poner en pie tranquilamente y seguía adelante como si nada.

—No hemos olvidado todo lo que has hecho para esta empresa —dijo el director—. Es mucho y no siempre ha sido fácil, lo sabemos. En fin, por supuesto te daremos una despedida oficial. A su debido tiempo, haznos saber cómo quieres que sea, tal vez algo íntimo. ¿Una

cena? ¿O un cupón de regalo? Por ahora me limitaré a decir: ha sido un placer trabajar contigo, Jörgen. ¡Disfruta! Sabes…

Acercó la cabeza a la de Hofmeester, como si fuera a contarle un secreto que llevara un rato queriendo confesarle.

—Quizá sea raro oír esto de alguien que se ha pasado toda la vida entre libros, pero lo más hermoso de este mundo no son los libros, lo más hermoso son los niños. Ve a visitar a tu hija en Francia. Después tendrás nietos. Qué delicia. Ve a remar con ellos, sal a navegar con ellos. A los niños les encanta el agua.

Hofmeester notó una pepita en la boca, seguramente una pepita de uva. En el almuerzo, había comido ensaladilla de frutas. Se la tragó.

El director había acabado de hablar.

Hofmeester se dirigió hacia la puerta, sumido en sus pensamientos. Allí se volvió y preguntó:

—¿Tengo que transferir los asuntos pendientes a alguien?

El director hizo un gesto con la mano. Jovial y juvenil. Se sentó sobre el escritorio.

—Olvídalo —dijo—, olvídalo. Nos vamos a concentrar solo en la ficción del Este. Vamos a enfocarlo de otra manera. Hemos dejado atrás la época en que los libros solo podían comprarse en las librerías. A partir de ahora vamos a ofrecer libros en todas partes, en las gasolineras, los supermercados, los bancos, sí también en los bancos, las farmacias, las salas de espera del médico de cabecera y los *coffeeshops*, pondremos libros en todas las esquinas. No vamos a permitir que nos marginen. Es muy peligroso para una sociedad que la vanguardia se repliegue, que la élite se contente con una posición marginal. La verdadera cultura, la auténtica cultura es el poder del número, nada más, Jörgen. El poder del número.

Hofmeester vio que al director se le escapaba algo de saliva y eso era señal de que estaba entusiasmado. No solía entusiasmarse nunca, pero cuando lo hacía de forma excepcional, entonces se le escapaba saliva al hablar. A Hofmeester no le quedaba otra alternativa que quedarse en la puerta, puesto que le esperaba algo más, un segundo acto a su despido que no podía llamarse despido, un acto final, una canción de despedida improvisada para el redactor de ficción traducida.

—Vamos a conseguir que lean los grupos de los que se dice: «esos no leen nunca», Jörgen —le dijo el director—. Como los hombres sin formación. Ya lo verás: dentro de unos cinco años habrán encontrado el camino al libro, quizá no a través de la librería, puede que a través de la gasolinera o la videoteca, o incluso la bodega o el *peepshow*, pero el camino al libro también será su camino. Todo el mundo dice: olvídate de los musulmanes. Esos no leen. Son analfabetos. Bobadas,

les digo yo, solo hay que saber cómo llegar a ellos, hay que profundizar en sus necesidades. O los judíos ortodoxos. Tres cuartos de lo mismo. O los testigos de Jehová, esa gente también ve la tele a escondidas, y si ven la tele a escondidas, también pueden leer un libro a escondidas. La venta es demografía. Y nosotros vamos a enfocar al cliente demográficamente, vamos a estudiarlo, a analizarlo para luego ofrecerle un servicio a medida. Un servicio sencillo. Y a medida. También a los parados de larga duración y a los *hooligans*. Si funciona con los medios de comunicación de masas, funcionará con las editoriales. Solo podemos sobrevivir si abordamos al cliente como un socio igualitario. Si dejamos de decidir por encima de las cabezas de los clientes lo que es bueno o malo. Hoy en día, todo el mundo es capaz de todo. Dejemos que el cliente y el escritor se complementen. La gente ya no tiene tiempo. Ni para el periódico, ni para los libros, ni para la televisión. Debemos tenerlo en cuenta. Hemos de publicar libros para personas que no tienen tiempo de leer. Sí, Jörgen, lo que nos espera es nada más y nada menos que una revolución. De carácter digital, sin ideología, o mejor dicho, con una ideología, la única que nos sobrevivirá a todos: el cliente es el rey. El cliente es el rey, Jörgen. Lo hemos olvidado, porque nos hemos aislado, porque nos hemos dejado marginar delante de nuestras propias narices. Supongo que serás testigo de ello, a distancia. Vacía tu escritorio y date un baño de libertad. Has sido un soldado valiente. Otros tomarán ahora el relevo. Con armas nuevas.

—Nunca he remado —dijo Hofmeester.

Acto seguido cerró la puerta y se dirigió a toda prisa a su despacho, como si tuviera que ir urgentemente al baño. Oyó al director reírse de la revolución que arrasaría con todos y con todo, fuera o no de carácter digital.

Se sentó a su escritorio. Junto al ordenador había una taza de té frío. Se la bebió lentamente. Respondió a algunos correos electrónicos, sin mencionar su marcha ni la inminente revolución, y después esperó.

Esperó a que todos hubiesen abandonado el edificio. Esperó sin moverse, sentado en la silla en la que se había sentado durante treinta y tres años. En todo ese tiempo, poco había cambiado en este edificio. Los cambios llegarían ahora. Después de él.

Hofmeester no pensaba en nada, no pensaba en su futuro, ni en el tiempo que había pasado aquí, no pensaba en su esposa, ni en sus hijas, solo pensaba en Tirza. Pensó que no debía enterarse de esto, que nadie debía enterarse de esto. Esto era una vergüenza. Y se le ocurrió que toda su vida había avanzado hacia esta vergüenza. Volvió a oír al director preguntarle: «¿Qué autor importante has descubierto en todos los años que llevas trabajando para nosotros?». Él no sabía que contestar a esa pregunta. Había cultivado talentos que habían muerto

antes de alcanzar la madurez, pero ¿era culpa suya?

Cuando estuvo seguro de que todo el mundo había salido del edificio y que solo quedaban los de la limpieza, se levantó y se acercó a la ventana. Miró el jardín, donde en verano él comía el sándwich y la macedonia en compañía de un grupito de veteranos, y donde, desde hacía poco, cuando la prohibición de fumar había llegado a la empresa, algunos empleados salían a fumarse un cigarrillo. Observó imperturbable el jardín, su mirada no tenía nada de sentimental, a lo sumo lo asombraba pensar que no volvería a ver nunca más ese jardín y que la despedida hubiese llegado tan rápido y tan de pasada, sobre todo esto. La despedida se había despachado apresuradamente.

Se acordó de la marcha de su esposa, que él tampoco se había esperado. No la marcha en sí, pues eso lo había tenido en cuenta, sino el hecho de que no volviera, eso lo sorprendió. Después de que Ibi y Tirza se hubieran ido a la cama, él se quedaba minutos enteros, a veces una hora entera, junto al teléfono, esperando y titubeando a la vez, reflexionando sobre lo que diría si ella llamaba. La idea de que ella podría haberse puesto en contacto con él si hubiese querido, eso le dolía. Ese agravio se le había quedado, lo tenía presente, nunca lo olvidaría.

Después de permanecer algunos minutos delante de la ventana, miró el reloj y se dijo en voz baja: «Tengo que recoger mis cosas, tengo que ponerme manos a la obra».

No se había traído muchos objetos personales al trabajo. A diferencia de sus compañeros que amueblaban sus despachos como un salón, él se había esmerado en que el suyo —que según los criterios actuales podía considerarse espacioso— permaneciera lo más austero posible.

Había colgado sobre todo fotos de sus hijas, a todas las edades. De bebés, párvulas y adolescentes. Había pegado algunas de aquellas fotos con cinta adhesiva a la pantalla del ordenador. Las soltó con cuidado para no dañarlas. Luego las metió en la agenda, para que no se arrugaran. En la pared colgaba una postal que le había enviado Tirza cuando se fue de viaje a Roma con la escuela. Aunque ya hacía un año y medio del viaje a Roma, él la había dejado colgada porque las palabras al dorso lo conmovían mucho. Una vez a la semana, le daba la vuelta con cuidado a la postal y leía el breve texto que empezaba con las palabras: «Querido papá».

Junto al teclado había un pequeño camello de madera que Ibi le había traído de Egipto. Se fue al baño, cogió algo de papel higiénico y enrolló el camello dentro, por temor a que sufriera algún daño en el maletín mientras pedaleaba a casa.

En la pared había también un dibujo de Tirza, un autorretrato. Lo soltó con precaución. Tenía miedo de dañar tanto la pared como el

dibujo.

Entonces, su despacho quedó vacío. Abrió algunos cajones del escritorio para asegurarse de que no había olvidado nada, pero lo que quedaba no era suyo. No siguió remoloneando más. Su vida laboral había llegado a su fin, había pasado de forma rápida y relativamente inadvertida. No había descubierto a autores importantes, eso la resumía.

En el pasillo se encontró con un limpiador, un afgano. Hofmeester sospechaba que el limpiador había trabajado para los talibanes, pero nunca había formulado en voz alta esa sospecha. Ahora no la formularía nunca. Al cruzarse con él murmuró educadamente: «Buenas tardes», pese a que no le cabía la menor duda de que el afgano, al igual que todos los de su género, era el caballo de Troya que habían metido dentro.

Cuando le quitaba el candado a la bicicleta, se acordó de que en el maletín de piel tenía una traducción al inglés del manuscrito de un autor de Azerbaiyán que le habían enviado para que lo evaluara. Lo sacó con intención de regresar para dejarlo en su escritorio, para su sucesor, pero se quedó al lado de su bicicleta con el manuscrito en la mano y finalmente lo volvió a meter en el maletín. Nadie lo echaría en falta. Todo iba a ser distinto.

Así, un mes antes de la graduación de Tirza, Hofmeester se convirtió en un hombre libre. Libre de obligaciones, libre de la vida de oficinista, libre de problemas económicos —puesto que seguía cobrando—, libre de unas tareas que odiaba, pero que tenía que realizar. Como por ejemplo las reuniones con la junta de producción. La libertad que le habían concedido de pronto le parecía un desierto.

Al llegar a casa escondió el camello de madera, las fotos y el dibujo en el cajón de los calzoncillos. Después se fue a preparar dos chuletas de cordero. Y mientras estaba con las chuletas, se dijo a sí mismo: «Esto es una vergüenza. Ser superfluo es una vergüenza. Quizá haya sido siempre superfluo». Expresar estos pensamientos lo alivió un poco. Como si hubiese puesto freno a su superfluidad al nombrarla de forma tan clara. Agarró el molinillo de pimienta y lo llenó.

—¿Qué tal tu día? —le preguntó Tirza en la mesa después de haber vaciado el plato.

—Bien —le contestó él—, muy ajetreado, estamos preparando una presentación de otoño. Será una bonita presentación. Y ¿qué tal tu evaluación?

Al día siguiente, a eso de las nueve, pedaleó como cada mañana hacia el centro, con su maletín colgado del manillar. A la altura de la Leidseplein se dio cuenta de que tal vez no fuera buena idea. ¿Qué se le había perdido a él en el centro? Podía meterse en un bar, pero corría el riesgo de encontrarse con compañeros de trabajo que se

preguntarían qué hacía allí, en pleno día, en un bar. Se apeó de la bicicleta, reflexionó y luego dio media vuelta. Empezó a pedalear hacia el sur.

Cuando llegó a la estación ÁmsterdamZuid estaba agotado. Puso el candado a su bicicleta y durante un rato se paseó por la estación con el maletín bajo el brazo. Hasta que empezó a aburrirse. ¿Cuánto tiempo puede estarse uno dando vueltas por una estación relativamente pequeña? Ya había hojeado la mayoría de las revistas del quiosco. Vio que solo eran las diez y veinte, la libertad duraba demasiado. Sin pensárselo compró un billete de tren al aeropuerto de Schiphol.

Allí se paseó por las terminales de salidas, primero la primera, luego la segunda y a continuación por la terminal de llegadas. Le entró hambre y compró un bocadillo de brie que se comió sentado en un banco de la terminal de salidas. De su maletín sacó el manuscrito del autor de Azerbaiyán. Empezó a leerlo. Como de costumbre, escribió algunas notas con lápiz en el margen.

Después se compró una manzana y se quedó una hora y media mirando a los pasajeros en la terminal de llegadas. Una vez alzó la mano derecha y saludó. Como si alguien que esperara su equipaje al otro lado del cristal hubiese reconocido a Hofmeester y lo hubiese saludado efusivamente. Un familiar, un compañero de trabajo, un amigo de juventud al que no veía desde hacía treinta años.

Lo hizo únicamente para no llamar demasiado la atención. Quien merodea durante todo el día en Schiphol se encuentra en una situación precaria. Sobre todo en estos tiempos. Todo el mundo es sospechoso. La sospecha es algo que comparten todos los viajeros.

A las cuatro y media decidió que podía irse tranquilo a casa. El día se había puesto en marcha lentamente, pero al final había pasado volando. Tomó el tren a la estación ÁmsterdamZuid y desde allí pedaleó hasta su casa en la Van Eeghenstraat, donde se lavó las manos y preparó la cena: pollo con patatas fritas.

Cuando acabaron de cenar, le dijo a Tirza:

—Si quieres que te ayude con los deberes, dímelo.

—No hace falta, papá. ¿Cómo te ha ido en la oficina?

—Bien —le contestó él—. Estamos desbordados con tantos manuscritos.

A partir de aquel día, viajaba cinco mañanas por semana al aeropuerto de Schiphol.

Le gustaba más la editorial literaria, pero el aeropuerto tampoco lo decepcionaba.

Hofmeester desarrolló una rutina. Por las mañanas, se encargaba de las dos terminales de salidas, después se tomaba una pausa para

almorzar, un bocadillo de brie y una manzana, en el servicio de caballeros bebía agua. A la hora del almuerzo leía el manuscrito del autor de Azerbaiyán. Y por la tarde se encargaba de la terminal de llegadas.

Se encargaba de las terminales, esa era la sensación que tenía: las controlaba, las vigilaba.

Para no llamar demasiado la atención, de vez en cuando se quedaba delante de una pantalla, suspiraba ruidosamente y murmuraba: «Maldita sea, otra vez retrasado».

A veces también compraba una rosa con la que después esperaba delante del cristal de la terminal de llegadas para saludar a un pasajero imaginario. Pero solo lo hacía si sospechaba que su presencia empezaba a llamar demasiado la atención. A veces, dejaba la rosa en el tren, otras se la llevaba a casa, le cortaba el tallo y la ponía en un vaso en la cocina.

Se había convertido en una especie de vigilante particular. Se podía pasar minutos enteros delante de las pantallas de la terminal de salidas y había días en los que anotaba los vuelos retrasados en su agenda. Al final de la semana, hojeaba la agenda y veía, por ejemplo, que el 2 de junio el vuelo de KLM a Varsovia había sufrido retraso.

Tras algunas semanas tenía la sensación de haberse pasado toda la vida en Schiphol. Sus décadas en la editorial habían quedado relegadas a un segundo plano y le parecían irreales. Controlar los retrasos en Schiphol y observar a los viajeros con sus equipajes no se diferenciaba mucho de trabajar en el jardín o editar libros.

Dos años antes, cuando había realizado un paseo en barco por el Linge con toda la editorial para crear vínculos, un compañero de trabajo se había sentado a su lado y le había preguntado:

—Dime, Jörgen, ¿por qué vives?

Durante unos segundos, ambos habían mirado el Linge que de pronto decepcionó a Hofmeester en comparación con sus recuerdos de juventud.

—Vivo por mi trabajo —dijo Hofmeester después de un largo silencio—, por la editorial y por mis hijas.

Ya no podía vivir por su esposa, pues esta se había largado.

Pero ahora tenía que admitir que eso no era del todo cierto. Ya no trabajaba y, no obstante, su vida apenas había cambiado. En lugar de pedalear cinco veces por semana hasta la oficina del Herengracht iba cinco veces por semana al aeropuerto. Veía menos gente, no, mentira, veía más gente, pero los otros no lo veían a él. Aunque cabría preguntarse si antes lo veían. Ya no vivía para su trabajo y sin embargo en su existencia no había cambiado nada sustancial. Vivía por las niñas, vivía por Tirza. Eso tendría que haber dicho entonces,

en las aguas del Linge, en aquel barco.

Entretanto se conocía todas las papeleras de Schiphol, al menos a su lado de la aduana, todos los quioscos, estaba familiarizado con todos los mostradores de facturación, cualquier cambio le llamaba la atención y alteraba su rutina diaria. Nunca había creído que los otros fueran el infierno. Le había parecido curioso que precisamente esa cita de Sartre se hiciera famosa. Se podían encontrar citas mejores y más interesantes de Sartre, menos cínicas, menos negras, menos solitarias.

Lo que sí descubrió es que cuanto menos existía el otro, más soportable resultaba.

Esperaba en la terminal de llegadas, al igual que decenas y a veces cientos de personas, pero a diferencia de los que lo rodeaban, él esperaba a alguien que no existía, él venía a buscar a alguien que nunca llegaría, él levantaba la mano sin creer o esperar realmente que su saludo fuera a ser visto por una persona al otro lado del cristal. Él saludaba como mucho para que cualquiera que pasara por allí pensara: allí hay un hombre normal y corriente.

Ir a buscar a pasajeros que nunca aparecían tenía sus ventajas. Le ahorraba tener que contar historias que tal vez resultaran aburridas, decepciones y reproches: «No escuchas». Tensiones.

En una ocasión se le acercó un hombre con un letrero en el que figuraba el nombre de un viajero.

—Veo que usted también lleva un tiempo aquí —le dijo el hombre. Seguramente un chófer—. ¿Puedo preguntarle cuánto tiempo? ¿A qué vuelo espera?

«Llevo aquí unas seis semanas», tendría que haberle contestado Hofmeester, pero dijo:

—Unas cuantas horas.

Se aferraba a su maletín como si le fuera la vida en ello.

—Pero ¿qué vuelo está esperando? —insistió el chófer, un hombre robusto y sudoroso.

¿Qué vuelo esperaba? Nunca lo había enfocado de esa manera.

—No espero un vuelo concreto —dijo Hofmeester.

Abrió el maletín como si buscara algo. Encontró una manzana y le dio un mordisco. El chófer se quedó mirando cómo Hofmeester se comía la manzana. Como si esperara algo más: una palabra, una mirada, una señal de complicidad. Dos hombres entrados en años en la terminal de llegadas que saben lo que es esperar. Pero de la boca de Hofmeester no salió ninguna palabra más. Siguió comiéndose su manzana mientras miraba fijamente la cinta número doce.

Ahora que su trabajo era el aeropuerto de Schiphol, no salía nunca de casa sin su maletín. Se la había regalado su esposa, mucho antes de desaparecer por primera vez, mucho antes de que naciera Ibi, cuando

acababan de irse a vivir juntos a la Van Eeghenstraat.

Cuanto menos existían las personas, más agradables se volvían. Eso descubrió él en el aeropuerto. Pero eso no significaba que hubiera algo malo en las personas que sí existían.

Él había sido redactor de ficción traducida. Había dedicado toda su vida a lo no existente, a lo que, como mucho, podía calificarse de posible o, tal vez, de probable. Ahora la diferencia entre lo que existía y lo que no existía se entremezclaba, la frontera entre ambas se había desdibujado. Era tan brumosa como el aeropuerto en una mañana de otoño. Había que azotar la realidad con el látigo de la fantasía, pues de lo contrario la realidad te haría caer de la montura como un caballo encabritado, de eso estaba seguro Hofmeester.

Alzó la mano derecha. A veces también se acercaba al control de pasaportes y despedía con la mano a quienes no tenían a nadie que se despidiera de ellos.

Después de haberse comido las primeras sardinas completamente solo, Hofmeester sube al primer piso. La puerta del cuarto de baño está abierta, Ibi ha salido de la bañera. En el dormitorio, su esposa sigue sentada delante del espejo. Ya se ha secado el pelo. Tiene el torso desnudo. Lleva una falda vaquera y en la boca un cigarrillo encendido.

—¿Qué es esto? —pregunta Hofmeester apuntando a la falda con el brazo extendido. Tiene los labios grasientos del pescado.

—¿Esto? Esto es una faldita de Ibi —le contesta ella mirándose y sin sacarse el cigarrillo de la boca.

—Sí, ya lo veo, veo que es de Ibi. Pero ¿por qué la llevas puesta?

Solo ahora se saca ella el cigarrillo de la boca. La pose de estrella de cine disminuye. Vuelve a ser la esposa, la esposa que regresó inesperadamente.

—Porque no tenía nada que ponerme y me la probé. Estoy tan delgada como Ibi cuando tenía quince años. ¿Te acuerdas de lo gordita que era a los once? Acababa de venirle la menstruación cuando la llamábamos La Basurita. Porque se comía todos los restos. Tenía hambre durante todo el día.

Hofmeester niega con la cabeza. Ahora no quiere hablar del pasado. No es el momento oportuno para evaluar el pasado. Aunque cabría preguntarse qué momento es oportuno para eso.

—No puede ser —le dice—. Esta vez te has pasado. Y no quiero que fumes en el dormitorio.

La esposa se contempla en el espejo. En la mesita delante de ella hay un cepillo, el secador de pelo, el lápiz de labios, un peine y horquillas. Inhala y exhala el humo, como una niña que lo practica

para más tarde, una niña que aún no sabe fumar de verdad.

—¿Cómo que no puedo, no crees que me favorece?

—Es… —dice Hofmeester. Se pellizca la nariz como si estuviera resfriado y vuelve a empezar—. No tiene nada que ver con que te favorezca o no. Es demasiado corta. Es una minifalda que no cubre nada. No puede ser.

—¿Te parece demasiado corta? ¿No te gustan mis piernas?

Se mueve en el asiento y con cierta dificultad levanta ambas piernas.

—¿No te parecen bonitas? Pensé que precisamente te gustaban mis piernas. Me las he depilado. Especialmente para esta noche.

—Esta falda me parece —dice Hofmeester apretándose el brazo derecho— guarra.

—¿Guarra? —le pregunta ella mirándolo fijamente.

—Sí, guarra. No tengo otra palabra y siento tener que decirte que creo que eres demasiado mayor para eso. Me parece algo para una chica de dieciocho, algo para Tirza y sus amigas. Ni siquiera ellas llevan ya ese tipo de ropa. Y por mucho que te gustaría, no eres su amiga. Eres su madre.

Ella vuelve a sentarse como estaba. Ahora, las piernas quedan en gran medida fuera de la vista de Hofmeester.

—Pero pensé que a ti te gustaban las mujeres guarras, las que les gustan a los hombres en general —dice ella—. Aunque no se atrevan a decirlo, es lo que quieren los hombres como tú. No quieren a las respetables y recatadas. A las modosas. Recurro a todas mis armas, Jörgen. Si no lo hago ahora, luego será demasiado tarde.

Él se quita el polo, es mejor que se ponga una camisa. De todos modos ha sudado mucho, hace demasiado calor. Para los invitados es una delicia, una noche cálida, pero él tiene que servir. No perder de vista las manos. Una mano vacía significa un estómago vacío.

Alimentará a los hambrientos y no será superfluo. Nunca más será superfluo.

El polo está empapado. Lo tira sobre la cama.

Mientras busca una camisa dice:

—Es la fiesta de Tirza, si alguien debe recurrir a sus armas es Tirza, pero no lo hace, es demasiado modesta para eso. Demasiado decente.

—Jörgen, ¿a qué armas debería recurrir?

—¿Qué quieres decir? —saca una camisa del armario y se acerca a su esposa—. ¿Qué quieres decir? —vuelve a preguntarle mientras quita la camisa de la percha.

La esposa apaga el cigarrillo. Por fin.

—¿Que qué quiero decir? Lo sabes mejor que yo. De arriba no

tiene nada. Está tan plana por delante como por detrás. No sé a qué se debe que nuestras dos hijas apenas tengan tetas, no lo han sacado de mí. Mírame. Soy voluptuosa. ¿Te sorprende que los hombres me llamen «voluptuosa»?

Hofmeester deja caer la camisa. Se queda solo con la percha en la mano. Mira a su esposa. Qué locura, piensa. Es una auténtica locura. Esta familia me vuelve loco. No, no esta familia, esta mujer. Mi esposa. Cómo es posible que la esperara, cómo es posible que me pasara noches junto al teléfono pensando en llamarla para finalmente abandonar esa idea, cómo es posible que haya aparecido en mi vida, pues la odio. Ojalá no hubiese regresado nunca. Ojalá se hubiese quedado donde estaba. Habría sido mejor. ¿Cómo se puede envidiar a una hija? Se puede envidiar a todo el mundo, a los compañeros de trabajo, a los vecinos, a los familiares, a tu marido, a tu mujer.

Y Hofmeester ha sentido envidia de casi todo el mundo, salvo de sus hijas.

Está tan tenso que no se percata de que se está dando golpecitos en la pierna con la percha de madera.

—¿Cómo te atreves a decir eso de tu propia hija? —suelta por fin —. Y no es cierto. Eso es lo peor. Tirza es una mujer hermosa, una joven preciosa. Todo el mundo la adora, todos los chicos la adoran. Todo el mundo está enamorado de ella, se lo oigo decir a todos sus profesores. No conozco a una chica más guapa. Y no está plana. Es una bendición que no tenga de esas tetas caídas, grandes, fofas y vulgares como tú que tanto excitan a los turcos y a los marroquíes.

Ella se vuelve, apartándose del espejo.

—¿Que tengo las tetas caídas? —le pregunta.

Él se golpea rítmicamente la pierna con la percha que robó en un hotel suizo.

—Míralas bien, Jörgen. ¿Las ves caídas? ¿A esto lo llamas caídas? ¿Estás tan viejo que ya no ves bien? ¿Necesitas gafas? ¿Sabes la diferencia entre tetas voluptuosas y tetas caídas?

Se agarra el pecho derecho, se lo acaricia, no, no lo acaricia, pasa la mano encima distraídamente y Hofmeester deja de golpearse la pierna. En algún lugar de la casa se oye un portazo.

—No están caídas, tal vez aún no —dice preocupado por haber iniciado una pelea justo antes de la fiesta. Necesita toda su concentración para servir las sardinas, los cócteles y el vino. Pero ahora que ha empezado a decir la verdad, no puede dar marcha atrás —. No soy un experto en la materia, no sé dónde empieza la teta caída y acaba la teta normal, pero sé que caerán, eso se ve. Y si miras bien verás que ya caen un poco, si te fijas verás que tus tetas están acabadas, igual que tú estás acabada. Por eso has vuelto. Porque no

tenías otro sitio adonde ir. Porque sabes que todo se ha acabado, tus aventuras, tu flirteo, tus escotes, tus cuadros, todo eso ha quedado atrás, es cosa del pasado. Por eso estás aquí. Porque no tenías adónde ir. Pero eso no es motivo para hablar así de tu hija, que esta noche da su gran fiesta. Algo así me da náuseas. Algo así me pone enfermo. Igual que me ponías enfermo tú, así me siento.

Mientras las está pronunciando ya se arrepiente de estas palabras. Y vuelve a pensar: qué locura. Ha caído una maldición sobre esta familia. Quizá haya caído sobre mí, pero también sobre esta familia. No importa sobre quién haya caído la maldición, sobre mi esposa, sobre las niñas o sobre mí, al final nos afecta a todos. Compartimos la maldición.

Ella no dice nada, se sujeta el pezón del pecho derecho, se diría que se lo está pellizcando.

Él recoge su camisa, deposita la percha en la cama. En una ocasión fueron a Curazao con toda la familia, pero él no había pasado nunca tanto calor como ahora. Es por la excitación, por haber freído las sardinas. Por el aceite caliente. Todo su polo apesta a pescado y grasa.

—Jörgen —le dice ella—, ¿follamos?

Lo mira en el espejo. Delante de ella está el secador de pelo. Uno de los últimos regalos que le hizo Hofmeester. Aparte de la falda vaquera de Ibi está desnuda. Son las ocho y cinco.

—¿Ahora? —pregunta él.

—Sí. Ahora.

Él consulta su reloj.

—Pero ¿por qué? Si no te importa que te lo pregunte.

—¿Por qué no?

—Los invitados están a punto de llegar.

Ella niega con la cabeza.

—Todavía no van a venir. Siempre que esperas invitados te pones histérico y exageras. No tienes ni idea de cuándo empiezan las fiestas. Te has quedado atrás. Estás desfasado.

—Las niñas…

Hofmeester querría añadir algo más, pero decide dejarlo aquí. Las niñas es suficiente. Las niñas, eso lo explica todo.

—Esas ya se entretienen solitas. Son adultas. ¿Acaso lo has olvidado? Tus hijas son adultas. Ya no son niñas.

—Pensaba —dice él después de haber mirado el cenicero delante del espejo durante unos segundos—, quiero decir, ¿por qué tan de repente?

—Bueno, de repente, no puede decirse que sea realmente de repente, Jörgen. Ya lo hemos hecho antes.

—Pero siempre era un fiasco.

—Bueno, Dios, si te empeñas en llamarlo así.

Lo sigue mirando en el espejo, y mientras él le devuelve la mirada, empieza a percatarse de que se ha pasado una parte importante de la vida con esta mujer. La mejor parte de su vida. La mayor parte.

—Pensé que esa no era la idea. Que no te sentías atraída por mí. No me importa, pero tú misma lo has dicho. No irás a decirme que ahora has cambiado de opinión —respira hondo. Profundamente, como si estuviera en la consulta del médico de cabecera—. Pensé que habías venido porque querías saber cómo nos iba a mí y a las niñas.

—También por eso, sí.

Él cierra la puerta. Sin hacer ruido, como un ladrón.

—Aquí eres una invitada. Habíamos quedado en eso. No vamos a empezar de nuevo, ¿verdad? Estábamos de acuerdo sobre que no íbamos a empezar de nuevo. Hemos empezado tantas veces de nuevo. Cada vez era peor. Antes decíamos: «Es por el bien de las niñas». Pero tú misma lo has dicho, esas niñas son adultas. Ya no tenemos que hacerlo por el bien de las niñas —Hofmeester habla como si pronunciara un alegato.

Aunque tiene el torso desnudo, el sudor sigue corriéndole por la espalda.

—No vamos a empezar de nuevo. Y además, ¿puede saberse con qué? ¿Con qué?

Él traga saliva unas cuantas veces, se pasa la mano por la boca, por la espalda, elimina como buenamente puede la humedad de su cuerpo.

—Con el fiasco.

Ella se echa a reír. Su fiasco es solo algo de lo que reírse. El eco del trágico fracaso: una risa penetrante.

—¿Por qué dices semejantes cosas sobre tu propia hija? Me parece inaceptable.

—¿Qué he dicho?

—Que está plana.

—Pero lo está. Tiene dos chícharos sobre una tabla —dice ella y luego suspira—. No puedes proteger a tus hijas, Jörgen. No durante toda su vida. Cuanto más las protejas, más débiles se volverán. Tienes que prepararlas para el mundo. Eso es lo que dirá la gente de ella. Que no tiene nada por delante y nada por detrás. Si no lo digo yo, lo dirán los demás. Es mejor que lo oiga de mi boca, pues se lo digo con amor.

—Tiene una cara preciosa.

—Oh, seguro, tiene una cara preciosa y un pelo bonito y buen tipo. Pero no tiene tetas, Jörgen. Está plana como una tabla.

—Tirza es tu hija. Tu hija. La llevaste dentro. Tirza es…

¿Qué más es Tirza? Él ya no se acuerda.

—Bueno, ¿y qué? Sé que es mi hija. ¿Es ese un motivo para ver

cosas que no hay? No tiene tetas y punto. Y si quieres que te diga la verdad, no la soporto. Sé que una madre no debe decir eso, que es terrible y malvado, y puede que lo sea, tal vez yo sea terrible y malvada, pero es la verdad, no la soporto. Se ha convertido en una brujilla, ya lo era de pequeña. Es mala. Y nunca le he caído bien, Jörgen. Nunca. Ni siquiera de bebé.

Él oye las palabras, pero ya no las capta. Hofmeester recuerda la enfermedad de Tirza, su pubertad, su presencia en su vida cuando allí apenas había nadie más presente. Su escuela. Decide que su esposa está confusa. Debe de estar menopáusica. ¿Cuándo empieza la menopausia? Cada vez antes. Todo empieza cada vez antes. Pero cuanto más lo piensa, más tiene la sensación de que ella siempre fue así.

—No hace falta que le caigas bien. Es tu hija.

—En tal caso, podría ser amable conmigo. Me ignora.

—Te culpa por haberte ido. Te necesitaba —desprecia sus propias palabras, pues le parecen terriblemente débiles.

—¿Debería haber renunciado a mi vida por ella?

Sí, quiere decirle Hofmeester. Sí, por tus hijas renuncias a tu vida. Tal vez sea lo único que importa de la paternidad. Lo demás es secundario. Pero le dice:

—Nadie te pide eso.

—Ella sí, Jörgen. Ella sí —enciende un cigarrillo.

—No me gusta que se fume en el dormitorio. Lo sabes. Y las tetas no lo son todo. Además, ella tiene… Tiene bultitos.

—Los bultitos no son pechos, Jörgen. ¿A qué esperas?

Él se desabrocha la camisa que se pondrá más tarde. Tiene que concentrarse en el papel que desempeñará dentro de unos minutos, dentro de media hora quizá. El timbre puede sonar en cualquier momento. El primer invitado en una fiesta es siempre el más difícil. Todo está tan intacto, es tan nuevo y fresco. Las conversaciones no siempre fluyen.

Antes, su esposa daba fiestas con regularidad. Él nunca se sintió cómodo en esas fiestas. Si podía, se retiraba a su dormitorio, pero eran tiempos alocados y a veces se lo encontraba lleno de invitados. Entonces no le quedaba más remedio que irse al balcón y mirar lo que sucedía en el jardín. En aquellos momentos, la sensación de estar totalmente aislado, que de lo contrario no le molestaba nunca, resultaba dolorosa. Sentía aquel aislamiento como una enfermedad. Como una dolorosa enfermedad resistente a todos los medicamentos.

Los amigos que tenían eran los amigos de ella. Las conversaciones de cortesía lo aburrían, porque ya tenía que mantener muchas conversaciones de cortesía con traductores, autores y compañeros de

trabajo. Hasta que descubrió que lo mejor era pasearse con los canapés. Nadie quería hablar con el hombre que se paseaba con los canapés. Así se convirtió en un sirviente en su propia casa. Un desconocido lo habría tomado por un camarero. Cortés, pero callado. Siempre discreto. Un hombre que coincide con sus gestos discretos, pero serviciales. A veces, los invitados se quedaban asombrados al oír que aquel sirviente, aquel esclavo amable, era el propietario del edificio.

—¿Qué quieres? —pregunta—. ¿Qué quieres?

Ella se levanta. Lleva la falda vaquera de Ibi ceñida alrededor de las nalgas. No puede moverse bien. Esa imagen lo conmueve. Inesperadamente y más de lo que podría haber sospechado. Esta es su esposa más joven, con la falda de su hija mayor. Tal vez no sea grotesco, pero por poco.

—Por el amor de Dios, ¿qué quieres? —le pregunta—. Los invitados están a punto de llegar.

—Follar.

—Pero ¿por qué? Entre nosotros la cosa no funcionaba, era, ¿cómo lo llamaste?, una catástrofe. Y seamos sinceros: no solo cuando follábamos. Sino nuestro matrimonio.

Hofmeester sonríe, porque la verdad resumida en unas cuantas palabras parece tan inocente. Tan inevitable. Nadie pudo hacer nada. Un accidente de tráfico. Había niebla. Un vehículo en sentido contrario.

—Porque no tenemos a nadie más.

Él se aleja de ella en dirección a la puerta del balcón, como un animal que ha sido elegido para el sacrificio, pero que se resiste un poco por mera formalidad.

La expresión en el rostro de su esposa ha cambiado. Apenas lo mira.

—¿O hay alguien? —le pregunta—. ¿Una persona de la que yo no sepa nada? ¿Tienes a alguien y no quieres decirlo? ¿Qué has hecho todo este tiempo en que he estado fuera?

Él niega con la cabeza.

—No, no, nadie. Nada regular, nada que valga la pena mencionar. ¿Por qué no te quedaste con tu amor de juventud? ¿En la casa flotante?

Cierra las puertas del balcón, por temor a que las niñas lo oigan.

—Algo salió mal.

Ella da unos pasos en su dirección. La tela de la falda vaquera parece crujir.

—¿No quieres saber el qué?

El asiente.

—Por supuesto que quiero saberlo. ¿Qué fue mal? Dímelo, pero sé breve.

—Él quería un hijo.

Se echa a reír al recordarlo. Se ríe de oreja a oreja. Está delante de él, medio desnuda. Se parece a Ibi. O mejor dicho, Ibi se parece a ella. Tirza no. Tirza no se parece a nadie.

—¿Por qué no has tenido un hijo? Aún podías cuando te fuiste. Eras fértil cuando me dejaste. Podrías haberlo hecho fácilmente.

—Porque él no podía. No podía. Resultó que no era fértil. Y entonces se volvió loco. Dijo que era culpa mía. Se trastornó. Así es, Jörgen. Pero eso te sorprende, ¿no? —otra vez esa risa.

Hofmeester deja sobre la cama la camisa que ha sujetado todo este tiempo. Echa un vistazo a su reloj. ¿Qué quiere de esta mujer, con la que comparte poco más que dos hijas y cerca de la mitad de su vida? Tal vez ni siquiera eso. ¿Por qué hace seis días, cuando ella llamó de pronto a su puerta, él no le dijo después de la cazuela de pescado: «Puedo reservarte un hotel. ¿Quedamos para vernos mañana? ¿Iremos a tomarnos un café?». ¿Por qué no puede soltarla? Va siendo hora.

—Su semen estaba muerto y me dijo que era culpa mía —dice ella riéndose como si contara un chiste que solo ella entiende.

Entonces, él se agacha y se quita los zapatos.

La mira y la esposa asiente con la cabeza.

Hofmeester se quita los calcetines y se acuerda de que abajo, en el refrigerador, el sushi y el sashimi esperan a los invitados. Está orgulloso. Orgulloso de lo que ha preparado esa tarde en la cocina, de manera concentrada y con amor.

Mete los calcetines en los zapatos.

—Semen muerto —dice—, eso no tiene ninguna gracia.

Rápidamente se quita el pantalón.

Lo cuelga pulcramente sobre una silla, pues es su mejor pantalón, tiene que hacer de anfitrión toda la noche con ese pantalón.

Así se queda en calzoncillos en su dormitorio. Tiene tripa, pero para un hombre de su edad no es mucho.

—¿Por qué has vuelto? —pregunta.

Ella se aclara la garganta.

—Tú mismo lo has dicho —le contesta—. Lo sabes todo, siempre lo has sabido todo.

—¿Qué he dicho?

—Que no tenía otro sitio adonde ir.

Él ve la minifalda, ve la carne que sobresale de la falda, no es del todo desagradable. Resulta casi encantador y esta mujer, que él odia y desprecia —si no es continuamente al menos con regularidad, más a menudo de lo que él quisiera—, lo conmueve. Más de lo que

sospechaba, más de lo que querría admitir. Lo que queda de ella, lo enternece, porque es tan poco. Lo ve claramente, no puede negarse. Poco. Él es el conservador de su pasado, el custodio de su poder de seducción, él lo recuerda todo, recuerda quién era ella, a través de todo. En él viven las aventuras de ella, día tras día.

—Fuimos a Francia —le dice ella—, pero allí tampoco funcionó. El semen muerto no revive en Francia.

Él se mira los pies.

Luego alza la vista a su esposa.

Ella dice:

—Me he puesto lo más vulgar posible, especialmente para ti, ¿lo ves? Nunca había sido tan vulgar.

—Sí, sí —dice él.

Lo ve.

—Cuanto más vulgar mejor, ¿no? Así tiene que ser la mujer que quieres.

Él asiente y respira con pesadez. No debido a la excitación, sino al sufrimiento. El recuerdo de la felicidad es sufrimiento. El recuerdo. El tener que admitir que te has equivocado. Y que esa equivocación ha engendrado a dos personas. Dos errores, si se mira fríamente. También tiene eso sobre su conciencia.

—Sí, sí —dice—. Lo veo. Nunca habías sido tan vulgar. Y lo eres para mí. Solo para mí.

Sus calcetines son de color azul marino con rayas azul claras, sobresalen de sus zapatos como enanitos.

—Tenemos que darnos prisa —dice— porque los invitados están a punto de llegar. En realidad, ya deberían estar aquí.

—Rápido —dice ella—. Muy rápido. ¿Cómo quieres hacerlo?

—¿Cómo lo quieres tú?

Ella niega con la cabeza.

—¿Ves que la bestia en ti no ha muerto? —le dice— ¿Ves que aún está hambrienta?

Hofmeester da unos pasos en su dirección. Alarga la mano, le toca el pezón que ella acaba de pellizcarse suavemente.

—¿Por qué hacemos esto? ¿No estamos demasiado viejos? ¿No deberíamos haber aprendido algo?

Ella le aparta la mano con suavidad.

—¿Es que no lo ves? —le pregunta—. ¿Es que todavía no lo has entendido? ¿Estás ciego? No tenemos a nadie más.

Lo dice recalcando cada palabra, cada sílaba, como si leyera un dictado.

Él acerca la cabeza.

—¿Es eso? —pregunta—. ¿Es solo eso?

—¿Por qué crees que he vuelto contigo? Porque sabía que no me echarías. Porque sabía que no tenías a nadie. ¿Quién te va a querer? Mira bien, Jörgen, somos los restos. Somos lo que queda de nosotros, de la bestia en nuestro interior.

—¿Cómo sabías que no te echaría?

—Nunca me has echado, ¿por qué ibas a hacerlo ahora? Siempre has tenido miedo. El abandono en sí no te importaba. Pero te torturaba pensar que la gente hablara mal de ti, como hablan de los malos esposos.

Él traga saliva.

—Ahora eres el único, Jörgen, los otros… —se echa a reír—. Los otros han muerto, están enfermos o locos. O han conseguido algo mejor, algo más joven, y ya no me quieren, ni siquiera para tomarnos un café juntos. No quieren poner en peligro su nueva vida. Tú eres el único, eres el superviviente. Por fin eres el vencedor. Puedes tenerme para ti solo.

La maldición, piensa él, la maldición. Nunca le abandonará, se cierne sobre él como una nube, y cuando muera, penderá sobre sus hijas. Por eso él no quería tener hijos, intuitivamente no quería transmitirles la maldición. Hasta que llegaron. Entonces supo que estaba perdido, se perdió a sí mismo, primero en Ibi y después en Tirza. Se olvidó de la maldición.

—¿Te parezco rabiosamente vulgar?

Él la observa y asiente con cautela.

—Sí —dice—, rabiosamente vulgar.

—¿Cómo quieres hacerlo, Jörgen? Dilo tú. Es tu noche. También es un poco tu fiesta. Tú has cuidado de Tirza todos estos años.

Tirza, ese nombre parece despertarlo, le hace volver a la realidad. Tirza. Es cierto, ha cuidado de ella durante años. Y ha vivido para ella, a través de ella, con ella, junto a ella, debajo de ella. Siente la necesidad de gritar, de pedir auxilio a gritos, pero nadie puede oírlo.

—Quiero darte una azotaina —le dice a su esposa.

Ella sonríe, y por un instante él se la imagina delante de otros hombres, en tiempos mejores. Por ejemplo delante de su amor de juventud, altiva e inaccesible, en la casa flotante. Se imagina el balanceo de la casa, las embarcaciones de recreo que pasan delante, los gritos y las canciones de los pasajeros a bordo. El verano. Y después el semen muerto.

Hofmeester se sienta en la cama, su lado de la cama. Mira las puertas del balcón. En el jardín de los vecinos se oyen voces infantiles.

—Esto es lo que queda de nosotros —le dice ella mientras se le acerca—. No es mucho, ¿verdad? Pero mi bestia es flexible, mi bestia

me vuelve loca a veces, de lo insaciable que es y también lo es la tuya, Jörgen. Está allí y me ha estado esperando todo ese tiempo. No hace falta que lo digas. Lo sé. Me ha estado esperando todo ese tiempo.

Ella se tumba apoyando la barriga sobre los muslos de él. Él sigue oyendo voces infantiles, pero ahora también oye llanto. Alguien se ha caído. Los hijos de los vecinos se caen mucho, son jóvenes e impetuosos. La mano izquierda de Hofmeester descansa sobre la falda vaquera de su hija mayor, sobre las nalgas de la esposa que se fue a una casa flotante. Esta es la historia, el mito de su vida.

—Muy vulgar —susurra ella—. Tan terriblemente vulgar que resulta vergonzoso.

Hofmeester le acaricia las nalgas distraídamente, como quien acaricia un gato que se ha tumbado en el regazo.

—Soy una chica traviesa —susurra ella—. Siempre he sido traviesa. Soy tu fantasía. Solo eso. Soy la fantasía que puedes tocar, Jörgen. Por eso he vuelto. Porque soy tu fantasía. Dilo. Di que soy tu fantasía.

—Sí, eres mi fantasía —admite él—, eres la fantasía que puedo tocar.

Levanta un poco la falda que no es de su esposa. Con la fuerza de alguien que está profundamente angustiado, deja caer su mano derecha sobre las nalgas de ella y casi al mismo tiempo dice:

—Me han declarado superfluo.

Sin embargo, ella no lo entiende.

Vuelve a golpearle unas cuantas veces las nalgas, con la misma angustia, y dice:

—Me han declarado superfluo. Ahora te voy a declarar a ti superflua.

Ella sigue sin entenderlo. Se incorpora. Se baja la falda de su hija. Como si de pronto el pudor fuera importante.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta—. No te entiendo. ¿Qué dices?

—Nada.

—Lo siento —dice ella acariciándole el pelo.

—¿Qué pasa?

Él está sentado en la cama, igual que antes. Ella puede volver a tumbarse sobre sus rodillas. El juego puede seguir como si nunca se hubiese interrumpido. Como si hubiese seguido todos esos años.

—Lo siento —dice ella.

—¿Qué es lo que sientes? No has hecho nada.

—No funciona.

—¿El qué?

—Esto.

—¿Por qué no? ¿Qué es lo que no funciona?

—Follar.

Él se levanta de la cama, endereza la sábana, a pesar de que estaba igual de recta que antes de sentarse en ella.

—Fue un error —dice la esposa—. Me he equivocado. Lo siento. Somos amigos. ¿Verdad? Quisiera que fuera distinto, quisiera poder hacerlo, pero no puedo. No puedo follar contigo. Ya no. Lo siento.

Le estampa un beso en la nuca.

—No puedo evitarlo —le dice—, me pareces repugnante. Lo había olvidado, lo había olvidado por completo, pero de pronto me he acordado. De pronto lo recordé todo. Cuando me tocaste. Aquí.

Le muestra el lugar donde él la tocó.

—No importa —le dice él—. Ya te lo había advertido.

—Siento no haber podido ayudarte —susurra ella—. Me habría gustado poder ayudarte.

Están de pie uno frente al otro. Ella se atusa el pelo. Luego abre las puertas del balcón. El aire exterior sigue siendo cálido.

—Nadie tiene que ayudarme —dice Hofmeester—. No necesito ayuda.

Ella mira los jardines de Ámsterdam Sur mientras él permanece de pie en calzoncillos en su dormitorio preguntándose qué está haciendo, quién lo dirige, a qué demonios obedece.

—Venga —le dice ella—. Dame un beso, así sabré que no estás enfadado.

Se le acerca deprisa y con la misma rapidez le agarra la cabeza y se besan. Durante diez, veinte segundos. Se besan como antes. No, peor que antes. Se besan como si la muerte ya estuviera poseyéndolos. Y por un instante, durante esos segundos que dura el beso, todo vuelve a ser como antes. La vida está escondida en algún lugar del pasado y surge de repente, como si quisiera recordarle a Hofmeester que existió, como si Hofmeester no pudiera olvidar nunca lo que echa de menos.

Entonces, él la aparta con suavidad.

—Ya basta —dice—. Tengo que ocuparme de la fiesta.

Ella se lo queda mirando amorosamente, como antes, al principio de todo, el maldito principio. Y luego pregunta:

—¿Me puedes prestar una lima de uñas? Quiero hacerme la manicura.

En ese momento suena el timbre.

Él mira a su esposa, mientras escucha los sonidos de su propia casa, una puerta que se abre, otra puerta que se cierra de golpe por las corrientes de aire —las puertas del jardín están abiertas— pero nada más. Silencio. Nadie abre la puerta delantera para el primer invitado.

Hofmeester es presa del pánico.

Por eso se pone el pantalón y baja por la escalera a toda prisa.

—Jörgen —grita la esposa.

Pero él no tiene tiempo para ella. Tiene otras cosas en la cabeza. La fiesta ha empezado. Por fin.

Abre la puerta delantera de un tirón y con las prisas y el nerviosismo se hace daño en el dedo índice. Y allí está. La primera invitada. Él conoce su cara, incluso bien, ese no es el problema. Lo malo es que no recuerda cómo se llama.

Levanta el índice y la señala con él.

—Geografía —dice—. Geografía. ¿No es eso?

La mujer que tiene delante que es bastante joven, a lo sumo debe de rondar los cuarenta, niega con la cabeza.

—Veldkamp —dice—. Me llamo Veldkamp. Biología.

Entonces, Hofmeester se percata del aspecto que ofrece él. Está señalando a una extraña, una profesora de su hija menor, con un dedo ensangrentado. Retira la mano.

—Por supuesto. Discúlpeme —dice dando una palmada—. Biología. ¿Cómo podía olvidarlo? Biología. Señorita Veldkamp por supuesto. Nos hemos visto a menudo. La última vez…

Ella baja la vista y él le sigue la mirada. Solo en ese momento ve sus pies descalzos y casi al mismo tiempo su vientre desnudo.

—Oh Dios —dice.

—¿Qué?

—Le pido disculpas.

—¿Por qué? —quiere saber la señorita Veldkamp.

—Por esto —dice él señalándose la barriga. Su pecho desnudo.

—No tiene importancia.

—Me estaba duchando cuando oí el timbre y no sé… —carraspea —. No sé dónde están mis hijas.

—¿Quiere que dé una vuelta a la manzana? No me importa hacerlo. Hace un tiempo delicioso. Tengo la mala costumbre de llegar siempre demasiado temprano. ¿He llegado demasiado temprano?

—No ha llegado en absoluto demasiado temprano. Ha llegado justo a tiempo.

La coge de la mano derecha y hace entrar a la señorita Veldkamp a rastras, mientras cierra la puerta con el pie izquierdo.

Solo después de algunos metros se da cuenta de que es inapropiado meter a los docentes de tus hijas a rastras en tu casa. Delante de la puerta del salón la suelta repentinamente y dice:

—Tengo que pedirle disculpas de nuevo.

—¿Y ahora por qué? —quiere saber la señorita Veld kamp.

—Por tratarla con tanta brusquedad.

—Oh, pero eso no importa —dice ella soltando una risita tensa y algo irónica—. Me gusta que me traten con un poco de brusquedad.

Él la mira titubeante. No solo está medio desnudo, lo cual ya es bastante desagradable, sino que tiene la impresión de que le están tomando el pelo.

—Estoy alterado —le dice él—. Es el calor, la fiesta, la despedida. Tirza se va a África, como sabrá.

—Eso nos pasa a todos alguna vez. Sería tremendamente aburrido que nadie se alterara nunca, señor Hofmeester.

Él la examina porque quiere saber si lo dice en serio, para así poner fin a la odiosa sensación de que le está tomando el pelo. Entonces empieza a comprender que un hombre semidesnudo no es una catástrofe, ya no. Medio mundo está desnudo. No es nada de lo que preocuparse.

—Póngase cómoda. Vuelvo enseguida.

Se apresura a subir la escalera. En el dormitorio, su esposa se está pintando las uñas. Extiende la mano.

—¿Qué te parece este color?

Él se pone los calcetines y los zapatos, y vuelve a ponerse el polo aunque huela a sardinas. Dentro de un rato, toda la casa olerá a sardinas. Se mira en el espejo y se sorprende al detectar tristeza. Una tristeza que supera a todos los demás sentimientos que surgen en su interior. La vergüenza, el miedo, el bochorno.

—¿Te gusta este rosa o es demasiado intenso? —le pregunta ella.

—Tienes razón —dice él—. Solo nos tenemos el uno al otro. No podemos tener a nadie más. Es eso.

—¿Es demasiado rosa?

Acerca más la mano en su dirección. El olor del esmalte de uñas le pica la nariz, se mezcla con el olor de las sardinas fritas.

—Así que tú tampoco consigues a nadie más. Estás desechada, por eso has venido —habla más consigo mismo que con ella.

—¿Es demasiado rosa?

—No —dice—. Es perfecto. La señora Veldkamp ha llegado. Me ha visto medio desnudo.

—¿Quién es la señora Veldkamp? No tengo ni idea de quién es. Vas a tener que presentarme a toda esa gente. Seguro que he olvidado qué caras van con qué nombre.

Habla como si no hubiese sucedido nada. Así hablaba ella siempre. Como si no hubiese sucedido nada.

En el cuarto de baño, él se rocía generosamente con loción de afeitar para disimular el olor a sardinas.

Ibi se está cepillando los dientes.

—¿Dónde está Tirza? —le pregunta él en medio de una nube de loción de afeitar.

—Se ha ido a buscar a su novio —le contesta ella y se sigue cepillando. Hofmeester baja la escalera con energía y perfumado. Se va derecho a la cocina, saca el plato del refrigerador, retira el papel de aluminio y entra en el salón donde encuentra a la señorita Veldkamp sentada sola en el sofá.

—Sushi y sashimi —dice Hofmeester—. Y en la cocina hay mayonesa de wasabi.

—Qué rico —dice ella.

—De elaboración casera.

—¿El sushi?

—También. Pero me refiero a la mayonesa de wasabi. La hago yo mismo. No es fácil, pero he profundizado en el tema.

—Oh.

La profesora de biología y el padre de Tirza se miran brevemente.

—Espere, voy a poner algo de música —le dice él dirigiéndose al reproductor de CD.

Tirza ha grabado unos CD especialmente para esta noche. Ya están preparados. En una pila.

Hofmeester pone el primer CD y escucha qué música es. Tirza no solo ha grabado su propia música, sino también algunas canciones que a él le gustan mucho.

—The Andrews Sisters —dice ilusionado—, y esta es una de las canciones preferidas de Tirza.

Eso es debido a él. De hecho es la canción preferida de Hofmeester. Cuando Tirza estaba en la cuna, él ya ponía The Andrews Sisters. Con esa música bailaba con ella por la habitación y se olvidaba de la maldición. Entonces no había maldición, ni historia, solo el bebé en sus brazos, su mirada, el olor a leche ligeramente ácida, su cabecita caliente y The Andrews Sisters.

Ahora Tirza no está, hay una bandeja con sushi y sashimi y un hombre entrado en años que a pesar de la loción de afeitar huele vagamente a sardinas fritas.

Y él canturrea la música para la señorita Veldkamp que está sentada inmóvil en el sofá.

*—I'll try to explain. Bei mir bist du schön. So kiss me and say you understand.*

La señorita Veldkamp sonríe. Sin duda ha visto muchas cosas y cuando Hofmeester ha acabado de cantar, dice:

—Me encantaría probar la mayonesa de wasabi.

Él va a la cocina, vuelve con la mayonesa de wasabi y un platito y deja que la señorita Veldkamp se sirva con una pequeña cuchara de

madera. También comprada en la tienda japonesa de la Beethovenstraat.

Él observa con orgullo cómo se come su sushi.

De la felicidad, la intensa, insoportable y voraz felicidad solo recuerda un rumor. Un cuento que él nunca leyó.

De su juventud o de lo que se suponía que era solo le queda una vieja canción.

Se acerca al reproductor de CD y vuelve a poner el CD.

Y mientras la señorita Veldkamp lo mira con una pizca de asombro y de temor mientras sostiene el sushi, él canta para ella.

—*Ridi* —canta Hofmeester—. *Ridi ridi, ridi ridi ridi*.

# 2

A LAS NUEVE, LA HABITACIÓN SE HA LLENADO CON UNOS catorce jóvenes, la señorita Veldkamp y un profesor de economía al que Hofmeester tiene que llamar Hans, pero todavía no hay ni rastro de Tirza. La esposa permanece escondida en el dormitorio, seguramente fumando, sonriendo de vez en cuando por el amor de juventud con su semen muerto, como se sonríe por lo bajinis por un fracaso. Un fracaso colosal.

Y Hofmeester se pasea por la casa con pescado crudo. Sirve kir, habla de temas sobre los que nunca antes ha intercambiado una palabra, ya ha preparado dos cócteles, un caipiriña y un desarmador. Ambos le han salido estupendamente. Se ha superado, aunque sea él quien lo diga, esta noche no hace más que superarse.

Sin demasiado esfuerzo, supera al Jörgen Hofmeester que en el pasado permanecía callado en un rincón en las fiestas de su esposa, que se paseaba con canapés o que a media conversación se levantaba para regar las plantas. Eran fiestas descontroladas con hombres mucho más jóvenes que Hofmeester, a los que su esposa otorgaba la condición de «amigo de la casa».

Jörgen Hofmeester ha progresado. Se ha vuelto sociable. Más suave y accesible. Ahora es sobre todo el padre de Tirza, y en ese papel se muestra jovial, casi eufórico. Por él que no quede.

En medio de una ronda con edamame, soja preparada al estilo japonés, cree reconocer a un chico que se encontró en el cuarto de baño un domingo por la mañana en invierno. El muchacho estaba sentado en el borde de la bañera, enfermo y pálido con los ojos enrojecidos.

Sin embargo, cuando se lo pregunta de forma educada, pero sin ambages, mientras le pasa algo de edamame, el chico lo niega.

—No he estado nunca aquí —dice.

A pesar de que está seguro de haberlo visto en su cuarto de baño, de haberlo olido, Hofmeester no insiste. También los jóvenes tienen derecho a sus mentirijillas.

Ibi ha bajado y se ha sentado en el sofá, al lado de la profesora de biología. En cualquier caso, una de sus hijas está presente en la fiesta.

Después de un largo silencio, Ibi y la profesora han entablado una conversación, lo que alivia a Hofmeester. Ibi es hosca. Antes, Ibi siempre estaba en contra de todo. Y aún hay días en que es así.

El timbre suena con regularidad y, entonces, el padre de Tirza se apresura a ir a la puerta para hacer lo que debería hacer su hija menor: estrechar manos, dar besos, dejar que lo miren con asombro, y recibir cumplidos. Hofmeester se limita a dar un firme apretón de manos, en algunos casos acompañado de las palabras que deben explicarlo todo: «Soy el padre de Tirza». Al pronunciarlas esboza una sonrisa que él toma por encantadora.

—Vendrá enseguida —dice cada vez—, fue a buscar a su novio.

Suena como si supiera exactamente quién es ese novio, como si la familia Hofmeester ya hubiese ido tres veces de vacaciones con ese chico.

Algunos invitados traen un regalo: «Esto es para Tirza», mascullan entregándole algo sin mirarlo a la cara. Son chicos tímidos, de los que Hofmeester sospecha que han estado alguna vez enamorados de Tirza. Que han escrito cartas, que han enviado SMS desesperados en medio de la noche, de los que luego se avergonzaban tanto que al día siguiente no se atrevían a ir a la escuela. Él intenta infundirles ánimos. No quiere que pierdan toda esperanza. La timidez puede ser una maldición. No hay que perder nunca la esperanza, eso es lo importante. Pase lo que pase. No perder nunca la esperanza. Seguir adelante.

—Seguro que se alegrará —dice sin saber lo que se esconde debajo del papel de regalo. Y luego lo deja sobre el aparador entre los demás paquetes grandes y pequeños y las consabidas botellas, algunas flores. La tradición de la mesa de los regalos aguanta. Una familia es una construcción hecha a base de tradiciones. Hofmeester quiere que sean una familia, una pequeña, quizá solo media familia. Por eso defiende las tradiciones, por eso las mantiene, si es preciso por sí solo.

Mientras avanza por el pasillo con tres cervezas, dos copas de vino tinto y vodka con hielo en una bandeja, ve a su esposa bajar por la escalera. Lleva puesta la vieja falda vaquera de Ibi y una blusa ceñida. Demasiado ceñida. Su cuerpo parece salirse de las costuras.

Se ha puesto zapatos de tacón. Los zapatos, la blusa y la falda parecen sacados de una caja de disfraces.

Él se queda esperando en el pasillo hasta que ella ha llegado al último escalón. Con la bandeja en las manos y envuelto en un ligero olor a sudor, loción de afeitar y sardinas fritas. El olor de la fiesta.

—Dios —dice en voz baja.

Ninguno de los invitados se ha atrevido aún a salir al jardín donde las antorchas arden solitarias. Los invitados se quedan en el salón.

Esperan a los demás, esperan a Tirza.

La esposa se pone delante de él y da una vuelta. Con los tacones, sus piernas resisten la comparación con las de hace mucho tiempo. Su primer encuentro, los primeros días, las primeras semanas. El tiempo en que se es una hoja en blanco para el otro, la libertad que eso conlleva, la felicidad. En algún lugar de sus piernas se halla la libertad que Hofmeester perdió y que volvió a encontrar en Schiphol. Pero entonces, la libertad ya no le sabía bien, mejor dicho, allí probó el verdadero sabor de la libertad: la hiel.

En las piernas de su mujer se halla el recuerdo de la felicidad. Aquellas piernas eran hermosas, largas, esbeltas y no obstante musculosas. Cuando quería causar sensación, se ponía una falda corta. Él recuerda las miradas de otros hombres, recuerda la primera vez que comprendió que había tenido hijos con una mujer que en realidad era demasiado joven para él, que no encajaba con su edad ni con su condición. Sus naturalezas muertas no eran gran cosa, pero ella misma era insuperable como naturaleza muerta. En la década de los setenta, Hofmeester era una promesa, un redactor que ascendería hasta convertirse en editor. Alguien a quien había que tener en cuenta. Pero él se quedó sentado en su despacho de la Herengracht, con vistas a un árbol, concentrado en la ficción traducida y a veces en el árbol, hasta que un día se despertó y se dio cuenta de que él ya no le importaba a nadie. Solo a sí mismo. El infierno no eran los otros, era él. El infierno estaba en lo profundo de su interior. Anclado, oculto e invisible, pero vivo y caliente. Ardiente.

—¿No es exagerado? —pregunta.

—¿Qué? ¿Esto? —dice señalándose a sí misma. Niega con un gesto de la cabeza—. ¿Soy exagerada? No lo creo. ¿Te parece exagerado, Jörgen? Pero si me he arreglado lo mejor posible para la fiesta de Tirza.

—Precisamente por eso. Porque es su fiesta, su gran fiesta, podrías haberte… —Hofmeester busca palabras, soluciones diplomáticas. Mira lo que se sale de la blusa. Aunque parece desesperada, sigue resultando atractiva. A él le viene a la mente la palabra «arpía». Ahora que la juventud también ha abandonado a su esposa, ve a la arpía que seguramente siempre ha sido—. Podrías haberte reprimido.

—¿Reprimido? ¿Por qué? ¿No te gusta?

La bandeja tiembla en las manos de Hofmeester. Suena el timbre.

—Ve arriba a cambiarte —le dice—. Te lo suplico. No te pongas esto. Ya no tienes dieciséis años. Ya no tenemos dieciséis años.

—Pero Jörgen, se tiene la edad que se siente. ¿No te lo han dicho nunca? Soy la flor de la eterna juventud.

Ella aparta unos centímetros la bandeja y aprieta su boca contra la

de él.

—¿La saboreas? —susurra—. La flor de la eterna juventud.

Él se suelta, no quiere besarla, no quiere volver a besarla nunca más. Nunca más. Dos palabras como un conjuro. La plegaria más corta del mundo. La plegaria de Jörgen Hofmeester. Nunca más.

Vuelve a sonar el timbre.

—Esto es una vergüenza —dice—. Con ese aspecto eres una vergüenza. Y no eres ninguna flor de la eterna juventud. Lo siento.

Ella quiere volver a apretar su boca contra la suya, pero él retrocede. El temblor de la bandeja aumenta.

—En tal caso, hacemos buena pareja —dice—. Si soy una vergüenza, entonces somos como dos gemelos. Estamos hechos el uno para el otro.

Se ríe. Se ríe como si nunca hubiese pasado nada entre ellos. De buen corazón. Como para recalcar la alianza que ya no existe, así se ríe.

Acto seguido, entra en el salón y Hofmeester oye que las conversaciones enmudecen. Él permanece en el pasillo, querría gritar, como hacen las personas que se han quedado atrapadas en un ascensor, pero de su boca no sale otro sonido que el de una respiración pesada.

Se va a la cocina, deja la bandeja en la encimera y se sirve una copa de vino blanco.

—La flor de la eterna juventud —masculla.

Afloran más recuerdos, algunos de ellos agradables. El pantano de su memoria también esconde recuerdos bonitos. Si recuerdas la felicidad, entonces es que ha existido.

Un compañero de trabajo le dijo en una ocasión: «No puedes vivir de recuerdos». Hofmeester no se acuerda de por qué le dijo eso. Ha olvidado de qué iba la discusión. Solo sabe que su compañero de trabajo le dijo: «No puedes seguir escarbando con un cuchillo en el pasado como si fuera un jardín que tienes que arar, Jörgen, porque un día acabarás escarbando con ese cuchillo dentro de ti».

Poco después, ese compañero de trabajo sufrió un infarto cerebral.

Eres esclavo de tus recuerdos. Qué se le va a hacer, opina Hofmeester. Algunas personas recuerdan cosas que nunca han sucedido. Eso también pasa. Son esclavas de la ficción. Mensajeros de su propio mito.

Vacía su copa sin notar mucho aparte del frío y del sabor algo ácido del vino. Solo cuando oye el timbre por tercera vez se acuerda de que hay alguien esperando delante de la puerta.

Corre hacia allí, enfadado consigo mismo, con su esposa, con la persona a la que le ha dado por presentarse justo ahora. Hofmeester

no puede evitarlo, aspira a la perfección. Esta es la fiesta que debe ser perfecta, que debe demostrar que los rumores que circulan sobre él no son ciertos. Lo que él quiere decir, lo que quiere transmitir es lo bien que le ha salido todo: lo bien que le ha salido la vida, lo bien que le han salido las niñas.

Ese es el mensaje oculto del kir, eso es lo que tiene que contar el sashimi, detrás de la caipiriña hay una historia: la historia del padre de Tirza, la historia que acaba bien. Tuvo que criar solo a su hija menor, pero salió bien. Ojalá que por una noche su mensaje sea uno de felicidad.

Al otro lado de la puerta espera una chica. Una de las muchas amigas de Tirza, una que él no había visto nunca.

—Hola —dice la chica.

—Hola —dice Hofmeester.

Mientras tanto piensa en su esposa que se ha convertido en una vergüenza y se pregunta qué estará pasando exactamente en el salón. Lo hace igual que hacía entonces, después de que ella se fuera de casa, por las noches mientras Tirza hacía los deberes o llamaba a sus amigas en su cuarto, entonces también se preguntaba: ¿dónde estará ahora? ¿Qué estará haciendo? ¿En qué brazos estará? ¿Qué llevará puesto? ¿Se arrepiente? El silencio le obligaba a veces a encender la televisión. Ya no tenía a nadie con quien pelear. Él se había convertido en su único enemigo. Si quería enojarse, tenía que poner un programa de entrevistas. Entonces le gritaba al televisor. Hasta que sintió lástima del televisor y empezó a sentarse delante en silencio.

—¿Es usted el padre de Tirza?

Él asiente, casi alegre porque eso distrae su atención de lo que son preocupaciones a todas luces innecesarias. Ya no están juntos, no tienen ninguna relación. Si su esposa quiere hacer el ridículo, allá ella.

—Soy Ester sin hache —le dice la chica.

—Ester sin hache —repite él—. Soy Jörgen con diéresis en la o.

Sospecha que su aguda respuesta es graciosa y esa sospecha, reforzada por el vino blanco, le provoca un breve instante de euforia. Por un momento, Hofmeester es libre, durante unos segundos avanza como ganador.

Se queda parado junto al guardarropa para recibir algo, una chaqueta, un regalo, un bolso, pero no hay nada que recibir. Ester sin hache lleva unos vaqueros andrajosos y él ve que en el dorso de la mano tiene escritos dos números de teléfono. En los pies calza chancletas. Ha venido sin regalo. Casi cabría decir que ha venido sin ropa. A Hofmeester no le gusta la gente que no hace ningún esfuerzo por ser aceptada.

—¿Puedo ofrecerte una copa de kir? —indaga.

Es la pregunta con la que recibe a casi todos los invitados. Una pregunta sólida como una roca. Sabe por experiencia que después la conversación fluirá sin grandes problemas.

—¿Qué?

—Una copa de kir. ¿Te apetece?

Ella sacude la cabeza.

—¿Hay jugo de tomate?

—Sí, por supuesto. También hay jugo de tomate.

—Sin hielo.

—Sin hielo —repite Hofmeester como si llevara toda la vida haciendo solo eso: tomando nota de los pedidos, colgando abrigos, presentando entre sí a personas cuyo nombre apenas ha entendido.

—¿Y puedo usar el baño?

Él la precede. El baño está al lado de la cocina. Él abre la puerta, enciende la luz y comprueba rápidamente que el inodoro esté limpio. No está mal para una fiesta.

Hofmeester busca el jugo de tomate en el refrigerador. Ha comprado tres envases. Pero ¿dónde están? Desde el salón le llega la voz de su esposa por encima de la música. Habla como si estuviera sobre el escenario de un teatro y su voz tuviera que llegar hasta el fondo de la sala.

Él está seguro de que ayer compró tres envases.

Vuelve a abrir el refrigerador, por algún lugar tiene que estar el jugo de tomate. Se pone en cuclillas, se arrodilla, ¿tal vez en el cajón de la verdura? Mueve de sitio algunas botellas de jugo de naranja y al hacerlo tira al suelo un brik de leche.

Ahora Hofmeester está arrodillado en la leche, delante de su refrigerador abierto, y mira el plato de sushi que ha preparado con mucho amor antes.

No tiene que perder la razón, piensa. No es el momento.

Se levanta rápidamente y cierra la puerta del refrigerador. Se sirve una copa de vino y dice en voz baja:

—Es una hermosa noche. Es la noche de Tirza.

Luego coge el rollo de papel de cocina y seca con esmero la leche.

Se queda al menos medio minuto inmóvil con las bolas de papel de cocina mojado en la mano. Oye cómo tiran de la cadena del inodoro. Aprieta suavemente el papel de cocina. Quiere ser recordado como un encantador anfitrión. Esa tiene que ser una ambición viable.

Esa idea lo obliga a actuar. Tira el papel de cocina y tiene la sensación de haber tenido suerte. De haber escapado de un peligro. En sus rodillas pueden verse dos manchas de humedad, pero ¿quién mirará sus rodillas en una fiesta como esta?

Se atusa el pelo, coge la bandeja con las cervezas, el vino tinto y

un vodka con hielo y se dirige al salón con la sonrisa que lleva estudiando desde hace décadas. La sonrisa de la ficción traducida.

—¿No ves que soy su madre? —le oye decir a su esposa.

Está con un grupo de compañeros de clase de Tirza. Los niños, si es que se les puede llamar niños, la rodean como si fuera un gran pez que han sacado del agua con dificultad.

Hofmeester toma los nuevos pedidos y sube un poco el volumen de la música para evitar que demasiadas personas escuchen sin querer las palabras de su esposa. A pesar de la música fuerte la oye decir alto y claro:

—Estaba de viaje, Tirza se lo ha pasado estupendamente con mi marido. Es una niña independiente, siempre lo ha sido. No necesitaba a nadie.

Hofmeester regresa a la cocina con la bandeja vacía. Prepara dos nuevos rollos de sushi, uno con salmón y otro con atún, se bebe una copa de vino blanco y luego llama por teléfono a Tirza, pero ella no contesta. Poco a poco empieza a ponerse nervioso. Un padre es alguien que siempre debe preocuparse. Sobre todo si la madre se niega a hacerlo.

Oye su voz. «Hola, soy Tirza. Ahora no estoy. Deja un mensaje chulo».

Él nunca ha comprendido lo del mensaje chulo. A veces hay que dejar mensajes que no son chulos, ¿no?

—¿Es que tu teléfono solo acepta mensajes chulos? —le preguntó en una ocasión.

—Sí, papá —le contestó Tirza—. Mi teléfono es para los mensajes chulos. Para los demás mensajes que te llamen a ti.

—¿Dónde estás? —le dice él al buzón de voz—. Tirza, vuelve cuanto antes a casa. Tu fiesta empezó hace rato. Te esperamos.

Después se sienta en el taburete. Se presiona las sienes con las manos y se queda sentado así hasta que ve al profesor de economía entrar en la cocina.

Después de dar algunas vueltas por la cocina, el profesor de economía se detiene, se apoya en la encimera y mira a Hofmeester con una pizca de descaro, como hacen los invitados en las fiestas: echan un vistazo por ahí, se detienen unos minutos en el salón, delante de la librería, y luego se preguntan: ¿cómo será la cocina? Las cocinas revelan muchas cosas.

Hofmeester no quiere ser menos, le devuelve la mirada, sin poder moverse. La alegría que irradia el hombre le resulta hostil a Hofmeester. La felicidad ajena siempre es una amenaza.

El hombre tiene una botella de cerveza en la mano, sobre los hombros lleva una chaqueta de lino. Bien podría ser un estudiante,

pero es profesor y sonríe. El profesor de economía es un hombre que siempre parece estar sonriendo.

—¿Cómo va todo, señor Hofmeester? —pregunta.

Hofmeester se levanta del taburete. Se siente atrapado, como si fuera un huésped en su propia casa, como si lo hubieran pillado en su propia cocina haciendo cosas que es mejor no hacer. Su pantalón negro luce aún algunas manchas en las rodillas, aunque no se ve nada de la leche. Es la ventaja del negro. Las manchas no se ven mucho. Pero él aún siente la humedad que lo penetra todo. Es un hombre húmedo, eso es lo que es: un hombre húmedo entrado en años. Pero nadie debe darse cuenta de eso y nadie se dará cuenta.

—Estupendamente. Llámame Jörgen. Me llamo Jörgen. ¿Y tú? ¿Te lo estás pasando bien?

Hofmeester habla con voz suave y en tono educado, habla como alguien que se contiene sin esfuerzo.

¿Te lo estás pasando bien? ¿Es esa una pregunta que se le hace a un profesor de economía? Lo duda, pero es demasiado tarde para arreglarlo. Se acuerda de que el profesor de economía se llama Hans. ¿No había un personaje de cuento que se llamaba Hans?

Hofmeester se siente mareado. Ya no quiere sentarse en el taburete. Se concentra en los zapatos del profesor de economía, unos zapatos negros con hebilla. Un personaje de cuento que se llamaba Hans no logra recordar cuál. Antes, les leía mucho a las niñas, también libros que aún no podían comprender. Para inculcarles el amor al arte y a la cultura, uno debe mantener alerta a sus hijos. A los diez años, Tirza ya conocía a Don Quijote y sus aventuras, a los doce tuvo que tragarse a la señora Bovary y su adulterio, y cuando cumplió catorce, a pesar de que ya no quería que su padre le siguiera leyendo en voz alta, Hofmeester seguía subiendo a su cuarto con un ejemplar de la biblioteca rusa bajo el brazo.

—Vete —chillaba ella cuando lo veía entrar en su dormitorio—. No quiero esas memorias del subsuelo, no quiero oírlas. Vete, papá. Vete, papi. Vete.

Ella pataleaba, pero él se sentaba en el borde de la cama y la acariciaba hasta que se había calmado. Entonces abría el libro y le leía durante un cuarto de hora unas páginas de *Memorias del subsuelo*. Nunca es demasiado temprano para empezar con los grandes rusos. Si un adolescente comprende el nihilismo, más tarde no tendrá que pasar por esa fase.

—Es una bonita fiesta —dice Hans.

El hombre mira alrededor, no hace ademán de ir a marcharse. La cocina le parece un buen sitio, acogedor y confortable. Allí, apoyado en la encimera, las horas transcurren plácidamente. Otra noche que se

ha acabado.

El fin de semana en los hogares, por la mañana el ruido del exprimidor, por la noche el televisor, cada tres meses una fiesta. Hacer la compra juntos. Comprar un CD juntos. Rellenar un crucigrama juntos. Así debe de vivir el profesor de economía.

Esa vida en familia le suena a Hofmeester, aunque tampoco tanto. Se atusa el pelo y le ofrece sushi al profesor de economía, mientras se imagina la vida de ese hombre: ordenada y feliz.

Antes, cuando el silencio acababa de hacer acto de presencia en esta casa, él lamentaba a veces no saber tocar el piano. De lo contrario, por las noches y los domingos por la tarde, se habría sentado al piano rodeado de tres o cuatro amantes de la música, igual que otras personas se sientan en el bar con unos amigos.

Él no tenía talento para la amistad, como otros no tienen talento para el dibujo o los idiomas. Precisamente por eso le hubiese gustado tocar un instrumento musical. En lugar de hablar con otras personas, a él le habría gustado hacer música para ellas. Uno habla para transmitir sus pensamientos. Hofmeester tiene sobre todo pensamientos que no pueden transmitirse, que son secretos y deben mantenerse ocultos, en interés de ambas partes.

Antes, Tirza tocaba el violoncelo. Tenía mucho talento, pero acabó dejando de lado el violoncelo. Solo a veces, después de que se marchara la esposa, cuando el silencio amenazaba con volverlo loco por las noches, cuando ya no aguantaba más, por mucho que se hubiese esforzado —dar veinte vueltas por el jardín, leerse en voz alta fragmentos de *Diario de un escritor* de Dostoyevski— entonces Hofmeester subía la escalera y llamaba a la puerta de Tirza.

«¿Ya has acabado los deberes?» —le preguntaba.

Si ella le contestaba que sí, el proponía: «¿Quieres bajar a tocar el violoncelo?». Pero solo lo decía si ella había acabado los deberes. La escuela era lo primero, era más importante que el violoncelo.

—Su hija es una chica especial. Sensible, con talento y ágil —dice el profesor de economía pensativo con la cerveza en la mano, como si lamentara la despedida, el hecho de que Tirza hubiese aprobado, o su propia carrera. El hombre se seca la boca y añade—: no conviene comer demasiado sushi.

Hofmeester asiente. Abre la boca. Ha tomado la decisión de decir algo. Ahora o nunca. Va a hablar.

—Tirza es muy sensible —dice—. Y tiene mucho talento, ya lo tenía de pequeña. Con apenas año y medio ya lo comprendía todo. Todo.

—Y además es guapa.

—Además es guapa —confirma Hofmeester.

—Y madura.

Hofmeester asiente por enésima vez.

—He oído que piensa recorrer el mundo.

—No el mundo entero. Quiere viajar durante un tiempo. A África. Botsuana, Sudáfrica, Namibia. Tal vez Zaire. Siempre ha sentido interés por ese continente. ¿Quieres otra cerveza?

Ahora, Hofmeester también se apoya en la encimera. Desde el salón llegan voces vagas a la cocina. Voces incomprensibles. Hofmeester no tiene interés en saber lo que dice su esposa. Se relaja y piensa en Schiphol, la terminal de salidas por la que se pasea cinco días a la semana. Igual que un avión está hecho para volar, así está hecho él para la soledad. Solo de vez en cuando toca a otra persona, como un avión toca el suelo. Para luego volver a elevarse rápidamente y a toda máquina. Un avión que se queda demasiado tiempo en tierra ya no vuelve a despegar. Cada día un aterrizaje forzoso. Cada hora un aterrizaje forzoso. Su vida es un gran aterrizaje forzoso.

—Sí, gracias —dice el profesor de economía dejando su botella vacía en el fregadero.

—¿Un vaso?

El hombre niega con la cabeza.

—Asegúrate de que se lleve sus propias agujas cuando vaya a Botsuana y a Zaire —acepta la cerveza que le tiende Hofmeester y se la lleva enseguida a la boca.

Hofmeester lo observa. Vuelve a sentirse mareado.

—¿Sus propias agujas?

—Sus propias agujas hipodérmicas. Cuando vas a África, tienes que llevarte tus jeringuillas. Uno nunca sabe cuándo acabará en el hospital.

El padre de Tirza puede imaginarse que las alumnas se enamoran en secreto, o no tanto, del profesor de economía. Irradia eso que todo el mundo necesita. Seguridad, no solo en el futuro, sino en todo. En la propia vida. En la bondad de todo lo que vive. Una inmensa confianza, eso es lo que irradia.

—¿Has estado allí?

—¿En África? —pregunta el hombre—. Nunca. Sí, en Egipto, en Hurghada, en las islas Canarias. Pero ¿se le puede llamar África a eso? Conozco a personas que han estado en el África de verdad y se llevaron sus agujas hipodérmicas consigo. Si vas a Ciudad del Cabo, no necesitas jeringuillas, pero ¿Ciudad del Cabo sigue siendo África?

Se hace un silencio. La conversación parece haberse acabado en Ciudad del Cabo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Hofmeester se separa de la encimera. Cruza los brazos—. Tal vez te parezca una pregunta rara.

—Pues claro —le dice el hombre—. Claro, tú pregunta. Aunque sea una pregunta rara. Estoy acostumbrado.

Sonríe y toma un sorbo de cerveza. Hofmeester vuelve a sentirse mareado. Ahora es peor. El mareo es el síntoma de un pensamiento indeseable. El infierno son los pensamientos que no deberían estar ahí, pero que no hay forma de ahuyentar.

—¿Qué es exactamente un fondo de cobertura?

Un momento antes, el profesor de economía aún exhibía una sonrisa jovial y atractiva. A él se le puede preguntar cualquier cosa. Para eso está. Para dar respuestas, incluso a las preguntas sin respuesta. Pero, por lo visto, no se esperaba esta.

—¿Un fondo de cobertura?

—Un fondo de cobertura —repite Hofmeester.

Si le hubiese preguntado: «¿Cómo es la vida sexual del cocodrilo?», el silencio no habría sido más opresivo.

—De acuerdo, ¿cómo podría explicarlo? —dice el profesor de economía tras unos segundos—. Es una especie de fondo de inversión. Un fondo de inversión que también obtiene o puede obtener beneficios aunque los mercados no suban. Los fondos de cobertura no suelen registrarse públicamente.

Quiere decir algo más, pero por lo visto no sabe qué. Sonríe y por primera vez parece un poco desamparado. Perdido en una conversación que no querría haber mantenido nunca en su noche libre.

Hace unos cinco años, cuando Hofmeester viajó al extranjero con siete semanas de alquiler en su maletín, la asesora del banco le habló de los fondos de cobertura. No, él le habló a ella de los fondos de cobertura. Los fondos de cobertura eran el no va más.

Lo había leído, lo había oído en algún sitio. El fondo de cobertura zumbaba alrededor como un secreto grande y especialmente atractivo. Él no había comprendido del todo la explicación del fondo de cobertura, pero en esos casos había que confiar en la intuición. Su intuición nunca le había fallado, al menos no en lo referente a los asuntos bancarios.

—Una inversión en un fondo de cobertura empieza con un millón —le dijo la asesora del banco.

Un millón era más o menos lo que tenía Hofmeester. Había ahorrado con fervor, oh, bueno, había pasado algo más que el alquiler a su cuenta en ese banco. Una herencia por aquí, las ganancias del velero vendido por allá, y también su paga de vacaciones. Todo se iba a la cuenta de inversión para que sus hijas tuvieran acceso a mundos en los que Hofmeester nunca había entrado.

—¿Está usted seguro de que no quiere repartir un poco sus

inversiones? —le preguntó la asesora.

Era una joven de cabello rubio, enfundada en un traje negro ceñido. Una abundante melena. Era nueva. Antes, siempre le había atendido un hombre. Un hombre le había asesorado sobre inversiones. Un hombre de cabellera castaña. Al menos lo que quedaba de ella, pues se le veían muchas calvas. Hofmeester veía muchas, y cuantas más veía, menos se atrevía a hablar. Cuantas más veía, más sentía surgir pensamientos que no podía compartir nunca con el mundo. Le habría sido útil ser ciego por ese motivo.

—Hay que tener confianza —dijo Hofmeester—. Y hay que arriesgarse un poco.

La idea de la independencia económica que se acercaba cada vez más y que garantizaría que sus hijas no fueran unas mandadas, así como el traje negro y ceñido de la asesora infundieron optimismo a Hofmeester. Un optimismo rayano a la temeridad. Oh, había esperanza, solo había que mantener los ojos bien abiertos para verla. Los resultados que había alcanzado el fondo de cobertura en el pasado eran espectaculares. Eso era indiscutible. Él lo había entendido. Espectacular. Una palabra irrefutable. Una palabra que le recordaba al sexo, a sexo prohibido en un ascensor o en un retrete.

—Tengo que advertirle que el coste es elevado.

—Pero los resultados son espectaculares.

—Los resultados son espectaculares —confirmó la empleada del banco. Pronunció la palabra «espectaculares» como si se tratara de un manjar exótico—. Y es un fondo de cobertura muy popular.

Le pareció que a ella se le iluminaba la cara al mirarlo.

—Lo quiero —dijo Hofmeester con la boca seca— quiero ese fondo de cobertura.

Y la miró como si ella fuera el fondo de cobertura. Por un momento, tal como la vio delante de él, como una modelo, no le cupo ninguna duda: la señorita del banco era un fondo de cobertura de carne y hueso.

—Entonces, ¿lo hacemos? —le preguntó ella como si aún dudara, pero era evidente que lo preguntaba por mera formalidad—. ¿Todo?

—Todo —dijo Hofmeester.

El nombre del fondo en el que él iba a invertir su capital era exótico, pero inspiraba confianza, como si siempre hubiese estado allí, como si hubiese llevado una vida secreta durante décadas. Y esa cosa seductora se le revelaba solo ahora, como un dios que lo hubiera elegido inesperadamente para informarle sobre su existencia.

Ella escribió algo en un papel que Hofmeester firmó alegre, casi magnánimamente, con su propia pluma y después le preguntó:

—¿Otro café?

—Con mucho gusto.

—¿Y unas galletitas?

—Delicioso —dijo Hofmeester.

Cuando llegaron las galletas, Hofmeester cogió una de la bandeja, con tanto entusiasmo que se deshizo entre sus dedos. Miró las migajas, y luego miró a la señorita.

Pero la señorita del banco no lo vio y él siguió siendo el que era, el hombre que traía el alquiler. No para él, sino para sus hijas. Para su futuro. Para un futuro mejor. La felicidad asequible.

En marzo del año siguiente volvió a ir al banco con el alquiler de los meses anteriores. El fondo de cobertura iba viento en popa. Espectacular, esa era la palabra. Sí, la independencia económica estaba de verdad al alcance de la mano.

Un año más tarde, a finales de marzo, volvió a viajar al banco. Todo era igual, todo fue como siempre, el mismo viaje en tren, el mismo despacho, el mismo ordenador, la misma asesora, aunque ahora no llevaba un traje negro ceñido, sino una falda gris con una blusa blanca. Todo era igual, incluida su cabellera rubia y abundante, y también la camarera con el café y las galletas, todo estaba igual. Lo único que faltaba era el fondo de cobertura. Se había evaporado. Desintegrado. Desvanecido.

—¿Cómo es posible? —preguntó Hofmeester.

Recibió una explicación larga y técnica que no comprendió porque no podía escuchar bien. No lograba concentrarse. En la palma húmeda de su mano tenía pegadas las innumerables migajas de una galleta.

Solo podía pensar: estoy derrotado. Pero no sabía quién o qué lo había derrotado. No la señorita que se encontraba al otro lado de la mesa, con sus labios rojos y su blusa blanca. Una mujer a la que le hubiese gustado besar en una ocasión, pero él tenía su deseo bajo control. Su deseo era una oveja domada que hacía trucos ante un público pequeño, pero fiel. No podían ser los inquilinos, pues esos habían pagado religiosamente; tampoco el banco, que no tenía la culpa, eso es lo que entendió de las palabras de la señora que le sonreía amablemente. Lo sentía mucho, y él casi la creyó. Estaba tan desolada como él y repetía una y otra vez las palabras «economía mundial». Eso sonaba como «judaísmo mundial», pero más inocente y por ello menos terrible.

Él, Jörgen Hofmeester, que había engañado al fisco y a sus inquilinos, que había ahorrado para dar a sus hijas una independencia económica que muchos otros envidiarían, él que había trabajado porque vivía con el convencimiento de que el trabajo era la única medicina contra la tristeza y el sufrimiento, él había sido derrotado por la economía mundial. Básicamente se reducía a eso. La economía

mundial lo había humillado. En la economía mundial había encontrado al enemigo que era demasiado fuerte para él, demasiado fuerte para el depredador. Por fin un enemigo de verdad. Pero era un enemigo sin rostro y sin nombre. Uno al que no se le podían pedir cuentas. La economía mundial era un enemigo que no rompería el silencio. Ese enemigo lo dejaba frío. Nunca podría abrazar a la economía mundial para morderla hasta hacerla desangrar. La economía mundial no tenía rostro.

—Hemos atravesado unos tiempos difíciles —dijo la señorita con expresión triste, y no obstante, él vio que no estaba realmente apenada, más bien parecía alegre y feliz—. Primero la burbuja de internet, después el once de septiembre. Fueron golpes muy fuertes y algunos operadores del mercado no pudieron recuperarse de los golpes.

—El once de septiembre, ¿qué tiene que ver con esto?

Hofmeester recordaba aquel día como el día en que cayó el muro. Se acordaba de haberle dicho a su hija: «No lo olvides, esto es historia». Y eso era para él: historia y nada más.

—Ay —dijo ella—, señor Hofmeester, hoy en día todo tiene que ver con todo. Ya sabe lo que dicen: si un continente tose, el otro se resfría. Pero dígame, ¿cómo están sus hijas? Tenía dos hijas, ¿no es cierto?

Ahora, la historia amenazaba con volverse personal. La anónima economía mundial adquiría un rostro, un cuerpo y un nombre. Mohamed Atta, le había quitado a Hofmeester su dinero, la independencia económica, la libertad de sus hijas que estaba tan cerca, tan terriblemente cerca. Mohamed Atta era el culpable, Atta había decapitado el fondo de cobertura de Hofmeester.

—¿Qué me ha preguntado?

—Que cómo están sus hijas.

—Muy bien —contestó él—. ¿Por qué no me llamó para decírmelo?

—No pudimos contactar con usted.

La conversación llegaba lentamente a su fin. En su cuenta quedaba algo, unos dos meses de alquiler, y el ingresó los ocho meses que había traído consigo.

La mujer del banco le preguntó:

—¿Quiere invertirlo?

Pero él dijo:

—Déjelo en una cuenta de ahorro.

Se dieron la mano.

—Hasta dentro de un año —le dijo ella.

Después, él salió del banco. Era un día de primavera soleado. La

gente se paseaba por primera vez sin abrigo por la calle. La alegría que eso conllevaba.

Así es como llega a su fin la independencia económica, pensó. Como todo llega a su fin. Una horita y sanseacabó. Y te dan otra galleta. Una mirada compasiva. La compasión que debía despacharse en diez minutos, pues los costes salariales son elevados.

Se paseó por una calle comercial, miró los rostros de las demás personas y se preguntó si también habían sido derrotadas por la economía mundial. O por Mohamed Atta. O por ambos a la vez. ¿Podían reconocerse los derrotados? ¿O permanecían para siempre en el anonimato? Vencedores y vencidos paseando fraternalmente por una elegante calle comercial. Callejeando para siempre. Nadie podía separar el grano de la paja.

Se detuvo delante de una zapatería. Examinó el calzado de caballero. Esta primavera imperaba el calzado marrón. A él no le gustaban los zapatos marrones. Tampoco los trajes marrones.

Se preguntó por qué no le quedaba nada. Por qué se lo habían quitado todo. No se le ocurría ningún motivo bueno. ¿A qué propósito servía? ¿A qué juego estaban jugando? Y ¿quién jugaba con él?

Entonces entró en la tienda, se probó unas botas negras, pero mientras se las calzaba comprendió que ya no se las podía permitir. Que a partir de entonces se podía permitir pocas cosas. Incluso, durante una fracción de segundo, tuvo la tentación de desvestir a la dependienta y penetrarla allí mismo, aunque solo fuera porque el dominio de sí mismo ya no tenía nada que ofrecerle. El deseo es la forma suprema de indiferencia. La miró.

—¿Le enseño otro par de botas? —le preguntó ella—. ¿O quizá unos zapatos? Le vendrán bien para el verano.

Quien comete un crimen, ya nunca más está solo. Allí donde vaya, lo acompañará el crimen. Pero él no se atrevía, el vigilante apostado junto a la puerta no lo perdía de vista, y por ello huyó de la tienda. Tenía tanta prisa que se olvidó el maletín en la zapatería. La dependienta corrió detrás de él.

Hofmeester miro dentro del maletín. Aparte de dos manuscritos, cuatro lápices y una banana, había folletos de fondos de cobertura y otros fondos de inversión por el estilo. Folletos a todo color, impresos en papel satinado, él sabía lo que costaba la imprenta. En la concurrida calle comercial hojeó los folletos mientras sujetaba el maletín debajo del brazo. La gente chocaba con él. Él estorbaba, pero no se movía. Veía los gráficos, las cifras, el lenguaje en el que se describía el futuro, un futuro halagüeño y despreocupado.

Después lo volvió a meter todo dentro. La derrota ya no era una pesadilla, una visión para las cálidas noches de verano. Ya había

llegado. La derrota se había presentado sin previo aviso.

¿Cómo vive uno después de haber sido derrotado? ¿Miras a la gente o precisamente no? Tal vez sea mejor mirar al suelo, con la esperanza de que no te vean mientras tú no los veas a ellos.

En un McDonald's compró un helado de vainilla que se comió sentado en la acera, al lado de un grupo de jóvenes. Lo observaron durante unos segundos, riéndose y poniendo cara de extrañeza, con las mochilas llenas de libros de texto junto a ellos, y después optaron por ignorar a aquel viejo con su helado. Lo dejaron en paz. Lo dejaron marchar.

Él todavía tenía a Tirza. No se lo habían quitado todo. Le habían dejado algo. A Tirza. Le habían dejado lo más hermoso, lo mejor, lo más querido. Le habían dejado a la reina del sol.

Después se levantó y aunque seguía sintiéndose abatido, caminó hacia la estación sin mirar únicamente al suelo. A fin de cuentas seguía teniendo a Tirza, lo esperaba en algún lugar, en otro mundo donde no había fondos de cobertura, en otro país, en otra existencia.

Sin embargo, en el tren de vuelta a casa, el pensar en la reina del sol no pudo impedir que se avergonzara por haber sido derrotado por la economía mundial. Se apoderó de él una terrible vergüenza, que lo abarcaba todo y que desembocaba en una única idea: ya no puedo mirar a la gente a la cara.

Así se convirtió en un hombre que miraba al suelo cuando caminaba por la calle, un hombre que observaba sus zapatos cuando se paseaba con un carrito por el supermercado, un hombre que evitaba las miradas de otros como si temiera que su historia pudiera leerse en su cara. La historia como una herida sarnosa. Una marca.

En casa escondió los folletos sobre los fondos de cobertura en un cajón. Era como si enterrara no solo los folletos, sino toda su vida.

—Son muy populares —le dice el profesor de economía—. Eso sí, hay que andarse con cuidado. Mire, cada día los fondos de pensiones tienen que invertir su dinero en algo. Y si el mercado se estanca, entonces se buscan alternativas. Así surgió el fondo de cobertura. Pero en realidad ya pasó su época dorada. ¿Puedo preguntarle por qué quiere saberlo?

Hofmeester lo agarra por la chaqueta de lino, sin ejercer fuerza, de manera casi casual, como si hubiese visto una mancha que, como corresponde a un buen anfitrión, quiere quitarle.

Esta noche todo es distinto. Esta noche él mira a la gente a la cara. Esta noche lo ha olvidado todo. Esta noche él es el que era antes, pero mejor, una versión mejorada del viejo Hofmeester, pues esta es la fiesta de la reina del sol.

—Así que hay que andarse con cuidado —dice Hofmeester—. Igual que con un arma cargada.

—Nunca lo había mirado de esa manera, pero se podría mirar así.

Una risa, un trago de cerveza. Otra risa. El profesor de economía es realmente encantador, casi lo desarma a uno.

Hofmeester lo suelta, agarra el mezclador de la improvisada barra y empieza a sacudirlo con furia. Los amigos de Tirza tienen que probar más cócteles. En la fiesta de su hija menor, debe estar contento. Alegre. Animado. Esperanzado. En la fiesta de su hija menor él mismo es un poco el festejado. Deja el mezclador en la encimera y se sirve media copita de vino. Choca su copa con la botella de cerveza del profesor de economía.

—Es una chica muy especial —dice—. Es…

No encuentra las palabras.

Pensar en su hija lo abruma, no deja nada de él, lo reduce a un apéndice de esa hija. Un apéndice insignificante y superfluo.

—¿Tirza? Sí. Tengo un vínculo especial con ella. Con más alumnos de su clase, es una clase especial, pero sobre todo con Tirza. Es tan alegre, tan abierta. Y uno nunca sabe lo que tendrá el año que viene.

El profesor de economía da un paso en dirección a la puerta. Ya se ha cansado de la cocina. De todas formas, tampoco le apetece comer sushi. Ni le gustan especialmente los cócteles. Regresa al lugar donde se celebra la verdadera fiesta, el corazón palpitante de la fiesta, el salón.

—Los fondos de cobertura desaparecen a veces, ¿no? —le grita Hofmeester mientras lo ve alejarse—. Dejan de existir. Como si nunca hubiesen estado allí.

Hofmeester tiene la voz ronca. Se acuerda de su agitación después de la conversación en el banco. Décadas enteras de alquiler y ganancias de capital perdidas. Le gustaría saber dónde está su dinero. No hace falta que se lo devuelvan, pues se ha reconciliado también con esa pérdida. Ha aceptado que ya no está, pero le gustaría saber quién tiene ahora su dinero. El capital no se destruye, ¿verdad que no? Solo desaparece de un bolsillo para acabar en otro. Él querría ver una cara con ese bolsillo. Una foto del hombre que ahora tiene su dinero, una foto de la casa donde vive ahora todo su alquiler ahorrado. Igual que siempre sintió curiosidad por el amor de juventud de su esposa. Una curiosidad quizá malsana por el hombre que le ganó la batalla.

—A veces, los fondos de cobertura desaparecen —dice Hans cuando ya está en el pasillo—. Es como la naturaleza.

Después se va, igual que entró en la cocina. Distraído, con la botella de cerveza en la mano. Un hombre afortunado. Hofmeester lo

sigue con la mirada.

Se lava la cara, se seca con papel de cocina, llama una vez más a Tirza, pero vuelve a saltar su buzón de voz, así que se dirige al salón para tomar nota de los pedidos y charlar.

Mientras prepara algunos cócteles se bebe rápidamente una copa de vino. Tiene que relajarse, como Hans. Tiene que dejar que todo le resbale. Puede hacerlo. Ha alcanzado una edad en la que ya nada puede afectarlo.

Así vuelve a la fiesta, le parece que está mucho mejor que al principio de la noche. El vino blanco lo relaja, se siente casi ligero. Un poco más y será frívolo.

En el salón hay algunos invitados bailando. Han apagado las luces encima de la mesa del comedor y han apartado algunas sillas.

Tres chicas, un chico y su esposa bailan.

La esposa baila con el chico. Él lo conoce, ya ha venido varias veces a esta casa, pero Hofmeester no recuerda su nombre. Solo sabe que es un nombre con una sola sílaba. A veces le pasa también cuando lee: no capta lo que pone, solo ve las sílabas. Las cuenta, una, dos, tres, cuatro. Las sílabas saltan delante de sus ojos, como salta ahora su esposa con el chico. Lo llaman bailar. Con desenfreno, no lo hace del todo mal, teniendo en cuenta que su cuerpo está comprimido en un pedazo de tela en el que parecía humanamente imposible meterlo.

Siempre ha bailado bien y lo hacía con gusto. Lo sigue haciendo bien. Solo cuando se ven fotos de ella de hace unos cinco o seis años, se aprecia lo mucho que ha envejecido. Solo cuando se ven las fotos se asusta uno.

Más que a la madre de sus hijas, es eso lo que está mirando Hofmeester: una mujer, justo antes de marchitarse, que baila con un muchacho de dieciocho como si no pudiera marchitarse. Como si fuera a seguir siendo joven. Y él lo lamenta. Se da cuenta de que lo siente, el disgusto casi ha desaparecido, la irritación se ha debilitado. Es mucho más fácil reconocer al más fuerte en el enemigo. Y entonces, el enemigo resulta ser tan débil como tú, o quizá más. También derrotado. Un enemigo marchito ya no es un enemigo.

La historia, el mito alrededor del cual uno ha tejido su identidad durante todos esos años, resulta haber perdido vigencia. «La madre de mis hijas se marchó con su amor de juventud. La madre de mis hijas creía ser pintora». Esa historia ya no funciona, pues ese amor de juventud ha desaparecido y la madre de sus hijas vuelve a estar aquí de repente. Vestida con ropa ligeramente absurda, pero eso no quita que esté aquí otra vez.

Esto es lo que él ve cuando mira la pista de baile. Su propia historia disfrazada de autoengaño. La flor de la eterna juventud. Esa

flor le recuerda a un fondo de cobertura. Promesas, papel satinado, resultados espectaculares. Un sueño de fondo de cobertura. Un sueño de mujer. La frágil felicidad al alcance de la mano.

La esposa apoya las manos sobre los hombros del joven. Por dios, ¿cómo se llama? Ha comido aquí, incluso dos veces. Es un chico educado, algo callado, eso sí, pero por lo demás nada que objetar. Incluso se ofreció a ayudarlo a recoger.

Hofmeester cree que tuvo un rollo con Tirza, pero no está seguro. En lo que concierne al amor, su hija fue muy voluble hasta hace medio año. Con quince años ya sabía que después de su graduación se iría un año a África, pero en relación con los chicos, cada semana cambiaba de opinión. «Sencillamente tengo buenos amigos —decía— y algunos de ellos son casualmente chicos, pero eso no significa nada. Ojalá significara algo». Y luego se echaba a reír como si fuera un chiste y Hofmeester se reía con ella.

Hace tres años, unas semanas después de que la esposa desapareciera hacia la casa flotante, Tirza le preguntó durante la cena:

—Papá, ¿cuándo voy a perder la virginidad?

Hofmeester estaba hundiendo la cuchara en su postre, una *panna cotta* del catering que había unas calles más lejos. Oyó la pregunta y bajó la cuchara. Y luego miró su reloj.

—Todo el mundo pierde su virginidad —dijo—. Tarde o temprano, le pasa a todo el mundo, Tirza.

—En mi clase, ya casi todos han dejado de ser virgen. ¿Cuándo me pasará a mí? Tú lo sabes todo, ¿no?

—No todo. En realidad, más bien poco.

Lamió la cuchara y la dejó de lado. La *panna cotta* ya no le sabía bien.

—Pero tienes una opinión sobre todo, ¿no? Sobre las cosas más raras. ¿Cuál es tu opinión sobre el hecho de que todavía no me hayan desvirgado? Que todos los de mi clase ya hayan perdido la virginidad, salvo los bobos, los frikis y los que están llenos de granos; todos los demás sí, salvo yo. ¿Qué me dices de eso?

Ibi no estaba. En aquella época, Ibi ya estaba desapareciendo, se estaba disolviendo, distanciando del mundo del que había salido.

Hofmeester miró sus cubiertos. Estaba solo con su hija menor, se quedaría solo con ella.

—Las cosas suceden por un motivo y si no suceden es también porque hay un motivo. Si aún no has perdido tu virginidad es porque todavía no has encontrado al chico ideal.

Tirza suspiró y dijo:

—Puf —y otra vez—. Puf.

Todavía le quedaba media *panna cotta* en el plato, la cortó con la

cuchara en tres trozos.

—Eso es una tontería, papá —dijo—. Es tan anticuado. No se trata de que te desvirgue el chico ideal. Se trata de que suceda. Eso es lo más importante. Es lo único que cuenta. Quiero que me ayudes. Quiero que me digas quién tiene que desvirgarme.

Hofmeester se apretó las manos contra las mejillas como si de pronto tuviera un fuerte dolor de muelas.

Miró a Tirza, su hija menor superdotada que no podía perder la virginidad con cualquiera. Antes, ella nadaba mucho. Participaba en competiciones. Tres veces por semana él la acompañaba al volver del trabajo en bicicleta a la piscina. Era casi tan fanático como ella. No, era más fanático. Sus hijas tenían que hacer lo que él no había hecho, lo que había olvidado hacer, lo que había dejado de hacer debido a las circunstancias: sobresalir. Al fin y al cabo había una cosa que no le podían reprochar a Hofmeester, no podían decir que no había visto que en este mundo solo hay sitio para los campeones. El resto era sacrificado o simplemente apartado, tirado a un rincón. Y ni siquiera los campeones escapaban siempre al destino.

Hasta que Tirza enfermó. Entonces se acabó la natación.

—Voy a decir los nombres de todos los chicos adecuados hasta que digas: «Para». ¿Te parece bien, lo hacemos así? Yo sola no puedo elegir. No sé qué hacer.

Se levantó de la silla, se colocó detrás de él y lo abrazó.

Y él se quedó mirando su *panna cotta*, escuchando la voz de su hija, mientras él apretaba las manos contra las mejillas, y por un instante pensó que su esposa tal vez llamara, justo en ese momento, para explicarle dónde había estado todas esas semanas.

—Tienes que ayudarme —dijo Tirza—. Los padres están para ayudar a sus hijas, ¿si no para qué? Venga, ayúdame, papi.

—Tirza —le dijo él—, no seas ridícula. Por favor, no seas ridícula. Déjate ya de tonterías. Cómete la *panna cotta*.

Ella se apretó más a su silla.

—Ahora voy a decir los nombres de los chicos, con una breve descripción. ¿Estás listo? David, moreno, pelo liso, cerca de un metro setenta y cuatro.

—No —gritó Hofmeester—. No, Tirza. Ve a sentarte. Ya basta. Déjalo ya. Siéntate.

Golpeó con la mano en la mesa.

Ella lo soltó y volvió a su silla.

Se quedó allí de pie y tomó un bocado de *panna cotta*.

—No estés triste —le dijo—. No estés triste, papá. Es que me gustaría tanto perder la virginidad. ¿Verdad que no soy fea? Entonces, ¿por qué no sucede?

Él se metió también otra cucharada de postre en la boca. Ella se sentó. Él se secó las manos, aunque no se le había quedado pegado nada, y luego las volvió a apretar contra las mejillas.

—Eres muy guapa, Tirza —le dijo—. Guapísima, no tiene nada que ver con eso. Pero los chicos son tímidos, tardan en perder la timidez y no siempre lo consiguen. Tienes que hacer que se sientan cómodos.

—¿Cómo?

Apretó las manos contra los ojos, recordaba cómo había ido a la clínica en Alemania, y por primera vez en su vida empezó a rezar. No con palabras, era más un canto, un zumbido. Interiormente zumbaba como un gran insecto.

—Pero ¿cómo? —le preguntó ella otra vez—. ¿Cómo tengo que hacer que se sientan cómodos los chicos? Se comportan de forma tan rara.

Apretó las manos más fuerte contra los ojos. El zumbido se detuvo.

—No debes olvidar que te tienen un poco de miedo —dijo él con suavidad—. Tienen miedo de todo, pero sobre todo de ti. Por eso debes llevar al chico que hayas elegido a un lugar donde nadie pueda veros, tiene que ser un lugar secreto. Y allí debes tocarlo con dulzura. Primero se asustará. Pero tú no debes asustarte. Pase lo que pase, no te asustes nunca. Tienes que tocarlo otra vez. Y luego decirle: «Soy Tirza y te quiero».

En la medida de lo posible apretó aún más las manos contra sus ojos y esperó que recogieran las lágrimas, que estas no gotearan de sus dedos, que quedaran escondidas de la vista del mundo por las manos con las que tanto le gustaba trabajar en el jardín.

—¿Y después, cuando haya dicho esto?

—Entonces… —tragó—. Entonces… ¿Qué lleva puesto el chico que has elegido, una camiseta o una camisa o un abrigo?

—Una camisa.

—Entonces —dijo Hofmeester—, entonces tienes que desabrocharle lentamente la camisa, primero los botones de arriba y después los de abajo. Se resistirá, tal vez incluso quiera marcharse, pero tienes que agarrarlo del brazo y decirle: «No te vayas, porque soy Tirza y te quiero».

—¿Y luego? Dime.

Hofmeester ya casi no podía. Hundía cada vez más la cabeza. Sentía los ojos rojos e hinchados, las manos mojadas y viejas.

—Entonces… —respiró profundamente. Y una vez más. Como cuando subió por la escalera, en busca de Ibi que no había vuelto de casa del inquilino. La misma sensación de sofoco, de asfixia—. Entonces tienes que apretarlo contra ti y no olvidar lo asustado que está, recordar que te tiene más miedo a ti que a la muerte, porque eres

una mujer, Tirza. Y luego tienes que sentirlo, tienes que sentir cómo es y cómo está allí, tienes que olerlo, tienes que besarlo, tienes que apretarlo contra ti y sujetarlo como si quisiera escabullirse y eso es lo que quiere, pero tú debes seguir sujetándolo. Porque él quiere que lo sujetes, quiere zafarse y quiere que lo sujetes, pero tienes que ser más fuerte, es la única solución. Y después debes decirle: «¿Quién eres tú? Soy Tirza y te quiero, ¿quién eres tú?».

En aquel momento se escapó un grito de la boca de Hofmeester, un grito como una sirena. Breve pero intenso, uno que podría haberse oído a millas de distancia.

Tirza se había levantado. Hofmeester, sobresaltado por su propio grito, también se levantó.

—¿Qué pasa, papá? —le preguntó ella—. ¿Qué pasa?

Por miedo a que ella viera sus lágrimas, la apretó contra sí. La abrazó y la besó, le besó el cabello, las mejillas, la nariz, los labios, las orejas.

—Nada, Tirza —le contestó él—, no pasa nada. Tuve una ensoñación, tuve un pensamiento desagradable. No pasa nada. Todo saldrá bien. Todo está bien.

Abrió las puertas del jardín, y se la llevó a la oscuridad del jardín, aunque en realidad hacía demasiado frío para salir sin abrigo, pero él esperaba que allí no le viera los ojos enrojecidos.

—Entonces, así es como debo hacerlo —dijo ella cuando se detuvieron en el césped. El césped mojado.

—Así debes hacerlo —le contestó él, con la cabeza algo apartada, mirando el cobertizo, los árboles, las casas de la Willemsparkweg.

—Pero ¿por qué me tienen miedo los chicos?

En algún lugar al otro lado de la calle, en una habitación apagaban las luces, seguramente el cuarto de los niños. Había acabado la hora de leer un cuento.

Y aún con la cara apartada, él le contestó:

—Porque creen que eres inaccesible. En cuanto te hayan roto, ya no tendrán miedo de ti.

Ella se puso de puntillas y susurró en la oreja de su padre:

—Soy Tirza y te quiero.

# 3

HOFMEESTER ESTÁ DE PIE JUNTO AL SOFÁ AL LADO DE LA señorita Veldkamp, que no se ha movido en toda la noche, y por enésima vez se pregunta dónde estará Tirza y por qué no llama. Es sensata, es cierto que ya no es una niña, sino una adulta. Más adulta que muchos de su misma edad, sin duda habrá una buena razón para llegar tarde. Tal vez sea anticuado llegar a tiempo a la propia fiesta. Él ya no sabe lo que es anticuado y lo que no, en realidad nunca lo ha sabido.

Mira brevemente a la señorita Veldkamp. El kir parece sentarle bien, ya va por su quinta copa. Ella le sonríe, él le devuelve la sonrisa y después observa a los invitados como un general a sus tropas. No le falta nada a nadie. Ha vuelto a tomar los pedidos. Para más seguridad ha dicho:

—Quien quiera puede ir a buscar cerveza y vino en la cocina.

Nadie se quedará con el vaso vacío. Esta noche, nadie será infeliz.

Ibi sigue sentada en el sofá al lado de la señorita Veldkamp. Pero ya no dice nada. Se limita a estar sentada, como hacía antes, retraída, cerrada, de hecho lejos de allí, quizá nunca haya estado allí realmente. De niña decidió que no quería formar parte de esta familia, que no encajaba con ellos. Seguramente piensa en su hostal, en su marido, su novio, o como quiera llamarlo, en cualquier caso, el hombre sobre el cual Hofmeester prefiere callar. Hay cosas de las que no se habla. Las acepta resignado, pero no habla de ellas.

Brevemente, casi de pasada, la señorita Veldkamp toca la mano de Hofmeester, solo para llamar su atención.

—¡Qué bonito! ¿verdad? —dice.

—¿Qué?

—La gente bailando. Los chicos.

—Sí —contesta Hofmeester—. Muy bonito.

Pero él hubiese preferido no ver bailar a su esposa. Y menos esta noche. Con tanto joven hambriento a su alrededor.

Entonces, Ibi se levanta repentinamente y se pone a bailar con desenfreno, como si se encontrara en la selva, en un lugar donde nadie puede verla, donde está completamente sola y la vergüenza no

desempeña ningún papel. La vergüenza necesita a otros. Uno se avergüenza porque cree que el otro mira, porque sabe que el otro mira.

Ya han dado las diez. Hofmeester se queda unos segundos de pie mirando a Ibi, como hacen los padres, con una mezcla de tristeza y orgullo, aunque en su caso se suma un temor infundado. En sus hijas ve reflejados su propio miedo, en los encuentros con sus descendientes ese miedo revive, en ellas reconoce todo lo que se ha escapado de su control. Considera que no ha preparado bien a sus hijas para la vida. Ellas lo denuncian sin palabras, sus hijas lo convierten en la persona que es, y a él le resulta insoportable ser quien es.

Alguien sube el volumen de la música y, mientras baila, la esposa abraza al chico, el chico que ha comido alguna vez en esta casa. Hofmeester sigue sin acordarse de su nombre. Se va a la cocina y se sirve una copa de vino.

Cuando ha vaciado la copa, llama a Tirza. Vuelve a oír su buzón de voz. «Hola, soy Tirza. Ahora no estoy. Deja un mensaje chulo».

—Cariño —dice él—, la fiesta está en su apogeo. Casi todos han llegado ya. Tienes que venir. Es una fiesta preciosa.

Suena el timbre. Tampoco esta vez es Tirza. Es la señora Van Delven, su antigua tutora. Él charla con ella de cosas generales, de política y de una novela de un belga del que nunca ha oído hablar.

Después, Hofmeester sale al jardín.

Las antorchas siguen encendidas. Sí, lo ha hecho muy bien, siguen bien encendidas.

Entra en el cobertizo y se apoya en la leña, entre la motosierra y el rastrillo. Dice algo que él mismo no logra entender. Solo después de unos instantes se percata de que repite el pedido que tomó unos diez minutos antes y cuando ha acabado, cuando se ha convencido de que no ha olvidado nada, de que su memoria funciona, comprende que sigue sin saber lo que es un fondo de cobertura. El profesor de economía no se lo ha podido explicar, nadie se lo ha podido explicar. El fondo de cobertura sigue siendo un misterio. Más de tres años después de la desaparición de su fondo, sigue sin saber qué es lo que ha desaparecido exactamente.

Con ambas manos se frota las mejillas recién afeitadas. Recuerda que su esposa le dijo: «Follar», cuando él le preguntó: «Por el amor de Dios, ¿qué quieres? Los invitados están a punto de llegar». Hofmeester piensa en las puertas del balcón del dormitorio, se acuerda de la noche en que ella se presentó con su maleta, no hace mucho de eso, pero parece que fuera en otra vida. Se queda así de pie, con las manos apretadas a las mejillas y con la memoria llena de algo que debe de ser un malentendido.

Tras unos minutos se llama al orden. Hay una fiesta. Hay un anfitrión. No hay dolor. El dolor es ficción, al menos en su mayor parte. Quien tiene dolor debe concentrarse hasta no sentir nada. Es cierto que eso es difícil si se tiene una pierna rota. Pero él no tiene ninguna pierna rota. Nos se ha roto nada.

Alguien abre la puerta del cobertizo, pero no puede ver quién.

Entrecierra los ojos en la penumbra, y entonces reconoce a la chica que le pidió jugo de tomate.

—La fiesta es en la casa —le dice él en un tono más desagradable del que pretendía—. Esto es el cobertizo.

Ella parece sobresaltarse. Seguro que no esperaba encontrarse a nadie, solo trastos viejos y silencio. Sin embargo, se recupera rápido. También es posible que la chica lo haya seguido y que no se haya asustado en absoluto por su presencia. Que fuera él el que sentía un miedo infundado.

—Entonces, ¿qué hace usted aquí?

—¿Yo? Me tomo un respiro. Un poco de aire fresco —dice él resollando como un mal actor que debe recalcar sus palabras con sonidos—. No he podido encontrar el jugo de tomate. Tiene que estar en algún sitio. Pero no lo he podido encontrar.

Esas palabras saliendo de su boca, en este cobertizo, en esta noche, parecen querer explicar toda una vida, la ausencia de muchas cosas, la ausencia de felicidad. No encontró el jugo de tomate.

—Ya beberé otra cosa.

Ella ha dejado abierta la puerta del cobertizo. Él mira las chanclas de la joven y su pantalón vaquero con la pernera remangada. Puede que sea la moda, pero a él le parece raro. Entonces se acuerda de su nombre: Ester. Sin hache.

Eso le recuerda a Tirza. También sin hache.

—¿Eres una buena amiga de Tirza?

—No realmente.

Él se separa de la pared en la que estaba tan agradablemente apoyado. Tiene que regresar a la fiesta. Lo necesitan. Seguramente su hija ya ha llegado.

—En realidad no soy en absoluto amiga suya.

El padre mira a la joven con desconfianza. ¿Qué hace entonces en esta fiesta? ¿A qué ha venido? Esta es una noche para los amigos y las amigas de Tirza, no para los que van por libre. No para personas que quieren beber gratis porque la bebida les sabe mejor si no tienen que pagarla.

Apoya una mano en el cortacésped. Hubiese querido ser otro padre, es decir: un padre mejor. Cuando se hizo evidente que no podría sobresalir en nada, optó por la paternidad. Para que sus hijas

contemplaran el mundo críticamente. ¿Qué es la inteligencia aparte de una distancia crítica con la que uno se mira a sí mismo y mira las cosas? Sus hijas no deben dar nada por sentado, tienen que cuestionarlo todo. No han de confiar en nada más que su propia inteligencia, eso fue lo que les enseñó. Elevó la inteligencia a la categoría de un dios. El dios que lo arreglaría todo. Y ahora tiene la acuciante sensación de haber pasado algo por alto, de que la mirada crítica con la que ha obligado a sus hijas a observar el mundo no da respuesta a preguntas fundamentales. Considerar la propia inteligencia como un dios deja intactas muchas cosas. Hay muchos espacios en blanco a los que el dios no puede llegar, para los que no tiene respuesta.

—Entonces ¿por qué te ha invitado?

Él se quita algo de polvo imaginario de los hombros y da un paso hacia la puerta.

Ella no contesta. La chica está en el vano de la puerta y juguetea con sus chanclas. Mira las herramientas, las sillas de jardín, una caja vacía que contenía mandarinas y que él ha conservado por razones poco claras. Él espera. Sigue sin haber respuesta.

—¿Ya sabes lo que vas a hacer? ¿Después de la escuela? —le pregunta para acabar la conversación.

Tanto si es amiga de su hija como si no lo es, hay que acabar la conversación como es debido.

—Volveré a la escuela. He suspendido.

—Lo siento.

En el bolsillo del pantalón, Hofmeester encuentra un pañuelo con el que se seca la frente. No está mojada, pero él cree que lo está.

—No soy buena estudiante. Dicen que soy lista, pero no es cierto.

Él no sabe qué hacer con esta confesión. No sabe qué hacer con toda la conversación. Vuelve a secarse la frente. Con más fuerza que la primera vez, como si en la frente tuviera costras que tiene que rascar.

—¿Ya has probado mi sushi?

—Tampoco soy buena en las relaciones.

—¿Ya has probado mi sushi? Por cierto, también hay sashimi.

Él insiste. Quiere respuestas. No soporta que se ignoren sus preguntas.

—No como pescado. En mi caso no duran mucho. Más o menos un mes. Dos o tres semanas. Siento contarle todo esto.

—No importa. ¿Eres vegetariana?

Hofmeester se guarda el pañuelo. Tiene que volver a la fiesta, pero no lo consigue. Cuanto más se quede en el cobertizo, más difícil será regresar y reanudar sus tareas.

—No como pescado. Y menos aún pescado crudo.

Una chica difícil. Los quisquillosos con la comida son gente difícil. A Hofmeester le gustan las personas que se lo comen todo, en especial todo lo que ha preparado él. Hay que comer. La gente no tiene que hablar, tiene que comer. Incluso los que no pueden vivir, han de comer.

—Pero ¿eres vegetariana?

—No como pescado. Pero como carne. No sé lo que se es entonces. ¿Qué se es?

Hofmeester reflexiona sobre esta pregunta. ¿Hay una palabra para eso? Si existe, él no la conoce.

—Simplemente eres alguien que no come pescado —dice después de unos segundos.

Ella permanece delante de la puerta y no parece dispuesta a apartarse, no comprende que él tiene que pasar.

—Entonces eso es lo que soy. Alguien que no come pescado.

Se ríe, pero no es una risa de verdad. Más bien una parodia de la risa.

—Lo siento —vuelve a decir él, ahora está justo delante de ella, tiene que apartarla, debe volver—. Siento lo de las relaciones y lo de la escuela, y también lo del pescado, lo siento, pero seguro que encuentras a alguien que te ame. Y también hay canapés vegetarianos. Aceitunas.

—Bah —dice ella—. Puf. «Amar» es tan anticuado.

—¿A qué te refieres?

—Nosotros ya no creemos en eso.

Suena casi agresivo. Como una reprimenda. Y así lo siente Hofmeester, tiene la sensación de que lo han reprendido, de que ha dado un paso en falso y que esta chica se lo ha hecho saber sutilmente.

Él le ha puesto la mano sobre el hombro para apartarla amablemente, pero con firmeza. La imagen de su mujer bailando en el salón con los amigos de Tirza bulle en su interior y lo molesta, lo pone nervioso. En realidad debería decir: enfermo. Lo pone enfermo.

—¿Qué hacéis entonces? —pregunta sin quitarle la mano del hombro.

Ella parece a la vez dura y frágil, y su dureza recalca la fragilidad, o mejor dicho: recalca todo lo que ya se ha roto.

—Nosotros disfrutamos el uno del otro —le contesta—. O al menos lo intentamos.

Él se pasa la mano derecha por el pelo. Mantiene la mano izquierda sobre el hombro de la chica, como si la mano estuviera paralizada.

No le gustan sus respuestas, no quiere oírlas. Seguro que es lo que

se llama una rebelde. Alguien que no da ni palo, alguien que no ha comprendido que lo importante es observar el mundo con una mirada crítica, que hay que trabajar, trabajar y trabajar, alguien que cree que el objetivo es disfrutar. Menuda arrogancia. Qué cruel arrogancia.

—Nosotros —dice él—. ¿Nosotros? No estoy tan seguro de que exista un «nosotros». Tú y yo, por ejemplo, ¿somos ahora un «nosotros»? No lo creo. ¿Quién es «nosotros»? ¿En nombre de quién hablas?

¿Qué demonios está haciendo? ¿Qué tipo de discusión está iniciando? ¿Qué quiere demostrar esa cría, a la que no parece gustar ni el pescado ni la escuela? Tiene que dejarla sola, dejar que se pudra. No rebajarse a su nivel, sea cual sea ese nivel. Él debe estar por encima, él es un hombre de casi sesenta años. Los hombres de casi sesenta años están por encima. Pero lo que descubre una y otra vez, hora tras hora, minuto tras minuto, como si alguien no se cansara de quererle demostrar algo, es que él no está por encima. No está por encima de nada.

—Yo sí creo que existe un «nosotros». Creo que puedo decir: «Nosotros ya no creemos en eso, nosotros ya no creemos en "amar". Nosotros no. Quizá usted sí. Nosotros no. Nos negamos». Espero no parecerle descarada, pero creo que dice tonterías. Creo que muchas personas dicen bobadas y que creen que pueden hacerlo, que no supone ningún problema, porque son mayores. O porque tienen dinero. No soy lista. No tanto como creen, pero sé lo que es una tontería.

—Debo regresar a la fiesta —susurra Hofmeester—. Nosotros dos ya seguiremos hablando. Más tarde. En otra ocasión. No puedes abolir el amor, Ester. Yo lo intenté cuando tenía tu misma edad. Quería suprimir el amor. Podría contarte muchas cosas al respecto. Ven algún día a cenar. Tirza se alegrará. Antes de que se vaya. Se va a África, como ya sabrás.

—Usted mismo lo ha dicho: nosotros. Nosotros dos ya seguiremos hablando. Nosotros, ya ve que existe. Nosotros dos formamos un «nosotros». Le guste o no. Somos un «nosotros».

Él observa su cara. Sigue apoyando la mano sobre su hombro. Por primera vez se da cuenta de que su vida duele, no *la* vida, sino *su* vida, lo comprende mientras mira la cara de Ester sin hache. Tiene que pensar lo que eso significa. ¿Qué significa el dolor?

—Tengo que irme —dice y oye lo suplicante que suena, lo poco autoritario, lo desesperado—. Déjame pasar.

—¿Puedo quedarme aquí?

—¿Aquí?

Aparta la mano del hombro de ella. Pese a la cálida noche, de

pronto siente frío. Reprime el impulso de castañetear los dientes.

—Aquí —dice ella señalando sus herramientas de jardín.

Él ve un saco de estiércol, un saco de tierra, la motosierra, un rastrillo, un cortacésped, un cubo, una caja donde antes hubo mandarinas.

—¿En el cobertizo? Pero la fiesta no es aquí. Aquí no hay nada, pequeña. Nada de nada.

—Me gusta estar sola. Tengo que…

Coge el cubo, le da la vuelta y se sienta encima.

—Mire —dice—, aquí estoy bien. No molesto a nadie.

Él titubea. ¿Tiene que parecerle bien esto? No le parece del todo normal que una chica se encierre sola en el cobertizo mientras en el salón la fiesta está en su apogeo. Bueno, es cierto que en algunas fiestas de su esposa, él se retiraba al dormitorio, pero él es un hombre, y cuando lo hacía ya era un hombre entrado en años. Uno que no podía hacer amigos, pero que había llegado a la conclusión de que se podía apañar solo con dos hijas.

—Bien —dice—. Por mí quédate, si te parece divertido. Si esta es tu idea de una fiesta. Te traeré algo de beber. ¿Qué quieres? Y puedes encender la luz. También hay luz —le muestra el interruptor—. ¿Te traigo algo para leer? ¿El periódico de hoy?

—Gracias. No necesito leer nada. Voy a acariciarme suavemente.

Él se inclina, como si no pudiera entenderla bien. Cree que no la ha entendido bien.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a acariciarme suavemente. Así.

Lentamente se acaricia el brazo izquierdo con la mano derecha. Lo hace despacio, como si palpara algo aterrador y desconocido. Un reptil. Su brazo es un reptil. Él observa la escena durante unos segundos con una ligera sensación de malestar. Con una sospecha que se hace cada vez más acuciante: no quiere ser testigo de esto. Ahora no. En realidad nunca.

A lo lejos oye la música de la fiesta. Voces.

Ella se acaricia la mano sobre la que hay escritos números de teléfono y luego el brazo desnudo. Una y otra vez. Sin prisa, pero sin pausa.

—Ester —le dice él con toda la convicción que logra poner en su voz—, allá dentro hay muchas personas que estarían encantadas de acariciarte suavemente. Ven conmigo al salón, te presentaré a gente simpática, aunque creo que ya conoces a todo el mundo. Ven conmigo. No te quedes aquí. No deberías estar en este cobertizo.

—Prefiero acariciarme yo misma. Lo hago mejor yo misma.

Él se queda inmóvil. No logra decidirse. Tiene que convencerla,

pero no sabe cómo. Le parece poco sensato dejarla sola aquí. Del todo injustificable. Cuando se es viejo, uno puede encerrarse en el cobertizo mientras estalla la fiesta en el salón, pero no cuando se es joven, entonces se tienen pensamientos indeseables.

—Señor Hofmeester —le dice ella sin dejar de acariciarse el brazo— ¿le acarician a usted alguna vez suavemente?

Sin decir nada más, él sale del cobertizo. No quiere seguir manteniendo esta conversación. Ya basta. Siente la tentación de gritar: «¡Descarada! ¡Maldita descarada!».

Pero una vez fuera solo dice:

—¿Qué quieres beber? ¿Te sirvo un vaso de jugo de naranja, puesto que no hay jugo de tomate?

—Jugo de naranja está bien —le contesta ella—. Pero sin hielo.

Hofmeester se dirige a la cocina a grandes zancadas.

La generación de Ibi era distinta. No se lleva mucho con Tirza, pero aun así, él no recuerda semejantes excesos con las amigas de Ibi. No comer pescado, acariciarse suavemente en un cobertizo, no considerarse inteligente. Tanta apatía lo vuelve loco.

Cuando ha servido el jugo de naranja en una copa de vino —ya no encuentra más vasos—, nota una mano sobre el hombro.

Se vuelve.

—Tirza —dice—. ¿Dónde estabas? ¿De dónde sales? Se la ve sudada. Parte de su sombra de ojos se ha corrido.

—He venido a toda velocidad en bicicleta —dice—. Escuché tus mensajes. Y pedaleé aún más rápido. ¿Qué tal la fiesta, la gente se divierte? ¿Les gusta tu sushi, papi?

Está sudada, pero radiante. Le brillan los ojos.

Él la aprieta contra sí y comprende —nunca antes lo había comprendido con tanta claridad, de forma tan abrumadora y rotunda— que no quiere tener ningún motivo para vivir sin Tirza. Sin ella, la vida es impensable, y lo que es impensable, es indeseable. Ella es su razón de ser, su derecho a la existencia. Lo que él estrecha contra sí le da a la vez el derecho y el deber de vivir. Sin ella desaparece el deber, pero también el derecho. Apenas puede imaginarse cómo vivió cuando ella todavía no había nacido. Esperando, eso es. Así vivió durante todos esos años, esperando a Tirza. Aunque por supuesto no sabía que era Tirza a quien esperaba.

—Papi —le dice ella— no me apretujes. Ya lo harás después. En el aeropuerto. Tú siempre tan brusco. Quiero presentarte a alguien.

Le señala a una persona que, por lo visto, lleva un tiempo esperando en la puerta de la cocina.

Un joven, tal vez un hombre. Hofmeester calcula que debe de tener unos veintitrés o veinticuatro años. En cualquier caso, es más viejo

que Tirza. Tiene la piel bastante oscura, la mandíbula ancha, y las cejas gruesas por lo que causa la impresión de fruncir el ceño. Tal vez lo frunza. ¿Quién puede decirlo?

—Papi —dice Tirza—, te presento a Choukri, mi novio.

Hofmeester se acerca despacio a la puerta.

En los pocos pasos que tarda en ir de la encimera a la puerta, piensa en la devastadora vejez. Está casi muerto. ¿Y cuál es la diferencia entre casi muerto y del todo muerto? ¿De qué detalles se habla entonces, de cuántos milímetros cuadrados de territorio que te separan de las tropas enemigas? Hofmeester alarga la mano.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

Pero antes de que el hombre pueda contestar, Tirza dice:

—Choukri, papá. Se llama Choukri. Ya te lo he dicho.

—Choukri —repite Hofmeester despacio, estrechando la mano del hombre—. Me llamo Jörgen Hofmeester. Soy el padre de Tirza.

El hombre le resulta familiar. Cuanto más lo mira, más le invade la sensación de que lo ha visto antes.

—Así que tú eres… —dice Hofmeester, pero hace una pausa porque no sabe cómo continuar, y Tirza aprovecha ese silencio para decir:

—Sí, es él, es mi novio. Se viene conmigo.

Hofmeester sigue sujetando la mano del hombre, la mano del novio de su hija menor. Es una mano grande, una mano fría. No tiene dedos suaves y delicados. No tiene dedos de pianista.

—¿Contigo? ¿Adónde?

—A África. Te dije que vendría conmigo, ¿no? —dice Tirza. Casi cuelga del brazo de su padre, pero él no suelta la mano de Choukri—. Mi novio se viene conmigo a África, papi.

—Oh sí, por supuesto, a África. ¿A qué te dedicas? —pregunta.

—Soy músico.

—Músico. ¿Qué tipo de música tocas?

—Escribo textos. Y toco la guitarra. Entre otras cosas.

—La guitarra. Entre otras cosas —dice girando la mano del hombre para estudiar sus uñas.

—Ya veo —dice Hofmeester—, tienes las uñas largas. La gente que se toma en serio la guitarra suele tener las uñas largas. Las mías no son largas. Pero tampoco toco la guitarra. Trabajo en el jardín.

Le muestra sus manos al hombre. Extiende los brazos. Mueve los dedos como si tocara un piano imaginario.

—Mira —le dice—, manos de jardinero.

—Papá —dice Tirza— no estamos en la feria de ganado. No hace falta que compares tus manos con las suyas. Él acaba de llegar.

Hofmeester se ríe y al mismo tiempo está prácticamente seguro de que ha visto al hombre en la televisión. Pero no recuerda en qué programa ni siquiera en qué contexto. ¿Era algo cómico, eran las noticias, un programa de entrevistas?

—Tienes razón, Tirza, acaban de llegar. No tengo que hacer tantas preguntas —se vuelve al hombre—. Pero siento curiosidad. Soy un padre curioso. Y Tirza es una hija curiosa. ¿No es cierto, Tirza?

Llena dos copas de kir royal y se sirve una copa de vino blanco. Sin preguntar si le apetece un kir royal le da al hombre una copa y otra a Tirza. La abraza, la aprieta contra sí, su vida, su razón de ser, su hija menor.

—Salud —dice— por esta noche. Ya he oído hablar mucho de ti, Choukri, y me complace conocerte por fin. ¿Haces alguna otra cosa aparte de música?

—Me dedico al trabajo social.

—¿Un trabajador social?

—Sí.

—Estupendo. Y útil —Hofmeester toma un gran sorbo. Y otro. Su copa vuelve a estar vacía. Va rápido. Sigue sujetando con fuerza a Tirza. Como si fuera a marcharse si la soltara—. Para eso no se necesita un título universitario, ¿verdad? Para ser trabajador social quiero decir. Se hace sin formación universitaria, ¿no? ¿Qué necesitas para ese trabajo?

—Una formación —dice el hombre—, pero es cierto que no tiene que ser universitaria.

—No todo el mundo sirve para la universidad —declara Hofmeester—. Algunas personas no sienten interés por la ciencia, algunas personas no tienen talento para la ciencia. A esos no se les ha perdido nada en la universidad.

—Papi —dice Tirza. Se ríe como solo Tirza puede reírse, con una risa amable pero severa, fingida pero sincera, educada pero traviesa. Acaricia la mejilla de su padre—. Ahora no. No empieces a hablar de ciencia.

—No —dice él— ahora no. En otra ocasión. Algún día que vengas a cenar. Entonces hablaremos de ciencia.

Observa al novio de su hija y ahora ya no duda de que lo ha visto antes. Lo conoce. Lo único es que no sabe de dónde.

—¿Es posible —pregunta Hofmeester— que te haya visto alguna vez en la televisión? ¿Has salido alguna vez en la tele?

El hombre niega con la cabeza.

—Soy músico, pero no soy famoso. Nunca he salido en la tele.

—Pero nos hemos visto antes, ¿verdad? Nos conocemos.

El hombre sacude la cabeza.

—No, de verdad que no. Es la primera vez que lo veo.

—Papi, no seas ridículo. No conoces a Choukri de nada. No puedes haberlo visto antes.

—¿Tal vez en el barrio?

—Choukri nunca viene por aquí. Choukri vive en otro barrio.

—¿En qué barrio?

—Cerca de la Estación Central —dice el hombre—. En una de las islas.

Hofmeester asiente. En una de las islas. Prepara otras dos copas de kir royal, para el hombre y para su hija menor, él sigue con el vino blanco.

—Esta de aquí, donde nos encontramos ahora, es la mejor parte de la Van Eeghenstraat —dice cuando ha llenado las copas—. Más allá, después de la Jacob Obrechtstraat, empieza la parte menos buena. No está mal, pero no me gustaría vivir allí. De hecho, este lugar, estos metros cuadrados, es el mejor lugar de Ámsterdam y por ello de Holanda.

Choca su vaso con el del hombre, y después más suave con la copa de Tirza.

—Por esta noche —dice—. Por la fiesta. Por su felicidad y la de todas las personas. Según Spinoza no puedes ser feliz si tu felicidad causa la infelicidad de otros. Supongo que sabes quién era Spinoza, ¿no?

—Papi, nada de Spinoza esta noche. Y nada de Dostoyevski, ni de Tolstói. Déjalo estar, ¿sí? ¿Por favor, papi?

Él vacía su copa de vino y la vuelve a llenar enseguida.

—Ya ves —dice—. Ya ves, Choukri, mi hija me tiene bien agarrado. Mi hija es mi jefe. Ya lo era cuando nació. Desde el primer momento. ¿Y sabes por qué? —empieza a susurrar como si fuera a contar un secreto, algo que nadie más pueda saber—. Porque es la reina del sol. Tirza es la reina del sol. Cuidado, que luego te tendrá bien agarrado a ti también.

Hofmeester toma un gran trago, deja la copa en la encimera, coge la de Tirza, se la bebe y la deja también en la encimera; después levanta a su hija.

La levanta lo más alto que puede. Y con dificultad, con voz apagada pues le cuesta respirar, dice:

—¿Ves? Todavía puedo levantar a mi reina del sol. Si es preciso, la llevaré en brazos por medio Ámsterdam. ¿No, Tirza?

Acto seguido da una vuelta con ella en brazos y otra y otra. Gira con ella por la cocina, como un trofeo, como un ídolo. Sigue dando vueltas hasta que no puede más.

Entonces la deja en el suelo. Está mareado, tiene que aferrarse a la

encimera. La cocina le da vueltas. Su hija le da vueltas.

Se hace un silencio. Nadie sabe qué decir. Tirza agarra la mano de Choukri.

Y se quedan así, los tres en la cocina.

Hofmeester se aclara la garganta. Poco a poco la cocina deja de dar vueltas. Él se recupera.

Pero nadie sabe aún qué decir. El silencio se prolonga. El silencio se vuelve doloroso.

—Venga, entremos —le dice por fin Tirza a su novio—. Vamos a la fiesta. Mi madre también está. Que lo sepas. Pero no pienso presentártela.

—Ha sido un placer conocerle, señor Hofmeester —dice el hombre —. Supongo que nos veremos más tarde, ¿verdad?

—Oh, seguro, nos veremos —dice el padre—. Más tarde. O en otra ocasión.

Su hija se va la primera, seguida por el hombre, su mano en la de ella. Tirza se despide de Jörgen con un breve gesto de la mano y un guiño. Entonces él se queda solo en su cocina.

Y en ese momento recuerda de pronto lo que había olvidado. El sushi. No les ha ofrecido sushi.

Consulta su reloj. Son casi las once menos cuarto.

Hofmeester hunde la cabeza debajo del grifo de agua fría y vuelve a advertir un zumbido en su cabeza, el zumbido de un insecto, pero ahora ya sabe lo que es. Es una plegaria.

Sin secarse la cara, se queda goteando en medio de la cocina. Ahora que se ha refrescado vuelve a poder con todo. Tirza ha llegado. Ahora puede empezar la fiesta.

Del refrigerador saca un plato con sashimi, le quita el papel de aluminio y coloca el pescado en la bandeja que ha comprado especialmente para la ocasión. Se dice a sí mismo: «Cuando den las once, freiré las sardinas».

La esposa ha apretado contra la pared al chico cuyo nombre Hofmeester no logra recordar, le está hablando, la mesa está apartada, la luz más amortiguada, pero el sashimi tiene buena aceptación. La gente come y bebe con ganas. El hambre y la sed van de la mano.

Tirza y su novio hablan con la señorita Veldkamp. Una chica, cuyo nombre él ha olvidado, le dice:

—Venga, señor Hofmeester, baile usted también.

Él niega con la cabeza.

—Esta noche estoy para el catering —le dice con su sonrisa más amable.

Ella apenas lo escucha. La chica ya se ha olvidado de él y se lleva

al profesor de economía. Y Hans está encantado de dejarse llevar.

Hofmeester se encuentra en medio de la sala de estar con la bandeja en la mano. Tiene la sensación de ser invisible. No es una sensación desagradable. Está sin estar. El hombre que no llama la atención así podría llamarse. Y curiosamente, se siente orgulloso de ello. Antes no. En una ocasión, un compañero de trabajo le dijo:

—Estuve en la presentación del libro y ¿a que no sabes lo que pasó?

Y después de unos minutos, cuando se hizo un pequeño silencio, Hofmeester le dijo:

—Lo sé, yo también estaba allí.

Estaba presente, pero nadie lo vio.

Hofmeester observa la fiesta. Tirza y su novio siguen conversando con la señorita Veldkamp. No tenía ni idea de que la señorita Veldkamp pudiera hablar tan animadamente, se ha soltado. La señora Van Delven también parece divertirse. Sí, esa es la hora en que la gente se suelta y cuando la gente se suelta, a Hofmeester le gusta repartir sashimi. Hay que tener algo en el estómago antes de entablar contacto con tus instintos más profundos y ocultos. Observa al novio de su hija menor, lo vigila.

Alguien choca con él y pregunta:

—¿Hay atún?

Como en un trance él le señala un trocito de pescado y luego vuelve a fijar la vista en el novio de su hija menor.

Lo mira fijamente.

Ahora, Hofmeester sabe por qué ese rostro le resulta tan familiar, sabe a quién le recuerda el joven. No comprende cómo no lo vio enseguida. Ahora todo está claro. Mohamed Atta. Como dos gotas de agua. La misma barbilla, los mismos ojos, el mismo peinado. Un hermano de Mohamed Atta. Un doble. Si no estuviera prácticamente seguro de que el hombre está muerto, diría que es el propio Mohamed Atta.

Regresa a la cocina con la bandeja medio vacía. Se bebe rápidamente una copa de vino, se apoya con ambas manos en el refrigerador y piensa: Mohamed Atta está en mi casa. Atta ha llegado. Atta ha resucitado.

Pone el sartén en el fuego y deja el aceite, el ajo, la sal, la pimienta y las sardinas al alcance de la mano. Primero, el sartén tiene que calentarse bien. Da unos golpecitos en el borde con el índice. Paciencia. Aún falta.

Hofmeester no sabe lo que debe hacer, no sabe cómo debe detener esta catástrofe, por ello se concentra en las sardinas. Pero no le cabe la menor duda de que se trata de una catástrofe. Mohamed Atta es una

catástrofe. ¿Qué si no?

Abre otra botella de vino. Gewürztraminer italiano. Eligió este vino con Tirza. Desde hace meses, desde hace años, elige todos los vinos con Tirza. Ella los cata y él los compra.

—Jörgen.

Se vuelve. Es su esposa.

Su cuerpo parece salirse aún más de la tela que al inicio de la velada.

Él no tiene tiempo para ella. Se va a freír sardinas.

—Jörgen.

El sartén se calienta muy despacio cuando uno espera. Muy lentamente. Pero ahora ya está. Puede echar el aceite.

—Jörgen, te estoy hablando.

—Estoy cocinando. ¿Es que no lo ves? Frío sardinas.

Ella se acerca unos cuantos pasos.

—No te molestaré, solo quiero saber si queda algo de ron.

Ya puede meter las sardinas en el aceite. Las introduce una por una. Hofmeester disfruta de estos momentos. Le gusta cocinar. Más que comer, le gusta cocinar. Lo ha ido apreciando, lenta y progresivamente.

—¿Sabes a quién tenemos en casa? —le pregunta sin volverse y manteniendo la mirada fija en las sardinas—. ¿Sabes quién está en nuestro salón?

—¿Quién, Jörgen? ¿Quién está en nuestro salón? ¿El amor de mi vida? ¿Lo has visto?

Se ríe como si hubiese contado un chiste bueno. El amor de su vida en el salón. Ya tiene una edad como para que eso sea un chiste. ¿Qué le dijo la chica en el cobertizo? Nosotros ya no creemos en eso. En el amor. Nos negamos.

—Mohamed Atta.

Ya hay cinco sardinas en el sartén. Cabe una más. La sexta. Ahora están fraternalmente una junto a la otra. Es bonito. Esto le parece bonito a Hofmeester. La sardinas nunca lo han defraudado. Desde que se ocupa de la casa, desde que cocina para Tirza, esta es su especialidad.

—¿Quién es Mohamed Atta, Jörgen? ¿Lo conozco? ¿Es el amor de mi vida? ¿Quieres que lo pinte? ¿Puede servirme como modelo?

—Mohamed Atta, ¿no sabes quién es Mohamed Atta? Maldita sea.

Ella sacude la cabeza. Toca al padre de sus hijas. Lo huele.

—Ni idea —dice—. ¿Debería conocerlo?

—¿Dónde has estado los últimos años? ¿En una cueva? ¿Esa casa flotante estaba a la deriva?

El aceite salpica alegremente.

Hofmeester coge un delantal y se lo pone.

—No tengo ni idea de quién es Mohamed Atta, lo siento. Por lo visto no es el amor de mi vida, me parece bien. Solo me preguntaba si quedaba algo de ron, he empezado con un ron con cola y quiero seguir tomando lo mismo. ¿Queda algo?

—Mohamed Atta —grita Hofmeester—. Mohamed Atta.

—No grites, Jörgen.

Lo agarra por detrás. Se pega a él. Le pellizca el brazo. A este hombre que reemplazó por su amor de juventud. Reemplazado y readmitido. Y recuperado. O medio recuperado. La vida amorosa de una persona es una serie interminable de readmisiones.

Ella le provoca repugnancia, y cuanto más asco le da, más espera que siga apretada contra él. No mucho, solo un par de segundos. Más no hace falta.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando. Pero no importa. Solo venía por el ron. Esos chicos son muy simpáticos, Jörgen. Los chicos de Tirza. Son simpáticos y sensatos.

—¿Tu amor de juventud no leía los periódicos? ¿No tenía dinero para abonarse a la prensa? ¿Era pobre? ¿O tonto? ¿O pobre y tonto? ¿Encendían alguna vez la tele en esa casa flotante? ¿Tenían televisor? ¿Dónde has estado? ¿En qué mundo has vivido? Y además: cuando pasó eso, todavía vivías aquí. Al menos oficialmente.

—Estaba enamorada, Jörgen, estaba enamorada. Entonces se te escapan algunas cosas y eres mono, más que nunca creo que eres mono, pero dime dónde está el ron. Y después me cuentas quién es ese Mohamed no sé cuántos. Me explicas todo lo que me he perdido en esa casa flotante. Te prometo que te escucharé detenidamente. Siempre te he escuchado bien cuando intentabas difundir tus conocimientos, ¿no?

Él mira el sartén. Un poco más y tendrá que darles la vuelta a las sardinas. El sudor le gotea en la nuca, pero no tiene tiempo de coger su pañuelo. Esta acción es delicada. Freír sardinas es más difícil de lo que cree la mayoría de la gente.

—Hace cuatro años —dice mientras retira el sartén del fuego para repartir mejor el aceite—, hace cuatro años empezó la Tercera Guerra Mundial.

—Oh, en efecto eso me lo perdí. La Tercera Guerra Mundial. ¿También hubo un invierno del hambre?

—Calla —le grita él—, calla. El invierno del hambre aún está por venir. Y espero que te llegue a ti la primera. Te lo mereces. Las personas como tú se merecen inviernos de hambre, no uno, no, cuatro a la vez.

Ella se aprieta más contra él.

—¿Qué tipo de persona soy? —susurra—. ¿A qué categoría pertenezco? ¿La categoría «se merece el invierno del hambre»?

—La categoría que se cree tan feliz e intocable que ya no necesita leer el periódico. Me refiero a esa categoría.

Coge un cucharón, mueve las sardinas para evitar que se quemen.

—Me he perdido por completo la Tercera Guerra Mundial. Perdóname, Jörgen, perdóname que haya sido tan irrespetuosa con la guerra mundial, pero ¿dónde está el ron? No me tengas más tiempo en vilo.

Él la aparta de sí con el codo.

Ella regresa. Aprieta la parte inferior de su cuerpo contra las nalgas de Hofmeester.

—Vete —le grita él, sin soltar el cucharón—. ¡Vete! Guarra, vete.

—¿Ya ha acabado la Tercera Guerra Mundial? —le susurra ella al oído—. ¿O todavía no? Infórmame. Ilumíname.

Él les da la vuelta a las sardinas. Cocinar lo calma.

—No estoy de humor para bobadas. Debe de haber una botella de ron en el refrigerador. Y me avergüenzo de ti. Una inculta. Una incivilizada. Eso es lo que eres. Cuando te conocí pensé que serías culta. Una pintora debe de ser una mujer culta, pensé. Ha ido a la escuela de Bellas Artes. Seguro que sabrá algo. ¡Ja! Nada de nada. No sabes de la misa la media, eso es lo máximo que sabes.

—Yo tampoco estoy de humor para bobadas. Se me antoja tomar ron. Tengo ganas de ti. Tengo ganas de alguien. ¿Eres alguien, Jörgen? ¿Eres alguien?

Hofmeester le vuelve a dar un codazo y mira el sartén. No le importa que el aceite salpique, lo mira como hipnotizado. La piel de las sardinas es tan bonita, es más bonita que la piel del ser humano, pero tiene que admitir que nunca ha visto cómo es la piel del ser humano cuando se fríe en un sartén.

La esposa abre el refrigerador. Se agacha. Busca, igual que él buscaba antes el jugo de tomate.

—Mohamed Atta —dice él— fue uno de los secuestradores, era el líder de los secuestradores. Y el novio de Tirza es su hermano o su hermanastro o su primo. O un tío suyo. O un tío político. En cualquier caso, es una especie de Mohamed Atta. La misma carne, la misma mirada, la misma mandíbula. Y por supuesto las mismas ideas. El mismo odio. Odio contra nosotros. Odio contra nosotros, contra lo que somos, contra quienes somos y por qué lo somos.

—Pero ¿quiénes somos, Jörgen?

Saca algunas botellas del refrigerador y suspira.

—Lo has llenado demasiado —murmura—. ¿Cómo quieres que

encuentre nada?

Y mientras él se seca las manos en el delantal, se da cuenta de que ha dicho «nosotros». Nosotros, sin pensarlo. Le salió de forma inconsciente y natural. Él odia ese «nosotros».

—Creo que ya me acuerdo —dice ella. Ha encontrado el ron—. Mohamed Atta, del once. El once, ¿verdad? ¿No? ¿El once?

Abre la botella. Después saca la CocaCola del refrigerador.

Mezcla el ron con la CocaCola. Bebe.

—El once de septiembre, ¿verdad? Dios, parece que fue hace una eternidad. Qué feliz era yo entonces. Estaba enamorada. Me sentía joven, no sé, me sentía como si tuviera…

Las sardinas están listas. Él las pone en un plato. No se digna mirarla.

—Veinte. Dieciocho. A veces dieciséis —susurra ella.

Él les echa perejil por encima. Cuando mira sus sardinas apenas puede reprimir el deseo de sonreír.

—¿Sabes? —dice mientras se quita el delantal— ¿Sabes por qué nos odian a ti y a mí y a los vecinos? Porque creemos en la felicidad. No en Dios, sino en la felicidad. Porque somos individuos con una identidad individual. No animales gregarios.

Ella se bebe el ron con cola como una niña, agarrando el vaso con ambas manos. Lo mira, en su rostro hay rastros del baile, de la agitación, del calor y del salón. Su maquillaje no se ha corrido, más bien difuminado y secado. Sus arrugas son visibles.

—Jörgen, tú no crees en la felicidad. Tu dios ha sido siempre la infelicidad. No querías mucho más de la vida que ser infeliz. Y serviste a ese dios, nunca le fuiste infiel, incluso cuando podías sentirte traicionado con razón por él, seguiste sirviendo al dios de la infelicidad. Eras su más devoto servidor. Te mereces un aplauso. ¿Por qué crees que te dejé? Yo también quería estar a veces en primer lugar. Quería acostarme junto a alguien que no adorara la infelicidad. Ya no lo aguantaba más. No te aguantaba. Bueno, no aguantaba todo lo que tú glorificas.

Ella se le acerca. Quiere besarlo, él lo nota. Lo sabe. La aparta de sí.

—Vete —grita—. No me toques, guarra.

Ella coge su vaso, se sirve un poco más.

—¿Quiénes somos entonces? —pregunta—. Ya que hablamos de eso, ¿quiénes somos para que nos odien tanto? ¿Quiénes somos, Jörgen? ¿Qué somos?

Se acerca con el vaso en la mano.

—Tienes que ponerle hielo —le dice él—. El ron con CocaCola sin hielo está imbebible. ¿Es que no tienes estilo?

Ella lo rodea con los brazos. Él no la aparta. Ya no tiene fuerzas.

—¿Sabes quiénes somos? —le susurra ella al oído para luego introducir brevemente la lengua en su oreja—. ¿Sabes lo que somos nosotros dos? Somos dos personas rotas.

Pronuncia la palabra como si fuera algo sexi y atractivo, como si estar roto fuera muy excitante. Lo más bonito y delicioso del mundo. Algo que normalmente solo pueden experimentar las supermodelos y las estrellas de cine: estar roto.

—Pero no se lo digas a nadie. Es nuestro secreto, ¿de acuerdo? Nadie puede saberlo. Solo lo sabemos nosotros.

Sigue susurrando, pese a que no hay nadie más en la cocina. Entonces lo suelta.

Hofmeester se seca la oreja con el pañuelo.

Coge el plato de sardinas.

—Hay que comerlas ya, hay que comerlas calientes —se dice más a sí mismo que a su esposa.

En el salón exclama, como un mal imitador de pescadero:

—Sardinas, sardinas: ni en Portugal las tienen tan frescas.

Los invitados tienen miedo a las sardinas, o no les apetecen. Con suma dificultad consigue que se las acepten.

El chico con el nombre de una sílaba coge una.

—Esto es felicidad —le dice Hofmeester señalando el pescado—, esto es pura felicidad.

Observa cómo come el chico.

Y cuando este se mete la segunda sardina en la boca, Hofmeester le dice:

—Perdona, pero he olvidado tu nombre.

—Bas —le contesta él.

Lo dice con la boca llena, pero «Bas» es un nombre que puede pronunciarse con la boca llena.

—Bas —repite Hofmeester—. ¿Te lo pasas bien en la fiesta, Bas?

—Sí —le contesta el chico—, y los canapés están riquísimos.

Hofmeester asiente.

—He comprado el pescado esta mañana a primera hora en el mayorista VEN de Diemen. Y eso se nota.

Se quedan mirándose, el hombre mayor y el joven, se miran sin saber qué decirse. El hombre mayor piensa en el mayorista VEN.

Entonces, para concluir la conversación, Hofmeester dice:

—En VEN tienen el mejor pescado, Bas. Recuérdalo. Aprovéchalo.

Acto seguido se marcha sin esperar la respuesta en dirección a Tirza. Ella sigue hablando con la señorita Veldkamp, como si esta fuera su mejor amiga. En realidad no podría decirse que Veldkamp sea

una señorita. Es una señora. Él no comprende por qué ella no le ha dicho: «No soy la señorita Veldkamp, soy la señora Veldkamp».

—La última es para ti, Tirza —dice Hofmeester sosteniendo el plato justo delante de su nariz para que pueda oler lo frescas que son.

—No, papi —le dice ella— aún no tengo hambre.

Mohamed Atta está detrás de Tirza. No participa en la conversación. Mientras ella habla, él le acaricia la mano derecha. Hofmeester observa la escena durante unos segundos. Está horrorizado.

En la cocina se come la última sardina.

La esposa sigue junto a la encimera, justo igual que como él la dejó.

—¿Les han gustado? —pregunta.

Él calla. Sostiene el plato debajo del grifo.

—¿Qué vamos a hacer al respecto? —pregunta él.

—¿Al respecto de qué?

—¿De qué? ¿De qué? ¿Es que no escuchas cuando hablo?

—Siempre escucho. Hoy en día escucho mejor que antes. Dices cosas más interesantes que antes. ¿Al respecto de nosotros?

Él se seca las manos.

—No, de nosotros no. He terminado con nosotros. ¿Qué vamos a hacer al respecto de Mohamed Atta? Por mucho que la odies es tu hija. Es mi Tirza. Pero también es hija tuya.

Ella mezcla un poco de CocaCola con ron.

—No te alteres tanto —le dice—. Es un capricho. Tirza aún no es lo suficientemente madura como para tener un novio de verdad. Aún está demasiado ocupada consigo misma. Debemos ser muy cariñosos con Mohamed Atta. Cuanto más cariñosos seamos con él, antes desaparecerá.

Él niega con la cabeza. Cariñosos con Mohamed Atta, solo a su esposa se le podría ocurrir algo así.

El zumbido en su cabeza aumenta. Se va al piso de arriba. Tiene que concentrarse en lo que queda de la fiesta, en los canapés, en Mohamed Atta, en los invitados.

En el dormitorio abre las puertas del balcón.

Hofmeester respira profundamente. En su reloj ve que son las once y veinte. La fiesta está llegando a su destino. Las fiestas alcanzan su apogeo entre las once y media y la una y media de la noche, lo sabe por las fiestas que organizaba antes su esposa. Incluso cuando Tirza tenía solo unos meses de vida. Eso a ella le traía sin cuidado. Ella seguía con sus fiestas, siempre.

Contempla el jardín, las casas, el césped de los vecinos. Piensa en el viaje que Tirza hará con Atta. Atta, es decir, su novio. Atta, es decir,

el hombre con el que ella cree que estará mejor que con él. Él intenta imaginarse esos meses en la casa grande y vacía. ¿Para quién comprará vino, para quién hará las compras? ¿Para quién cocinará? Recuerda la enfermedad de Tirza como si fuera una persona que estuvo viviendo durante un tiempo en su casa. Un huésped inesperado. Al principio, Hofmeester no se percató de nada. Su esposa por supuesto tampoco. Él llevaba a Tirza a clase de violonchelo, con una mujer mayor que padecía una enfermedad en los ojos, y la llevaba a clase de natación. Tirza nadaba muy bien, ganaba campeonatos, si hubiese seguido podría haber llegado a campeona. Él la iba a buscar a la piscina y por las noches le leía literatura universal, sobre todo los clásicos rusos. Tolstói que renuncia a su arte porque ve que es insignificante, un pasatiempo que no contribuye a la felicidad de la gente, eso le gustaba a él. Le gustaba tanto que no se cansaba de leerle Tolstói a su hija. Le parecía precioso aquel hombre que hace infeliz a su familia, que vuelve loca a su mujer y que renuncia a su talento para aspirar a la felicidad de la gente.

Y durante todo aquel tiempo no se percató de nada. Tal vez no quisiera darse cuenta de nada. Hasta que lo llamó la tutora de Tirza, la señora Van Delven.

Su esposa estaba en su taller, pues entonces aún tenía un taller, sabe Dios lo que hacía allí. ¿Qué más hacía en aquella época aparte de dormir hasta tarde? En una ocasión, él se encontró con una mujer que le dijo: «Duerma mucho, porque luego cuando tenga hijos, ya no podrá hacerlo». Su esposa lo había hecho al revés, empezó a dormir hasta tarde después de que nacieran sus hijas.

—Tal vez convendría que usted y su esposa vinieran a hablar sobre Tirza —le dijo la señora Van Delven por teléfono.

—Vendré solo —dijo él—. Mi esposa está muy ocupada.

Quedó con ella el viernes por la tarde a las cinco. Esto significaba que debía salir un poco antes de la editorial, pero de todas formas en aquella época los viernes por la tarde se dedicaban sobre todo a empinar el codo.

A las cuatro y diez de aquel viernes, metió en el maletín los manuscritos que tenía previsto leer aquel fin de semana y se fue en bicicleta al barrio sur de Ámsterdam.

Ató la bicicleta a una farola delante del Liceo Vossius y se preguntó por qué querrían hablar con él, qué habría hecho Tirza.

Atravesó la escuela sujetando bien el maletín. Ya casi no había nadie. Se sentía incómodo, como siempre que debía desempeñar el papel de padre en público. Prefería representar ese papel cuando nadie pudiera verlo.

Junto a la máquina de café había tres chicos.

—Perdón, busco la clase de la señora Van Delven —les dijo Hofmeester.

Un chico pequeño y mugriento con un pendiente le indicó adónde debía dirigirse, y mientras subía al primer piso, con el maletín bien apretado contra él, se dio cuenta de que lo miraban y de que resultaba ridículo. No ridículo como hombre, eso podía aguantarse. Sino ridículo como padre. Un padre ridículo, eso era él. Alguien que siempre había sentido un profundo malestar cuando estaba en el patio de la escuela, cuando sus hijas todavía iban a la Escuela Montessori de Ámsterdam y él las esperaba a la salida entre otros padres y madres. Los demás padres hablaban entre ellos, se conocían y querían conocerse mejor. Pero él hubiese preferido esconderse detrás de un árbol. Y cuando oía a un niño gritar: «Mira Tirza, allí está tu padre», él sentía el impulso de volver la vista, como si hablaran de otra persona.

La puerta del aula nueve estaba cerrada. Dio unos golpecitos y esperó unos segundos. Entonces llamó más fuerte.

—Entre —oyó que decían.

Abrió la puerta.

El aula estaba vacía, olía a sudor y a chicle. Un olor que no lograba recordar de su propia escuela. Pero ¿qué recordaba él de aquella época? Poco. La ferretería de sus padres en Geldermalsen, eso era lo que más le venía a la cabeza.

La señora Van Delven estaba sentada en su escritorio. En la pizarra había algo escrito sobre los pronombres personales.

Había una silla preparada para él.

La señora Van Delven era una mujer que rondaba los sesenta, bien conservada, vestida con delicadeza sin llegar a resultar cursi.

Le estrechó la mano, mientras esbozaba una sonrisa que, pese a no ser especialmente amistosa, contenía una invitación a conversar.

Se habían visto algunas veces en las reuniones de padres.

La señora Van Delven le preguntó por su trabajo y mencionó algunos títulos de novelas holandesas recién publicadas que él no había leído. Al parecer, había olvidado que él se dedicaba a la ficción extranjera. Era algo que la gente olvidaba a menudo. Él le informó educadamente de que era redactor de ficción traducida y justo después ella dijo:

—Hablemos de Tirza.

—Sí —dijo él—, ¿qué pasa? ¿Hay problemas?

—Eso es precisamente lo que quería preguntarle. ¿Hay problemas, señor Hofmeester?

El dejó en el suelo el maletín que hasta entonces tenía en el regazo.

—¿Problemas? No. No que yo sepa. Sí, está llegando a la pubertad, está en la pubertad, tiene catorce años, pero problemas, no. Va a clase

de violonchelo, eso le gusta, también va a natación, tiene algunas buenas amigas. Tengo la impresión de que Tirza es una niña alegre, un poco cerrada, pero eso…

No acabó la frase. Cogió el maletín y volvió a ponérselo en el regazo, sin saber por qué. Buscó algo, sin saber qué.

—¿Sí? —preguntó la señora Van Delven—. ¿Qué quería decir?

—Que yo también soy cerrado.

Ella sonrió, pero Hofmeester pensó que no era de corazón. ¿Por qué iba a serlo?

—¿No le ha llamado la atención nada?

Él negó con la cabeza y apretó un poco el maletín. ¿Qué tendría que haberle llamado la atención? ¿Había olvidado algo? No se le ocurría nada.

—No.

—Entonces se lo diré yo —dijo la señora Van Delven—. Nos ha llamado la atención y, aunque tal vez sea prematuro, hemos decidido avisarle, dada nuestra experiencia en el pasado con otros alumnos.

Él dejó el maletín otra vez en el suelo.

—¿Sí?

Pensó en las drogas o el trato con chicos malos, aunque no tenía ni idea de qué chicos malos podrían ser. ¿Había chicos malos en esta zona de Ámsterdam? ¿Había chicos malos en el Liceo Vossius?

La señora Van Delven dio unos golpecitos con el bolígrafo contra el escritorio.

—Creemos —dijo sin dejar de golpetear— que Tirza está desarrollando un trastorno alimenticio.

Hofmeester se echó a reír de puro nerviosismo. Ya solo por la expresión «trastorno alimenticio». En un manuscrito la había subrayado con un lápiz. Y luego al margen había escrito: «Hablarlo con el traductor».

Hofmeester tenía sus opiniones sobre las expresiones malsonantes.

—¿Y en qué basa usted esa sospecha?

La profesora dejó el golpeteo.

—Tenemos experiencia —dijo—. Como ya he dicho, hay síntomas, hay un patrón de comportamiento que nos resulta conocido.

Levantó la mano y la dejó caer en su regazo como si quisiera decir: «No puedo hacer nada, así son las cosas».

—¿A quiénes?

—A mí y algunos de mis compañeros de trabajo.

Él asintió.

—Exacto —dijo tras un silencio breve y muy tenso—. ¿Y ahora qué?

—No es responsabilidad nuestra tomar medidas en este tipo de casos. La responsabilidad es de los padres, aunque sí consideramos nuestro deber informar a los padres. Tal como acabo de hacer.

Los padres era él. Estaba hablando de él.

Se lo quedó mirando. Por lo visto había acabado de hablar, puesto que callaba y no hacía ademán de decir nada más.

—¿Y ahora qué? —preguntó Hofmeester.

—¿Nada le ha llamado la atención?

Ella no podía creerlo. Pero él no se había percatado de nada. Sí, muchas cosas le llamaban la atención, pero se trataba de qué conclusiones se sacaban.

—Por ejemplo, ¿come? Y ¿puede saberse qué come? ¿Cuánto? ¿Cuándo?

Él carraspeó.

—Nunca ha comido mucho, de bebé tampoco, era de poco comer. En la familia casi todos somos de poco comer. Yo, su hermana tampoco come tanto como antes, mi esposa, todos somos de poco comer. Pero me fijaré.

La señora Van Delven se reclinó en su silla. Lo miraba con escepticismo.

—¿No le parece que está esquelética para una chica de catorce?

Esquelética… Él nunca se había parado a pensarlo. A partir de ahora lo haría. Reflexionaría, trataría el tema, profundizaría en él.

—¿Y su mujer, qué opina ella?

—Mi esposa es… —Cruzó las piernas—. Mi esposa es una artista, como ya sabe. Está mucho en su taller. Muchísimo. Trabajando. Pintando, dibujando…

Le parecía que la señora Van Delven lo observaba con expresión sombría. En realidad lo miraba sin esperanza alguna. Eso era: lo miraba sin esperanza. Como se mira en un funeral. Entonces ella echó un vistazo a su reloj.

—Bien —dijo—, ya le he informado. Ahora depende de usted.

Él cogió su maletín y se levantó.

—Ahora depende de mí. Sí, claro está. Pero ¿qué debo hacer exactamente? —preguntó antes de estrecharle la mano—. ¿Qué se supone que debo hacer?

Sonaba como si esperara una descripción de sus funciones y quizá fuera así.

—¿Lo que debe hacer? Bueno, hablar con Tirza. Eso para empezar.

—¿Sobre el trastorno alimenticio?

Le costaba pronunciar esas palabras, le repugnaban. En el fondo creía que la señora Van Delven se equivocaba.

—Sí —dijo la señora Van Delven—, sobre el trastorno alimenticio. Si es que lo tiene. Y si no es así, no está de más hablar con ella.

—Hablo mucho con ella. Mi hija menor y yo hablamos mucho.

Hofmeester pensaba que no debía permitir que lo presentaran así, como un padre callado y ausente. Tenía que corregirla.

—¿Y de qué si puede saberse? ¿De qué habla usted?

—¿De qué? Últimamente mucho de Tolstói. De su rechazo del arte, la literatura, tal vez conozca usted ese fascinante ensayo suyo, por desgracia solo puede adquirirse en alemán: *Was ist Kunst*?, en el que resume el arte como «Un vano pasatiempo para gente ociosa».

Hofmeester había empezado a hablar un poco más fuerte. Se entusiasmaba siempre que abordaba el tema. Un vano pasatiempo para gente ociosa.

—¿De eso habla usted con una chica de catorce años?

Él asintió y se pasó el maletín de una mano a la otra. Abrió el cierre, pero no buscó nada. Lo hacía sin motivo.

—Como bien sabe es una niña superdotada. Altamente superdotada.

La mirada de la señora Van Delven era penetrante y su gesto hostil, y él no podía fingir que no lo veía.

Él se despidió murmurando. Desesperado por su hostilidad, pero igualmente por su insensibilidad por el dilema de Tolstói.

Con el maletín bajo el brazo atravesó la escuela vacía. El eco de sus pisadas le sonaba desagradable. Él apenas sabía hablar de temas distintos a *Ana Karenina* o *Memorias del subsuelo*, y prefería tratar de pasada todo lo que quedaba fuera del mundo de la ficción traducida. Y se le daba muy mal hablar de trastornos alimenticios.

En la escalera, su maletín se abrió y los manuscritos, los cuatro lápices y una manzana cayeron al suelo. Alguien pasó delante y Hofmeester no se atrevió a agacharse para recoger sus cosas. Solo se atrevió a recogerlas cuando se apagó el sonido de las pisadas.

Aquella noche subió la escalera hasta el cuarto de Tirza. Con *Ana Karenina* en la mano, pues se habían quedado en la página trescientos diez.

Cuando entró en su cuarto, ella se cubrió con las mantas.

—Por favor —gritó debajo de las mantas— esta noche nada de Tolstói. Mañana me darás doble ración, pero esta noche no.

Él se sentó al pie de la cama, con el libro en la mano, pero no lo abrió. Tampoco la acarició para calmarla, como hacía otras noches.

Se quedó sentado y preguntó:

—¿Es que Tolstói no tiene nada que ofrecerte?

—No se trata de eso —gritó Tirza debajo de las mantas—. A nadie de mi edad le leen antes de dormir. Ibi también dice que es ridículo.

Ibi dice que estás loco, papá. Dice que puede demostrarlo.

Él buscó su mano debajo de la manta y después de un rato la encontró. Agarró la mano de su hija menor y ya no la soltó. En algún lugar sintió un dolor, la sospecha de un dolor, no era más que eso, una leve sospecha, y decidió no prestarle atención. Simplemente dijo:

—Ibi está en la pubertad, Tirza, por eso es un poco rebelde. Está en una edad difícil. No estoy loco. Soy tu padre.

Entonces se hizo un silencio. Por lo visto, ella esperaba a que siguiera donde lo había dejado el día anterior, en la página trescientos diez de *Ana Karenina*, pero él no siguió, él tenía que hablar.

Sin soltarle la mano, miró el techo, los posters en la pared. Los libros que le había regalado y que ella había colocado por orden alfabético en la estantería.

—Hoy estuve con la señora Van Delven.

—Esa cursi —oyó que decía debajo de la manta.

—¿No te parece simpática?

—Bah, parece simpática, pero es una cursi. Todo el mundo en la escuela lo sabe. Cuando la conoces mejor, lo ves.

Hofmeester esperó, se esperó a sí mismo, esperó a saber lo que tenía que decir, pero no llegó. En el escritorio de su hija vio un cuaderno. Sintió la tentación de abrirlo y leerlo. Quizá dijera todo lo que tenía que saber.

En un rincón de la habitación estaba el violoncelo y el atril.

—Tirza, ¿hay algo que yo no sepa, pero que debería saber? ¿Hay algo…? —tragó saliva, se aclaró la garganta, pero el cosquilleo que sentía no desapareció—. ¿Hay algo que debería haberte preguntado, pero que por algún motivo no te pregunté?

Ella se asomó por debajo de la manta.

—No —dijo—, nada.

En una mano, él sujetaba la de su hija, en la otra *Ana Karenina*; apretó *Ana Karenina* y pensó: no puedo hacer esto, si esto es lo que significa la paternidad, no puedo, tengo que dejarlo, tengo que buscar un sustituto. Alguien que sí pueda. Yo no podré hacerlo.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

—Sí, muy segura. ¿Por qué? ¿Alguien te ha dicho algo? ¿Por qué me haces estas preguntas? Nunca lo haces.

Él dejó el libro sobre la cama. Se golpeó el labio superior con el índice.

—Hay personas —dijo casi susurrando—, que piensan que tienes un trastorno alimenticio.

Ella se incorporó.

—¿Un qué?

—Sé que es un disparate, sé que simplemente eres de poco comer, quiero decir… —y Hofmeester seguía golpeándose el labio superior—. El verdadero alimento es el conocimiento, es el único alimento de verdad, tú lo sabes, yo lo sé, pero pensé que debía hablarlo contigo. Que…

—¿Qué?

—Bueno. He pensado. He pensado que, claro, cómo decirlo, Tirza, estás flaca. ¿No? ¿Puedo decirlo así?

—¿Te refieres a que no tengo tetas?

—No, no, no me refiero a eso. Ya las tendrás. Te están saliendo. Tienen retraso. Tal vez sea eso. Debes imaginarte que tus tetas están en el tren y que llevan un poco de retraso porque hubo algún problema en la vía, pero llegarán, créeme, no, no, hablo de tu barriga, de lo que rodea a tu barriga; las mujeres, las chicas, tienen barriga, barriguita, y tú no, tú no tienes nada, Tirza, nada en absoluto.

Ahora ya no se golpeaba el labio superior, sino la frente, de forma suave y rítmica, mientras pensaba: no puedo hacer esto, me está destrozando.

Ella se puso de pie en la cama.

—¿Es que no te gusta? —preguntó.

Se levantó el camisón. Un regalo de la esposa, pues Tirza ya no quería llevar pijamas, Tirza quería un camisón.

La esposa le había comprado uno. Rosa, rosa chillón. A Hofmeester le parecía un color horrible, el peor rosa posible, el color de una casa de citas. Pero a Tirza le gustaba. Era demasiado mayor para llevar pijamas. Eso había dicho.

—¿No te gusta? —repitió.

Esperó una respuesta con el camisón levantado y la barriga vuelta hacia su padre.

Hofmeester intentaba no mirar. Se concentraba en el atril en el rincón del cuarto. Había una partitura encima. Hacía poco que ella había tocado.

—Me gusta mucho —dijo Hofmeester—. Tirza, eres la niña más guapa que conozco, pero estás demasiado flaca. La gente viene a verme y se queja de lo flaca que estás, tenemos que hacer algo al respecto. Tenemos que comer más, tenemos que comer mejor. De forma más regular.

—Papá, mírame.

Lo interrumpió con dureza, como podía interrumpirle a veces mientras él le leía en voz alta. Alguna que otra vez le gustaba lo que le leía. Le había encantado una parte de Don Quijote y los relatos de cazadores de Turguénev la habían cautivado.

—Mira —dijo—. Mira.

Y él miró.

Estaba de pie sobre la cama. Sobre la manta. Sostenía en alto el ridículo camisón rosa que le había comprado su madre en una tienda ridículamente cara. Hofmeester miraba fijamente su ombligo. Debajo había unas bragas amarillas a rayas. Rayas blancas.

—Ya no soy una niña —dijo—. Soy una mujer.

Dejó caer el camisón. Se puso las manos en el lugar donde le saldrían los pechos.

—Soy una mujer con tetas —dijo Tirza.

Se puso las manos en la barriga.

—Soy una mujer con barriguita.

Bajó las manos hasta los muslos.

—Soy una mujer con piernas largas. Soy una mujer, papá.

Hofmeester se levantó.

—Eres una superdotada, Tirza, altamente superdotada, pero no eres una mujer, todavía tienes que convertirte en una y ese momento llegará, pero eres una niña y tienes que comer.

Se levantó, se fue al rincón del cuarto y desplazó el atril unos cuantos centímetros.

Tirza seguía de pie en la cama, había vuelto a levantarse el camisón.

—Di que soy una mujer, papá —dijo.

Él se quedó parado con la mano en el atril.

—Tirza.

—Di que soy una mujer —gritó ella—. Dilo, papá.

El libro seguía sobre la cama. El libro que él debería haber leído.

—Eres…

Regresó a la cama, se puso delante de ella.

Ella lo agarró del pelo. Podía hacerlo fácilmente puesto que estaba sobre la cama. Le tiró del pelo.

—Dilo —chilló— papá, dilo, atrévete a decir: «Tirza, eres una mujer».

Él dejó que le tirará del pelo. No le importaba. Cogió el libro de la cama.

—Soy una mujer —chilló ella—. Dilo, dilo, papá.

Le tiró más del cabello, pero él no lo notó, estaba como en un trance, como si viera y oyera otra cosa.

—Dilo: «Tirza, eres mi mujer» —gritaba ella—. Dilo, papá, dilo.

Ya no solo gritaba, sino que las lágrimas corrían por sus mejillas. Se dejó caer y apretó la cara contra la sábana.

—Tirza, eres mi hija —dijo él gritando también—. Eres mi hija,

Tirza, eres y seguirás siendo mi hija.

Después bajó corriendo la escalera. Pero la oyó chillar:

—No tienes ninguna mujer, papá. Soy la única mujer que tienes. La única.

En el salón, Hofmeester se sentó en el sofá y se meció. Hubiese querido llorar como Tirza, pero no lo lograba y no comprendía por qué.

El lunes siguiente, durante la pausa del almuerzo, fue a la librería Scheltema. Entre las secciones de filosofía y psicología encontró por fin una vendedora que podía dedicarle tiempo.

—Busco libros sobre trastornos alimenticios —dijo lo más discretamente posible.

—¿Sobre qué?

—Trastornos alimenticios —repitió, algo más fuerte.

—¿Qué busca usted exactamente? ¿Novelas?

—Información.

Ella lo acompañó hasta una estantería.

—Esta hilera —dijo—. Va de trastornos con la comida. Y esta también. Y allí hay algo más.

Hofmeester se agachó, no sin antes comprobar que nadie lo veía. Ningún conocido, ningún compañero de trabajo. La oferta era abrumadora. Ya solo la oferta le ponía enfermo a uno.

Tardó más de veinte minutos en encontrar dos libros que le parecieron más o menos inteligentes.

La cajera le preguntó:

—¿Se lo envuelvo para regalo?

—No —dijo Hofmeester—, es para mí.

Después volvió corriendo a la editorial.

—Veo que has almorzado con calma, Jörgen —le dijo la recepcionista.

Él agarró bien fuerte la bolsa con los dos libros y se rio torpemente.

Aquella noche se sentó en el sofá con los dos libros, sus lápices y un sacapuntas, porque le gustaba que los lápices estuvieran afilados.

Tirza entró en la habitación y preguntó:

—¿Qué estás leyendo?

—Nada —le contestó él poniendo una mano sobre los libros—. Nada importante. Basura.

—Papá —le dijo ella—, ¿no te importa que mamá esté tan poco en casa?

Llevaba puesto el camisón, el color lo ponía enfermo. Un día tendría que quemarlo a escondidas.

—Me gusta estar solo —respondió él, jugueteando con el sacapuntas—. No me gusta el ajetreo. Ni el ruido. Ni estar rodeado de demasiadas personas.

—Pero ¿no te parece raro que esté tan poco?

—Los dos hemos llegado a un acuerdo, Tirza. Ella está ocupada, yo estoy ocupado. Y ahora vete a dormir —dijo acariciándole la mejilla.

—Pero ¿tú todavía tienes una mujer? —le preguntó ella.

Y aunque la quería mucho, la pregunta lo preocupó. La pregunta le pareció más astuta de lo que correspondía a su edad, mucho más envenenada que su carácter, mucho más cruel que la reina del sol que era y que siempre sería.

—Mamá es mi esposa, Tirza. Lo sabes tan bien como yo. Ahora sube a tu cuarto, mañana te leeré algo.

Ella se inclinó y le mordió la nariz como hacía cuando quería estar muy cerca de su padre. Era un resto de su niñez. Entonces había empezado a morderle la nariz. Según Hofmeester porque buscaba el pecho, aunque no era muy lógico, puesto que su nariz no se parecía en absoluto a un pezón. Y a pesar de que ya tenía catorce años, seguía subiéndose a sus rodillas para morderle la nariz.

—No tienes ninguna mujer, papá —susurró—. Soy la única mujer que tienes.

Entonces le mordió una vez más la nariz y después se fue corriendo arriba. Él se quedó sentado en el sofá, dudando si debía ir detrás de ella para contradecirla. Titubeó tanto tiempo que decidió que era mejor quedarse sentado.

Ibi se había ido a un bar con amigas, su esposa pintaba en su taller donde recibía casi exclusivamente a modelos masculinos, Jörgen Hofmeester estaba en el salón de su casa y subrayaba un párrafo tras otro en el libro de divulgación sobre la enfermedad de su hija menor, y en su dormitorio junto al violoncelo, Tirza se mataba de hambre como una superdotada.

Así vivía la familia Hofmeester al principio del nuevo milenio.

# 4

DESDE EL BALCÓN DEL DORMITORIO DONDE LLEVA YA UN cuarto de hora, Hofmeester ve encenderse la luz del cobertizo. Y apagarse. Y encenderse y apagarse.

Alguien está jugueteando con la luz. Solo entonces se acuerda de que ha dejado a Ester sin hache en el cobertizo y que le había prometido un vaso de jugo de naranja.

Lo prometido es deuda. Se va rápido a la cocina. No puede desatender a los invitados, aunque estos se encierren en el cobertizo.

Ve a Tirza delante del fregadero. Por un instante, él cree que está vomitando.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Me estoy comiendo un tomate.

Está inclinada sobre el fregadero para no ensuciar el suelo con el jugo de tomate.

—Hay muchos canapés deliciosos. Hay de todo.

Suena a la vez desesperado y acusador.

—Me apetecía un tomate.

Toma otro bocado, el jugo le corre por la barbilla. Hofmeester le da un paño.

—Tu vestido está un poco torcido —le dice—, te veo la tira del sujetador.

Quiere enderezarlo, pero Tirza le dice:

—Así se usa. ¿Qué opinas de él?

Él se sirve una copa de vino blanco, el mismo ge würztraminer italiano. Siempre el mismo gewürztraminer italiano.

—¿De quién?

—Choukri. ¿Qué opinas de él?

Ahora ha acabado de comerse el tomate.

—¿Quieres un poco? —pregunta Hofmeester levantando la botella —. Es tu vino preferido.

Ella niega con un gesto de la cabeza.

—Más tarde. ¿Qué te pareció?

Hofmeester mira el techo. Necesita urgentemente una mano de

pintura. A simple vista cuenta tres grandes manchas marrones de humedad. Pero no hay dinero. El fondo de cobertura se ha esfumado. Todo en el entorno de Hofmeester se esfuma. Ahora solo invierte en lo más necesario y Hofmeester opina que los techos no son lo más necesario.

—¿Qué quieres que te diga? Me pareció muy reservado. Nada abierto, poco sociable, es difícil entablar contacto con él. Pero es solo una primera impresión, por supuesto.

—Pues claro que es vergonzoso, papá, tú también lo serías en una situación así, y además tú también eres tímido, no es una combinación ideal.

—No soy tímido.

Llena su copa con gewürztraminer italiano y la vacía de un solo trago, para luego volver a llenarla enseguida.

—Eres tímido —le dice ella con voz cariñosa, pero insistente. Sobre este tema no acepta que la contradigan—. No conozco a nadie tan tímido como tú.

—Soy discreto, Tirza —le dice él—. Discreto, eso no es lo mismo que tímido, no quiero importunar al novio de mi hija. Me mantengo en segundo plano.

—Papi, eres tremendamente tímido, lo sabes mejor que yo. Cuando íbamos de vacaciones, nos obligabas a entrar en el restaurante para ver cómo era por dentro. Y tú te quedabas fuera. ¿No te acuerdas? ¿No puedes recordarlo? Y cuando teníamos una función de teatro en primaria y después todos los padres venían orgullosos al vestuario, tú te escondías detrás de mí. Pero dime, ¿qué opinas de él?

Él da una palmada. No sabe por qué. Mira la etiqueta de la botella.

—Me parece difícil. Si quieres que te sea sincero. Difícil. No acabo de calarlo. Me recordaba a alguien. No, me recuerda a alguien.

—¿A un actor? Se parece a un actor, ¿no? ¿Un actor francés? ¿Te gusta más que los anteriores?

—¿El anterior?

—Los anteriores.

—¿Hubo otros antes? Creía que no iban en serio. De vez en cuando le llegan fragmentos de música del salón. Piensa que debería freír algunas sardinas. ¡Hay tantas sardinas! ¿Qué es una persona sin tarea? Nada. Freír sardinas, esa es su tarea para esta noche.

—Y no iban en serio. Pero los hubo. Te los presenté, papá, los viste a todos.

—Vi algunos chicos, aquí en casa, es cierto, de vez en cuando vi a chicos, en los últimos años, también algunos que se quedaron a dormir, pero no novios. Me dijiste que no significaba nada.

—No, es cierto. Era por pura diversión, pero sí que eran novios.

Él no había comprendido nada. Había muchas cosas que no había comprendido, y no obstante no querría describirse como ingenuo. Ni tímido ni ingenuo, otra cosa, pero ¿qué?

—Tirza —dice extendiendo las manos hacia ella, como hacen los niños pequeños cuando quieren que los aúpen.

Precavido, quizá eso. Jörgen Hofmeester, un hombre precavido.

—Tirza —repite, con los brazos extendidos—, ¿es que no te has dado cuenta?

—¿De qué?

—Tu novio. Ese hombre. A quién se parece. ¿No te ha llamado la atención?

Ella sacude la cabeza.

—A un actor francés, ¿no crees? ¿A un actor?

Él deja caer los brazos.

—No, no, no a un actor francés. Ningún actor. No un actor en el sentido usual de la palabra. A Mohamed Atta. La misma cara, los mismos ojos, la misma mandíbula. El mismo pelo.

Ella vuelve a negar con la cabeza.

—Papá —dice.

Y el padre, apoyándose en la encimera, repite esas dos palabras, Mohamed Atta, como si solo ahora empezara a comprender lo que ve, lo que piensa y siente.

—No lo hagas —le dice ella.

—¿Qué?

—Lo que estás haciendo.

—¿Qué hago? —pregunta Hofmeester—. ¿Qué hago?

Tirza se le acerca. Lo abraza.

—Por favor —le susurra al oído—, no lo hagas. Deja que sea feliz.

—Pero yo quiero que seas feliz, te deseo más felicidad que a nadie, te deseo toda la felicidad del mundo, solo que él no es tu felicidad, es tu desgracia. Mohamed Atta es tu desgracia.

Tirza no suelta a su padre.

—Es mi novio. Tendrás que hacerte a la idea, papá. Por favor. ¿Verdad que vas a poder? ¿Crees que lo conseguirás? ¿Verdad que sí?

El cabello de su hija le cosquillea la frente, siente su respiración que huele a menta. No puede quedarse de pie de esta manera, no es su fiesta. En cualquier momento podría entrar alguien.

—Escucha Tirza, te deseo el mejor novio, el más guapo y más cariñoso del mundo, pero Mohamed Atta no es el mejor ni el más guapo y no es en absoluto el más cariñoso. Es el peor candidato que puedo imaginarme.

—Deja ya de llamarlo Mohamed Atta. Se llama Choukri y es mi

novio.

Hofmeester se separa del abrazo, se da la vuelta y busca el sacacorchos para abrir otra botella de gewürztraminer italiano.

—Todo el mundo ve algo distinto —dice mientras busca—. Hablamos de la realidad, pero ¿qué queremos decir con eso, lo sabes tú? Tú ves en ese hombre a tu novio. Yo veo en el a Atta, y se lo que quiere Atta, sé lo que busca, conozco sus planes.

Por fin encuentra el sacacorchos. Sigue hablando, ya no le importa con quién. Tiene que decirlo. Tiene que sacar la verdad, la terrible verdad.

—Me preocupo —dice—, no quiero que mi hija trate con Atta. Incluso el padre más desequilibrado y más progre diría: «Mi hija puede tratar con cualquiera, un negro, un yonqui si es preciso, o un vietnamita, pero no un terrorista».

Ella golpea la encimera con la mano.

—Has ido demasiado lejos —grita—. Esto ya no tiene gracia. Déjalo, papá, déjalo.

Él abre la botella. Ha conseguido mantener una conversación abierta y sincera con su hija. Se invita a una copa de vino para calmarse.

—¿Qué tengo que dejar?

—Deja de llamar terrorista a mi novio. Eso para empezar.

—¿Cómo quieres que lo llame? ¿Un paladín de la libertad? ¿Un crítico de la globalización? ¿Un anarquista? ¿Un combatiente enemigo? ¿La víctima de una herejía? ¿Un desgraciado?

—A él no le interesa la política. Choukri es músico y yo lo amo.

—¿Qué sabes tú de amor?

—¿Qué sabes tú de eso, papá? ¿Qué sabes tú de eso? ¿A quién has podido amar?

Él deja su copa. Se seca los labios.

—A ti —dice después de un rato—. He podido amarte a ti.

Se miran. Él espera que ella diga algo, pero Tirza calla. Y él comprende que es inevitable, que ya no hay nada que hacer, que su propia vida se ha acabado sin haber empezado nunca. Ha acabado antes de empezar. Es una idea que debería hacerle sonreír. Bien pensado es de locos y ¿qué mejor respuesta hay ante la locura que la sonrisa? Pero no logra sonreír.

—Creía —dice finalmente—, o al menos he oído decir que ya no creen en eso, en amar, que es anticuado. Tu generación ha pensado otra cosa.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Alguien en la fiesta.

—Oh. Yo en cualquier caso sigo creyendo en el amor. Amo a

Choukri.

Ahora él sonríe. Ahora lo consigue.

—Él te utiliza.

—Y yo a él. Eso es amor. El uso correspondido. El uso respetuoso.

Suena como algo que ha dicho otras veces, algo que ha oído decir a otros, que ha leído en algún sitio.

—Tengo ojo para las personas —le dice Hofmeester—. He vivido más que tú, créeme: utilizar no es lo mismo que amar y amar no es utilizar, y él es Mohamed Atta. Si no el Mohamed Atta del once de septiembre, su sucesor, su descendiente, su reencarnación, su sustituto…

Ella agita la mano para que se calle, lo interrumpe.

—Entonces amo a Mohamed Atta. Qué se le va a hacer. Tendrás que ir acostumbrándote.

Él se la queda mirando sin comprender y vuelve a secarse los labios.

Ella se le acerca.

—Papá, por favor —le dice—, no me hagas llorar esta noche.

Él le coge ambas manos.

—No te hago llorar, intento apartar un peligro. No quiero hacerte llorar jamás. Ni ahora ni nunca.

—Pero es que no hay ningún peligro. Solo en tu imaginación.

—Pues claro que lo hay. Lo siento, lo huelo, lo veo.

Le suelta las manos y ella le acaricia la mejilla, la barbilla.

—Fríenos algunas sardinas —le dice—. Me gusta que frías sardinas. Me recuerda a cuando era pequeña.

—Lo haré, Tirza. Más tarde me concentraré en las sardinas. Luego. Pero ahora… Ahora tengo que advertirte. Tengo que protegerte.

Ella niega con la cabeza.

—No me protejas, papá. Por favor, no me protejas.

Después, regresa a la fiesta. Él la mira alejarse, con la copa en la mano. Su hija ha cambiado. Es indudable. Su esposa tiene razón. Pero no ha sucedido de un día para otro. Todo empezó después de su enfermedad. Ya durante la enfermedad. Aunque él no lo vio. Hay tantas cosas que no ha visto. Se acuerda de los libros que compró para curar a su hija menor. Pero cuando se hizo evidente que el estudio de Hofmeester sobre los trastornos alimenticios y cuestiones afines no ayudaba a su hija, enviaron a Tirza a dos psicólogos a la vez. El segundo quería hablar con sus padres, y como solía hacer en este tipo de casos, Hofmeester acudió solo a la cita.

A Hofmeester, el psicólogo le pareció severo, pero no antipático. Objetivo, lo que no se esperaba de un terapeuta.

—¿Cuáles son las causas? —quiso saber Hofmeester.

Había decidido que iba allí no solo a contestar preguntas, sino también a formularlas. Incluso llevaba un bloc de notas en el bolsillo de la chaqueta para anotar lo que oyera. En aquel momento lo sacó.

—No hay una causa, siempre son muchas. Y ahora mismo, las causas no son lo más urgente. Su hija no está bien.

—Pero… —Hofmeester estaba sentado en un sillón y buscaba palabras, buscaba esperanza. Había ido allí a que le dijeran que todo iría bien y todavía no se lo habían dicho—. ¿Qué hacemos mal? ¿Qué hago mal?

Tenía el lápiz preparado.

—No se trata de hacer algo mal. Aunque en cada familia, incluida la suya, hay cosas que pueden mejorarse.

Hofmeester se miró los zapatos y después los del psicólogo.

—¿Por qué está haciendo esto? —preguntó Hofmeester—. Usted ha hablado con ella, ¿qué piensa? ¿Qué la motiva?

Y mientras lo preguntaba sacudía la cabeza, como queriendo dejar claro que no comprendía qué hacía su hija, que nadie podía comprenderlo. Se escapaba a la comprensión y por ello escapaba al mundo de Hofmeester.

—Bueno —dijo el psicólogo—, eso tampoco es fácil de decir, está haciéndose con el control de su vida, recuperando el control. Su enfermedad es un medio para lograrlo. Creo que debe imaginárselo así, se trata del control.

—¿Control?

—Sí —dijo el psicólogo—. Control.

—Control —repitió Hofmeester, como si fuera una palabra extranjera cuyo significado no conociera, y así lo sentía realmente. Ya no sabía lo que significaba «control». Escribió la palabra en su bloc, sin comprender por qué, y la subrayó varias veces.

—¿Y qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer? —preguntó cuando acabó de subrayar.

—Apoyarla.

—Ya lo hago.

—Quizá no lo suficiente.

No lo suficiente, esa era una posibilidad que Hofmeester no había tenido en cuenta. Él creía más bien que la apoyaba demasiado, pero por lo visto no era suficiente.

Se quedaron sentados uno frente al otro, en silencio, hasta que el psicólogo dijo:

—Ay, ¿sabe, señor Hofmeester?, los trastornos alimenticios se producen casi solo entre los blancos de clase media, y en ninguna otra parte. Es una enfermedad típica de la clase media blanca.

Sonaba como si eso lo explicara todo, como si ahora todo quedara claro.

Y mientras el psicólogo se levantaba, Hofmeester se preguntaba qué había querido decir el hombre con eso.

—¿Es posible que tenga algo que ver con el hecho de que sea altamente superdotada? —preguntó mientras se metía el bloc de notas en el bolsillo y se ponía la chaqueta.

—¿Quién dice eso? ¿Quién dice que lo sea?

Hofmeester gesticuló con manos y brazos. La pregunta lo desconcertaba.

—Todo el mundo —contestó finalmente—, todos lo han dicho siempre y todos lo dicen.

—Hummm —dijo el psicólogo—. Hummm.

Y así finalizó la consulta.

Un hombre raro, se dijo Hofmeester. No antipático, como mucho evasivo. Mientras abría el candado de su bicicleta y pensaba en la conversación, se le ocurrió que él, Jörgen Hofmeester en persona, era la enfermedad de la clase media blanca.

Más tarde aquel día, se vio reflejado en un escaparate y le volvió a llamar la atención. Allí iba la enfermedad de la clase media blanca, allí iba Jörgen Hofmeester.

Esa idea era nueva y abrumadora, pero no impidió que Hofmeester siguiera haciendo lo mismo que las semanas anteriores. Compró más libros sobre trastornos alimenticios que por las noches estudiaba con el lápiz preparado y el sacapuntas al alcance de la mano. Si había una solución, la encontraría en los libros. ¿Dónde si no?

Por mucho que él subrayara y marcara y aprendiera de memoria, Tirza adelgazaba, su peso bajaba y se acercaba a un límite crítico. Se empezó a hablar de alimentación forzada. Ingreso hospitalario, asistencia médica.

Una noche que la esposa llegó a casa poco antes de la medianoche, Hofmeester estaba en la mesa del comedor rodeado de libros sobre el mismo tema. Miró a la madre de Tirza y dijo:

—Estamos matando a nuestra hija.

Ella se sentó a la mesa sin quitarse el abrigo. Encendió un cigarrillo. Luego se levantó y se sirvió una copa.

La enfermedad de Tirza no solo destruía a la propia Tirza, sino que con su enfermedad se inició la destrucción de la familia Hofmeester, y cuantos más miembros de la familia se oponían a ella, más rápido parecía avanzar.

Dejó la copa sobre la mesa. Volvió a sentarse. Tampoco se había quitado el gorro. Un gorro de lana.

—¿Nosotros? —preguntó la esposa—. ¿Nosotros? ¿Has dicho eso?

No, nosotros no. Tú.

Apuntó a Hofmeester con el índice.

Él cerró el libro que estaba leyendo.

—¿Yo? ¿Y por qué si puede saberse? Al menos yo hago algo. ¿Qué haces tú? ¿Qué has hecho tú?

La esposa inhaló.

—Tú —dijo—, tú has envenenado a esa niña. No la has dejado en paz ni un solo momento. Ni un solo momento. Si no iba a clase de violoncelo, tenía que ir a natación, si no iba a natación, le leías un libro de la biblioteca rusa, si no le leías, tenía que ir contigo a comprar vino. Tú la has destrozado igual que intentaste destrozar a Ibi, pero gracias a Dios Ibi era más fuerte que tú. Tirza no. Para Tirza, todo lo que dices es verdad, Tirza te idolatra y tú te dejas, porque te encanta ser el ídolo de alguien.

Hofmeester cogió un lápiz y empezó a sacarle punta.

—Lo que dices está muy lejos de la verdad —replicó él cuando acabó de afilar el lápiz—. Es una vil mentira. Es de una tremenda maldad. Me he preocupado por ella porque tú la has descuidado. Alguien tenía que ocuparse de ella, alguien tenía que ir a buscarla al salir de clase de natación. Alguien tenía que llevarla a clases de violoncelo.

—Pero nadie tenía que obligarla a nadar, obligarla a hacer esto, a hacer aquello, nadie tenía que pasarse el día entero diciéndole lo altamente superdotada que es. ¿Cómo crees que reaccionarías tú si oyeras eso todo el día? ¿No crees que también te volvería un poco loco? ¿No se te iría la pinza? Tú has destrozado a esa niña, tú y nadie más que tú. Has intentado hacer de ella tu colega, tu amiga y tu mujer, sí, también tu mujer. Has intentado que te diera todo lo que no podías encontrar en el mundo real, y lo único que puedes reprocharme a mí es que no he hecho nada o, en cualquier caso, no he hecho lo suficiente para impedírtelo, pero también tengo una vida, soy humana, tengo derecho a un poco de felicidad. Sí, soy humana, Jörgen.

Él se masajeó las sienes y dijo:

—Si vuelves a decir una vez más: «soy humana», si tengo que volver a oír que eres humana, te estrangularé.

—Hazlo —dijo ella—, estrangúlame.

Él siguió frotándose las sienes y finalmente dijo, ya más tranquilo:

—No me he pasado el día entero diciéndole lo superdotada que es, he intentado estimularla. Eso no es un crimen. Sí, la he querido, la quiero, tal vez tenga con ella un vínculo más especial que con Ibi, pero esto tampoco es un crimen. Y no pido nada a cambio, puesto que me basta con lo que recibo, me basta de sobras. Cómo me sonríe, lo

que me cuenta, su compañía. Si he hecho algo mal, no sé qué es.

Partió en dos uno de sus lápices, le costó esfuerzo lograrlo, y ese esfuerzo lo distrajo de su cólera.

—¿Es lo único que se te ocurre decir? —preguntó—. ¿Qué la he destrozado? ¿Es lo único que queda de nuestro matrimonio: quién tiene la culpa de la enfermedad de Tirza?

Ella apagó el cigarrillo.

—Sí —dijo— es lo único que queda. Lo siento, nunca has sido un padre para Tirza. Quizá un amigo, un amante, pero un padre no es un amante, Jörgen.

Él se levantó.

—¿Qué insinúas? —preguntó—. Qué seas demasiado fría para tocarla no significa que alguien que la toque sea un criminal. Las personas necesitan calor. Su vida depende de ello. Eso les da vida. El calor no es un crimen. El crimen es la falta de calor.

Ella se levantó.

—¿Adónde vas? —le preguntó él.

—A mi taller.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Dormir.

—Allí no hay cama.

—Hay un sofá.

Él la siguió. En el vestíbulo empujó a su esposa contra la pared y le apretó el cuello con una mano.

—¿Cómo te atreves a decirme esto? —chilló—. ¿Cómo te atreves a decir lo que acabas de decir? ¿Cómo te atreves? Tú que no tienes la menor idea de lo que significa ser madre, tú, que no vas a ninguna reunión de padres, tú que no te preocupas de nada, ¿cómo te atreves a decir que no soy un padre? No te pido que me quieras, hace tiempo que sé que no lo haces, pero al menos demuestra respeto por lo que hago.

Ella se estaba poniendo roja, pero él no la soltaba. Ella le dio una patada, pero él no la soltó.

Solo la dejó ir cuando empezó a dolerle la mano.

Hofmeester se quedó parado en el vestíbulo y ella se fue corriendo a la cocina. La oyó toser, oyó cómo abría el grifo. Más toses, la oyó llamar por teléfono.

Después de cinco minutos salió de la cocina.

—¿Qué has hecho? —le preguntó él.

—He llamado a la policía —dijo ella saliendo de casa.

En un primer momento, Hofmeester se quedó en el vestíbulo, después volvió al salón, sobre la mesa hizo tres pilas idénticas con los

libros sobre la enfermedad de Tirza y vació el cenicero.

Durante un rato, jugueteó con las dos mitades del lápiz partido. Canturreaba.

A la una menos cuarto, subió para irse a la cama. Abrió la puerta del cuarto de Tirza sin hacer ruido, quería saber si dormía. Tenía los ojos abiertos.

Hofmeester se sentó en la cama. No podía mirarla, pues cuando se daba cuenta de lo que veía, quería ahorcarse. Estaba furioso, porque no podía negar la sensación de haber fracasado, y odiaba a su esposa, odiaba a todo el que le recordara ese fracaso.

Cogió la mano de Tirza y miró los muebles del cuarto. Se quedó así sentado. Hasta que dijo:

—Esto no puede seguir así, Tirza. Esto tiene que acabar.

—Lo sé —dijo ella, y a él le pareció que también su voz se había visto afectada por la enfermedad—. Lo sé, papá, pero ya no puedo parar. Es demasiado tarde.

Él se concentró en la silla de oficina, en los diccionarios que había sobre el escritorio, un libro abierto de geografía. Se concentró.

—¿He hecho algo que no debería haber hecho? —preguntó mirando el libro de geografía—. ¿Hay cosas que te molestan? Aquí en casa. Mías o de mamá. ¿Hay algo que hagamos mal, que yo haya hecho mal?

Intentó concentrarse en otra cosa. Las cortinas. Eran cortinas rojas. Las había elegido Tirza.

—Ya sabes —dijo él, hablando casi tan bajo como ella— ya sabes, Tirza, que nosotros, mamá, Ibi y yo, también te querremos aunque no seas una superdotada, no nos importa lo que seas. No tienes que ser la mejor, no hace falta que seas nada, te queremos tal como eres.

En realidad no esperaba ninguna respuesta. Pero obtuvo una. Más fuerte que la anterior. Claro y alto.

—No, papá —dijo ella— si no soy la mejor, nadie me querrá.

Él se quedó un instante en silencio, unos cuantos segundos. Humillado por el espejo deformador de su ambición, su ambición bien intencionada y, en definitiva, razonable. Derrotado por su hija por la que había querido sacrificarlo todo, porque lo hacía parecer culpable. Por mucho que destacara ella, nunca destacaría lo suficiente para apagar la culpa que él sentía.

Entonces ya no aguantó más estar en aquel cuarto. Huyó.

Volvió abajo y se quedó de pie delante de la mesa del comedor.

Empezó a golpear suavemente la mesa con el índice. Durante un minuto y luego un minuto más, así permaneció durante un cuarto de hora, media hora. Hasta que sonó el timbre y se sobresaltó. Eran casi las dos. ¿Tal vez fuera su esposa que había olvidado las llaves? Ibi

estaba en casa, Tirza también. Solo podía ser la esposa.

Al abrir la puerta vio a dos agentes. En realidad todavía eran unos muchachos.

—¿Señor Hofmeester? —preguntó uno con acento de inmigrante.

—Sí —dijo Hofmeester—, el mismo.

—Hemos recibido una llamada. ¿Hay algún problema?

—¿Quién les ha llamado?

—Su mujer —dijo el otro policía—. Tiene usted una mujer, ¿verdad? Vive usted aquí con su mujer y sus hijos, ¿no?

—Oh, eso —dijo Hofmeester—. Ha sido una riña. Ya ha acabado. Disculpen las molestias.

Se dispuso a cerrar la puerta. No le apetecía tener compañía.

Pero el agente inmigrante preguntó:

—¿Podemos entrar un momento?

—Como quieran.

Los hizo entrar, les enseñó el salón. Ellos echaron un vistazo. El inmigrante cogió un libro de la mesa del comedor y lo hojeó lentamente.

—Su esposa quería presentar una denuncia —dijo con el libro en la mano—. ¿Está en casa?

Hofmeester negó con la cabeza.

—No, no está en casa. Ya sabe cómo son las mujeres. Sobre todo las escorpio.

—¿Es escorpio? —preguntó el agente que no era inmigrante.

—Sí, sí —dijo Hofmeester.

No tenía ni idea de por qué lo había dicho. Se daba cuenta de que a veces no sabía lo que iba a decir y que entonces le salían cosas que no siempre le parecían agradables. Las mujeres escorpio, ¿de dónde sacaba eso? Ella era escorpio, pero ¿a quién le importaba? Tenía que concentrarse. Tenía que controlarse, dominarse mejor.

—Es del catorce de noviembre —dijo Hofmeester—. Escorpio. Se ha ido sola a su taller. Pinta. Sobre todo hombres. A veces también fruta. Manzanas, una piña, una fresa solitaria en un plato. Pero sobre todo hombres. Algún que otro autorretrato, por lo demás solo hombres.

—Por teléfono nos contó que había intentado usted agredirla —dijo el inmigrante—, maltrato, eso dijo. ¿Es posible que sea cierto? ¿Ha agredido usted a su mujer? ¿La ha maltratado? Por supuesto no está obligado a contestar si no le apetece, si piensa: eso me traerá problemas. Tiene usted derecho a guardar silencio.

Hofmeester reflexionó. Ya no recordaba bien de qué iba la conversación con su mujer.

—Estábamos jugando —dijo por fin—. Mi esposa y yo jugamos como dos cachorros. A veces se nos va de las manos. Me refiero al juego. Entonces ella llama a la policía. Es mala perdedora. Pero forma parte del juego. Es una artista. Como les dije, pinta. Manzanas, naranjas, frutas del bosque, pero también hombres. Sospecho que desempleados. Desempleados de larga duración. No les da nada a cambio, una taza de té, eso sí, pero ellos tienen que quitarse la ropa. ¿Se quitarían ustedes la ropa por una taza de té?

El inmigrante volvió a dejar el libro en la pila.

—¿Así que no ha habido agresión? Se lo volveré a preguntar con toda claridad: ¿agrede usted a su esposa?

—No —dijo Hofmeester—. No, por supuesto que no. Como ya le he dicho se trata de un juego. Yo soy el agresor, ella la víctima, nuestra casa el parque. Soy…

Se secó la boca, la frente y los ojos.

—¿Sí? —dijo el agente que no era inmigrante— Continúe. ¿Usted es?

—Soy la bestia. Y ella… ella también es una bestia. Los dos somos bestias. Ese es nuestro juego. Dos bestias. Dos bestias salvajes y solitarias. Nuestro salón es la estepa y nuestro aliento el viento polar. Pero a veces, la cosa se nos va de las manos y ella llama a la policía. Forma parte del juego. El primero en abandonarlo, pierde. Ella siempre es la primera en dejarlo. Jugamos… Jugamos, porque…

Hofmeester ya no se reconocía. Así que, en caso de necesidad, disponía de habilidades sociales. Unas habilidades sociales curiosas, sí, pero bueno, no se las podía llamar de otra forma: habilidades sociales. Hofmeester hablaba.

Los agentes lo miraban con recelo, aunque también con una pizca de perplejidad.

Ya no decían nada, miraban a su alrededor y tal vez en el salón de la familia Hofmeester vieran también la estepa y sintieran el viento polar.

—Suerte con todo —le dijo el inmigrante— y asegúrese de que no se le vaya de las manos, contrólelo.

Hofmeester los acompañó a la puerta. Antes de cerrarla, les dio las gracias por las molestias, aunque no sabía a qué molestias se refería y ellos tampoco parecían saberlo.

En el salón abrió la cortina unos centímetros y los observó alejarse. Después apagó las luces.

Arriba se fue al ropero y buscó en los bolsillos de su chaqueta el bloc de notas que había comprado especialmente para la reunión con el psicólogo. Por fin lo encontró. No ponía mucho. Una palabra: control. Subrayada dos veces.

Miró su propia escritura, la palabra, como si esa palabra y el subrayado lo explicaran todo: su vida, la enfermedad de su hija, la enfermedad de la clase media blanca, la enfermedad que era él y que ya no quería seguir siendo. Se desvistió y se sentó en la cama. Pero no podía dormir. Canturreó, abrió las puertas del balcón y las cerró. Espero, como tantas otras veces, a que su esposa regresara a casa.

A la mañana siguiente, se llevó a Tirza a una clínica en Alemania, especializada en trastornos alimenticios. No le preguntó si quería ni si le apetecía, o si pensaba que serviría de algo después de todo lo que él había intentado, después de todos aquellos libros que había leído, simplemente condujo hasta allí. Sin detenerse. Sin hablar. Ella estaba sentada en el asiento de atrás, o mejor dicho estaba tumbada en el asiento de atrás.

La secretaria de la editorial le había dado la dirección. Así, por la tarde, Hofmeester dejó a su hija en la clínica, como quien entrega un paquete. Y él se trasladó a una pensión cercana.

Por la noche llamó a casa, pero su esposa no estaba.

Ibi contestó el teléfono.

—He llevado a Tirza a una clínica en Alemania —le dijo él—. Por favor, díselo a mamá.

En el pueblo donde estaba ubicada la clínica, había un restaurante. Hofmeester se convirtió en un asiduo. Allí conocían a los de su especie. Padres que habían dejado a sus hijos en la clínica, padres que solían estar extenuados, más muertos que vivos. Y que callaban, incluso cuando habían venido ambos.

Después de algunas noches, entabló contacto con un sociólogo de Fráncfort que acababa de dejar a su hija, tres años mayor que Tirza, en la clínica.

Durante unas noches, Hofmeester habló con el sociólogo sobre sociología, Adorno, el expresionismo, las tierras altas de Alemania, Tolstói, el barquito del sociólogo con el que, en verano, navegaba por el mar Báltico, una y otra vez sobre el barquito del sociólogo, puesto que navegar era una delicia. Todo servía como tema de conversación, aparte de la clínica, las niñas, la enfermedad. Sin embargo, la quinta noche el sociólogo dijo:

—¿Le parece bien que esta noche no me siente con usted a la mesa?

—Por supuesto —respondió Hofmeester—, ningún problema.

Por lo visto, había dicho algo que no le había gustado al sociólogo, quizá había emitido una opinión demasiado contundente, pero infundada a ojos del sociólogo, sobre un poeta expresionista. ¿O era porque no había demostrado suficiente entusiasmo sobre el mar Báltico? Hofmeester no sabía qué había ocasionado la ruptura, pero

ese pequeño e insignificante incidente le dolió.

Por un breve periodo había entablado contacto, había encontrado a alguien, pero no había durado mucho. Y a partir del momento en que el sociólogo le dijo que no quería sentarse en la misma mesa que Hofmeester, se limitaban a saludarse desde una distancia con un leve movimiento de la cabeza. Era un gesto muy educado y apenas perceptible para otras personas. Unos padres fracasados que se mantenían alejados el uno del otro.

Pasaron semanas y sucedió lo que nadie esperaba, y menos Hofmeester. Tirza empezó a curarse poco a poco, muy lentamente, con una recaída de vez en cuando, pero aun así no se podía negar que se curaba.

Durante todo aquel tiempo, Hofmeester se alojó en la pensión. En su trabajo lo comprendían. Y si no, pues que se aguantaran. Dos veces al día visitaba a su hija en la clínica. Por la mañana y al atardecer. Nunca mucho rato. Veinte minutos, un cuarto de hora. Poco a poco empezó a atreverse a mirarla de nuevo.

Y entretanto, tanto si llovía como si nevaba, él se paseaba por las colinas. De vez en cuando se encontraba con el sociólogo en un sendero y entonces se saludaban fugazmente sin detenerse. En esos momentos, Hofmeester sentía una leve y serena tristeza.

Cada día era más evidente que Tirza hacía lo que su padre no quería o no sabía hacer, y él lo sabía, lo sentía. A veces, durante los paseos pensaba: tengo que preguntarle cómo se hace eso de curarse. Por dónde se empieza y cuándo sabes que has acabado. Pero no quería molestarla con preguntas difíciles.

Y después de tres meses en el paisaje encantador, casi inocente del sur de Alemania, le dieron el alta a Tirza. Podía irse a casa.

El padre fue a buscarla y se acordó de su nacimiento, cuando, un día frío y lluvioso en el hospital de Ámsterdam, una enfermera se la había entregado. Un pequeño paquete. Un fardo. Un gusano envuelto en paños. Y él se la había llevado con su esposa a casa en un taxi. En aquella ocasión había sentido una mezcla de orgullo y temor.

Pensó que ahora era tan frágil y sensible como un bebé.

En el coche de vuelta a Ámsterdam ella apenas habló. Solo al llegar a la frontera preguntó:

—¿Crees que tendré que repetir curso?

—No lo creo —dijo él—. Creo que puedes recuperarlo todo. Y si no, no pasa nada.

No había sido un padre para su hija menor, eso le había dicho su esposa. Un amigo, un colega, un amante, puede que platónico, pero amante, y no un padre.

Debía convertirse en padre. En el mundo de los padres, él era un

converso, y como todos los conversos: un fanático.

Por las noches ya no subía a leerle un libro a Tirza, ya no la llevaba a clase de violoncelo, ya no la alentaba a participar en concursos de natación, sino que se distanciaba de ella.

A veces se quedaba parado delante de la estantería, pero la biblioteca rusa había perdido su encanto desde que ya no podía leerle a su hija. Ya no quedaba nadie para compartir su entusiasmo y con el paso del tiempo, él tampoco comprendía lo que había visto en aquellos libros.

Era como si los hubiesen cubierto con una gasa, como si estuviesen recubiertos de polvo. Como si ya no comprendiera por qué tenía razón Tolstói. «Un vano pasatiempo para gente ociosa». Ya no era una idea tragicómica de un escritor entrado en años, es decir, un error, sino una verdad irrevocable.

Cada vez menos veces se quedaba parado delante de la estantería, ya nunca sacaba un libro de ella y solo leía para su trabajo.

De esa manera, Hofmeester acabó siendo un hombre temeroso de convertirse en lo que nunca más quería ser: el amante de la mujer que era su hija.

Quería desempeñar la paternidad como era debido, no se perdía ni una sola reunión de padres, contestaba a todas las llamadas o cartas de la escuela, y no obstante tomaba medidas para no importunar demasiado. Cuando Tirza tenía visita, él iba de puntillas por la casa, a veces salía al cobertizo para no perturbar la intimidad de su hija. Le preguntaba lo menos posible dónde había estado y adónde iba, la servía y la cuidaba, y la amaba en silencio y en soledad.

Solo que ahora ya no puede seguir manteniendo silencio. Incluso el padre más infame diría: «No, hijita, Mohamed Atta, no me parece una buena idea».

Por un instante cree que ha visto un relámpago y espera escuchar un trueno. Pero al mirar por la ventana de la cocina ve que el relámpago es la luz del cobertizo que se enciende y se apaga. Entonces se acuerda de lo que estaba haciendo. Llevarle un vaso de jugo de naranja a Ester.

Mira a su alrededor porque no está seguro si ya le ha servido un vaso. No logra encontrarlo.

Hofmeester llena una copa con jugo de naranja. La luz del cobertizo sigue encendiéndose y apagándose. ¿Qué pretende esa criatura: provocar un cortocircuito? ¿Se ha vuelto loca?

Vaso en mano, Hofmeester se dirige al cobertizo con paso firme.

Abre la puerta furioso. Allí está ella, sentada sobre el cubo boca abajo, con el cordón de la luz en la mano.

—¿Quieres parar? —le dice Hofmeester, comedido.

—¿Hago algo mal?

Lo mira con sincero asombro. Como si nunca hubiese comprendido que los adultos no juegan con la luz, como si en su casa no hiciera otra cosa.

—Sí, haces algo mal. Estás jugando con la luz, y llevas un tiempo así. De esta manera provocarás un cortocircuito.

—Lo siento, estaba distraída.

Coge la copa de jugo de naranja que él le ofrece. Toma pequeños sorbos, como si fuera un licor.

—¿Es de un envase con pulpa? —¿Qué?

Vuelve a tomar otro sorbito.

—Creo que es un resto de un envase, es el último resto. ¿Es posible?

—Es jugo de naranja, si no te gusta no lo bebas. Escucha —cruza los brazos, piensa que así irradiará autoridad—… No sé qué costumbres tendrán en tu casa, pero por lo que a mí respecta, ya has pasado suficiente tiempo en el cobertizo. O te vas a casa o participas en la fiesta.

Ella suspira. Parece cansada.

—¿Quiénes hay en la fiesta?

Hofmeester mira con severidad a la chica que se ha sentado en un cubo en su cobertizo y ya no quiere salir de ahí.

—Tus compañeros de clase, tus profesores, mis hijas, mi esposa, Mohamed Atta. Ve a verlo tú misma. No te aísles de esta manera.

Otra vez esa mirada cansada.

—¿Quién es Mohamed Atta?

Ni siquiera saben nada de la historia que han vivido. Se la han pasado durmiendo. Como ancianos que no han oído el timbre. Son jóvenes ancianos, eso es lo que son. Ancianos antes de llegar a la pubertad.

—Un rapero.

—Oh, claro.

—Estaba rapeando como un poseso —dice Hofmeester— y sigue rapeando. Ester, te acompañaré hasta el salón y allí podrás mantener una conversación con gente de tu misma edad.

Ella se levanta del cubo. Despacio, irritantemente despacio.

—Nadie me cae bien.

—Entonces aprende a que te caigan bien.

Ahora que ha asumido el papel de educador, ya no lo suelta. De hecho, le encanta ese papel. El personaje del educador le da a Hofmeester algo a lo que aferrarse. La ligera ironía del tono

aleccionador es su muleta, sus gafas de lectura, su audífono.

—Yo tampoco les caigo bien a ellos.

—No será para tanto. Créeme. Hay personas que te gustan y otras no.

—¿Usted les cae bien, señor Hofmeester?

Le lanza una mirada traviesa y desafiante.

—¿A quién?

—A la gente.

—Si me conocen bien, sí. Casi siempre —dice Hofmeester lo más neutro posible.

Es un hecho. Él cae bien. Tal vez sea porque pasa desapercibido. Miran a través de él. En realidad cuesta demasiado esfuerzo detestar a alguien así.

Inesperadamente, los ojos de la joven empiezan a brillar.

—¿Jugaremos a morder el bizcocho? —pregunta.

—¿Dónde?

—¿En la fiesta? ¿Jugaremos a morder el bizcocho? ¿Lo ha organizado usted?

Abre la boca como si mordiera.

—Ñam —dice—, ñam, ñam.

Y se echa a reír a carcajadas.

—No se jugará a morder el bizcocho —dice Hofmeester—. Los juegos tienen que organizarlos ustedes mismos.

Sin embargo, apenas resulta audible con sus carcajadas.

Ella sigue riéndose, fuerte e imperturbable, mientras da bocados en el aire. A Hofmeester, ese espectáculo le resulta aterrador. Desagradable. La agarra por los hombros, la zarandea.

—Para ya —aúlla—, déjate de tanta histeria.

Solo después de sacudirla durante un minuto se percata de que Ester ya no está riéndose, sino llorando. Puede que lleve ya un tiempo llorando. Una vez más, Hofmeester no se ha enterado de nada.

Busca su pañuelo. Mejor uno sucio que ninguno.

De la forma más afectuosa posible le entrega el pañuelo húmedo.

—Tranquila —le dice—, tranquila, no es tan grave.

—¿El qué?

Ha dejado de sollozar. También ha dejado de dar bocados a un bizcocho imaginario.

—Lo que sea que te preocupa. No es tan grave. Bueno, has suspendido, no comes pescado, no le caes bien a nadie, pero dentro de cuarenta años, cuando tengas más o menos mi edad, pensarás: me he preocupado por nada. Lo peor está por venir.

Ella se pasa el pañuelo sucio por la cara y después se lo devuelve.

—¿Por qué hace como si lo supiera todo?

—No todo —le contesta él doblando el pañuelo—. No lo sé todo. Ahora cálmate. Estate tranquila un momento. No es tan grave. Es…

Pero no acaba la frase, ha olvidado lo que quería decir.

Ella tiene los ojos rojos de llorar y eso no le queda mal. Cuando se presentó a su puerta, sin regalo, ya tenía algo de trágico. Incluso sin ojos rojos irradiaba lo que él no pudo formular en aquel momento, pero que ahora ya tiene nombre: no cae bien a la gente y la gente no le cae bien a ella.

Ella lo agarra de la manga de la chaqueta.

—Señor Hofmeester —le dice—, ¿es cierto lo que ha dicho?

—¿Qué?

—¿Qué abolió usted el amor?

Él sonríe al recordarlo. Es casi un recuerdo tierno.

—Bah, en aquella época yo era aún muy niño —dice—. Necesitaba hacer algo. Dios ya había sido declarado muerto. El progreso también. La civilización. También la democracia. De joven necesitas un proyecto. Un plan. Una creencia. Declaré muerto el amor, cuando tenía quince o quizá dieciséis años, en cualquier caso fue en verano. Lo abolí.

Vuelve a sonreír, aunque solo sea porque hace tanto que no pensaba en sí mismo cuando tenía quince años que es casi como si pensara en otro.

—¿Y cómo fue eso de abolirlo?

Sigue agarrándolo por la manga.

Él reflexiona.

—Autónomo —dijo—, independiente. Me temo que era la verdad.

—¿La verdad?

—Me temo —dice Hofmeester—, he dicho, me temo. Me temo.

Y ahí vuelve a estar esa tristeza leve y serena que recuerda de sus paseos por las tierras altas cuando su hija estaba curándose en la clínica. Tan ligera, tan tranquila, y no obstante tristeza. Qué curioso. No tenía nada de histérica, nada de lo que se ve tan a menudo en la tele, mujeres que se tiran de los pelos, hombres que aprietan los puños con impotencia.

—¿Y luego?

—¿A qué te refieres?

Él quiere soltarse, pero no se atreve.

—¿Y luego, después? ¿Qué más abolió?

—No abolí nada. Lo que ya te he dicho. Fue un error. Después de Dios y del progreso, le llegó el turno al amor, pero fracasé. Le fui infiel a mi propia doctrina.

En realidad, estas palabras le provocan risa. Apenas puede hablar de sí mismo sin reír. No sabe cómo explicarse al otro, informarle sobre sus actos. Una persona es lo que hace, pero Hofmeester es sobre todo lo que no ha hecho. Su silencio es un acto. Su carrera, son los autores que ha dejado por descubrir.

—Ahora —dice— ahora soy demasiado viejo y tengo que volver a la fiesta. Hace ya mucho tiempo de todo eso y apenas vale la pena hablarlo. Además lo he olvidado casi todo. Eran grandes palabras. De eso sí me acuerdo: de olvidar lo pequeño que es uno. Tengo que freír sardinas.

Ella le tira de la manga.

—¿Y si tuviera razón? —pregunta.

—Entonces —le responde, y ahora es él el que tiene que suspirar, porque no le apetece mantener esta conversación, no ahora, no esta noche, es demasiado, lo que le apetece es beber gewürztraminer italiano—, entonces sería una razón sin valor, una razón que no serviría a nadie, con la que no puedes llegar a viejo, una razón que no habría tenido que existir. Debo volver. Suéltame.

—Yo también lo he abolido —le dice ella, sin soltarlo. Tirándole de la manga.

—Eso no importa —le contesta él en un tono lo más ligero posible —. Es algo que la gente siempre hará. Es un club, un club de personas que lo han abolido, a veces se reconocen, otras no. Debo…

Hofmeester no acaba la frase. Con sumo cuidado toma el rostro de la chica entre sus manos. Son manos húmedas, del calor y de la tensión. El vino gewürztraminer hace sudar más a Hofmeester. Pone su boca sobre la de ella, la besa. Hace mucho que no ha besado de verdad, muchísimo.

Le gusta. Por raro que suene, este beso es una liberación. Quizá su esposa tuviera razón. La bestia no está muerta. Solo se había escondido bien, Hofmeester la tenía atada a la correa. ¿Dónde ha estado todos esos años? ¿En qué sótano ha vivido?

Mientras sigue besándola, mientras ella le agarra la cabeza y él siente que mueve la lengua cada vez más rápido, sí, ella lo besa, ella le devuelve el beso, y mientras él experimenta por fin algo que se parece mucho a la felicidad, solo puede pensar: auxilio. Sin dejar de pedir ayuda para sus adentros, sujeta la cara de la compañera de clase de Tirza.

Y la besa. Ya no sabe lo que hace. Sus manos se deslizan por debajo de la blusa de ella, encuentran su sujetador, las manos con las que ha arrancado siempre las malas hierbas, ha podado las ramas demasiado pesadas, ha sembrado y cortado el césped. Ella no se resiste. Le deja hacer.

Él le levanta el sujetador, con los dedos de la mano derecha le frota los pezones, quizá con demasiada rudeza, pero ¿qué es demasiado rudo aquí? Esto es lo que queda después de que abolir el amor haya fracasado. Un deseo reprimido autónomo y torpe que culebrea como una serpiente entre convenciones y acuerdos.

Hunde la mano en el pantalón vaquero de ella y se retuerce. Entonces, con dificultad y bastante torpeza, consigue desabrocharle el botón del vaquero y después también los botones de la bragueta.

Aparta las manos de ella.

—Ester —dice.

Una palabra a la que de pronto va unido un cuerpo, ¡y qué cuerpo!, el verbo hecho carne.

—Ester —repite.

Se ha convertido en un hombre sin memoria, sin noción del lugar ni del tiempo. Un hombre que solo es lo que no debería haber sido, los restos rebeldes del tenaz deseo. Nada de lo que era, de lo que creía ser, existe aún. Lo que vive en su interior es un andrajoso resto de deseo que en algún momento echó de menos algo.

Se pone en cuclillas y le baja de un tirón las bragas y el pantalón. Fanático, esa es la palabra, entusiasmado. Olvidadas están las sardinas, el sushi, el sashimi, incluso Mohamed Atta, la Tercera Guerra Mundial y el fondo de cobertura: no tienen la más mínima posibilidad.

Se levanta, le pone la mano izquierda sobre el hombro. Con la mano derecha le palpa los genitales. Otra vez con rudeza, pero de alguna manera también hay ternura, el eco de la ternura. Y piensa: está mojada, está húmeda. Siente que él aún importa, lo sabe: la pongo caliente, la excito. Me quiere. Me habían descartado, pero era demasiado pronto, el mundo me descartó demasiado pronto. Puede que lo haya perdido todo, pero Jörgen Hofmeester todavía existe.

Y mientras piensa que aún existe, mientras comprende que vive y por un momento parece abarcar con la vista el contenido de esa vida —esto es la vida, esto, nada más que esto, esta desesperación superada —, la masturba. No muy bien, no con exactitud, ni con suavidad, abrumado por su propio deseo, pero tampoco demasiado mal para un hombre de su edad, a esas horas de la noche, en el cobertizo.

Después de buscar y palpar un poco encuentra su clítoris y no lo suelta.

Le sucede lo mismo que con una errata en un manuscrito, no para hasta haberla encontrado. Así ha buscado el clítoris de Ester, como una comilla olvidada o una coma desaparecida. Ha hundido sus viejos dedos en ella como en su jardín.

—¿Le caigo bien, señor Hofmeester? —pregunta ella.

—Mucho —dice él. Le cuesta respirar. Habla como alguien que ha

corrido demasiado—. Mucho, más que bien, mucho más, no solo bien. Me gustas muchísimo.

Y le frota el clítoris como si lo hiciera más a menudo, semanalmente. Como si fuera su trabajo. Como cuando trabaja en el jardín, rastrillando, sembrando, podando. Él nunca ha rehuido el trabajo manual, sobre todo no después de la enfermedad de su hija menor. Lo distrae de la tristeza leve y serena que ya no volvió a desaparecer después de los paseos por las tierras altas. Él creía que la vida era eso, una tristeza leve y serena. Pero no.

Y entonces se inclina, se arrodilla, con su pantalón bueno en este sucio cobertizo, y empieza a lamerle el coñito a la compañera de clase de Tirza. Lame y lame, y no recuerda nada de la fiesta, del sushi y del sashimi, del tiempo, de las bocas y los estómagos hambrientos de los invitados. Parece haberse olvidado por completo de la fiesta. Para él ya solo existe Ester.

Así es como olvida uno: arrodillándose en el cobertizo, lamiendo como un perro, con las manos en las nalgas de una compañera de clase de su hija menor. ¿Acaso olvidar no significa curarse? ¿Acaso no se está curando ahora? ¿No es su turno?

Hunde más la cara en los genitales de Ester, aprieta su nariz contra el clítoris de la compañera de clase de Tirza que no cae bien a nadie, lo frota con su nariz vieja y despellejada, y huele, huele, olfatea. Como alguien que se ha pasado demasiado tiempo debajo del agua y que ahora sale a la superficie y lucha por conseguir algo de aire. El olor, ya solo ese olor, esto es vida, cuanto más lo huele, cuanto más se empapa de él, más sabe que está vivo. Lo único que existe es ese olor, lo demás: reflexiones sobre la muerte, rodeos, distracciones.

—¿Le parezco guapa? —pregunta Ester.

Él se levanta. Sin aliento, con saliva alrededor de la boca, en su mentón, en parte de las mejillas y la nariz. Tiene la cara llena de saliva y de fluidos de Ester. Parece un salvaje.

—Hermosa —dice Hofmeester—, más que hermosa. Mucho más que hermosa.

Se abre la bragueta, torpemente y con manos temblorosas debido a las prisas y la excitación. Pero él existe. No siente, no ve, no advierte más que eso, la sensación de la propia existencia que lo domina todo, que lo penetra todo, que no deja en pie ninguna convención. El propio deseo que no protege nada ni a nadie, que exige su lugar en este universo dejado de la mano de Dios. Y entonces, mientras se baja el pantalón y los calzoncillos, tiene esta descabellada idea: mi deseo es Dios. Es el único Dios vivo.

Le da la vuelta a Ester, ella se tambalea, se agarra al asa del cortacésped y a un estante de madera.

—¿Le parezco hermosa? En una escala del 1 al 10, ¿cuánto me daría? —le pregunta ella, mientras él restriega su sexo por el vello púbico de la chica en busca de la abertura. No logra encontrar el orificio—. ¿Le parezco hermosa, señor Hofmeester, cuántos puntos me daría?

Su Ester sin hache se queja. Se pone pesada. Le hace preguntas justo en el momento en que él ha perdido el habla. Ya no tiene palabras. Solo actos.

Tiene que ayudarlo. Su acto necesita asistencia. Ella se lo mete dentro.

Lo ayuda, porque lo quiere, piensa él.

La penetra con el mismo fanatismo con el que le bajó el pantalón. Resoplando, jadeando. Y todo huele a ella. El intenso olor de sus genitales y también un vago olor a excrementos. Excrementos frescos.

Entonces, a lo lejos, oye a alguien llamar «Papá». Y otra vez: «Papá, ¿dónde estás?».

En un segundo, en una fracción de segundo, Hofmeester recupera la memoria. Al menos una parte de ella.

—Papá —oye de nuevo.

Suelta a Ester, abruptamente, asustado. Empieza a darse cuenta de algunas cosas. Dónde está, quién es, qué está haciendo.

Sale tropezando del cobertizo, con el pantalón bajado hasta las rodillas, y se encuentra frente a Tirza.

Estaba más cerca de lo que él pensaba.

—Papá —dice ella—, la señorita Veldkamp se va a casa.

Tirza lo mira, desliza la mirada por su cuerpo. Sus ojos son como dos instrumentos de tortura. Él los siente.

Sigue respirando pesadamente. Ahora también ve a la señorita Veldkamp. Está allí mirándolo, al principio sonriente, pero ahora más seria.

La profesora y el padre. Inmóviles. Dos personas en un jardín, en una cálida noche a principios de verano. Ambos incapaces de articular palabra. En el salón sigue retumbando la fiesta.

Entonces, la señorita Veldkamp recobra la compostura. Vuelve a ser la que mantiene el orden en clase, aunque sucedan cosas inesperadas. Ella mantiene el orden. Incluso aquí. Incluso ahora.

—Señor Hofmeester —dice—, cuando llegué estaba usted semidesnudo y ahora vuelve a estarlo.

Él se agacha, se sube el pantalón, manosea el cinturón, no logra encontrar los orificios. ¿Dónde están los agujeros? ¿En qué pensaba? ¿Qué ha hecho? ¿Dónde están los orificios del cinturón?

Jadea y por todos lados huele a Ester sin hache, todo huele a ella, todo el jardín, incluso la señorita Veldkamp huele a Ester sin hache.

Sin embargo, también Hofmeester recobra la compostura. Ahora que ha ocultado sus partes a la vista, vuelve a ser el que debería haber seguido siendo, el anfitrión, el hombre del sushi y del sashimi, el padre de Tirza.

—Le acompaño a la puerta —dice.

—No se moleste —declara la señorita Veldkamp—, parece estar muy ocupado en el jardín.

Luego se aleja con paso enérgico. Así camina.

Vuelve la vista una vez más y por su mirada, él ve que la situación no le hace ninguna gracia. Mira como quien mira un atroz accidente. Él se pregunta dónde se ha metido Tirza.

—Tirza —llama.

Ella ha entrado en el cobertizo. La oye hablar con Ester, pero no logra entender lo que dicen. Y mientras tanto él sigue buscando los orificios del cinturón.

Se acerca al cobertizo a paso inseguro. De hecho se tambalea. Aturdido por el placer que se ha perdido por poco. Siempre por poco.

Allí está Ester. Sigue con el pantalón vaquero bajado hasta los tobillos. Se mantiene en pie como una estatua. Y él casi juraría que su mirada es triunfante. Quizá incluso feliz. Lo juraría.

—Papá, ¿qué ha pasado aquí?

Él niega con la cabeza.

—Nada —masculla—, nada.

Saca a Tirza del cobertizo, se la lleva a la parte trasera del jardín, a la parte oscura donde piensa que nadie puede verlos.

—Tirza —dice—, mi Tirza.

—¿Qué ha pasado? —insiste ella.

No se contenta con la palabra «nada», pese a que resume muchísimo.

Él toma su rostro entre las manos, como sostuvo antes el rostro de Ester. Ella las aparta.

—¿Qué ha pasado? —grita.

—Chsss —dice él—, chsss.

Pero ella no se deja aplacar. Tirza no quiere silencio. Ya no.

—Sé lo que ha pasado. Sé exactamente lo que ha pasado. No soy tonta. ¿Crees que soy tonta? Va a mi clase, papá. Ester va a mi clase.

Contesta en lugar de él, habla en nombre del padre que ni con la mejor voluntad del mundo es capaz de hablar.

Él quiere agarrarla para que se calme, pero ella lo rechaza.

Tirza llora.

En el caso de Ester, al menos empezó con una risa, como si diera bocados a un bizcocho imaginario.

Él no soporta ver llorar a Tirza. Y ahora menos que nunca, esta noche le resulta insoportable.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —chilla—. En mi fiesta, ¿cómo has podido hacerlo? —y después sigue repitiendo—: ¿Por qué en mi fiesta? ¿Por qué en mi fiesta? ¿Por qué en mi fiesta?

Como si hubiese sido mejor que hiciera volver a Ester otro día, un jueves por la noche después de que la asistente de Ghana hubiese dejado la casa bien ordenada. Como si eso hubiese cambiado algo. Como si entonces hubiera estado bien.

Pese a su resistencia, él le coge la cabeza, la sostiene.

Ahora tiene que decir algo, tiene que acordarse de algo.

—Me ha seducido —dice lentamente.

—¿Te ha seducido? Tiene mi edad, no, es más joven. No puede haberte seducido. Alguien así no puede seducirte, papá.

Tirza se libera. Se restriega los ojos que ahora están igual de rojos que los de Ester poco antes.

—Y aunque fuera así, ¿qué excusa es esa? ¿Qué mierda de excusa es esa? ¿Sabes lo que eres? Eres un viejo asqueroso, papá. Un viejo verde.

Ahora llora más fuerte.

Él tiene que apoyarse en un árbol, pues teme caerse.

—Me ha seducido —dice una vez más y se acuerda de lo húmeda que estaba, tan húmeda, tan mojada. Estaba empapada. Quiere contarle eso a Tirza, quiere decirle: «Tirza, mi Tirza, Ester estaba empapada», pero se reprime y dice:

—Estaba…

Suelta el árbol. Da unos pasos hacia su hija menor.

—No me toques —chilla ella—. Vete.

Él se queda parado. Le vendría bien una copa de gewürztraminer italiano.

—No te toco, Tirza —dice—. Soy… Soy… Soy un hombre. No puedo evitarlo, soy un hombre.

Ella se tapa los ojos con las manos.

—No eres un hombre —dice—, eres obsceno. Eso es lo que eres. ¿Cómo podré volver a mirarte a la cara? ¿Cómo podré volver a tocarte? ¿Cómo podré pensar en ti como un padre? —y grita—: Vete. ¡Vete!

¿Por qué es Tirza tan cruel y tan grosera? Solo Ibi es así.

Él extiende las manos hacia ella.

—Pero así son los hombres —le dice con dulzura— Tirza, eso es lo que somos. No puedo evitarlo. No conozco a ninguno que no sea obsceno. El hombre es su propia obscenidad.

—Vete —susurra ella—, vete, papá. Vete por favor. Sé que todo saldrá bien, todo irá bien. Pero ahora tienes que irte.

Él se queda indeciso a unos centímetros de distancia de su hija menor. Querría echarse a sus pies.

—Ven conmigo a la fiesta —le dice en voz baja—. Entremos juntos, Tirza. Tu fiesta de graduación es tan bonita. Iré a freír sardinas como si nada hubiese pasado. Además, no ha pasado nada.

—Vete —susurra ella.

Él se queda unos instantes delante de su hija y luego se va lentamente hacia el cobertizo. La tristeza leve y serena que gracias a Ester había sido durante algunos minutos una felicidad contagiosa se ha transformado ahora en algo que no es ni ligero ni tranquilo, sino ardiente como una enfermedad venérea, impetuoso como un huracán, mortal como un terremoto.

En el cobertizo la luz está encendida.

Ester sigue con el pantalón en los tobillos. Pero se ha sentado sobre el cubo.

Hofmeester se queda en la puerta mirando a la joven sentada en el cubo.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Estoy meando —dice ella.

Solo entonces ve que el cubo ya no está boca abajo. Ahora también huele la orina. Lo huele todo otra vez.

Rápido prosigue su camino. Lo más aprisa que puede sin llamar la atención. Por lo pronto no quiere volver a entrar en el cobertizo.

En la cocina se sirve una copa de vino. Por un instante no piensa en nada, solo saborea el vino.

Después, más por costumbre que por necesidad, saca la última bandeja de sashimi del refrigerador.

Cuando entra en la sala, ve que su esposa se ha subido a la mesa del comedor. Las luces están aún más amortiguadas. Los jóvenes la rodean. Ella está haciendo playback. Dolly Parton. Por supuesto, quién si no. Su heroína.

Uno de los pechos de su esposa está a la vista.

Mientras hace playback, se despoja de la ropa que ha cogido prestada a su hija mayor.

En un rincón de la sala se encuentra Mohamed Atta. Ibi está cuidando de él.

—*Jolene, Jolene, Jolene* —canta Dolly Parton y Hofmeester no soporta esa canción.

No quiere ninguna Dolly Parton, no quiere arrebatos sentimentales por parte de la madre de sus hijas.

—Bájate de ahí —brama.

Pero ella no lo oye. Nadie lo oye. La música está demasiado fuerte. La luz demasiado floja y la esposa hace playback como si su futuro dependiera de ello.

—*But I can easily understand how you could easily take my man, but you don't know what he means to me, Jolene*.

Los jóvenes disfrutan de lo lindo viendo a la esposa de Hofmeester subida a la mesa. Les parece más bonito y apetitoso que su sushi, su sashimi y sus sardinas. La animan. Le gritan que tiene que bailar más, que tiene que quitarse más prendas y eso que ya se ha quitado muchas. Demasiadas. La faldita de Ibi.

En casa de sus padres no han visto nunca nada parecido. La esposa de Hofmeester es la atracción de la noche.

Él se va al dormitorio con una bandeja en la mano. Deja el sashimi en el suelo y se sienta en la cama. Apoya el rostro en la mano y vuelve a oler a Ester. Incluso muy bien. La huele como si estuviera presente.

Igual que Tolstói rechazaba el arte al final de su vida, así se le antoja a Hofmeester la sexualidad: como «un vano pasatiempo para gente ociosa».

La tristeza leve y serena olía a los bosques de coníferas del sur de Alemania.

Ahora ya solo la vergüenza es leve y serena.

Pero esto para lo cual Hofmeester no tiene palabras, este dolor —si hay una palabra que lo exprese, esa es dolor—, esto huele a los genitales de la compañera de clase de Tirza.

No, huele a la propia Tirza.

# 5

HOFMEESTER PERMANECE SENTADO INMÓVIL EN LA CAma del dormitorio. Un prisionero en su propia casa. Oye la música, oye la puerta de la calle cerrarse, la voz de Tirza, voces de personas que no identifica. Los invitados se van yendo. La fiesta llega lentamente a su fin.

Daría muchísimo por poder beber una copa de gewürztraminer, pero no se atreve a bajar a la cocina. Tiene que quedarse aquí hasta que todos se hayan ido.

Encima de su cabeza oye ruido. El inquilino también está despierto.

Hofmeester tiene ideas, innumerables ideas, pero no logra ordenarlas. De lo único que está seguro es que no hay esperanza. Ha perdido a Tirza. Como un ludópata se ha jugado lo mejor, lo más hermoso que tenía y ¿por qué? ¿Qué esperaba? ¿Esperaba el doble?

Tiene la sensación de que lleva días sentado en la cama. Media vida sentado en una cama, delante del ropero. Un hombre que no se atreve a salir de su dormitorio.

Entonces se abre la puerta. Él levanta la cabeza, esperaba que fuera su esposa. Es Tirza. Su Tirza. La reina del sol. Se queda parada mirando a su padre.

—¿Qué haces? —pregunta.

Él observa a su hija, la examina en la medida que se lo permite su estado.

—Espero —le dice.

—¿Qué?

Él se encoge de hombros.

—¿Se han ido todos? —pregunta después de algunos segundos de silencio. Un silencio tenso e incómodo.

—La mayoría sí. Todavía quedan unos cuantos. Los últimos.

—¿Y? ¿Se lo han acabado todo?

—¿El qué?

—Los canapés. El sushi.

—No lo sé, papá, de verdad que no lo sé.

Ella pasa la vista por la habitación. Y Hofmeester hace lo mismo. Ve los trastos de la esposa que ha vuelto a tomar posesión de su lado de la cama como si nunca se hubiese marchado. Sus camisas están sobre una silla. Sus corbatas. Los zapatos de la esposa. Sandalias.

—Papá —dice Tirza.

—¿Sí? —dice él sin mirarla.

—¿Qué va a pasar ahora?

—¿Con qué?

—Contigo.

—¿Conmigo? —ahora la mira—. Pero Tirza, ¿qué pregunta es esa?

—¿Qué va a pasar ahora contigo? —repite ella.

Él niega con un gesto de la cabeza.

—No te preocupes por eso. Por lo que me pase. Tú tienes que preocuparte por tu futuro.

Y se acuerda de cómo, cuando ella estaba enferma, él le dijo: «Lo tienes todo ante ti, tienes el futuro ante ti». Como si ese futuro fuera el argumento decisivo para no dejarse morir de hambre.

Hofmeester suda. Debajo de las axilas ve manchas de sudor. La humedad de una noche demasiado larga.

—¿En qué estabas pensando?

La voz de su hija no suena como una acusación, más bien parece sentir curiosidad.

—¿Cuándo? ¿Qué tendría que haber pensado?

—Con Ester. Hace un rato. ¿Qué… qué pensabas?

Él se frota las mejillas, la boca y la frente. Querría decir algo, pero no se le ocurre nada. La bestia en él había hablado, y la bestia habla sin palabras. La lengua de la bestia es muda. Muerde y lame, escupe y desgarra. Pero no habla como hablan las personas, eso no.

—Que lo pienses ya es grave, pero que encima lo hagas. Y en mi fiesta.

Él mira el balcón. Las puertas siguen abiertas.

—Ha sido una bonita fiesta —dice lentamente—. Todo el mundo se ha divertido, me he ocupado de todos los invitados. No le ha faltado de nada a nadie. Había suficiente sushi. Y también queda sashimi.

—Papá, dame una respuesta.

—¿Qué has preguntado?

—¿Qué en qué estabas pensando? ¿Qué te ha dado? ¿Qué te ha pasado? ¿Te pasó algo?

Él se encoge de hombros, es un gesto típico de él y mientras lo hace por segunda vez, como si ese movimiento fuera una respuesta suficiente, ella se sienta en la cama. A su lado, pero a cierta distancia, por lo que no se tocan.

—No quiero no poder pensar en ti como padre —dice—. Mamá ya no existe. Al menos, no para mí. No quiero ser huérfana. Quiero que sigas siendo mi padre. Soy demasiado joven para ser huérfana.

Él querría aullar como un soldado abatido al que solo le queda esperar el tiro de gracia, pero al que sus camaradas no logran encontrar. Hofmeester está inhallable. Y a decir verdad: nadie lo busca.

—Sigo siendo el mismo —dice con voz ronca—. Todo sigue igual. Nada ha cambiado.

—Pero a mí me pareces obsceno. Para mí te has vuelto sucio.

A pesar de estas palabras le pone una mano en la nuca y él piensa que va a morir, por un instante él cree saber lo que es morir.

—Ven —le dice él—, vamos abajo. Bajemos juntos. No pasa nada. Ester y yo jugábamos. Y se nos fue de las manos. Son cosas que pasan. Sobre todo en una fiesta.

Quiere levantarse, pero no consigue reunir la fuerza, el valor necesario. Y mientras está en ello, intenta comprender la palabra «sucio». Se le antoja que siempre ha sido sucio, para él y para otros, y que sus intentos de acercarse no eran más que intentos de ser menos sucio. Le parece que esa palabra pronunciada despreocupadamente encierra la esencia de su existencia. El factor constante.

—¿Y a qué jugaban?

—A un juego —susurra—. Un juego, Tirza. A veces tienes que jugar a que eres otra persona. Eso es sano. Tienes que ser flexible con tu identidad. Solo los locos son siempre quienes son. Soy tu padre, y tú eres mi hija, mi hija preferida y la más joven, mi queridísima hija. Pero a veces jugamos a ser otra persona, por ejemplo a que tú eres la reina del sol y yo el sumo sacerdote. Tenemos que jugar para no volvernos locos. Para no perder la razón. No tenemos elección. Cuanto más inteligente eres, mejor puedes jugar. Tú eres muy inteligente, por eso puedes jugar bien.

Cuando piensa en la palabra «sucio» piensa en fobia a los gérmenes, piensa en sí mismo: un hombre con fobia a los gérmenes, un hombre que ve su propio cuerpo como un baño público asqueroso. Y a medida que ese cuerpo se va deteriorando, aumenta el temor, que en realidad no es más que rechazo.

—No te entiendo —le dice ella—. Pero creo que no importa. No importa que no te entienda. Ojalá no lo negaras. Podrías decir: «Lo siento».

—Pues claro que sí —dice él—, me entiendes. Me entiendes muy bien.

Ella sigue con la mano en su nuca y él necesita mucho más que antes una copa de gewürztraminer italiano, ya solo servirla le

ayudaría, el olor, el abrir la botella.

—Te necesito como padre —dice ella—, ¿lo comprendes? Te necesito como padre.

—Yo también te necesito —susurra—. Tirza, también te necesito.

Y se mete el puño en la boca y lo muerde. Muerde como la bestia a la que creía haber derrotado, la bestia muda que habita en él.

Sigue oyendo la música de abajo.

—¿Estabas borracho? —le pregunta ella.

—Sí —dice él aliviado—, la bebida, fue eso, la bebida. La bebida.

Ahora puede levantarse. Ahora tiene fuerzas. Una respuesta simple y a la vez contundente.

Pero ella no le suelta la nuca.

—¿Así que no tengo de qué preocuparme cuando esté en África?

—Por supuesto que no —dice él—, ¿por qué ibas a preocuparte? ¿Por quién? ¿Por mí? ¿Por qué?

—¿Todo irá bien, aunque yo no esté? ¿Aunque mamá vuelva a irse? ¿No pasará nada? ¿Seguirás cuidando de ti mismo?

—Por supuesto —dice él—, seguiré con mi vida. Igual que he cuidado de ti, cuidaré de mí, aunque tú estés en África. No necesito a nadie. Vivo plenamente, lo sabes, ¿no?

—Pero papá —dice ella—, tú no sabes vivir. No lo consigues.

Por su mano en la nuca advierte que está llorando.

Él sigue con una parte del puño en la boca. Eso lo calma. Los dientes en su propia carne aplacan sus pensamientos.

—¿Por qué nos tuviste?

Ha mordido suficiente. Tiene las huellas de los dientes en la carne de su mano.

—Fue idea de su madre —dice—, pero en cuanto las vi me conquistaron. Me conquistaron por completo.

—Oh.

Él se levanta, se alisa la camiseta, se la mete mejor en el pantalón. Por un instante le parece que lo tiene todo bajo control. Ahora vuelve a ser el padre que quería ser los últimos años, el hombre que considera la paternidad como una profesión en la que desembocan todas sus ambiciones. Distante, pero encantador. En el juego de palabras está la ternura, en las bobadas y chistes con los que recibe a su hija y sus amigos está el amor que debe seguir siendo legal.

—¿Y qué pasará —pregunta— si cuando estás en África con ese Mohamed Atta te encuentras a un negro de dos metros que te gusta? ¿Qué pasará entonces?

—Entonces te enviaré una postal —dice ella—. Te escribiré: «Hola papi, he encontrado a un negro de dos metros que me gusta».

A lo lejos oye la melodía de *Bei mir bist du schön*.

Han vuelto a poner música. Todo vuelve a empezar.

Hofmeester se va hacia la puerta.

—Ven —dice—, ven.

La bandeja de sashimi sigue en el suelo, pero él la deja donde está. Baja las escaleras con cuidado, como un anciano.

Todavía quedan unas cinco o seis personas en el salón. La señora Van Delven está hablando con un alumno en un rincón. Por todos lados hay vasos, servilletas con restos de pescado crudo, en el suelo mucho arroz, más vasos, botellas de cerveza, restos de la guarnición con la que había decorado las bandejas. Junto a la pared, cerca de la mesa del comedor, la esposa se apoya en un chico cuyo rostro queda oculto para Hofmeester. Se están besando. No ve a Mohamed Atta por ningún lado.

Todo en la sala huele a fiesta. Fiesta vieja.

Hofmeester se vuelve hacia Tirza.

—¿Dónde está Mohamed Atta? —pregunta.

—Choukri —insiste ella—. Choukri se ha ido a casa. Le he dicho que debía irse. No quería que siguiera presenciando esto.

Señala a su madre. Y ese gesto irreflexivo explica muchas cosas. La madre que no puede contenerse. La madre que nunca ha querido contenerse.

En una mesita junto al sofá hay una botella de vino medio llena. Hofmeester la agarra y la vacía apresurado.

—Los acompañaré —dice—. Los llevaré allí. ¿Salen desde Fráncfort? Los llevaré al aeropuerto.

Es una ocurrencia que le infunde energía. De repente vuelve a tener esperanza.

—No es necesario. Podemos ir en tren.

—No, no —dice Hofmeester—, deja que lo haga yo. Y así pasaremos una noche en el Betuwe, en la casa de los abuelos. Así estaremos un fin de semana juntos antes de que se marchen. No digo lo de Mohamed Atta con mala intención. Se parece a él, no puedo hacer nada al respecto. No te lo tomes tan a pecho, no te lo tomes todo tan a pecho.

—Ya veremos —dice Tirza—, ya veremos.

Padre e hija miran a la esposa de Hofmeester. Está en otro mundo. El del deseo que va unido a una ligera borrachera.

—¿Conoces a ese muchacho? —pregunta Hofmeester.

Su hija asiente.

—Papi —dice—, la fiesta ha acabado, ¿no crees? Ya está. Tenemos que mandar a la gente a casa.

—Sí, todos a casa. Tienes razón.

La fiesta de graduación de la hija menor de Hofmeester se ha terminado. En cierto sentido es un alivio.

Él enciende todas las luces, baja la música y recoge todos los vasos. La ropa se le pega al cuerpo, el pelo a la cabeza, las manos a los vasos.

—¡Eh, Jörgen! —grita su esposa—, ¿es necesaria tanta luz?

Él se acerca a ella con tres vasos de cerveza apilados. No está del todo desvestida, como cuando estaba encima de la mesa y fingía ser Dolly Parton, pero puede verse que poco antes lo estaba.

—La fiesta ha terminado —le dice él con firmeza—. Ha acabado.

Mira al chico, es el joven que ha cenado alguna vez en casa. El chico con el nombre corto. Lo ha vuelto a olvidar. Una sola sílaba.

Uno de los chicos sobre los que Tirza había dicho: «Se queda a cenar esta noche». Pero puede que él lo hubiera entendido mal. ¿Qué significa «quedarse a cenar»? En el mundo de Tirza, «quedarse a cenar» puede que signifique más que solo cenar. Por el amor de Dios, ¿cuál es el verdadero significado de «quedarse a cenar»?

—Jovencito —dice—, despídete de mi esposa. Ha sido una bonita fiesta. Pero se ha acabado.

—Qué tono tan formal, Jörgen. Por favor, qué anticuado. Y si quiere quedarse un poco más, que se quede. Esta también es mi casa.

Él niega lentamente con la cabeza.

—No, ya no. Tu casa es una casa flotante. Y si ya no te quieren en esa casa flotante, lo siento, pero esta casa ya no es tuya. Aquí eres una huésped.

Mientras dice esto, se acuerda de las noches que se pasó esperando a su esposa, incluso recuerda que la quería, sí, la quería, al principio de todo, y esos recuerdos lo destrozan. Lo ablandan, lo derriten. Lo vuelven más líquido que todos los vinos italianos. La mira y siente la necesidad de tocarla fugazmente. Quiere tocar a la ruina en la que se ha convertido. La reconoce, ese es el problema. La esposa de Hofmeester, la ruina más reconocible que ha visto en su vida. Y en esa ruina reconocible encuentra su propia vida.

El joven no dice nada. Está demasiado borracho para poner cara de desprecio o de susto. Es como si ya empezara a sentir la resaca que debería tener solo a la mañana siguiente. Se aleja aturdido, sin despedirse. Ni siquiera le dice nada a la esposa. Como si ya hubiese olvidado lo que ha hecho dos minutos antes.

Hofmeester oye cómo se abre la puerta principal. Tirza estará despidiendo a los últimos invitados.

—¿No podías evitarlo? —pregunta—. ¿Tenías que implicar a otros en nuestro juego?

La esposa se pasa la mano por la boca. Se le ha corrido un poco el

rímel, aunque no molesta demasiado. Bah, incluso con esta luz intensa no le queda del todo mal.

Si no se la conoce, no puede decirse que eso sea un problema, si no se tiene un pasado con ella, se ven otras cosas.

—¿Qué juego? —pregunta— ¿Qué juego, Jörgen? ¿De qué estás hablando? Todo es un juego y si todo es un juego, ya nada lo es. Hace años que dejamos de jugar. Vas a remolque de los hechos.

Hay corriente. En algún lugar de la casa, una puerta se cierra de golpe.

—Hagamos como antes… —dice él—. Volvamos a hacer como hacíamos antes. El salón es el Vondelpark, es de noche, todo está a oscuras, y yo soy la bestia. La bestia que viene a despedazarte, la bestia que se lanza sobre ti, déjame ser la bestia.

—No —brama ella—, déjalo. ¿es que aún no lo comprendes? ¿No entiendes nada?

Lo agarra de la chaqueta y lo zarandea todo lo que le permiten sus fuerzas. Él está a punto de dejar caer los vasos.

—No jugamos a estar rotos, lo estamos, Jörgen, lo estamos. ¿Cuántas veces he de decirte las cosas para que las entiendas? Solo he vuelto porque no podía ir a otro sitio. Nadie me quería, Jörgen. Nadie me quería. ¿Comprendes? ¿Lo captas?

Ella lo suelta y él murmura:

—No, no, no lo comprendo.

Como si hubiese recibido un peculiar mensaje de teléfono.

Después se va a la cocina. En el sofá todavía hay dos jóvenes durmiendo, la puerta principal se abre, oye la voz de Tirza desde la calle.

Se sirve rápido otra copa de vino. Después sale al jardín. Las antorchas se han apagado. Mañana las recogerá. Solo la luz del cobertizo está encendida.

Quiere apagarla, pero entonces ve a Ester sentada en el cubo, aunque ya no lleva el pantalón bajado hasta los tobillos.

Hofmeester se la queda mirando, no como un amante, sino como un anfitrión. El padre de la graduada. Un padre amable.

—La fiesta se ha acabado —le dice—. Todos se han ido a casa. Será mejor que te vayas también.

Ella lo observa sonriente. Se diría que con arrogancia. Como si estuviera por encima de él, muy por encima de este viejo hombre que todavía no ha podido reconciliarse con su propio cuerpo o, quizá cabría decir, que no ha podido reconciliarse con nada.

Él no sabe cómo debería explicarle sus actos, pero le gustaría hacerlo. Incluso a estas horas de la noche, él sigue buscando explicaciones que acaben en excusas y cumplidos. Un hombre que se

explica es un hombre que se congratula de sus propias carencias.

—¿Puede llamar a un taxi?

—¿Adónde tienes que ir?

—A Amstelveen.

—Amstelveen.

Repite la palabra como si ella hubiese dicho: «Marte».

Entonces se va a la cocina y llama a un taxi.

La puerta principal sigue estando abierta. Tirza está hablando con alguien en la calle. Como hacía antes. Cuando se despedía de sus amigos después de que hubiesen cenado con ellos, se pasaba horas en la acera, aunque hiciera frío o lloviznara.

—Jörgen —oye decir—. Jörgen.

La voz a la vez chillona y ronca de su esposa.

Está llevando vasos, platos y botellas vacías a la cocina. Cuando era joven, cuando era realmente joven, trabajó en la hostelería.

Abre el cubo de la basura. Él ve desaparecer los restos de sashimi, sardinas enteras y colillas.

—Acompañaré a Tirza y a su… su novio.

—¿Adónde?

—Al aeropuerto de Fráncfort. Será agradable. Así pasaremos un fin de semana en el Betuwe. De todas formas, tengo que ir.

Ella asiente, pero él tiene la impresión de que no lo ha escuchado.

—Mañana haremos lo que queda —dice ella—. Y también vendrá la asistente. Le pediremos que se quede un poco más. Antes, a veces se quedaba más. No puso nunca ningún reparo.

Él abre la última botella de gewürztraminer italiano.

—¿Cuánto te vas a quedar? —pregunta.

—¿Quieres decir aquí? ¿En la cocina o en esta casa?

—Aquí. En esta casa, sí. Me gustaría saberlo.

Ella se encoge de hombros.

—No lo sé —dice—. Ya te lo he dicho: no tengo adónde ir. ¿Adónde quieres que vaya? En este sentido, nos parecemos. No tenemos adónde ir.

Le coge la mano cálida y algo húmeda. Ahora, él sabe que ya no juegan a estar rotos. Lo están, pero no tiene la menor idea de qué significa eso. ¿Acaso no lo ha estado siempre?

—Es así —le dice ella.

Pero él no sabe cómo es, sigue sin saberlo.

—Si quieres —prosigue ella—, si no hay otra mujer en tu vida, puedo desvestirme lentamente delante de ti. Así podrás mirarme si te apetece. A cambio de cama y comida.

Y ahí está de nuevo la ruina, tan reconocible como antes. Él se

pregunta cuándo empezó ella a convertirse en una ruina. Y si se debe a que no tiene adónde ir.

Y si ella es una ruina, ¿qué es él? ¿Por qué no ha conseguido envejecer como otras personas? Con dignidad y de forma más o menos progresiva. Con la naturalidad de los animales. La obviedad de que el propio cuerpo y el de los demás se pudre.

—Papi.

La voz de Tirza le parece tan bonita.

Lo llama como lo llamaba antes cuando estaba sentada en el orinal. O en su cuarto y quería hacerle una pregunta sobre sus deberes.

—Ya voy —grita él y piensa: seguro que es el taxi.

Por eso lo ha llamado: el taxi ha llegado.

Se va al cobertizo.

—Tu taxi —le dice a Ester que sigue sentada en su cubo.

Ella no se levanta. Ni siquiera lo mira.

—¿Tienes dinero para el taxi? —pregunta él—. ¿Cuánto cuesta ir hasta Amstelveen?

Ella no le contesta.

Él busca su cartera en el bolsillo del pantalón. Saca un billete de cien euros. Quiere dárselo, pero ella no lo acepta.

—Es demasiado —dice.

—No tengo más pequeño. Ya me traerás el cambio cuando vengas a cenar. O cuando tengas tiempo. Pásate algún día.

La levanta del cubo. Y por un instante la tiene muy cerca, en sus brazos. Por un instante, él la huele, es un aroma embriagador. Un olor que es sobre todo joven, sano y femenino. Todo lo que él no es ni puede ser, por eso le gusta tanto.

—¿No te duele el trasero de estar toda la noche sentada en un cubo? —le pregunta.

—Mi trasero no me duele. No más que otras veces.

Él la lleva a través de la cocina hasta la calle, como si estuviera herida, como si no pudiera caminar por sí sola. El último tramo, solo la sujeta del brazo. Como se aguanta a un niño que se demora en cruzar la calle. El padre teme que un automóvil se lo lleve por delante. Lo agarra apretando demasiado, levantándolo demasiado.

Tirza está hablando con un chico en la calle. Ignora a su padre.

El taxi aún no ha llegado. No tiene la menor idea de por qué Tirza lo llamó. Pero no se atreve a preguntárselo. Está en medio de una conversación. Él debe dejarla en paz.

La señora Van Delven sale a la calle. Le quita el candado a su bicicleta. Se despide de Tirza, pero finge no ver a Hofmeester y a

Ester. Eso a él le duele. Ser invisible, ser forzosamente invisible.

—Buenas noches, señora Van Delven —exclama él.

Ella no le contesta. Cuelga el candado del manillar.

—Buenas noches, señora Van Delven —vuelve a exclamar Hofmeester—. Gracias por venir.

Ella sigue sin decirle nada. Se aleja pedaleando como si no hubiese estado en la casa de Hofmeester, sino en la de los vecinos.

Esto no es una leve y serena tristeza, sino un intenso dolor. El dolor del despido, del rechazo, del fracaso.

—Una mujer simpática —le dice a la chica cuando la señora Van Delven ha dado la vuelta a la esquina—. Y bien conservada.

Así esperan en la calle, Ester y Hofmeester. Su calle, la Van Eeghenstraat, la mejor de Ámsterdam, y por consiguiente la mejor de Holanda. Él ha vivido aquí. Sigue viviendo aquí. Pero no le ha servido de nada.

Cuando por fin llega el taxi, Tirza ya ha entrado en casa. Él empuja a Ester en el coche.

—¿Dónde vives? —pregunta.

Otra vez se queda sin respuesta.

Una mirada arrogante, aunque, cómo decirlo, no exenta de amor. En la mirada de la chica reconoce algo de su primer deseo y en cuanto ha reconocido ese deseo recuerda los genitales de ella, cómo hurgaba en ellos con las manos y lo húmeda que estaba. Para él. Húmeda para él y por él.

Y es como si toda la dignidad y humanidad que todavía posee estuviera en los genitales húmedos de esa chica, como si él hubiese encontrado su dignidad en esos fluidos y en esa excitación, como si dejara atrás a la señora Van Delven y a todos los demás, aunque solo sea por un instante.

—¿Dónde vives? —repite apretándole el brazo.

—En algún lugar de Amstelveen —dice Ester sin hache.

—Llévela a Amstelveen —le dice Hofmeester al chófer.

El hombre lo mira con recelo. Con desdén, piensa Hofmeester.

—Amstelveen —repite el padre de Tirza con la sonrisa de un hombre que no le teme a nadie.

Entonces el taxista acelera.

Mientras el taxi se aleja, Hofmeester saluda con la mano, sin saber por qué y sin pensar siquiera que Ester lo vaya a mirar. Le dice adiós con la mano, igual que se despide de los pasajeros imaginarios en Schiphol, para no llamar la atención.

Cuando quiere entrar se da cuenta de que la puerta está cerrada y que él no tiene las llaves. Se ve obligado a llamar al timbre. Primero lo hace brevemente, y, cuando tras medio minuto nadie ha abierto, pulsa

más fuerte y durante más tiempo. Impaciente, aunque no quiere serlo.

Está tiritando.

Le abre Tirza.

—Ibi ya duerme —le dice, en tono admonitorio, pero no hostil.

—¿Se han ido todos? —Sí, todos.

Ella no se aparta. Apoya la cabeza en los azulejos del vestíbulo.

—¿Te ha parecido una fiesta bonita, Tirza? ¿Te ha parecido bonita a pesar de todo?

No obtiene respuesta.

Ella se limita a decir:

—A pesar de todo —pero lo dice como si preguntara: «¿Qué quieres decir con: a pesar de todo?». Así suena.

—Papá.

Él quiere entrar, tiene frío.

—Papá —dice ella otra vez—. ¿Qué pasará cuando yo ya no viva aquí? Quiero saberlo.

—Déjame entrar —dice él—. ¿Qué pasará qué?

Hofmeester recuerda la época en que vivía en la pensión del sur de Alemania y ella se estaba curando en una clínica. Piensa en su violoncelo. En el atril. En las actuaciones en la escuela de música. Él siempre se sentaba en primera fila. Y miraba a su hija como si tuviera que hipnotizarla, como si pensara que tocaría una nota en falso si él dejara de mirar.

—Tócame algo —le dice.

—¿Qué?

—En el violoncelo. Tócame algo.

—¿Ahora?

—Ahora.

Ella se echa a reír.

—Estás mal de la cabeza.

Como si él acabara de contar un chiste, durante una cena delante de dos amigas suyas. Un chiste no muy gracioso.

Siempre que se quedaban a cenar amigos o amigas de Tirza, él contaba chistes. Hofmeester considera que un padre debe ser un comediante.

—Es importante.

Tiene que tocar su violoncelo para él, como hacía antes. Es lo único que se le ocurre ahora, es lo único que puede salvarlo. Su hija menor y su violoncelo.

—Hace años que no toco.

—No importa. No lo habrás olvidado. Algo así no se olvida.

—Todo el mundo duerme. Mamá también se ha ido arriba.

—No las despertarás. Están acostumbradas, de antes.

—Papá —dice ella sin separar la cabeza de los azulejos—, estás mal de la cabeza. Es cierto lo que me contó Ibi hace años. Realmente estás mal de la cabeza.

Entre todos los demás pensamientos, él se pregunta cómo debe de ser tener un padre que está mal de la cabeza, pero en vista de que no tiene ninguna respuesta a esa pregunta, dice:

—Estoy sano, Tirza. Tan sano como tú. Y solo te pido que toques algo. Tal vez sea una petición sentimental, una petición rara en medio de la noche. Pero no de estar mal de la cabeza.

Ella lo observa. Sus labios se curvan. Él no tiene ni idea de si es una sonrisa.

—Papá —susurra mirándolo con dulzura, comprensiva—. Estoy dispuesta a tocarte algo algún día, pero no ahora.

—No, ahora Tirza. Ahora mismo. Esta noche.

Ella calla.

Él mismo no comprende por qué es tan importante para él, una cuestión de vida o muerte, ahora que todas las otras cuestiones vitales se han solucionado y han desaparecido. ¿Qué más podría ser importante en su vida?

Se saca la cartera del bolsillo.

—Te pagaré —dice—. Te doy dinero de bolsillo adicional para Namibia.

Cuenta todos los billetes que lleva encima.

—Ten —dice—, más de quinientos euros. Te vendrán bien en África.

—Papá.

Ella le acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

—Papá, ¿por qué quieres que toque el violoncelo?

Él sigue con los billetes en la mano. No tiene más. Quizá no haya tenido nunca más que eso. Los billetes de banco debían esconder que no tenía nada más que ofrecer. Él paga. Pagar significa libertad. Pagar es dignidad.

—Porque me hace feliz —dice—. Porque me hace muy feliz.

Quiere darle el dinero, pero ella hace un movimiento de rechazo.

A él le gusta pagar por la felicidad. En la felicidad hay escondida una deuda insoportable. Un paso en falso. Algo que él tiene que reparar.

Ya no tiene frío, tiene calor. Siente el sudor corriendo por su espalda. Es como si tuviera fiebre, como si hubiese cogido frío.

Tirza lo mira, pero no como una hija que mira a su padre, ni siquiera como una hija atenta que mira al hombre que ha cuidado de

ella, lo mira de una manera muy distinta. En sus ojos, él ve al extraño. Al inquilino que mira al casero mientras considera la oferta.

Ella da media vuelta y se aleja, él la oye subir la escalera corriendo. Como una cierva, piensa Hofmeester.

En la cocina se sirve una copa de gewürztraminer. Ya no queda mucho y ya no está fresco. No importa. Él sigue tiritando. De cansancio, de emoción y de vergüenza.

Entonces oye a Tirza bajar la escalera. Va a ver. Lleva consigo el violoncelo. Lo arrastra como si fuera un animal, una vaca indócil que debe ir al matadero. Pasa delante de su padre sin mirarlo. Deja el violoncelo en el salón.

Él se la queda mirando en el vano de la puerta con el vaso vacío.

Ella vuelve a subir. Regresa con el atril y una partitura. Lo instala todo delante de la ventana. Coge el violoncelo y el arco.

—¿Estás seguro de querer esto? —pregunta.

Él asiente.

—¿Esto es lo que te hace feliz?

Él asiente de nuevo.

—Siéntate —le dice ella con el arco listo.

Y él susurra:

—Elgar, lo tocabas bien, lo tocabas en la escuela de música. Elgar. Era Elgar, ¿verdad?

Él ya no se acuerda. Se sienta en el suelo. Entre los restos de la fiesta, entre los granos de arroz pegajosos y los trocitos de pepinillo que se han escapado de una boca.

Ya no puede estar de pie. Hay pocas cosas que pueda hacer ya. Deja el dinero en la mesita de centro.

Ella afina el violoncelo.

—Papá —dice—. Estás mal de la cabeza. ¿Es hereditario?

—¿Hereditario?

—¿Yo también soy así? ¿Debo preocuparme de acabar siendo cómo tú? ¿Debo preocuparme de volverme loca?

Entonces empieza a tocar.

Él le ve los hombros y los brazos, y una de las tiras del sujetador.

La mira y lo recuerda todo. Él es un cuerpo tembloroso que escucha música, ve a su hija y se acuerda de todo. Y mientras Hofmeester escucha la música y mira a su hija menor que toca para él y solo para él, empieza a preguntarse por primera vez por qué duele tanto vivir.

Por qué le ha dolido siempre tanto.

No toda la vida. Hay personas a las que no les pasa. A muchas no les afecta. Su vida. Él ha reflexionado sobre todo, aunque no siempre a

fondo, pero nunca sobre el dolor. Lo consideraba algo para maricones. Y ahora que piensa en ello por primera vez, sigue detectando una ligera reticencia. Desgana.

Él lo tenía todo, ahora ya no tiene nada. E incluso cuando lo tenía todo, dolía.

De la existencia recuerda un silencio incómodo, una motricidad rígida, un tic nervioso, un deseo apenas reprimido. La eterna necesidad de parecer civilizado en todas las circunstancias.

Entonces Tirza deja de tocar.

Deja el violoncelo con cuidado en el suelo. Como se deja a un bebé que se ha dormido en los brazos. Con la esperanza de que siga durmiendo.

Se levanta y se acerca a su padre que está sentado en el suelo, igual que un niño que todavía no puede sentarse en una silla o en un banco.

—Tómalo —le dice él.

—¿El qué?

Ella sigue en pie. Mira abajo. Allí ve a su padre, su viejo padre, que quizá no habría tenido hijos si el destino no le hubiese obligado a tenerlos, como le gustaba decirse a sí mismo: el destino en forma de mujer.

Lo hizo todo por otros. Tener a sus hijas, comprar la casa, alquilar la planta superior, aceptar su empleo, conservar la casa de sus padres, incluso después de que murieran. Y no escribir el libro sobre los poetas expresionistas, también lo hizo por otros. Una vida vivida por otros. Y lo hizo con la convicción de que solo se vive realmente si se vive por los demás, de que un individuo autosuficiente no es nada. De que la verdadera lástima es tener bastante con uno mismo, con su trabajo, con Schiphol.

—El dinero. Tómalo.

Ella mira los billetes en la mesita.

—Tómalo —repite él—, Tirza, has tocado. Por favor, tómalo. Te lo prometí.

Ve que ella duda.

Él mismo no se atreve a tocarlo, pues ya es de ella. Está en la mesita de centro. Solo tiene que cogerlo. Eso es todo. Solo tiene que cogerlo.

—Tómalo, Tirza —le dice—. Venga, acéptalo. Para ti y Mohamed Atta, para cuando estén en África.

—Choukri.

—Choukri. Vale. Para ti y Choukri, por si quieren pagarse una buena cena.

Ella sacude la cabeza.

—No vamos a África para disfrutar de una buena cena, papá.

—Pero hoy en día se puede cenar bien en todas partes, también en África.

Se acuerda de cómo estuvo preparando pescado crudo en la cocina unas doce horas antes.

—Por favor —susurra—, por favor, mi reina del sol.

Ella se agacha. Coge el dinero. Después se marcha.

Él quiere gritarle algo, quiere decir algo, pero lo único que se le ocurre es:

—Buenas noches.

Oye sus pasos.

—Buenas noches, Tirza —exclama—. Buenas noches. Fue una bonita fiesta.

Se frota la cara. Sigue tiritando. Como un enfermo.

—Has tocado muy bien el violoncelo —susurra.

Desde el pasillo, ella le dice:

—Que duermas bien, papi.

La oye subir la escalera.

Hofmeester sigue sentado como antes. Entonces se acerca a gatas al violoncelo. Intenta levantarse aguantándose del atril.

El intento fracasa.

Ahora el atril está encima de él, o mejor dicho: él está debajo del atril. Incapaz de incorporarse o ni siquiera de moverse.

Así se queda sentado, no tiene ni idea de cuánto tiempo. Solo al cabo de un rato se da cuenta de que mira los pies de su hija. Los pies de Tirza. Durante unos minutos, tal vez más.

Ella alarga las manos, lo ayuda a levantarse. Con dificultad. Se diría que con desgana.

Él la sujeta. O ella a él. Porque él amenaza con caerse.

Por fin vuelve a estar sobre sus dos piernas, como una persona. Como un anfitrión, apoyado por su hija menor.

—Estás muy sucio, papá —le dice ella—. Estás sucísimo.

Y después le besa la nariz, la mejilla y la frente.

Padre e hija tienen casi la misma estatura.

Él bisbisea unas palabras, pero ella no parece entender. Tiene que repetirlas cinco o seis veces antes de que ella las capte.

—Reina del sol —dice—. Reina del sol. Reina del sol.

Ella no lo suelta, pues teme que vuelva a caerse y no pueda volver a levantarse, ni siquiera con su ayuda.

Y ahora Hofmeester musita otra cosa. Tiene una pregunta, en realidad quiere formular una pregunta a la reina del sol. No quiere pedirle un consejo, ni hacer un chiste malo, ni tampoco quiere saber a

qué hora va a llegar a casa, no, lo que él quiere es formular una verdadera pregunta.

—Reina del sol, ¿por qué todo duele tanto? ¿Por qué duele tantísimo? —le susurra al oído.

Ella no dice nada. Se limita a sacudir la cabeza lentamente. La única respuesta que da es que sigue aguantando a Hofmeester, en el salón, al lado del violoncelo y del atril caído, mientras poco a poco amanece.

Ella tampoco puede soltar.

Es cosa de familia.

# III. EL DESIERTO

# 1

EL TERCER DOMINGO DE JULIO POR LA NOCHE, TIRZA VOlará con su novio desde Fráncfort a Windhoek. El billete de Air Namibia es el más barato que ha podido encontrar. Primero tenía previsto viajar en tren hasta Fráncfort, pero Hofmeester la ha convencido de que es más rápido y más divertido si él la lleva en coche. Y puesto que además pasarán el fin de semana juntos en la casita del Betuwe, todo irá bien. Un fin de semana en el Betuwe, eso sí es empezar como es debido a recorrer el mundo. Y una bonita despedida. Una vez más todos juntos. Bueno, no todos, la esposa por supuesto no los acompañará. No ha sido invitada, e Ibi hace mucho que ha vuelto a Francia, al hostal con su moreno.

Tirza aceptó a regañadientes después de que Hofmeester le prometiera que no volvería a llamar Mohamed Atta a Choukri. Tampoco Atta. Se contentó con esa promesa. Ya que se va a recorrer el mundo está dispuesta a hacerle un favor a su padre.

El viernes por la mañana salen de Ámsterdam.

Hofmeester se ha levantado temprano. Puesto que va a estar allí un fin de semana, quiere trabajar en el jardín de la casa que desde hace más de una década es la casa de campo de la familia Hofmeester.

Lleva meses sin ir allí y hay frutales que no podó en primavera por falta de tiempo. Ahora podrá hacerlo. Hay que cortar el césped y volver a sembrarlo en algunos sitios.

En el cobertizo, Hofmeester busca las herramientas que quiere llevarse, porque no están disponibles en la casa de campo o porque sí lo están, pero hay que repararlas. O porque son tan viejas que se han vuelto inservibles. Los padres de Jörgen Hofmeester eran coleccionistas por pura tacañería. Tirar algo a la basura era pecado.

Saca la azada, la motosierra, un saco de semillas y una pala del cobertizo donde tres semanas antes pasó una noche con Ester, y se lo lleva todo a la cocina. Una noche es exagerado, media hora, más no habrá sido. No recuerda a Ester con tristeza ni remordimiento, sino con un leve malestar combinado con un vago deseo de volver a oler el intenso aroma de la felicidad.

Ester no regresó para devolverle el cambio. A Hofmeester le traía sin cuidado el dinero, pero quería hablar con ella antes de que Tirza se marchara. Quería verla para explicarse otra vez, pero de manera mejor, más precisa y convincente. Explicarle por qué él quiso abolir el amor y por qué eso ya no era una prioridad para él. Y desearle suerte con todo lo que ella fuera a abolir. Seguro que saldría adelante: era una chica lista.

Seguramente quería volver a verla para convencerse de algo, aunque él mismo no sabía exactamente de qué.

Hasta que comprendió que ella no volvería, no para devolverle el cambio ni para cenar con ellos. Al principio, él aceptó lo inevitable. Ella no necesitaba explicaciones. Ni una conversación final. En la vida de ella, él figuraría como un padre que no supo contenerse. Un hombre que por un momento olvidó lo que era el control y curiosamente, se sintió feliz justo entonces. O al menos, se sintió vivo. Por primera vez en mucho tiempo: realmente vivo.

No se atrevió a preguntarle a Tirza: «Dime, ¿cómo está Ester sin hache?».

Ellos no hablaban del incidente en el cobertizo, de hecho guardaban silencio en torno a toda la fiesta. Pasado un día y medio fue como si nunca hubiese tenido lugar.

Sin embargo, unos días después de decidir que aceptaría lo inevitable, él entró por la noche en el cuarto de Tirza —ella había ido a visitar a Atta— y buscó entre sus cosas el número de teléfono de Ester. En un cajón encontró una lista de alumnos del Liceo Vossius, clase 6A, en la que figuraba el nombre de Ester, junto a su dirección y su número de teléfono.

Aquella misma noche, cuando su esposa estaba tomándose un baño, la llamó desde la cocina. Le contestó un hombre, seguramente su padre.

—Le habla Hofmeester —dijo él—, busco a Ester.

El hombre no hizo preguntas ni comentarios. Se limitó a decir:

—Un momento.

Unos segundos más tarde, Ester se puso al teléfono. Estoy mal de la cabeza, pensó él.

—Ester —dijo—, soy Jörgen Hofmeester, el padre de Tirza, ¿Recuerdas quién soy?

—Sí.

—Perdona que te moleste, pero tenías que devolverme el cambio.

—¿El cambio?

—Del taxi. Te di cien euros. Y te ibas a Amstelveen. Eso no cuesta cien euros, ni siquiera en taxi.

Frotó la encimera con el dedo índice.

—Ah, es verdad, fueron cerca de cuarenta euros. Así que le debo sesenta euros. ¿Le hago una transferencia?

Por un instante creyó que oía a Tirza volver a casa, pero era el viento. Seguramente se quedaría a dormir con Atta. Se quedaba a menudo a dormir con él.

—También puedes dármelo en efectivo. En realidad lo prefiero. ¿Quedamos mañana para un café? Tal vez aquí, en el barrio. Frente al viejo Stedelijk Museum hay un bar agradable.

Silencio.

—¿Hola? ¿Ester?

—Sí, de acuerdo —dijo ella—. ¿Mañana por la tarde?

—¿A las cuatro?

Al día siguiente, a las cuatro menos cinco, él estaba sentado en el bar delante del viejo museo, había regresado antes de Schiphol. En la silla junto a la suya estaba su maletín, él leía el periódico del día anterior. Ni siquiera los periódicos viejos le aburrían.

Ella llegó a las cuatro y diez, vestida de nuevo con un pantalón vaquero y una camisa algo desteñida.

Junto a él había una silla libre. Ella tomó asiento frente a él.

Podría haber escogido otro bar, pensó él entonces, más lejos de casa, pero, qué más daba, aquel era un encuentro inocente. Y lo seguiría siendo. Una conversación final explicativa, ¿qué podía haber de más inocente que eso?

Así estaban uno frente al otro, la amiga de su hija, que no era realmente amiga de su hija, y Hofmeester.

—Esta fue de mi abuelo —dijo ella cogiendo la tela de la camisa y frotándola entre los dedos.

—Oh. ¿Llevas ropa de tu abuelo?

—A veces también llevo ropa de mi padre.

Lo miraba con descaro, pero no desafiante. Altiva, pero con naturalidad, como si casi lamentara estar decepcionada con el mundo.

—¿Qué tal?

—¿Qué?

—Tú —dijo Hofmeester—. ¿Quién si no? Qué tal tú, Ester.

—Bien.

—¿Quieres beber algo?

—Un vino tinto.

Él pidió vino tinto para Ester, y aunque estaba decidido a beber solo café, también se pidió una copa de vino. Al fin y al cabo, ya era por la tarde. Plegó el periódico con cuidado. La guerra contra el terrorismo se prolongaba.

Después de que ambos tomaran un sorbo de vino, lo asombró

sentirse tan tranquilo y sereno, aunque también un poco vivo.

No hablaron de lo que había pasado en el cobertizo, y tal vez fuera mejor. Lo pasado, pasado está. No hay nada más que decir al respecto.

—¿Cómo van tus planes? —le preguntó—. ¿Cómo va eso de abolir el amor?

—Estoy de vacaciones. No hago nada. Tengo mucho tiempo. Mi agenda está en blanco —tomó un gran sorbo de vino, se lamió los labios y preguntó—: ¿y cómo está Tirza?

Él asintió.

—Bien. Estupendamente. Está con su novio. Dentro de poco se va de viaje. A África.

La conversación transcurría de forma distinta a lo que él había esperado, a lo que se había imaginado.

—Quizá recuerdes —le dijo hablando más bajo como si le estuviera contando un secreto— que tenías previsto abolir el amor, declararlo muerto. Era un proyecto, querías escribir un ensayo, un ensayo gordo, con notas a pie de página. Científico. Bien documentado. Con pruebas.

—¿Sí?

—En mi archivo tengo algo de material, por si lo necesitas, por si quieres consultarlo.

Ella negó lentamente con la cabeza, de nuevo con cierta altivez.

—No, señor Hofmeester —dijo—, no quiero escribir ningún ensayo. Simplemente sé la verdad y eso me basta.

Miraron a los transeúntes. Los tranvías. Un taxi.

Entonces, para su consternación, dijo:

—Me gusta tu compañía —y se corrigió de inmediato—. Tus ideas me parecen refrescantes, interesantes.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—No tengo ideas. Sencillamente sé la verdad.

Del bolsillo de la camisa de su abuelo sacó sesenta euros que dejó sobre la mesa.

—El cambio —dijo.

—Bueno. No era… no era importante.

—Pero he venido hasta aquí por eso.

Lo observaba con un ligero reproche en la mirada.

—Quería explicarme, por supuesto soy el padre de Tirza, soy casi exclusivamente el padre de Tirza, en esencia es lo que soy, pero hay algunas cuestiones secundarias, pequeñas y poco importantes. También soy una persona a la que le gusta tu compañía.

Podría haberlo expresado mejor, pero también bastante peor. Tendría que conformarse con esta versión.

Ahora ya no se asustaba de sus propias palabras. Esta buena

conversación lo aliviaba.

—Tengo que irme —dijo ella—. Me gusta estar sola. Lo primero que hago cuando me levanto es sentarme durante media hora en el suelo y acariciarme.

Igual que hizo en el cobertizo aquella noche, se acariciaba los brazos, concentrada y precisa.

—Espero no decepcionarle.

—¿No nos tuteábamos?

—Espero no decepcionarte.

—En absoluto. Solo quería decirte lo que te he dicho. Eso es todo.

Ella se levantó.

—Te he traído algo. Un detallito.

Abrió el maletín y sacó un libro de bolsillo negro.

—Por desgracia solo he podido encontrar la versión alemana. Se llama *Was ist Kunst*? ¿Qué es el arte? Es un ensayo de Tolstói, basta con sustituir la palabra «arte» por «amor», en realidad es su despedida del arte.

—No leo en alemán.

—Quizá más adelante.

Ella cogió el libro, le dio un beso en la mejilla y salió del bar. Él miró cómo se iba en dirección al Concertgebouw. Entonces se dio cuenta de que la camisa de su abuelo le quedaba realmente demasiado grande.

Después, él pagó la cuenta, en la tienda gourmet Pasteuning compró tres botellas de vino chileno y se fue andando a casa.

—¿Te han dado el día libre? —le pregunta la esposa, tumbada en la cama, mientras Hofmeester busca una chaqueta para el viaje.

—Me lo he tomado —le contesta él—. No hace falta que me den nada.

Durante unos segundos piensa en el director, que le dijo que también los hombres sin formación encontrarían el camino al libro, aunque no necesariamente a través de las librerías. Le sorprende no echar de menos su despacho con vistas a un árbol y un jardín que también podía llamarse patio, sus compañeros de trabajo, la rutina, la reunión de los lunes.

El día es frío y lluvioso para ser pleno mes de julio.

Se pone una chaqueta azul que está algo desgastada, pero que le gusta llevar.

Hofmeester se va a la cocina y mira satisfecho las herramientas con las que arreglará el jardín de sus padres. Del refrigerador saca la comida que ha almacenado para prepararle una buena cena a Tirza

por última vez antes de que se vaya al tercer mundo.

Hofmeester lo carga todo en la parte trasera de su Volvo: las herramientas de jardín, los panes, cuatro diferentes tipos de queso francés, queso Gouda curado, bistecs, lechuga, frambuesas, cerezas, manzanas, rábanos y pepinos. Todavía queda sitio para la mochila de Tirza y la que sin duda llevará consigo su novio.

Desde que es padre, Hofmeester conduce un Volvo. Opina que es un automóvil que hace juego con su casa. Igual que él hace juego con su casa, o tal vez debería decir: hacía juego.

Después llama a la puerta del cuarto de Tirza. Ella está haciendo la mochila que ha comprado especialmente para este viaje.

Hofmeester le sugirió que se comprara una maleta sólida de una buena marca, pero ella se echó a reír.

—Me voy a África, papá —le dijo—, no a la Costa Azul.

Hofmeester detesta los albergues juveniles y a los mochileros. La falta de privacidad que irradia el mochilero le provoca escalofríos. No se trata de esnobismo, sino de un miedo profundo y casi animal, por los dormitorios comunales y las literas.

Lo que recuerda de su época de estudiante, y sobre todo de los pocos meses que vivió en un piso de estudiante, es cómo sus compañeros venían a «voltearlo» después de una noche de juerga. Le daban la vuelta con colchón y todo. Después lo pisoteaban durante un rato como una forma especial de masaje tailandés. A otros estudiantes no les importaba, a él sí. Él se resistía con uñas y dientes, lo que no hacía sino empeorarlo más.

—¿Ya casi estás lista? —le pregunta abriendo la puerta sin esperar una respuesta.

El cuarto de Tirza es un enorme caos. Ropa tirada por todas partes, artículos de tocador, un pasaporte de vacunas, su iPod, su libreta, ropa interior, un gorro de baño, unas gafas de buceo.

—No logro elegir —le dice ella— y caben tan pocas cosas. Seguro que en África también habrá lugares donde haga frío, ¿no crees, papi?

—Seguro —le dice él—, en África hay lugares donde hace mucho frío. La Antártida no está muy lejos.

—Pero una sudadera caliente ocupa mucho espacio.

—Ya te he dicho que no debías comprar una mochila.

—No sigas con eso —dice ella—. No sabes cómo viaja la gente. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste realmente de viaje? No me refiero a unos días a la feria del libro de Fráncfort, sino a un viaje de verdad.

Tirza saca algunas cosas de la mochila y mete dentro una sudadera.

—¿O mejor una sudadera de cuello alto? —pregunta.

—Las de cuello alto pican.

Él se va a la cocina. La cafetera que puso en marcha hace un cuarto de hora ya ha filtrado el café. Hofmeester se sirve una taza y grita:

—Tirza, ¿quieres café?

No obtiene ninguna respuesta.

Tiene la sensación de que África ya empieza en su cocina, de que Tirza ya está allí, en medio de África, y por ello él también.

En la verdulería, una mujer mayor que lleva años trabajando allí le dijo:

—Su hija se va a recorrer el mundo, ¿verdad? Mi hijo partió hace unos años a Asia, pero cada semana me manda un largo mensaje de correo electrónico. Así sé exactamente lo que hace y puedo disfrutar con él.

Hofmeester le contestó:

—Claro —y después de una pausa—: claro, claro, por supuesto.

Después pagó la cuenta sonriendo amablemente. Disfrutar con él. Esas palabras lo persiguieron al menos durante medio día.

Aunque Tirza no ha contestado a su pregunta, por si acaso él le sirve café. Por la mañana, a ella le gusta beber el café de Hofmeester. Antes de ir en bici a la escuela, siempre desayunaba con él en la cocina. O mejor dicho: él miraba cómo ella comía. Esa era la esencia de la paternidad para él: una mirada alentadora. Y si había amigas con ella, había que desvivirse, mostrar su mejor lado. Al final, todo había quedado en miradas alentadoras, y él lo había aceptado.

Hofmeester apoya los codos en la encimera. Ha empezado a lloviznar. África, piensa. Espera que Tirza abandone el desafortunado plan de viajar en transporte público de sur a norte, pero no está muy seguro de que sea así.

Tirza baja con la mochila y un pequeño bolso.

Él mira el equipaje y esboza una sonrisa. El hombre viejo y sabio. El papel que tanto le gusta representar. Demasiado sabio y viejo para participar en algo. Pero ya era así a los quince años.

—Que me vaya a recorrer el mundo —dice ella— no significa que deba renunciar a la elegancia.

—No he dicho nada —dice Hofmeester—. Solo miro.

Se pregunta cómo debe de ser extrañar muchísimo a alguien. Es una pregunta que se formula desde hace varios días. Nunca extrañó a su esposa, solo la esperó. Cuanto más lo lastimaba ella, más la esperaba él, pero extrañarla, no. Tampoco echó nunca de menos a sus padres. En realidad, a nadie.

Le da el café a su hija. Ella se lo bebe deprisa y sin pensar.

—¿Quieres desayunar? ¿Te preparo tostadas?

Ella niega con un gesto.

—No me llevo joyas, solo estos dos anillos. Puedo, ¿no? ¿No te parece? Y si los pierdo o me los roban, no importará —le dice mostrándole la mano izquierda.

Un anillo se lo regaló él cuando cumplió diecisiete, el otro lo compró ella. O tal vez se lo regalara un novio, pero no quiso contárselo. Un novio mayor con dinero.

Hofmeester no puede imaginarse eso, habida cuenta del que ha escogido ahora. A Tirza le gustan los hombres sin dinero. Le atrae la pobreza. Devora libros sobre la pobreza en África, la naturaleza ocupa para ella un segundo lugar. La malaria le parece más importante que una bonita puesta de sol. La miseria de otros le da un objetivo en la vida.

Hofmeester mira la lluvia.

—Tienes razón —le dice él—, no importa si los roban. Nada en absoluto. ¿Qué significa un anillo hoy en día?

Se ofreció a recoger al novio de Tirza, pero ella le dijo:

—No, ya vendrá él. Es más sencillo.

Dentro de un cuarto de hora, tal vez menos, ya no estará solo con su hija menor. Dentro de un cuarto de hora empezará el resto de su vida, el epílogo. El epílogo de una vida insignificante, pues ahora ya no le queda ninguna duda, si es que la tuvo alguna vez en las últimas décadas, de que era insignificante. Un hombre que se aprovecha de las compañeras de clase de su hija en el cobertizo durante su fiesta de graduación es ante todo insignificante. Superfluo y redundante, sin que pueda echarle la culpa de eso a nadie. En algún lugar en su vida debe de haberse producido la fractura de prometedor a insignificante, pero no recuerda ninguna fractura. Debió de producirse inadvertidamente. Tirza le pone una mano en el hombro. Juntos miran el jardín en el cual él ve África, cosa que no le parece extraña. Como mucho le parece raro no haberse dado cuenta antes de que África empieza en su jardín.

—Nos iremos dentro de un cuarto de hora —dice—. ¿Será puntual ese…?

Quiere decir: Mohamed Atta, pero se traga sus palabras.

—Sí, papá —le contesta ella—, muy puntual, para un marroquí es excepcionalmente puntual.

Se va corriendo arriba como si hubiese olvidado algo. Hofmeester se sirve otra taza de café.

En una bolsa de piel ha metido ropa interior, calcetines, dos camisas y el pantalón que se pone cuando trabaja en el jardín.

Está nervioso, como si él mismo se fuera a recorrer el mundo.

Por enésima vez esa mañana, cuenta el dinero en su cartera, repasa el plan de vuelo de su hija, y examina una lista con trabajos que tiene

previsto realizar en el jardín que en otro tiempo fue de sus padres.

Cuando está listo, su esposa entra en la cocina. Lleva puesta la bata. Una bata nueva. Ella compra mucho, como siempre. Alarga un brazo.

—Carne de gallina —dice— ¿ves? Estoy helada. ¿No podemos encender la calefacción?

Él le toca distraídamente el brazo y vuelve a guardar la cartera.

—¿Cuándo vuelves? —le pregunta ella.

—El domingo por la noche. Conduciré de un tirón desde Fráncfort. Su avión sale a las ocho de la noche, así que a las siete ya me habré despedido de ellos.

—A las siete ya te habrás despedido —le dice ella—. ¿Cuánto tardas en despedirte? Y después estaremos solos, Jörgen. Entonces tendremos que apañárnoslas solos.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo, que estaremos solos. Nosotros dos. Como antes.

—¿Cómo antes? ¿Nosotros dos?

Hofmeester sale al pasillo. Tirza baja por la escalera, va a buscar su equipaje a la cocina y lo saca fuera.

—Tu novio todavía no ha llegado —le dice él—. ¿Por qué sales a la calle, bajo la lluvia?

—No estoy bajo la lluvia.

Él coge la mochila de Tirza y se la lleva al Volvo.

—¡Dios, qué pesada! —exclama—. ¿Qué has metido dentro? ¿Un cadáver?

Abre el maletero y después de colocar lo mejor posible la mochila, se queda agachado como si estuviera ordenando algo allí dentro: la sierra que no está bien puesta, una bolsa de plástico con semillas para el césped. Pero en realidad no quiere que su hija vea cómo se derrumba. Pues eso es lo que está haciendo: venirse abajo como una ruina.

Después de reponerse, vuelve a la cocina y ahora también lleva su bolsa de piel al coche. Es una bolsa vieja y gastada que perteneció a su padre.

La esposa acaba de salir.

Se quedan los tres en el porche. Como una unidad, como una familia, esa es la palabra. La familia vuelve a estar una vez más en el porche.

—Me está entrando frío —dice la esposa—. Esto no es un verano. ¿Les parece verano? Yo lo llamo invierno.

Y Tirza contesta:

—Vete arriba, ya me despido de ti.

Besa a su madre una vez en la mejilla.

Después da un paso atrás como si quisiera mirar bien a la mujer de la que salió hace dieciocho años. La mujer a la que ha odiado durante años.

—Escríbenos —le dice su madre—, o llámanos. A cobro revertido, si quieres. Seguro que a tu padre no le importará.

Vuelve a meterse en casa y Hofmeester la observa. A pesar de su edad, tiene cierta elegancia. A pesar de la decadencia sigue recordando a la mujer que fue hace mucho, mucho tiempo: la mujer que pensaba, no sin razón, que el mundo estaba a sus pies. Cuando Hofmeester la conoció, el mundo la llevaba en palmas. ¿Y ahora qué? Las palmas se habían cansado de llevarla. Así de caprichoso es el mundo.

Ahora, padre e hija están solos en el porche. El padre más nervioso que la hija, jugando con las llaves del coche, manoseando su chaqueta, buscando en los bolsillos del pantalón. Entretanto agarra la mano de su hija y la aprieta.

—¿No puedes llamarlo? —pegunta.

—Llegará enseguida.

Se quedan ahí dos minutos, tres minutos, diez minutos. Callados. El hombre que se está derrumbando y la hija que se va a recorrer el mundo.

Hasta que ella exclama:

—¡Allí viene!

Mira a la derecha, el lado de la Jacob Obrechtstraat, y Hofmeester también mira allí.

Ve a un hombre con chándal correr bajo la lluvia, lleva una bolsa de deporte colgada despreocupadamente del hombro. Mohamed Atta, piensa. Allí está. Ha vuelto. Es él. Increíble que ella no lo vea.

Tirza corre a su encuentro. Hofmeester se queda en el porche y mira cómo lo abraza. Sigue los movimientos de su hija, estudia la mano de Atta sobre la espalda de Tirza y se estremece.

Después se acercan juntos a Hofmeester, muy pegados.

Atta le da la mano al padre.

—¿No le habré hecho esperar demasiado? —pregunta.

—Un cuarto de hora —dice Hofmeester—. No más.

Abre el maletero del coche, y deja la bolsa de deporte de Atta al lado de la pala.

—No llevas mucho equipaje para alguien que piensa hacer un largo viaje. Ni siquiera una mochila.

—Si me falta algo, siempre puedo comprarlo y la ropa se seca rápido en África —declara Atta como si conociera el continente al dedillo.

—Eso es cierto —asiente Hofmeester—. En África todo se seca rápido.

Se acuerda de las coladas durante las vacaciones en Italia. Recuerda las vacaciones cuando todavía eran una familia, una familia más o menos intacta. Más o menos.

Hofmeester se sienta al volante, pone en marcha el limpiaparabrisas. Tirza se instala a su lado. Atta se queda solo en el asiento trasero.

La conversación avanza con dificultad. A la altura de Utrecht apenas han intercambiado dos frases. Tirza se ha puesto el iPod. Atta se queda dormido de vez en cuando, advierte Hofmeester en el retrovisor.

El último tramo va mejor. Entablan un educado debate sobre los pros y los contras de la ayuda al desarrollo.

Después de llegar, Tirza se instala en la habitación que hacía las veces de cuarto de invitados cuando aún vivían los padres de Hofmeester. Atta se pasea por el jardín y, esporádicamente, huele una flor. Al cabo de un cuarto de hora se sienta en la sala de estar. Después juega una partida de scrabble con Tirza delante de la chimenea.

Mohamed Atta juega al scrabble. Interesante. ¿Quién lo hubiese dicho?

Hofmeester trabaja en el jardín. Tiene que deshacerse de la tensión del viaje en automóvil, la tensión de lo que se le antoja como un resto superfluo e indigno: la última parte de su vida.

De vez en cuando echa un vistazo a la ventana y ve que su hija y su novio están entretenidos con un juego de mesa. Eso no lo tranquiliza.

Ahora que sus hijas se han ido de casa, él tiene que aprender a morir. Pero no sabe dónde o quién puede darle clases.

Hacia la una y media entra y pregunta:

—¿Tienen hambre?

—Hambre no —dice Tirza—, pero frío sí.

—Encenderé la chimenea —dice Hofmeester—. En realidad esperaba que pudiésemos cenar en el jardín. Pero será más bien una cena de invierno.

Con cierta dificultad enciende la chimenea. Agacharse le da dolor de espalda. Quizá sea exagerado llamarlo dolor, más bien es consciente de su espalda. Una conciencia que le es desconocida.

Cuando por fin ha encendido la chimenea, después de soplar y atizar bastante, se queda unos minutos mirando el fuego con el atizador en la mano. Es bonito. Se olvida de lo que lo rodea. Es un hombre que, mientras se está derrumbando, mira el fuego y ese fuego

le trae recuerdos, recuerdos borrosos y poco sentimentales de sus padres, su juventud y su época de estudiante.

Solo cuando oye a Tirza decir «papi», consigue liberarse de sus pensamientos.

—Papá —le dice ella—, voy a preparar un sándwich caliente, ¿te hago uno?

—Ya lo hago yo —le contesta él—. No te muevas.

Cuelga el atizador en el soporte, se limpia las manos en el viejo pantalón que utiliza para trabajar en el jardín y mira unos segundos la palabra que su hija está formando en el tablero de juego.

—Para mí solo con queso —dice Atta.

—Oh, ¿tú también quieres un sándwich?

—Sí, por favor, pero solo con queso.

—Por supuesto —dice Hofmeester mientras mira el juego. Tirza es buena jugando al scrabble—. En nuestra familia comemos los sándwiches calientes con queso y tomate, no nos entusiasma demasiado el jamón, no nos gustan los fiambres.

En un sartén tuesta tres rebanadas de pan con queso y tomate. Los padres de Hofmeester nunca compraron una sandwichera.

En la mesa del salón se come su sándwich, mientras Tirza y Atta siguen jugando. Con una servilleta de papel, se seca la boca cada tres segundos, por miedo de que las migas se le queden adheridas a los labios.

—¿Le gusta jugar al scrabble? —le pregunta Atta.

—No —responde Hofmeester—, no se me da bien.

—Pero papi, antes jugabas muy a menudo conmigo.

Su hija lo mira asombrada. Como si estuviera mintiendo.

—Tampoco es que me desagrade, pero me gustaba más jugar Risk, o Monopoly o a las cartas.

—¿Jugamos esta noche Monopoly, señor Hofmeester? —propone Atta.

Hofmeester se queda mirando a ese hombre que se esfuerza, que incluso huele las flores para agradar al padre de su novia. Pero por él no tiene que hacerlo. Le gustaría decirle: «No te esfuerces. De todos modos no servirá de nada».

—Bien —dice—, si consigo encontrar el juego, esta noche después de cenar jugaremos Monopoly.

Después regresa al jardín y se concentra en su trabajo, para no tener que pensar.

A eso de las cinco, mientras está cortando las ramas muertas de un manzano, se le acerca Atta.

Hofmeester apaga la sierra. Se baja de la escalera de mano.

—Quería preguntarle algo —le dice Atta.

—Adelante.

—¿No le importa si duermo en la misma habitación que su hija?

Ahora el padre se echa a reír, por primera vez se ríe de verdad de este hombre.

Se pasa la sierra de la mano izquierda a la derecha.

—¿Y qué van a hacer en África? —le pregunta—. ¿Dormir en dos literas separadas? ¿Reservar dos albergues distintos? ¿Por quién me tomas?

—Eso no. Por supuesto que no. Pero aquí, en su casa, es diferente. Quizá.

—Esta casa es tanto de Tirza como mía. Si ella no tiene reparos en dormir contigo en una habitación, a mí me parecerá bien.

Atta mira el manzano.

—Lo hace usted bien —dice—. Me refiero a cómo corta las ramas.

—Mis padres tenían una ferretería.

Al decirlo, Hofmeester no puede reprimir sentir una ligera vergüenza. Una ferretería. Pero eso explica mucho. Aprendió a manejar la sierra de joven.

—Sí, Tirza ya me lo explicó. De todas formas, solo quería preguntárselo, mis padres son también…

—¿Sí? ¿Qué son también?

Hofmeester mira fijamente al novio de Tirza. El hombre que no solo considera demasiado mayor para su hija, sino sencillamente desagradable. Desagradable en su cortesía, desagradable en su presencia, desagradable a primera vista.

«Ningún hombre te parecerá suficientemente bueno para Tirza», le había dicho su esposa. Pero no es eso. Es intuición.

—Mis padres son también muy conservadores.

—No soy conservador —dice Hofmeester—, soy realista y práctico. ¿Son religiosos?

—¿Mis padres? Sí, también eso.

—También eso —repite Hofmeester.

El joven se queda vacilando mientras Hofmeester vuelve a subir para seguir podando. Al ver que Atta no se ha movido del sitio después de cinco minutos, baja por segunda vez y le pregunta:

—¿Quieres intentarlo?

—¿El qué?

—Cortar ramas. Podar. Trabajar en el jardín.

Atta se ríe.

—No lo he hecho nunca.

—¿Tus padres no tienen jardín?

—Tienen un balcón.

Hofmeester se pasa el dorso de la mano por la boca, la barbilla y las mejillas.

—Oh, pero incluso un piso con balcón puede ser muy agradable. Venga, ¿quieres probar?

Atta titubea.

—Te vas a África, ¿no? Te vas a la selva, ¿no? Entonces un frutal del Betuwe no puede suponer un obstáculo. Empieza con esa rama pequeña.

Hofmeester apunta hacia arriba, a una rama que podría dejar como está. No es lo que se dice una rama muerta.

Atta duda, y después coge la motosierra.

Le resulta pesada. Eso es evidente. Pero todo el que la coge por primera vez tiene que acostumbrarse al peso. Con las herramientas, al igual que con las personas, hay que intimar poco a poco. Cuanto más se las conoce, más hacen lo que uno quiere.

Hofmeester le demuestra cómo se enciende la motosierra. Y cómo se apaga. Le muestra el botón de emergencia. Como hay que sujetarla.

—Es una Stihl MS 170 —explica Hofmeester—, la mejor de su clase.

El joven se sube a la escalera. Cuando ha llegado arriba le dice:

—¿Le parece una buena idea, señor Hofmeester?

—Es una idea excelente. Cuando le hayas cogido el tranquillo, tendrás diversión para el resto de tu vida. La MS 170 es muy segura.

El padre de Tirza vuelve a apuntar a la rama que debe podar.

—No tengas miedo —grita—. Simplemente concéntrate.

Segura, eso le dijeron en la tienda donde compró la motosierra. Más segura que una eléctrica con cable y más fácil de usar.

El novio de Tirza está subido en la escalera, y sierra. La rama no tarda en caer sobre la hierba. Es pequeña.

Atta se baja. Está pálido.

—¿Has pasado miedo? —pregunta Hofmeester esperanzado—. ¿Te has asustado?

—Un poco —dice el hombre que ahora parece más que nunca un muchacho. En suma, un muchacho simpático. Si no lo conoces.

—Creo que no me siento bien. Y además estoy cansado.

—Es cuestión de práctica.

Hofmeester coge la motosierra. Mira el árbol con satisfacción. Su vida ha llegado al epílogo, pero él sabe cómo tratar un árbol frutal. Sabe cómo abordar un jardín. Nadie puede arrebatarle esto.

—Mis padres —dice Hofmeester— adoraban los frutales. Amaban más a los árboles de lo que se amaban el uno al otro.

—¿Y tenían juntos una ferretería?

—Sí, más o menos —dice secamente—. La tienda era de mi padre. Mi madre cantaba en un coro.

Lamenta haber alargado innecesariamente la conversación. ¿Qué le importan sus padres a este chico? Se agacha para arrancar algunas malas hierbas que crecen debajo del árbol. Lo último que necesita es que se le acerque este hombre. Nada de cercanía. Todo salvo eso.

—¿Y no querían que se hiciera usted cargo de la tienda?

—Querían que estudiara —dice Hofmeester con las malas hierbas en la mano—. Les parecía importante que su único hijo estudiara. Por eso trabajaron. Y yo estudié.

—Sí, sí —dice Atta—. Lo sé. Alemán y criminología, ¿verdad?

—No acabé criminología. Debido a las circunstancias. Me ofrecieron un empleo de redactor en una famosa editorial. No pude rechazar la oferta. Se esperaba que llegara a editor.

Se dirige al cubo de la basura y tira las malas hierbas. Cuando vuelve, Atta sigue de pie junto al manzano.

—¿Es época de podar? —pregunta el joven.

—No —dice Hofmeester—, pero ya que estoy, podo. Tengo que aprovechar la ocasión. Podo cuando vengo. ¿Dónde está Tirza?

—Durmiendo. Ella también está cansada.

Atta se dispone a entrar, pero justo delante de la casa se vuelve.

—Señor Hofmeester, ¿le puedo ayudar más tarde en la cocina? ¿Con la cena?

Hofmeester niega con la cabeza.

—Yo me encargaré. Casi todo está listo. Lo único que tienes que hacer es comértelo. Eres mi huésped. No lo olvides.

Se queda mirando cómo el joven entra en la casa. A través de las cortinas ve que Atta se sienta en el cuarto de estar junto a la chimenea. La ligera euforia que sentía poco antes Hofmeester ha desaparecido. No ha ganado, ha perdido. Y ganar es lo único que cuenta. Todo lo que no sea ganar es una excusa, una excusa hábilmente camuflada, pero una excusa. Bah, casi todo lo aclamado en este mundo —el arte, la política— es un álibi para perdedores.

Hofmeester ha colocado la mesa del comedor delante de la chimenea y ha preparado tres filetes —para Tirza y para él poco hechos y para Atta bien hecho— que sirve con pan, ensalada y fruta fresca de postre.

El fuego crepita, Hofmeester abre su segunda botella de vino de Burdeos del día.

—¿Qué opinan tus padres de que te vayas con mi hija a África? —le pregunta a Atta.

—¿Se refiere a que me vaya a África o que vaya con Tirza?

—Ambas cosas.

Hofmeester corta un trozo de pan y lo moja en la salsa que queda en su plato. En realidad, eso no se hace, pero en una casa de campo rigen otras normas.

—No tengo tanto contacto con mis padres. Los veo muy poco.

Hofmeester mastica el pan. Le sabe bien.

—Choukri ha roto con sus padres —dice Tirza pellizcando a su novio en el hombro.

Roto, la palabra le recuerda a Ibi, aunque ella no ha roto con sus padres, simplemente se ha retirado. Eso es más fácil que romper.

—¿Por qué, si no te importa que pregunte?

—Tenían otras ideas —dice el joven—. Distintas a las mías.

—¿Otras ideas?

Hofmeester se ha acabado el pan. Corta otro trozo, que ofrece a Atta, pero este rehúsa educadamente.

—¿Otras ideas? —repite Hofmeester.

—Otras ideas. Como suele pasar. Otros conceptos de la vida. Seguro que usted tiene ideas diferentes a las de Tirza. De la vida. De lo que es bueno. De cómo hay que vivir. De lo que tienes que hacer para ser una buena persona.

Hofmeester mira a su hija. ¿Qué le habrá contado ella a Atta? Sobre él, su esposa, los inquilinos que han pasado por sus manos, como los amantes que han pasado por las manos de su esposa.

—Yo no tengo ideas —dice—. ¿Parezco un hombre con ideas?

Atta coge con los dedos la última hoja de lechuga de su plato.

—Bueno, tanto como ideas, no sé. Me refiero a que quizá se haya imaginado cómo será la vida de su hija. Cómo debería ser más adelante.

—¿Imaginarme? ¿Más adelante? ¿Cuándo esté muerto? ¿Tengo pinta de ser alguien que sabe cómo hay que vivir?

Atta se ríe con nerviosismo.

Hofmeester nota que está acorralando al muchacho. Le gusta acorralar a las personas. Porque les tiene miedo. Porque no sabe a qué atenerse con ellas. En otros tiempos, también acorraló a sus hijas. Eso sí, solo verbalmente, para fortalecerlas. Para ampliar su léxico, para inculcarles el arte de la argumentación. Para él, la lengua es sobre todo un medio para rodear a las personas, rodearlas, quitarles cualquier escapatoria. La lengua ofrece una oportunidad de humillar. Tal vez por eso haya acabado callando. Por respeto. Como una forma de rendición. El silencio es su bandera blanca.

—¿Así que crees que me he imaginado cómo será la vida de mi hija? —dice Hofmeester fingiendo una sonrisa—. ¿Que sé lo que hay

que hacer para ser una buena persona?

—Me refiero a que… lo que quiero decir es que todos los padres tienen expectativas. A veces demasiadas. A veces también expectativas equivocadas.

Tirza lleva un tiempo sin decir nada. Se limita a masticar el bistec.

—¿Expectativas equivocadas? ¿Cómo sabes si las expectativas son equivocadas?

Atta se encoge de hombros.

—Bueno —se limita a decir.

Por eso, Hofmeester prosigue.

—He tenido expectativas. Y las he retirado. Como se retira a los soldados, porque he visto a tiempo que esas expectativas no era muy buenas para Tirza. Los padres también aprenden. No tengo expectativas, no de Tirza, no en su nombre. No espero nada.

—Me gustaría un poco de pan —la voz de Atta suena bastante más tímida.

Hofmeester corta un trozo.

—Eres de buen comer —dice.

Atta empieza a masticar el pan sin mojarlo en la salsa.

—¿Y ahora? —pregunta Atta.

—¿Y ahora? Ahora comparto expectativas de Tirza. Si es que tiene algunas. Es posible que, de vez en cuando, tenga mi propia opinión. Pero a menudo no. ¿Por qué debería tenerla? Confío en su criterio. Y no tengo la más mínima idea de qué hay que hacer para convertirse en una buena persona. Incluso dudo que haya que aspirar a ello. ¿Acaso no es más importante seguir siendo una persona viva que convertirse en una persona buena? ¿Y tú? ¿Cuáles son tus expectativas de Tirza? ¿Aparte del ámbito sexual?

—Papá —dice Tirza—, ¿dejamos este tema por esta noche y jugamos Monopoly?

El padre sirve a todos un vaso de vino.

—Es un tema bastante importante —declara—, sobre todo si viajas al centro mágico de la epidemia de sida.

Antes, Hofmeester hablaba a menudo de la vida sexual del ser humano. Cuanto menos sexo tenía él, más hablada de ello. No de la manera vulgar tan propia de los hombres. Sino de una manera informada, casi científica. Investigaba la vida sexual del ser humano. Sobre todo cuando las amigas de Tirza se quedaban a cenar.

—No sé lo que espero de Tirza —dice Atta en voz baja—. Cuando se ama a alguien, ¿se espera algo de esa persona?

—¿Has acabado de comer? —pregunta Hofmeester.

Tirza asiente.

Él apila los platos y levantándose dice:

—¿Así que amas a Tirza?

A nadie se le puede escapar el sarcasmo en su voz. Aquí está de nuevo, el hombre que iba a abolir el amor, el hombre que estaba seguro de conseguirlo.

Atta asiente y Hofmeester piensa en Ester, en la fiesta con la que él tanto se había ilusionado, que había esperado con impaciencia, más que la propia Tirza.

—Eso está muy bien, que la ames. Muy bonito.

—Papá —dice Tirza.

Él sigue recogiendo en silencio.

En el fondo del armario encuentra el Monopoly. Cuenta el dinero, da un peón a cada uno.

Se concentran en el juego. La conversación se limita a lo más necesario.

Solo cuando Hofmeester empieza a ganar y Atta tiene que hipotecar sus calles, le pregunta Hofmeester:

—¿Has leído el Corán?

Atta tira los dados.

—La mayor parte, sí —dice—. Por curiosidad.

Ha sacado dos cuatros.

—¿Curiosidad?

El padre se inclina hacia el muchacho por encima del tablero.

—Por interés.

Hofmeester mira la mano con la que el chico sostiene un peón azul.

—Ocho —dice Hofmeester—, has sacado un ocho. Llegas a mi hotel.

Antes jugaba Monopoly igual que cobraba el alquiler, avergonzado y no obstante también codicioso, y al final siempre despiadado. Como si de pronto recordara que todo lo que no pudiera llamarse ganar era una excusa.

—Lo he traído conmigo.

—¿Ah, sí?

—Tirza tenía curiosidad.

—¿De qué? —pregunta Hofmeester.

Ya no recuerda de qué iba la conversación. Responde de forma mecánica, pensando en otra cosa.

—Del Corán.

—Ah, claro. Yo también siento curiosidad —dice el padre—. Desde siempre. No solo por el Corán. Sino por todo lo relacionado con el ser humano. El prójimo. El prójimo siempre me ha fascinado. Porque el

prójimo determina quién soy.

El joven niega con la cabeza.

—Yo decido quién soy —dice Atta—. Soy Choukri. Toco la guitarra. Amo a su hija. Ese soy yo. El prójimo no tiene nada que ver con eso.

Siguen jugando durante unos veinte minutos. La tensión ha disminuido. Está claro quién va a ganar.

Tirza y su novio son los primeros en irse arriba.

Hofmeester sigue abajo para apagar el fuego de la chimenea y llevar los últimos vasos y platos a la cocina. Recoge lentamente el juego, como si le doliera moverse. Lo deja sobre la mesa. Quizá puedan jugar otra partida mañana, es una manera de pasar la noche.

En el dormitorio donde dormían sus padres, abre el ropero en el que siguen colgando algunos trajes de su padre. Una camisa olvidada.

Huele los trajes antes de tumbarse en la cama. Ahora está seguro de que no es nadie, un agujero negro que se ilumina fugazmente cuando otro lo mira. Como un presentador que ha ejercido su profesión durante demasiado tiempo y solo revive cuando se enciende la luz roja encima de la cámara.

Se queda dormido y se despierta a las dos y media de la madrugada, se desviste ordenadamente, se pone una vieja pijama y se vuelve a dormir.

A la mañana siguiente sigue lloviendo y el cielo está encapotado. En pijama, Hofmeester hierve tres huevos, pero dado que Tirza y su novio siguen durmiendo y él no quiere despertarlos, se come él mismo los huevos de pie en la cocina.

Después empieza a cortar el césped del jardín, pero a las once, al ver que Tirza y su novio aún no se han levantado, se harta. Llama a la puerta del cuarto de invitados.

—Tirza —grita—. Reina del sol.

Abre la puerta con cuidado.

Su hija está dormida, medio cubierta por la colcha. Por lo que ve, está totalmente desnuda. Al otro lado de la cama está Atta. También del todo desnudo.

Hofmeester se queda en la puerta mirando a su hija. Mañana volará a África. Dentro de veinticuatro horas, él estará en el aeropuerto de Fráncfort.

—Tirza —dice—, ya son las once.

La única reacción de su hija es darse media vuelta. En la mesilla de noche ve el iPod con el que está tan contenta, y una libreta negra en la que toma apuntes sobre su vida y en la que a veces pega cosas, como entradas al cine y billetes de tren, alguna que otra vez también

la cuenta de un restaurante, la receta de bizcocho de miel o la etiqueta de una botella de vino.

Hofmeester sale del dormitorio y cierra la puerta sin hacer ruido. En la cocina se lava las manos. Después se sienta en el Volvo. Apoya la cabeza en el volante y si alguien lo viera, seguramente pensaría que Hofmeester duerme. Después de cinco minutos de haber estado sentado así, arranca el coche y se va al pueblo. Aunque ya lo ha comprado todo en Ámsterdam, hace algunas compras. En la pastelería lo reconocen. Quieren iniciar una conversación con él sobre sus padres, pero Hofmeester mantiene la distancia. Después bebe rápidamente dos copas de vino blanco en un bar antes de regresar a la casa de campo.

Tirza y su novio ya están despiertos. Están sentados en la mesa del comedor. Tirza lleva una camiseta larga, nada más. Atta un pantalón vaquero y una camisa que Hofmeester solo puede describir como vieja.

Se ofrece a hervirles o freírles unos huevos, pero ellos solo quieren fruta y algo de té y café.

—Aparte de lo que he traído de Ámsterdam —les dice—, también hay uva que he comprado en el pueblo.

Limpia la uva y la lleva en una fuente al cuarto de estar.

Sin que le digan nada, él coge una silla y se sienta con ellos. De vez en cuando, come una uva distraídamente. Se traga las pepitas.

Cuando casi se han acabado el racimo, dice:

—Muéstramelo.

—¿El qué? —pregunta Atta.

Con cierta satisfacción, Hofmeester advierte el temor en la voz del joven. Su incomodidad. Es la incomodidad lo que hace humano al otro.

—Tu Corán —dice Hofmeester—, muéstramelo. Lo llevas contigo, ¿no?

—Está arriba, en mi bolsa.

Hofmeester examina el racimo en busca de una uva intacta.

—He educado a mis hijas en el agnosticismo, pero les he leído fragmentos de la Biblia, igual que de Tolstói y de Turguénev. ¿Conoces la hermosa frase en la última página de *Ana Karenina*? «Mi razón no comprenderá por qué rezo y sin embargo seguiré rezando». ¿Sabes de lo que hablo?

—No conozco *Ana Karenina*.

—Eso no me asombra —dice Hofmeester—. Ve a buscar tu Corán.

El joven se va arriba.

Padre e hija se quedan solos a la mesa.

—Estás un poco hostil —le dice ella en voz baja.

—¿Yo? Estoy dando conversación. Muestro interés. Me esfuerzo.

Ella sacude la cabeza.

—Papi, ¿crees que vas a tener una novia, una de verdad? Quiero decir: ¿crees que volverás a enamorarte de verdad alguna vez?

Él piensa en su esposa, en la asistente de Ghana con la que tuvo durante un tiempo un modesto intercambio sexual. Nadie lo sabe. Nadie tiene por qué enterarse de esas cosas. Pero durante todos esos años, la asistente podría haberse considerado como su novia. No estaba enamorado de ella. Enamorado. Es típico de Tirza exigirle que se enamore otra vez. Como si todo no fuera ya lo bastante difícil, encima tendría que enamorarse. ¿De quién? Y además: él la tiene a ella, ¿no? Tiene a la reina del sol. Un verdadero padre, uno que se merece ese nombre, está enamorado de sus hijos. Toda una vida. Hasta la muerte. Y también después.

—¿Quieres que ponga un anuncio personal? —pregunta—. ¿Es eso lo que dices?

—No lo sé. Creo que debes buscar a alguien. Que no puedes seguir así con mamá. Tienes que volver a enamorarte, como yo.

Atta ha vuelto. En la mano tiene un libro verde. Hofmeester se traga lo que quería decir.

—Es la edición bilingüe —dice Atta—. La he comprado especialmente para Tirza. En realidad, yo también soy agnóstico.

El padre hojea el libro, lee un fragmento.

—No está mal —dice—, nada mal. Pero no es Tolstói.

Y, en un intento de mostrarse menos hostil, pregunta:

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Nada —dice Tirza—. Ahora mismo no puedes hacer nada por nosotros.

Él se encoge de hombros y sale al jardín, reanuda su labor. Al menos, no llueve. Recoge las hojas secas, arranca la mala hierba, saca la motosierra para podar algunas ramas que había pasado por alto. El tiempo transcurre rápido cuando se trabaja concentradamente en el jardín.

De vez en cuando piensa en el epílogo que es su vida, en la asistente de Ghana que por supuesto no puede considerarse como una novia. Una novia es alguien con quien se tiene algo más que un intercambio físico a una hora fija. Pero bueno.

Sucedió de forma paulatina, inesperada y a satisfacción de todos. Un día ella dejó de ser solo la asistente de Hofmeester, para convertirse en su amante. Era natural que a partir de ese día, él le pagara algo más. La mujer de Ghana no solo le limpiaba la casa, sino que también mantenía en orden su cuerpo, regulaba sus fluidos.

Además, él la puso en contacto con un abogado que conocía de su

época de estudiante. El abogado podría serle útil. Ella era ilegal, como todas las mujeres de Ghana, pero limpiaba bien. Hofmeester se daba cuenta de que existía una relación entre la complacencia de la mujer y su situación no del todo legal, pero eso no le molestaba. Es la ilegalidad lo que hace que la gente sea complaciente. Tal vez, él mismo fuera ilegal sin saberlo, pues no se podía negar que él siempre había hecho gala de cierta complacencia.

Hacia las seis empieza a llover de nuevo. Hofmeester se lleva las herramientas a la cocina. Mañana tiene que volver a recogerlas y llevárselas. Primero a Fráncfort, y luego de vuelta a Ámsterdam. Allí también tiene un jardín que mantener. El césped, los árboles, los arbustos.

Abre una botella de vino y bebe un vaso.

—Tirza —llama.

Hofmeester se bebe un segundo vaso.

—Tirza —llama por segunda vez—, ¿dónde estás?

Se dirige al comedor. Su hija está encima de la mesa.

Necesita una fracción de segundo para comprender la escena. No lo han oído ni visto.

Desde la puerta contempla lo animal, lo atroz, lo incomprensible. El Corán sigue estando sobre la mesa, así como un platito con restos de un racimo de uvas. El juego de Monopoly. Sabe que debería irse, pero no logra moverse, es como si estuviera hipnotizado. Tampoco comprende por qué no lo ven ni lo oyen, por qué no se dan cuenta de que hay otra persona en la habitación. Le cuesta reconocer a su hija ahora que está tumbada así, ahora que la usan, la desgarran. Ella murmura algo.

Él tiene que sujetarse. Está mareado, es como si hubiese comido algo en mal estado, una ostra rancia, una intoxicación alimentaria aguda. Siente mareo, da un paso atrás, se agarra al atizador que cuelga del soporte junto a la chimenea.

Jörgen Hofmeester resuella como un perro resfriado.

La habitación da vueltas ante sus ojos, pero ellos no lo oyen. No lo ven. Siguen con su juego. Se llama así, ¿no? El juego del amor.

Finalmente vuelve a irse de puntillas a la cocina, donde se bebe tres vasos de vino y se lava la cara y las manos.

Después sale al jardín y a pesar de la lluvia se pone a arrancar la mala hierba. Hay mucha sobre todo debajo de los árboles y al borde del césped. Trabaja como un poseso, como si volviera a tener veinte años. Sin concederse un descanso, sin limpiarse las manos. Así trabajaba cuando aún vivían sus padres, cuando él todavía no se había ido de casa, trabajaba como un perro, pues había aprendido de sus

padres que solo el trabajo da la felicidad. Después de media hora está empapado de lluvia y de sudor, y tiene tierra por todas partes. Incluso en las orejas.

Entra en la cocina, se limpia las manos con un paño que se pone negro enseguida. No importa.

Ahora ya no los oye. El juego se ha acabado. ¿Se puede llamar juego al sexo? ¿No es un error, acaso no empieza el sexo justo donde acaba el juego? Sí, eso es. Cuando se termina el sexo, empieza otra cosa. La realidad, eso que ya no puede llamarse juego. La muerte. Tiene arena en las orejas.

—Tirza —grita—. Tirza.

Entra en el cuarto de estar.

Sobre la mesa ve el iPod, el Corán, un dado que al parecer olvidó guardar anoche. El Monopoly. Coge el libro y vuelve a hojearlo. Deja sobre la mesa el libro impreso en papel biblia tan característico de los textos sagrados, aunque también de algunos tomos antiguos de la biblioteca rusa.

Sus zapatos dejan grandes manchas de barro. Tiene que quitárselos. Pero no lo hace. El agua gotea de sus manos. La camisa se le pega a la espalda.

—¡Tirza! —vuelve a gritar.

Sube por la escalera, pero se detiene a la mitad. En el cuarto de baño oye la ducha, aunque podría ser el sonido de la lluvia. Seguro que se están duchando. Después de los juegos eróticos, la ducha. Su esposa siempre se duchaba enseguida después de que él le hiciera el amor, como si Hofmeester fuera una especie de baño de lodo. Tirza es incluso más guapa que su esposa cuando era joven.

Baja la escalera. En la mano sostiene el dado del Monopoly. Esos siempre desaparecen. Sobre todo antes, cuando Ibi aún jugaba con ellos. Era mal perdedora. Cuando perdía se ponía a lanzar dados y meses más tarde él los encontraba debajo de los radiadores.

En la cocina abre una nueva botella de vino. Este vino es el mejor. Gewürztraminer italiano. Se bebe dos vasos y limpia sus zapatos. Bebe de pie y, aunque no sabe por qué, piensa en Ester que quiere abolir el amor.

Hofmeester decide ir a buscar comida, no le apetece cocinar esta última cena. Quiere estar con Tirza, solo con ella, disfrutar del tiempo que les queda juntos. Sigue oyendo el sonido de la ducha, no paran de ducharse, quieren entrar en calor. Eso les pasa por follar sobre la mesa del comedor.

—No —se dice Hofmeester a sí mismo en voz baja— no es la ducha, es la lluvia. Están haciendo la siesta.

En la cocina se lava la cara y las manos, pues se siente muy sucio.

Arriba se cambia rápidamente. Se pone la camisa de su padre.

Cubriéndose la cabeza con una bolsa de plástico, corre hacia el coche. Luego se dirige rápidamente hasta el pueblo. Conduce por charcos. El agua salpica alto.

Aunque en esta época del año la noche cae solo a las diez, el lleva los faros encendidos. Las calles están desiertas. En algunos jardines, ve piscinas hinchables. La gente esperaba otra cosa.

La mujer detrás del mostrador del restaurante indonesio lo reconoce.

—Es usted el señor Hofmeester, ¿verdad? —le pregunta—. Le conozco de antes.

Él asiente.

—¡Qué mal aspecto tiene!

—He estado trabajando en el jardín.

—¿Con este temporal?

Él hace caso omiso al comentario.

—Necesito comida para tres personas, algo delicioso, póngame un poco de esto, un poco de aquello y una porción adicional de pan de gambas. A mi hija le encanta el pan de gambas. Y mañana se va a África. Namibia, Botsuana, Zaire, quiere verlo todo.

—Ay, África.

Por lo visto, a ella no le parece buena idea, y con razón. Hay tantas cosas bonitas que ver en el propio país. Basta con tener ojo para el detalle. Las hormigas, los chiringuitos de la playa, las carreteras. Las casas. Los pájaros, las dunas.

—Le prepararé un surtido de especialidades indonesias. Riquísimas.

—Se va por varios meses. El año que viene volverá para estudiar en la universidad.

Después de un cuarto de hora, la mujer le entrega dos bolsas de plástico con comida caliente para tres personas y una porción adicional de pan de gambas.

Él vuelve a casa con la radio puesta. Un artista al que no logra ubicar canta en holandés.

Dispone el arroz, la carne y el pescado sobre la mesa del comedor. Las bandejas de plástico no resultan realmente festivas, pero para compensarlo, enciende unas velas. En las bolsas, también hay cubiertos de plástico, y él decide utilizarlos ya que se los han dado.

—Tirza —llama—, a comer.

Lleva la botella de vino a la mesa del comedor y por si acaso abre otra.

Siguen arriba, bajarán enseguida. Estarán en la cama, él sabe cómo es, lo recuerda de antes. El sexo es estupendo. Pero ¿por qué hay que

quedarse tumbado tanto tiempo después? O peor aún: quedarse dormido. Si tanto te gusta tener sexo en pleno día, al menos haz algo después, ponte manos a la obra. Ibi era igualita. ¿Cuántas veces no abrió la puerta de su dormitorio al atardecer y la vio durmiendo abrazada a un tipo? Se limitaba a tener sexo y dormir, y si él le decía algo al respecto, ella contestaba: «Estas loco».

Pero él no estaba loco, él estaba preocupado. Hofmeester conocía el futuro como un camping que se ha visitado demasiado a menudo.

Sobre la mesa está el iPod de Tirza. Hofmeester se pone a jugar con él distraídamente. Igual de distraídamente se pone los auriculares en los oídos.

Escucha música que no logra identificar. Entonces se levanta y se pone a bailar.

Así baila a veces Tirza en la cocina o en el salón. Lo llama discoteca silenciosa.

Hofmeester no acostumbra a bailar, pero ahora no tiene miedo de ser visto. Se olvida de todo.

No ha parado de llover. El trozo de césped que ayer volvió a sembrar se ha convertido en un lodazal. Vuelve a dejar el iPod en la mesa y sale al jardín. Qué lástima, piensa. La lluvia se lo ha llevado todo, todas las simientes. Ya no están. Han desaparecido.

Hunde la mano en la tierra. Tiene que aprender a morir. Es lo que está haciendo. Hofmeester es un autodidacta en la muerte.

Y mientras permanece en cuclillas en su jardín, intenta imaginarse cómo será el día siguiente. El último día, el día de la marcha de Tirza. El último día antes de que empiece el epílogo de su vida.

Se levantará temprano, como siempre. Empezará el día preparando un delicioso desayuno para tres personas. Él se lo tomará de pie en la cocina, pues de todas formas no tendrá mucha hambre. En días como este, nunca tiene hambre.

A su hija y a su novio, les llevará el desayuno a la cama. Ellos se sentarán derechos en la cama sin decir nada. Como si ese último día en la vieja Europa les pareciera también a ellos extraño e insoportable. Un último día con Hofmeester, y Tirza cogerá su mano antes de que él dé media vuelta para bajar. «Tienes que volver a enamorarte, papi —le susurrará—. Enamorarte de verdad, como yo».

Se pondrán en camino a las once. Para mayor seguridad, pues podrían encontrarse con filas o retenciones. Nunca se sabe. Y uno no quiere preocuparse mientras conduce, no quiere llegar nervioso y tenso al aeropuerto. Llegarán demasiado pronto a Fráncfort.

Beberán un café en la terminal de salidas, aprisa, sin decirse gran cosa. A él le sudarán las manos.

En la facturación, dejará sola a la pareja que no es ninguna pareja,

sino un error. Él se quedará esperando junto al letrero que dice «meeting point».

Antes de que pasen por la aduana, volverán a él. Avergonzados.

Él hubiese querido decir tantas cosas, pero cuando llega el momento, no conseguirá decir nada más que: «Tengan cuidado. Cuiden bien el uno al otro. Sean precavidos».

Atta le dará la mano.

Entonces, Hofmeester estrechará a Tirza entre sus brazos. Atta se apartará unos pasos, educadamente.

Hofmeester luchará contra las lágrimas, ganará a las lágrimas, siempre les ha ganado.

—¿Funcionará tu móvil allí? —preguntará.

—Papá —dirá ella— no pienso encenderlo, es demasiado caro. Eso suponiendo que funcione allí.

Él le apretará los brazos. Apretará y apretará, sacará la desesperación del interior de Tirza como el último resto de dentífrico del tubo.

—Llámame cuando llegues —le dirá—. No importa la hora. Llámame. A cobro revertido.

Ella lo soltará.

—Tenemos que ir a la puerta de embarque —dirá.

—Tienen tiempo de sobra.

—Está lejos —replicará ella.

Él los acompañará hasta la aduana.

Habrá una cola larga.

Cuando el aduanero compruebe su pasaporte, ella se volverá una vez más para decirle adiós a su padre. Y él también se despedirá de ella con la mano que agitará y agitará. Lo ha visto innumerables veces en Schiphol. Sabe cómo hacerlo.

Cuando anochece, comprende que Tirza y su novio se han sumido en un profundo sueño. Sale al pasillo y los llama unas cuantas veces, pero ellos no le responden. Tendrá que comerse él solo las delicias indonesias. Así de grosero es Mohamed Atta: se aprovecha de todo, lo utiliza todo, pero no contribuye nada a la comunidad. No socializa nunca. Hofmeester recuerda que Ibi y su novio hacían lo mismo. Al final tampoco se presentaban a cenar. Esa es la influencia de la gente de color. Un comportamiento antisocial.

Antes de empezar a comer, se sirve otro vaso de vino. Se sienta a la mesa y mira el jardín que fue de sus padres, el jardín donde jugaron Ibi y Tirza, y se imagina, una vez más, el día que llegará. Pues así, estando preparado, conseguirá luchar mejor contra las lágrimas, esas lágrimas que no se permite, que son innecesarias. Asquerosas.

A las dos de la madrugada se levanta. No logra dormir. Con cuidado de no despertar a nadie, baja a la cocina. Hofmeester abre una botella de vino, gewürztraminer italiano, y se bebe deprisa un vaso como si alguien pudiera pillarlo infraganti.

Tiene miedo de perder la razón, tiene que hacer algo para calmarse. Sale al jardín en calzoncillos. Ha dejado de llover. El tubo fluorescente de la cocina le da suficiente luz. Él empieza a poner el jardín en orden. Lo limpia todo. El césped, las flores, los arbustos. Reparte la tierra, vuelve a sembrar el césped. Sí, eso le hace sentirse bien. Trabaja tan duro que, a pesar de la poca ropa que lleva, no siente frío.

Después de una hora, entra en la cocina y abre otra botella de vino, aunque la anterior sigue estando casi llena. No debe tener miedo, Tirza regresará de África. El episodio sin Tirza será breve. Y él sobrevivirá a ese episodio.

Es de día cuando deja de trabajar en el jardín, cuando limpia las herramientas y las deja secar en el suelo de la cocina.

Con su habitual meticulosidad, limpia también el pasillo y el cuarto de estar como si en cualquier momento fuera a recibir visitas. Hojea de nuevo el Corán. Un libro extraño para gente extraña.

Después se tumba en la cama. Ella quiere que me enamore, piensa, quiere que me enamore de verdad, pero yo ya estoy enamorado de verdad, ya lo estoy.

Consigue dormir dos horas.

Ese domingo, todo sucede tal como lo había previsto. Por una vez, el futuro no lo decepciona. Allí está él, en el aeropuerto de Fráncfort diciendo adiós con la mano, tal como se lo había imaginado el día antes.

Tal como tenía previsto, Hofmeester sigue agitando la mano, primero solo la mano derecha, y después las dos. Se estira, para que Tirza pueda ver sus manos por encima de todas las manos que se agitan.

Hasta que tiene la penetrante sensación de que, al igual que en Schiphol, no está saludando a nadie.

Regresa al parking caminando lentamente, casi a rastras.

Tiene que buscar un rato el coche.

Cuando lo encuentra se sienta al volante y se da cuenta de que sigue teniendo tierra debajo de las uñas. Se ha pasado el fin de semana cavando en el barro. Se podría decir que ha vivido en el barro.

Cuando se dispone a arrancar, ve en el salpicadero el iPod de Tirza. Quiere salir del automóvil corriendo hacia la terminal de

salidas, pero comprende que no podrá pasar la aduana.

Se queda titubeando con el aparato en las manos. El cargador también está. Entonces la llama. Tal vez pueda enviárselo a su albergue juvenil. En cualquier caso, quiere que ella sepa que no debe tener miedo de haber perdido su iPod. Le tiene tanto apego. Pero ella no contesta al teléfono. Salta su buzón de voz, él oye la voz de su hija. «Hola, soy Tirza. Ahora no estoy. Deja un mensaje chulo».

Se pone los auriculares del iPod y escucha la música de Tirza. Muy de vez en cuando, hay una canción que conoce. Ha incluido también a The Andrews Sisters. Para él. Él canturrea.

Vuelve a Ámsterdam por la autopista alemana a casi ciento ochenta kilómetros por hora.

Cerca de Oberhausen tiene que pararse en una gasolinera. No puede más.

Como en un trance se va a los baños. Todos están ocupados. Espera al menos cinco minutos hasta que uno queda libre. Entonces vomita. El pan de gambas, el vino, más pan de gambas.

Entre dos camioneros, se refresca avergonzado ante el espejo. No sirve de mucho. Vuelve al coche a paso incierto.

Se sienta al volante. Vuelve a coger el iPod. Lo mira mientras piensa en África. Ahora deben de llevar unas dos horas en el aire. ¿Dónde deben de estar? En algún lugar al sur de Italia.

Juega, distraído, con el iPod, se pregunta si ha cerrado bien la casa de campo, le da la vuelta al iPod y solo ahora ve que hay algo grabado en el dorso.

Tiene que hacer un esfuerzo para leerlo con esta luz. «Reina del Sol» pone. En dos líneas. Reina del sol.

Deja el aparato en el asiento junto al suyo y sale del coche. Vuelve a caminar hacia los baños. No, corre.

Tiene que vomitar otra vez. Ahora lo devuelve todo. Colgando sobre la taza del inodoro, incapaz de moverse, musita: «Reina del sol. Reina del sol». Esas palabras lo tranquilizan. Mientras existan, su mundo existirá.

De vuelta al coche, se mete el iPod y el cargador en el maletín. Se queda minutos enteros así sentado. Puede que incluso un cuarto de hora.

Hasta que alguien da unos golpes fuertes con la mano contra el automóvil. Él se yergue en el asiento. Es cierto, no puede dormir aquí, está prohibido. Lo sabe.

Hofmeester mira su reloj.

Ahora han dejado atrás Italia. Libia, allí deben de estar. Ya vuelan sobre África.

—He ganado a las lágrimas —le dice Hofmeester al volante.

# 2

A LAS DOCE Y MEDIA ESTÁ DE VUELTA EN LA VAN EEGhenstraat. Solo saca del coche la bolsa con ropa. Mañana llevará las herramientas al cobertizo. Abre con cuidado la puerta de la calle, imaginando que su esposa ya duerme.

Pero está sentada en el salón, a la mesa del comedor, con un periódico y una botella de vino. Él la mira.

Ella lo ignora o no lo ha oído. Él se queda un minuto allí parado, con la bolsa en la mano.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta él por fin.

Ella levanta la vista del periódico.

—Un criptograma —dice—. Llevo todo el día con eso. Es difícil.

Se da unos golpecitos con el bolígrafo en el brazo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

No suena preocupada. Más bien enfadada.

Él deja la bolsa y se le acerca. Sigue teniendo el sabor del vómito en la boca.

—¿A qué te refieres? ¿Qué tendría que haber pasado?

—Me refiero a tu aspecto. Pareces… tan… qué te diría yo, tan desastrado.

Él se sienta en la mesa, se frota las manos.

—Es por la tormenta. He trabajado en el jardín. Había mucho que hacer. Tengo que ir más a menudo. Está todo muy abandonado. Hay ramas muertas, malas hierbas, más ramas muertas, más malas hierbas.

—Apestas —le dice ella.

—¿Qué hueles?

Él va a coger la botella de vino, pero ve a tiempo que está vacía. Le apetecería un vasito, pero abrir una botella a estas horas de la noche, no.

—Mal olor. Nada especial. Simplemente hueles mal. ¿Cómo ha ido la despedida?

Él asiente, casi aliviado, como si volviera a recordar que ha acompañado a su hija. Que se ha despedido de ella, como hacen los padres cuando sus hijos se van por un tiempo largo de casa. Como si

solo ahora supiera a qué ha venido. Ha vuelto a casa, a eso ha venido. Ha vuelto a casa.

—Bien —dice—, rápida y bien. Ya sabes cómo son esas cosas en los aeropuertos. Siempre hay prisas.

Entonces se levanta de la mesa y nota cómo ella lo mira mientras se aleja. Sabe que lo examina, que se pregunta por qué tiene un aspecto tan desastrado. Pero no por mucho tiempo. No realmente. El criptograma reclama su atención. ¿Cuánto interés se puede tener por otra persona, sobre todo si la conoces bien? Y sobre todo desde hace tanto tiempo. Tantísimo tiempo. Media vida.

En el dormitorio se desviste. Toma una ducha. Después de secarse, se quita la tierra de debajo de las uñas con unas tijeritas. No consigue limpiar del todo sus uñas. Se pone unos calzoncillos limpios, se echa desodorante en las axilas.

Va al piso de abajo en calzoncillos. Sin un objetivo claro. Regar las plantas es una posibilidad. Realizar actividades cotidianas debe ser un objetivo suficiente. Lo mucho que tranquiliza eso. No necesita nada más, ahora no busca nada más.

La esposa sigue sentada a la mesa con su criptograma.

Él se sienta en el sofá, al otro lado de la habitación. En realidad querría poner música, pero no puede moverse.

—¿No has estado fuera? —pregunta.

—Solo un cuarto de hora en el jardín —dice ella sin apartar la vista del periódico—. ¿Por qué debería salir? ¿Con este tiempo?

Hofmeester se mira los pies. Debería cortarse las uñas de los pies.

—Me he duchado —dice.

—Bien.

Ahora encuentra fuerzas para levantarse y acercarse a ella.

—Ya vuelvo a estar fresco. Ya no apesto.

—Eso está muy bien —dice ella con énfasis.

Hofmeester se queda junto a la mesa del comedor, en calzoncillos. No le gustan los criptogramas. No tiene paciencia para hacerlos. Los criptogramas son para las personas que no se toman en serio la lengua.

Siente surgir una necesidad, pero no sabe cuál. Solo sabe que sentir una necesidad es una prueba de que se está vivo. No se trata de deseo, eso suena demasiado romántico y el deseo huele a carne. Sino que se trata de una necesidad. Por ejemplo de hablar con su esposa. De oír su voz. La voz de la madre de sus hijas.

—¿Sabías que yo… que yo y la asistente? —le pregunta.

—¿La asistente y tú? ¿Cuál? ¿La vieja?

—La nueva, la de Ghana. ¿Sabías que ella y yo… que teníamos algo? ¿Te lo conté?

Ella sacude la cabeza.

—No —dice—, no lo sabía. No me lo contaste. ¿Es importante? ¿Debería saberlo? ¿Quieres contarme algo al respecto?

Su voz destila un ligero tono irónico.

—No tiene importancia. Es solo que pensé: «voy a contárselo».

Ella deja el bolígrafo.

—¿La mujer esa de Ghana?

Lo mira con una mezcla de incredulidad y de asombro. Él se da cuenta de que le parece una historia de lo más curiosa.

Se sienta.

—Sí. De Ghana. Ya lo he dicho, ¿no? Los jueves. A la hora del almuerzo, volvía a casa del trabajo y entonces… entonces la tomaba. Así se dice, ¿no? ¿No?

—Sí, así puedes decirlo. Si es eso lo que hacías, no tengo ni idea, pero si es eso lo que hacías, tienes que llamarlo así.

—Los jueves al mediodía. A las doce. Casi siempre me aseguraba de llegar a la hora en punto. Todo empezó una vez que me puse enfermo. Una gripe fuerte. Casi sin querer. Por casualidad. Tú ya te habías ido. Estabas en la casa flotante. Después se convirtió en un ritual. No es que no hablásemos. No debes pensar eso. Pero ella apenas habla holandés y su inglés no es muy bueno. Por ello la tomaba. Aquí, en el sofá. No íbamos arriba. Un dormitorio es tan… Tan íntimo. Tan personal. Además, yo tenía la cama llena de libros y periódicos. Así me parecía más fácil. Y pensaba: si sube tendré que quitarlos. Cuando acabábamos, yo me volvía a vestir. Algunas veces me duchaba por que había sudado mucho. Hay días en los que uno suda mucho, en los que la cosa se prolonga y a uno le cuesta llegar. Ya sabes a lo que me refiero. Después ella seguía limpiando la casa y yo volvía en bicicleta al trabajo. No es que estuviese enamorado de ella, aunque, por supuesto, podría haber sucedido. No es fea. Era… era sexo entre amigos.

—Entre amigos. Ajá. ¿Por qué me cuentas esto?

Él la roza. Le palpa la mano, el brazo. Solo con la punta de los dedos. Como un ciego.

—Pensé que era bueno que lo supieras. Todos esos secretos. ¿Por qué ahora? ¿Por qué íbamos a ocultarnos algo? Somos extraños, ¿verdad? Conocidos, pero extraños. Tú y yo somos ex. Quizá acabemos siendo amigos, podría ser.

—Podría ser —dice ella sonriendo—. Podría ser. Pero el mes pasado no hicieron nada. En cualquier caso, yo no noté nada.

—No, no, hace un tiempo que no hacemos nada. Ella lo comprende. No me pide que lo hagamos. Puede pasarse sin. Pero yo sigo dándole la bonificación.

En la mesa hay un corcho. La ducha no le ha quitado el mal sabor de boca. El sabor del vómito. Del pan de gambas. Un pan de gambas viejo y mojado.

—¿Te parezco normal? —pregunta él.

—¿Normal? —lo observa, de nuevo asombrada, sin comprender—. ¿Por qué? ¿Por qué me lo preguntas?

—Así, sin más. Sin motivo.

Él agarra el corcho, lo hace girar.

—¿Soy normal?

—Dios, Jörgen, ¿por qué quieres saberlo? Quiero decir: ¿no es un poco tarde? Ya casi estás jubilado. Hasta ahora te las has arreglado, así que estarás bien. Ya no importa lo que seas. Quiero decir: se ha acabado. Tu vida ha terminado. Ya no importa.

El corcho cae al suelo. Él lo recoge.

—Pero ¿cuándo puedes decir: tengo una vida sexual normal? —prosigue—. ¿Cuándo no tienes sexo? O dos veces por semana, en una relación monógama, en el dormitorio, y una vez cada trimestre después de una fiesta en casa de amigos, en la cocina. ¿Cuándo es normal, la vida sexual de una persona? ¿Cuándo puedes decir sin mentir: «Tengo una vida sexual sana»?

Sigue palpándole el brazo, el hombro, el cuello y ahora también la cara con la punta de los dedos.

Ella cierra el periódico.

—No lo sé. No creo que debas preguntarme si eres normal, ni lo que es normal. ¿Te refieres a cuál es la norma? ¿Cuál es la media? ¿Con qué frecuencia lo hacen las demás personas? Te conozco desde hace demasiado tiempo, y demasiado bien, como para decir algo sobre ti, pregúntales a tus compañeros de trabajo. Pregúntales quizá a tus hijas. Pregunta a los demás.

Él siente su cabeza palpitar como una herida supurante y no obstante no puede llamarse dolor de cabeza.

—¿Qué posiciones son normales? —quiere saber.

Ya no importa lo que diga o lo que calle. Lo que delate, lo que se guarde, qué secretos se llevará consigo a la tumba.

—¿Cuáles no son normales? Si el ano sangra, ¿es eso normal? ¿Dónde empieza lo anormal? ¿Dónde está el límite? Cuál es el momento en que comprendes: maldita sea, me he pasado, he cruzado un límite, y no puedo volver, aunque quisiera, no hay vuelta atrás. He llegado al otro lado, pero ¿qué es ese otro lado? ¿Qué es? —su dedo índice descansa sobre la nariz de ella.

—¿Que sangra el ano? ¿El ano de quién? ¿De la mujer de Ghana?

Cuando lo dice, suena como si fuera el final de un chiste. Pero él no ha oído el principio, y ahora no sabe de qué tiene que reírse.

Hofmeester se está callado, ya no sabe qué decir. Casi espera que su esposa se levante para ir arriba, pero ella se queda sentada.

—Quizá —dice después de un tiempo— lo más normal sea no tener sexo. O tenerlo solo con uno mismo en el cuarto de baño. Tú por la mañana temprano, tumbada en la cama, mientras yo preparo el café. A solas con tus pensamientos y tus fantasías libres y no vividas, por las que nadie puede castigarte.

Ella toma su vaso, aún con un resto de vino. Lo vacía.

—Yo era tu fantasía —dice—, ¿recuerdas? Tu fantasía, era yo.

Él asiente. Está cansado, no puede pensar con claridad.

—Mi fantasía —murmura—. Sí, eras tú.

—Me voy a la cama —dice ella levantándose. Dobla el periódico, coge el vaso—. No tienes que darle tantas vueltas a lo que hiciste con esa mujer. No es más que la asistente. No le des tantas vueltas. Quiero decir: no olvides que esa mujer viene de Ghana, seguro que habrá vivido cosas peores. Y es nuestra empleada del hogar. Tú empleada del hogar

Se va a la cocina. Él la sigue. Se detiene delante de la encimera y mira el reloj que cuelga en la pared.

—Ahora deben de estar sobrevolando Mali —dice—. O Camerún. O como se llame.

—¿Quiénes?

—Tirza y Mohamed Atta.

Se quedan juntos mirando el reloj durante unos segundos.

—O quizá estén sobrevolando Ghana. Quizá pasen por encima de la familia de tu empleada del hogar.

Se echa a reír y rodea con un brazo al hombre con el que ha tenido hijas.

—¿Estoy enfermo? —le susurra él al oído—. ¿Es eso? ¿Es eso lo que no saben los demás?

Ella lo suelta.

—Sí que lo saben. Solo que les trae sin cuidado. Mientras no les afecte.

Ella se va al piso de arriba. Camina sin hacer ruido, como si pudiera despertar a alguien.

—¿Qué son ellos entonces? —le grita él—. Si yo soy un enfermo, ¿ellos qué son?

Ahora decide abrir una botella de vino para quitarse el mal sabor de boca.

Se bebe un vaso y medio. Y luego grita arriba una vez más:

—¿Qué son entonces?

No obtiene ninguna respuesta.

Siete días después de la marcha de Tirza, la esposa le pregunta a Hofmeester:

—¿Ha llamado ya?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Tirza, por supuesto.

Él niega con la cabeza.

—¿No iba a llamarte cuando llegara?

—Eso iba a hacer, pero no lo ha hecho.

Están sentados en el jardín. Hace calor.

La esposa toma el sol en topless para evitar las marcas que deja tomar el sol en bikini.

—¿Deberíamos preocuparnos? —pregunta Hofmeester.

—Pues claro que no —toma la crema de sol y se la pone—. Solo me preguntaba si habría llamado. Ibi tampoco llamaba nunca cuando se iba de viaje. Pero Tirza. No sé. Me lo preguntaba. Precisamente me parecía muy de ella llamar. ¿Has comprobado si tienes mensajes de correo electrónico?

Se aplica la crema a conciencia como si fuera su trabajo.

—Le he llamado dos veces a su teléfono —dice él—. Y no ha enviado ningún mensaje. Al menos, no a mí. ¿A ti tampoco?

—A mí no me ha enviado nunca un mensaje, Jörgen. ¿Y bien? Cuando la llamaste, ¿qué?

—Contestó su buzón de voz.

Su esposa se quita las gafas de sol.

—Claro, allí no tiene cobertura. ¿Qué piensas?

Él se ha puesto un sombrero de paja para protegerse del sol. Desde que se está quedando calvo, se quema con facilidad la cabeza, incluso en la sombra. Se le pone roja y empieza a picar.

—¿Llamo a alguien? —propone él.

—¿A quién quieres llamar?

—Al albergue juvenil, por ejemplo, al albergue juvenil al que tenía previsto ir los primeros días.

—Jörgen, Tirza está allí con su novio, están en África, hace calor. Está de vacaciones. Sé discreto. ¿Sabes lo que están haciendo esos dos todo el tiempo? Están echando un polvo.

—Para eso no hacía falta que se fueran a África, ¿no? Ella quería ver algo, quería comprender. Vivir algo. Y tú empezaste a preguntar: «¿Ha llamado ya?». Tú eres la que está generando inquietud. No me regañes.

—No genero inquietud. Hice una pregunta neutra. ¿Ha llamado ya? Es una pregunta neutra.

—No, no es una pregunta neutra. No tal como la has formulado.

—Escucha, tu hija preferida es una gata en celo, acéptalo. No es tan grave.

Lo dice en tono sarcástico, provocador.

—Cállate —le grita él—, deja de decir obscenidades. La única gata en celo de esta familia eres tú.

En la cocina, abre una botella de vino fresca y se la coloca contra la frente. Una gata en celo. ¿Cómo puede llamar a su hija una gata en celo? ¿Qué tipo de persona hace eso?

Esa misma noche llama al albergue juvenil de Windhoek donde Tirza iba a pasar los primeros días. En su agenda, Hofmeester anotó toda la información que tenía sobre su viaje, como corresponde a un buen padre.

Le contesta una mujer que habla un perfecto inglés. No han oído hablar nunca de la tal Tirza Hofmeester. No logran encontrar ninguna reserva. Ni siquiera eso. No, queda descartado que se trate de un error, pues ellos registran todas las entradas. No ha estado allí. No en las últimas semanas. Tal vez el año anterior. Tal vez hace mucho tiempo. Eso podría ser.

—*One moment* —dice él.

—¿Cómo se apellida ese Choukri? —le grita a su esposa.

Ella lo mira asombrada desde el sofá.

—Ni idea, creía que tú lo sabías. Según tú se llamaba Atta. Atta era su apellido, ¿no? ¿Cómo quieres que yo sepa cómo se llama?

—*Thank you, thank you for all your efforts* —dice él por el teléfono y cuelga.

Se sienta en el sofá. Algo le zumba en los oídos. Tiene molestias por ruido que no hay.

—Escucha, Jörgen, Tirza no se va a meter en camisas de once varas. No te comportes como un adolescente enamorado. Volverá a aparecer. Quiere que la dejemos en paz. Simplemente se ha ido a otro albergue juvenil. Uno mejor, con duchas más limpias y camas menos sucias. Yo qué sé.

—¿Por qué iba a querer que la dejáramos en paz? Yo la he dejado en paz, y tú ni se diga, tú ni siquiera te has preocupado de ella. En paz. ¿De qué hablas?

Ella enciende un cigarrillo.

—Y por cierto, tú también te preocupas —prosigue él—. Lo veo en tu cara. Por primera vez en la vida empiezas a preocuparte. Es tarde, pero más vale tarde que nunca.

—No me preocupo. Eso está por venir. Todavía falta mucho. Simplemente siento curiosidad. Curiosidad de saber cómo le va. Eso es todo. ¿Es que no puedo interesarme por mi propia hija? ¿Quieres

tenerla para ti solo? De acuerdo, alguna vez he dicho cosas desagradables sobre ella, pero ¿qué madre no lo hace? Yo era más guapa a su edad. Más despampanante. Y tú lo sabes, Jörgen, sabes que digo la verdad.

—Bueno —dice él—, Tirza tampoco está nada mal. Cuando su esposa duerme, él se va al cuarto de Tirza y empieza a buscar. No tiene ni idea de qué busca. Seguramente algo que lo tranquilice. Pero no hay nada que lo tranquilice. Nada que le dé algún consuelo. Los diarios ya los había leído. Una agenda con su dirección de correo electrónico y la contraseña, citas que tachó después de acudir a ellas. Fotos. Cartas de amigas y de novios. Una libreta con mensajes cortos, que solo después de un tiempo él comprende son SMS que ha anotado. SMS de novios, piensa. «Te echo de menos. ¿Dónde estás?» Ese tipo de mensajes. Cuidadosamente anotados en su libreta, junto con la fecha y la hora. Pero sin remitente.

Se sienta en la cama y mira alrededor. En el escritorio hay un estuche con maquillaje que no cabía en la mochila.

Hofmeester se levanta, abre el ropero, la ropa está organizada por colores, coge unos zapatos, mira las suelas como si fuera un zapatero. Después vuelve a tomar asiento en la cama. Está muy bien hecha. Tirza lo ha dejado todo en orden. Su burrito de peluche está medio debajo de la colcha. Ella podría entrar en cualquier momento. Esa es la impresión que tiene él. Podría regresar a casa en cualquier momento, como si volviera de una fiesta, cansada y ronca, envuelta en el olor a cigarrillos y alcohol. Abajo en la cocina, sus amigas todavía están tomándose un vasito de algo.

Él se tumba en la cama, hunde la cara en la almohada, abraza el burro azul e intenta dormir. En la almohada encuentra cuatro pelos de Tirza. No consigue conciliar el sueño.

Por la mañana temprano se va a su dormitorio. Pero tampoco allí logra dormir. Se sienta en la cama. Mira a través de los visillos cómo amanece.

Hasta que su esposa se despierta.

—¿Qué pasa? —murmura—. Jörgen, ¿por qué no duermes?

—Miro el sol.

Ella agarra el reloj de la mesita de noche.

—Aún es demasiado temprano. Duérmete. No me dejas dormir a mí.

—No puedo.

—¿Qué?

—Dormir.

—Túmbate y acabarás quedándote dormido.

Ella se da media vuelta y se arropa con la manta. Él permanece

sentado.

—¿Sabías que ya no trabajo? ¿Sabías que ya no tengo trabajo?

Al principio, ella no reacciona. Después pregunta:

—Entonces ¿adónde vas todas las mañanas?

—A Schiphol.

—¿Y qué haces allí?

—Me paseo. Lo controlo todo.

—¿Lo controlas todo? ¿Te paseas?

—Primero por la terminal de salidas. Después por la de llegadas. Me despido de la gente.

Ahora ella también se incorpora. La esposa está totalmente despierta.

—¿De quién te despides? —De gente a la que nadie despide. Los saludo con la mano.

Ella se pasa las manos por la cara y luego por el pelo.

—¿Por qué has dejado de trabajar?

—Ya no me necesitaban. Quieren ganar la guerra con nuevos soldados.

—¿Qué guerra?

—Ni idea. Sospecho que la guerra por el lector. La guerra de los libros.

—¿Y no podías encontrar otro trabajo?, ¿en otra editorial?, ¿en una librería?, ¿en una biblioteca?

—Seguirán pagándome mi sueldo hasta que me jubile. Soy demasiado viejo para que me despidan. Pero no hace falta que siga yendo. Ya no soy útil. Solo estorbo a los nuevos soldados.

Ella se levanta y va al cuarto de baño. Él la oye orinar.

Cuando vuelve, se tumba a su lado y le pregunta:

—¿Y ahora qué?

—Voy a Schiphol, ya te lo he dicho. Los aeropuertos son muy interesantes. Ves todo tipo de cosas, aunque en realidad siempre es lo mismo. Es una especie de proceso industrial. Un matadero. Algo desaparece y en su lugar llega otra cosa.

Tiene que estornudar.

—¿Por qué no llama? —pregunta.

—¿Quién? ¿Tirza? Jörgen, ya. Esto es terror. Tu inquietud es terror. Tus preocupaciones son terror. Es contagioso.

—Voy a ir allí —dice tras unos segundos de silencio—. Tengo que ir.

—¿Adónde?

—A África.

—¿Qué piensas hacer allí? ¿Buscar trabajo? ¿Crees que allí, de

repente, dejarás de ser inútil?

—No iré a buscar trabajo. Iré por Tirza. No es normal que llevemos tanto tiempo sin saber nada de ella. Me lo reprocharía el resto de mi vida.

—No te pongas histérico, Jörgen.

—No me pongo histérico. Me conozco. No quiero reprocharme nada más tarde.

Ella se recoloca los cojines en la espalda.

—¿Dónde quieres buscar? En el albergue juvenil no han oído hablar nunca de ella. ¿En qué te metes? ¿Te vas a poner en la calle con un letrero? ¿Vas a ir a bares con una foto?

—Dicen que Windhoek no es grande. Habrá alguien que la haya visto. Tiene un rostro llamativo. Tal vez sea innecesario. Bueno, en tal caso habré tirado varios miles de euros. No pasa nada.

Ella lo agarra del brazo.

—No servirá de nada.

—¿Qué?

—Tiene dieciocho años. Está con un hombre. Jörgen, ya no es una niña.

—No vuelvas a decir lo de la gata en celo. Te pegaré si vuelves a hablar de la gata en celo.

Él se sujeta la cabeza. Tiene más recuerdos de los que le convienen. Sus recuerdos se mezclan. Son pensamientos que lo confunden.

—Tiene otras cosas en las que pensar aparte de llamarnos —dice su esposa ya tranquila—. Y no sirve de nada. Está recorriendo el mundo o como quieras llamarlo. Y después se irá a estudiar. O seguirá recorriendo el mundo eternamente. O abrirá un hostal como Ibi, pero no volverá, Jörgen. Si te parece que hay demasiado silencio, adopta una mascota. Vete a trabajar a una residencia de ancianos si necesitas compañía y quieres cuidar de alguien, pero no tiene sentido que te vayas a África. Harás el ridículo. Y aunque la encuentres, se reirá de ti. Ella se ha ido. Quiero decir: se ha ido de casa. Empieza una nueva vida, sin ti. Aunque no quieras creerlo, puede hacerlo. La gente puede vivir sin ti. Yo he podido. Ibi también puede. Tirza también podrá. Y además: yo he vuelto. Ahora ya no necesitas a Tirza ¿no?

—¿Y si le ha pasado algo?

—Si le ha pasado algo, ya es demasiado tarde, Jörgen. Si ha sido violada y asesinada por diez negros, ya no importa que cojas un avión ahora o dentro de una semana.

Ella le pellizca el brazo como si eso diera fuerza a sus palabras.

Hofmeester guarda silencio. Los argumentos de su mujer son convincentes, pero no logran calmarlo. Tiene la persistente sensación

de que sus argumentos tampoco acaban de convencerla a ella. Tiene que ir allí. Quiere paz interior, ¿acaso no es eso lo más importante cuando se ha entrado en el epílogo de la vida? Tiene que ir allí para su paz interior. Y la de su esposa.

—Juguemos —dice en voz baja.

—¿A qué, a qué quieres jugar ahora?

—Como antes.

—¿A qué jugábamos antes?

Él respira profundamente. Tiene que concentrarse. Si quiere paz mental, tendrá que empezar poniendo orden en su cabeza.

—El salón era el Vondelpark.

—Sí, sí —dice ella—, me acuerdo de eso.

—Tú eras la chica de la bicicleta. Era de noche. Todo estaba oscuro.

—También lo recuerdo.

—Y yo era el violador con el cuchillo.

—Pero Jörgen… —le dice acariciándole el pelo—. Jugábamos a eso cuando estábamos enamorados. Entonces era un juego divertido. Ahora ya no lo es. Ahora es un juego triste. No debemos jugarlo. No es bueno.

Él la agarra de la muñeca.

—Juguemos una vez más —dice—, solo una vez. Hagamos como si fuera entonces.

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque no es entonces. Es ahora. Es verano. A ti te han despedido, bueno no te han despedido de verdad, se han deshecho de ti, eso es, te han dejado fuera de servicio. Eres inútil, tú mismo lo has dicho, y creo que siempre lo has sido. Considérate afortunado de que solo se hayan dado cuenta ahora. Y Tirza está en África, no nos da noticias suyas, y yo… Yo soy alguien que ya no puede ir a ninguna parte. Por eso estoy aquí. ¿A qué debemos jugar? ¿Para quién?

Él le agarra la muñeca con más fuerza.

—Una vez más —dice—, antes de que me vaya a África. Como antes. Por favor.

Lo han dejado fuera de servicio. Esas palabras le dan vueltas en la cabeza. Entonces es eso lo que han hecho con él. Tiene la sensación de comprenderlo solo ahora.

—Antes de emprender un viaje tan largo, llama.

—¿A quién?

—A la embajada holandesa en Namibia, por ejemplo, quizá sepan algo.

Él la suelta, ella se levanta, corre las cortinas.

—Si ha pasado algo, seguro que allí lo saben —susurra—, pero estoy casi segura de que están en algún lugar del desierto o de la selva. Que es feliz. Está en África, allí no hay cabinas de teléfono.

Se vuelve.

—Bien —dice—. De acuerdo. Jugaremos una vez más.

Él se le acerca. Ella lo agarra del cuello y él le pone las manos sobre los hombros.

—Pero solo porque estamos rotos, Jörgen —dice—, solo por eso. No lo olvides.

Por la tarde, Hofmeester consigue hablar con la embajada holandesa en Windhoek. No tienen noticias de que se haya producido un accidente o se haya cometido un crimen, así que todo debe de estar bien. El hombre que lo atiende al teléfono le dice que no se preocupe. Los teléfonos públicos de Namibia funcionan con tarjetas y estas no pueden adquirirse en todas partes. Y menos en el desierto.

Hofmeester se lo transmite casi literalmente a su esposa.

Ambos viven como si no hubiese pasado nada: ni casa flotante, ni marcha, ni regreso, ni fiesta de graduación. Viven como en un barco a la deriva. Esperando el viento que los lleve en una determinada dirección.

Todas las mañanas, Hofmeester parte hacia Schiphol y aunque su esposa le ha dicho varias veces algo al respecto, no insiste en que deje de una vez su estúpido comportamiento. Él le ha explicado que necesita salir de casa, que de lo contrario se volverá loco. Por ello, por la mañana se va con su maletín y se pasea por las salas de la terminal de llegadas y hojea el manuscrito del autor de Azerbaiyán. Para no volverse loco.

Una noche, más de dos semanas después de que se despidiera de Tirza, su esposa le dice en el jardín:

—¿Quizá deberíamos volver a llamar?

—¿A quién?

—A la embajada en Windhoek. Quizá haya una huelga de transporte público y estén atrapados en algún lugar. O ha habido una tormenta de arena. Los periódicos nunca dicen nada sobre Namibia, ¿has leído tú algo alguna vez?

Él se levanta de la silla y empieza a pasearse de un lado a otro.

—¿Y qué se supone debo decirles? —pregunta—. Perdone, pero ¿hay una huelga de transporte público allí? ¿Hay una tormenta de arena? ¿Quién dice que la embajada elabore informes sobre cada minúscula tormenta de arena? Me tildarán de loco. Además, seguro que allí solo puede ir en autostop, ¡anda que no sabré yo cómo es la

gente de color! Estamos hablando de África. No de Alsacia o de los Alpes austriacos. Y ya he llamado una vez a la embajada. Seguro que lo recuerdan.

—Siéntate. No sirve de nada que te alteres tanto. Eso no mejorará las cosas.

Él pisa sin querer un platito con nueces que su esposa había colocado junto a su silla. Es una hermosa noche. Cálida, pero no bochornosa.

—Llama tú —le dice—. Llama tú. O de lo contrario iré allí. Quizá debería ir. Esto no tiene sentido. Esperar aquí. Pelearnos. Esperar. Alarmarse, y seguramente por nada.

Ella se queda un rato callada, se agacha para recoger las nueces que han caído del plato.

—Sí —dice cuando ha acabado—, tal vez deberías ir.

—¿A qué te refieres?

Está desconcertado.

—Tal como lo digo —le contesta ella comiéndose las nueces que han caído al suelo—. Tal vez deberías ir. ¿Qué podemos hacer aquí?

Las sillas de jardín en las que están sentados son viejas. En su momento, a Hofmeester le pareció innecesario invertir demasiado en muebles de jardín. Le gusta causar una buena impresión y mantiene cierto estilo, sobre todo por su entorno, pero los muebles de jardín no son prioritarios.

—¿Qué pasa si voy? —pregunta.

—Tú has empezado. Ha sido idea tuya. Que la encontrarás. Que nos quedaremos tranquilos. Eso es lo que pasará. Y después… Bueno, después ya no sé.

Él se reclina en su asiento.

—Tú —dice—, tú no te has preocupado por ella, en los últimos años ni siquiera llamabas. Ni una sola vez. Estabas demasiado ocupada. A saber con qué. Y ahora te las das de madre preocupada, de mujer que no puede dormir porque se desconoce el paradero exacto de su hija en Namibia, si es que aún está por allí. Tal vez estén ya en Botsuana. O en Zaire.

—Tenía una vida aparte de mis hijas, sí. Eso no es un crimen. Es mi derecho.

—¿Aparte? ¿Lo llamas aparte? No era aparte. Era esa vida y nada más.

—Por mucho que haya hecho o no durante todos esos años y por mucho que haya dicho sobre ella, y lo que ella haya dicho sobre mí, sigo siendo su madre. Ya no soy tu mujer, pero sigo siendo su madre.

Él se levanta. En la cocina mantiene las muñecas debajo del agua fría. Está tiritando.

Se seca lentamente las manos.

Ve cómo ella pliega las sillas de jardín y las lleva al cobertizo. Al parecer considera que está refrescando demasiado. Coloca las copas y las nueces en una bandeja. Se acerca a él. Lo mira.

—Bien —dice él en voz baja—, iré allí. Tienes razón. Debo hacerlo. Es mejor. El inútil se va a África.

Ella deposita la bandeja en la encimera y le coge la mano con una ternura que a él le resulta provocativa. En esta fase de su vida, la ternura resulta chocante.

—Seguramente se alegrará de que te presentes en África. Ya sabes cuánto te adora Tirza, ¿no? Te adora de verdad.

—Seguramente —dice él—, seguramente se alegrará. No me sorprendería. Me adora.

Él aparta la mano y vuelve a ponerse las muñecas debajo del grifo.

A la mañana siguiente compra un billete, vía Zúrich y Johannesburgo hasta Windhoek, con South African Airways. Tiene que esperar tres días para salir, pues los días siguientes, todos los vuelos están completos. Ya no pueden conseguirse billetes baratos.

Esos últimos días, deja de ir a Schiphol. Trabaja algo en el jardín, hace la compra, se pasea por el Vondelpark.

La víspera de su salida, hace la maleta, una pequeña maleta azul que en otro tiempo se llevó algunas veces en viaje de trabajo. A Nueva York. A Turín. Bah, tampoco fueron tantos.

No mete muchas cosas en la maleta, un traje, algunas camisas, dos pantalones de verano. No se quedará mucho tiempo. Con diez días será suficiente. En diez días se puede hacer mucho.

Un sábado por la tarde del mes de agosto, a eso de la una y media, está a punto de irse de la Van Eeghenstraat. Su esposa está leyendo una revista femenina en el jardín.

—Ya me voy —exclama desde la cocina—, he llamado a un taxi.

—Espera —le dice ella—, tengo algo para ti.

Se va al dormitorio y vuelve con un paquete.

—¿Qué es? —pregunta él.

—Ábrelo.

Él abre el paquete. Dentro hay un vestido de verano azul.

—Es para Tirza. Era una oferta y es de su talla. Pensé que le vendría bien un regalito.

Él se echa a reír.

—Qué amable de tu parte. Qué detalle —dice observando el vestido—. Seguro que le quedará bien. Es de su gusto. Le gustan las cosas sencillas.

Envuelve de nuevo el vestido con cuidado.

Rápidamente abre la maleta, debajo de su neceser aún queda espacio para el paquete de su esposa.

—Te llamaré en cuanto llegue —le dice.

Le da un fugaz beso en la mejilla derecha.

Pero ella no vuelve al jardín, sino que lo acompaña hasta la puerta de la calle.

—Todo saldrá bien —le dice—, todo saldrá bien. Es que nos hemos hecho mayores, por eso nos preocupamos por nuestra hija. Porque estamos viejos y nos aburrimos.

—Sí —dice él—, es eso. Porque nos hemos hecho mayores. Ahora vuelve al jardín, que después lloverá. Disfruta un poco más del sol.

—Ten, llévate también esto —le dice ella entregándole un sobre.

Él lo acepta titubeante.

—¿Qué hay dentro?

—Una foto. Pensé que sería bueno que tuvieras una foto.

Él saca la foto del sobre. Es Tirza poco antes de su fiesta de graduación, unos días antes, tal vez dos semanas.

—Gracias —le dice—. Gracias. ¿Dónde la has encontrado?

—En su cuarto. Nunca se sabe. Tal vez te sea útil.

—Nunca se sabe —repite él metiéndose el sobre en el bolsillo.

—¿Le has dicho algo a Ibi? —pregunta ella.

—Yo no —dice él—. Yo no. Llevo días sin hablar con ella.

La esposa vuelve al jardín y Hofmeester espera en el porche. Lleva consigo la maleta y el maletín con el iPod, el cargador, la agenda y la libreta de Tirza, el manuscrito del autor de Azerbaiyán y sus cuatro lápices.

Tiene que esperar al menos diez minutos al taxi. Un vecino lo saluda al pasar. Él camina de un lado a otro delante de su casa como una fiera enjaulada. El equipaje lo está esperando en el porche. El equipaje parece querer decirle algo, pero él no sabe qué.

En el vuelo a Zúrich no tiene a nadie al lado y consigue dormir, pero entre Zúrich y Johannesburgo, a su lado hay un matrimonio francés. Durante la comida entablan conversación. Ellos van a explorar Sudáfrica y le preguntan qué va a hacer él.

—Voy a visitar a mi hija —les dice en un francés mediocre.

—¿En Johannesburgo?

—En Windhoek.

Hofmeester corta su pollo. La conversación se desangra. Después de la comida, saca el manuscrito y sus lápices, y, fiel a su costumbre, se pone a leer.

En Johannesburgo tiene que esperar casi cuatro horas. Le duele la

cabeza del cansancio. Pide café, se sienta junto a la ventana con vista a los aviones, pero está demasiado agitado para permanecer sentado mucho rato.

Con el maletín en la mano, empieza a pasear por el aeropuerto, que no es grande, sobre todo en comparación con Schiphol o Fráncfort.

Unas cuantas veces, se saca el sobre del bolsillo y mira la foto de la reina del sol. En una tienda compra un adaptador para Sudáfrica y Namibia, y un sombrero para protegerse del sol. El sol puede ser muy intenso. Se pone el sombrero, se mira en el espejo y decide llevárselo puesto. No le queda mal, le da un toque especial.

Ahora es un hombre con un sombrero.

Con mucha antelación se dirige a la puerta de embarque.

Una azafata de tierra le dice:

—Todavía no hemos empezado a embarcar, señor. Falta un cuarto de hora.

Él retrocede unos pasos y se queda así esperando.

La azafata se lo queda mirando, y luego pregunta:

—¿Va a Namibia de vacaciones?

Él se saca el sobre del bolsillo.

—Voy a visitar a mi hija —dice en un inglés aceptable.

Le muestra la foto.

—Una chica guapa —le dice ella—. Enhorabuena. Y con unos ojos muy vivos.

Él mira una vez más la foto, quizá para comprobar la viveza de los ojos de Tirza.

En el autobús hasta el avión le llama la atención que la gente ha cambiado. Siguen siendo blancos, pero de un blanco distinto al suyo. También su ropa, sus rostros e incluso sus movimientos son distintos. Oye hablar alemán, afrikáans, italiano y un poco de inglés.

En el avión a Windhoek está sentado al lado de un italiano que forma parte de un grupo. El italiano está examinando una guía de viaje. De vez en cuando subraya algo con un bolígrafo.

Para sorpresa de Hofmeester, también les dan algo de comer en este vuelo corto. Él come tan solo algunas alubias, no tiene hambre.

—¿Primera vez? —le pregunta el italiano en un inglés casi incomprensible cuando recogen las bandejas.

—¿Primera vez qué?

—¿África? ¿Primera vez?

—Primera vez —dice Hofmeester—. Mi primera vez.

—Para mí —dice el italiano—, segunda vez. Me gusta África.

Hofmeester asiente.

Se queda dormido, quiere sumergirse en un sueño largo y profundo. Un sueño invernal que se convierta poco a poco en una ausencia total de todo lo que vive, de la propia vida.

Durante el aterrizaje hay muchas turbulencias. Hofmeester no tiene miedo, pero las sacudidas lo marean. Por temor a vomitar, se aferra con fuerza a la silla.

Cuando casi han aterrizado, mira por la ventanilla esperando ver una ciudad o al menos algunas casas. Pero solo ve desierto. Desierto de diversos colores. Un poco rojo, un poco gris.

El aeropuerto de Windhoek es tan pequeño que a Hofmeester le parece enternecedor.

Saca su sombrero del compartimiento superior. Deja pasar a otros. Él no tiene prisa. Los demás sí.

En el aeropuerto solo hay otro avión, es uno grande y gris en el que pone «Luftwaffe». Cuando Hofmeester llega al pie de la escalera se detiene unos instantes. Aspira el aire caliente. Aquí aterrizó Tirza, aquí ha caminado. Esto es Windhoek. Debe de estar por aquí cerca, aquí quería venir.

Mira el cielo y ve muchas nubecillas, son borregos. El calor no le parece excesivo. Es un calor seco.

Después de caminar unos diez minutos, llega a una cola ante una corpulenta aduanera, le entrega el formulario que ha rellenado en el avión.

—¿Cuál es el motivo de su visita? —le pregunta ella.

¿No había marcado «turista» en el formulario? ¿Es que no lo cree?

Él saca el sobre de su bolsillo. Le muestra la foto.

—Mi hija —dice—, vengo a darle una sorpresa.

Ella no mira la foto. Le estampa un sello en el pasaporte.

En la pequeña cinta en una sala pequeña y algo asfixiante, se da cuenta de que tiene un aspecto muy distinto a los demás pasajeros, con su elegante pantalón de Ámsterdam, su chaqueta algo ajada, pero impecable y su sombrero. Él es el extranjero. No puede negarse. Es una situación que no le preocupa. Le gusta la temporalidad del extranjero. Las acciones del extranjero nunca llegan lejos, las consecuencias de sus actos son limitadas, el extranjero se vuelve a ir enseguida. Él es por naturaleza ligero. Como una hoja. Como una bolsa de plástico.

Cuando recupera su maleta, camina con paso decidido a la terminal de llegadas. En estos casos, todo depende de la firmeza del paso. En realidad, él siempre ha sido temporal. Un hombre temporal, por ello fue tan fácil colocarlo fuera de servicio.

La terminal de llegadas también le parece enternecedora. Es como una casa de muñecas. En un rincón ve un cajero automático. Intenta

sacar dinero, pero no lo consigue.

La oficina de cambio está cerrada.

Se saca un pañuelo del bolsillo del pantalón y se seca la cara. Respira profundamente. En vano busca algo que se parezca a una oficina de turismo.

Después sale del aeropuerto con paso decidido. Sus zapatos, que lustró en Ámsterdam, están relucientes.

Un joven grita:

—¿Taxi?

Ya ha cogido la maleta de Hofmeester y antes de que este comprenda qué está pasando, se ve sentado en el asiento trasero de un Mercedes azul de los años setenta.

—¿Windhoek? —pregunta el joven chófer de tez oscura.

—Windhoek —dice Hofmeester.

—Son más de cuarenta kilómetros, ¿lo sabía, jefe?

El chófer habla inglés con acento afrikáans.

—No lo sabía, pero no importa. Tengo que ir a Windhoek.

El taxista arranca. Hofmeester abre la ventanilla.

—¿A qué parte de Windhoek, jefe? —pregunta el chófer.

—Aún no lo sé. Busco un hotel, un buen hotel, ¿Puede recomendarme alguno? Y no me llame jefe.

Vuelve a sacarse el pañuelo del pantalón, pero no consigue secarse la cara.

—No le llamaré jefe. Yo me llamo Jefried. ¿No forma usted parte de un grupo?

—No, no formo parte de un grupo. Viajo solo. Jefried conduce deprisa. Pero no hay tráfico, así que hay menos peligro. Sin embargo, Hofmeester busca un cinturón de seguridad en el asiento trasero. Por mucho que deba aprender a morir no significa que deba suceder enseguida.

No hay cinturón. O mejor dicho: el cinturón está roto.

—¿Viene a ver el país?

—Vengo por mi hija.

Hofmeester saca la foto y se la muestra a Jefried, que se la quita de inmediato de las manos.

Jefried frena con fuerza. Se quedan parados al borde de la carretera, en la arena. El chófer abre la guantera del automóvil, coge una mugrienta libreta de la que saca una foto que entrega a Hofmeester.

Hofmeester ve a cinco niños negros.

—Mi familia —dice Jefried—. Mis hijos.

Hofmeester abre la portezuela.

—Tengo que salir para que me dé el aire —le dice.

Sale del coche, con el sombrero y el maletín en las manos.

Se pone el sombrero y aprieta el maletín debajo del brazo. No hay tráfico en la carretera. No hay casas. Solo arena y hierba seca. Aquí y allá un árbol medio desnudo. Unas colinas ondulantes. La arena parece cambiar de color cada pocos kilómetros. ¿Dónde estoy? —se pregunta Hofmeester—, ¿qué hago aquí? ¿Qué es esto?

Ahora, Jefried también se ha apeado del coche. Se coloca al lado de Hofmeester.

—No tenga miedo, jefe —dice Jefried—. Creo en Jesús.

—No tengo miedo, necesitaba un poco de aire. Y no me llames jefe.

Una ráfaga de viento se lleva el sombrero de Hofmeester. Jefried corre detrás. Como un perro. Le devuelve el sombrero a Hofmeester, que ya no se lo pone, sino que lo sostiene.

—Jefried, ¿dónde están las bestias?

—¿Qué bestias, jefe?

—No me llames jefe.

—¿Qué bestias, señor?

Hofmeester apunta a la llanura vacía y árida.

—Las bestias salvajes. ¿Dónde están? No veo nada.

—Se esconden, señor, estamos en pleno día. Hace demasiado calor para ellas. Están ahí, pero no las vemos. Ellas nos ven, por supuesto, señor. Nos ven y nos huelen.

Se quedan así. Dos hombres al borde de la carretera. El primero esperando al segundo, el segundo esperando algo que él mismo no logra identificar. Una idea. Un recuerdo. El recuerdo de lo que venía a hacer aquí.

—Señor —dice Jefried al cabo de cinco minutos—, ¿le parece mal que sigamos yendo a Windhoek?

Hofmeester niega con la cabeza.

—No me parece mal. ¿A qué hotel me llevarás? En el aeropuerto busqué una oficina de turismo, pero todo estaba cerrado. ¿Qué es un buen hotel? ¿Conoces hoteles en Windhoek?

—En Windhoek. Allí hay muchos hoteles buenos. ¿Qué busca usted exactamente? ¿Un hotel grande o pequeño?

—El mejor hotel.

El mejor, ¿por qué no? En su primera noche en un país desconocido, Hofmeester no quiere correr riesgos. Y aquí no será caro. Ahora que su independencia económica ha quedado destruida, puede derrochar el dinero.

Jefried empieza a pensar en voz alta y Hofmeester nota lo seca que

tiene la boca. Se mete en el coche. La foto de los hijos de Jefried sigue estando en el asiento trasero. Se la da al chófer y a cambio recibe la de su hija menor. La mira un instante. Ojos vivos. Sí, quizá sea esto lo primero que llama la atención cuando se mira a Tirza en esta foto. Sus ojos vivos. Unos ojos reconfortantes de una manera curiosa. Como si el mundo la hubiese tranquilizado y ella a su vez lo hiciera con el mundo.

—Heinitzburg —dice Jefried.

—¿Qué?

—Heinitzburg.

—¿Qué pasa con Heinitzburg?

—Es un buen hotel. Realmente algo para el señor.

Heinitzburg. Suena como el nombre de un pueblo a cuarenta kilómetros de la frontera con Alemania.

—Heinitzburg —repite Hofmeester.

—¿Es usted alemán?

Jefried arranca el automóvil.

—¿Yo? No, holandés.

—Pero, allí de donde es hablan alemán, ¿no es cierto?

—Hablan neerlandés.

—¿Pero usted habla alemán?

—Estudié alemán. Y criminología. Aunque no acabé esta última carrera. Me ofrecieron un empleo en una editorial, una oferta que no pude rechazar. Se esperaba de mí que fuera editor.

Jefried parece no escucharle. Vuelve a conducir deprisa. Enciende la radio.

Cuando ve las primeras casas de Windhoek, Hofmeester pregunta:

—¿Acepta usted euros?

Jefried lo mira por el retrovisor.

—Prefiero que no, señor, pero hay bancos, podemos parar.

—¿Cajeros automáticos?

Jefried asiente.

—Esto es un país moderno, señor. Tenemos de todo. Salvo trabajo. No hay suficiente trabajo, pero por lo demás hay de todo.

En una calle que da la impresión de ser la calle principal de un pueblo abandonado, se detienen en una estación de servicio. En un letrero, Hofmeester ha visto que esto es Klein Windhoek. Y, como su nombre indica, es pequeño.

Jefried le muestra un cajero automático. El padre de Tirza se va hacia allí.

En la calle solo hay negros. Tal vez sea por el barrio o quizá por la hora del día. Los pocos blancos que ve van en automóvil. Mientras

introduce su tarjeta en el cajero, vuelve a mirar el Mercedes azul de Jefried.

Jefried podría irse llevándose consigo las cosas de Hofmeester. No es mucho, pero sería un incordio.

A pesar de que hay poca cosa de valor en su equipaje, le agobia pensar que el chófer se largue con su maleta. Ya se sabe cómo son las personas de color. Mientras está junto al cajero, intenta no perder de vista el coche, sin llamar la atención, por lo que se percata de que tres empleados de la gasolinera lo están observando.

Se cala el sombrero con fuerza.

Aquí sí consigue sacar dinero, pero no tiene ni idea de cuál es el tipo de cambio del dólar namibio. En contra de su costumbre, se ha preparado mal para este viaje. Mejor dicho: nada. Decide sacar mil dólares namibios, eso bastará para Jefried.

Desde la gasolinera tardan cinco minutos en llegar al hotel Heinitzburg, que resulta ser un pequeño castillo en una colina.

Cuando Jefried ha aparcado el coche, dos jóvenes se acercan al Mercedes. Se hacen cargo del equipaje de Hofmeester. También quieren quitarle el maletín de las manos, pero él no les deja hacer.

—¿Cuánto te debo? —pregunta Hofmeester a Jefried.

—Cuatrocientos, señor.

Él le da cuatrocientos cincuenta. Y Jefried dice:

—Si me necesita, señor. Conduzco seguro. Ya lo ha visto. Adonde quiera ir. Walvis Bay, Swakopmund. O más lejos. Hacia el norte. Conozco el país. Si me necesita, llámeme.

Jefried le entrega una tarjeta de visita a Hofmeester.

La tarjeta de visita es de otra persona. En el dorso, Jefried ha anotado su nombre y un número de teléfono.

Hofmeester sube la colina, sigue los letreros que indican «recepción».

Se ha metido la tarjeta en el bolsillo.

Por un momento se le pasa por la cabeza: ¿y si no hay habitaciones libres? Pero si tiene que ir a otro sitio, llamarán a un taxi. No importa. Ha llegado y de eso se trata.

La recepción parece limpia y ordenada. Una bandeja con manzanas, un expositor con postales. Un hombre con una camisa blanca le da la bienvenida y pregunta a Hofmeester con qué nombre ha reservado.

—No he reservado —dice él— lo siento, no tuve tiempo de hacerlo. Ha sido bastante imprevisto. ¿Tiene usted una habitación para dos o tres noches?

—¿Cuántas exactamente? ¿Dos o tres?

—Tres noches. Depende.

No le preguntan de qué depende. El hombre empieza a hojear un gran libro.

A veinte metros de distancia, los dos jóvenes esperan junto a la maleta de Hofmeester. Lo observan. Y esperan.

—Está usted de suerte —dice el recepcionista—. Tenemos una habitación libre. Una habitación bonita y espaciosa.

—Estupendo —dice Hofmeester. Y después añade—: Gracias.

Como si le hubiesen hecho un favor.

Hofmeester coge una manzana y le da un mordisco. Está seca.

—Si hace el favor de inscribirse aquí.

El recepcionista le pone delante un registro. Él rellena sus datos, dónde vive, su número de pasaporte, pero no sabe adónde piensa ir, así que deja la casilla en blanco.

—Le mostraré su habitación —dice el recepcionista.

La habitación es en efecto bonita. Incluso según los estándares europeos que son los únicos que Hofmeester conoce. Una cama con dosel, bañera, una rosa junto al lavabo. África no está tan mal. En cualquier caso, para Hofmeester. Por ahora.

Los dos jóvenes vienen con la maleta. Les da dinero a cada uno.

Después está solo. Se sienta en una silla. Esto es Windhoek, Namibia. Aquí quería venir su hija, aquí debía empezar su viaje por el mundo. Bueno, tanto como el mundo, más bien su viaje por África. Tirza leyó mucho al respecto, vio fotos. Es compasiva, Ibi también. Así son los hijos. Ya aprenderán.

Deja el maletín y el sombrero en la cama. Cuelga la chaqueta en el armario. Tira la camisa y el pantalón sobre una silla. Se quita los calzoncillos y los calcetines en el cuarto de baño.

Se mira en el espejo. No está nada mal para un hombre de su edad. La barriga, la piel. La decadencia.

Después se mete en la ducha.

El agua le hace bien, le da energía. La deja correr durante minutos enteros sin moverse. Sin pensar.

Después se pone un pantalón ligero y una camisa de manga corta. Saca el sobre con la foto y su teléfono de la chaqueta. Quiere salir de la habitación, pero cambia de opinión y coge el maletín y el sombrero.

Así se dirige a la recepción.

—¿Hay por aquí algún lugar donde pueda comer algo? —pregunta.

El recepcionista lo acompaña hasta el otro lado del edificio, donde hay una terraza con vistas a la ciudad.

Aparte de él, no hay nadie.

Él se instala. Deja el sobre y el teléfono sobre la mesa. El maletín y el sombrero en una silla.

Una chica le pregunta no muy amablemente qué quiere beber.

—También quiero comer algo —dice él.

Enciende el teléfono y saca la foto del sobre. Ojos vivos, es cierto. Eso es. Esos ojos son muy vivos. Pero qué extraño que nadie vea que tiene unos labios y unos pómulos tan hermosos, sus pómulos son preciosos.

Tras examinar brevemente el menú opta por kebab de pollo. Un kebab de pollo no puede estar nunca malo.

—¿Y para beber? Él vuelve a mirar el menú.

—Jugo de mango.

—Jugo de mango y kebab de pollo —dice ella sin anotarlo.

—Y una copa de vino blanco.

—¿En lugar del jugo de mango?

—No, junto con el jugo de mango. Al mismo tiempo.

Ve que tiene cobertura. Después de titubear un poco, llama a su esposa, pero ella no contesta, así que le deja un mensaje.

—He llegado, estoy en Windhoek —dice—. Esto está bien. Hablamos después.

Del maletín saca el manuscrito y sus lápices. Busca en el maletín y se da cuenta de que ha olvidado llevarse el sacapuntas. Uno de estos días tendrá que comprarse un sacapuntas.

Cuando le traen la bebida, ve a la chica mirar la foto que hay en la mesa.

—Mi hija —dice Hofmeester con una amable sonrisa—, mi hija menor. Tirza.

—¿Cómo?

—Tirza.

Tiene que deletrearle el nombre. Parece ser un nombre extraño por estos lares.

—Está aquí, en Windhoek —dice—, está de vacaciones. Quizá la hayas visto alguna vez.

No es una pregunta y por ello tampoco obtiene ninguna respuesta. Con avidez se bebe el jugo de mango y a continuación el vino.

A lo lejos ve un edificio. Al parecer es el más alto de la ciudad. «Kalahari Sands». Lo mira durante un rato. Kalahari Sands.

Ahora que ha llegado, tiene que idear un plan. Pero cuanto más mira la ciudad que yace a sus pies, más vacíos y desnudos están sus pensamientos. Todo lo que se le ocurre le parece funesto ya de antemano.

Se come el pollo rápido y deprisa, como un perro, sin beber.

Del maletín saca la libreta de Tirza y lee los SMS que recibió durante los últimos meses. ¡Qué raro que no pusiera el remitente! ¿O

son todos de la misma persona?

¿Quizá se trate de SMS que ella ha enviado? No, eso le parece poco probable. Son mensajes que ha recibido ella. Su hija tiene algo de contable, se nota por la forma concienzuda con la que ha anotado todos esos SMS. Algunos de los mensajes resultan incomprensibles, como: «Estoy aquí» o una única palabra: «Besos».

En una página en blanco, él escribe con el lápiz: «Windhoek, Kalahari Sands. Papá llama a la reina del sol» Y debajo, la fecha: 10 de agosto de 2005.

Cuando la chica viene a recoger, él le pregunta:

—¿Adónde van los jóvenes de Windhoek? Los turistas de Europa, ¿adónde van?

Ella mira sin comprender al hombre al que atiende.

—¿Adónde van los turistas? —pregunta él de nuevo.

—A la costa —responde ella—. O al desierto.

Hofmeester se pone el sombrero, coge sus cosas, se va a la recepción y pide un plano de la ciudad, cosa que no tienen. Finalmente le dan una copia de un plano de Windhoek de hace unos años.

—¿A cuánto estamos del centro?

—¿En coche?

—A pie.

—A un cuarto de hora —dice el recepcionista.

En el plano dibuja con rotulador verde la ruta que debe seguir Hofmeester.

Después de caminar durante cinco minutos se acaba la acera. Hofmeester avanza ahora por la arena, junto a la carretera. Tiene los pies hinchados a causa del calor. Caminar le resulta doloroso. Sus zapatos de piel no han sido diseñados para este terreno.

De vez en cuando, Hofmeester se detiene y se seca la cara. Siente el sudor correrle por la nuca. En las axilas tiene grandes manchas de humedad. Cuando vuelva al hotel, tomará un baño. Se alegra solo de pensar en ello.

Después de un paseo de veinte minutos llega a la Independence Avenue que, según el recepcionista, es la calle principal de Windhoek.

Mira a derecha y luego a izquierda y otra vez a la derecha. Alguien choca con él.

En cualquier caso, aquí hay gente. Y tiendas.

Decide ir a la izquierda. Quizá debería preguntarle el camino a alguien, pero no sabe qué preguntar exactamente. ¿Cómo se enfoca algo así? Ibi y su esposa lo habrían hecho de otra manera. Sin vergüenza, sin reservas. Sin conciencia.

Hofmeester entra en un centro comercial, pero no compra nada.

Aunque saca otros mil dólares namibios. Mira la ropa y los souvenirs en los escaparates.

El aire acondicionado le hace bien. Examina unos cuantos escaparates sin demasiado interés.

Después de haberse paseado diez minutos por la Independence Avenue, los pies le duelen tanto que tiene que parar. Para su alegría ve una heladería-pizzería llamada Sardinia. También aquí. Los italianos están en todas partes. Incluso en Windhoek.

Entra dando traspiés, la mayoría de las mesas están vacías. El servicio está en una esquina. Él elige una mesita cerca del mostrador. Dentro se está fresquito. Se seca la frente y la nuca con una servilleta de papel que después arruga hasta formar una bola que se mete en el bolsillo.

Una chica con aspecto de muchacho que podría ser italiana le pregunta qué quiere.

Él pide un espresso y una copa de vino blanco. Tal vez sea italiana. Sería un buen inicio para una conversación: «¿Eres italiana?». Y después él sacaría la foto y le preguntaría: «¿Conoces a esta chica, la has visto antes?». ¿Cómo busca uno a sus hijas si no lo ha hecho nunca, niños adultos en otro país?

Se queda sentado hasta mucho después de habérselo bebido todo. Comprende que tendrá que preguntarlo. Tiene que empezar por algún sitio, ¿por qué no aquí? Precisamente aquí, en la heladería-pizzería Sardinia.

En la mesa junto a la suya coge otra servilleta de papel y se la pasa por la nuca, la frente y la garganta.

Busca algo en su maletín.

Después se levanta y camina con toda la normalidad posible hasta el mostrador.

—La cuenta —dice. Y enseguida saca el sobre de su bolsillo y deja la foto en el mostrador—. ¿Eres italiana?

—He nacido aquí —contesta ella sin mirarlo.

—Ah, comprendo. ¿La ha visto alguna vez? —pregunta.

—¿A quién?

Le muestra la foto.

La chica que parece un muchacho lanza un rápido vistazo a la foto. Entrega el recibo a Hofmeester.

—No —dice—, ¿quién es?

Él cuenta el dinero, carraspea.

—Mi hija —le contesta él—. Mi hija menor Tirza.

Y mientras lo dice, mientras aún está hablando, siente que ella no le cree.

—Mamá —grita la chica.

Él quiere guardar la foto. Pero espera. Tal vez la madre sepa algo.

Una mujer de pelo oxigenado se le acerca.

—¿En qué puedo servirle? —pregunta.

Él le muestra la foto.

—Mi hija —dice—, ¿la ha visto por casualidad?

Ella niega con la cabeza. Observa al padre de Tirza.

—¿Turista u hombre de negocios?

—He venido aquí por mi hija —dice Hofmeester recalcando las palabras.

La idea de que no parece un padre le obliga a exagerar el padre que lleva dentro. Guarda la foto. Primero en el sobre, después en el bolsillo. Tiene que hacer otra pregunta que tranquilice a la gente. Por ejemplo: «¿Hay una gran comunidad italiana aquí?».

—¿Busca diversión?

La voz de la madre suena dura, pero seductora.

Él niega en silencio y se dirige lentamente a la salida. La madre lo sigue.

—¿Busca diversión? ¿Diversión especial?

Ahora, él está en la calle y la madre también.

Hofmeester tiene que explicarse. Lo comprende. No puedes enseñarle a la gente una foto de tu hija y decir: «Busco a mi hija». Necesitan una explicación. De lo contrario desconfiarán. Necesitan información.

—He venido aquí por mi hija. Nunca ha estado en África. Hace tres semanas que se marchó hacia Windhoek. Hace justo tres semanas. Y desde entonces no hemos tenido noticias suyas.

Ahora, la mujer lo mira como si lo comprendiera todo. Él está aliviado.

—Ni una llamada de teléfono, ni un mensaje de correo. Mi esposa dice que es porque somos tan viejos. Pero ¿de qué sirve quedarse en casa con los nervios destrozados si puedes ir a Namibia? ¿Qué son catorce o dieciocho horas de vuelo hoy en día? ¿Y qué cuesta? ¿Cómo va todo aquí? ¿Con los turistas? Usted es de aquí. ¿Hay muchos turistas?

Habla un poco excitado, pero ella sonríe. Ay, las madres comprenden ese tipo de cosas. Lo ayudará. Le explicará adónde debe ir.

—Busca diversión especial —dice ella—, ¿es eso? Puedo ayudarle.

Él empieza a alejarse. Cuando ha dado cinco pasos, da media vuelta. Ella está delante de su negocio y lo mira.

Hofmeester se quita el sombrero.

—Gracias —exclama—, gracias por todo. Seguro que volveré, pero

estoy aquí por mi hija.

Entonces empieza a subir la colina, en dirección al hotel Heinitzburg. Cada paso le cuesta esfuerzo. Sus zapatos le parecen haber encogido cuatro números. Sus calzoncillos le rozan desagradablemente. Tendrá que untarse aceite en el ano. Todo le resulta áspero.

En cuanto deja atrás la Independence Avenue, la calle se queda en silencio. De vez en cuando oye pasos detrás de él. Tiene la sensación de que alguien lo sigue, tal vez varias personas, pero no se atreve a volverse.

Se concentra en cada paso para sentir menos el dolor. Se aferra al maletín. Tiene la sensación de que Tirza está en su maletín, que se la ha llevado dentro del maletín. Que basta con que la abra para que su hija aparezca.

# 3

CUANDO POR FIN LLEGA AL HOTEL, PARECE ESTAR AL borde del infarto. Con la cara roja y mojada y dolor en el pecho, menciona su número de habitación en la recepción.

—¿A qué hora quiere cenar, señor Hofmeester? —le pregunta el recepcionista.

—A las ocho, ocho y media.

—¿Cena para una persona?

—Sí. Para una persona.

En cuanto está en la habitación, se deja caer en la cama. Se quita los zapatos, cierra los ojos y se masajea los pies.

Permanece tumbado así al menos veinte minutos en un estado de duermevela.

El sonido del viento le hace mirar su reloj. En algún lugar, golpea un postigo o una puerta. Ya son casi las siete.

Dentro de un rato tendrá que ir a cenar.

Se desviste con prisas, llena la bañera y se mete dentro.

En el agua caliente consigue relajarse. Por unos instantes, este parece ser un viaje normal, como los que hacía antes. Para visitar a un autor en su país natal, o para ir a una feria del libro o a alguna conferencia. Sobre todo al inicio de su carrera asistía a conferencias.

Solo cuando oye sonar su teléfono móvil en el dormitorio, recuerda el objetivo de su viaje. Sale de la bañera sin secarse.

Va lo más rápido que puede hasta el teléfono. Casi resbala, pero logra mantener el equilibrio.

Es su esposa.

—¿Y? —pregunta ella.

—¿Y? He llegado. Es todo lo que puedo contarte por ahora. Mañana elaboraré un plan. Pasaré por la embajada. Por los albergues. Pero Windhoek no parece peligroso. Es pequeño, sobre todo pequeño. No creo que se hayan quedado mucho tiempo aquí. He oído decir que los turistas van a la costa o al desierto.

Ella asimila la información sin muchos comentarios.

—Llámame cuando te enteres de algo —le dice—. Y lee tu correo

de vez en cuando, quizá ella te envíe un e-mail.

—Lo haré.

—Y Jörgen.

—¿Sí?

—No, nada. Deja. Te espero aquí. Cuidaré del jardín.

Después, él vuelve a meterse en la bañera. Aún le queda tiempo antes de ir a cenar.

En la habitación junto a la suya oye gente conversando. Intenta distinguir qué lengua hablan, pero las voces suenan demasiado alejadas.

La conversación se transforma en llanto. Sin embargo, cuando presta atención se percata de que no están llorando sino jadeando.

Antes de salir de la bañera, se ducha para quitarse la espuma y canturrea su canción preferida. *Bei mir bist du schön, please let me explain. Bei mir bist du schön, means you are grand*.

Se seca concienzudamente con una gran toalla blanca y por un instante piensa en la asistente de Ámsterdam.

Entonces abre la maleta.

Guarda el regalo para Tirza en un cajón y deja el resto de la ropa en la maleta.

Decide ponerse un traje, se echa loción de afeitar. Uno nunca sabe con quién se encontrará.

Cuando se quiere poner los zapatos, se da cuenta de que no le entran. Tiene los pies lastimados. Sus zapatos no son adecuados para este calor, no están hechos para pies hinchados, a duras penas consigue ponérselos.

A diferencia de lo que esperaba, la cena no se sirve en la terraza, sino dentro.

Le dan una mesa en un rincón. Hofmeester es uno de los pocos hombres con traje. Los demás huéspedes llevan ropa más informal. Como los turistas en África. Pero él no es informal.

Durante el primer plato, intenta leer el manuscrito. Lo deja pronto. El vino y el cansancio del viaje lo adormecen ligera, pero gratamente. Sus pensamientos se dispersan.

Deja la foto de Tirza en la mesa con la esperanza de que alguien le pregunte al respecto. Pero nadie le hace preguntas. Le atienden como es debido. Eso sí. Pero sin hacer comentarios sobre la foto. Con regularidad le vuelven a llenar la copa de vino, él ha pedido enseguida una botella. No es gewürztraminer italiano, pero está rico. Hofmeester juega con la foto, la sostiene en alto. A pesar de ello, nadie le hace ninguna pregunta sobre Tirza. Nadie quiere saber quién es, nadie está interesado en lo que él tenga que contar sobre ella.

Después del plato principal, el dolor de pies es tan intenso que se

quita los zapatos y los calcetines. El mantel es largo. Nadie se dará cuenta.

Aliviado, pide helado de limón. Cuando algo aprieta, uno no come con gusto.

Mientras saborea su helado, intenta resumir su vida hasta el momento. No lo logra. Cuando vuelve la vista atrás, no descubre nada de lo que enorgullecerse. Lo que ve es la niebla de su propia historia sus pequeños e insignificantes fracasos. No los hay grandes, salvo uno. El fracaso diario, que no puede distinguirse de la vergüenza cotidiana.

De Tirza sí que está orgulloso. Eso sí. De Tirza. Orgulloso. Sin saber por qué. ¿Cuál es su mérito? El semen. El preparar cenas calientes. El haberla acompañado disciplinadamente a clases de violoncelo y natación, aunque más tarde resultó que lo había hecho con demasiada disciplina. No, es un orgullo sin motivo. Es un orgullo absurdo.

Decide tomar café y coñac en el bar. Ahora el comedor está prácticamente vacío. Al parecer, aquí la gente se acuesta pronto. Por la ventana se ven a lo lejos las luces de Windhoek. De noche parece una ciudad bastante grande.

Se dirige lentamente hacia el bar. Un camarero lo sigue.

—Señor —dice el camarero— se ha olvidado esto.

Levanta los zapatos y los calcetines de Hofmeester. Él se mira los pies. Va descalzo.

La vergüenza es algo abrumador, mucho más fuerte que la ternura.

El camarero le da a Hofmeester sus zapatos y calcetines.

—Gracias —dice él—. Muchas gracias. Los había olvidado por completo. Muy amable por su parte.

Acto seguido se sienta a la barra.

No se atreve a ponerse los calcetines y los zapatos. La vergüenza tarda en desaparecer, la vergüenza no acaba de desaparecer nunca. Él remueve concentrado su café, como si no pasara nada.

Ahora, la foto está sobre la barra. Como una prueba. Una explicación.

El barman sí la mira. No tiene más alternativa que hacerlo. No hay nadie más en la barra. ¿A quién tendría que mirar o escuchar?

—Es mi hija —le dice Hofmeester—. Tirza. Dieciocho años.

—¿Qué hace? —pregunta el barman.

Hofmeester se encoge de hombros.

—Empezará a estudiar —le contesta él—. Todavía no sabe qué. Una semana es musicología. La siguiente psicología. Una más tarde, lenguas clásicas. No tiene ni idea. Aún tiene tiempo.

Coge un mondadientes y se saca algo discretamente de la boca. Se da cuenta de que habla arrastrando las palabras.

—¿Y dónde está ahora?

El padre de Tirza mira la foto como si allí pudiera encontrarse la respuesta a esa pregunta.

—Aquí —dice mirando a su alrededor—. Aquí. Está por aquí. En Namibia.

Lo dice como si fuera un secreto.

Deja que le sirvan más coñac. Los últimos huéspedes abandonan el comedor. Ya solo queda el personal. El barman mira sonriente a Hofmeester.

—¿Está usted aquí solo? —pregunta.

El padre de Tirza asiente con un movimiento lento y prolongado.

—Estoy aquí solo —le contesta—, pero no del todo solo, estoy aquí para dar una sorpresa a mi hija. Así que en realidad estamos juntos. Yo quería dejarles dinero a mis hijas. Mucho dinero. Una suma importante. Para que se les abrieran las puertas que permanecieron cerradas para mí. Pero el dinero desapareció. Se lo tragaron. ¿Sabe quién se lo tragó?

Hace una seña y agita las manos. El barman tiene que acercarse.

—La economía mundial —susurra—. Después del 11 de septiembre de 2001, cuando se desplomaron las bolsas, ya se habían desplomado, pero siguieron desplomándose aún más, entonces desapareció el fondo de cobertura. Dejó de existir. De la noche a la mañana. Fuera fondo de cobertura. Como si nunca hubiese existido. Mohamed Atta se tragó mi dinero. ¿Sabe quién es Mohamed Atta?

El barman niega con la cabeza.

—No importa —dice Hofmeester—. De lo que se trata es que la gente cree que Mohamed Atta ha muerto. Mohamed Atta ya no está. Dicen. Pero hay miles de Mohamed Atta, decenas de miles, millones de Mohamed Atta. Millones. La economía mundial no puede soportar tantos Mohamed Atta. También estuvo en mi casa. Mohamed Atta.

Hofmeester se mete la foto de su hija en el bolsillo interior, se endereza la chaqueta y se agacha lentamente para recoger sus zapatos y sus calcetines. Le cruje la espalda.

—¿Le veremos mañana? —pregunta el barman.

Hofmeester asiente. Camina con los pies descalzos hacia su habitación. Hay ruidos de insectos. La noche genera zumbidos, al igual que su cabeza. Sí, Mohamed Atta estuvo en su casa, es algo que asombrará a la gente. Algo sobre lo que le seguirán preguntando más tarde.

Para llegar a su habitación tiene que salir fuera. A cada paso que da, cree que va a pisar algo, pero no sabe qué. Seguramente bichos. Hormigas. Hojas. Musgo.

En su habitación se arrodilla delante del minibar. Saca una lata de Coca-Cola y una botella pequeña de vino blanco. Presiona la lata

contra su frente y abre el vino. Mañana, decide, mañana se comprará zapatos nuevos. Mañana se pondrá manos a la obra.

Antes de desvestirse, se coloca delante del espejo. Levanta ambos brazos. Y los vuelve a bajar. Y otra vez arriba. No tiene nada de especial.

Deja la foto en la mesilla de noche, al lado de su reloj. En la foto hay dos manchas de dedos grasientos.

Por la noche se despierta cuatro veces. Una vez se levanta para beber agua. En el cuarto de baño se le ocurre que el agua aquí quizá no sea potable, que quizá pueda enfermar, y entonces vuelve a meterse en la cama. Empieza a comprender algo. Comprende que tal vez haya sucedido algo terrible, algo irremediable. Que el momento del reencuentro no se producirá. Pero lo comprende en sus sueños.

En los días siguientes, Hofmeester compra unas sandalias, acude a la embajada holandesa, se pasea de forma tranquila y organizada por la ciudad y entra en algunos hoteles baratos. Aquí y allá muestra la foto de Tirza. De vez en cuando, entabla una conversación. Nadie puede ayudarlo.

Dos veces acude a un cibercafé, pero no ha recibido ningún correo electrónico de Tirza, solo de su esposa.

En uno de los hoteles creen haber visto a Tirza, pero están seguros de que era una chica suiza que iba con un grupo.

—Entonces no puede ser ella —les responde Hofmeester—. Es otra persona.

En el hotel Heinitzburg todos están ya al corriente de que Hofmeester busca a su hija. Durante el desayuno y la cena, intentan tranquilizarlo. Unas veces, el personal le dice que ella habrá ido al norte, otras le aseguran que Tirza debe de estar en torno al salar de Sossusvlei en el desierto. A la mañana siguiente, alguien le sugiere que quizá haya hecho autostop hacia Ciudad del Cabo. Hoy en día, se ha puesto de moda entre los turistas hacer autostop hacia Ciudad del Cabo.

Hofmeester toma notas en el cuaderno que en otro tiempo fue de Tirza, pero sus afanosos apuntes no logran evitar que se extienda su incredulidad. Ya no sabe qué hacer, no sabe adónde ir, no tiene ni idea de dónde seguir buscando. Durante horas enteras camina por una ciudad tórrida con una foto en el bolsillo, un sombrero en la cabeza, un maletín bajo el brazo. En la embajada, una mujer le dice:

—Es una tarea imposible. Aquí no puede usted hacer nada. Vuélvase a los Países Bajos y espere allí tranquilamente.

Una tarea imposible, ¿no es esa su especialidad desde joven?

En el cibercafé también lo conocen. Es el hombre con el sombrero

que espera un mensaje de su hija. Todos simpatizan con él, como con un personaje de cine, pero eso no le sirve de nada. Y, encima, los pies le duelen incluso con las sandalias.

Todas las mañanas alarga su estancia en el hotel un día más. ¿Adónde tendría que ir? ¿De vuelta a Holanda? Eso queda excluido. Además de enviarle mensajes amables, pero también algo apremiantes, su esposa lo llama dos veces por teléfono. Su voz delata inquietud. Le dice:

—Se lo he dicho a Ibi, quiero decir, ¿qué sentido tiene ocultárselo?

Y Hofmeester solo le contesta:

—No era necesario. Aparecerá dentro de unos días. No tienes que inquietar a la gente.

Un día, al final de la tarde —ha estado varias horas caminando por la ciudad llevando el sobre con la foto en el bolsillo y el maletín debajo del brazo— sube la colina en dirección al hotel Heinitzburg. Falta poco para que se inicie el crepúsculo.

Hofmeester tiene la boca seca. Por primera vez cree poder distinguir entre el dolor y la desesperación. La desesperación es sorda y paralizante, y también sedante. La desesperación no es una sensación, es lo contrario, es la toma de conciencia de que ya no sientes nada, de que toda sensación abandona tu cuerpo y te deja solo.

En una calle tranquila, no lejos de la empresa de alquiler de vehículos Hertz, se da cuenta de que alguien camina detrás de él. Aprieta el maletín más fuerte contra sí. Aunque poco a poco ha perdido el miedo de los primeros días, sigue estando preparado para cualquier cosa. Esto es África.

Hofmeester aprieta el paso.

—*Do you want company, sir*? —oye decir.

Se vuelve sin detenerse y ve a una niña de —¿cuántos tendrá?— unos diez o nueve años con un vestido haraposo.

Él acelera más el paso, mientras oye resonar en su cabeza: «*Do you want company, sir*?». ¿Es una pregunta, no se trata más bien de la confirmación de una situación? «*Do you want company, sir*?». ¿Por qué nadie le ha preguntado aún si necesita compañía? Pese a que es tan evidente, con lo poco que costaba preguntarlo. «*Do you want company, sir*?» Cinco palabras, eso es todo. Cinco simples palabras.

No hay nadie en la calle. Hofmeester ni siquiera ve al vigilante que suele estar apostado delante de Hertz. Seguramente se ha ido al baño. También los vigilantes tienen que hacer sus necesidades.

La niña camina con él, mejor dicho: corre con él. Él se mete en una calle en la que no debe meterse en absoluto. No es en la dirección del hotel. Nunca pasa por aquí. Tiene que volver. Le están saliendo

ampollas en los pies y también callos.

—*Do you want company, sir*? —pregunta otra vez la niña.

—No, no —chilla él sin detenerse—. ¡Vete! ¡Vete!

Se para en un cruce con semáforo. Se pasa un pañuelo por la cara. Ella sigue allí. Primero detrás de él, ahora a su lado.

Cuando ha vuelto a guardar el pañuelo, la niña lo coge de la mano izquierda.

No la suelta. Sujeta su mano.

El semáforo pasa a verde. Él se queda allí parado, con la niña cogida de la mano. Tiene que soltársela, pero no lo hace. La sigue sosteniendo. Entonces él cruza con la niña.

Caminan así en silencio en dirección al hotel Heinitzburg. Un hombre y una niña, un blanco y una negra, una persona con sombrero y otra sin.

En el siguiente cruce, él la vuelve a mirar. Fugazmente y avergonzado, como a un fruto prohibido.

Ahora se percata de que ella no lleva zapatos.

Ve sus pies y piensa: en la calle puede haber porquería, cristales, basura, restos de comida, y le aprieta suavemente la mano.

Ella no se la aprieta a él, pero le sigue tomando firmemente la mano.

Y cuando pide la llave de su habitación en la recepción, ella sigue sujetándole la mano izquierda.

Los miran a él y a la niña, pero nadie dice nada. Al igual que otros días, le entregan la llave de la habitación, y como todos los otros días, le preguntan:

—¿Cenará en nuestro restaurante?

Hofmeester asiente.

Una vez en la habitación sienta a la niña en una silla y él va a sentarse en la cama. Tiene la mano sudada.

Se quita el sombrero, se seca la cara con el pañuelo. La niña lo mira, sigue sus movimientos. Tensa, pero no nerviosa.

Hofmeester se sujeta la cabeza, no sabe en qué se ha metido. Había venido aquí para buscar a Tirza. Ahora tiene una niña en su habitación, una niña negra con un vestido mugriento y sin zapatos.

Abre el minibar.

—¿Agua? —pregunta.

La niña asiente. Él llena un vaso de agua y se lo entrega. Ella bebe con avidez.

Él vuelve a sentarse en la cama y la mira beber. Después se quita las sandalias. Su pie derecho está sangrando en dos sitios. Busca tiritas en su neceser.

Son sus últimas tiritas.

Cuando ha terminado de tratar las heridas, pregunta:

—¿Cómo te llamas? —Kaisa.

—¿Ka-isa?

Ella asiente.

—Yo me llamo Jörgen —dice él—. Jörgen Hofmeester.

Le habla en inglés, con lentitud y claridad, como si volviera a estar en la feria del libro de Fráncfort y hablara de libros que, a decir verdad, le traen sin cuidado. Siempre le decepcionan, ¿qué no decepciona comparado con Tolstói?

Se quedan así sentados frente a frente. Él en la cama, ella en la silla.

En algún lugar profundo detecta un incipiente dolor de cabeza. Una incipiente enfermedad. La gripe.

Después de un cuarto de hora, ella vuelve a formular la pregunta que ya le ha hecho dos veces.

—*Do you want company, sir*?

Él sacude la cabeza, abre el maletín, y recuerda que todavía no ha comprado el sacapuntas. Hofmeester busca algo, pero no recuerda qué.

La niña ha vaciado el vaso.

—¿Agua, Kaisa? ¿Más agua?

Ella asiente.

Él abre el minibar y le pasa la botella.

Esta vez bebe con menos avidez. Él empieza a analizar la situación, en la medida de lo posible, en la medida en que su vida permite aún un análisis, una consideración, un estudio, una conclusión.

Hay una niña en su habitación. Esa niña no parece dispuesta a irse. Tendrá que darle de comer, eso para empezar.

—¿Hambre? —le pregunta.

Ella asiente.

Él mira su reloj, una hora más y podrán irse a cenar.

—Una hora más —dice—. Dentro de una hora comeremos.

Se pregunta si ella sabe lo que es eso, una hora.

Vuelven a estar sentados en silencio uno frente al otro. La niña lo mira sin que su mirada fija resulte grosera. Como si él fuera un televisor, un titiritero que en cualquier momento puede empezar su número.

Se saca el sobre del bolsillo. Le muestra la foto a Kaisa.

—Mi hija —dice.

La niña sostiene la foto, le echa un vistazo. Después lo mira a él.

Hofmeester vuelve a sentarse en la cama, justo como antes.

—Tirza —le dice a Kaisa—, ese es su nombre. Cuando tenía tu edad, yo le leía libros. También de Dostoyevski. *Memorias del subsuelo*. Nunca es demasiado pronto para empezar con cierto nihilismo, pues hay que atravesarlo. Como un tren por un túnel. Y ella lo comprendía. Era… —le cuesta pronunciar la palabra, pero lo consigue— superdotada —dice con voz chillona—. Es superdotada.

Vuelve a amenazar colapsarse como una máquina. Por un instante le tiembla el labio. Pero se recupera, lo tiene todo bajo control.

Llaman a la puerta. Es la camarera. Quiere preparar la cama para la noche. Él la deja entrar. Se conocen, la camarera y el huésped. Se han visto varias veces. A pesar de ello, se siente incómodo. Y ahora que Kaisa está presente se siente más incómodo que nunca.

La camarera hace como si no viera a la niña. Hofmeester se mete en el cuarto de baño mientras le hacen la cama. Se cepilla los dientes.

Cuando la camarera se ha ido, las cortinas están cerradas. A diferencia de otras noches, no ha puesto una chocolatina sobre la almohada, sino dos.

Él se ríe, no puede evitarlo.

Hofmeester coge las chocolatinas, y se las da a Kaisa.

Ella se las mete enseguida en la boca. Sin apartar los ojos de él. Está alerta.

—Tirza tiene unos ojos vivos —le dice él—. Como tú.

Coge los papelitos del chocolate que ella le da y los lanza a la papelera.

Aún faltan tres cuartos de hora. Entonces tendrá que ir al comedor con esta niña. No sabe cómo lo conseguirá. Él y esta niña negra con su mugriento vestido.

Abre el minibar y se lleva la botellita de vodka a los labios.

—¿Quieres lavarte las manos? —pregunta.

No espera la respuesta. Hofmeester alarga la mano. Se lleva a la niña al cuarto de baño, abre el grifo, le da el jabón. Ella llega justo.

La niña se lava las manos y cuando ha acabado, lo mira con expresión interrogante.

—¿Quieres lavarte también los pies? —ella niega con la cabeza—. ¿Tal vez te siente bien?

Ahora Hofmeester se da cuenta de que ella lleva el pelo recogido en una cola. No la había mirado bien, no se atrevía.

—¿Estás segura? Yo también voy a lavarme los pies. Puedes lavarte si quieres.

Llena a medias la bañera, en la habitación va a buscar la botella de agua para la niña y para él la botellita de vino blanco que cada día le meten en el minibar.

La sienta en el borde de la bañera con las piernas en el agua.

—¿No es demasiado caliente? —pregunta—. ¿Está bien así?

Ella asiente.

Hofmeester se arremanga las perneras del pantalón y se sienta a su lado. El hombre y la niña toman un baño de pies. Comparada con la piel de la niña, la suya se ve no solo pálida, sino incluso malsana, enfermiza. Dañada.

El baño de pies le hace bien, pese a que sabe que eso no aliviará sus problemas. Por primera vez desde su llegada, sus problemas son incluso más agudos.

Después tendrá que ir con ella al comedor. ¿Cómo lo conseguirá?

El vino se ha acabado.

Saca los pies del agua y coge una segunda botellita de vodka del minibar. Se lo bebe apresurado y con ligera desgana. Es como una medicina.

—Venga —dice—, vamos a comer algo.

Extiende una gran toalla blanca sobre el suelo del cuarto de baño. Levanta a la niña y la deja sobre la toalla.

Hofmeester se arrodilla y le seca los pies a conciencia.

—También entre los dedos —dice—, pues de lo contrario te saldrán hongos. ¿Sabes? Tengo dos hijas. Más mayores que tú. En realidad, yo no quería hijos. Tampoco quería casarme. Mi esposa me convenció. Yo tenía planes. Otros planes.

El pie izquierdo está seco. Ahora el derecho.

—Yo quería demostrar que ni Dios ni el progreso estaban muertos, sino el amor.

Se ríe como si acabara de contar un buen chiste. Le sujeta los tobillos y ríe.

—Listos —dice—. Ahora yo y luego podremos ir a cenar.

Hofmeester se viste detrás de la puerta de un armario, pues es un hombre discreto. Y ya que esta noche tiene una invitada, se pone una corbata.

Se pone el sombrero y vacía rápidamente una botellita de ginebra. El vodka se ha acabado.

La niña lo mira.

—Es una medicina contra la vergüenza —le dice él. Coge otra botellita de ginebra y se la bebe a medias.

—¿Y sabes lo que es la vergüenza? Civilización.

De pie y con una ligera desgana vacía la segunda botellita de ginebra. Sin soltar la botella vacía, se sienta en la cama.

—Sí, civilización —masculla—, eso es. Civilización. Civilización. Civilización.

Primero coge su maletín y después la mano de la niña. Al igual que

ella, va descalzo.

Así se dirigen al comedor.

Cuando entran la gente los mira. A él y a la niña. Las miradas se posan alternativamente en él y luego en la niña.

La chica que lo ha servido innumerables veces dice:

—Ah, señor Hofmeester, ¿tiene una invitada esta noche?

Él asiente. Acompaña a Kaisa a su silla y se quita el sombrero. Se siente morir, pero sigue adelante. Las conversaciones a su alrededor se han silenciado.

A diferencia de otras noches, pide agua sin burbujas. Se inclina hacia la camarera como si fuera a contarle algo confidencial.

—Perdone que vayamos descalzos —le dice—. Es por el calor. Tengo los pies hinchados y no hay forma de secarlos. La humedad se acumula en el pie. ¿Por qué en el pie? No lo sé. Pero es así, la humedad se acumula en el pie. Discúlpenos. Excúsenos, también ante los demás huéspedes.

—Por supuesto —dice ella—, señor Hofmeester, por supuesto. Ningún problema.

Junto al pan que sirven siempre, hay unos largos palillos de pan.

Él parte uno en dos y le da la mitad a Kaisa.

—Come —le dice.

Ella come, sin dejar de mirarlo fijamente.

Él golpetea suavemente en la mesa con el índice. Las conversaciones en torno a ellos se reanudan lentamente.

—Bueno —dice, sin saber qué hacer—, Kaisa, así que yo vengo de Holanda, ¿sabes dónde está eso? En el norte de Europa. Muy lejos. A catorce horas de avión de aquí. Con trasbordo dieciocho horas. Estoy…

Le da otro palillo. Esta vez no lo parte.

—¿O quieres pan?

Ella sacude la cabeza.

—Estoy a punto de jubilarme. En realidad se podría decir que ya estoy jubilado, puesto que estoy fuera de servicio. Me han puesto fuera de servicio. Querían despedirme, pero según el abogado de la empresa era imposible debido a mi edad.

Hofmeester quita las migas de la mesa.

Todas las noches ponen la misma música. Solo ahora se da cuenta de que ha tenido que escuchar cien veces las mismas canciones. Todas las noches tres o cuatro veces las mismas canciones.

—En definitiva —dice calmado por la medicina, pero aún un poco avergonzado—, soy una persona infeliz.

Y vuelve a reírse como si hubiese contado un chiste. Esta noche se

ríe mucho.

—Pero nadie ha notado nada —prosigue—. ¿Cómo iban a notarlo? ¿En qué iban a notarlo? Y cabría preguntarse si infeliz…

Le entregan la carta de vinos, sin pensárselo demasiado pide un chardonnay de Sudáfrica.

—Y para la jovencita —dice—, ¿una limonada? ¿Una Coca-Cola?

Ella asiente

—¿Coca-Cola?

Ella asiente de nuevo. Esta vez con más convicción. Incluso con cierto entusiasmo.

—Coca-Cola —dice él— para la jovencita.

Como si llevaran ya días de viaje. Como si no hicieran más que esto. Comer, dormir, levantarse, comer. Parecen estar plenamente adaptados el uno al otro.

Le da otro palillo de pan. Ella se lo come con gusto.

—La infelicidad —dice él—, de eso hablábamos. Todo el mundo es infeliz. Y cuando comprendes eso ya no importa. La felicidad es una pose, un mito, una forma de cortesía, para fiestas y cenas. Yo soy infeliz, pero no más que otros, es algo que siempre me he dicho en momentos difíciles. Mi infelicidad entraba dentro de la normalidad. Tengo dos hijas. Una bonita casa. Una casa muy bonita.

De pronto, deja de hablar.

—Ahora tienes que contarme algo tú.

Ella deja de comer. Todavía tiene un trozo de palillo en la mano. Mejor dicho, en la manita. Y Hofmeester piensa en la palabra «manita» como en sí mismo cuando aún era otra cosa, algo indefinido, no definido, o apenas. Una historia que todavía debía surgir, que podía convertirse en cualquier cosa.

—Sí —dice—, ahora tienes que contarme tú algo. ¿Cuántos años tienes?

Le traen el chardonnay. Él lo prueba sin probarlo. Lo hace apresurado, casi resulta descortés, pese a que no quiere serlo. Pero está impaciente.

Espera a que le sirvan la Coca-Cola a la niña.

—¿Quieres un trocito de limón? —le pregunta—. ¿Te gusta? Tirza, mi hija, siempre bebía la Coca-Cola con limón. Desde pequeña. Pero nunca le dejábamos beber Coca-Cola. Éramos contrarios a la Coca-Cola. Yo lo era.

Ella le dice que no. No quiere limón.

—De acuerdo. Entonces brindemos por… Por esta noche, por nuestro encuentro. Por ti, Kaisa, por ti.

Choca su vaso con el de ella. Ella bebe como él. Con devoción.

Cuando les han dado la carta, él se percata de que ella no sabe leer, al menos no lo suficientemente bien. Mira el menú igual que lo mira a él. Con la boca entreabierta. Como si fuera a salir algo de ahí. Como si la carta fuera a hablar.

Él pide sopa de pollo para ella. También la sopa de pollo parece ser una medicina.

—¿Y después? —le pregunta—. ¿Carne o pescado?

Ella lo mira mientras sigue sosteniendo el resto del palillo en la manita.

—¿Carne o pescado? —repite él—. Kaisa, ¿qué quieres?

—Carne —dice ella.

Él decide que sea carne de cordero. Eso siempre está bien.

Para sí mismo pide carpacho de gacela y después pescado.

La camarera se retira tras haber tomado nota de todo. Él ve que les susurra algo a sus compañeros de trabajo y piensa, no, sabe que hablan de él. Por primera vez desde su llegada a Namibia está con alguien en la mesa. Una niña negra. «Y decía que buscaba a su hija —dirán—. Pero lo que buscaba en realidad era diversión. Diversión especial».

Él se reclina en la silla.

—Come —dice.

Ella se acaba el resto del palillo que tenía en la mano.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta él—. Ah sí, ¿Cuántos años tienes?

Precisamente en momentos como este todo depende del arte de la conversación. Todos esos cócteles a los que asistió, las presentaciones y las ferias de libros han servido de algo, le han enseñado algo.

—Nueve —contesta ella.

Él se aguanta la cabeza.

—Entonces tenemos más de cincuenta años de diferencia —responde—, digamos que más o menos medio siglo. Medio siglo.

Otra vez esa mirada. Neutra, pero inquisitiva.

—Cincuenta años es medio siglo. Lo sabes, ¿verdad? ¿Cuántos años tiene tu madre?

Es una conversación unidireccional, pero Hofmeester no se rinde. Su vida depende de ello, al menos, así lo siente. Toma unos sorbos de vino. Es la única medicina que surte efecto contra la vergüenza.

—¿Cuántos años tiene tu madre, Kaisa, lo sabes, cuántos años tiene?

—Mamá está en casa.

Lo dice con voz suave y casi como una pregunta, aunque no del todo. En realidad, igual que dijo: «*Do you want company, sir*?». Casi

preguntando, pero no del todo. Como si ya supiera que él lo quería. Como si lo hubiese visto.

—Ajá —dice Hofmeester—, en casa. Sí, como debe ser. Mis padres ya no viven. Murieron uno poco después del otro. Las niñas aún eran pequeñas. Pero nunca fueron unos abuelos muy entusiastas. Al final de su vida, ya no abrían la puerta. Ni siquiera si éramos nosotros. Y entonces teníamos que volver a Ámsterdam. Era una lástima para las niñas, porque esperaban ver a los abuelos.

Le sirve un poco más de Coca-Cola.

Espera a que ella diga algo, pero lo que sigue es silencio. Más silencio. Por ello toma la palabra. Tiene que hablar, mientras hable no pasará nada y además, por una vez no importa lo que diga.

—Mis padres no estaban enfermos. Pero tampoco estaban del todo sanos. O en realidad sí, muy sanos, demasiado sanos. Se habían convertido y tenían miedo de que el pueblo averiguara que se habían convertido, que en realidad antes —baja la voz como si fuera a contar un terrible secreto—… no fueran nada. Nadie podía saberlo. Nadie lo sabía. Temían ser diferentes, llamar la atención. Al principio solo fuera de casa, pero luego también dentro. Se convirtió en su segunda naturaleza. Odiaban todo lo que se apartaba de lo normal. ¿Comprendes? Todo lo que no era blanco. Todo lo que era distinto, todo lo que se salía de la norma. Odiaban lo malsano, puesto que todo lo que se apartaba de la norma, era malsano. Para mis padres, no había diferencia entre pacientes psiquiátricos, judíos, negros, gais, todos eran enfermos incurables. Ellos mismos se habían curado de una enfermedad, pero temían que hubiese quedado algo, una cicatriz, un residuo, un resto tenaz que pudiera resurgir en cualquier momento. Por ello, en una ocasión, mi padre golpeó a un judío hasta dejarlo medio muerto. Lo hizo delante de su tienda. Con una pala. Para que nadie en el pueblo dudara de que él se había curado. Se tomaban en serio su curación. Pero al final de su vida ya no abrían la puerta. Ni siquiera cuando íbamos nosotros.

Él mira a la niña. Me ve como un titiritero, piensa. Soy un teatro de marionetas.

—¿Sabes lo que me gusta? —dice Hofmeester—. Que puedo hablar contigo.

Les sirven el primer plato y Hofmeester le explica que debe ir con cuidado, que debe soplar antes de tomar una cucharada de sopa. Él coge la cuchara y le enseña cómo hacerlo. Y ella sopla.

Empiezan a cenar como quien emprende una tarea. La gente de las demás mesas se fija cada vez menos en ellos. ¿Son ellos una pareja? Se pregunta Hofmeester. Tal vez una pareja temporal, pero aun así, ¿qué si no? Una pareja. Al fin y al cabo, las parejas son por definición temporales, más temporales que la juventud.

Después del plato principal, que ella apenas toca, él le pide un sorbete de postre, y para sí mismo, como siempre, un coñac. Este viaje le saldrá más caro de lo que pensaba en un principio. Pero ¿qué más da? Cuando lo has perdido casi todo, bien puedes perderlo todo.

Antes de que le traigan el coñac, se levanta y va al baño. Cerca del urinario se percata de que ha metido los pies en un charco y recuerda que debe morir. Que solo hay una escapatoria, que todas las demás salidas se han cerrado. Con los pies descalzos en la orina ajena, intenta imaginarse su propia muerte.

Mientras orina, se sujeta con una mano a la pared.

Siente un ligero mareo. Nada grave.

De vuelta a la mesa —entretanto han traído el sorbete y el coñac— dice una vez más:

—Me gusta mucho que podamos hablar, Kaisa. Hablar de verdad. ¿A qué se dedica tu madre? ¿Y tu padre?

Ella se encoge de hombros.

—¿Es ama de casa?

La niña vuelve a encogerse de hombros.

Y como si se le ocurriera solo ahora, Hofmeester pregunta:

—¿No estará preocupada? ¿No deberías llamarla? Ella niega con la cabeza.

—No —dice con la boca llena de helado.

—¿No está preocupada? ¿No quiere que vuelvas a casa? Aunque, por supuesto, eres una niña grande.

Y mientras vacía su copa de coñac, piensa que es algo que se debe aprender, que quizá incluso se necesite cierto talento para morir.

Se levanta, ayuda a la niña a salir de la silla. Ella le da la mano.

Como todas las noches, Hofmeester se dirige a la salida.

Como todas las noches el personal le dice:

—Buenas noches, señor Hofmeester.

Pero a pesar de todas las medicinas que ha tragado, él advierte que lo miran de una forma distinta a las demás noches. A sus ojos, él se ha convertido en otra persona. Ya no es el hombre que busca a su hija, ahora es el hombre que busca diversión especial. La ha buscado y la ha encontrado.

Y, sin embargo, no es cierto, él querría explicarlo. Querría decirles: «No es lo que piensan».

Cerca de la recepción se detiene.

—Bien —dice— ha sido una bonita noche. No sé adónde debes ir, dónde vives, pero puedo pedir un taxi.

En África, la noche hace ruidos. Él oye insectos por todas partes.

Por desgracia, él sabe poco de insectos.

Encima de la recepción cuelga una máquina que electrocuta a los pequeños bichos voladores. Cada vez que atrapa a una mosca, la máquina crepita jovialmente.

—¿Dónde está tu casa? —le pregunta—. ¿Está lejos, Kaisa?

Ella no le suelta la mano. Pese a que ha llegado el momento de soltarla. Él tiene que irse a la cama. Y dormir. Dormir antes de morir.

—¿Vives en Windhoek?

Ella parece no oírlo. Al igual que él, mira la máquina que electrocuta a los bichos voladores.

—*Do you want company, sir*? —pregunta, más tímidamente que antes, menos convencida.

Él no aparta la vista de la máquina que cuelga encima de la entrada a la recepción. Después mira a la niña.

—No, no —dice—. Pero si quieres puedes quedarte a dormir. Si es demasiado tarde para volver a casa.

Se quita el sombrero y se seca la frente. Windhoek está en un lugar elevado, a 1.700 metros. Por las noches refresca bastante, pero él sigue teniendo calor.

—No importa —dice—, si quieres quédate a dormir. Hay una cama matrimonial. No sé lo que pensarán de nosotros. Pero creo que a ti no te importa lo que puedan pensar de nosotros y, en realidad, a mí tampoco. Soy un extraño aquí. Durante mucho tiempo me importó lo que pensaba la gente de mí, pues uno es lo que la gente piensa de él. Pero ¿aquí, ahora, en este país? Aquí soy un turista. ¿Qué pueden esperar de mí?

Cogidos de la mano, caminan hacia la habitación.

Él enciende las luces y cuelga su sombrero.

Ella se sienta en la misma silla que antes.

—Sí —dice él—, aquí estamos.

Enciende también las luces del cuarto de baño.

—Seguro que no llevas un cepillo de dientes ¿verdad? —pregunta —. No, no llevas nada encima. Así son los jóvenes. Se van a pasar la noche a casa de alguien sin llevarse nada. Son despreocupados. Todo se andará. Muchas veces, cuando Tirza se quedaba a dormir fuera, yo tenía que ir a llevarle de todo. Puedes coger prestado mi cepillo de dientes, te lo limpiaré bien.

Pone el cepillo de dientes debajo del grifo y mientras lo enjuaga mira a la niña.

Ella está inmóvil.

—Ven —le dice él.

Le hace una seña.

Ella se le acerca titubeante. Él pone un poco de dentífrico en el cepillo de dientes. Se arrodilla y le cepilla los dientes, aunque el

cepillo es demasiado grande para la dentadura de la pequeña.

Hace mucho tiempo que lo hizo por última vez, pero aún recuerda cómo hacerlo.

Ella abre la boca sin rechistar. Él cepilla a conciencia.

—Bien —dice—, ya está. Los dientes son importantes.

La lleva a la cama. Abre la sábana del lado donde normalmente no hay nadie.

Ella necesita una pijama. Podría dormir desnuda, pero a él no le parece buena idea.

—Espera —le dice.

Se va a la cómoda y saca el vestido que su esposa ha comprado para Tirza. Con cuidado saca el papel que vuelve a meter en el cajón.

—Ponte este vestido —le dice.

Ella se quita su vestido en un segundo, mientras él le sostiene el vestido de Tirza.

—No es una pijama de verdad —dice— pero no tenemos nada más. Tienes que ponerte algo para la noche. Va a refrescar. Este es de Tirza.

Con cierta dificultad —pues hace tiempo que no ha vestido a ninguna niña— le pone el vestido de Tirza.

Parece disfrazada para una fiesta. Él sacude la cabeza y se ríe un poco.

Una fiesta de disfraces, en eso se va a convertir este viaje. Su vida. Todo.

Hofmeester arropa a la niña.

En el cuarto de baño se desviste. Se queda en calzoncillos. Tampoco ha traído pijama.

Después se acuesta en su lado de la cama.

—Bueno —dice—, que duermas bien.

La cabeza de la niña reposa sobre la gran almohada blanca y a Hofmeester, la imagen le resulta graciosa, no se le ocurre una palabra mejor.

—Bueno —dice una vez más—, vamos a dormir. Ha sido un largo día.

Ella se incorpora.

—*Do you want company, sir*? —pregunta.

Él sacude la cabeza lentamente.

—Déjalo, Kaisa, déjate de tonterías —susurra—. Hoy no. Es demasiado tarde. ¿Eso es lo que te parezco? ¿Alguien que necesite compañía? No, de verdad que no.

Alarga el brazo hacia ella para apagar la lámpara de noche.

—Ya no estoy acostumbrado a dormir con extraños en una misma cama —dice—, así que perdona si duermo intranquilo. En los últimos

años he dormido solo. Hasta que volvió mi esposa. Me gusta utilizar un lado de la cama como mesa para dejar papeles, periódicos y libros. Pero cuando ella volvió ya no pudo ser. Buenas noches.

Ahora apaga también su lámpara. Permanece al menos veinte minutos despierto. A veces contiene la respiración para oír si Kaisa duerme.

Se despierta en plena noche. Ha soñado con Tirza. Iban en bicicleta por el Betuwe. Sus padres aún vivían. Se levanta, enciende la luz del cuarto de baño y se sienta en el borde de la bañera. Todavía no logra pensar con nitidez. Se acuerda vagamente de que ha metido a una niña en la cama. Ahora hace más de una semana que está en Windhoek. Intenta recordar cuándo oyó por última vez la voz de Tirza. Fue cuando la llamó y saltó su buzón de voz. Empieza a hablarle en voz baja.

—Tirza —dice—, estoy en Windhoek. Es una ciudad curiosa, en realidad no es una ciudad, más bien un pueblo. Hablo en voz baja porque no estoy solo.

A las ocho y media, Hofmeester abre los ojos. Kaisa ya está despierta. Está sentada en la cama, mirándolo.

—Buenos días —le dice él.

Se frota la cara. Coge su reloj de la mesilla de noche.

—Es tarde —dice.

Se viste sin ducharse.

—¿Te quedas a menudo a dormir fuera de casa? —pregunta.

Más silencio.

—¿Pasas a menudo la noche con otra gente?

—Sí —dice ella.

—Por supuesto puedes quedarte a desayunar, pero después tendré que ponerme manos a la obra. He venido aquí por mi hija. La hemos perdido. ¿Sabes cómo la llamo? La reina del sol.

Levanta a la niña de la cama. Ella no tiene nada más que ponerse que su sucio vestido. Con sumo cuidado, temeroso de dañarlo, le quita el vestido de Tirza.

Lo envuelve de nuevo y lo deja en el cajón, y le da a la pequeña su propio vestido. Ella no se lo pone. Él se sienta en cuclillas delante de ella.

—Vamos a desayunar algo, así que vístete—le dice.

Ella parece querer frotar su nariz contra la de él, pero finalmente aprieta la boca sobre la suya. Él retrocede.

—No, no —dice—, eso no es necesario. No hace falta.

Vuelve a sentir el calor que hace y se percata de que la ropa que se ha puesto apesta un poco. ¿Qué más da? Apestar en África no es lo

mismo que apestar en la Van Eeghenstraat.

—Tengo que vestirte —dice—. Vamos a desayunar.

Hofmeester le pone el vestido.

Por un instante se queda sentado como si hubiese olvidado algo.

—Los dientes los cepillaremos después del desayuno —decide.

Sobre el minibar ve la foto de Tirza. La introduce en el sobre y se mete el sobre en el bolsillo. Esta mañana se pondrá las sandalias.

Lentamente se dirige con Kaisa al buffet de desayuno que se sirve en la terraza.

Dos mesas están ocupadas. Reconoce a la gente de la víspera.

De nuevo, las conversaciones se interrumpen cuando él aparece con la niña. Ellos toman asiento. Los huéspedes tienen que servirse en el buffet, pero Hofmeester todavía no se levanta. Le cuesta caminar.

La chica que le sirvió la noche anterior pregunta:

—¿Café, señor Hofmeester?

Él asiente.

—Y para la jovencita —dice él— chocolate caliente, ¿te parece bien? Chocolate caliente.

Esta mañana no se ha puesto el sombrero, pero sí lleva consigo el maletín. Allí dentro tiene todo lo que necesita.

Justo cuando quiere levantarse para ir con la niña al buffet, vibra su teléfono en el bolsillo. Es su esposa.

—¿Por qué no me das noticias? —pregunta ella.

—¿Estás preocupada? —susurra él, aunque nadie puede entenderlo —. No tienes de qué preocuparte.

—No por ti. Por Tirza.

—Creo que ya no está en Windhoek. Creo que se ha ido a la costa o al desierto. Iré a ver por allí.

—¿Qué irás a ver? Jörgen, esto no es la caza del tesoro. ¿No va siendo hora de que vayas a la policía y denuncies la desaparición de una persona?

—Ya sé que no es la caza del tesoro. ¿Crees que iba a hacer un vuelo de dieciocho horas para cazar tesoros?

—Quiero que hagas algo.

—¿Estás preocupada?

—Ibi está preocupada. Me llama dos veces al día. Me preocupa a mí. Me pone nerviosa, sé que son bobadas, pero no puedo evitarlo. ¿Ya has ido a ver a la policía?

—¿La policía? Esto es Namibia.

—Sí, pero tienes que empezar yendo a la policía. ¿O quieres hacerlo en Ámsterdam?

—Te llamaré más tarde. Todo está bajo control. Seguro que

aparecerá. Tú misma lo has dicho. Simplemente nos ha olvidado.

Dicho esto, cierra el teléfono y lo guarda.

La niña lo observa con una mirada tan neutra como siempre.

—Mi esposa está preocupada, cree que convendría que fuésemos a la policía.

Hofmeester se levanta, va con la niña hasta el buffet. Delante del buffet, la niña le agarra la mano. Apunta a un croissant. Él pone el croissant en un plato.

—¿Yogur? —le pregunta—. ¿Yogur de frutas?

Cuando vuelven a la mesa y ven un vaso de chocolate caliente para la niña, él dice:

—Tengo que contarte algo, Kaisa. En realidad tiene gracia.

Con la cucharilla del café, prueba un poco del yogur de frutas de ella.

Se inclina más hacia la niña, con la cuchara en la mano.

—Mi vida está llegando a su fin —dice—, no puedo ir a ninguna parte.

Su voz tiene un deje de triunfo, él mismo lo oye. Como si fuera un logro ya no poder ir a ninguna parte. No poder escapar.

Ella asiente. Habrá sido el tono de su voz lo que la hace esbozar una sonrisa. El tono de alguien de buen corazón que cuenta un chiste, el tono de un hombre que está a punto de hacerle cosquillas a una niña.

—La gente —le dice él— escribe una historia de su vida para crear un orden. Para eso están las historias. Para poner orden. Y mi historia —toma un gran sorbo de café—… se me ha ido de las manos.

Siente entonces la tranquila tristeza que conoce de las colinas del sur de Alemania, cuando su hija estaba en la clínica.

—Cuando ya no puedes ir a ninguna parte —le dice—, se acaba el juego y entonces llegas por fin a la realidad. Antes, mi esposa y yo jugábamos a menudo. Eso era antes. Entonces yo era el violador con una navaja y ella una chica en bicicleta. En el Vondelpark. En Ámsterdam. De noche. Mi esposa y yo jugábamos, lo que hacíamos juntos era jugar.

Se encoge de hombros. No sabe qué más decir.

Cuando la camarera le sirve más café, ve por su cara que ya no puede quedarse por más tiempo en este hotel. Advierte una censura que apenas se diferencia de la cólera. A la gente no le gustan los viajeros que buscan diversión especial, y aunque él querría explicarle que no busca diversión especial, ni siquiera diversión normal, sabe que es inútil. Se levanta, ayuda a la niña a salir de la silla y se dirige a su habitación. Mientras caminan, la niña le agarra la mano. Ahora a él ya no le extraña que lo haga. Es como si eso fuera lo correcto.

Delante de la puerta se queda parado. Se agacha.

—Tienes que irte a casa —le dice—. ¿Dónde vives, Kaisa?

Ella no le responde, mira a través de él.

Él repite la pregunta una vez más. De nuevo sin respuesta.

—Tengo que buscar a mi hija, Kaisa —le dice—, se ha perdido. Estamos preocupados. Terriblemente preocupados. ¿Dónde vives?

La coge por ambas manos y las aprieta un poco.

—¿Dónde vives? —le pregunta.

Su respuesta no es una sorpresa, pero aun así le provoca náuseas.

—*Do you want company, sir*?

Siempre ha pensado que era absurdo cuando alguien le decía que el miedo le provocaba náuseas. Nunca lo creía. Ahora sabe lo que es. Se siente enfermo de miedo y ni siquiera sabe qué teme o si hay algo que temer.

Hofmeester abre la puerta, la niña pasa de largo, se sienta en la silla que por lo visto considera suya.

—De acuerdo entonces —dice él de pie delante del minibar—, puedes quedarte un día más. Me parece divertido, porque conversamos bien juntos. Nos comprendemos, Kaisa. ¿Y sabes por qué? Porque no nos rechazamos.

Se cala el sombrero, coge su maletín y luego la mano de la niña. Se queda parado delante del espejo.

—Se esperaba de mí que fuera editor —le dice a Kaisa en el espejo —, pero ¿sabes qué sucedió? No me convertí en editor. Perdí mi ambición, perdí mi fe. Mi ambición era mi fe. Una persona sin fe no es gran cosa. Quizá sea una persona endurecida, acorazada. Como un tanque. Míranos, Kaisa. ¿Qué somos nosotros? Personas sin fe. Nos tenemos el uno al otro. Yo flotaba por el espacio, no estaba atado a nadie. Hasta que me cogiste de la mano, en el semáforo. Entonces me quedé atado a ti. Así es. Podrías haber cogido otra mano, pero agarraste la mía. ¿Qué pensabas, Kaisa? ¿Qué viste cuando pasé por delante? ¿Fue mi sombrero? ¿Habías abordado ya a muchas personas aquel día?

Se va con ella a la ciudad. Ella descalza, él con sandalias. De vez en cuando se queda parado en un cruce y pregunta:

—¿Adónde vamos, Kaisa?

Ella lo lleva entonces en la dirección que le parece mejor. Almuerzan en una gasolinera y a las cuatro de la tarde beben Coca-Cola en un club de billar. De vez en cuando, Hofmeester dice algo sobre su hija, su trabajo o África. Kaisa escucha sin contestarle. A veces susurra:

—Dinero, señor. Dinero.

Entonces, él le da algunos dólares namibios, pero ella no tiene

dónde guardarlos. Solo tiene el vestido. Entonces, él le compra un bolsito de colores chillones a un vendedor ambulante. Le muestra que puede meter los dólares namibios dentro.

—Mira —le dice—, así se abre y se cierra.

El bolso le queda bien, le da un toque alegre, y ella lo arrastra como si fuera una muñeca.

En un jardín del centro de la ciudad, él se sienta en un banco junto a un parque infantil. Hay columpios y dos toboganes, uno alto y otro bajo. Hofmeester es el único blanco aquí. Primero, Kaisa se sube al tobogán bajo, pero después de unas cuantas veces, se atreve con el alto. Hofmeester se acerca a ella, caminando por la arena que le cosquillea entre los dedos de los pies y le escuece las heridas.

—Ven —le dice al pie del tobogán—, no tengas miedo.

La recoge y se acuerda de cómo recogía a sus propias hijas de pequeñas.

A las cinco está delante del cibercafé cerca de la Independence Avenue. Titubea un poco. Después sube por la escalera que lleva al café. Se sienta delante del ordenador de siempre y coloca a la niña en su regazo.

—Aquí vengo casi todos los días —dice en voz baja— para ver si Tirza ha mandado un mensaje.

Abre su correo electrónico, solo hay mensajes de su esposa y algo de publicidad. No lee los mensajes que ha recibido, tampoco los de su esposa, se queda sentado delante del ordenador sin hacer nada. Acaricia suavemente el pelo de la niña.

Cada vez tiene menos en cuenta su entorno. Olvida lo que podría pensar el entorno de él. Él se retira. Lo que piensen de él no tiene importancia. Aquí en Namibia pueden pensar lo que quieran.

Entonces abre el maletín y saca la libreta de Tirza. Se salta los SMS que ella escribió, solo de vez en cuando le llama la atención un mensaje o un dibujo hecho sin pensar. Seguramente mientras hablaba por teléfono. Algunas personas dibujan mientras telefonean, él no.

Coge la agenda de Tirza, la hojea hasta la página donde están anotadas su dirección de correo electrónico y su contraseña.

Hofmeester la mira como si fuera una carta. Tal vez no destinada a él, pero una carta al fin y al cabo.

Entonces teclea www.yahoo.com, después el nombre de usuario de Tirza y luego la contraseña: ibi83.

Ve los correos electrónicos que él mismo ha enviado y que nunca han sido leídos, ve los correos de amigos y amigas, correos de personas de las que nunca había oído hablar.

No los lee, sigue hasta «Redactar».

Aquí la computadora va lenta. Él espera con nerviosismo a que

aparezca la siguiente ventana.

Escribe su propia dirección de correo y en asunto: «Por fin». Es eso: por fin.

Con la niña sobre sus rodillas escribe un mensaje de correo. «Querido papá —teclea— siento no haber dado noticias mías durante tanto tiempo. Pero estoy en el desierto y aquí hay pocos teléfonos. La naturaleza es preciosa».

Deja de teclear, mira a la niña en su regazo.

—Es cierto, ¿no crees? Aquí la naturaleza es preciosa, ¿verdad?

Se seca la cara con un pañuelo, y después lo pasa por la cara de la niña. A pesar del aire acondicionado en el cibercafé ambos sudan.

Después sigue escribiendo: «Nos quedaremos un poco más aquí. Te llamaré en cuanto lleguemos a la civilización. No te preocupes. Soy feliz. Todo va bien. Me siento como una princesa. Besos, saludos a mamá. Tirza, la reina del sol».

Eso escribía ella siempre al final de las postales y las cartas: Tirza, la reina del sol.

Y lo de princesa se lo dijo en una ocasión cuando él la llevó un fin de semana largo a París. El cuarto de baño de su hotel era bonito y espacioso. Por la noche, desde la bañera le dijo a su padre que estaba viendo la televisión en la cama:

—Papi, me siento como una princesa.

Él se levantó para mirar a su hija en la bañera.

—Esa es la idea —le dijo él—, es exactamente la idea.

Entonces, por un instante, se sintió ligero, liviano y nada oprimido.

Relee dos veces el mensaje que acaba de escribir, y luego pulsa la tecla «Enviar».

La niña se ha quedado sentada en su regazo. Está bien allí. Ha seguido todo lo que ha hecho y dicho Hofmeester, y al mismo tiempo todo parece haberle resbalado. Kaisa no saca conclusiones de lo que ve y oye.

Ahora él abre su propio correo electrónico. Lee el correo que acaba de enviarle Tirza.

—Tirza, la reina del sol —dice.

Se lo dice más a sí mismo que a la niña en su regazo. Como si le asombrara lo que ha escrito él mismo. Como si no lo esperara.

Saca el teléfono del bolsillo y sin apartar la vista del mensaje que le ha enviado Tirza, llama a su esposa.

Ella descuelga enseguida. Seguramente está en el jardín o en el sofá del salón. Solucionando un viejo criptograma.

—Soy yo —le dice él.

—¿Y? ¿Hay noticias?

La niña en su regazo alarga la mano hacia el teclado. Él la aparta con suavidad.

—Sí, hay noticias. He recibido un correo electrónico de Tirza.

Hofmeester sigue mirando el mensaje que ha escrito él mismo. Se le antoja que no lo conoce, no lo suficientemente bien. Tendría que leerlo una vez más. Debería aprendérselo de memoria.

—Está en el desierto —dice.

—¿Y? ¿Está bien? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no ha llamado ni escrito?

La voz de su esposa suena muy diferente a lo que él está acostumbrado.

—Está bien. No ha pasado nada.

Su esposa no parece aliviada. Su relación con Tirza siempre ha sido complicada. Por lo visto no le produce alivio que su hija siga viva. La vida tampoco puede llamarse alivio. La muerte tal vez sí. Hofmeester debería reflexionar a este respecto. Ya lo hará cuando tenga tiempo. No entiende qué lo mantiene tan ocupado.

—¿Y qué escribe?

Hofmeester le lee el mensaje entero. Está satisfecho. Por la elección de palabras, por las frases cortas. El mensaje no es muy largo y no obstante dice todo lo que tiene que decir. Lo de princesa, eso le gusta. Lo conmueve.

—¿Y ahora qué? —pregunta su esposa—. ¿Vuelves a casa?

Hofmeester se pasa la mano por la boca. No había contado con esa pregunta. Había tenido en cuenta todas las preguntas, salvo esta.

—Primero iré al desierto —dice—. Iré a buscarla ya que estoy aquí. Aquello debe de ser hermoso. Vacío, con mucha arena, parece ser que así era la vida cuando empezó la vida.

Por un instante nadie dice nada. Es como si la esposa tuviera que pensar.

—Y el vestido —dice—, el vestido que te di, ¿se lo llevarás?

—Por supuesto, por supuesto que se lo llevaré. Lo tengo en el ropero. Me lo llevaré. Se pondrá contenta. Es un verdadero vestido para el desierto.

—Dime cosas —le dice ella—, dame noticias pronto. Estoy contenta. E Ibi también lo estará.

En su voz, él oye una curiosa duda. El piensa que duda de si volverá a tener noticias suyas. La duda con la que se habla de alguien que ha desaparecido para siempre.

—Lo haré —le dice él—, te llamaré. En cuanto vuelva del desierto te llamaré.

—Te echo de menos.

Él se cambia el teléfono de oreja.

—¿Qué quieres decir?

—Justo lo que he dicho.

—No es necesario —dice él—, no hace falta que me eches de menos. Volveré. Y es demasiado tarde, quiero decir: para echarme de menos, para echar de menos a alguien.

—Esto está muy vacío. ¿Me tomas algo a mal?

Él mira a la niña en su regazo.

—No, nada. Quiero decir, bah. Las cosas van como van. No te tomo nada a mal. Eso quiero decir. Nada.

—Dile a Tirza que la quiero, si la ves.

Él vuelve a oír la duda en su voz, pero serán imaginaciones suyas.

—Lo haré.

—Y Jörgen…

—¿Sí?

—Todo saldrá bien, ¿verdad?

Él no responde a la pregunta. Con un breve saludo, acaba la conversación.

Deja a la niña en el suelo y paga en el mostrador.

—¿Y? —pregunta la chica del cibercafé—. ¿Hay novedades? ¿Se ha enterado de algo?

—Ha aparecido —dice él—, mi hija ha aparecido, está en el desierto.

—¿No se lo dije?

Él asiente.

—Los niños —dice la chica—, no se dan cuenta de lo mucho que se preocupan los padres. Tengo uno de dos y solo ahora comprendo a mi madre.

—Sí, sí, comprendes a tus padres solo cuando tienes hijos.

Hofmeester lo dice por decir, pues él nunca ha comprendido a sus padres y viceversa.

Sale del cibercafé. En la siguiente esquina, delante de las oficinas de South African Airways, le dice a la niña:

—Hay que tranquilizar a la gente. No siempre es lo más decente, pero hay que hacerlo. Una persona tranquilizada es una persona feliz. No soporto la tristeza ni el pánico. Quiero que la gente esté tranquila. Odio la histeria. Las emociones son la maldición de estos tiempos, las emociones.

Pronuncia la palabra como si fuera un taco.

—La franqueza con la que se exhiben, el orgullo, la fe que se deposita en ellas —susurra—, es una locura. Las emociones son una creencia que hay que superar.

Entonces abre el maletín para comprobar que no se ha dejado la

libreta de Tirza y su agenda en el cibercafé. Todo lo que tiene que estar ahí, sigue en su maletín. Lo único es que todavía no ha comprado el sacapuntas. Lo olvida cada vez. Y tampoco logra recordar cómo se dice sacapuntas en inglés.

—Voy a dejarte —dice—, tenemos que despedirnos. Ha sido bonito, pero ahora tengo que seguir. Voy a ver a mi hija y tú te irás con tu familia. Gracias por todo.

Titubea, ya no sabe qué decir. Los transeúntes cargados de bolsas de la compra chocan contra ellos.

—Ahora tienes que decirme de verdad dónde vives.

Le coge la cara, se arrodilla y repite con una voz fuerte y desesperada, como si tuviera miedo de no librarse nunca más de ella:

—¿Dónde vives, Kaisa? Tu madre querrá que vuelvas a casa ya, ¿no?

Ella dice que no.

—Tengo que trabajar —susurra la niña.

Él la zarandea.

—¿Dónde vives? —grita en la calle principal de Windhoek—. Kaisa, ¿dónde vives?

La gente los mira.

Ella dice un nombre. De una calle, una familia, un barrio, un bar, tal vez. Hofmeester no tiene la menor idea.

Ella menciona un nombre que él no recuerda y que apenas ha entendido, pero es algo, es suficiente.

—Te llevaré hasta ahí —le dice.

En la Independence Avenue para a un taxi. En el taxi deja que la niña repita el nombre. No tiene ni idea de adónde van, pero van a la casa de Kaisa. Eso es seguro.

El taxi es uno de esos que se comparten con otras personas. Otros se suben y se bajan. Hofmeester tiene que sentar a la niña en sus rodillas. A su lado hay una negra gorda con dos bolsas y junto a ella un hombre. En el pequeño coche, él empieza a sentirse atrapado.

—¿No se preocupa tu madre a veces si no vuelves a casa durante unos días? —pregunta en voz baja a la niña—. ¿No se preocupa?

La niña dice que no con la cabeza, o puede que Hofmeester se lo imagine, que se deba al traqueteo del automóvil. El chófer circula rápido y hay baches en la carretera.

—Yo sí —dice él—, desde el momento en que nació Tirza, veía accidentes por todas partes, desgracias por todas partes. Bastaba un solo momento de descuido. No hacía falta nada más para ser castigado para siempre. Por Tirza empecé a ver el mundo tal como es, peligroso, profundamente peligroso. Inhóspito y carente de toda lógica. Un conducto de calefacción, la puerta de un ascensor, una bañera, un

peligro omnipresente. Un dolor omnipresente. Los niños pequeños no conocen el miedo. Hay que enseñarles lo que es el miedo, hay que meterles el miedo en el cuerpo y enseñarles a asustarse. Hay que decirles: «Pupa, eso es pupa. Y esto es pupa. Y también esto». Tienes que asustar a los niños pequeños, pues de lo contrario se mueren.

Atraviesan barrios de Windhoek en los que él nunca ha estado.

La niña mira afuera, a Hofmeester le parece que con aburrimiento. Como si ya hubiese pasado a menudo por aquí. Como si ya lo hubiese visto todo varias veces.

—¿Y la alegría? —prosigue él—. Eso dice la gente entonces. La alegría, vivir es alegría, ¿no? Claro que sí, yo he conocido la alegría. Por ejemplo antes, con Tirza. A veces la acompañaba caminando a su clase de violoncelo. Entonces yo le contaba historias, o ella me explicaba cómo funcionaba todo. Eso era alegría.

Él dice la palabra «alegría» como «emoción». Una palabra que le cuesta pronunciar, una palabra hostil.

—Tú también has traído alegría a mi vida, pero ¿qué más? Poca cosa, si he de serte sincero. En mi vida no había alegría, es cierto. Durante días enteros. Semanas enteras. No me quejo. Habrá otras personas con más alegría en sus vidas, pero no muchas. Cuando tenía que corregir manuscritos, dejaba cuatro lápices en la mesa, cuatro lápices de exactamente la misma longitud. Ahí estaba para mí la alegría. He buscado la alegría en los detalles.

Los dos miran afuera. Hay poca gente en la calle.

—Ha sido bonito —dice él con ternura—, el tiempo que hemos pasado juntos ha sido bonito, no te olvidaré. Pero tengo que seguir adelante.

La mujer gorda con las bolsas de la compra sale del taxi, junto con el hombre. Ahora Hofmeester está solo en el taxi con la niña. Ella se baja de sus rodillas.

Él abre el maletín.

Pasan delante del aeropuerto para vuelos nacionales, llamado Eros, curioso nombre para un aeropuerto. Aeropuerto Eros, el nombre de un aeropuerto donde se busca diversión especial.

Tiene la sensación de que salen de la ciudad.

—¿Adónde vamos? —pregunta—. Vamos a ver a tu madre, a tu familia, ¿verdad que sí?

Ella asiente.

Seguro que todo saldrá bien, piensa él. La niña sabe lo que hace. Lo ha abordado, seguro que también sabrá cómo volver a casa. No es tonta.

Entonces el taxi se detiene abruptamente. Al borde de la carretera. No se ven casas por ninguna parte. Están en una autopista. Aunque

también circulan ciclistas por ella. Y peatones.

—¿Es aquí? —le pregunta a la niña—. ¿Hemos llegado?

No obtiene respuesta.

—¿Qué pasa? —le pregunta al chófer—. ¿Hemos tenido una avería?

Los dos murmuran algo que Hofmeester no entiende. Agarra a la niña por los hombros.

—¿Hemos llegado? —le pregunta—. Di algo.

La zarandea.

Ella asiente.

—Sí, señor —dice en voz baja, pero audible.

Él paga demasiado, pero no puede esperar al cambio, no tiene paciencia. Sale del taxi. Ahora están al borde de lo que en Namibia se llama autopista.

Hofmeester ve chozas al otro lado del guardarraíl, pequeñas chozas con tejados de uralita.

Tres hombres están asando carne sobre dos toneles puestos boca abajo.

El sol le escuece los ojos. Él se hunde más el sombrero.

La niña le coge la mano y tira de él, más allá de los hombres que asan carne.

En este lugar no hay blancos y él se da cuenta de que aquí no vienen los blancos. Este no es un barrio para él, no es un lugar para él. Pasan delante de construcciones idénticas que tal vez podrían llamarse viviendas, Hofmeester no sabría decirlo. Dentro vive gente, eso en sí justifica la palabra «vivienda». Pero «construcciones» es mejor, hace más justicia a la verdad. Con una casa sucede lo mismo que con la belleza, depende de quién mire. La niña lo obliga a avanzar cada vez más rápido.

—Espera —grita él— no tan deprisa. No tires así de mi maletín.

Cuando se cruza con otra persona, él mira al suelo, a sabiendas de que este no es su sitio, a sabiendas de que lo odian. Pero no le importa. Si no tienes adónde ir, poco importa ya que te odien.

No obstante, tiene miedo. Miedo de ser lapidado o desmembrado. Miedo de la muerte, aunque no lo comprende. La muerte no puede ser más desolada que la vida, pero sí más tranquila, más calmada. Sobre todo más apacible. En la muerte Hofmeester ve todo lo que no ha podido encontrar en la vida: curación.

—¿Adónde me llevas? —susurra—. Tirza, esto no puede ser.

Solo tras unos segundos se percata de que la ha llamado Tirza.

No se toma la molestia de corregirse. Seguro que ella no lo ha oído.

La niña camina cada vez más rápido. Y ahora es él quien le agarra la mano. Si me suelta, piensa él, desaparecerá en una de esas chozas y estaré perdido, no sabré ni siquiera cómo regresar a la autopista. Me descuartizarán, lentamente y sin hacer ruido. Me castigarán por crímenes que no he cometido.

—No tan deprisa —dice—, me duelen los pies.

Después de diez minutos se detienen delante de una choza. La puerta es una cortina de ducha.

El vestíbulo tiene solo tres baldosas. Después hay una puerta de verdad o, al menos, algo más de verdad. Aquí, todo es relativo.

El interior está oscuro. Hofmeester no ve nada. Solo huele mucho. Huele a despojos.

El hedor lo ablanda. El hedor lo irrita.

Cierra los ojos y vuelve a abrirlos, pero sigue sin ver nada.

El suelo es de arena, lo nota al pisarlo con las sandalias. Siente la necesidad de pedir auxilio, de oír una voz humana. Siente la curiosa necesidad de gritar que Dios debe hacer acto de presencia. No es que sea creyente o esté a punto de volverse creyente. Pero la idea de que nadie lo vea desde arriba, que solo lo vea la niña, que por lo demás nadie lo mire, le resulta insoportable.

—Kaisa —dice—, di algo. ¿Dónde estamos?

Lentamente empieza a acostumbrarse a la oscuridad. En un rincón del cuarto yace una persona sobre un camastro. Debajo de un paño.

Una mujer.

La niña lo lleva hasta la mujer.

—¿Es tu madre? —pregunta él—. Kaisa, ¿es tu madre?

Él se manosea la chaqueta.

Se aclara la garganta.

—Me llamo Jörgen Hofmeester —dice sosteniendo el sombrero en la mano—. He hecho compañía a su hija durante unos días. O mejor dicho: ella me ha hecho compañía durante unos días. Han sido días especiales. Hemos hablado, y ha sido muy grato. Su hija es una persona cálida, una persona dulce.

La madre no está muerta, puesto que abre los ojos. Parpadea. El hedor hace que Hofmeester se sienta indispuesto. En cualquier caso, tiene la desagradable idea de que va a estar indispuesto, que vomitará. De que en esta choza vomitará como un perro y que tendrá que arrastrarse por el suelo en su propio vómito.

—¿Me entiende? —pregunta—. ¿Quizá habla usted afrikáans?

Ella mueve los labios, parece decir algo, pero de su boca no sale ningún sonido.

—No entiendo a tu madre —le dice a Kaisa—. No la entiendo.

Pero Kaisa también calla.

—No la entiendo —dice él.

Se arrodilla junto a la cama. De todas formas, su pantalón ya está manchado. En África no importa. Esto no es la Van Eeghenstraat. En África pocas cosas importan. Otro país, otras reglas.

En la cara de la mujer hay moscas. Él las aparta.

—No la entiendo —dice—, pero soy un amigo de su hija Kaisa, un amigo de Holanda.

Ahora, ella mueve las manos.

Él las mira, observa las manos que se mueven como quien mira un exótico teatro de títeres y tarda unos segundos en comprender que es el lenguaje de gestos. Que ella le está hablando en el lenguaje de sordos.

Él se levanta. Vuelve a manosearse la chaqueta. Busca algo en los bolsillos interiores.

—No domino el lenguaje de sordos —dice exageradamente alto y claro.

Pero piensa: es sordomuda, eso es. Es sordomuda.

—¿Qué dice tu madre? —pregunta—. No la entiendo.

Y luego grita:

—No domino el lenguaje de sordos.

Hofmeester se arrodilla delante de Kaisa.

—Tengo que irme —le dice—. Debo volver a la ciudad. Te doy un beso, Kaisa, no puedo quedarme aquí. Te doy un beso. ¿Sabes lo que dice tu madre?

Silencio. El sonido de insectos. Decenas de moscas aterrizan en la cabeza y el cuerpo de la madre de Kaisa. Su cuerpo es un aeropuerto para moscas, nada más. Un aeropuerto.

—*Do you want company, sir*? —susurra Kaisa—. *Sir*?

—No, no —dice él—. No, no. Ella habla el lenguaje de sordos. ¿Es que no lo ves? Habla el lenguaje de sordos. Tu madre. Dice algo, pero no sabemos qué.

Hofmeester busca en su maletín, pero allí no hay nada. Al menos nada que le sirva ahora.

Del bolsillo del pantalón saca todos los dólares namibios sueltos que lleva encima, también en el bolsillo interior encuentra algo de dinero, y con ese dinero rocía el cuerpo de la mujer en la cama. Ella sigue moviendo las manos, como una maniática. Quizá lo esté insultando en el lenguaje de gestos.

—Tenga —dice él— tenga, no la entiendo, porque no domino el lenguaje de sordos. Aquí tiene algo de dinero. Para las compras. O para… para lo que sea.

Sale de la choza como huyendo. Corre, pero los pies le duelen demasiado para aguantar mucho tiempo. Pasa delante de

construcciones idénticas. El olor de la putrefacción le persigue. Y también lo hace Kaisa. Viene detrás de él. Es rápida. Muy rápida. Le agarra la mano. Y él se la agarra también. Aprieta la mano de Kaisa.

Pasan delante de los hombres que asan carne. Los hombres le gritan algo, pero Hofmeester no se detiene. No tiene ni idea de lo que dicen.

—Un taxi —dice—, tenemos que parar a un taxi. ¿Dónde encontramos un taxi?

Salta sobre el guardarraíl, agita el maletín. No hay vehículos.

Sigue oliendo el hedor. La muerte en África apesta.

—No te importa que hayamos dejado así a tu madre, ¿verdad? —pregunta—. Le he dado dinero. Tiene que ir a un médico. No sé lo que tiene, pero debe verla un médico. Un médico que domine el lenguaje de los gestos.

Se inclina hacia la niña.

—Tú tienes que volver a casa. Tienes que soltarme, tienes que soltar a las personas, como he hecho yo. Pero eres demasiado joven para soltarlas, tú debes sujetarlas. Por eso debes volver con tu madre.

Un automóvil pasa de largo. Él agita el maletín. El vehículo no se detiene.

Empieza a soplar el viento levantando un fino polvo que se le mete en los ojos.

—Kaisa —dice—, no puedes venir conmigo. Me voy al desierto. No puedes ir a ninguna parte. Voy a desaparecer. No puedes venir. Desaparecer es algo que se hace solo. En realidad todo se debe hacer solo, por supuesto, es cierto, pero desaparecer es algo que uno debe hacer realmente solo. No puedes tener a nadie cerca, y menos a niños, Kaisa. Nada de niños.

Avanza unos metros siguiendo el guardarraíl. Pasa un camión. Empieza a oscurecer.

Kaisa lo sigue. Le coge la mano.

—Vete —exclama él.

Se quita el sombrero y lo agita como un matamoscas.

—Vete.

Se agacha. Se arrodilla en el tórrido asfalto. Con el sombrero en la mano y el maletín bajo el brazo.

—Kaisa, ¿es que no ves quién soy? —susurra—. ¿Es que no lo ves? ¿No lo comprendes? Soy el que enfermó a Tirza, soy la enfermedad de la clase media blanca. Soy el trastorno alimenticio.

Ella no se mueve. No le impresionan sus palabras.

—¿Qué quieres de mí? —grita Hofmeester mientras se levanta—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Ella se le acerca. Le tira de la mano, y él tiene que agacharse. Se

agacha cada vez más.

Ella le acerca la boca a la oreja y susurra:

—*Do you want company, sir*?

# 4

ESA MISMA NOCHE, PIDE UN TODOTERRENO EN HERTZ, pero ya no les quedan. Ni siquiera pequeños. Solo tienen un Toyota azul claro de oferta.

—¿Puedo ir con él al desierto? —pregunta él.

—Si va con cuidado —le contesta la chica de la empresa de alquiler— puede llegar bastante lejos. Pero no siga conduciendo durante una tormenta de arena. En cuanto se levante la tormenta, deténgase de inmediato. No siga avanzando, ni siquiera despacio. No servirá de nada. Solo conseguirá estropear el coche.

—Me detendré de inmediato —promete Hofmeester.

Por la noche, deja el hotel Heinitzburg. Le han cobrado una noche de más porque no ha dejado la habitación a tiempo. A él no le importa. El que pierde mucho acaba por perder hasta su austeridad. Se despoja de la austeridad como una prenda superflua.

El personal del hotel lo despide con amabilidad, pero manteniendo claramente las distancias. Nadie le pregunta por su hija. Si la ha encontrado. Si ahora va a verla. La jefa de camareras, una mujer mayor y blanca, le trae la propina que él ha dejado en la mesilla de noche para las camareras.

—Ha olvidado usted esto, señor Hofmeester.

Él no se atreve a decir que no ha olvidado el dinero, y lo coge avergonzado.

Un joven que durante el día hace de jardinero, lo ayuda con el equipaje. Después de meter el equipaje en el maletero del Toyota, el chico le muestra sus zapatos. Son zapatillas deportivas.

—Son demasiado grandes, señor —le dice—, cuatro o cinco números de más.

La niña sostiene la mano de Hofmeester, mientras mira al joven cuyo color de piel es aún más oscuro que el suyo.

—Me los han regalado, pero me quedan demasiado grandes —dice el jardinero—. No puedo caminar con ellos.

La portezuela del coche ya está abierta. El padre de Tirza y su compañera de viaje están listos para marcharse.

—¿Tiene usted dinero para unos buenos zapatos?

La voz del jardinero suena como si fuera una pregunta que no debería haber formulado. Una pregunta prohibida.

Hofmeester mira los pies descalzos de la niña y luego los zapatos del hombre. Se pregunta cuál es el problema de unos zapatos demasiado grandes. Es mejor que no tener zapatos, ¿no?

Aunque Hofmeester ya le ha dado veinte dólares namibios, le da otros cien. Coloca a la niña en el asiento delantero y le muestra cómo debe sujetar el cinturón de seguridad.

Deja su maletín y su sombrero en el asiento trasero. Se despide del jardinero, que es el único miembro del personal que ha salido para acompañar al holandés que se ha quedado mucho más tiempo del previsto en el hotel.

Hofmeester conduce en dirección a Okahandja. Ya es de noche. La radio está encendida, la emisora alemana de Namibia que pone música schlager. Música que ya no se oye en otros sitios. *Theo wir fahr'n nach Lodz. Steh auf, du altes Murmeltier, bevor ich die Geduld verlier. Theo, wir fahr'n nach Lodz*. Hofmeester canturrea.

—*Du altes Murmeltier* —musita.

De vez en cuando mira a la niña, pero ella no parece escuchar la música, tampoco su canturreo.

A treinta kilómetros al norte de Windhoek, ve un letrero: «Okapuka Ranch». Lleva demasiada velocidad para detenerse a tiempo. Entonces habrá que continuar, piensa. Sin embargo, después de unos tres kilómetros decide dar media vuelta. Tiene la sensación de que a partir de aquí ya no habrá nada más. Que el Okapuka Ranch es la única ocasión de detenerse entre Windhoek y Okahandja.

Y además está cansado, demasiado cansado para seguir conduciendo.

Delante de la verja del Okapuka Ranch hay un vigilante que se acerca al coche a paso lento, a Hofmeester le parece irritantemente lento.

El padre de Tirza observa a la niña que está sentada a su lado como un secuestrador a su rehén. Debería comprarle algo, unos zapatos y un vestido nuevo. Si le da zapatos al jardinero, también puede comprárselos a ella, ¿no? Lo ha ido aplazando, pensando que resultaría sospechoso, que podía suscitar asociaciones equivocadas. Él no buscaba ninguna diversión especial. A lo sumo se podría decir que buscaba a Tirza. A lo sumo eso.

—¿Sí? —pregunta el vigilante.

—Busco una habitación para pasar la noche. ¿Está abierto el Okapuka Ranch?

El vigilante mira a la niña sentada al lado de Hofmeester. Lleva una linterna con la que ilumina el interior del automóvil.

Entonces pregunta:

—¿Tiene usted una reserva?

Hofmeester niega con la cabeza.

El vigilante no hace nada. Se queda allí parado. Solo una vez ilumina el interior del Toyota con la linterna. También el asiento trasero, donde están el maletín y el sombrero de Hofmeester.

Después, el vigilante abre lentamente la verja. Un letrero advierte que el visitante accede al terreno por su cuenta y riesgo. Hay animales salvajes.

Hay un buen trecho hasta la recepción y el camino de arena está lleno de baches. Hofmeester oye el sonido de las piedrecillas que saltan a su paso. Dice:

—Estamos destrozando el coche.

La niña no le contesta.

En la recepción hay una mujer negra corpulenta. Hofmeester le explica por qué está aquí. Pide disculpas por no haber reservado. Ella hojea un libro sin mucho interés. Por lo que él ve, aquí no hay nadie más. Hay una tienda de souvenirs, pero también está vacía.

—¿Desea cenar? —pregunta ella.

—Si es posible.

Ella mira el reloj.

—Tendrá que darse prisa —y señalando a la niña pregunta—. ¿Quiere una cama aparte para ella? ¿Una cama infantil?

—Es mi sobrina —dice Hofmeester—, una cama de matrimonio está bien.

Y mientras lo dice, se da cuenta de que suena como un hombre que busca diversión especial y la ha encontrado. Un hombre que ha venido a África para buscar lo que en su país no puede encontrar sin problemas.

—La choza número once —dice ella entregándole la llave—. La cocina estará abierta otra media hora.

Tiene que ir en coche hasta la choza, está demasiado lejos para ir caminando con el equipaje. La ruta cruza un riachuelo seco. Vuelve a oír el ruido de piedras que saltan.

Las demás chozas parecen abandonadas. Por lo visto no hay muchos huéspedes en el Okapuka Ranch. No es la temporada o el Okapuka Ranch no cae en gracia. En Windhoek oyó al dueño de un bar quejarse: «Namibia se ha vuelto demasiado cara para los turistas». Con la buena educación que lo caracteriza, Hofmeester pidió otra porción de *apfelstrudel*. A primera vista, el pasado alemán del país permanece sobre todo en las curiosidades culinarias y algunos nombres de calles que se han olvidado cambiar: por ejemplo la Bahnhofstraße. Hofmeester se quedó mucho rato mirando el letrero de

la calle.

Se acerca a la choza cargando con el equipaje. La niña camina detrás de él. Del techo cuelga un ventilador. La cama es grande, la habitación está limpia. Flota un ligero olor, no desagradable, a madera y desinfectante. Este es el África de los turistas. El mundo puede dividirse en turistas y personal. Aquellos que siempre pueden irse, los turistas, y aquellos que sirven a los turistas, los entretienen y los divierten. Los que no se pueden ir.

Hofmeester se lava las manos y se enfunda una camisa nueva que ya se ha puesto un par de veces en Windhoek, pero que está algo menos arrugada que la camisa que ha llevado todo el día. La niña se pasea por la habitación y se queda parada junto a una silla. Mientras se abrocha la camisa, Hofmeester la observa y piensa en la madre de la niña. Una mujer en una cama. Una mujer que le recordaba a una vaca, más que nada por las moscas sobre su cara. Él asocia las moscas con las vacas. Sobre todo cuando se posan sobre el cuerpo y ya no se vuelven a ir. ¿Eran realmente moscas? Pequeños insectos, seguro. Decenas de pequeños insectos. Él no entiende de animales. Debería leer un libro al respecto.

—¿Tu madre siempre ha sido sordomuda? —pregunta mientras se abrocha los botones—. ¿Nació así?

La niña sonríe, ¿o son imaginaciones suyas? La ve negar con la cabeza. Ajá, así que la madre se volvió sordomuda más tarde.

—Seguro que tu madre era una mujer guapa —le dice él.

Luego la coge de la mano.

—Ven, vamos a comer. No te preocupes por tu madre. Le dejé dinero. Dejé dinero en su cama, suficiente para hacer la compra. Para una semana. Para un mes. Tiene que salir de esa choza. No es sano dormir demasiado. Provoca depresión. Hay que moverse, aunque uno no se sienta bien, eso es curativo. Oh, seguro que todo saldrá bien con tu madre.

Habla como un anciano a la hora del café, pero es que no puede evitarlo: quiere aliviar. Necesita tranquilizar.

De camino al comedor, atraviesa un césped recién cortado. La niña le sujeta la mano. De pronto, ella se detiene.

—Señor —dice.

Apunta a una bestia.

Él no la había visto. Estaba pensando en otra cosa. En la Van Eeghenstraat. En su esposa y en el vestido que le compró a Tirza. Durante años no dio noticias suyas y de pronto se presentó con un vestido para el viaje por el mundo. Típico de su esposa. Imprevisible. Impulsiva.

La bestia está a unos veinte metros de distancia. Hofmeester solo la

conoce de fotos en libros. Aquí quería venir Tirza. A Namibia. Por los animales salvajes, pero sobre todo por otra cosa, la cultura. La cultura, piensa él riéndose.

La bestia se aleja corriendo y desaparece en la oscuridad sin apenas hacer ruido.

Hofmeester no cree en la cultura, si es que se puede creer en ella. ¿Qué es la cultura? Su estrategia de supervivencia es la de la adaptación, la capacidad de hacerse invisible. ¿O es eso también cultura? Cuanto más invisible, mejor. Lo invisible es invulnerable.

Sin embargo, él intentó educar a sus hijas de otra manera, como individuos críticos que no ven la comunidad como una red de seguridad, sino como una jaula. Primero hay que destacar en la piscina, en la escuela de música, en latín y griego, en matemáticas y física. Y luego, el dinero ya llegará. La verdadera libertad es el dinero, y si no se puede comprar la libertad, es que no hay suficiente dinero. Pero lo que él considera libertad, es para Tirza e Ibi una conspiración capitalista. Esa vuelve a estar de moda. Y por mucho que Hofmeester les haya explicado que no es una conspiración, que es libertad, ellas no quieren creerlo.

Cuando todavía era una niña, Tirza tenía muchos motivos para ser feliz. Era altamente superdotada, participaba en campeonatos de natación y los ganaba, tocaba mejor el violoncelo que otros niños de su edad. Y justo cuando llegó a lo más alto como superdotada, decidió matarse de hambre. Un pecado, un delito.

—Qué bonito, ¿verdad? —le dice Hofmeester a la niña—. Qué bonito, ¿verdad?

Él mismo no sabe si habla del animal que han visto huir, del césped, de la choza o del mundo en sí.

En el comedor hay al menos dieciocho mesas, de las que solo tres están ocupadas. Los comensales son todos gente mayor. Por su forma de hablar se diría que son sudafricanos, también hay dos alemanes que han sobrepasado la mediana edad.

La gente mira a la pareja poco usual, incluso desde la perspectiva namibia. El viejo blanco y la joven muy negra. Y entonces siempre llega el momento de la vergüenza, el momento en que Hofmeester querría corregirlo todo, explicarse. Pero cada día dura menos. Cada día se acostumbra más. La moral se erosiona poco a poco. Cada día se convierte más en el hombre que ven aquí en él: un occidental con una innegable debilidad por la diversión especial.

¿Acaso no es esa la única misión del ser humano? Uno tiene que convertirse en lo que otros desean ver en él.

Les dan una mesa al final del comedor, con vistas a algo que recuerda a Hofmeester a una estepa. No hay ventanas, aquí las

ventanas no son necesarias. Todo está abierto. Solo hay un tejado. Por si llueve.

El menú es sencillo. Ensalada, filete de gacela y postre.

—Come —le dice a la niña.

La niña mira la estepa, aunque no hay mucho que ver debido a la oscuridad. Come lentamente y con cierta desgana.

En cambio, Hofmeester tiene apetito y el vino tinto de Sudáfrica le sabe aún mejor. Le deja probar a la niña. Ella toma unos sorbos, pero no le gusta el vino. Lo que le gusta es la Coca-Cola.

—Aquí estamos de nuevo —dice Hofmeester cuando se ha acabado el filete de gacela—. Aquí estamos, no conseguimos separarnos, Kaisa.

Se reclina en la silla, juega con un mondadientes, pide una segunda botella de vino tinto. Para la niña otra Coca-Cola.

Hace como si estuviera de vacaciones. Tal vez lo esté. Por fin está de vacaciones.

—Me lo han arrebatado todo —dice en voz baja—. Primero me quitaron a mi esposa, después mi dinero. Lo hizo Mohamed Atta, ¿conoces a Atta? ¿Lo conoces?

Ella sacude la cabeza.

—Sí —dice él—, Atta. Muchos lo han olvidado ya. Es un error. Él me quitó mi dinero. Más de un millón. También hizo otras cosas. Les arrebató a otros sus hijos. Pero a mí me quitó mi dinero. Mi libertad.

Busca su maletín debajo de la mesa, pero recuerda que lo dejó en la choza número once. Al igual que su sombrero.

—Además me quitaron mi trabajo —dice—. Y en cierto sentido también a mis hijas. A mi familia. Pero yo lo acepté como se acepta el tiempo. La lluvia, la nieve, el viento, no los puedes cambiar, Kaisa. La invulnerabilidad es una virtud, la gente lo ha olvidado. El que no cree en nada, es invulnerable. Está por encima de las partes, está por encima de sí mismo. No conoce la duda, porque lo acepta todo. El que se siente herido, duda. Tú también eres invulnerable, Kaisa. A ti no te pueden quitar nada, porque no tienes nada. No importa cómo te llamen, porque no eres nada. Aunque acabaran con tu vida, eso no te lastimaría. En realidad ya estás muerta.

Le coge la mano, pero la vuelve a soltar cuando les traen la segunda botella de vino y la Coca-Cola de Kaisa.

Inmediatamente después le vuelve a coger la mano. Se la acaricia. Es suave, pequeña y sin embargo tiene fuerza.

Hofmeester ve moverse un escarabajo, un gran escarabajo africano de vivos colores. Se lo muestra y ambos lo miran. Como si fuera una atracción especialmente organizada para ellos.

—Tenía, o mejor dicho: tengo una asistenta de Ghana —dice Hofmeester—. Es una mujer amable. Ilegal, pero amable. Cuando

desapareció mi esposa, inicié una relación sexual con la asistente.

Sostiene la mano de la niña. Tiene la idea de que ella lo comprende, que entiende todo lo que él le dice, que lo capta. Mejor que otros. Lo conoce.

Lo perdona. Al menos eso le parece a él, así lo siente, en realidad por primera vez. Lo perdona en silencio.

—Me gusta mucho conversar contigo —le dice—, ya te lo he dicho bastante, pero no me canso de decirlo. Contigo puedo hablar, Kaisa.

Aún queda un resto de Coca-Cola en la primera botella. Él lo vacía antes de llenarle el vaso con el contenido de la segunda. Aunque ya no sea un hombre ahorrador, es un hombre cuidadoso.

—Era una cosa de amigos, lo que había entre la asistente y yo. Yo me encargué de encontrarle un abogado y le daba algún dinerillo extra. Era agradable, muy agradable —dice pensativo, buscando las palabras, hablando más lentamente que otras veces, por el vino y por la niña que lo comprende—. La poseía en el sofá del salón. Siempre por detrás. Sabes, Kaisa —se inclina un poco hacia delante y vuelve a cogerla de la mano—… la esencia de la sexualidad entre adultos es la humillación. En sí, el sexo no es gran cosa. Aparte de la humillación. De eso se trata, eso es en realidad lo único.

Acerca su cabeza más a la de Kaisa. Puede oler su aliento.

—Cuando ella lamía su mierda de mi polla, yo me había despojado de todo lastre, me había librado de la conciencia, y por ello de la vergüenza, la culpa, yo no era nada y a la vez lo era todo, yo era la bestia. La bestia que siempre quería ser, que siempre había sido. El placer está en la humillación. Y la liberación consiste en librarse de nuestra enfermedad, curarse de esa enfermedad, de nuestro sida: el humanismo. Y todo lo que ello implica, siempre, una y otra vez. ¿Comprendes? Es la redención. La redención está en la humillación.

Acerca su boca a la frente de la niña, se la besa desde el otro lado de la mesa.

—Ustedes ya están redimidos —dice—. Están muertos mientras respiran, aquí en África. Nada puede sucederles. Son los verdaderos invulnerables, invulnerables como una máquina, como un producto, como una… cosa. Ustedes están más allá del futuro, y por ello más allá de la desesperación.

Hofmeester se bebe su vino y se asegura de que ella también beba. Los demás huéspedes ya han regresado a sus chozas. También los empleados se van a dormir, pero les han dicho que él y la niña pueden quedarse sentados todo el tiempo que quieran. Ningún problema. Aunque se queden la mitad de la noche.

Y eso hacen. Hacen uso de su privilegio. Se quedan sentados.

Tomados de la mano. De tanto en tanto, Hofmeester interrumpe

sus palabras y le estampa un beso en la cabeza. Ella acepta sus besos como sus palabras: con mucha comprensión y silencio.

Sí, Hofmeester y la niña se aceptan.

—La gente acabará siendo como somos nosotros —le dice él—: invulnerables e invencibles. Los otros nos seguirán. Pero no lo saben, no quieren saberlo, se aferran a unos ideales perdidos. Todavía tienen esperanza y fe, y no ven que serán vencidos debido a esa esperanza y a esa fe. Vencidos, Kaisa. Vencidos.

La vuelve a besar, por encima de la mesa. No solo en la frente, sino también en las mejillas. Le sostiene la cara con ambas manos. Con cuidado, como se sostiene un jarrón valioso.

—Cuando tenía tu edad —dice—, no, era algo mayor, trabajaba en un proyecto. Dios ya estaba muerto. Faltaba el amor. Abolí el amor. El proyecto se diluyó, desapareció entre las obligaciones, el empleo, la familia, la casa, el inquilino. Las hijas. Pero debería haberlo llamado de otra manera: la muerte de la compasión así tendría que haberlo llamado. Yo, Kaisa, soy una persona sin misericordia. No sé lo que es, no creo en la compasión, me la quité de encima como un resfriado desagradable y tenaz. No es que crea que queremos ver sufrir a otros, al contrario. Por lo general no queremos ver sufrir a otros, en cualquier caso, no realmente. Pero ¿qué es la compasión? Podría violarte, Kaisa, podría hacerlo y justo antes de penetrarte, podría pensar o sentir, pues al parecer la compasión se siente, o eso dicen los que pueden saberlo, pero en fin, entonces podría pensar: mejor que no lo haga. Podría sentir eso. Te he arrancado la ropa, te he golpeado varias veces en la cara y de pronto siento compasión. Pienso: no debo ir más lejos. Con esto ya ha bastado. Así ya. ¿Comprendes ahora por qué no quiero tener nada que ver con eso? Experimento la compasión como una afrenta personal. Me ofende. Me enfurece.

Le suelta la cara.

Durante unos minutos permanece en silencio y se limita a beber su vino. Entonces grita su nombre.

—Kaisa —grita. Y luego, una vez más, con voz chillona—: Kaisa.

Ella lo mira asustada. Pero no tanto como para levantarse y salir corriendo. Ella no quiere irse.

—Cuando volvió a presentarse mi esposa, la dejé entrar —dice bajando la voz, casi susurrando—. ¿Crees que fue por compasión? No me hagas reír. La dejé entrar porque lo acepto todo. Incluso su regreso, incluso su vuelta a casa. Porque estoy dispuesto a adaptarme, a asimilarme. Unas veces con esposa otras sin. Tirza, esa es otra historia. Estaba enferma y yo era la enfermedad. Esa es la historia. Una persona puede decir: «Estoy enferma. Tengo que curarme». O: «No puedo curarme, por mucho que lo desee». Pero la enfermedad no

puede decir eso. Esta es la diferencia entre el adjetivo y el sustantivo. La enfermedad debe seguir siendo enfermedad. Yo soy el sustantivo.

El vino se ha acabado, pero la Coca-Cola no. Él le coge el vaso.

—¿Me permites? —pregunta.

Toma unos cuantos sorbos. No le sabe bien. Pero tiene sed.

—La historia. Sí —dice—, la historia de la familia Hofmeester es la destrucción de la familia Hofmeester. Esa es la historia. Mi historia. Un mundo sin compasión es más inconcebible que la propia muerte, por eso volvemos siempre, por eso dependemos de ello. En diferentes lugares de mi vida podría haber pensado: debo volver. Este camino no es el mío, este camino no es el mejor. Pero no regresé. Oh, claro que sí, Kaisa, claro que sí…

Se levanta, se pone al lado de ella, con las manos le palpa la cabeza, el vestido, la parte de la espalda que el vestido no cubre.

—Hay elecciones buenas —dice—, hay otras que son malas y hay casos dudosos. Si la forma suprema de compasión consiste en dejar vivir al otro, solo puedo confirmar que soy una persona sin compasión. Tal vez perdí el control. Pero solo cuando perdí el control, me convertí en el que era. Esa parte de Jörgen Hofmeester que está fuera de la ley, es su núcleo duro. Por eso estoy aquí. Así he acabado aquí. Porque ya no me cabe ninguna duda de quién soy.

La niña vuelve el rostro hacia él. Lo mira. No tiene miedo, ¿por qué debería tenerlo? Incluso parece sonreír. Sonríe al hombre que dice cosas que ella no comprende, palabras que seguramente ni siquiera escucha.

En la cocina suena música. La emisora alemana de Namibia. Otra vez.

Ambos escuchan la radio a lo lejos, sin entender nada. Y ella sonríe.

Y porque sonríe, porque por fin sonríe, él le dice:

—Kaisa, ¿existe una diferencia entre perdón y aceptación? Yo perdono al mundo aceptándolo. Lo acepto todo. No hay nada que no acepte. ¿Y tú? Me viste caminar, una tarde en Windhoek, una tarde calurosa. Viste a un hombre que caminaba con dificultad, porque tenía heridas en los pies. Debido al calor. Los zapatos le apretaban. Y me seguiste. No sé por qué. ¿Qué más da? Me cogiste la mano y me acompañaste. Podemos atribuirle un significado. Que debía ser así. Que no podía ser de otra forma. Que nadie lo hizo con ninguna intención. Tal vez tuviera que ser así, pero tal vez no. De lo que se trata es que estás aquí. Que ambos estamos fuera de la ley. De eso se trata.

Se agacha, busca debajo de la mesa, pero esta noche no se ha traído el maletín. Se olvida siempre que lo ha dejado en la choza.

Hofmeester coge a la niña de la mano. Ella se baja de la silla. Él es «sir» y ella es «company». A eso juegan ellos desde hace días.

En la oscuridad y seguramente también por culpa del vino, a Hofmeester le cuesta encontrar el camino a la choza número once. Camina por la hierba alta. Lentamente. Kaisa no puede correr, y él tampoco. No a estas horas de la noche. No por la hierba alta. No aquí en Namibia, con sus pies siempre hinchados.

Están dando vueltas. Hofmeester se da cuenta y dice:

—Damos vueltas. ¿Dónde está nuestra choza, Kaisa?

Se coloca a la niña sobre los hombros.

—¿Dónde está nuestra choza? —pregunta—. ¿Dónde vivimos?

Ahora avanza aún más despacio, temeroso de caerse. Vuelve a dejar a la niña con cuidado en el suelo.

—Tirza —dice—, Tirza. Sí. El problema con Tirza es que era… es altamente superdotada. Altamente superdotada. Los últimos años vivía solo con ella.

Se sienta en el césped.

—Su hermana ya se había ido a Francia y su madre se había marchado con su amor de juventud. Yo estaba solo con Tirza y en realidad, ahora que lo pienso, fue la mejor época de mi vida. Yo le cocinaba. No me inmiscuía demasiado en su vida. Lo hice una vez, pero fue un error.

Se levanta. Algo le pincha a través de la tela de su pantalón. Después de cinco minutos por fin encuentran la choza número once.

Hofmeester enciende el ventilador. Saca el iPod de Tirza del maletín. Le muestra el grabado a la niña.

—Reina del sol —dice—, eso pone. Reina del sol.

Carga el iPod, pone los auriculares del aparato en las orejas de la niña.

—Esta es la música que escucha Tirza —dice—. Esta es su música.

Hofmeester se sienta en la cama mientras la niña escucha la música de Tirza. El ventilador gira y por un instante, Hofmeester no recuerda por qué ha viajado a Namibia. Se acuerda de pocas cosas. Su pasado le parece otra vida. La ha vivido otra persona, una persona distinta fue redactor de ficción extranjera, otra persona estuvo en todos esos lugares, otra persona quiso abolir el amor. Él siempre ha estado en Namibia, con Kaisa.

A la mañana siguiente hacen de un tirón el recorrido hasta Swakopmund, una localidad costera. Hay muchos turistas, más que en otros lugares. También turistas normales que han venido en vuelo chárter desde Alemania, para disfrutar del sol, del mar con un toque de exotismo. No son personas que tenga una relación especial con

África. Tienen algo especial con el sol, mantienen una relación íntima con su bikini.

Junto con la niña se instala en el pequeño hotel Eberwein, no lejos de la playa. Allí hablan alemán fluido y la decoración resulta también muy alemana.

La propia señora Eberwein atiende en la recepción. Es una mujer arrugada y reseca por el sol, pero vital e incluso una pizca agresiva. La señora Eberwein es aquí la jefa. Nadie lo duda. Este es su hotel. Pregunta si Hofmeester necesita una cama infantil. También aquí dice que le basta con una gran cama de matrimonio.

—No nos quedaremos mucho —dice—. Es mi sobrina.

Y porque no puede evitarlo, pone la foto de Tirza en el mostrador.

—¿Ha visto a esta chica por aquí en las últimas semanas?

La mujer de pelo rizado y blanco, seguramente teñido, mira la foto. Incluso la coge.

—No —dice—, no la he visto nunca. ¿Quién es?

—Mi hija —responde Hofmeester—, mi hija menor.

La señora Eberwein se acerca la foto a los ojos.

—Se parece a usted —dice—. Tiene la misma barbilla.

Y luego mira a la niña que está al lado de Hofmeester. Como si la señora Eberwein quisiera comprobar la barbilla de la niña.

Hofmeester se pasea con Kaisa por la playa, juntos miran a los pescadores en el muelle, y después comparten una ensalada en el café Out of Africa, y, mientras ella está en un carrusel, él recibe una llamada de su esposa.

Se lo cuenta casi todo a la esposa, sobre su viaje, el alojamiento, el Toyota, Swakopmund, todo salvo la niña.

—Ya casi he llegado al desierto —dice—, casi estoy con Tirza. Solo me queda un día de viaje.

—A Ibi le parece muy extraño no haber tenido noticias de Tirza —le dice la esposa.

Su voz sigue sin tener su acostumbrado sarcasmo vigorizante y ronco. Esa ronquera que excita tanto a algunos hombres.

—Ibi siempre piensa que ella es la más importante.

Se hace un silencio en la conversación. El carrusel gira más despacio.

Kaisa se baja del caballo. Hofmeester le hace una seña.

—¿Cómo va todo allí? —pregunta él—. ¿Cómo estás?

La Van Eeghenstraat parece tan lejana. Otro mundo que ya no es el suyo.

—Bien —dice ella—, aquí bien. Jörgen, te quería decir también que me ha llamado la madre de Choukri. Al principio no tenía ni idea

de quién era. Hablaba en francés.

Kaisa está a su lado. Él le hace un gesto de que se suba otra vez al carrusel y dé una ronda más, y luego otra y otra. Le da dinero. Pero ella se queda parada, con la cabeza apoyada en el cuerpo de Hofmeester. Como si estuviera cansada. Como si confiara en él.

Quién sabe, quizá confíe en él. Es una cuestión de tiempo y de necesidad. Sobre todo esto último.

Él no conoce la compasión, pero es de fiar.

—Jörgen, ¿estás allí?

—Sí.

—Llamó la madre de Choukri. Quería saber dónde estaba su hijo. Mi francés no es muy bueno.

—Creía que ese joven no tenía contacto con su familia.

—Oh, pues sí, sonaba… parecía simpática, pero preocupada.

—Le has dicho que está en el desierto, ¿no? ¿Qué se piensa esa gente, que en el desierto hay una cabina telefónica cada diez metros? Ellos mismos vienen del desierto.

—Se lo he dicho, que están en el desierto. Y que no hay cobertura. Le he prometido que te diría que le pidas a Choukri que llame a su madre. Al parecer es urgente.

La niña le coge la mano, por lo visto quiere que sigan caminando.

—Jörgen, ¿sigues ahí? Es como si la comunicación se cortara todo el rato.

Atta tiene que llamar a su madre, piensa. Atta tiene que ir a casa.

—Estoy aquí. Sí, se lo diré.

—He comprado un libro con fotos del Kalahari. Y del desierto del Namib. ¿Qué se le ha perdido a la gente en ese vacío? ¿Qué debe de hacer Tirza allí todo el santo día?

—Mirar —dice Hofmeester—, mirar. Uno va al desierto a mirar.

Ahora, la niña le tira de verdad de la mano. Se está impacientando. Ahora que es una ruina, la esposa desarrolla de pronto instintos maternales. Un libro con fotos de Namibia. Antes tenía cosas mejores que hacer.

—Ahora tengo que colgar —dice él—, mañana me iré al desierto. Te llamaré dentro de unos días, dentro de una semana. No te preocupes si tardo un poco más.

—Jörgen, ¿qué va a pasar?

—¿Con qué?

—Con nosotros.

—Ya hablaremos de eso.

—Quizá debamos intentarlo de nuevo. Los dos juntos. Porque no tenemos elección. Porque somos viejos.

—Quizá.

—Le he dicho a la asistente que ya no hace falta que venga, ya limpiaré yo la casa. De todos modos, no tengo nada que hacer.

Él cuelga. La niña está cansada. La última parte del camino al hotel tiene que llevarla en brazos. En su pequeña habitación del hotel Eberwein cierra las cortinas. Deja a la niña en la cama, y se acuesta a su lado. Son las cuatro de la tarde en Namibia.

Se despierta pasadas las seis. La niña sigue durmiendo. Él se levanta con cuidado y se viste. Coge su maletín y su sombrero y sale de la habitación sin hacer ruido.

El atardecer ya se ha iniciado. Al principio se pasea sin rumbo por Swakopmund. Se detiene delante del escaparate de una agencia de viajes y mira un póster en el que se anuncian viajes al desierto. En todoterreno o en avioneta. Hay para todos los gustos.

Él mira el desierto del póster. Observa a las personas en segundo plano, como si una de ellas pudiera ser Tirza.

En un almacén de ropa compra un pantalón de chándal y una camiseta para Kaisa. Y cuatro bragas que cree que le irán bien.

En la cola de la caja se da cuenta de que es el único blanco. Eso le preocupa cada vez menos.

De vuelta al hotel Eberwein se encuentra a Kaisa llorando en la cama. Se la ve diminuta, una criatura sollozante rodeada de un mar de sábanas y almohadas. La toma en brazos.

—No tengas miedo —le dice—, no me voy a ir. De verdad que no me voy a ir. No tengo adónde ir.

Le muestra la camiseta, el pantalón y las bragas.

—Tienes que ponerte ropa limpia —le dice—. No es que me des asco, pero no está de más ponerse algo limpio.

Se sienta en la única silla de la habitación. La niña ha parado de llorar.

—¿Cuántos hay como tú? —le pregunta mientras ella se prueba la ropa nueva—. ¿Cuántos niños hay como tú en este país?

Ella se sienta en la cama y lo mira.

—¿Tienen contacto unos con otros, los niños que venden compañía?

Ella no deja de mirarlo.

Él cuelga su ropa en el cuarto de baño y abre el grifo de agua caliente de la ducha, con la esperanza de que el vapor elimine las arrugas de la ropa.

Esa noche no cenan. Se quedan tumbados en la cama viendo la televisión. A las diez, Hofmeester le pone a la niña su camisón: el vestido de verano que su esposa le compró a Tirza.

En plena noche, Hofmeester se despierta. La niña está cruzada en

la cama y le ha puesto los pies sobre la barriga. Con cuidado la coloca de tal forma que no tenga que apoyar más los pies en su barriga. Tarda al menos una hora en volver a conciliar el sueño.

A las seis y media se levantan. Cuando llegan al comedor, la señora Eberwein aún está preparando el buffet.

—Llega pronto —dice—.

¿Café? ¿Té? —Café, y chocolate caliente para la niña.

El desayuno es más frugal que en el hotel Heinitzburg y en Okapuka Ranch, y por algún motivo ambos parecen tener menos apetito.

Cuando va a pagar la cuenta, la señora Eberwein le dice:

—Su sobrina es una niña muy guapa. Una niña muy guapa.

Le da la factura que Hofmeester dobla dos veces y se mete en el bolsillo.

Cuando se dispone a irse, la señora Eberwein le dice:

—Aquí hay muchos niños sin padres.

Hofmeester se ha puesto el sombrero. El equipaje ya está en el asiento trasero del Toyota. Lo único que lleva encima es su maletín, como siempre debajo del brazo.

Debería replicar algo, pero no sabe qué. ¿Qué puede decirse sobre los niños sin padres? —Es por el sida —musita la señora Eberwein— porque los negros no saben reprimirse.

Él mira serio a la mujer con las muchas arrugas en la cara. Sabe lo que ella ve, o mejor dicho, lo que cree ver.

—Ándese con cuidado —le dice ella—. Parecen niños, pero roban. Oh, créame que lo entiendo. Si yo no tuviera nada, también robaría. Lo llevan en la sangre. Siempre culpan a los demás de su miseria.

Hay un plato con caramelos. Hofmeester coge uno y se lo mete en la boca. Después se va sin decir nada hacia el Toyota, seguido por la niña.

—Vamos a buscar a Tirza —dice cuando están en el coche—, vamos al desierto.

Abre el mapa de Namibia que le ha dado la agencia de alquiler.

—Sossusvlei —dice—, allí quería ir ella. A las dunas.

Pone las manos sobre el volante. No sabe qué imaginarse. Las dunas. Se pregunta adónde va.

Hasta Walvis Bay, circulan por una carretera asfaltada. Después empieza una pista de tierra. Al principio, Hofmeester no se atreve a ir a más de cuarenta o cincuenta kilómetros por hora. Poco a poco aumenta la velocidad hasta ochenta y casi noventa.

Se ha acostumbrado al ruido de las piedrecillas que saltan contra el automóvil.

La radio ya no funciona. Y su teléfono tampoco tiene ya cobertura. Aquí no hay nada. Está solo con Kaisa.

De vez en cuando, le echa un vistazo. Ella lleva una botella de agua apretada entre las piernas. Cuando se la pide, ella le pasa la botella. Así puede beber sin detenerse.

Aunque le parece que avanza mucho, tarda más de lo que había previsto. Ya es por la tarde cuando llega a Solitaire. En el mapa un punto tan grande como una ciudad pequeña, pero en realidad poco más que un motel y una gasolinera.

Llena el depósito y compra dos trozos de tarta de manzana. La niña se come el suyo entero. Tiene hambre.

—Así me gusta —le dice Hofmeester, como si fuera un logro.

El Toyota está cubierto de polvo y arena. La niña traza rayas con él índice sobre el capó.

—Sentémonos —dice él—. Descansemos.

Junto a la bomba de gasolina hay algunas sillas y mesas. Tienen pinta de ser viejas y están desgastadas por la intemperie, el tiempo y el uso. También hay algo que se parece más a un bar, pero ellos no tienen tiempo, piensa Hofmeester. Tiene que seguir adelante.

Se pasa un pañuelo por la cabeza y luego por la de la niña. Aunque ella no suda.

Hay un árbol y más allá un depósito de agua. Después nada. Arena, piedras y algunos arbustos. Una verja para separar una parcela de otra. Pero ¿qué significa aquí una parcela?

Ellos guardan silencio.

—¿Has comprendido lo que estoy haciendo? —le pregunta pasado un tiempo—. ¿Lo has pillado?

Ella señala el polvoriento Toyota.

—No, no —dice él—. No el Toyota, o tal vez sí. Estoy empezando a desaparecer. Eso es lo que estoy haciendo.

La palabra «desaparecer» lo tranquiliza. Es mucho más dulce e inocente que morir. Es morir, pero sin violencia.

Debe de haberse quedado dormido, puesto que se despierta de los golpecitos que le da la niña en la mejilla. El sol ha bajado. Su sombrero se ha caído al suelo.

Él se frota los ojos y recoge el sombrero.

—Sí —dice—, vámonos.

Tardan otras dos horas en llegar al Sossusvlei Lodge. Sossusvlei Lodge se compone de unas chozas de curiosos colores en medio del desierto. Pero ya no queda sitio.

Hofmeester no había contado con eso. Con que el desierto fuera tan popular. La chica detrás del mostrador le dice:

—Inténtelo en el Kulala Desert Lodge, quizá les quede algo. ¿Quiere que llame?

—Sí, por favor.

Él se queda esperando con la niña cogida de la mano. Sediento y cubierto de polvo. Uno de esos turistas que no ha preparado bien el viaje.

Un turista descuidado.

La recepcionista llama. Hay sitio en el Kulala Desert Lodge. Él le da las gracias por las molestias.

A pesar del cansancio y de la sed, sigue conduciendo deprisa. A casi cien kilómetros por hora por una pista de tierra.

Cuando por fin ven un letrero que dice Kulala, ya es de noche. La pequeña carretera que lleva allí —en realidad apenas puede llamarse carretera— tiene casi seis kilómetros de longitud. Tardan casi un cuarto de hora en recorrerlos. La única luz es la del automóvil. A Hofmeester le cuesta cada vez más concentrarse.

Hasta que por fin ve el Kulala Desert Lodge. Un campamento de tiendas de campaña. Pero las tiendas no son tiendas. Son chozas en el desierto.

Él aparca el coche. Saca a la niña, coge el sombrero y el maletín y se dirige a la entrada. Se tambalea, está mareado. Seguramente no ha comido o no ha bebido suficiente.

En la entrada hay una joven con una bandeja que le entrega una bebida. Alrededor de la cabeza lleva un pañuelo enrollado elegantemente.

Hofmeester bebe con avidez, la bebida sabe a la vez a té y a alcohol. La niña también bebe. Hoy lleva su nuevo pantalón de chándal.

Tiene buen aspecto. Tiene menos el aspecto de una ramera que con su raído vestido, si es que una niña puede tener aspecto de ramera. La palabra le recuerda a su esposa. Ramera, una palabra como un juego que hace tiempo dejó de jugarse.

—Me llamo Jörgen Hofmeester —dice—, han llamado en mi nombre. Para una o dos noches. ¿Tengo que registrarme?

—Ya lo haremos más tarde —le contesta ella.

Se les acerca un hombre. Un blanco que resulta ser un joven francés. Da la bienvenida a Hofmeester, dice que ya se ocuparán luego de todas las formalidades y le pregunta si primero quieren comer algo. Después ya irán a sacar el equipaje del coche. Lo primero es descansar. Recuperarse.

Los conducen hasta una mesa. Hofmeester está tan cansado que olvida quitarse el sombrero. También demasiado cansado para darse cuenta de cómo los miran a él y a la niña.

Cuando les dejan una cestita llena de pan casero, él y la niña se lo acaban en cinco minutos.

—Kaisa —dice él—, hemos llegado. Casi hemos llegado.

Y por fin ella dice algo. Por primera vez ese día. Con una sonrisa en el rostro, una sonrisa que casi parece irónica.

—Señor —dice—, más pan, por favor.

Él hace una seña a una de las camareras. Ella les trae más pan y se queda junto a la mesa, mirando a la niña.

—¿Su hija? —pregunta.

—Mi sobrina —le contesta Hofmeester.

Entonces, la joven se pone a cantar. Canta en un idioma que él no entiende y hace chasquidos con la lengua. Tiene una hermosa voz, pero él no quiere nada de cantos. Él quiere dormir, dormir y desaparecer.

Cuando la chica ha acabado de cantar, Hofmeester acaricia el brazo de Kaisa, mientras ella muerde un trozo de pan casero.

—No te comas todo el pan —le susurra Hofmeester— de lo contrario después ya no tendrás hambre.

Ella deja de masticar. Sonríe al hombre con el que lleva ya unos días viajando.

A ella no le importa, piensa él. No le importa quién soy. También la indiferencia puede ser una forma de perdón.

Después de comer, entrega las llaves del coche a un muchacho que llevará el equipaje a la choza. Pero el joven regresa al cabo de unos minutos. No consigue abrir el maletero.

—Creo que ha entrado demasiada arena y demasiado polvo en la cerradura —dice—. Mañana lo limpiaremos. Pero me temo que tendrá que pasar la noche sin equipaje. ¿Es un problema grave? ¿Necesita algo?

—No —dice Hofmeester—. Ningún problema. No necesitamos nada.

El francés los acompaña a su alojamiento. Las chozas están bastante distanciadas una de la otra. Tienen que avanzar con cuidado. El camino está marcado con piedras, pero no hay mucha luz. Por todas partes hay arena y polvo.

—Cuidado —le dice el francés—. Los huéspedes suelen regresar más temprano. Cuando todavía es de día.

La choza satisface las expectativas de Hofmeester. Una cama, un ventilador, un aerosol contra los insectos y una ducha.

—Si lo desea —le dice el francés—, puede dormir arriba en la azotea. Hay mantas. A algunas personas les gusta dormir bajo el cielo estrellado. Es una experiencia especial. Una atracción.

Se dirigen por el exterior a la parte trasera de la choza, donde hay

una escalera de mano.

La niña se ha quedado dentro.

Hofmeester asiente.

—¿Lleva usted tiempo aquí? —pregunta.

—Unos tres años —le contesta el francés—. En realidad va siendo hora de que siga mi camino. Pero no logro despedirme. El desierto es adictivo.

Alzan la vista, miran la choza y la cama que está en la azotea. No poder despedirse. Eso le resulta familiar a Hofmeester y al mismo tiempo no. ¿Qué tiene de especial este lugar para que uno no pueda marcharse?

—¿Y cómo llegó hasta aquí? —pregunta Hofmeester. El francés se ríe.

—Quería cambiar de aires. —Se queda callado, como si esperara más preguntas y luego dice—: Bueno, lo dejo solo. Mañana limpiaremos su automóvil con la manguera y espero que así recupere su equipaje. Y tendrá que decirme en qué excursiones quiere participar.

Hofmeester entra en la choza. Se lava las manos. El agua está llamativamente caliente.

—No tenemos cepillo de dientes —dice—. El cepillo de dientes todavía está en el maletero y no han podido abrirlo. Pero no importa, ¿verdad que no?

Se desviste, cuelga su ropa en un pequeño armario.

—¿Quieres quedártelo puesto? —pregunta señalando el pantalón de chándal y la camiseta—. ¿Ya que no tenemos tu camisón de siempre?

La niña asiente. Así está bien.

Él mira alrededor. En la habitación no hay teléfono. Hay de todo salvo teléfono. Él abre su móvil. Aquí tampoco tiene cobertura.

Se queda de pie en calzoncillos. Abre las mantas, pero entonces se acuerda de algo.

—¿Tal vez quieras dormir fuera? —pregunta—. Fuera. ¿En la azotea? ¿Para mirar el cielo? ¿Las estrellas?

Apunta al techo, como si temiera que ella no lo entendiese.

—¿En la azotea? —pregunta una vez más.

—Sí —dice ella—, en la azotea.

Un poco sorprendido por esa respuesta, Hofmeester se va con la niña hacia la parte trasera de la choza. No le resulta desagradable caminar descalzo en la arena. Él no sabía que ella quisiera esto: dormir en la azotea. Bueno, ¿por qué no? Es una atracción. Quizá Tirza lo haya hecho también.

—Sube tú primero —le dice—. Si te caes, te cogeré.

La niña trepa lentamente por la escalera. A media altura se queda quieta. Mira abajo.

—Adelante —le dice Hofmeester dándole un empujoncito en las nalgas, temeroso de que de repente le entre vértigo. Temeroso de que se caiga.

Subirse a la escalera le cuesta a él más esfuerzo del que había esperado. Tiene las articulaciones rígidas y los músculos flácidos, es la decadencia.

Hace bastante frío en la azotea. Las noches en el desierto son frescas. Hofmeester coge las mantas y se cubre a sí mismo y a la niña. Ella no para de tiritar.

—Ven aquí que te sostenga en brazos —le dice él.

Mientras sostiene a Kaisa, mira el cielo lleno de estrellas. En efecto, tal como le había prometido. Es hermoso, piensa, pero ¿por qué es hermoso? ¿Es una convención? ¿O es algo que les parece hermoso a todas las personas sin que sepan nada de la convención?

El sueño no llega, pese a que ha conducido todo el día y está cansado. Después de un tiempo se da cuenta de que la niña tampoco duerme.

Tiene los ojos abiertos.

Igual que él. Pero ¿está mirando o duerme con los ojos abiertos?

¿Hay que mirar las estrellas? ¿Es esa la idea de esta atracción? Especialmente ideada para el occidental, para que recuerde lo que es un cielo estrellado.

—¿Duermes, Kaisa? —pregunta.

No obtiene ninguna respuesta.

—¿Tienes frío? —pregunta—. ¿Kaisa?

De nuevo ninguna respuesta. Siente algo en la mejilla. Una mano. La mano de Kaisa.

Ella lo acaricia, eso parece. Ha puesto la mano sobre su cara. Pero no ha movido la cabeza.

Él se queda inmóvil. La mano permanece donde está.

Silencio. Silencio y oscuridad. Esto es el desierto de noche. De vez en cuando el sonido del viento.

—¿Sabes lo que pasaba con Tirza? —dice él en voz baja— ¿Sabes lo que pasaba?

No tiene por qué susurrar, pero lo hace. Hay tanto silencio aquí que su voz parece poder oírse decenas de metros más lejos.

—Se parecía a mí. Eso era. Ella era… Era…

La mano se mueve lentamente sobre su rostro, como la mano de un ciego. No acaricia, busca. Pero ¿qué busca la mano, la mano de Kaisa?

—Entré en el cuarto de estar —susurra— el cuarto de estar que

había sido de mis padres, y la vi tumbada sobre la mesa. A Tirza. Ella no me oyó. Él tampoco. El sexo hace tanto ruido, Kaisa. Es tan ruidoso que resulta desagradable para otras personas. El ruido. El ruido. Solo ruido.

La mano en el rostro de Hofmeester no para de moverse. Lo toca todo. Su boca. Sus orejas. Su nariz.

—En realidad, yo quería irme a la cocina. Estaba haciendo algo allí. Ya no recuerdo el qué. Creo que estaba bebiendo vino. Gewürztraminer italiano. Pero me quedé allí de pie. Me parecía raro que no me hubiese oído. Por eso me quedé mirando. Había tan poco amor, Kaisa. De pronto lo vi. Vi que era sexo sin amor. Cómo…

Tiene los labios secos. Tiene sed, pero no se han llevado agua arriba y está demasiado cansado para bajar a buscar una botella en la choza.

La mano se ha detenido en su nariz. No es una sensación desagradable.

Es una mano agradable. Una mano suave.

—Sexo sin amor —susurra— en general, siempre, en todas las circunstancias, eso pensé. Eso vi. No debería haberme asombrado, y no obstante me asombró. Quiero decir: la bestia no conoce el amor, como mucho conoce la furia. El hambre, la sed y el cansancio. Y pensé: ¿Qué está sucediendo aquí? ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué demonios pasa? Le están dando un buen polvo a mi hija, eso es lo que sucede aquí. Y esas palabras, un buen polvo, se quedaron en mi cabeza, no dejaban de dar vueltas, no se iban, eran como… como una plegaria, Kaisa. Un buen polvo, pensaba yo, un buen polvo, esto es lo que recibe mi hija de la vida. Y miré sus nalgas y las de Mohamed Atta, y pensé: qué blancas son. Qué trasero tan blanco para un hombre moreno. Qué divertido. Un culo blanco. Yo estaba junto a la chimenea, vi como subía y bajaba ese trasero, como en una película. Podría haberme ido tal como había venido, en silencio y con cautela, pero no me fui. No me moví. Me quedé mirando aquellas nalgas blancas.

Ahora, la mano se ha posado en su mejilla. Los dedos parecen tocar el piano en su mejilla. Y él piensa: me está haciendo cosquillas. Me cosquillea.

—Kaisa —susurra—, no puedes imaginártelo, pero yo me quedé allí. Me parecieron minutos enteros, pero fueron solo segundos, pero parecían minutos, horas, media vida. Y aunque no dije ni hice nada, de pronto me vieron, o tal vez oyeron algo. Olieron algo. En cualquier caso, Mohamed Atta volvió la cabeza. Y pensé: esto ya lo he vivido. Soy tan viejo que lo he vivido todo dos veces. Y Tirza también me vio y se bajó de la mesa. Ni siquiera se había desvestido del todo. Estaba… Estaba medio desvestida, en realidad no se había desvestido.

Y pensé: ¿por qué sobre mi mesa de comedor? Una mesa de comedor es una mesa en la que se come, como indica la palabra. Sirve para comer. Pensé: Mohamed Atta, me has quitado mi dinero y ahora tomas a mi hija sobre mi mesa de comedor, la mesa del comedor que fue de mis padres. Bueno, es cierto que en los últimos años de su vida no abrían la puerta, pero esa es otra historia.

La mano de la niña se mueve por su frente.

—Kaisa —susurra—, qué suave es tu mano. Tan suave. Es agradable.

Hofmeester piensa durante unos segundos, un minuto.

—Sí, allí estaba Tirza —prosigue—, y dijo: «Papá, ¿qué haces aquí?». No enfadada, sino asombrada. Tal vez un poco irritada de verme allí. En realidad, debería haber sido yo el que preguntara: «¿Qué hacen aquí? Esta es mi mesa de comedor. Nuestra mesa de comedor. Dentro de un rato cenaremos aquí». Pero pensé sobre todo: qué bella es Tirza, qué dulce. Qué rostro tan dulce. Y tiene unos ojos bonitos y un buen carácter. Un carácter atento. De pequeña ya era atenta. No hacía falta que cuidásemos de ella, ella cuidaba de nosotros. Y pensé en sus zapatos, los primeros zapatitos que le compré. Eran tan pequeños, que cabían tres o cuatro en una mano. Los conservé, los primeros zapatos de Tirza, en algún armario de la Van Eeghenstraat. Y pensé: es la reina del sol, eso pensé, es mi reina del sol, mi queridísima reina del sol. Y entonces agarré el atizador y le di en la cabeza. Se derrumbó enseguida y le golpeé otra vez, cuando ya estaba en el suelo y otra vez, y mientras lo hacía no dejaba de pensar: es mi reina del sol, es mi queridísima reina del sol. Es la reina del sol. Y pensaba en sus zapatitos, los primeros que tuvo, sin cordones, con velcro.

Nota una mano descansando en su cara, y también siente el calor de la niña, y poco más.

—Kaisa —susurra Hofmeester—, tu mano es tan agradable. Tu mano… Ahora ya sabes quién soy. Yo mismo no lo sabía. Uno no sabe quién es hasta que pierde el control. Solo entonces lo comprende. Y él, el tal Atta, ¿sabes lo que hizo? Se fue corriendo. ¡Menudo héroe! Se largó. Lo encontré en la cocina. Tiritaba y tiritaba. Ya no… ya no era nada. Una ruina. Nada. Ya no era persona. No era absolutamente nada.

Hofmeester tiene la boca seca. Traga varias veces.

—Kaisa —susurra—, Kaisa. Atta estaba en mi cocina, junto a la puerta, ni siquiera se había tomado el tiempo de vestirse decentemente. ¿Y sabes qué dijo? «Se lo suplico, señor Hofmeester. Se lo suplico», eso dijo. Y en aquel momento comprendí que todavía tenía el atizador en la mano. El atizador de mis padres. Y él suplicaba y lloriqueaba. ¿Acaso lloriqueé yo cuando Mohamed Atta me quitó mi

dinero y mi hija? Yo nunca he lloriqueado. Di un paso en su dirección y en aquel momento él agarró mi Stihl, que yo había dejado en la cocina para secarla y limpiarla. Mi motosierra. Yo había estado trabajando todo el día en el jardín. Me gusta trabajar en el jardín.

El viento se levanta, y su sonido tranquiliza a Hofmeester. Le da la idea de que nadie le oye, ni siquiera Kaisa.

—Los frutales necesitan mucho mantenimiento — susurra—, y el jardín también, hay que podar las ramas muertas, arrancar las malas hierbas, cortar el césped. Ese es mi trabajo. Eso me gusta. No permito que nadie me quite mi MS 170 y menos aún Atta. Dejé caer el atizador y le quité la sierra de las manos. Ni siquiera la sostenía bien. No tiene ni idea de cómo manejar una cosa de esas, cómo agarrarla. Temblaba demasiado. Estaba confuso y pálido como un muerto.

Siente el pie de Kaisa contra su pierna, pero más que nada nota la mano que descansa sobre su cabeza.

—Kaisa —susurra—, Kaisa. Mi Kaisa. Él echó a correr hacia el cuarto de estar como un gato acorralado. Con el pantalón bajado hasta las rodillas. Atta. Yo lo seguí. ¿Qué querías que hiciera? No podía dejarlo escapar, no tenía otra opción, Kaisa. Él se quedó parado, aterrado. Confuso. Al borde del colapso. Y en la mesa, en la mesa del comedor, todavía estaba el Monopoly y su Corán. Un libro verde de tapa dura. Lo miré con la sierra en la mano. Y entonces lo vi todo claro. Comprendí el malentendido, el error, lo irracional que recorre este mundo como un fantasma, como un huracán. Le dije: «Atta, ¿quién crees que es más fuerte, Alá o la MS 170? Reza a Alá, tal vez venga a ayudarte. O al profeta, quizá el profeta acuda en tu auxilio, Atta». Pero él no quería rezar. Se negó a rezar. ¿Puedes imaginártelo? Arranqué una página del Corán y dije: «Si no quieres rezar, tendrás que comer, Atta». Le metí la página en la boca. Y él empezó a masticarla. Se la comía, Kaisa. Pero la ayuda no llegó. Por supuesto que no llegó. Yo era la ayuda. «Seguro que verán el infierno», decía en una de las páginas y más cosas por el estilo. Me acerqué, Kaisa, me acerqué aún más a Atta, cada vez más. Lo podía oler, el miedo apesta, el olor del miedo lo atraviesa todo, en el suelo estaba mi hija, mi reina del sol. Se había curado de su enfermedad, pero por lo visto no del todo, no de mí, de mí no se había curado, de mí no puedes curarte.

»¿Qué podía hacer yo? Mohamed Atta tenía una hoja del Corán en la boca, como un animal de circo. Ni siquiera se atrevía a tragársela. Ya no la masticaba. Me miraba fijamente. Como un mono. «¿Dónde está Alá?», le pregunté. «¿Dónde está el profeta? ¿Por qué no han acudido en tu ayuda? ¿Tal vez no hayas gritado lo suficiente, tal vez no hayas rezado con suficiente devoción? Grita una vez más. Alá, llámale como llamas a un perro que se ha perdido en el parque. Llamémoslo juntos, Atta, quizá venga si lo llamamos juntos. Quizá

esté un poco sordo». ¿Y sabes lo que me dijo, sabes qué me contestó con la hoja del Corán en la boca? «No soy Mohamed Atta. No soy Mohamed Atta». «Por supuesto —le dije yo—, no vas a decirme que eres Mohamed Atta, por supuesto que utilizas un nombre falso. ¿Quién se atreve hoy en día a reconocer que es Mohamed Atta?» Después arranqué la MS 170, y una vez que está en marcha, ya no puedes oír nada, ni oraciones, ni voces, ni gritos, solo oyes la MS 170, es una especie de música. Por encima de esa música grité: «Llámale una vez más, Atta. Llama una vez más a Alá. Quizá no te entendiera por tu acento. Quizá Alá esté de vacaciones». Pero Atta no dijo nada más. Y después lo podé como a un frutal. Como a un árbol enfermo con ramas muertas. Primero el lado izquierdo y luego el derecho, y después la parte inferior y al final la parte superior. La MS 170 es una motosierra compacta, pero puede con todo. Por eso encanta a los jardineros aficionados. Además, consume poco.

Hofmeester se da la vuelta. La mano descansa ahora en su nuca.

—Kaisa —susurra—, Kaisa. Mi Kaisa. Me lavé como pude en la cocina, me pasé el cepillo por la ropa y me puse una camisa que había sido de mi padre. Porque ya no había forma de limpiar la mía. Estaba demasiado sucia. Después me fui a comprar comida en el pueblo. Un surtido de platos indonesios para tres personas. Con porción adicional de pan de gambas. Y me lo comí todo yo solo. Tenía tanta hambre, un hambre tan tremenda, que lamí algunos recipientes. Kaisa, ¿has tenido alguna vez tanta hambre? Después cavé un hoyo en el jardín. Me tomó toda la noche. No me dio tiempo a cavar dos fosas. Y metí a los chicos dentro, debo decir que los arrastré hasta allí, con mis últimas fuerzas. La reina del sol entera, el otro en pedazos. Como se tiran al contenedor los restos de la poda. Y después tapé el hoyo. Volví a adecentar todo lo que pude el jardín, pues todavía era de mis padres. Después empecé por lavarme y luego limpié la MS 170 y luego la casa, porque por todas partes había savia del frutal. Por todas partes había ramitas y hojitas que había olvidado meter en el hoyo. Tú no sabes quién era Atta, no sabes qué habría hecho con nosotros si hubiera tenido la oportunidad. Y después de haberlo limpiado y recogido todo, solo quedaba el Corán en la mesa. Y me puse a leerlo. Solo le faltaba una página. Soy una persona curiosa. No podía dormir. Contiene cosas interesantes. «En verdad, las gentes del Jardín tendrán hoy una ocupación que les hará sentirse felices», leí. Y cosas por el estilo. Y pensé: yo soy la gente del jardín. Pero la MS 170 es más fuerte que Alá, también más fuerte que Dios, más fuerte que Jesús. La Stihl MS 170 es el soberano, Kaisa, nuestro soberano. Y mientras pensaba todo esto, no sentía nada. Como mucho estaba preocupado por cosas prácticas. Si la casa estaba realmente limpia. Si no me había olvidado de nada. No dormí, solo eché una cabezadita, y por la mañana preparé

el desayuno para tres. Me afeité y me puse la pomada para la piel seca, para las escamas. Y después conduje hasta el aeropuerto de Fráncfort. Y despedí a los chicos, hasta que ya no los vi.

»Ahora ya sabes quién soy y por qué estoy aquí. Porque busco a Tirza, pese a que sé que nunca estuvo aquí. Pero lo raro es que hay momentos en que dudo. En que ya no estoy seguro. En que pienso: era solo un juego, un juego en mi cabeza. Entonces creo que ella voló a Namibia con Atta y que yo no recuerdo bien las cosas. No puedo imaginarme que no vuelva a ver nunca más a Tirza. Es extraño, pero durante años he tenido la vaga sospecha de que era un monstruo, una bestia. Y cuando esa sospecha se confirmó por fin, no podía creerlo. Antes, cuando era joven, jugaba con mi esposa, jugábamos a que yo era la bestia que merodeaba de noche por el Vondelpark. Por eso estoy aquí en Namibia, Kaisa, para desaparecer, para disolverme, porque ya no puedo ir a ninguna parte. Quizá esa sea la definición del juego, que siempre puedes volver a lo que eras antes de que empezaras a jugar. Pero yo ya no puedo regresar. Estoy separado del que era antes, Kaisa. Para ti soy un hombre sin futuro ni pasado, soy tan neutro como un billete de banco. Un occidental, uno de muchos, perdido en su propia vida. Dicen que buscan la espiritualidad o la paz u otra cosa, pero todos se refieren a lo mismo, Kaisa: quieren desaparecer. Quiero… quiero decirte lo agradable que es hablar contigo. Tu compañía es… tu compañía es importante para mí. La gente necesita compañía antes de desaparecer.

Ahora Hofmeester ya no dice nada, pero no puede dormir. Está tumbado en el desierto, siente el calor de la niña, cava en su memoria y nota el sabor del vino rancio en la boca. No hay nada monstruoso en él. Todo lo que tiene de monstruoso está enterrado en su memoria. Él yace allí como un niño.

Hofmeester se despierta entumecido. Permanece tumbado un poco más y luego despierta a Kaisa. Son las siete de la mañana.

En la choza se ducha brevemente porque quiere dejar agua caliente para Kaisa. Después se viste.

Durante el desayuno, el francés les pregunta si les apetece ir de excursión.

—Sí, por supuesto —dice Hofmeester—, queremos ver el desierto y las dunas.

—Organizaré una excursión especial para usted — dice el francés —, porque va con una niña. La mayoría de la gente viene aquí sin niños. A las dos y media, Elago vendrá a buscarlos.

—Gracias —dice Hofmeester.

—No hay de qué —le contesta el francés.

Hace ademán de irse, pero se queda.

—¿Ha nacido aquí? —pregunta señalando a la niña.

Hofmeester asiente y después el francés también asiente, como si esperara esa respuesta. Como si ya la supiera.

—Si necesita algo más… y ah, antes de que se me olvide, hemos limpiado el coche, ahora mismo le llevarán el equipaje a su choza.

El francés se va a la siguiente mesa.

Hofmeester lo observa alejarse. Un hombre amable con un pantalón caqui. Quién sabe lo que era en Francia. Lo que hacía allí.

Pasan el día al borde de la pequeña piscina. De vez en cuando, la niña mete los pies dentro. Pero no se atreve a nadar o no sabe nadar.

Hofmeester se ha tumbado en una silla, se ha desabrochado la camisa, se niega a quitársela del todo.

A las dos y media, se le acerca un hombre alto y negro. Elago.

El todoterreno ha sido remodelado y alargado. Las sillas se han colocado como una tribuna, para poder disfrutar de la vista por encima de las cabezas de las personas.

Pero no hay otras personas. Solo Hofmeester, Kaisa y Elago.

Se ponen en marcha, al principio lentamente y después cada vez más rápido. Elago habla mucho y cuenta chistes bastante sosos, pero Hofmeester se ríe de ellos por educación.

El desierto cambia continuamente de color, el desierto se vuelve cada vez más rojo.

Aquí apenas hay piedras. Solo arena y algún que otro arbusto pelado.

—¿Es usted de por aquí? —pregunta Hofmeester cuando se detienen en una duna.

El silencio le pesa mucho.

—Vengo del norte del país —dice Elago—. Allí está mi familia.

—¿Y va a menudo a verlos?

—Trabajamos tres meses, y luego tenemos tres semanas libres. Dentro de dos semanas me iré hacia allí.

Vuelven a ponerse en marcha. Se detienen junto a dos grandes dunas.

—Esa es Big Papa —dice Elago— y aquella es Big Mama. Big Mama es menos alta que Big Papa, pero la vista es la misma —espera un poco—. Si quiere subir a Big Mama yo me puedo quedar aquí con la niña. Aquí suele haber más gente al amanecer. Pero ahora está tranquilo. La duna es toda suya.

—Sí —dice Hofmeester—, quiero subir.

—Llévese algo de agua —le dice Elago.

Hofmeester se pone el maletín debajo del brazo. Deja el sombrero

en el todoterreno.

—¿No quiere dejar su maletín aquí?

—Bah, no, me lo llevo —contesta Hofmeester—. No pesa.

Sale del todoterreno, coge la botella de agua que le ofrece Elago y echa a andar.

—¿Está seguro? —le grita Elago—. Puede dejar el maletín aquí. No le pasará nada.

Hofmeester hace como si no lo oyera.

Al principio, la arena es firme, pero poco a poco él se va hundiendo más en ella, hasta las rodillas.

Cuando se vuelve, ve que Kaisa lo sigue.

No hay rastro de personas ni animales. Solo arena de distintos tonos.

Aunque no han subido mucho, el todoterreno ya le parece pequeño e insignificante.

Kaisa trepa más rápido que él. No tardará en alcanzarlo.

—Debes quedarte con Elago —le grita él—. Quédate con Elago. Él cuidará de ti.

Hofmeester sigue avanzando. Le duelen los brazos y respira con dificultad. Las sandalias no hacen más que estorbarlo. Se las quita.

Después de veinte minutos han desaparecido de la vista de Elago.

Hofmeester se sienta. Kaisa se queda de pie. Él está agotado, tiene la boca seca.

—Vuelve, Kaisa —le dice—, voy a seguir solo. Voy a desaparecer.

No le cuesta decirlo, pues ha pensado este momento muy a menudo, lo ha revivido muchas veces en su mente. Se levanta, le estampa a Kaisa un beso en la frente y le da la botella de agua que está medio llena.

Él sigue avanzando a buen paso, la duna baja a veces y luego vuelve a subir. Él camina por la cresta de la duna, donde el viento ha levantado la arena a ambos lados. No hay vistas, solo más arena, más dunas.

Hofmeester lanza sus sandalias. Ya no las necesita. A veces se cae, entonces camina unos metros a cuatro patas por la arena. Sí, esto es desaparecer. Así se hace. Así es.

Aunque los ojos le escuecen debido al sol, él nota que el calor va disminuyendo.

Cuando se vuelve, ve que Kaisa está a tan solo unos metros de él. Lo ha vuelto a seguir.

Hofmeester maldice.

—¡Vete! —grita.

Agita los brazos, agita el maletín, para dejarle claro que debe

regresar al coche. Lejos de aquí, lejos de él.

Sin embargo, ella no hace más que acercarse. Cada vez más rápido, corre por la arena como una bestia acostumbrada al desierto. No se da tiempo a hundirse. Parece que esté haciendo una danza, una danza sin público.

Entonces él se vuelve y sigue avanzando, alejándose de Kaisa.

Pero ella es más rápida y lo alcanza. Lo agarra de la pierna. Él quiere soltarse y se cae.

—Vete —grita—, Kaisa, ¿no ves lo que estoy haciendo? ¿Es que no lo ves?

Está tumbado boca abajo. Tiene arena por todas partes, en las orejas, en la nariz, en la boca y en el maletín.

La niña está sentada a su lado y le acaricia el pelo.

—Kaisa —susurra él—. ¿No te he dicho que tengo que desaparecer? Déjame.

Se incorpora y agarra las manos de la niña.

—¿Te parezco enfermo? —pregunta—. ¿Es eso lo que piensas? Pero si yo estoy enfermo, ¿qué significa estar sano, qué significa ser normal?

Se levanta.

—Soy el producto de la civilización —grita—. Soy lo que sucede cuando se echa a la civilización a las bestias. Eso es lo que soy. Lo único que he querido siempre es ser civilizado.

El viento ahoga el sonido de su voz.

Vuelve a ponerse en marcha, se tambalea, pero sigue adelante. La niña no se rinde. Lo coge de la mano. Tira de él en dirección contraria. Se diría que están forcejeando.

Entonces, él levanta a la niña durante unos segundos con sus últimas fuerzas. Para hacer este último esfuerzo, ha tenido que dejar el maletín en el suelo.

—Mira —dice—, mira lo bonito que es esto. No hay ni rastro de gente. Solo arena. Eso es hermoso. Un mundo sin gente es pura belleza. El ser humano es oscuridad, solo eso, el epicentro de la oscuridad, y la única luz que emana de él es la luz de la bestia.

Vuelve a dejar a la niña en el suelo.

—Tengo que quedarme aquí —le dice—, no hay sitio para mí, he renunciado a mi lugar en el mundo de las personas. He salido de ese mundo. Pertenezco al mundo de la arena. La arena tiene que apiadarse de mí.

Hofmeester sostiene el maletín contra su frente para protegerse los ojos de la luz. El sol está cada vez más bajo.

Después vuelve a sentarse, coge la botella de la niña y bebe un trago.

—Antes —dice—, los domingos por la mañana solían llamar a mi puerta testigos de Jehová. Yo les abría siempre. Aunque mi esposa estaba en contra. Pero a mí me parecía que debía ser educado, aunque llamaran a la puerta para salvar mi alma. Y decían cosas como: «Dios le busca». Ese tipo de cosas. Pero a mí me ha buscado la arena, ¿no notas cómo me busca la arena? Tal vez fuera eso lo que querían decir los testigos de Jehová. No lo sé. Que la arena me busca. Y siempre me ha buscado. Podría ser.

Abre el maletín y se escapa algo de polvo.

—Mira —dice—, después iré a sentarme en algún sitio, no importa dónde, por aquí, todas las dunas se parecen, y entonces abriré el maletín. Dentro llevo todo lo que necesito. Mis cuatro lápices, el manuscrito que estaba leyendo, el cuaderno de Tirza, su agenda, el iPod de Tirza, el cargador. Lo colocaré todo a mi alrededor y esperaré. Conservo buenos recuerdos de esos cuatro lápices. Y de Tirza, la reina del sol. Y del maletín. Fue un regalo de mi esposa. Me quedaré sentado así, con mis cosas, estaré muy tranquilo. Unas veces miraré los lápices, otras el cuaderno de Tirza y otras el maletín. Así me lo imagino. La arena llegará y tendrá compasión de mí. Y tú debes volver. No demasiado rápido, porque no quiero que me encuentren. «Dios lo busca», decían los testigos de Jehová. Yo no quería que me encontraran ni Dios ni los hombres. Ahora ya lo sabes todo. Ahora debes volver. Aquí se acaba nuestro juego, Kaisa. Seguiré caminando un trecho y tú regresarás.

Se levanta. Se coloca el maletín bajo el brazo. Pero Kaisa le coge la mano y no la suelta, se aferra a esa mano y cuando Hofmeester amenaza ser más fuerte que ella, cuando está a punto de soltarse, ella le muerde la mano.

—¡Ay! —grita él—. ¿Te has vuelto loca?

Aquí, el sonido no llega lejos. Ni siquiera las bestias pueden oírlo. Él mismo apenas se oye.

En medio de la confusión, ella consigue arrastrarlo hacia abajo.

Él se cae en la arena y ella se le sube encima.

Lo sujeta y al final él la sujeta también a ella.

Una ráfaga de viento los rocía con granos de arena que se le meten en la nariz. Él resopla y se suena la nariz.

Por fin tiembla Hofmeester, por fin se estremece y por fin aparecen las lágrimas. No porque tenga previsto desaparecer, no porque se arrepienta de las oportunidades perdidas —cuando casi todo es una oportunidad perdida, no hace falta lamentar cada una de ellas—, no porque eche de menos a la reina del sol, más de lo que está dispuesto a admitir, sino porque siente, porque de algún modo tiene la certeza de que no podrá separarse de esta niña. Que es demasiado débil para

soltarse y que por consiguiente no desaparecerá. Aún no. No como había esperado, no como había imaginado, como había pensado.

Se levanta, da unos cuantos pasos, pero no en la dirección que había elegido. La niña tira de él, y él regresa, de vuelta al coche, de vuelta a la vida a la que no quería volver.

—Kaisa —dice—, ¿qué es esto, qué significa esto?

Pero es una pregunta retórica. Él no espera ninguna respuesta ni tampoco obtiene ninguna.

A mitad de la duna, ambos se quedan parados. Beben el agua que queda en la botella. Hofmeester se echa a reír.

—Míranos —dice—, ¿nos ves?

Ella lo mira, pero no ríe. Le agarra la mano y vuelve a tirar de él duna abajo, como si ella fuera el burro y él el carro.

—¿Dónde han estado? —pregunta Elago—. Pensaba que no volverían nunca. Empezaba a preocuparme por la niña. Se empeñó en ir con usted, señor. No pude retenerla.

Entonces ve que Hofmeester va descalzo.

—Sus zapatos, señor.

—Se han quedado en la duna —dice Hofmeester—, no pasa nada. De todas formas hace demasiado calor para llevar sandalias.

Ahora ambos van descalzos, él y la niña.

Se sube al todoterreno, se pone el sombrero.

—¿Quiere beber algo? —pregunta Elago.

—Agua —responde Hofmeester.

La niña está sentada a su lado y sostiene su mano como si aún desconfiara, como si Hofmeester pudiera intentar escaparse de nuevo en cualquier momento. No la suelta en todo el trayecto de vuelta al Kulala Desert Lodge.

A la mañana siguiente temprano regresan al sur. El desierto ya no tiene nada que ofrecerle a Hofmeester.

En el mapa ha visto que hay una pequeña ciudad en la costa, Lüderitz, que quiere visitar. Allí tiene que intentar una vez más desaparecer.

Creía poder llegar allí en un día, pero las carreteras son malas. A medio camino se para en una granja donde alquilan habitaciones.

El granjero y la granjera son hijos de emigrantes alemanes, ya entrados en años, que mantienen viva las tradiciones alemanas.

Al principio no quieren darle una habitación a Hofmeester.

—¿Dónde están sus zapatos? —le pregunta la granjera.

—Los perdí en el desierto.

—Qué bien habla usted alemán —dice la granjera—, ¿dónde lo ha

aprendido? Puedo oír que no es usted alemán, pero lo habla muy bien.

—Lo aprendí en la universidad, estuve a punto de doctorarme.

Es una respuesta que la tranquiliza. El talento de Hofmeester para la conversación ha cumplido con su deber.

Hofmeester comprende que las personas decentes llevan zapatos, pero sus pies están demasiado hinchados. La edad ha dado a la granjera comprensión y sabiduría para aceptar que algunos turistas que no tienen ni idea de adónde han ido puedan perder sus zapatos en la arena y, no obstante, ser civilizados.

Le da una habitación con dos camas individuales que no están una al lado de la otra. El colchón es duro. El aire en la habitación está viciado. En el armario encuentra una prenda olvidada de un anterior huésped: una camiseta.

Para la cena, sirven albóndigas y col que ha hervido demasiado tiempo, la conversación deriva en Heinrich Ernst Göring, el padre de Hermann, que aquí en Namibia era comisario del Kaiser, y al menos sabía mantener la paz.

El granjero y la granjera no comen, ya han cenado, pero controlan de cerca lo que se meten dentro sus huéspedes y también lo que dejan.

—Incluso los indígenas lo respetaban —dice la granjera.

Hofmeester se limita a asentir. Desde dónde está ve un aparador con piezas de porcelana y una gran cruz encima.

La conversación transcurre en alemán. Un alemán pulcro, sin palabras extranjeras.

—En Lüderitz —dice ella— debe usted comprarse unos buenos zapatos. Aunque nosotros siempre vamos a Keetmanshoop para hacer las compras.

Y a las nueve dice:

—Son las nueve, lo que equivale a medianoche para un granjero. Apagaremos las luces.

Kaisa se ha quedado dormida en su silla.

Con la niña en brazos, Hofmeester se va a su habitación.

Está demasiado cansado para desvestirse y desvestir a la niña. Se tumban en la cama tal como están. Pegajosos y sucios. Insignificantes.

Durante el desayuno a la mañana siguiente, el granjero y la granjera vienen a sentarse otra vez con Hofmeester y Kaisa. Por lo visto, aquí son una atracción. Por aquí no pasan muchos turistas y los que pasan, se van rápidamente.

Hablan de la sequía. El granjero dice:

—Tardamos dos o tres años en engordar a una vaca.

Lo dice con tristeza, pero también con resignación.

—Nuestro ganado se ha encogido —dice el granjero. Y señalando a su mujer, añade—: Y ahora nos encogemos nosotros.

Al oír estas palabras, Hofmeester se levanta y paga la cuenta.

Cuando vuelve a estar en el coche y mira a la niña, comprende que, por muchas vueltas que dé en este país, llegará un momento en que tendrá que parar. No puede seguir yendo eternamente de un lugar a otro. Lo que dijo sobre la niña también vale para él, más para él, mucho más. Se ha quedado sin futuro, pero no, tal como creía, sin desesperación. Lo consterna el hecho de no haber desaparecido aún y de no saber cómo hacerlo. No tiene ni idea de cómo despedirse de la propia vida. Y, no obstante, no puede ser tan difícil.

En una pista de tierra, a sesenta kilómetros de la localidad de Aus, se les revienta la llanta. Hofmeester y la niña salen del automóvil. El sol pega fuerte.

Necesitan ayuda. Tienen una rueda de recambio, pero Hofmeester no consigue cambiarla solo.

Se quedan al borde de la carretera para hacer señas a los vehículos que pasan. Pero por allí pasan muy pocos vehículos.

Hofmeester sostiene su maletín encima de la cabeza de la niña, para protegerla del sol.

No se dicen nada.

Sin embargo, ella se queda a su lado, no lo pierde de vista, ni siquiera cuando él se esconde detrás de unos arbustos para orinar.

Sigue sin fiarse de él, tiene miedo de que vuelva a intentar desaparecer. Y cuanto más se percata él del temor de la niña, cuanto más consciente de ello es Hofmeester, mejor comprende que le será difícil desaparecer. Que tal vez haya perdido ya esa oportunidad.

No importa como fueran los papeles al principio, ahora él es un prisionero de la niña.

Finalmente, dos sudafricanos en un todoterreno blanco les ayudan a cambiar de neumático. Lo hacen en veinte minutos. Hofmeester les ofrece dinero, pero ellos no lo aceptan.

—Aquí nos ayudamos mutuamente —dicen—. Dependemos los unos de los otros.

Hofmeester les da las gracias profusamente y vuelve a arrancar.

Se detiene en un cruce y mira unos segundos a su compañera de viaje.

—Yo no soy la solución —le dice—, soy el problema, lo comprendes, ¿verdad?

Pero, al parecer, ella no lo comprende puesto que le da la mano. Aguanta su mano, la aprieta y le estampa un beso.

En Aus, la carretera vuelve a estar asfaltada. Aquí también vuelve a haber cobertura, puesto que el teléfono de Hofmeester empieza a sonar. Alguien ha llamado varias veces. Ve que es su esposa.

En Aus, llena el depósito de gasolina y sale para estirar las piernas

y llamar. La niña permanece en el coche, lo observa, no lo pierde de vista en ningún momento.

Debajo de un árbol consigue establecer conexión con Ámsterdam. Su esposa tarda en contestar.

—Has llamado —le dice él—. ¿Qué hay de tan urgente?

—Me alegro de que llames —le contesta ella.

Suena nerviosa. Acosada. Su voz lo intranquiliza. Como antes, cuando él se daba cuenta por su tono de que pasaba algo. Ese algo era a menudo un hombre.

—La han encontrado.

—¿A quién?

—A Tirza, Jörgen. ¿A quién si no? Tienes que venir a casa.

Él se calla, mira a la niña en el coche.

—Sí, sí —dice por fin.

—Tienes que regresar cuanto antes a casa, Jörgen, ¿me lo prometes?

Y él vuelve a decir:

—Sí, sí.

—Jörgen, ¿me lo prometes? Ahora no debemos abandonarnos. Jörgen…

Él cuelga.

Lentamente se dirige al automóvil. El empleado de la gasolinera lo sigue con la vista.

Hofmeester se sienta al volante, se frota la barba que empieza a cubrirle las mejillas.

—¿Compramos dulces? —le pregunta a la niña—. ¿Te apetece comer dulces? ¿Chocolate?

# 5

LÜDERITZ ES UNA PEQUEÑA CIUDAD QUE A HOFMEESTER le recuerda más a Escandinavia que a África. Aquí, el mar está frío. Y el viento es tan fuerte que el ruido que hace incluso es insoportable en la habitación de hotel con las ventanas cerradas.

El puerto está en ruinas, los almacenes tapiados. El aeropuerto es una pequeña torre en el desierto. Una pista de aterrizaje de arena. Nada más.

Nesthotel se llama el hotel en el que se ha instalado con la niña. Hace tres días que no sale de su habitación. Permanece sentado en la cama, viendo la televisión o escuchando la radio. Por las noches pide el servicio de habitaciones. Antes de irse a dormir cuelga una nota en la puerta indicando lo que quiere desayunar a la mañana siguiente. Es siempre lo mismo. Para él tostadas con mermelada, para la niña yogur y fruta. Además de café y chocolate caliente.

Ya queda poco que hacer. Ya queda poco, esa es la sensación que tiene. El presente se reduce a una habitación de hotel, una cama y una niña. Lo contrario del futuro es una niña, de eso está seguro ahora. Para Kaisa, un día equivale a un año. Hay momentos en los que él vive como un alivio la falta de expectativas y esperanza, la ausencia de planes.

Nada más llegar, compra lápices de colores, un sacapuntas y un cuaderno de dibujo en una papelería. No compra zapatos, aunque sí caramelos y chocolate.

Un occidental descalzo, con un maletín bajo el brazo, un sombrero en la cabeza. En Lüderitz eso apenas sorprende, pues saben que algunos occidentales se vuelven locos en África. Se consumen, se disuelven, no vuelven nunca más, adquieren el color de su entorno.

La niña dibuja. Hofmeester sigue sus movimientos. De vez en cuando, él se acerca a la ventana y mira el mar. Los cristales están sucios. Los limpiacristales no pueden llegar hasta allí.

Le vienen recuerdos que él ya no controla. Son sobre todo detalles que no necesariamente guardan relación con otros detalles. Un fondo de cobertura, zapatos infantiles azules, con velcro, la MS 170.

Con marea alta, las olas llegan hasta su ventana. Cuando el ruido

del viento le resulta excesivo, pone la radio a todo volumen. Aquí también es la emisora namibia alemana.

Hofmeester escucha. Música y conversaciones con oyentes que se quejan del mal funcionamiento del servicio postal en Namibia o que a veces simplemente buscan algo: alguien que los lleve a Ciudad del Cabo, por ejemplo.

Hofmeester ha desconectado el móvil. Lo esperan, lo esperan con urgencia, seguramente de forma más urgente que en ningún momento de su vida. Pero ¿qué significa?

Dos veces al día toma un baño.

Divaga sobre los poetas expresionistas, el libro de referencia que nunca escribió. El amor que él declaró muerto y abolido en su conjunto; su abolición fue también una promesa nunca cumplida. Igual que el libro de referencia. Él tiene que cargar con el cadáver caliente del amor.

Y cada hora que pasa, comprende mejor que no podrá quedarse aquí, que tampoco desaparecerá en Lüderitz. Aunque está seguro de que el mar tendrá tanta compasión con él como la arena. No le cabe la menor duda. Pero ha dejado escapar su oportunidad. Ahora está aquí con una niña en el Nesthotel. Una niña a la que ya no puede llamar extraña. Así de rápido va todo. Así de rápido deja el otro de ser un extraño. En Namibia ya tiene un pasado, es un hombre con una historia. Por eso debe regresar. Volver al punto de partida. Lo han llamado. Quieren hablar con él aunque solo sea porque les resulta insoportable pensar que los actos no tienen consecuencias. La gente desprecia todo lo que no tiene consecuencias. Incluso un juego debe tenerlas. Aunque con ello deje de ser un juego.

Él aplaza el momento. Volver es peor que desaparecer. Volver es peor que la muerte.

—¿Sabes? —le dice a Kaisa, el cuarto día de su estancia en Lüderitz.

La niña está sentada en la cama dibujando. Tiene la boca sucia del chocolate fundido.

—¿Sabes? —susurra Hofmeester—, cuando Tirza tenía tres años fuimos por primera vez a esquiar con ella. A mis padres, los deportes de invierno les parecían una estupidez. En verano íbamos tres semanas a Limburgo, eso era todo. Eso bastaba. ¿Por qué malgastar el dinero? Pero yo pensé: Tirza tiene que aprender a esquiar. Y cuanto antes aprenda uno a esquiar, mejor lo hará. También participó en algunos concursos. Era una buena esquiadora, pero mejor nadadora.

Está tumbado boca abajo en la cama. La niña sigue dibujando. Él no puede ver qué dibuja. Quizá una casa o un árbol. El sol. Una persona.

Él habla tranquilamente, como si llevaran años juntos y, en los postres, él sacara a colación una anécdota desconocida aunque muy familiar.

Hofmeester se calla y escucha la radio. Música schlager. Otra vez. Siempre música schlager.

Le limpia la boca a Kaisa.

—Yo nunca iba a esquiar —dice—, me quedaba abajo esperándola. En el hotel. O a mitad de la pista, junto a un árbol. A veces la veía pasar como un relámpago. Al principio, cuando tenía tres años, yo corría detrás de ella por la nieve. Cuando aún no esquiaba rápido. Yo corría detrás de ella por si se caía.

La niña lo mira, lo mira de una forma distinta que al principio. Lo mira como a alguien a quien conoce.

—¿Sabes? —le dice él—. ¿Sabes, Kaisa…? Suena raro, pero creo que tengo más o menos tu edad. Tengo…

Ya no recuerda qué quería decir, o sí, lo sabe. Por supuesto que lo sabe. Quiere decir que Jörgen Hofmeester, el adulto Jörgen Hofmeester, el redactor de ficción traducida, en realidad no existe ni nunca ha existido. Era un papel que el niño representó como podía y con creciente precisión y refinamiento. Un juego.

Toma a Kaisa en brazos, cubre su cuerpo de besos y mientras lo hace escucha la radio.

Una mujer canta. «*Laß uns leben* —canta— *jeden Traum. Alles geben, jeden Augenblick*». Vivamos cada sueño. Démoslo todo, cada instante.

Hofmeester sigue besando a la niña. La besa sin pensar, la besa como si fuera natural. Cada parte de su cuerpo, toda su cabeza, su espalda, su vientre, la besa como si tuviera que recuperar algo.

Intenta recordar por qué siguió siendo un niño de nueve años, pero no se le ocurre nada. Apenas logra recordar cómo era cuando tenía nueve años. ¿Qué aspecto tenía? ¿Qué ropa llevaba? ¿Qué le decían sus padres y qué les decía él a ellos? Su memoria es un desierto.

Solo está seguro, más seguro que todo lo demás, de que realmente no ha sido nunca otra cosa que un niño de nueve años. Por supuesto, su cuerpo creció, sus pies, su cabeza, su nariz, todo creció, pero el resto se quedó como estaba. El crecimiento del corazón, el alma, o como quiera llamarse, se detuvo entonces. Está tan seguro de eso como de que no tiene futuro, ahora está convencido de que, pese a que casi ha alcanzado la edad de jubilación, tiene la misma edad que Kaisa.

Y la mujer en la radio canta: «*Bist du bereit, für unsere Zeit*?». ¿Estás preparado para nuestro tiempo?

Él la acompaña un poco, le gusta la melodía.

—Kaisa —susurra—, debo regresar. Me esperan. No dice quién le

espera. Él mismo no lo sabe con exactitud.

La niña coge sus lápices y sigue dibujando. Él le acaricia los hombros. El chocolate y los lápices de colores han dejado manchas en la sábana. Se podrán quitar.

Por primera vez en cuarenta y ocho horas, Hofmeester se viste. Incluso se pone una corbata. De alguna manera debe compensar la falta de calzado.

Después viste a la niña. Le pone la camiseta, el pantalón de chándal. Los ha lavado a mano.

—Ven —le dice—, vamos a pasear.

El viento es abrumador, parece querer arrancarles la ropa, los pelos, el sombrero de Hofmeester. Solo de vez en cuando, una casa o una pared les ofrece protección. Ellos caminan con cuidado. En el suelo podría haber cristales.

La niña lo agarra. Y ahora él ya no duda de si está enfermo. Sabe que no lo está. Las personas enfermas no ven la realidad. Oyen lo que no hay, ven lo que no existe. En cambio, todo lo que él oye está y todo lo que ve existe.

Se siente bien caminando allí con Kaisa. Su presencia en la vida de ella es natural e inevitable. Así debe ser.

En la terraza de un centro comercial que le resulta horriblemente moderno, ambos beben té, ella con mucha leche y azúcar. Él no tiene esperanza, pero no está enfermo. Lo contrario quizá sí: sano. Jörgen Hofmeester, una persona sana.

—Volveré —le dice a Kaisa—, volveré. Tal vez podría adoptarte. Tan difícil no será. Entonces te llevaré a Europa. Allí recibirás una buena educación. Puede que me equivoque, pues no te conozco tan bien, pero creo que eres una superdotada, altamente superdotada.

Altamente superdotada. Pronuncia la palabra como otros hablan del profeta o de Dios.

Se pasean por la ciudad, ven una iglesia, una estación que ya no hace de estación, muros con dibujos y textos como «*Fight aids, not people with aids*».

Por lo demás, hay poco que ver.

Cuando empieza a anochecer, regresan caminando al hotel.

—También podría crear una fundación —dice Hofmeester—. Una fundación para niños como tú. Para niños de la calle en Namibia que venden algo. ¿Cuántos son? ¿Mil? ¿Diez mil? ¿Se conocen?

Cuando empieza a anochecer, la gente desaparece de las calles. Lüderitz de noche es una ciudad fantasma. Más aún que de día, aunque también entonces tiene algo de ciudad fantasma. Abandonada y olvidada, y siempre el ruido del viento. Vuelve loco a Hofmeester.

—Me voy, Kaisa —dice—, pero volveré. Tengo que ocuparme de

algunos asuntos. Y cuando vuelva, crearé una fundación. ¿Tal vez pueda vivir con ustedes? ¿Con los niños de la calle? En una casa o en una tienda de campaña. También podemos vender algo juntos. Podría ayudaros a montar una organización. Hubo un tiempo en que trabajé en el sindicato de traductores literarios, que todavía no se habían organizado. El principio es el mismo.

Por primera vez desde que han llegado a Lüderitz no cenan en la habitación, sino en el comedor. Ha llegado un grupo. Un autocar lleno de hombres y mujeres en torno a los cuarenta. La sopa de champiñones es harinosa y las gambas están secas. A Hofmeester no le importa.

En los postres le canta en voz baja a Kaisa.

—*Ridi* —canta—, *ridi*.

Y cuando ha acabado, susurra:

—Es agradable estar aquí contigo. Te adoro.

Ella juega con la cuchara y dice:

—*Do you want company, sir*?

Ya no es una pregunta, sino la confirmación de una situación.

Después de comer no vuelven enseguida a la habitación, sino que se sientan en el bar. Él va a buscarle a Kaisa los lápices de colores y un poco de papel. Pide vino y Coca-Cola y la mira dibujar.

No es feliz, no se atrevería a llamar a esto felicidad, eso nunca. Pero por unos segundos está contento. Siente una alegría loca e incomprensible que sale de la nada y sin duda desaparecerá de nuevo en la nada.

Antes de que ella se quede dormida esa noche, él susurra:

—Volveré para adoptarte, soy suficientemente joven para ser padre. Aún me quedan muchos años.

A la mañana siguiente temprano salen en dirección a Keetmanshoop. Hofmeester creía que tardaría un día en llegar al Windhoek International Airport, pero ya es de noche cuando llegan a Mariental y desde allí quedan al menos tres o cuatro horas de carretera hasta Windhoek. Decide pasar la noche en Mariental.

Hay un hotel. En todas partes hay hoteles. Una cama, un cuarto de baño, una mesilla de noche, unas cuantas perchas para colgar la ropa. Bien podría seguir así. De habitación de hotel en habitación de hotel, con la niña, su sombrero y su maletín. Inhallable para el mundo. Pero tiene que volver a Holanda, volver a la Van Eeghenstraat. Para adoptar a Kaisa tiene que volver, tiene que dar explicaciones.

Por un momento lo asombra no haber considerado antes la posibilidad de adoptar a una niña. Pero ¿por qué iba a adoptar uno a una niña desconocida? A Kaisa la conoce. Y ella a él. Hacen buena pareja. Se complementan. Esos dos ven algo en el otro.

En Mariental compra zapatos, para él y para la niña. Zapatos negros y sencillos para él, y sandalias marrones para la niña. La tienda no es una verdadera zapatería, sino más bien un supermercado, pero no importa. Ahora ya no van descalzos.

Los zapatos le aprietan. Bah, qué más da, él comprende que no puede llegar descalzo al aeropuerto de Schiphol. Lo arrestarían de inmediato. Los tiempos han cambiado. El peligro acecha por todas partes.

Kaisa está orgullosa de sus sandalias. Con sandalias camina diferente. Como una dama.

—Podría impartirles clases —le dice él por la noche en el pequeño comedor del hotel en Mariental—. Cuando venga a vivir aquí. Podría enseñaros alemán, por ejemplo. Podría leeros libros. O hablaros de Tolstói, y explicaros que la literatura y el arte no hacen felices a la gente. Y que por ello él renunció a ambos. Pero tenemos que trazar un plan, un plan es importante. ¿Qué necesitan los niños que venden compañía? No tienen ni casa ni zapatos. Hay que establecer prioridades. Quien no tiene ni casa ni zapatos, necesita ante todo zapatos.

La niña no le responde, pero, aunque todavía está comiendo, le coge la mano, como si sintiera que va a desaparecer, que quiere escaparse de nuevo. Ahora ella come con una sola mano porque ya no lo suelta.

Después de la cena, él llama a su esposa.

—Salgo mañana —le dice—. Quería que lo supieras.

—Tienes que venir cuanto antes —le contesta ella—. Todo este tiempo he intentado llamarte, Jörgen. Han estado aquí —la voz de su esposa le gusta cada vez menos. Suena nerviosa, acosada e insegura—. Y… y… te lo contaré todo cuando estés aquí. Todo el mundo te busca, todo el mundo te espera. También han llamado periodistas. ¿Dónde estás?

—Ya te he dicho que salgo mañana. Llegaré pasado mañana por la tarde. Estoy en Namibia. ¿Dónde si no? No te preocupes. Todo saldrá bien.

—Ahora no tenemos que abandonarnos. No tendríamos que habernos abandonado nunca.

—No, no —dice él.

Pero no tiene ni idea de lo que ella está diciendo. Ni idea.

—Yo no te he abandonado nunca, ¿no?

—Jörgen, vuelve cuanto antes. Por favor. Si vienes ahora, aún podemos…

—Que te vaya bien —susurra él.

Con estas palabras pone fin a la conversación. Vuelve a apagar el

móvil. No quiere que lo molesten durante las últimas horas.

Le pide a la recepcionista del hotel que llame a South African Airways y reserva un vuelo para el día siguiente. Es todo un embrollo, porque ha olvidado hacerlo a tiempo, pero cuando le ha explicado la mitad de la historia sobre su hija desaparecida a la mujer de South African Airways, ella le dice:

—Ya me encargaré de todo, señor Hofmeester, comprendo muy bien que en estas circunstancias no haya pensado usted en nosotros.

—Kaisa, ¿qué quieres hacer, quieres dar un paseo nocturno? —pregunta Hofmeester.

Pasean por las calles vacías de Mariental. Solo las gasolineras están aún abiertas.

—Tengo dudas —dice Hofmeester mientras compra gominolas en la tienda de una gasolinera—, tengo cada vez más dudas. Quiero decir: ¿qué ha pasado y qué no ha pasado? ¿Hasta qué punto hay que tomarse un juego en serio? Con mi esposa también jugaba. Era de noche, siempre de noche, y yo era la bestia, siempre la bestia. Y entonces nació mi primera hija, y yo jugaba a que era el padre. En la editorial jugaba a que era redactor, siempre he jugado. No podía evitarlo.

Se pone en cuclillas y coge la cara de la niña con cuidado entre las manos. En la cola delante de la caja.

—Porque en realidad tengo tu misma edad. Siempre he jugado. Solo no con Tirza. Eso era distinto.

Esa noche ninguno de los dos puede dormir. Ella dibuja y el mira el techo. Tiene un presentimiento que no logra interpretar. Pero no es un presentimiento, es su propia vida.

Su vuelo a Johannesburgo sale a las tres y diez de la tarde. Hacia las doce ya está en el aeropuerto de Windhoek. Lleva el automóvil a Hertz, allí toman nota de los daños. Hofmeester no protesta. Asume la culpa de todos los daños, incluso de los que no ha causado él. Después saca del cajero todo el dinero que puede sacar y se lo mete en el maletín. Factura.

—¿Quiere llevar la maleta como equipaje de mano? —pregunta el señor de South African Airways.

Hofmeester mira la maleta que antes se llevaba a veces de viaje de trabajo.

—No —dice Hofmeester—. La facturaré.

Ahora solo tiene su maletín.

Deambula con la niña por el aeropuerto. Observan a los pasajeros, comen un bocadillo de pollo, sacan el pollo del pan, porque solo quieren comerse el pollo, pero al final se dejan también la mitad del

pollo. Salen a sentarse en un banco. Delante de la terminal de salidas. Hay turistas que se llevan jirafas de madera como recuerdo a casa. A ambos les hace gracia. Una jirafa de madera.

Hasta que él ya no puede negarlo. Tiene que pasar por la aduana, tiene que irse. Aquí acaba todo. Esto es la frontera.

En el césped se pone en cuclillas delante de Kaisa.

—Ahora me voy —le dice—, debo irme. Pero volveré, te prometo que volveré.

Coge el maletín.

—Mira —le dice—, dejo esto aquí. Es para ti.

Abre el maletín.

—Cuatro lápices —dice—, un sacapuntas, el iPod de Tirza, el cargador, la música de Tirza, su libreta, quizá puedas anotar cosas o hacer dibujos. Su agenda. Un manuscrito de un autor de Azerbaiyán. Ya verás lo que haces con él. Y aquí en este compartimento está el dinero. Pero volveré. Te prometo que volveré. En esta nota he escrito mi número, mi dirección en Ámsterdam. Si quieres, puedes llamarme. Y, oh sí, aquí tienes dos bolsas de gominolas. Pero no comas demasiados dulces, porque no es sano. Debes…

Se levanta, mira su reloj. Ella le agarra la mano. Hofmeester vuelve a agacharse.

—Volveré, Kaisa —susurra—, este maletín es la garantía. Mientras lo tengas, sabrás que volveré. Mi vida está en este maletín. Tengo que volver. No puedo hacer otra cosa. Todo lo que tengo está ahí dentro. Cuídalo como has cuidado de mí.

La estrecha en sus brazos.

—Kaisa —susurra—, Kaisa, te perdono, te perdono que no me dejaras desaparecer, te perdono que me sedujeras para que me quedara aquí, te lo perdono todo. Pero ahora tengo que irme.

Hofmeester mira a su alrededor.

Parece que nadie los mira.

—No sé cómo debe morir uno cuando se da cuenta de que nunca ha desempeñado un papel en la vida de alguien, ni siquiera en su propia vida —susurra—. Cómo hace eso, cuando comprende, cuando tiene en cuenta la posibilidad, tiene realmente en cuenta la posibilidad de que nadie se ha preocupado por él, de que nadie era suficientemente importante, de que… Volveré para aprender a morir, Kaisa, todavía no puedo, pero tú me enseñarás. Yo te enseñaré alemán y a cambio, tú me enseñarás a morir, ese es el trato.

Se pone a cantarle.

—*Unerreichbar* —canta— *schweres Herz*.

Ha olvidado las palabras.

—*Ridi* —canta—, *ridi ridi ridi*.

Se aleja de ella. Se siente raro sin maletín. Ella lo sigue, le agarra la mano.

Él se suelta.

—Tengo que irme —susurra, sin mirarla—, pero volveré. Márchate a la ciudad. Volveré, Kaisa.

Ella le agarra otra vez la mano. Por el rabillo del ojo ve lo grande que es su maletín para ella. Es una especie de casa. Ella sigue llevando colgado del hombro el bolsito de colores que él le compró en Windhoek para guardar el dinero. Quien vende compañía, debe guardar bien su dinero.

Ahora casi ha llegado a la aduana.

Se gira. Un empleado de seguridad retiene a la niña.

—Volveré —exclama él—. Kaisa, volveré.

Se despide con la mano. Y luego con el sombrero. Detrás de él, alguien en la cola lo empuja.

—Volveré —exclama él una vez más.

Después ya no la ve.

La cola no es larga.

Hofmeester entrega su pasaporte al aduanero.

Y aunque ya no ve a la niña, sigue oyendo su voz.

—*Do you want company, sir*? —grita ella por la terminal de salidas.

Su voz se oye por encima de todo.

El aduanero sella su pasaporte y se lo devuelve. Y Hofmeester vuelve a oír los chillidos de Kaisa en la terminal de salidas de Windhoek.

—*Do you want company, sir? Sir*?

Hofmeester tiene que sujetarse a la cabina del aduanero. Tiene la sensación de que va a vomitar. Tiembla. Pero también se sujeta para retenerse. Para no perder el control, para no ceder al impulso de volver corriendo a la terminal de salidas. De coger a Kaisa en brazos, alquilar un coche. Irse. Disolverse junto con ella.

Ahora Hofmeester sabe cuál es la alternativa a morir, ahora comprende lo que les sucede a las personas que no desaparecen a tiempo.

Por la mañana temprano llega a Zúrich y por la tarde aterriza en Schiphol. El cielo está nublado y hace dieciocho grados en Ámsterdam. En el control de pasaportes solo tiene que levantar su pasaporte.

Decide tomar el tren a Ámsterdam-Zuid. Desde allí coge el tranvía número cinco. Apenas tiene pensamientos. ¿Qué le parecería a Kaisa viajar en el número cinco?, piensa. ¿Qué le parecería el tranvía? Mira

la ciudad con los ojos de Kaisa.

Se baja en la esquina de la Willemsparkweg con la Van Baerlestraat. Todo le resulta conocido y no obstante extraño, puesto que lo mira con los ojos de Kaisa.

Su maleta no es pesada y no tiene que ir lejos. Podría recorrer fácilmente el trayecto caminando, pero al ver llegar el número dos, decide hacer dos paradas en tranvía.

¿Por qué no? La comodidad al servicio del hombre.

Todo le resulta extraño. Irreal. Absurdo. Un decorado.

Se apea en la parada de la Cornelis Schuytstraat. Es el único en bajarse.

Se detiene delante de la bodega, mira el escaparate. En la tienda hay gente, pero nadie lo ve. Los clientes se dejan asesorar, el vendedor sostiene una botella en alto. Él casi presiona la nariz contra el escaparate.

Aunque lleva puesto el sombrero, se siente desnudo sin maletín. Siente el impulso de volver la vista atrás para ver dónde está Kaisa. Espera una mano que se deslice en la suya.

Tras unos minutos prosigue su camino.

Da la vuelta a la esquina.

Ahora está en la Van Eeghenstraat.

Hay mucha gente en la calle. Le llama la atención que están justo frente a su casa. Hay un gran ajetreo delante de su casa. Un accidente, piensa él, ha sucedido algo.

Se acerca unos metros. Cree reconocer a algunas personas. Ahora ve que también hay cámaras. Sí, reconoce a algunas personas. De la televisión. Caras conocidas que están delante de su casa. Y también ve a un agente de policía, sin duda para mantener a distancia a los curiosos.

Eso sucede siempre en este tipo de situaciones. Hay curiosos que deben ser mantenidos a distancia.

Hofmeester deja su maleta en el suelo. Se pasa el pañuelo por la cara. No hace calor, pero él tiene calor. Muchísimo calor.

Una mujer se separa de la muchedumbre que se agolpa delante de su casa. Se acerca a él. Es su esposa. Él la reconoce por la forma de caminar. Y ella también lo ha visto a él.

Entonces Hofmeester se acuerda. Algo le pasaba a Tirza. Pero ¿qué exactamente?

Se acuerda de la canción que él le cantaba siempre. Cuando iba a recogerla a la clase de violoncelo, después de natación cuando había ganado algún campeonato, aunque también simplemente después de natación, durante las vacaciones de invierno, antes de leerle un libro.

*Of all the boys I've known and I've known some. Until I first met you I*

*was lonesome. And when you came in sight, dear, my heart grew light. And this old world seemed new to me*.

Sí, Hofmeester se acuerda de todo.

—*Ridi, ridi, ridi* —canta en voz baja mientras su esposa se le acerca corriendo.

Él oye a alguien que le dice: «*Do you want company, sir*?». Pero no es Kaisa, es la voz de Tirza. Le parece oír la voz de Tirza.

Tirza, la reina del sol. La reina del sol altamente superdotada. Su vida. Su esperanza. Su futuro.

Frenéticamente intenta recordar lo que pasaba exactamente con su vida, con su futuro, que ahora está tan cerca, tan terriblemente cerca. Su reina del sol. Cree recordar algo, aunque solo vagamente. Muy vagamente.

Jörgen Hofmeester se halla ante su propia memoria como ante la puerta del paraíso al que nunca entrará.

Solo unos treinta metros y su esposa estará con él. Ahora lo recuerda. Por fin.

La han encontrado.

La han encontrado. A Tirza. Ya solo ese nombre. Esa palabra. Tirza.

Tiene que llamarla para decirle que la han encontrado. Se saca el teléfono del bolsillo.

Marca su número.

Su esposa está a tan solo diez metros de él. Se ha quedado parada. Lo mira, se diría que suplicante. Tiene muy mal aspecto. Se ve sucia y despeinada. Como si la hubiese atacado una bestia.

Se pone el dedo índice delante de la boca. Y se queda así parada. Y lo mira suplicante, con el dedo índice delante de la boca.

Ahora, las personas que estaban delante de su casa también vienen en su dirección. Corren. Ahora él ve que no solo tienen cámaras, sino también micrófonos colgados de cañas. Si así lo desean, él les dirigirá la palabra, si es con Hofmeester con quien quieren hablar, si lo desean les hablará de la fundación que tiene intención de crear para los niños que venden compañía.

Entonces por fin oye su voz, la voz de la reina del sol, que no puede compararse con ninguna otra.

«Hola, soy Tirza —oye Hofmeester. Aprieta el teléfono con más fuerza contra la oreja. No quiere perderse ni una palabra, ni una letra, ni un aliento—. Ahora no estoy. Deja un mensaje chulo».